PARA BELLUM

LA ESTRATEGIA DE LA PAZ Y DE LA GUERRA

EDWARD N. LUTTWAK

13

Si quieres la paz, prepárate para la guerra. El aumento del número de armas ofensivas puede ser algo puramente defensivo. La peor carretera puede ser el mejor camino a la batalla. Edward Luttwak nos enseña que la estrategia está compuesta de proposiciones como éstas, aparentemente contradictorias, en un ejemplo de la lógica paradójica que domina todo el ámbito del conflicto.

En este libro ampliamente elogiado, que se presenta en una edición revisada y aumentada, Luttwak desvela la particular lógica de la estrategia nivel a nivel, desde la táctica de combate a la gran estrategia. A través de su participación directa en la planificación de la guerra del Golfo, el autor examina el papel del poderío aéreo desde 1991, para luego señalar la aparición de la «guerra postheroica» en Kosovo, en 1999, durante una guerra estadounidense en la que no murió ni un solo soldado estadounidense.

También se nos explica la dinámica de la inversión en el conflicto. Cuando la victoria se convierte en derrota por exceso de extensión, cuando la guerra trae la paz por agotamiento, se está subvirtiendo la lógica lineal habitual. Mediante los ejemplos que se citan, desde la antigua Roma hasta nuestros días, desde la Operación Barbarroja y el bombardeo de Pearl Harbor hasta las menores escaramuzas, desde la estrategia de la paz hasta los últimos métodos operativos de la guerra, este libro, escrito por una de las mayores autoridades mundiales en la materia, revela la enigmática lógica del éxito y del fracaso militar, la extraña lógica de la paz y de la guerra.

Edward N. Luttwak

Para bellum

La estrategia de la paz y de la guerra

Título original: *Strategy. The Logic of War and Te ace*
Edward N. Luttwak, 1987
Traducción: Ofelia Castillo, 2005

-

Revisión: 1.0
07/07/2023

«*Victoria* y *derrota* son términos que describen la posición de los beligerantes vis-a-vis en un momento determinado; el *mejor* y el *peor* resultado de la guerra son términos que describen la posición de un mismo país en momentos diferentes […] Si el propósito de la guerra es mejorar la propia situación de preguerra, entonces la guerra no debería orientarse hacia la victoria (obligar al enemigo a someterse a nuestra voluntad) sino a que el estado de paz después de la guerra fuese mejor que el estado de paz que teníamos antes».

Shimon Tzabar, *Cómo perder una guerra (y por qué), Siglo XXI*

«El propósito […] de Luttwak es hacemos pensar sobre lo que para demasiados norteamericanos se ha hecho impensable. Y lo ha conseguido brillantemente, tanto para los pacifistas como para los militaristas. *Para Bellum* es un libro imprescindible».

Harry G. Summers jr., *New York Times Book Review*

«Aunque Luttwak no siempre convence, provoca siempre. En este magnífico libro, que se convertirá en un clásico de la estrategia, consigue ambas cosas […] Su definición de cinco niveles es muy enriquecedora, y sus ejemplos históricos son fascinantes».

Gregory F. Treverton, *Foreign Affairs*

A mi hijo, Joseph Emmanuel

AGRADECIMIENTOS

Mi reiterada postergación de la redacción de una nueva edición, revisada y ampliada, de este libro encontró su límite cuando Ruth Yaron, de la Universidad de la Defensa Nacional de Israel (Israel National Defense College), me privó de mi última excusa entregándome un texto escaneado de la versión original. Marco Moretti, por entonces estudiante de la Facultad de Servicio Exterior (School of Foreign Service) de la Universidad de Georgetown, Washington D. C., fue mi invalorable asistente. Agradezco a todos los revisores de la primera edición y sus traducciones a otras lenguas, más por su asesoramiento crítico que por sus generosos elogios. Lamentablemente, no puedo mencionarlos a todos. Recuerdo, sin embargo, a Walter Z. Laqueur, quien desplegó su juicio sereno y su erudición enciclopédica en un diálogo permanente, que se ha prolongado a lo largo de los años y de las dos ediciones de mi libro; a David M. Abshire, quien me recibió en su Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales (Center for Strategic and International Studies) cuando llegué por primera vez a Washington; a Max King Morris, Amos A. Jordán, Christa D. K. Dantzler (fallecida), A. Lawrence Chickering, W. Seth Carus, y Stephen P. Glick. Todos ellos me prestaron alguna importante ayuda durante la redacción de la primera edición, como también lo hizo Robert A. Mosbacher, Jr., de Houston, Texas, al remover un obstáculo sumamente inusual, que los organismos oficiales deberían haber enfrentado. Y a Michael A. Aronson, de la Harvard University Press, por una colaboración que se inició en 1975 y abarcó ambas

ediciones. Con este libro paso a formar parte de los autores cuya obra se ha visto beneficiada por el notable talento editorial de Elizabeth Hurwit.

PREFACIO

Tal vez porque nací en la disputada frontera de Transilvania durante la mayor y más siniestra de las guerras, la estrategia llegó a ser mí principal preocupación, y hasta mi pasión. «Pasión» es una palabra fuerte para referirse a un tema no sólo mal definido sino también sospechoso de alentar la belicosidad. Sin embargo, el objetivo que me guio al escribir este libro fue definir el sentido íntimo de la estrategia. Y todas las excusas posibles se toman innecesarias una vez que se reconoce que la lógica de la estrategia se aplica tanto para mantener la paz como para hacer la guerra.

No se sugiere aquí estrategia alguna para Estados Unidos o para cualquier otro país. Mi propósito es más bien develar la lógica universal que condiciona todas las formas de la guerra y también los tratos hostiles entre naciones, aun en tiempo de paz. Todo lo que los seres humanos son capaces de hacer —sea absurdo o auto destructivo, magnífico o sórdido— ha sido hecho tanto en la paz como en la guerra, y no se puede detectar lógica alguna en los hechos mismos. Pero la lógica de la estrategia se manifiesta en el resultado de lo que se hace o no se hace; y es analizando esas consecuencias muchas veces involuntarias como mejor se puede entender su naturaleza y su funcionamiento.

Al llegar a este punto de mi exposición el lector crítico se detendrá para reflexionar frente a la desmesurada ambición de la propuesta. Como sabe que los eventos de la guerra y la paz son demasiado irregulares para ser explicados por la ciencia en el único sentido correcto —es decir, por medio de teorías que puedan

realmente predecir— el lector puede muy bien sospechar que al seguir leyendo se encontrará solamente con trivialidades o, lo que sería aún peor, con las insensatas lucubraciones de una pseudociencia. Sólo me permito pues rogarle que postergue el veredicto hasta haber leído todo el libro. Sin embargo, tal vez sea conveniente agregar unas palabras a manera de explicación.

Lo que llegó a ser un largo viaje hacia un destino ineludible no empezó con un propósito tan ambicioso. Al leer bibliografía sobre historia militar, al estudiar más profundamente el Imperio Romano y el Imperio Bizantino, en mi trabajo profesional como analista militar y también en el terreno en diversos escenarios de conflicto, yo —al igual que otros antes de mí— llegué a la conclusión de que cada experiencia bélica es singular, es el producto de una convergencia única y no reiterable de objetivos políticos, emociones efímeras, limitaciones técnicas, movimientos tácticos, esquemas operativos y factores geográficos. Y sin embargo, a lo largo de los años empezaron a surgir tentadoras continuidades, que formaban pautas cada vez más definidas; algunas habían sido esclarecidas por la bibliografía sobre la estrategia como materia de estudio —principalmente *Sobre la guerra*, de Karl von Clausewitz— mientras que otras permanecieron ignoradas. Lo que hizo fascinante nuestra investigación fue que esas pautas no satisfacían las expectativas del sentido común; es decir, no se ordenaban según una lógica conocida y directamente causal.

A medida que de las sombras de las palabras leídas, los problemas investigados y los eventos bélicos experimentados surgía una visión de la estrategia, empecé a descubrir que su contenido no estaba hecho de la prosaica materia de los lugares comunes sino de paradoja, ironía y contradicción. Además, la lógica de la estrategia se desplegaba en dos dimensiones: las disputas «horizontales» de los adversarios, que tratan de enfrentar, desviar y revertir los movimientos del otro (y es esto lo que hace que la estrategia sea paradójica) y la interacción «vertical» de los diferentes niveles de conflicto: técnico, táctico, operacional y superior. Y observé que entre ambas no existía una armonía natural.

Lo que sigue es, pues, el mapa de ruta de una exploración. Nuestra indagación empieza con una serie de encuentros con las fuerzas dinámicas de la dimensión horizontal; sigue como un ascenso, nivel por nivel, a través de la dimensión vertical de la estrategia; y termina cuando se alcanza la confluencia de ambas dimensiones, en el nivel de la gran estrategia, el nivel de los resultados finales.

Cuando la primera edición entró en la imprenta, yo no abandoné en ningún momento mis estudios de la estrategia y la guerra, y tampoco dejé de trabajar profesionalmente, como asesor y en actividades de campo. Y así —ya desde la teoría, ya desde la práctica— la idea original continuó su evolución, hasta arrojar los resultados que hoy se incorporan a esta nueva edición. Entre ellos se cuentan el novedoso concepto de «guerra postheroica» —el intento de librar batallas sin bajas y sus inesperadas derivaciones—; un análisis de las consecuencias de interrumpir guerras por intervención externa; y, en una línea totalmente diferente, una nueva evaluación de las posibilidades y limitaciones de los bombardeos aéreos después del advenimiento de la precisión como rutina. Así, aunque la estructura de este libro no ha cambiado, hay extensos fragmentos del texto que son íntegramente nuevos, y el resto ha sido revisado a fondo y actualizado. El fin de la Guerra Fría no modificó la lógica de la estrategia, pero exige un nuevo ordenamiento de los ejemplos que se proponen.

PRIMERA PARTE

LA LÓGICA DE LA ESTRATEGIA

Si vis pacem para bellum. «Si quieres la paz, prepárate para la guerra», reza el proverbio romano, muy citado aún por los oradores que predican las virtudes del armamentismo. Se nos dice que la disposición para luchar contribuye a mantener la paz porque neutraliza ataques que la debilidad podría facilitar. Y también es cierto que la disposición para hacer la guerra puede asegurar la paz de otro modo: persuadiendo al débil para que se someta al fuerte, sin luchar. Desgastado por el uso excesivo, el proverbio romano ha perdido la capacidad de estimular nuestra imaginación. Pero sin embargo es precisamente su banalidad lo que lo hace revelador, La declaración es paradójica porque presenta una flagrante contradicción, como si fuera una proposición absolutamente lógica, algo que no esperaríamos de una mera banalidad.

¿Por qué este argumento contradictorio es aceptado unánimemente, hasta el punto de ser descartado a veces por obvio? En realidad, muchos discrepan; la línea académica de los «estudios de la paz» trabaja en función de la proposición de que la paz debe ser estudiada como un fenómeno en sí misma y favorecida activamente en la vida real. En otras palabras, la idea es: *si vis pacem, para pacem*. Pero aun quienes rechazan la paradójica formulación de que para conseguir vivir en paz hay que prepararse para la guerra, no la denuncian como una torpe contradicción, tan evidente que hasta el más elemental sentido común la negaría. Ven en esa idea, por el contrario, una expresión más de un conocimiento adocenado, al que oponen conceptos que consideran novedosos y originales.

O sea que el interrogante sigue en pie: ¿por qué esta flagrante contradicción es aceptada tan fácilmente? Consideremos cuán absurdo sería aconsejar, en cualquier esfera de la vida, excepto la estratégica: «si quieres lograr A, lucha por B, su opuesto». Por ejemplo: «si quieres perder peso, come más»; o bien «si quieres llegar a ser rico, gana menos». Sin duda, cualquier persona desoiría semejantes consejos. Es sólo en el campo de la estrategia, que abarca

la conducta y las consecuencias de las relaciones humanas dentro del contexto de un conflicto armado real o posible[1], que hemos aprendido a aceptar las proposiciones paradójicas como válidas. El ejemplo más obvio es el concepto de «disuasión» nuclear, tan asimilado durante los años de la Guerra Fría que actualmente para vastos sectores es un lugar común. Para defendernos, debemos estar preparados para atacar en cualquier momento. Pero para que las armas nucleares nos resulten beneficiosas, nunca debemos usarlas, a pesar de que las hemos adquirido y las mantenemos a un altísimo coste. Estar preparados para atacar —en represalia— es una prueba de que nuestras intenciones son pacíficas; pero preparar defensas antinucleares es una actitud agresiva, o por lo menos «provocativa»: éstas son las opiniones corrientes sobre el tema. La controversia sobre la seguridad de la disuasión nuclear se reavivó periódicamente durante la Guerra Fría, y se debatieron detalladamente todos los aspectos de la política de las armas nucleares. Pero las evidentes paradojas que constituyen la sustancia misma de la disuasión nuclear fueron consideradas irrelevantes.

El gran alegato que hago en este libro, y que aquí adelanto, es que la estrategia no implica meramente una que otra proposición paradójica, evidentemente contradictoria y sin embargo considerada válida, sino más bien que *todo el campo de la estrategia aparece permeado por una lógica paradójica* muy diferente de la conocida lógica «lineal» por la que nos regimos en todas las otras esferas de la vida. Cuando el conflicto está ausente o es meramente incidental respecto de los fines de la producción y el consumo, el comercio y la cultura, las relaciones familiares o sociales, y el gobierno consensual[2], la rivalidad y la competencia están más o menos subordinadas a la ley y las costumbres, y rige en todos los campos una lógica lineal no contradictoria, cuya esencia es el mero sentido común. Dentro del ámbito de la estrategia, sin embargo, donde las relaciones humanas están condicionadas por el conflicto armado real o posible, funciona otra lógica muy diferente, que viola sistemáticamente la lógica lineal corriente porque *induce la unión y la inversión de los opuestos*. Por lo tanto, dentro de ella se premia la

conducta paradójica y se desalienta la acción rectamente lógica, con lo que se producen resultados desconcertantes, o hasta letales.

1
EL USO CONSCIENTE DE LA PARADOJA EN LA GUERRA

Consideremos una decisión táctica corriente, del tipo de las que normalmente se toman en la guerra. Para dirigirse a su objetivo, una fuerza de avanzada se encuentra con que sólo puede tomar uno de dos caminos, uno bueno y el otro malo. El primero es ancho y directo, y está bien pavimentado; el segundo es angosto y sinuoso y no está pavimentado. Sólo en el paradójico reino de la estrategia se presenta la necesidad de elegir, porque solamente en la guerra un camino malo puede ser bueno *precisamente porque es malo* y, por lo tanto, es probable que esté menos defendido, o hasta que ni siquiera esté vigilado por el enemigo. Asimismo, el camino bueno puede ser malo precisamente porque es la mejor vía y, por ende, muy probablemente la fuerza de avanzada será detectada e interceptada. En tal caso, la lógica paradójica de la estrategia se manifiesta como una inversión extrema: en vez de que *A* avance hacia su adversario *B*, ya que se supone que la preparación para la guerra preserva la paz, *A* en realidad se convierte en *B*, mientras que *B* se convierte en *A*.

Este ejemplo no ha sido arbitrariamente inventado. Por el contrario, en la guerra existe una curiosa preferencia por los cursos de acción *ineficientes*, por los preparativos que se dejan visiblemente incompletos, por métodos aparentemente demasiado peligrosos, por el combate nocturno o con mal tiempo. Esa preferencia constituye una expresión de ingenio táctico. Y la razón de que las cosas así sean

deriva de la naturaleza misma de la guerra. Aunque para soldados bien entrenados cada elemento de su conducta pueda ser bastante simple, y consista sólo en desplazarse de un lugar a otro, usar las armas como aprendieron a hacerlo en los ejercicios de adiestramiento, y dar y comprender órdenes breves y precisas, la totalidad que esas cosas simples constituyen suele llegar a ser enormemente complicada en presencia de un enemigo viviente, que reacciona con su propia mente y su propia fuerza y trata de desbaratar todo lo que el adversario hace.

En primer lugar aparecen las complicaciones meramente mecánicas, que surgen cuando la acción emprendida se encuentra con la reacción del enemigo, como por ejemplo en las batallas navales de la época de la navegación a vela, en las que cada adversario trataba de apuntar con los poderosos cañones de su embarcación al casco o a la proa del barco enemigo; o en el clásico enfrentamiento entre aviones de caza, en el que cada piloto trata de colocarse detrás del otro; y por último, en los combates terrestres, donde siempre hay frentes fuertes, flancos débiles y retaguardias vulnerables, lo que induce a cada contendiente a tratar de rodear al enemigo y penetrar los frentes de batalla. Pensar más velozmente que el adversario, ser más inteligente para planificar la acción, son elementos que *suelen* tener gran importancia (aunque, como veremos, las buenas tácticas pueden ser malas) pero que no bastan por sí mismos para superar la dificultad elemental creada por el uso que el enemigo hace de su fuerza, de sus armas, de su voluntad y de su mente. Ante la inminencia de la muerte posible, los hombres no realizarán ni el más simple acto que aumente la exposición al peligro, a menos que un conjunto de complejos elementos intangibles —moral individual, cohesión de grupo, liderazgo— sea capaz de superar el instinto de supervivencia. Y una vez que la decisiva importancia de estos imponderables es debidamente reconocida en lo que sucede y deja de suceder, ya no se puede encontrar simplicidad alguna ni tan siquiera en las más elementales acciones tácticas llevadas a cabo en contra de un enemigo vivo y que reacciona.

Por eso, para sacar ventaja a un enemigo que no puede reaccionar porque fue sorprendido y no está preparado, o al menos a un enemigo que no puede reaccionar inmediatamente y con toda su fuerza, se justifica tomar todo tipo de decisiones paradójicas. Ignorando los criterios de sentido común acerca de lo que es mejor y más eficiente —como por ejemplo, que es preferible tomar la ruta más corta; que la luz del día es mejor que las sombras de la noche; que la preparación cuidadosa es más conveniente que las apresuradas improvisaciones— a veces se elige deliberadamente la peor opción, en la esperanza de que la acción que se desplegará tome de sorpresa al enemigo, disminuyendo así su capacidad de reacción. O sea que en la guerra el factor sorpresa no es meramente una ventaja más entre muchas, como la superioridad material o una mejor posición inicial, *sino la suspensión, aunque breve o parcial, de la lógica de la estrategia*. Contra un enemigo que no reacciona, o —para expresarlo de un modo más realista— dentro de los límites del tiempo y el espacio de la sorpresa que se logre producir, la conducta de la guerra se toma mera administración, algo tan simple en su realidad total como simple parece ser, en la teoría, cada uno de sus elementos.

Si bien sobre esta proposición[3] se ha elaborado una importante tesis, que aconseja tomar decisiones paradójicas toda vez que sea posible, a fin de organizar las acciones militares según la «línea de lo menos previsible», tal recomendación es sistemáticamente ignorada, y por buenas razones.

LOS COSTES DE LA SORPRESA

Toda decisión paradójica que se toma en beneficio de la sorpresa se paga, causa cierta pérdida de fuerza. En el combate en tierra, la ruta más larga o más difícil cansará a los hombres, desgastará los vehículos y consumirá más provisiones. Y si los preparativos para entrar en combate son igualmente difíciles, o solamente

prolongados, se incrementará la proporción de rezagados que no llegan al campo de operaciones cuando se los necesita. Aún con los mejores dispositivos de visión nocturna no será posible desplegar y desplazar las tropas ni usar las armas con la misma eficacia de noche que a la luz del día; por lo tanto, algunos, muchos o hasta la mayoría de los recursos disponibles serán menos eficaces o quedarán inactivos durante la batalla. Asimismo, actuar más rápidamente de lo que un enemigo podría esperar basándose en su cálculo del tiempo que los preparativos requieren, exige por lo general tomar atajos y hacer improvisaciones que impiden el uso pleno de los hombres y las máquinas que, de otro modo, se utilizarían para el combate. En un sentido amplio, toda forma de *maniobra* —acción paradójica que intenta eludir los puntos fuertes del enemigo y aprovechar sus debilidades— tiene sus costes, independientemente de la índole y los medios del combate. (La palabra «maniobra» suele ser usada erróneamente como una mera descripción del movimiento. En realidad, puede realizarse una maniobra sin que haya movimiento alguno; pero la acción debe ser paradójica, porque presumiblemente las fuerzas enemigas se organizarán para enfrentar las formas previsibles de acción).

En cuanto al disimulo y el engaño, los dos medios para sorprender que con frecuencia preparan el terreno para realizar una maniobra, también tienen su precio. Casi siempre se recomienda a los combatientes que procedan con el más riguroso sigilo, como si hacerlo no fuera a costarles nada. Pero rara vez se le puede negar al enemigo el más mínimo conocimiento de una acción obstructiva, sin sacrificar valiosos preparativos. Lo normal es que las medidas de seguridad estrictas interfieran con el estado de alerta y la cuidadosa organización de las fuerzas involucradas en la contienda. Tales medidas pueden limitar las acciones de inteligencia y restringir el alcance de la actividad planificada, excluyendo a gente experta que podría ser útil. Además, seguramente reducirán el ámbito y el realismo de algunos ejercicios, que pueden mejorar enormemente el desempeño en ciertas formas de combate, y que son especialmente necesarios si la acción es complicada, como por ejemplo si se trata

de un desembarco o de complejos operativos de fuerzas especiales. Y desde luego, toda limitación impuesta a la concentración y al avance preliminar de las fuerzas de combate en beneficio de la sorpresa, las dejará en un posicionamiento inferior al que podrían haber tenido. Una de las razones del fracaso de la incursión llamada Desierto Uno, que se llevó a cabo el 25 de abril de 1980 con el objetivo de rescatar a los diplomáticos estadounidenses entonces cautivos en Irán, fue que las estrictas medidas de seguridad (posteriormente consideradas excesivas) impidieron la realización de ensayos conjuntos del ejército, la fuerza aérea y las unidades navales involucradas, que únicamente se pusieron en contacto en la escena misma del operativo, un remoto desierto del sudeste de Irán. Y ese fracaso tuvo consecuencias letales: los procedimientos no habían sido concertados; la cadena de mandos no era clara; y las órdenes fueron mal interpretadas o hasta ignoradas. En una escala aún más amplia, hubo ofensivas que lograron sorprender al enemigo. Fueron, durante la Segunda Guerra Mundial, la invasión de la Unión Soviética por parte de la división alemana denominada «Barbarroja», en junio de 1941, y el ataque de Japón a la base naval y aérea estadounidense de Pearl Harbor, Hawai, el 7 de diciembre del mismo año. Pero en ambos casos, para que el ataque fuera sorpresivo hubo que sacrificar valiosos preparativos, que hubieran puesto inmediatamente en evidencia las acciones que se planeaba realizar[4]. En la guerra, nada se consigue por nada. Como la ocultación rara vez es absoluta, la filtración de la verdad sólo puede contrarrestarse por medio del engaño, con la esperanza de que las «señales» generadas por los preparativos para la acción serán encubiertas por el «ruido» de la información engañosa, desactualizada o simplemente irrelevante[5].

A veces se puede engañar sin sufrir ninguna pérdida, valiéndose del sencillo expediente de mentir bien. Pero lo más frecuente es que el procedimiento requiera importantes acciones de distracción que no contribuyen en absoluto a la consecución del objetivo perseguido, con lo que necesariamente le restan algo de fuerza. Los bombarderos enviados a atacar blancos secundarios para desviar la atención de los aviones que se dirigen hacia el objetivo más

importante infligirán, sin embargo, algún daño, aunque siempre hasta un punto menos crítico. Pero los barcos lanzados como señuelo, cuyo único deber es regresar tan pronto como el enemigo emprende la marcha para seguirlos, por lo general no aportan absolutamente nada a la lucha. Casi siempre los sustitutos (pasivos) y los señuelos (activos) de todo tipo, desde falsos tanques y armas o unidades militares completas, hasta dispositivos aéreos o marítimos que simulan ser determinados aviones o submarinos, son mucho más baratos que los elementos reales, pero aun así absorben recursos que, de otro modo, incrementarían la potencia bélica disponible. Fue exactamente eso lo que sucedió con la más exitosa campaña de impostura de la historia militar moderna: la ocultación de los desembarcos del Día D en Normandía, en junio de 1944. Engañar a los espías alemanes para que informaran que el grueso de las tropas aliadas desembarcaría más al norte, en el Paso de Calais, fue sencillo y tuvo efectos duraderos: aun después del Día D, los alemanes estaban persuadidos de que los desembarcos en Normandía eran solo un señuelo para desviar su atención, y seguían esperando el ataque principal en el Paso de Calais, que después de todo era el lugar más angosto para cruzar el Canal de la Mancha. Para llevar a cabo esta operación se produjeron grandes cantidades de sustitutos a un coste considerable, para que los pilotos alemanes que realizaban vuelos de reconocimiento informaran que grandes ejércitos estaban esperando para cruzar el Canal de la Mancha (finalmente fue un esfuerzo inútil, porque la fuerza aérea alemana ya no tenía capacidad de penetrar las defensas aéreas aliadas, con sus lentos aviones de reconocimiento).

Todo lo que se hace a manera de acción paradójica, como también de engaño y ocultación, debilita el esfuerzo general, quizás en gran medida, pero la sorpresa rinde sus frutos cada vez que se logra disminuir aún más la reacción del enemigo. Y como caso extremo, en la teoría la mejor forma de sorprender sería actuar de una manera tan completamente paradójica que llegara a ser contraproducente. Si, por ejemplo, casi todas las fuerzas disponibles se usaran para engañar, dejando apenas una pequeña parte para el

combate real, es indudable que se sorprendería al enemigo, pero muy probablemente la empresa terminaría con una derrota total, aunque el enemigo no estuviera preparado. Obviamente, la vía paradójica de «lo menos previsible» debe detenerse antes de llegar a extremos contraproducentes, pero, más allá de eso, se trata de una cuestión de cálculos probabilísticos, que nunca son precisos ni seguros.

EL RIESGO

Al embarcarse en una acción deliberadamente paradójica se puede tener la certeza de que se sufrirá algún tipo de pérdida, pero también es muy probable que se logre sorprender al enemigo. Y si bien los costes de la acción paradójica pueden ser calculados casi exactamente, no se puede estimar la probabilidad del beneficio —ni su alcance— hasta tanto no se haya consumado la acción. En teoría al menos, los riesgos también pueden ser calculados, y hasta existe una disciplina (que es también profesión) llamada «análisis del riesgo». Pero los fracasos en el intento de sorprender al enemigo son perjudiciales y posiblemente catastróficos, no sólo debido a la fuerza deliberadamente sacrificada que está ausente de la lucha (el punto de partida de los cálculos de la administración del riesgo) sino también a causa del impacto psicológico de la colisión entre las expectativas optimistas y la dura realidad. Quienquiera que planifique un ataque por sorpresa especula con el resultado, en cierto modo tal como lo hace un operador de bolsa que a sabiendas invierte en papeles de alto riesgo. Ambos pueden fracasar, pero ningún inversor es convocado para librar un combate mortal inmediatamente después de haber visto frustradas sus esperanzas de éxito fácil. Las derrotas más sangrientas de la Primera Guerra Mundial —principalmente el desastroso colapso de la ofensiva dirigida por Robert-Georges Nivelle en 1917, que destrozó el ejército francés— fueron

consecuencia de intentos fallidos de atacar por sorpresa. Los inflexibles planes de batalla que incorporaron más y más unidades a la lucha (como sólo se disponía de ferrocarriles y de telefonía de líneas por tierra, era imposible tener más flexibilidad) resultaron en masacres porque suficientes fuerzas enemigas sobrevivieron al bombardeo preliminar de la artillería pesada (el supuesto instrumento de la sorpresa) y lograron interceptar el avance de la infantería con fuego de ametralladoras y morteros.

El fracaso de la sorpresa fue también una razón clave de la derrota alemana en la batalla de Kursk, en julio de 1943. Esta batalla fue un momento decisivo de la Segunda Guerra Mundial en Europa. Las más poderosas unidades blindadas [divisiones *Panzer*] del ejército alemán (incluyendo las tres divisiones de las *Waffen SS* [SS Armadas]), con un total de 2.000 tanques, fueron enviadas con el objetivo de atacar y aislar desde ambos costados una saliente de unos 240 km frente a la ciudad de Kursk. En el mapa, la vasta protuberancia parecía muy vulnerable. Pero en vez de avanzar rápidamente y lograr una victoria fácil, los alemanes se vieron atrapados en múltiples frentes de poderosas defensas antitanque, protegidos además por campos minados. Detrás, las enormes divisiones de tanques soviéticos esperaban el momento de contraatacar. En la batalla que siguió, el ejército soviético derrotó por primera vez a las fuerzas alemanas en su propia especialidad bélica: la lucha con unidades móviles blindadas. Antes de que comenzara el combate, los exhaustos alemanes habían perdido muchos hombres, tanques y artillería autotransportada, por causa de las minas y los cañones antitanque; y también habían perdido su confianza. Era evidente que la tercera y última ofensiva alemana de verano había fracasado estruendosamente en su intento de lanzar un ataque sorpresivo. Bien apoyada por sus espías, sus tropas de exploración y sus sistemas de reconocimiento aéreo, como también por los resultados de la inteligencia de comunicaciones realizada por los equipos anglo-americanos (que por entonces decodificaban la mayor parte de los mensajes radiales cifrados de los alemanes), la inteligencia soviética había descubierto el plan alemán. Superando

dudas y sospechas, Stalin y su altos mandos habían asumido el riesgo de confiar en la evaluación de los servicios de inteligencia (en el pasado, esas evaluaciones habían sido catastróficamente erróneas), y consecuentemente con esa decisión debilitaron el resto de las mil millas de frente de batalla para defender mejor el sector de Kursk. El ejército alemán no se recuperó nunca de aquella derrota. Después del verano de 1943, sólo pudo seguir ofreciendo alguna resistencia al implacable avance soviético con contraataques locales, porque ya carecía de la fuerza necesaria para emprender una ofensiva más importante, que planteara alguna esperanza de victoria.

FRICCIÓN

El objetivo que se persigue al atacar por sorpresa es disminuir el riesgo de la exposición a la fuerza del enemigo, en otras palabras, del *combate*. Pero hay también un riesgo de otro tipo, quizás no letal por sí mismo para cada una de las unidades que participan de la lucha, pero potencialmente muy peligroso para la fuerza como un todo.

Este segundo tipo de riesgo, que se incrementa con cada desviación de la simplicidad de la aproximación directa y el ataque frontal, es el riesgo *organizacional* de no poder llevar a cabo lo que se pretende realizar. Es decir, no se trata de un fracaso causado por la reacción del enemigo, sino más bien de errores comunes y corrientes, malentendidos, demoras, interrupciones en el despliegue, el abastecimiento, la planificación, el mando y las operaciones de las fuerzas militares. Cuando lo que se pretende es reducir los riesgos previsibles del combate valiéndose de diversas formas de acción paradójica, como la maniobra, el disimulo y el engaño, la acción general se torna más complicada y más demorada, incrementándose así los riesgos organizacionales.

Entre los episodios de combate real, que suelen ser bastante breves, es el aspecto organizacional de la guerra el que cobra mayor

importancia para quienes tienen la responsabilidad de conducirla. También en este caso se puede decir que cada una de las cosas que deben hacerse para abastecer, mantener, dirigir y operar las fuerzas armadas es simple. Pero consideradas en su totalidad, esas cosas simples se vuelven tan complicadas que el estado natural de las fuerzas militares, cualesquiera sean sus dimensiones, es una inmovilidad próxima a la parálisis. Y sólo el liderazgo fuerte y la disciplina pueden sacar a las fuerzas de tal estado y producir acciones deliberadas.

Imaginemos un grupo de amigos que se disponen a salir de viaje hacia una playa en varios automóviles, cada uno de los cuales lleva a una familia. Debían encontrarse en la casa mejor situada a las 9:00 de la mañana, y partir inmediatamente a fin de llegar a destino más o menos a las 11:00. Una de las familias ya estaba en su coche, con todo listo para partir, cuando un niño anunció que tenía una necesidad urgente. La casa que estaba con llave fue abierta, el niño entró y volvió a salir, una vez más se puso el coche en marcha y la familia llegó al punto de encuentro con un pequeño retraso: a las 9,15. Otra de las familias, que debía viajar más hasta el lugar de la cita, tuvo una demora relativamente grave: una caja que era fundamental para la comida del día había quedado olvidada. Se descubrió la falta casi al llegar a destino. Hubo que regresar, recuperar la caja y volver a viajar. Resultado: llegaron casi a las 10:00. Una tercera familia provocó una dilación aún mayor: con el equipaje y todas las personas a bordo, el coche se negó a arrancar: se habían quedado sin batería. Después de intentar las soluciones habituales y como el tiempo pasaba, tuvieron que solicitar el servicio de auxilio mecánico. Una vez solucionado el problema, el viaje fue rápido, pero llegaron hacia las 10:30. Pero tampoco entonces pudieron partir. Algunos de los niños llevaban más de una hora de espera, y también pidieron que los esperaran porque tenían una necesidad urgente. Cuando por último todos estuvieron listos, la carretera ya no estaba despejada como en las primeras horas del día, de modo que el viaje que debía durar dos horas duró más de tres, incluyendo dos paradas: una para que uno de los coches cargara

combustible, y la otra para comprar bebidas frías. Finalmente llegaron a la playa, pero, desde luego, mucho después de las 11:00.

En ninguna etapa del viaje nuestro grupo imaginario se vio obstaculizado por la voluntad activa de un enemigo; todo lo que sucedió fue meramente la consecuencia de involuntarias demoras y pequeños accidentes. Se trató de algo semejante a la *fricción* que impide el buen funcionamiento de un mecanismo. Por supuesto, hemos tomado el término «fricción» del libro *De la guerra*, de Karl von Clausewitz, cuyo estilo ya nos resulta conocido: «Todo es muy simple en la guerra, pero hasta lo más simple es difícil. Estas dificultades se acumulan y producen una fricción de la cual nadie que no haya visto la guerra puede formarse una idea correcta»[6]. La fricción, que acompaña constantemente a la guerra, es precisamente el medio dentro del cual debe desplegarse cualquier tipo de acción estratégica.

En nuestro ejemplo de la vida cotidiana, la postergación inicial de la partida fue de más de una hora; y la demora acumulada, mucho mayor. Es fácil imaginar cuánto habría aumentado la tardanza si más familias hubieran sido de la partida. Hasta bien podría suceder, si muchas personas se agregaran al grupo, que se llegara al punto de que el viaje no pudiera iniciarse, dado que todos deberían esperar que llegara el último. No podemos decir con certeza cuántas familias deberían ser incluidas en la partida para prolongar la inmovilidad hasta la noche, pero podemos suponer que bastaría con unas pocas decenas. Sin embargo, aun ese numeroso grupo no podría competir en tamaño con unidades militares pequeñas: los cientos de hombres que componen un solo batallón, la tripulación mínima de un barco de guerra, los efectivos de un par de escuadrones aéreos.

En una fuerza militar no hay niños que demoren las acciones, y además los caprichos menores pueden ser reprimidos por la disciplina; pero en todo lo demás es probable que en el campo militar las cosas terminen peor que la aventura de las infortunadas familias que se dirigían a la playa. En primer lugar, las necesidades de abastecimiento tienen otras dimensiones, y cualquier detalle que

no se haya previsto no puede solucionarse deteniéndose brevemente en la carretera. Una flota en alta mar puede estar bien abastecida, pero si algo falta, habrá que esperar hasta el siguiente aprovisionamiento. Y para una unidad terrestre o aérea que se encuentre alejada de bases bien abastecidas, el terreno circundante bien podría ser un desierto, ya que en tiempos de guerra la comida suele ser escasa.

En mi ejemplo hubo un solo desperfecto mecánico, pero en las fuerzas militares puede haber muchos más, porque sus armas y vehículos, sus radares y radios, en una palabra, todos sus aparatos electrónicos y mecánicos, no son tan fiables como la mayoría de los coches actuales. El equipamiento militar se produce en menores cantidades, se usa menos y muchas veces es más complicado que un automóvil modelo familiar. La maquinaria interior de los tanques de guerra, que tan protegidos están contra el fuego enemigo, es sorprendentemente delicada (sobre todo los engranajes). Y cada uno de los miles de dispositivos electrónicos que se utilizan en un solo avión de combate es más susceptible de averiarse que el arranque de un automóvil común.

El viaje hacia la playa no se vio demorado por errores operativos, ya que todos los conductores se desempeñaron bien. Pero a pesar del buen entrenamiento, las severas pruebas y los frecuentes ejercicios, ninguna fuerza militar puede ni soñar con tal perfección de todos los efectivos que deben operar los complejos equipos. Para conducir un coche en el tránsito urbano se requiere una gran pericia y buenos reflejos, pero es mucho más lo que se necesita para manejar gran parte de la maquinaria bélica. Además, en vez de los muchos años de práctica diaria que aun los conductores jóvenes suelen tener, muchos efectivos militares tienen unos pocos meses de experiencia intermitente, ya que lo habitual es que ellos o los equipos que deben operar sean nuevos.

En nuestro ejemplo el plan era sencillo: un punto de partida, una sola ruta, y un destino fijo. También era perfecto, excepto por un detalle: que al establecer la salida a las 9:00 de la mañana no se había previsto un margen de tiempo para evitar la hora punta en la

autopista. Los planes militares bien elaborados tratan de alcanzar esa simplicidad, pero rara vez lo consiguen, porque es preciso coordinar los diversos elementos de la fuerza para llevar a cabo diferentes acciones en una secuencia determinada. Aunque los planificadores competentes tratan siempre de tener en cuenta la posible fricción, sus propios errores suelen aumentarla.

Y por último está la fricción que sufren los comandantes de las acciones, los controles y evaluaciones de las constantes operaciones de inteligencia, la toma de decisiones, la intercomunicación, y la supervisión (el «control»), que constituyen la función de mando como un todo. En nuestro ejemplo había un plan de acción pero no había mando, inteligencia, intercomunicación, ni supervisión. Si hubieran existido tales elementos, el resto del grupo habría descubierto rápidamente el aprieto en que se encontraba la tercera familia, y posiblemente hubiera conseguido un coche de repuesto. Las estructuras de mando militar, con sus apéndices de inteligencia y comunicaciones, existen precisamente para detectar y superar las fricciones grandes y pequeñas interviniendo oportunamente, y también para aprovechar las fugaces oportunidades de combate y enfrentar los consiguientes peligros súbitos. Pero su actividad misma ofrece mil oportunidades de fricción: la inteligencia errónea, obsoleta o engañosa induce a la toma de decisiones equivocadas; las redes de comunicación pueden ser de última generación, fiables y seguras, pero aun así es posible que algunos mensajes sean tergiversados, desviados o simplemente interceptados. Por ejemplo: la única tarea de la fragata *Liberty*, unidad de inteligencia de la Armada de los Estados Unidos que fue atacada por error por los israelíes en junio de 1967, era interceptar las comunicaciones, pero sin embargo no recibió la orden de evacuar la zona. Desde entonces la tecnología ha progresado mucho, pero siguen produciéndose lamentables errores, sobre todo por sobrecarga. Toda capacidad ociosa es ocupada inmediatamente: cada vez que los nuevos sistemas de comunicaciones agregan capacidad a sus equipos (algo que hacen con frecuencia) el tráfico aumenta al mismo tiempo, ya que los mensajes que anteriormente quedaban relegados al papel y a las

bolsas de correo se actualizan y circulan por los nuevos medios. (La verdad es que el hecho de que las telecomunicaciones sean gratuitas para los usuarios es un tema polémico). En cuanto a los errores de «control» en las estructuras militares son prácticamente inevitables, dado el delicado equilibrio que existe entre la necesidad de supervisar a las unidades de combate subordinadas y la necesidad de dejarles cierto espacio para la iniciativa.

Una vez que se han tomado en cuenta todas las fuentes de fricción, una vez que se reconoce que por lo general su totalidad es mayor que la suma de sus componentes —ya que algunas fricciones interactúan con otras y empeoran el resultado— se pone en evidencia el verdadero alcance del riesgo organizacional. Si nuestro imaginario grupo de familias hubiera sido mayor, podría haber perdido su día de playa. Del mismo modo, toda acción militar puede fracasar *internamente* aun sin enfrentar la deliberada oposición del enemigo[7]. Los fallos, los errores, las demoras, eventos quizás insignificantes en sí, pueden llegar a acumularse hasta constituir un obstáculo insalvable para cualquier acción. En la guerra son muy frecuentes las postergaciones imprevistas, que duran horas, días o hasta semanas y pueden tener una importancia decisiva. Estos episodios abundan en los registros de la historia militar y explican muchas derrotas. Por eso todo esfuerzo para provocar sorpresa debe ser analizado dentro del contexto de que la obstrucción genera fricción. Toda acción paradójica llevada a cabo en beneficio de la sorpresa, con su consiguiente desviación del curso de acción más fácil y simple, incrementará la fricción y, por ende, incrementará también el riesgo de fracaso organizacional.

Cuando el riesgo de combate se materializa, asume la sangrienta forma del agravio y la muerte.^Cuando el riesgo organizacional se materializa, el fracaso de la acción puede no ser cruento. En consecuencia, al decidir qué grado de complicación se aceptará en aras de la sorpresa, sería posible comparar el riesgo organizacional con el riesgo del combate. Pero esto sólo es aplicable a un acto bélico aislado, como por ejemplo una acción de tipo comando realizada en tiempo de paz. En otras circunstancias, un riesgo se

suma al otro. Desde luego, el buque de guerra que pierde una batalla por ser mal dirigido a causa de una fricción de mando; el batallón de tanques que se queda sin combustible camino al frente debido a una fricción de abastecimiento; y el avión de combate que no puede interceptar al enemigo porque la fricción de mantenimiento le impide despegar, no sufrirán daño alguno. Por lo tanto, la aproximación directa y el ataque frontal serán fácilmente condenados por los partidarios de la elusión paradójica, quienes se concentran en los enfrentamientos aislados y por ello perciben con claridad la consiguiente disminución del riesgo de combate, pero al mismo tiempo toman conciencia vagamente del consiguiente incremento del riesgo organizacional.

No obstante, una vez que analizamos la lucha como un todo, y no el enfrentamiento aislado o la unidad individual, se torna evidente que muy probablemente el riego organizacional se sumará al riesgo del combate. En la batalla, la flota se ve debilitada por la ausencia del barco que fue mal dirigido, dejando a las restantes naves más expuestas al riesgo del combate; y lo mismo puede afirmarse de los batallones que avanzan sin el que se detuvo por falta de combustible; y de los otros aviones de combate del escuadrón, que sí despegaron. En la siguiente ocasión, aquellos que perdieron la batalla anterior probablemente tendrán que luchar junto a fuerzas más débiles de lo que podrían haber sido, debido a las pérdidas suplementarias causadas por su ausencia durante el episodio anterior. Y esto incrementará también su propio riesgo de combate.

LA PREVALEN CIA DE LA ACCIÓN PARADÓJICA

Así, las ventajas de la sorpresa que ofrecen los esquemas paradójicos son contrarrestadas por el potencial de combate deliberadamente sacrificado, y también por el riesgo organizacional

agregado. Pero sin embargo, las acciones militares directas, íntegramente moldeadas por la lógica lineal para hacer el uso más completo posible de todos los recursos por los métodos más simples y económicos, no son las más comunes en los registros bélicos. Y es aún menos frecuente que escapen a las críticas posteriores. Al menos algunos elementos paradójicos estarán presentes en la preparación y la conducción de las acciones militares más relevantes.

Es indudable que se puede justificar a los jefes militares cuyas fuerzas son totalmente superiores por menospreciar la sorpresa en favor de los vastos preparativos necesarios para utilizar toda su fuerza con los métodos más simples, y minimizar el riesgo operacional. Así fue, por ejemplo, en las primeras etapas de las guerras coloniales en todo el mundo. Inicialmente los ataques frontales fueron muy efectivos, pero sólo hasta que los soldados locales aprendieron a dispersarse al ser confrontados por tropas europeas bien entrenadas y equipadas con armas de tiro rápido. Y también aconteció así durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial en Europa, cuando los ejércitos estadounidense, británico y soviético, que disponían de un abrumador poder de fuego, prefirieron las ofensivas frontales abiertamente preparadas contra un ejército alemán casi derrotado. Asimismo las respectivas fuerzas aéreas abandonaron todo artificio para lanzar masivos bombardeos diurnos, que prácticamente no encontraron resistencia alguna en las defensas antiaéreas de alemanes y japoneses. Eran episodios bélicos, *pero la lógica de la estrategia ya no se aplicaba*, porque la reacción del enemigo —y hasta su existencia misma como entidad viva y consciente— podía ser simplemente descartada. Si el enemigo es tan débil que sus fuerzas pueden ser tratadas como blancos pasivos que bien podrían ser inanimados, la lógica lineal de la producción industrial, con todos sus usuales criterios de eficiencia productiva, es totalmente válida; y la lógica paradójica de la estrategia es irrelevante. Clausewitz: «La diferencia esencial consiste en esto: la guerra es una actividad de la voluntad, ejercida, no como en las artes mecánicas sobre materia inerte […] sino sobre objetos vivientes y capaces de reaccionar. […] Estaba fuera de la cuestión

tomar a las bellas artes como modelo, debido a que ellas muy raramente establecen leyes y reglas»[8].

Si bien comprende tanto la evitación de la guerra como su conducción a todos los niveles —desde las tácticas hasta la gran estrategia—, la estrategia misma nada puede decirnos acerca del aspecto puramente *administrativo* de la guerra, en el que la voluntad activa del enemigo no desempeña ningún papel. Así como no hay nada que ganar al elegir botas de un tamaño tres números menor o al utilizar mal las armas deliberadamente, ya que ni las botas ni las armas responderán ventajosamente a tal acción paradójica, tampoco es necesario rodear y sorprender a un enemigo tan débil que su reacción ni siquiera tiene que ser tomada en cuenta. No obstante, las condiciones muy favorables son necesariamente raras, ya que pocos enemigos elegirían deliberadamente enfrentarse a una fuerza mucho más poderosa.

Más frecuente es, por el contrario, el fenómeno de las fuerzas armadas que sobrestiman su propia fortaleza y, por lo tanto, siguen una lógica lineal para optimizar la administración de sus propios recursos, sin ni siquiera intentar sorprender al enemigo por medio de algún movimiento paradójico conveniente. En realidad, el papel que se le otorga a lo paradójico en la conducción de la guerra debe reflejar el equilibrio de fuerzas percibido; y con frecuencia lo refleja.

De un modo también paradójico, quienes son materialmente más débiles, y por lo tanto tienen buenas razones para temer un choque directo de fuerzas, pueden beneficiarse más con la conducta paradójica debilitante, si es que con ella obtienen la ventaja de la sorpresa, que hasta puede llevarlos a la victoria.

Si el equilibrio de fuerzas desfavorable no es un mero accidente de tiempo y lugar dentro del contexto de un solo encuentro, batalla o campaña, sino que refleja las circunstancias permanentes de un determinado estado entre otros, entonces seguir la «línea de lo menos previsible» por medio de la acción paradójica puede llegar a ser la característica distintiva de su *estilo nacional de guerra*. Israel es un interesante ejemplo contemporáneo de este fenómeno. Originariamente sus fuerzas armadas trataban sistemáticamente de

evitar todo enfrentamiento bélico directo y buscaban, en cambio, alternativas paradójicas porque esperaban que sus enemigos serían materialmente más fuertes, numéricamente, en equipamiento, o en ambas cosas. A lo largo de las décadas, y a medida que la balanza del equilibrio de fuerzas se inclinaba en favor de Israel, las ocasiones en que las fuerzas israelíes fueron realmente sobrepasadas en número o en potencia de fuego se redujeron a casos como las incursiones de comando, episodios en que deliberadamente se introducen pequeños contingentes armados en territorio enemigo. Cada vez más los israelíes pudieron contar con superioridad material, además de su ventaja en entrenamiento, cohesión y liderazgo. Al mismo tiempo, se hicieron ajustes ante circunstancias nuevas: por ejemplo, menos lucha nocturna. Sin embargo, en la mayoría de los casos seguían evitando los enfrentamientos directos, en parte por hábito pero sobre todo porque así esperaban reducir el número de bajas al mínimo posible. En una guerra tras otra y en muchos combates aislados los israelíes prefirieron aceptar tanto el debilitamiento de su potencia bélica como los riesgos organizacionales suplementarios en beneficio de la sorpresa… Las fuerzas israelíes, materialmente mucho más débiles de lo que podrían haber sido (debido a las limitaciones impuestas por el sigilo y el engaño, la improvisación apresurada, o la expansión excesiva) y operando con tanta fricción autoimpuesta que su condición bordeaba lo caótico, derrotaban sistemáticamente a sus enemigos tomados de sorpresa, cuyas fuerzas no se encontraban en la escena o no estaban material o moralmente preparadas para el combate.

La preferencia de los israelíes por la acción paradójica y no convencional no podía mantenerse sin finalmente desvirtuar sus propósitos. Con el tiempo, sus antagonistas empezaron a revisar sus expectativas. Aprendieron por experiencia a desconfiar de las estimaciones probables de los movimientos israelíes basadas en cálculos de sentido común sobre el «mejor» curso de acción que se les presentaba. Finalmente, en la guerra del Líbano de junio de 1982, los sirios no fueron en absoluto sorprendidos por el intento israelí de enviar una división armada íntegra hacia la retaguardia,

por una ruta aislada y de una sola vía que serpenteaba a través de los montes Chouf, y actuaron a tiempo para bloquear el angosto paso[9]. Pero el siguiente movimiento israelí tomó completamente desprevenidos a los sirios, que asistieron incrédulos y casi sin reacción a un avance frontal directo de varias divisiones armadas hacia el Valle del Líbano[10]. Con un equilibrio de fuerzas altamente favorable, y sin tiempo que perder debido a la inminencia de un alto el fuego, los israelíes prefirieron renunciar a toda esperanza de sorpresa, y atacaron frontalmente y a la luz del día. Para su sorpresa, encontraron a las fuerzas sirias completamente desprevenidas. Era obvio que en 1982, con un estilo bélico paradójico expuesto en incontables enfrentamientos previos, para los israelíes la «línea de lo menos previsible» sólo podía ser el ataque frontal y directo.

2
LA LÓGICA EN ACCIÓN

Es obvio que no se puede sorprender reiteradamente aplicando siempre los mismos métodos. Pero esta comprobación constituye también un ejemplo, aunque de ninguna manera muy importante en sí mismo, del funcionamiento de la lógica paradójica de la estrategia en su forma cabal: dinámica y bilateral. Hasta hoy, esa lógica ha sido considerada principalmente desde el punto de vista de sólo un participante; específicamente, un participante que comprendía la lógica y conscientemente trataba de utilizarla. Además, hasta ahora he examinado sobre todo situaciones singulares y decisiones únicas, y por lo tanto la lógica de la estrategia ha sido analizada en una serie de atisbos estáticos. Pero desde luego, en todo encuentro estratégico de guerra o de paz existen al menos dos voluntades conscientes y opuestas, y sólo rara vez la acción se realiza instantáneamente como en un duelo a pistola. Por lo general hay por ambas partes una secuencias de acciones que se desenvuelven recíprocamente a lo largo del tiempo.

Una vez que nos concentramos en la lógica paradójica de la estrategia como un fenómeno objetivo que determina resultados, traten o no los participantes de explotarlo y sean o no conscientes de su funcionamiento; una vez que se introduce debidamente el tiempo para dar dinamismo al proceso, podemos reconocer a la lógica en su totalidad como la *unión, y hasta la inversión de los opuestos*. Y este proceso no se manifiesta meramente en el destino de los actos desacostumbrados dirigidos a causar sorpresa —que terminan por

volverse casi predecibles— sino más bien en todo lo que es estratégico, en todo lo que se caracteriza por la lucha de las voluntades contrapuestas. En otras palabras, cuando la lógica paradójica de la estrategia asume una forma dinámica, *se convierte en* la unión, y hasta la inversión, de los opuestos.-

Por ende, en el ámbito total de la estrategia un curso de acción no puede reiterarse indefinidamente. Todo curso de acción tenderá, por el contrario, a evolucionar hacía su opuesto, a menos que toda la lógica de la estrategia sea superada por cierto cambio —inducido externamente— de las circunstancias de los participantes. Sin tal cambio, la lógica iniciará una evolución negativa que puede llegar al extremo de una inversión total, desvirtuando la guerra y la paz, la victoria y la derrota, y todo lo que ellas incluyen.

Consideremos lo que sucede cuando un ejército avanza victoriosamente en un gran escenario bélico. Tal vez ya se haya librado más de una batalla, pero sin modificar la situación. Un ejército está obligando al otro a retirarse. Quizás los derrotados se dispersen en pánico o estén a punto de ser acorralados y destruidos. Por lo tanto, la guerra puede estar llegando a su fin por negociación o por rendición. En ese caso existe aún una posibilidad de que se inviertan los opuestos, como veremos, pero no en el transcurso de la guerra que está librándose. Pero si el ejército derrotado todavía lucha, aun en retirada, empezará a vislumbrarse la posibilidad de una inversión.

El ejército victorioso se aleja cada vez más de su tierra natal, donde están los campos de entrenamiento, la industria, los depósitos de provisiones, los talleres que sostuvieron sus éxitos recientes. En lo sucesivo, pues, deberá obtener todo lo que necesite de las líneas de aprovisionamiento, que son extensas. Ya sea que el combustible, los pertrechos militares o los repuestos mecánicos sean transportados en carros tirados por caballos, en ferrocarriles, en camiones o en los más modernos aviones, la distancia disminuirá su eficiencia. Por otra parte, los recorridos largos incrementan las averías y las pausas de mantenimiento, si es que la capacidad total de los vehículos no ha sido excedida desde el comienzo. Por el contrario, es posible

presumir que el ejército derrotado retorna a sus bases, con lo que sus líneas de abastecimiento se acortan paulatinamente. Los refuerzos del ejército que avanza deben recorrer una gran distancia para alcanzarlo. En cuanto al ejército que se repliega, tal vez no tenga refuerzos; pero si los tiene, la marcha hacia el frente de batalla será más corta.

El ejército victorioso deberá, por lo tanto, esforzarse más para mantenerse. Tal vez tenga que retirar gente y equipamiento de la primera línea de combate o desviar refuerzos para fortalecer sus unidades de aprovisionamiento. Al ejército derrotado, en cambio, se le harán más llevaderas las tareas del transporte: sus comandantes podrían escoger individuos aptos para combatir y equipamiento, retirarlos de las unidades de aprovisionamiento y destinarlos a reforzar las tropas del frente de batalla.

El ejército victorioso entra en territorio que hasta entonces estaba en manos del enemigo. Allí puede encontrarse con una población hostil, con partisanos armados, o hasta con unidades regulares dejadas deliberadamente en la retaguardia para librar una guerra de guerrillas. En el mejor de los casos, las autoridades del nuevo gobierno militar de la población recién ocupada solicitarán hombres y algunos recursos, quizás para compensar lo que pudiera ser requisado localmente. Y en el peor, si hay resistencia armada, con ataques y sabotaje contra ferrocarriles, convoyes de camiones, depósitos de provisiones, unidades de servicio y cuarteles generales de la retaguardia, el ejército victorioso tendrá que convocar a las unidades de combate del frente de batalla para que proporcionen vigilancia, patrullas y fuerzas de reacción rápida en las zonas de la retaguardia consideradas inseguras.

Aun cuando el ejército victorioso esté liberando civiles amistosos, que no ofrecerán resistencia y tampoco prestarán ayuda a las tropas enemigas que pueden esperar más adelante, su avance causará una desventaja relativa de otro tipo, porque en ese caso el ocupante era el ejército derrotado, que a partir de ese momento podrá devolver guardias, unidades de patrulla y fuerzas de reacción para cumplir acciones en el frente de batalla.

El ejército victorioso tiene impulso y la libertad de la iniciativa al determinar el ritmo y las diversas direcciones del avance, de modo que sus grupos de avanzada puedan adelantarse y cortarles la retirada a las tropas derrotadas. Pero por otro lado el ejército en retirada, a menos que se lo hostigue sin cesar, puede tener la poderosa ventaja de la posición defensiva táctica. Sus unidades de retaguardia están en condiciones de elegir el terreno más favorable para cada pausa en la lucha, a fin de disparar desde un escondite protegido sobre el enemigo en movimiento y, por ello, expuesto. También podrían emboscar con éxito a las fuerzas enemigas que avanzan demasiado ansiosamente.

En cuanto a los efectos de la victoria y la derrota sobre la moral, la cohesión y el liderazgo, son mucho menos predecibles. La moral bélica no se define por la felicidad sino por la disposición de luchar. Tal vez la victoria puede incrementar la felicidad, pero en ese caso reducirá la disposición de luchar, ya que, habiendo luchado y ganado, bien puede suceder que las tropas se sientan felices y piensen que ya han hecho lo suficiente (Clausewitz describió este fenómeno como «la relajación del esfuerzo»). No es fácil demostrar tales cosas, pero los historiadores militares concuerdan en el siguiente análisis: en la Segunda Guerra Mundial los veteranos del Octavo Ejército Británico, que después de luchar durante largo tiempo contra los alemanes y los italianos en el norte de África habían triunfado, hacia 1943 se sintieron cansados de las operaciones riesgosas. Pero después del Día D, esos soldados tuvieron dos años más de campaña. No desertaron individualmente, sus unidades de combate no huyeron de las batallas, pero los comandantes británicos tuvieron que reconocer que en el ataque de las formaciones de veteranos ya no había arrojo, brío ni decisión, sino una permanente cautela que los llevaba a dejar el papel más agresivo a otros: unidades de élite, unidades nuevas, unidades aliadas.

A la inversa, la derrota es desmoralizadora. Suele inducir a la pasividad —y hace falta poca pasividad para anular un ejército— y hasta a la deserción, si las circunstancias lo permiten[11]. Pero

también suele incitar a los hombres a luchar más intensamente en la siguiente batalla, sobre todo si sienten que sus anteriores esfuerzos podrían haber sido mayores. Eso fue lo que le sucedió al Octavo Ejército Británico durante su campaña en el norte de África en 1942: había retrocedido demasiado fácilmente ante el arrollador avance de Erwin Rommel a través de Libia. Pero cuando los alemanes entraron en Egipto con el propósito de llegar hasta El-Alamein, prácticamente todas las unidades se mostraron decididas a luchar con mayor energía. En la primera batalla, del 1 al 10 de julio del mismo año, los británicos mantuvieron sus posiciones en vez de retroceder una vez más; en la segunda, que empezó el 23 de octubre, contraatacaron vigorosamente.

El liderazgo puede verse muy fortalecido por la victoria, aunque también puede derrumbarse con la misma facilidad. Cuando se tiene éxito una o varias veces, el impulso de los mandos para empujar a sus hombres al combate suele disminuir. Cuando un ejército es derrotado y se repliega, los líderes pueden llegar a perder toda autoridad. Pero cuando no es ése el caso, los amargos recuerdos del fracaso reciente pueden empujarlos a exigir más de sus hombres y a transmitirles la energía necesaria para dar todo de sí. Sin embargo, en lo que hace a las capacidades y a los procedimientos de la guerra, el equilibrio de posibilidades nunca es parejo: la victoria confunde; la derrota educa.

Con la victoria, los hábitos, los procedimientos, las estructuras, las tácticas y los métodos del ejército se verán indiscriminadamente confirmados como válidos y hasta brillantes, incluyendo aspectos que podrían haber sido mejorados y hasta drásticamente modificados. Fue esto lo que le sucedió al ejército israelí después de su espectacular victoria de 1967. Habiendo derrotado velozmente a los numerosos egipcios, los bien atrincherados sirios y los disciplinados jordanos, valiéndose de una combinación de «interdicción aérea»[12] y ofensiva de tanques sin apoyo, los mandos del ejército israelí ignoraron evidencias de que ambas opciones eran

altamente vulnerables al despliegue masivo de armas que la Unión Soviética podría proporcionar y los árabes podrían usar: misiles antiaéreos y antitanques. La admirable victoria sobre tres frentes en seis días había oscurecido las implicancias de los pocos episodios en los que las fuerzas israelíes habían sufrido breves derrotas tácticas o pérdidas inesperadas. Por lo tanto, el ejército israelí no se esforzó por fortalecer sus unidades de tanques con artillería autotransportada y con una infantería actualizada, equipada con modernos carros de combate blindados. Los fondos se gastaron, en cambio, en comprar más y mejores tanques, descuidando la artillería, mientras que la infantería —compuesta en su mayor parte por reservistas de bajo rango— mantuvo sus antiguos carros de combate de media oruga y con torreta, que databan de la Segunda Guerra Mundial. Cuando comenzó nuevamente la guerra, en 1973, las unidades de tanques sin apoyo se desempeñaron bien defensivamente, pero sufrieron muchas bajas causadas por las armas antitanque de los egipcios, ya que no disponían de artillería suficiente para suprimirlas ni de respaldo de infantería para derrotarlos. Asimismo, la fuerza aérea israelí había eludido fácilmente los misiles de defensa antiaérea de los árabes en 1967 y prefirieron adquirir más aviones de combate en vez de comprar equipamiento bélico electrónico. No obstante, en 1973 la fuerza estaba preparada para enfrentar el gran número de nuevos misiles antiaéreos soviéticos que poseían los árabes, pero sólo si podía iniciar la contienda atacando al enemigo sistemáticamente a muy baja altura para eludir los radares. Pero cuando la fuerza aérea israelí debió entrar en combate con las fuerzas de tierra árabes sin campaña preliminar de supresión, sufrió muchas bajas por misiles y artillería antiaérea.

La derrota es, sin duda, la mejor escuela. El fracaso no sólo agudiza la facultad crítica sino que cuando se proponen soluciones es muy improbable que tales propuestas sean rechazadas, ya que la derrota debilita la resistencia al cambio de los defensores del *statu quo*. Los árabes lo descubrieron después de la aplastante derrota que sufrieron en 1967. Aprendieron a aceptar sus limitaciones y cesaron

de competir directamente con los israelíes. En vez de proponerse combatir al enemigo en contiendas de vehículos blindados en las que serían demasiado lentos, se apoyaron en las defensas antitanques estáticas pero densas. En vez de exponerse al combate aéreo en el que estaban en inferioridad de condiciones, apelaron a las masivas defensas antiaéreas. Finalmente perdieron también la guerra de 1973, pero de una manera mucho menos desastrosa que en 1967. En realidad, Egipto conquistó y mantuvo una porción de territorio en la península de Sinaí, aunque perdió más en Egipto mismo.

Algo similar aconteció con los israelíes. Todas las lecciones que hubieran podido ser aprendidas en 1967 se aprovecharon en 1973. Y cuando los israelíes libraron su siguiente guerra, en 1982, tanto las fuerzas de aire como las unidades blindadas sufrieron poco a causa de las defensas antimisiles.

Si se continúa movilizando a la población y a la industria, y si el ejército triunfante recibe refuerzos poderosos, sin duda aumentará su poderío aun cuando siga avanzando. En otras palabras, el cambio «exógeno» puede anular la lógica que debilitaría el ataque. Pero si no hay un gran flujo de refuerzos hacia el ejército victorioso, el avance mismo se debilitará mientras que el fracaso y la retirada fortalecerán al ejército previamente derrotado.

CULMINACIÓN E INVERSIÓN

En el escenario dinámico de una guerra prolongada, la conjunción de victoria y derrota suele extenderse hasta superar el equilibrio y llegar al punto extremo de una inversión total. Si un ejército victorioso puede alcanzar la conquista total o imponer la rendición, su sutil debilitamiento no importará y tampoco la tendencia al fortalecimiento que experimentará el ejército derrotado. Pero si la vastedad del territorio o simplemente la tenacidad del adversario prolongan la lucha, los derrotados podrán beneficiarse

con la paradoja dinámica, quizás hasta el punto de tornarse a su vez victoriosos. Si el ejército hasta entonces triunfante se limita a seguir avanzando y no recibe suficientes refuerzos, se arruinará al pasar por alto el punto culminante de la victoria, después del cual se debilitará progresivamente.

Tal fue el destino de las fuerzas alemanas que invadieron la Unión Soviética en Junio de 1941. Al comienzo obtuvieron grandes éxitos, derrotando fácilmente tanto a las tropas soviéticas dispersas en el frente de batalla como a las formaciones más grandes que esperaban detrás. El éxito impulsó a los alemanes a lanzar rápidas ofensivas hacia el interior de Rusia, en dirección a Leningrado (San Petersburgo) y Moscú. En el trayecto alcanzaron también triunfos aplastantes. Las pérdidas soviéticas fueron enormes. El ejército alemán avanzó cientos de millas, pero las columnas invasoras no fueron reforzadas suficientemente como para superar la extensión de las líneas de abastecimiento, el factor psicológico de la «relajación del esfuerzo» y los errores tácticos de la victoria. Las fuerzas soviéticas, por el contrario, se vieron fortalecidas por las líneas de abastecimiento drásticamente más cortas, la presión moral del vergonzoso fracaso y las numerosas lecciones prácticas que la derrota enseña. En diciembre de 1941 los alemanes habían sobrepasado el punto culminante de la victoria, mientras que las fuerzas soviéticas se encontraban lo suficientemente fuertes como para lanzar su primera contraofensiva ayudadas por las heladas invernales. Si bien sus victorias fueron sólo tácticas (porque el frente alemán no se colapsó), los rusos demostraron ser mejores discípulos de Clausewitz que los alemanes. Y lo que es aún más notable, la secuencia de una ofensiva de verano victoriosa que se extendió más allá del punto culminante, seguida por la contraofensiva invernal de los recién derrotados se repitió en 1942, con la diferencia de que el frente alemán de Stalingrado se derrumbó, con enormes pérdidas. En julio de 1943 fue un ejército alemán mucho más débil el que lanzó su tercera y última ofensiva de verano contra el sector de Kursk; el ejército soviético no tuvo que esperar al invierno para contraatacar con fuerza. Pero a partir de julio de 1943 fueron los alemanes

quienes se beneficiaron de muchas maneras con la lógica paradójica que debilita al fuerte que avanza y fortalece al débil que retrocede. Por eso el ejército soviético no entró en Berlín hasta fines de abril de 1945.

Todo esto no significa que, si la guerra continúa, la victoria lleve inevitablemente a la derrota. Pero a menos que reciba importantes refuerzos tomados de sus últimas fuentes de poderío militar (es decir, de factores exógenos a la lógica), el ejército victorioso tendrá que detenerse y recuperarse de su propio triunfal avance, si es que ha de superar las tendencias desfavorables que se encuentran en acción. Restaurando sus energías de moral y liderazgo por medio del descanso y el reemplazo de efectivos; poniendo en acción toda su organización de abastecimiento; atendiendo a la seguridad de las áreas de retaguardia, si están amenazadas; y revisando los procedimientos, tácticas y métodos que el enemigo ha empezado a prever, el ejército victorioso puede restaurar su capacidad de triunfo, superando así eficazmente su punto culminante de la victoria.

Las operaciones militares terrestres de la Segunda Guerra Mundial incorporaron todas las variantes de la conjunción y la inversión de victoria y derrota. Como la lucha con vehículos blindados y la potencia aérea permitieron recuperar la capacidad de maniobrar sagazmente a escala napoleónica, y superar la primacía defensiva de las estáticas líneas de trincheras de la Primera Guerra Mundial, la lucha se desplegó en una serie de impresionantes movimientos.

La invasión alemana de los Países Bajos, Bélgica y Francia, que empezó el 10 de mayo de 1940 y terminó el 17 de junio con la propuesta francesa de un armisticio, culminó con éxito dentro de los límites de un solo esfuerzo extremo[13]. El 17 de junio las diez divisiones Panzer que encabezaban el avance alemán habían sufrido tantas averías en medio de los tanques, carros de media oruga y camiones, que ya eran «mucho ruido y pocas nueces». Tuvieron que recurrir entonces a expedientes como transportar a las tropas de artillería en camiones franceses capturados. Las divisiones de infantería, que constituían el grueso de los ejércitos alemanes que

avanzaban, habían marchado a pie desde el comienzo de las operaciones y los soldados se encontraban exhaustos. En cuanto a la organización del abastecimiento, los alemanes debieron valerse de carros tirados por caballos para circular entre la cabeza de etapa ferroviaria más próxima y las unidades de combate. La línea era tan extensa que sólo la abundancia de comida y forraje que había en las prósperas tierras recién conquistadas le evitó al ejército conquistador graves episodios de escasez. El reaprovisionamiento de munición y pertrechos no fue un problema grave en una campaña de maniobras rápidas y ofensivas de penetración breves, en la que la mayoría de los enfrentamientos eran apenas algo más que escaramuzas. Como marchaba principalmente a pie y era abastecido por carros tirados por caballos, el ejército alemán no necesitaba mucho combustible, pero aun así lo que tenía era insuficiente. Las ostentosas divisiones Panzer sólo seguían avanzando gracias a la confiscación de gasolina a los civiles[14]. Pero antes de que los alemanes superaran decididamente su punto culminante de la victoria, toda su debilidad acumulada fue anulada por el armisticio; su limitado campo de acción había demostrado ser mayor que la vastedad geográfica y moral de Francia.

Cuando los ejércitos de Hitler atacaron la Unión Soviética, exactamente un año más tarde, el 22 de junio de 1941, su limitado alcance sólo se había incrementado marginalmente, con el agregado de los camiones franceses capturados y también con una ligera expansión de las fuerzas mecanizadas. Entre las 142 divisiones alemanas de los tres grupos de ejércitos desplegados en vísperas de la invasión a través del vasto frente desde el Báltico hasta el Mar Negro, sólo 23 eran Panzer, divisiones motorizadas o semi-blindadas. Por entonces, en todo el ejército alemán un total de 88 divisiones estaban equipadas con vehículos franceses. Aun así, 75 de las divisiones de infantería desplegadas en el frente oriental debieron ser despojadas de sus camiones para equipar columnas de abastecimiento de los grupos de ejércitos, recibiendo en cambio 200 carros campesinos[15]. Tal era la realidad detrás de la fachada de mecanizada modernidad que desempeñó un papel tan importante en

el impacto psicológico de la *blitzkrieg* [guerra relámpago] de Hitler.

Pero la Unión Soviética era un país mucho más extenso que Francia, sus líneas férreas eran más difíciles de utilizar debido a la anchura diferente de la trocha, y también a los sabotajes. Las escasas carreteras no estaban pavimentadas, de modo que los vehículos de motor se deterioraban rápidamente y la tenacidad de su resistencia no daba muestras de disminuir a pesar de las reiteradas y catastróficas derrotas. Así, a mediados de octubre de 1941, cuando las fuerzas alemanas alcanzaron lo que retrospectivamente puede reconocerse como su punto culminante de la victoria, Moscú estaba todavía a una distancia de sesenta millas más allá de la posición de sus columnas de avanzada[16]. Pero con Hitler al mando no podría haber pausa para la recuperación. Las fuerzas alemanas que se encontraban en el sector central del frente, con Moscú como blanco, continuaron su avance a lo largo de todo el mes de noviembre, en ataques simultáneos desde el norte y desde el sur, con el objetivo de lograr una vez más un gran envolvimiento de tropas que terminaría de derrotar al ejército soviético y pondría fin a la guerra. Con ese avance el ejército alemán sobrepasó decididamente su punto culminante de victoria y se vio obligado a iniciar la curva descendente. La creciente escasez de munición en los frentes de batalla estaba silenciando a la artillería y hasta abasteciendo mal a la infantería, porque las distancias desde las cabezas de etapa ferroviaria hasta el frente eran demasiado grandes para las columnas de carros de caballo y los pocos camiones disponibles. De todos modos, los ferrocarriles no estaban en condiciones de satisfacer las necesidades de abastecimiento, debido a una aguda escasez de repuestos de rodamiento adecuados para el ancho de vía de los trenes rusos. Además aconteció algo lamentable: la ropa de invierno y los lubricantes para temperaturas invernales fueron dejados en remotos campos de maniobras de algún ferrocarril, y se asignó prioridad máxima a otros artículos esenciales como comida, combustible y munición.

En las fuerzas motorizadas continuó disminuyendo el número de tanques, carros de media oruga y tractores de artillería que

funcionaban, mientras que el deterioro causado por el uso aumentaba y las reparaciones en el terreno eran insuficientes. Por entonces, los carros campesinos rusos requisados habían llegado a ser el medio de transporte fundamental, hasta para las divisiones Panzer. En la retaguardia había empezado una activa resistencia de partisanos y soldados rezagados y no detectados, lo que agregaba la función de policía a los deberes de masacre genocida y confiscación que ya tenían ocupados a muchos alemanes que podrían haber estado en el frente. Tal como estaban las cosas, el flujo de efectivos de refuerzo llegó a ser menor que el creciente número de bajas. Pero, sobre todo, los soldados alemanes que combatían en el frente estaban cada vez más afectados por el frío y el agotamiento físico, y se sentían desmoralizados a pesar de su triunfo. Habían seguido avanzando, milla tras milla, desde el 22 de junio. En noviembre habían hecho prisioneros a unos tres millones de soldados rusos y habían dado muerte a decenas de miles en un enfrentamiento tras otro, pero sentían que tenían por delante otras tantas millas y otros tantos millones de soldados que esperaban para enfrentarlos. No obstante, ni Hitler ni sus generales querían detenerse, con Moscú tan tentadoramente cerca. Se hizo entonces un esfuerzo enorme y la ofensiva final de 1941 (lanzada el 1 de diciembre en el momento en que la vanguardia del ejército alemán estaba apenas a veinte millas del Kremlin) fue llevada a cabo con temperaturas muy inferiores a cero y por un ejército cuyo vigor decaía vertiginosamente[17]. Cuatro días más tarde, en las primeras horas de la mañana del Viernes 5 de diciembre, el Ejército Rojo lanzó su primera gran ofensiva desde que había empezado la guerra. Las tropas soviéticas, con condiciones climatológicas extremas, hicieron retroceder a los alemanes una distancia dos veces mayor que la que habían recorrido en su avance triunfal, pero en última instancia ruinoso. Después de que esta ofensiva soviética controló el ininterrumpido progreso de las fuerzas alemanas, se sucedieron tres años más de guerra intermitente, durante los cuales, como en un movimiento de marea alta y baja, las espectaculares ofensivas de verano alemanas sólo conducían a mayores retrocesos frente a los ataques soviéticos.

Después de las enormes pérdidas sufridas por haber extendido demasiado sus líneas de combate, cuando la épica victoria contra la fortificación de Stalingrado fue seguida por un avance excesivo, preparando el terreno para el contragolpe alemán de marzo de 1943[18], Stalin y su Estado Mayor aprendieron a alternar cada avance positivo con mía pausa deliberada, con el propósito de mantener a sus ejércitos apartados del punto culminante de la victoria. La Unión Soviética movilizó totalmente su población y su industria y obtuvo una gran ayuda estadounidense y británica (incluyendo no menos de 409.526 *jeeps* y camiones)[19], con lo que pudo poner en el teatro de guerra importantes fuerzas adicionales, que fueron empleadas con creciente pericia por una nueva camada de oficiales bien entrenados para la guerra. Como el desequilibrio en los recursos militares fundamentales se incrementaba constantemente, la alternancia de las ofensivas soviéticas y alemanas de 1942 y 1943 dio paso a una ininterrumpida secuencia de victorias soviéticas, hasta el asalto final a Berlín. Hasta el fin, aun cuando las fuerzas alemanas del frente oriental estaban reducidas a un conjunto de veteranos desgastados, reclutas inexpertos, marineros y aviadores abruptamente trasladados que nunca habían recibido entrenamiento para el combate de infantería, adolescentes, viejos y hombres parcialmente discapacitados, cada ofensiva soviética victoriosa fue cuidadosamente evaluada para no cometer excesos. La menor señal de «aventurerismo» suscitaba el peligroso disgusto de Stalin[20].

Durante la guerra de once meses del frente occidental, desde los desembarcos de Normandía del 6 de junio de 1944 hasta la rendición alemana, ambas partes se excedieron en algún momento, aunque sólo una de ellas pudo recuperarse verdaderamente del consiguiente desgaste. Y la guerra del norte de África, que se libró en una sucesión de avances y retrocesos a través de las 1.200 millas de desierto que se extienden entre Trípoli y el delta del Nilo, no fue otra cosa que una serie de episodios similares. Cuando la aplastante superioridad material de las fuerzas británicas posibilitó finalmente un avance lento pero irreversible desde las líneas de El Alamein el 23 de octubre de 1942, dos años de guerra en un estilo romántico y

aventurero, primero por parte de los británicos y luego por los alemanes y los italianos de Rommel, habían demostrado cabalmente el principio de la superación del punto culminante de la victoria. Los avances victoriosos fueron tan groseramente pasados por alto que las flechas atacantes que barrían el mapa bien podrían ser un mero puñado de tanques que se quedaban sin combustible; todo preparado para ser desbordado por los ex derrotados despechados, que se encaminaban hacia victorias igualmente frágiles[21].

Ésa era también la pauta de la guerra coreana, en la que cada parte llevaba sus ofensivas hasta las últimas consecuencias. En agosto, el vertiginoso avance de los norcoreanos, que comenzó el 25 de junio de 1950, había conquistado casi toda la península, excepto el enclave Taegu-Pusan en el extremo meridional. Para entonces los norcoreanos habían avanzado a pie recorriendo distancias de 300 millas o más, excediendo así el punto culminante del éxito. Cuando el general Douglas MacArthur lanzó su contraofensiva el 15 de septiembre con el audaz golpe de los desembarcos en Inchon, detrás de los norcoreanos que habían avanzado demasiado, su apresurada retirada fue en realidad un lamentable desastre. La espléndida victoria obtenida gracias a un ataque sorpresivo de alto riesgo fue inmediatamente superada por un avance imprudentemente rápido. El 26 de octubre de 1950 una embestida final del avance estadounidense-surcoreano había atravesado toda Corea del Norte hasta llegar al río Yalu y a la frontera con China.

Los crecientes indicios de que los chinos reaccionarían entrando en la guerra sólo produjeron una leve retirada táctica del río Yalu. En noviembre de 1950 el «frente» de MacArthur, que se extendía a lo largo de la ancha base de Corea del Norte, de mar a mar, existía principalmente en el papel de sus mapas. En vez de una sólida cadena de unidades desplegadas hombro con hombro, una cadena fuerte en profundidad, había grandes brechas entre los elementos de avanzada de las columnas estadounidenses-surcoreanas, que habían marchado a través de varios valles separados por terreno montañoso que no estaba ni siquiera patrullado, y mucho menos controlado. Si los chinos hubieran estado atados a la carretera como lo estaba el

ejército estadounidense, dependiendo de camiones para transportar las tropas y los pertrechos, la obvia vulnerabilidad geográfica de los ataques aislados de MacArthur habría sido puramente teórica, porque las montañas eran infranqueables para los vehículos motorizados. En realidad, los chinos avanzaban a pie a través de las montañas, con todos sus avíos sobre las espaldas de cargadores, insertándose entre las columnas estadounidenses y surcoreanas. Como se movían de noche, y se escondían durante el día, no eran detectados. Con excepción de los marines de Estados Unidos, que se encontraban en el costado oriental de la península, las fuerzas de MacArthur eran también vulnerables, aunque de forma menos clara, porque sus unidades se encontraban desorganizadas por el apresurado avance, y porque la mayor parte de los efectivos del ejército de EE UU recién incorporados estaban mal entrenados (los surcoreanos simplemente carecían de entrenamiento). Así mismo fue importante el hecho de que tanto estadounidenses como surcoreanos estaban moralmente exhaustos debido a la difundida creencia de que la guerra ya había sido librada y ganada.

Con pasos de montaña no defendidos abiertos ante ellos, los chinos tenían la ventaja de poder avanzar profundamente por infiltración antes de verse obligados a atacar. Cuando el 26 de noviembre se lanzó abiertamente la ofensiva china, con bombardeos de mortero y asaltos de infantería contra los flancos del ejército de EEUU y las columnas surcoreanas desplegadas en estrechos desfiladeros, las tropas no pudieron mantener sus posiciones ni contraatacar escalando las empinadas laderas. La posterior retirada fue desastrosa: las desorganizadas y desmoralizadas tropas simplemente no podían retroceder en camiones, y tuvieron que *combatir* —sorteando emboscadas y barricadas en los caminos— para no ser capturados. No hay nada más difícil que retirarse ordenadamente bajo ataque; los infantes de marina estadounidenses lo hicieron tan bien en su sector oriental de la península que su retirada fue equivalente a una ofensiva, pero muchas unidades del ejército de Estados Unidos y casi todas las unidades de Corea del Sur se desintegraron en una masa de individuos que huían.

Hacia el final de enero de 1931 los chinos habían infligido una gran derrota a las fuerzas de MacArthur. Entonces avanzaron rectamente a través de Corea del Norte y entraron en Corea del Sur. Llegaron a unas cuarenta millas más allá de Seúl; demasiado lejos y demasiado rápido, según habría de verse. Marchar a pie a través de las montañas era una excelente manera de no ser detectados, pero el aprovisionamiento y los pertrechos llevados sobre los hombros de los cargadores no bastaban para mantener a un gran ejército lejos de sus bases. Así, la derrota china por sobreextensión de sus líneas de combate ya estaba preparada cuando la contraofensiva de Estados Unidos en febrero, marzo y abril de 1951 liberó Seúl por segunda vez en seis meses, junto con la mayor parte de Corea del Sur.

En los registros de muchos episodios bélicos se pueden encontrar muchos ejemplos como este. Pero un análisis excesivo podría meramente oscurecer la aplicabilidad universal de la lógica paradójica de la estrategia, cuya forma dinámica es la unión y hasta la inversión de los opuestos. Porque su manifestación en la guerra terrestre a gran escala es sólo el ejemplo más obvio de un fenómeno mucho más amplio. Los aspectos puramente mecánicos de la sobreextensión son importantes cuando el teatro del combate es lo suficientemente grande y los líderes carecen de prudencia. No obstante, *en todas las formas del enfrentamiento bélico acontece la misma interacción entre éxito y fracaso*. Y esto es válido aun si el factor de la sobreextensión está íntegramente ausente. Toda vez que la acción se prolonga lo bastante para permitir acciones y reacciones se manifiesta la misma paradoja dinámica.

Así fue, por ejemplo, en los seis años de lucha entre los aviones de bombardeos británicos y las defensas antiaéreas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial. Este período se caracterizó por drásticas inversiones de la fortuna, aun cuando no hubo distancias abruptamente extendidas que excedieran la capacidad de transporte, ni desgaste causado por camiones averiados y caballos exhaustos, ni agotadoras marchas de infantería, ni otros padecimientos físicos similares. Los ciclos de éxito y fracaso en la guerra aérea sobre Alemania fueron consecuencia de la (demorada) reacción de cada

parte frente a los éxitos de la otra.

Convencidos al comienzo de la guerra de que sus aviones de combate, aunque entrenados para el campo de batalla[22], podían asegurar también la defensa aérea de Alemania con la artillería antiaérea de cada localidad, y hasta evitar que cayeran bombas en las ciudades alemanas, ya en el verano de 1940 los comandantes de la *Lufttuaffe* (Fuerza Aérea Alemana) descubrieron que estaban equivocados. Fue entonces cuando la RAF (Royal Air Forcé) británica empezó a bombardear de noche, con resultados insignificantes pero prácticamente con inmunidad: la Luftwaffe no disponía de ningún método adecuado para descubrir a un avión atacante en la oscuridad, aun cuando fuera detectado y rastreado por los radares de largo alcance situados en tierra[23]. Sólo las pequeñas cargas de bombas y la inexactitud de los *raids* de los bombarderos británicos evitaron serios daños a las ciudades alemanas.

En el verano de 1942 los altos responsables del Mando de Bombarderos estaban convencidos de que para infligir daños irreparables a las fuerzas alemanas sólo se necesitaba producir suficientes aviones de combate y entrenar a una tripulación numerosa, con lo que se aseguraría la victoria sin recurrir a los ejércitos o los barcos. Pero en vez de haber llegado a realizar incursiones más fáciles en el espacio aéreo alemán, hacia el fin de 1942 el Mando de Bombarderos se enfrentó con la postergada reacción ante sus propios éxitos anteriores. Las defensas antiaéreas alemanas, perfeccionadas con más y mejores sistemas de alarma y con radares de rastreo, las nuevas barreras de luz de proyectores, los primeros aviones de combate nocturno equipados con radar, y la abundancia de artillería antiaérea infligieron pérdidas que el Mando no pudo soportar[24].

Satisfechos con el creciente éxito de sus defensas antiaéreas basadas en los radares, y reacios a sacar más hombres, aviones y armas de los frentes de combate, los alemanes estaban en realidad mal preparados para la reacción británica: la introducción de eficaces dispositivos con tecnología electrónica para contrarrestar los radares, tanto de tierra como de los aviones de combate. El resultado fue un

gran aumento de la efectividad de los bombardeos nocturnos durante la primavera y el verano de 1943[25]. Cada vez más superados, con sus aviones de combate nocturno reducidos prácticamente a la detección visual, los alemanes sufrieron una conmoción enorme cuando el Mando británico cegó totalmente sus radares de alerta con la tecnología llamada «*Window*», que consistía en tiras de papel metalizado que eran lanzadas en paquetes a la corriente de aire para simular formaciones íntegras de aviones[26]. Usada por primera vez a gran escala para maximizar el efecto sorpresa, la tecnología Window abrió el camino para los *raids* conjuntos de EE UU y Gran Bretaña sobre Hamburgo entre el 24 de julio y el 3 de agosto de 1943, que devastaron totalmente la gran ciudad. Fue la primera experiencia del efecto «*firestorm* [tormenta de fuego]»[27].

Por entonces, seguros del permanente incremento de su poderío bélico, ya que cada vez más aviones de bombardeo participaban de cada misión, en noviembre de 1943 el Mando británico se propuso destruir Berlín tal como había sido destruida Hamburgo. Pero en vez de otra gran victoria, la ofensiva británica contra Berlín tropezó con la reacción alemana a la anterior victoria. Esa reacción tomó la forma de un contraataque tecnológico: para los aviones de combate nocturno, radares de frecuencias más altas, que eran en gran medida inmunes al recurso de inundar el espacio con falsos aviones; nuevas tácticas con los aviones de combate diurno, cuyos pilotos aprovechaban la luz de los incendios en tierra; mejores radares de alarma y rastreo; y un método muy mejorado de «comentario continuo» para interceptar las comunicaciones desde tierra.

Las defensas antiaéreas alemanas habían llegado a ser tan eficaces que sólo el desvío de los bombardeos aliados para inmovilizar los ferrocarriles franceses en preparación para el Día D ocultó la derrota británica en la llamada «batalla de Berlín». Sin embargo, se acercaba la primavera de 1944 y Alemania claramente perdía la guerra. Los daños infligidos eran insignificantes mientras que las pérdidas de bombarderos británicos excedían el flujo de naves de reemplazo[28]. Por otra parte, la moral de la tripulación de

los aviones de bombardeo flaqueaba: cada vez más tripulaciones regresaban poco después de haber despegado, informando sobre misteriosos problemas técnicos; otras dejaban caer las bombas antes de llegar a Berlín; y no faltaron tripulaciones que arrojaron la mitad de su carga de bombas al océano para librarse de peso y ganar así velocidad y altura antes de tener que enfrentarse con los cazabombarderos alemanes.

En la guerra en el aire británico-alemana de la Segunda Guerra Mundial, los efectos de la lógica paradójica de la estrategia en su forma dinámica se pueden advertir tanto a nivel técnico como a nivel de la gran estrategia, que estuvo como siempre dominada por las preocupaciones y las decisiones políticas.

ACCIONES Y REACCIONES

La secuencia «acción-reacción» en el desarrollo de nuevo equipamiento bélico y en la adopción de represalias, lo que a su vez lleva al desarrollo de nuevas represalias y nuevo equipamiento, es tristemente conocida. Además, es evidente que a cada artefacto bélico que se inventa se le opondrá cada vez que sea posible otros artefactos o dispositivos diseñados específicamente para neutralizar a los primeros.

Menos obvia, sin embargo, es la relación que existe entre el éxito de los nuevos pertrechos y la posibilidad de su posterior fracaso; cualquier enemigo sensato concentrará sus mayores esfuerzos en desarrollar respuestas al equipamiento que más peligroso parezca. Así, paradójicamente, algunos dispositivos de *menor éxito* suelen mantener su moderada utilidad aun cuando los de mayor éxito ya han sido neutralizados y hasta inutilizados[29]. Por supuesto, es probable que también el dispositivo de menor éxito sea neutralizado, pero en el ínterin puede ofrecer cierto margen de utilidad. Eso es todo lo que cualquier equipamiento puede ofrecer en un campo

tecnológico que evoluciona rápidamente.

Y así fue en la guerra aérea con tecnología electrónica de la Segunda Guerra Mundial, cuyo turbulento progreso se vio impulsado por los importantes avances científicos, por el veloz ritmo del trabajo en laboratorios y fábricas, y por la intensidad de los esfuerzos de los servicios de inteligencia para descubrir los nuevos dispositivos y las nuevas técnicas del enemigo. En el flujo y reflujo de los respectivos desarrollos, el mismo dispositivo podía ser altamente eficaz al ser introducido por primera vez, pasar luego a ser inútil, y llegar por último a convertirse en algo positivamente peligroso, todo en cuestión de meses. Ese fue el caso de los radares de vigilancia trasera instalados en los aviones de bombardeo británicos para alertar sobre la presencia de aviones cazabombarderos. Al comienzo la nueva tecnología salvó muchas vidas, pero después se la neutralizó y pronto se convirtió en un peligro mortal para quienes la usaban, porque se desarrolló un nuevo receptor que permitía a los aviones de combate alemanes detectar los rayos emitidos por los radares y ubicar así a los bombarderos en plena noche[30].

El lapso de vida útil de las innovaciones técnicas determina la utilidad de su desempeño, una idea muy perturbadora para los científicos e ingenieros, para quienes por lo general los términos «utilidad» y «desempeño» son sinónimos. Pero el concepto de los científicos sólo se aplica cuando el desempeño actúa sobre objetos inanimados (o cooperativos). En tal caso, utilidad y desempeño son idénticos, y un dispositivo que se desempeña mejor no puede ser menos útil que otro de nivel inferior. Sin embargo, en el ámbito paradójico de la guerra lo imposible se torna posible. Por ejemplo: durante la Segunda Guerra Mundial se inventaron muchos y variados métodos electrónicos para guiar a la aviación. En cada etapa los británicos y los alemanes (y después también los estadounidenses) elegían el método más exacto y de mayor alcance, dedicando escasos recursos de producción para tener y mantener un equipamiento de navegación óptimo, mientras que con frecuencia el nuevo método era contrarrestado rápidamente, cuando otros

métodos sólo levemente inferiores, y otros equipos marginalmente menos óptimos, podían usarse eficazmente. Por último, todas las partes comprendieron que la introducción de innovaciones tenía que ser manejada deliberadamente, y que era mejor mantener las opciones superiores en reserva para campañas de inusual importancia.

Sin una gestión correcta en él campo tecnológico, la vida útil de cada nuevo dispositivo de navegación comenzaría con una fase experimental en la que se disponía de pocas unidades (al tiempo que las tripulaciones no habían sido aún convenientemente entrenadas para utilizarlas) y sería seguida por una fase de creciente éxito hasta llegar al nivel de la culminación (que coincidía con la preparación de respuestas por parte del enemigo), al que sucedía una abrupta declinación cuando el enemigo empezaba a emplear masivamente sus innovaciones destinadas a la represalia.

Una vez que llegaron por amarga experiencia a la comprensión de esta manifestación de la lógica de la estrategia, los altos mandos de todas las partes contendientes intervinieron para controlar la progresión de la tecnología, con el propósito de hacer que la duración de su éxito coincidiera más estrechamente con sus prioridades operativas.

La consecuencia prescriptiva para las naciones en guerra es clara: cuando los recursos para el desarrollo son escasos y hay que distribuirlos entre ideas científicas y configuraciones técnicas contradictorías, no es conveniente basarse en el juicio de los científicos y los ingenieros. Como tales (aunque algunos puedan ser también hábiles estrategas), los científicos y los ingenieros difícilmente verán algún mérito en la distracción de recursos para desarrollar equipos de segundo nivel; sólo pensarán en lo mejor.

Pero eso es precisamente lo que la prudencia requiere. Se argumentará, sin duda, que la resistencia a las represalias es también un aspecto del desempeño, un aspecto al que hay que dar la máxima prioridad si corresponde, eliminando toda distinción entre utilidad en conflicto y desempeño en general. El argumento es plausible, pero no toma en consideración el cabal significado de la lógica de la

guerra. Da por sentado que los científicos e ingenieros, poseedores del conocimiento necesario para desarrollar nuevos equipamientos, predecirán correctamente las respuestas que dará el enemigo, contra las que se organizará una resistencia que debe ser diseñada desde el comienzo como parte del desempeño general de la tecnología.

Esto puede ser así en ciertos casos, especialmente para innovaciones menores que no perturbarán demasiado al adversario y, por lo tanto, probablemente provocarán una respuesta también menor dentro de las líneas ya establecidas de desarrollo técnico. Pero eso es mucho menos probable cuando el nuevo equipamiento es una innovación importante o constituye un éxito notable que tiene fuerte impacto sobre la forma en que se percibe el equilibrio de fuerzas en el campo del enfrentamiento bélico.

En la producción competitiva de armas que suele ocurrir en tiempos de paz (gran parte de esa producción es unilateral, no competitiva), y con más razón en tiempos de guerra, cuanto mayor sea el éxito de una innovación tecnológica, y más drástica la reacción provocada, más probable será que se exploren una amplia diversidad de principios científicos para diseñar tecnología que permita reaccionar adecuadamente. Eso reduce la probabilidad de que las respuestas que el contendiente prepara puedan ser previstas con anticipación.

Además, una vez desatada la creatividad del adversario, su reacción puede manifestarse en forma de nuevas tácticas, nuevos métodos operacionales, renovación de las estructuras militares, y hasta nuevas estrategias. Desde luego, llegar a predecir tales innovaciones no es en absoluto materia de conocimiento científico o técnico.

Eso fue lo que aconteció en la guerra aérea electrónica de la Segunda Guerra Mundial, cuando la respuesta alemana a las importantes innovaciones británicas, que cegaron las defensas antiaéreas en el verano de 1943, resultó una combinación enteramente novedosa de señalización con reflectores de búsqueda y control en tierra por medio del «comentario continuo». Eso significó un nuevo *método* para las operaciones aéreas, en el que los aviones de

combate, llamados también cazabombarderos, no estaban ya destinados a interceptar a bombarderos individuales sino que, por el contrario, eran enviados a perseguir a los cientos de aviones de las «corrientes» de bombarderos. Tan eficaz fue el método, altamente resistente a la saturación de los radares, que los alemanes pudieron aumentar fuertemente el poderío de sus aviones de combate empleando también aviones sin radar para la interceptación nocturna. Al mismo tiempo los alemanes exploraron todo tipo de técnicas nuevas para superar las respuestas tecnológicas británicas basadas en el radar. Así, llegaron a trabajar en detección por rayos infrarrojos, algo que se salía del campo del radar. Los expertos británicos, que habían demostrado tanto talento para diseñar no sólo radares sino también respuestas basadas en los principios del radar, y que predijeron con éxito las reacciones alemanas en ese campo, no previeron la mayor respuesta alemana del verano de 1943, que no se basó en absoluto en los principios del radar.

En este ejemplo, como sucede con frecuencia, utilidad en conflicto y desempeño no fueron términos sinónimos, ya que el segundo cubre sólo la resistencia ante reacciones *conocidas y predecibles* y no pudo, por ende, prever la amplia gama de reacciones que una innovación Importante puede suscitar en un enemigo observador y creativo. La esfera de la estrategia se define precisamente por la presencia de un enemigo que reacciona, y es eso lo que impide conseguir resultados óptimos. Para diseñar un puente que atraviese un río se ponen en juego muchos elementos: es preciso hacer pruebas de suelo para deducir la resistencia del terreno a la carga; se deben calcular las fuerzas dinámicas que el puente tendrá que soportar; y hay que aplicar los teoremas adecuados. Una vez realizados todos los cálculos, se puede construir el puente con seguridad. Es cierto que a veces los ríos se salen de madre o abandonan su curso acostumbrado para tomar uno nuevo, pero ningún río se dedica deliberadamente a erosionar las estructuras de un puente ni a rebasar sus márgenes. Los blancos de la tecnología militar son mucho menos cooperativos. Tan pronto como aparece en escena una innovación importante se harán esfuerzos para

contrarrestarla. De allí entonces los méritos de las soluciones menos óptimas pero más rápidas, que dejan un margen menor para la previsión del intento y proporcionan soluciones de menor nivel pero más duraderas. Es por eso que tanto la búsqueda de la solución óptima (que obsesiona a los ingenieros) como de la solución elegante (que desvela a los científicos) suelen fallar en el paradójico reino de la estrategia.

3
LA EFICIENCIA Y EL PUNTO CULMINANTE DEL ÉXITO

Hemos señalado ya en otro capítulo que es altamente probable que ante cualquier innovación técnica se produzca una reacción, y también que existe otra relación, menos obvia, entre el éxito de una innovación y la posibilidad de su neutralización. Pasaremos pues a analizar la conexión mucho menos evidente entre la eficiencia técnica de las nuevas armas y su vulnerabilidad a las posibles reacciones y represalias de todo tipo.

Según la conocida definición que postula que la eficiencia técnica es el coeficiente del rendimiento, o sea la relación entre *input* (potencia o energía de entrada) y *output* (potencia o energía de salida), se puede decir de ella que es la gran virtud en toda empresa material. Si bien en lenguaje corriente se utiliza el término para hablar del mérito de instituciones íntegras cuyo producto final no puede en absoluto ser medido, el criterio de eficiencia sólo puede aplicarse con precisión matemática a las máquinas (incluyendo la maquinaria bélica), sumando los costes iniciales de adquisición y los costes operativos (*input*), para después comparar la suma de ambos con el producto final *{output)*.

La eficiencia técnica no es, con todo, el único criterio a aplicar al evaluar máquinas, porque la relación entre *input* y *output* en el momento de la evaluación nada nos dice acerca de la probable duración de su desempeño (fiabilidad) ni tampoco de los costes del

mantenimiento que será necesario a lo largo del tiempo. Sin embargo, y dependiendo de estos factores, la eficiencia técnica es el criterio válido cuando se trata de decidir entre diferentes tipos de camiones o de elegir máquinas herramientas, rifles o tanques.

La eficiencia técnica puede incrementarse, dentro de formas ya establecidas, usando mejores materiales, mejorando el diseño, y hasta haciendo ajustes menores en el funcionamiento de las máquinas. Es gracias a tales procesos que los camiones actuales son capaces de transportar más peso que sus antecesores de unos veinte años atrás, que tenían más coste inicial y consumían más combustible. Y es por la misma causa que los grandes motores mejor afinados rinden más potencia que sus pares mal afinados.

Pero los incrementos drásticos de eficiencia requieren por lo general la introducción de nuevas configuraciones de diseño. A veces esto es posible explotando diferentes principios científicos. Un ejemplo es el trabajo con los actuales ordenadores, mucho más eficientes que las máquinas de escribir eléctricas, las que a su vez eran más eficientes que sus antecesoras mecánicas. Por otra parte, también se puede mejorar mucho la eficiencia reemplazando equipamiento genérico —construido para hacer muchas cosas a diversos niveles de eficiencia— por equipamiento más *especializado*, destinado a producir un solo resultado pero con una eficiencia óptima. Así, los abrelatas abren latas con mucho menos esfuerzo que los cuchillos más versátiles y las carretillas elevadoras acondicionan cargas más eficientemente que las grúas móviles, que son más versátiles y más caras.

La búsqueda de la alta eficiencia por medio de una fuerte especialización ha desempeñado un importante papel en la evolución de la tecnología militar. Constantemente nuevas armas muy especializadas han ofrecido la atractiva posibilidad de superar a otras, más complejas y costosas, versátiles en ciertos aspectos pero vulnerables al único *output* de las armas especializadas. Por ejemplo, a partir de la década de 1870 se empezó a combinar los recién inventados torpedos autopropulsados[31] con embarcaciones de vapor rápidas, que se usaban como plataforma de lanzamiento. Ello

ofreció la posibilidad de derrotar a los barcos de guerra, absolutamente más caros, en los que se basaba el poderío naval. Los barcos de guerra, que habían sido diseñados para enfrentarse con otros barcos de guerra, estaban armados con cañones largos y de gran calibre. Esos cañones no podían retroceder lo suficiente como para atacar a los torpederos que se acercaban amparados por la oscuridad de la noche y que, por lo tanto, sólo eran detectados cuando estaban muy cerca. Además, aun los torpederos transoceánicos eran en realidad un blanco pequeño e inestable, muy difícil de alcanzar. Por otra parte, el pesado blindaje de los acorazados, que los hacía costosos y formidables, se aplicaba principalmente a las superestructuras y los puentes, con el propósito de que resistieran los proyectiles de mortero que podían perforarlos. En consecuencia, la explosión de una carga de torpedo contra los costados desprotegidos, por debajo de la línea de flotación, podía llegar a ser devastadora.

Se llegó entonces a una conclusión que parecía obvia: con el advenimiento del torpedero, los costosos acorazados se habían vuelto fatalmente vulnerables. Y si se superaba el rígido conservadurismo imperante, se podría alcanzar un gran poderío naval sobre una base nueva y más económica. Tal era el razonamiento de la «escuela joven» de los oficiales navales, la *Jeune Ecole* que influenció la política naval francesa desde la década de 1880[32] y encontró defensores hasta en la Royal Navy, como también en algunas armadas menores que tenían buenas razones para celebrar la desaparición del acorazado.

El diseño de las grúas móviles no evolucionó con el propósito de anular las virtudes de las carretillas elevadoras, así como los cuchillos no fueron modificados para disputarles la supremacía a los abrelatas en su única función. Pero ninguno de esos artefactos habita el reino de la estrategia, donde cada acción puede suscitar una respuesta consciente y creativa, lo que a su vez causa la paradójica unión de éxito y fracaso de un modo tanto más dinámico cuanto mayor haya sido el efecto de la acción inicial. Y esto se aplica no sólo a las grandes innovaciones técnicas sino también al éxito y el fracaso en

las mayores empresas de la guerra y la paz.

Debido a la extrema eficacia de su gran especialización, que permitía a los torpederos pequeños y baratos (*input*) destruir buques de guerra grandes y caros (*ouput*), la nueva arma perturbó enormemente el equilibrio del poderío naval. La reacción fue, por consiguiente, vigorosa. Primero, en la curva ascendente del éxito, los torpedos fueron mejorados constantemente hasta que fueron capaces de recorrer mayores distancias y ofrecer velocidades más altas y mayor precisión, al tiempo que se construía un nuevo tipo de barco de guerra, muy pequeño pero transoceánico y equipado con el sistema de propulsión más rápido que se conocía: la lancha torpedera, o simplemente el torpedero. En esta curva ascendente del éxito el nuevo concepto fue puesto en práctica rápidamente y en gran escala. Los franceses intentaron reducir su perpetua inferioridad respecto de los barcos de guerra de la Royal Navy, construyendo no menos de 370 *torpilleurs* entre 1877 y 1903: y hasta los británicos construyeron 117 «Lanchas Torpederas de primera clase» en 1904[33]. La incipiente armada imperial alemana no pasó por alto la innovación, y tampoco lo hizo la armada de Japón, que estaba en proceso de modernización y que usó con gran éxito sus lanchas torpederas transoceánicas en los ataques por sorpresa contra la flota rusa en Port Arthur, en Febrero de 1904.

Así, la visionaria idea de un poderío naval ultraeficiente, que los marinos reformistas de la década de 1870 habían promovido tan decididamente, en contra de la actitud conservadora de los almirantes de la «vieja escuela», se realizó cabalmente mucho antes de la Primera Guerra Mundial.

No obstante, los torpederos no desempeñaron un papel importante en las operaciones navales de 1914-1918, excepto como una amenaza que no era de desdeñar. Lejos de haber hecho obsoletos a todos los barcos de guerra más grandes y costosos, fue el torpedero mismo el que se tornó obsoleto y sólo sobrevivió como arma menor, de valor marginal. Para entonces, la innovación había superado holgadamente su punto culminante del éxito y estaba ya en gran medida neutralizada, *debido a* su eficiencia, que no sólo había

suscitado una reacción fuerte sino que además y al mismo tiempo había impedido toda respuesta válida. Las plataformas o los sistemas de armamento que son altamente eficientes debido a su gran especialización no pueden aceptar respuestas *amplias*.

En 1914 todos los modernos acorazados y cruceros —de hecho, todos los barcos de guerra grandes— estaban preparados para neutralizar al torpedero. SÍ bien los cañones de tubo largo no podían retroceder para disparar a distancias cortas, ya se usaban mucho los reelectores, y por ese motivo las lanchas torpederas no podían acercarse demasiado a los barcos, ni siquiera de noche, sin ser detectadas. Además, los barcos habían agregado a su artillería armas de pequeño calibre y disparo rápido para ataques a corta distancia. Aunque todavía el blindaje era más grueso en las cubiertas y las superestructuras, se proveyó a los grandes barcos de una nueva y altamente efectiva protección por debajo de la línea de flotación: además de una plancha blindada, en la parte externa del casco se instalaron en esa zona cámaras selladas llenas de aire. Estas cámaras pueden absorber la mayor parte de la onda expansiva del torpedo sin que produzca resultados catastróficos. Y cuando los barcos estaban anclados, redes de acero suspendidas a los costados hacían las veces de escudos, porque en caso de ser atacados con un torpedo lo harían detonar a suficiente distancia del casco.

La capacidad de los grandes barcos de guerra para soportar un blindaje especial, proveer mucha energía eléctrica para los reflectores, y portar armas de tiro rápido y pesadas redes de acero fue, desde luego, una consecuencia de las mismas características por las que se los había considerados tan ineficientes en el enfrentamiento con los torpederos. Sus dimensiones y su potencia sólo habían servido para incrementar su valor como blancos al tiempo que los tornaban irrelevantes para la lucha, hasta que tanta costosa versatilidad fue finalmente aprovechada para vencer la nueva amenaza. Así, se podría decir que lo grande se impone sobre lo pequeño y termina con su transitorio éxito.

Lejos de inaugurar una nueva era de poderío naval, la gran victoria de las lanchas torpederas japonesas en Port Arthur fue ya un

anacronismo, una muestra del atraso de la armada rusa. Contra navíos más modernos, el punto culminante del éxito de la nueva tecnología bélica ya había pasado, aunque su declinación no se advirtió plenamente antes de 1914. Es indudable que el torpedo en sí siguió y sigue siendo una eficaz arma naval. El torpedo encontró el lugar adecuado como arma especializada para embarcaciones de guerra de superficie, y especialmente para el nuevo tipo de barco de guerra construido originalmente para cazar torpederos: el destructor. El torpedo llegó a adquirir gran importancia en el aire y sobre todo en el agua, ya que se convirtió en el arma clave del submarino, con el que formó un conjunto *menos* eficiente (más *input* frente a igual *output*) pero más eficaz, como quedó demostrado en ambas guerras mundiales. Y desde luego, la original combinación lancha-torpedo (el torpedero) tuvo gran influencia en el equilibrio naval, al obligar a las armadas que tenían grandes barcos a desviar recursos para proveer los sistemas de defensa que neutralizaran la recién surgida amenaza.

Como se verá, tales *efectos recíprocos* de la combinación *fuerza-desarrollo* suelen ser de mayor valor para una parte o la otra, en contiendas asimétricas, que la original capacidad de combate que ofrecían las nuevas armas muy especializadas. Pero si todas las naciones hubieran adoptado entusiastamente la innovación, y hubieran confiado su poderío naval al ultraeficiente torpedero, bien pronto habrían descubierto sus limitaciones.

La relación entre la eficiencia inicial de armas sumamente especializadas y su vulnerabilidad a las respuestas técnicas, tácticas u operacionales no es accidental, sino que constituye una expresión típica de la lógica paradójica de la estrategia en su forma dinámica. El mismo fenómeno se advierte toda vez que se pretende derrotar capacidades amplias con capacidades muy especializadas, que son tanto más efímeras cuanto más tiempo haya transcurrido desde el comienzo del ciclo acción-reacción. Y la secuencia sigue repitiéndose, impulsada por el irresistible deseo de vencer armas muy costosas con armas baratas.

Así, por ejemplo, cuando la infantería egipcia usó con gran

efecto misiles antitanque contra los carros blindados israelíes durante los primeros días del sorpresivo ataque que dio inicio a la guerra de octubre de 1973, mucho fue lo que se habló de su «revolucionario» impacto sobre la contienda terrestre. Muchos proclamaron a grandes voces que los caros tanques de guerra estaban obsoletos, y hasta se exigieron reformas para superar la actitud conservadora de los «generales de los tanques» y de ese modo ahorrar una gran cantidad de dinero. ¿Cómo era posible justificar el costo multimillonario de los tanques, se preguntaban, cuando podían ser fácilmente destruidos por los misiles antitanques que costaban apenas algunos miles de dólares? (Y además, ¿por qué había tanta ansiedad por la potencia del ejército soviético, que dependía fundamentalmente de sus formaciones de tanques?). Rápidamente surgió una nueva *Jeune Ecole*, que ofrecía la atractiva visión de un nuevo tipo de infantería de alta tecnología, armada a bajo coste con misiles antitanque que brindaban un poderío militar altamente eficiente no sólo en el ataque sino también en la defensa.

En realidad, la innovación fundamental que posibilitó el desarrollo del misil antitanque no fue en absoluto algo nuevo: la ojiva hueca con carga química, usada por primera vez durante la Segunda Guerra Mundial. En vez de depender de la energía cinética para perforar el blindaje, las ojivas huecas lanzan una corriente de alta velocidad (es decir, un chorro) de gases y metal fundido, que es capaz de penetrar en el blindaje más grueso, sin necesidad de emplear costosos cañones de tubo largo con sus mecanismos de retroceso y sus dispositivos elevadores, que sólo vehículos grandes y también caros pueden transportar hasta el escenario del combate. En resumen: cualquier medio para transportar la carga hasta el blanco sirve, ya se trate de los cohetes livianos que pueden ser transportados manualmente por un solo hombre, como por ejemplo los llamados *bazooka* (EEUU) y *Panzerschrek* (Alemania), de los cohetes de diseño soviético KPG, o de cañones baratos, de baja velocidad y sin retroceso. También es posible la forma más simple: arrojar contra el tanque una bolsa que contenga el explosivo.

Cuando aparecieron los lanzacohetes antitanque —el llamado

bazooka y sus equivalentes— muchos pensaron que la era del tanque había terminado. A partir de la innovación, cualquier soldado de infantería podía transportar un arma destructora de tanques. Si cada escuadrón de los doscientos o más que componían cada división de infantería tenía sólo dos o tres lanzacohetes antitanque, la infantería estaría en condiciones de bloquear fuerzas blindadas, costosas de equipar y entrenar, más difíciles de suplantar en el terreno y, en general, más difíciles de transportar a través de grandes distancias. Si hubiera sido una época de paz, tal vez el escepticismo habría prosperado. Pero como estaba en curso una guerra que rápidamente castigaba los errores, el *bazooka* y el resto de los lanzacohetes introducidos en 1945 fueron casi inmediatamente reconocidos por lo que realmente eran: un excelente medio para levantar la moral de la infantería, que hasta entonces tendía más bien a aterrorizarse y huir ante la mera cercanía de los tanques enemigos; armas muy eficaces en bosques y junglas, donde los tanques se internaban poco, pero también en las ciudades, a menos que los tanques sacrificaran velocidad y potencia para avanzar a paso de hombre, escoltados por fuerzas de infantería. Desde luego, el *bazooka* era un arma ideal para el aspirante a héroe, que se mantenía firme en medio de las explosiones de la artillería que por lo general preparan el terreno para atacar a los blindados, y apuntaba cuidadosamente para dispararle su único tiro a un tanque cuyas ametralladoras habían estado atacándole mucho antes de aproximarse a cien metros o poco más, que era la distancia óptima para el lanzador. Tales duelos eran raros en el campo de batalla, porque los tanques luchan en grupos que se protegen mutuamente mientras avanzan. Por otra parte, como se verá, en los enfrentamientos se dan otros niveles de contacto, además del táctico, que favorecen más a las fuerzas móviles blindadas.

La incorporación de los misiles portátiles para lanzar ojivas explosivas eliminó el defecto más evidente de sus predecesores. Guiados hacia el blanco, los misiles pueden ser impulsados con gran exactitud en largos recorridos, de modo que ofrecen la ventaja de que no deben ser lanzados desde una distancia que esté dentro del

alcance de las ametralladoras del blanco enemigo. Pero en otros aspectos este arma tan especializada no está en mejor posición para decretar la obsolescencia del tanque que el bazooka durante la Segunda Guerra Mundial. En la lucha de los primeros días de la guerra de octubre de 1973, la infantería egipcia se encontró con tanques israelíes en pequeños grupos, sin escolta de infantería y sin importante fuego de arttillería de apoyo (como ambas eran principalmente fuerzas de reserva, aún estaban inmovilizadas cuando los egipcios lanzaron su ataque por sorpresa)[34]. Además, las tripulaciones de los tanques israelíes no habían recibido entrenamiento especial que los preparara para enfrentarse con una infantería de misiles resuelta, que se mantendría firme; en cuanto a los tanques, sólo estaban armados para combatir con otros tanques. En consecuencia, no fueron los misiles antitanque los que destruyeron el mayor número de tanques israelíes sino unos anticuados cohetes no dirigidos.

Con su extremada eficiencia contra tanques no preparados, el misil antitanque provocó una fuerte reacción y desencadenó así la paradoja dinámica que transformaría el éxito en fracaso; y debido a sus capacidades especializadas —que eran la razón, misma de su eficiencia— la reacción fue efectiva casi inmediatamente y lo sería aún más con el transcurso del tiempo. Una semana más tarde —el 9 de octubre de 1973— los mismos batallones de tanques israelíes que aparentemente el misil antitanque había tornado obsoletos, o al menos incapaces de acción ofensiva, penetraban el frente egipcio y avanzaban hasta llegar a rodear a divisiones enteras. Evidentemente, no había habido tiempo para desarrollar respuesta técnica alguna. La respuesta que convirtió el éxito en fracaso fue predominantemente táctica.

Una vez superada la sorpresa inicial, y movilizadas hacia el frente las fuerzas mecanizadas de reserva de infantería y artillería, los batallones de tanques israelíes ya no tuvieron que luchar solos, violando su doctrina operacional establecida. Pudieron, en cambio,

avanzar detrás de una barrera móvil de fuego de artillería, que no era lo suficientemente poderosa como para hacer un gran daño a los blindados ni a la infantería atrincherada de los egipcios, pero que demostró ser muy eficaz contra los misiles antitanque cuyos operadores no podían mantener un blanco en la mira el tiempo suficiente en medio de las explosiones, aun cuando desafiaran el peligro de exponerse. La infantería mecanizada, avanzando junto a los tanques en sus vehículos de transporte de tropas, aumentó el efecto de la sorpresa con sus morteros y ametralladoras, que barrían el terreno hacia adelante para forzar a los efectivos de los misiles antitanque a mantener baja la cabeza[35]. También fueron importantes las bombas de humo lanzadas por morteros, que creaban una cortina opaca frente a los tanques, impidiendo así a los operadores de los misiles visualizar sus blancos móviles el tiempo necesario como para desplazar sus armas e interceptarlos. Y por último, una vez reconocida la nueva amenaza, los tanques emplearon los diversos medios de que disponían para protegerse: algunos de los proyectiles para blindaje que llevaban podían reemplazarse por cápsulas altamente explosivas o por proyectiles del tipo *fléchette* (dardo), ambos eficaces contra la infantería. Por otra parte, los tanques poseían ametralladoras y lanzadores de granadas de humo.

Así la fuerza blindada, tan costosa debido a sus amplias y versátiles capacidades, pudo contrarrestar la especializada eficiencia del misil antitanque, sin esperar a desarrollar, producir y distribuir productos específicos de respuesta. Algunos de estos productos estaban ya en uso durante la guerra del Líbano de 1982, cuando los tanques israelíes entraron en acción con «blindaje activo», detonando planchas de blindaje para destruir las ojivas huecas de carga química antes de que explotaran y lanzaran su corriente de metal fundido como también incorporando más ametralladoras y mejores lanzadores de granadas de humo.

Por entonces habían aparecido en escena misiles antitanque mucho más efectivos, pero tenían escaso efecto sobre el combate, excepto si se los dejaba caer desde helicópteros, lo que constituía una

combinación costosa (y por lo tanto menos eficiente) pero absolutamente más eficaz[36].

ESTRATEGIA *VERSUS* ECONOMÍA

La permanente reacción adversa, que es la esencia misma de la lógica estratégica, frustra la expectativa de obtener eficiencias drásticas por medio de la gran especialización y, asimismo, niega la ambición —más modesta— de ceñirse a prácticas económicas (lineales y lógicas) en cuestiones militares. Por ejemplo: las fuerzas armadas, aunque habitualmente son las instituciones sociales de mayores dimensiones, no pueden adoptar libremente economías de escala para adquirir su equipamiento. La desalentadora uniformidad que es la maldición de la moderna sociedad industrial es también la clave de sus bendiciones: al ser desplazados los artefactos individuales de la artesanía tradicional, con su multitud de diseños, unos pocos productos estandarizados son fabricados en cantidades enormes y a un coste muy bajo por eficientes y especializadas máquinas, herramientas y modelos que se combinan en las líneas de producción, que a su vez economizan mano de obra. Es la *homogeneidad* de los productos y sus componentes lo que permite encarar una producción masiva económica; y mientras mayor es la homogeneidad en todo lo que se produce, mayor es el ahorro. (Sólo recientemente la introducción de maquinaria controlada por computadora empieza a romper ese esquema, permitiendo la producción de diferentes modelos en la misma línea de montaje). Para productos que son ellos mismos máquinas —incluyendo los demasiado inusuales para ser producidos masivamente— la homogeneidad sigue siendo clave para las economías de escala, en el mantenimiento y la operación, ya que no en la producción. Mientras mayor es la homogeneidad de un *stock* de máquinas, menor es el número de insumos y piezas de repuesto que hay que tener en

depósito, lo que permite economizar no sólo en administración sino también en capital; el volumen de los inventarios de piezas de repuesto necesarias para una operación ininterrumpida puede calcularse con mayor precisión cuando se usan mucho pocas máquinas, que cuando se usan poco muchas máquinas diferentes. Del mismo modo, mientras más homogéneas son las máquinas, menos costoso es el entrenamiento de los operadores que las usan y de los técnicos que las reparan, y mayor la posibilidad de que aprendan lo suficiente como para realizar adecuadamente su trabajo.

Por lo tanto, desde diversos puntos de vista la homogeneidad es una cualidad fundamental que permite ceñirse a economías de escala para la adquisición, el mantenimiento y la operación. Como hemos visto, no todo lo que participa en la guerra pertenece al ámbito de la estrategia. Nada impide a las fuerzas armadas adoptar economías de escala por homogeneidad en todo lo que es puramente *administrativo*, en todo aquello en lo que el adversario no desempeña papel alguno[37]. No existen obstáculos para la eficiente adquisición masiva de botas o cascos, camiones o munición. Pero para equipamiento militar que debe funcionar en interacción directa con el enemigo —es decir, dentro del ámbito estratégico— la homogeneidad puede fácilmente convertirse en una vulnerabilidad potencial. Si, por ejemplo, se unificaran los misiles antiaéreos en un solo tipo homogéneo, con el propósito de obtener economías de escala en la producción, el mantenimiento y el entrenamiento, los ahorros resultantes podrían ser mayores que si existiera todo un conjunto de diferentes tipos de misil. Pero en la guerra un enemigo competente identificará los límites del desempeño homogéneo de las armas y procederá a eludir la interceptación trascendiéndolos. Todos los misiles, de cualquier tipo, tendrán límites de altitud mínima y máxima, y por ende la aviación enemiga podrá volar por encima o por debajo de esas cotas. Pero aún así el misil seguirá teniendo un precio, porque si un avión debe volar muy bajo o muy alto no puede ser totalmente efectivo; ese «desgaste virtual» suele no ser suficiente para alcanzar los propósitos de una defensa antiaérea, ya que la aviación podría atacar blancos por penetración ultrabaja y

por bombardeo de gran altura, si bien con menor eficacia que si volara a una altitud media óptima.

Además, el misil homogéneo será vulnerable a un conjunto de respuestas homogéneas. Quizás las economías de escala logradas por la estandarización lleguen a ser tan grandes que permitan conseguir que el único misil y su batería sean altamente resistentes a las respuestas; por ejemplo, combinando diferentes formas de guiarlo que se reemplacen una a otra automáticamente. Pero el hecho de que el misil se presente como un blanco único le permitirá al enemigo concentrar todos sus esfuerzos, incrementándose así la posibilidad de encontrar en él un punto débil.

Lo que se aplica a los misiles antiaéreos se aplica igualmente a toda otra máquina de guerra que deba funcionar en interacción directa con un enemigo que reacciona; es decir, con la enorme mayoría de las armas. En todos los casos, la aplicación de los principios económicos basados en la lógica lineal producirán la estandarización, con el propósito de obtener grandes ahorros en producción, mantenimiento y entrenamiento, tal como sucede con los camiones de una empresa comercial de transporte de carga bien administrada, o con las máquinas herramientas de una firma de ingeniería competente. Tanto los camiones como las máquinas herramientas existen en un entorno competitivo, y tanto la empresa de transporte como la compañía de ingeniería enfrentan el peligro de que sus rivales puedan recortar sus precios obteniendo camiones o máquinas herramientas más eficientes. Sin embargo, hay límites legales para lo que se puede hacer en el terreno de la competencia. En el rubro del transporte las empresas no pueden debilitar subrepticiamente un puente que los camiones de sus competidores deben cruzar, a fin de que su peso estandarizado exceda los límites de carga permitidos. Ni tampoco se concibe que una empresa de ingeniería conspire con los proveedores de la competencia para que le nieguen las materias primas compatibles con los límites de tolerancia específicos de las máquinas herramientas estandarizadas. Pero en la guerra, situación en la que esos límites legales no existen, la estandarización puede resultar en vulnerabilidad para cualquier

arma o dispositivo que interactúe con el enemigo, desde los aviones de combate hasta los misiles submarinos, desde los radares de advertencia hasta las radios para comunicarse en el campo de batalla.

Por lo tanto, en el ámbito de la estrategia los principios económicos entran en conflicto con las exigencias de la eficacia bélica. Aunque la variedad ilimitada tiene una barrera, que es el costo, la homogeneidad ilimitada reconoce también una barrera: la vulnerabilidad. Sería posible elaborar un criterio de «igual riesgo marginal» para determinar cuánta diversidad en los precios debe aceptarse al adquirir armas, pero tal vez baste con reconocer que el pensamiento económico de sentido común no se aplica en el caso de la estrategia[38]. Lo cierto es que las fuerzas armadas están notablemente fragmentadas burocráticamente, y ese solo hecho las resguarda de los peligrosos extremos de la homogeneidad. Aun sin el beneficio de una visión estratégica, los ejércitos, y también las fuerzas armadas de mar y de aire, las guardias costeras, las fuerzas policiales y otras instituciones semejantes, buscan siempre destacar su identidad eligiendo sus propias armas, sus uniformes y sus insignias.

Pero las dimensiones de ciertas armas complejas, como por ejemplo los barcos de guerra, no garantizan tal protección contra la búsqueda de economías de escala. Los barcos de guerra grandes permiten economizar en la compra y la operación exactamente lo mismo que los barcos de menores dimensiones. Esto llevó a la concentración de una gran parte de la capacidad naviera mundial en menos de mil enormes buques cisterna, barcos de carga a granel, y barcos de contenedores. La tripulación no aumenta en proporción directa con el tamaño de la embarcación; un colosal buque cisterna de 500.000 toneladas puede no tener más marineros que un carguero de 3.000 toneladas. Tampoco las dimensiones ni los costes de la maquinaria —desde las bombas de la sentina hasta los motores principales— aumentan proporcionalmente, sobre todo cuando se trata de equipamiento de comunicaciones y control. Por otra parte, los barcos grandes son más estables en mares agitados y tienen una importante ventaja hidrodinámica cuando avanzan a gran velocidad.

No obstante, todas estas ventajas se obtienen al precio de una proporcional concentración de valor, contra la cual un enemigo puede dirigir sus acciones. Si en el mundo se desarrollara otra campaña contra la navegación comercial en el estilo de las dos guerras mundiales, resultaría ser que la aparición del barco tanque de gran capacidad confirió una ventaja mayor sobre el atacante que la transformación del submarino: de las lanchas diésel-eléctricas de las dos guerras mundiales, que sólo podían sumergirse para recorridos lentos y cortos, a los actuales submarinos impulsados por energía nuclear, que pueden permanecer bajo el agua durante semanas o hasta meses. Para las flotas comerciales, que deben sobrevivir en el marco de los tiempos de paz que proponen los mercados del transporte de carga marítimo, es fundamental la búsqueda ilimitada de economías de escala. Pero cuando nos encontramos con una similar concentración de valor en barcos de guerra y barcos auxiliares varias veces mayores que sus predecesores de la Segunda Guerra Mundial, en importantes bases aéreas y en estaciones de reparación situadas en lugares muy próximos al territorio enemigo[39], advertimos que la lógica militar ha sido desplazada por prioridades económicas que sólo son válidas en tiempos de paz.

LA CURVA DESCENDENTE: DEL ÉXITO AL FRACASO

Excepto por una fugaz mención del «desgaste virtual» y de los efectos «recíprocos» en el desarrollo de las armas, el destino de la otra parte —la parte *reactiva*— en la interacción dinámica ha sido pasado por alto. Pero, desde luego, la conjunción de los opuestos que conduce del éxito al fracaso y del fracaso al éxito afecta a ambas partes exactamente de la misma manera, ya en los actos importantes de la guerra y la paz, ya en el enfrentamiento técnico entre armas y respuestas a esas armas.

La parte que reacciona con éxito ante una nueva amenaza inicia un camino ascendente hacia un punto culminante, que puede estar distante o próximo pero que en todos los casos marca el comienzo de su propia declinación.

Por una parte, una vez superada la sorpresa inicial, la reacción ante la nueva amenaza se torna crecientemente eficaz en la medida en que se aplican a la empresa recursos y creatividad. Y por otra, esos recursos y esas energías creativas están siendo desviadas de alguna otra acción ya iniciada; con frecuencia, una acción ofensiva deliberada. Por último, si se supera el punto culminante del éxito se gastarán más recursos para contrarrestar la nueva amenaza que lo que el resultado justificaría. En otras palabras, se puede perder más debido al debilitamiento de la propia acción positiva que lo que se pueda ganar al reducir los daños potenciales de la nueva amenaza. Los misiles balísticos, por ejemplo, son armas impresionantes, pero si no tienen ojivas nucleares son simplemente vehículos caros para transportar pequeñas cantidades de explosivos de potencia corriente, o compuestos químicos no confiables, o agentes biológicos aun menos confiables que los anteriores. Por lo tanto, es fácil superar el punto culminante de la eficacia en el desarrollo de respuestas a misiles balísticos no nucleares. De hecho, la mejor defensa contra una amenaza ineficaz es la ausencia total de defensa, porque en la guerra el dramatismo no cuenta; sólo cuentan los resultados.

En el ínterin, mientras la reacción está en curso, la otra parte, que introdujo la nueva amenaza, habrá empezado a reaccionar a su vez, para detener el creciente éxito de las medidas de represalia. Lo hará con menos posibilidades si la amenaza fue muy especializada, y con más si no fue así, pero de cualquier manera se iniciará otro ciclo en el paradójico proceso dinámico de la estrategia.

Los entusiastas persuadidos del poder de cierta maravillosa arma nueva quedarán invariablemente sorprendidos por las numerosas y diversas reacciones adversas que impedirán alcanzar el éxito que tan seguro parecía. Asimismo, los que reaccionan con éxito contra la nueva arma pueden fácilmente ignorar el peligro de sobrepasar el punto culminante del éxito sacrificando demasiada potencia

ofensiva. Esto no ha sucedido aún en la respuesta al misil antitanque, pero el precio del éxito fue alto y se sumó al que ya se había pagado por la amenaza de las ojivas químicas no dirigidas, presentes ahora en diversas armas como el cohete portátil y las armas sin retroceso, muy superiores a sus predecesoras de la Segunda Guerra Mundial. Hacia 1943, amenazadas sólo por otros tanques y por los cañones antitanque de alta velocidad, bastante costosos y escasos, las tripulaciones de los tanques habían aprendido a temer todos los lugares donde podían esperar soldados equipados con cohetes de ojiva química no guiados. Cuando se acercaba el fin de la Segunda Guerra, con aquellas armas en uso generalizado, toda travesía a través de un bosque o a lo largo de calles angostas se había convertido en una experiencia peligrosa para los tanques, si el enemigo estaba altamente motivado.

Poco después de la aparición del cohete portátil, llamado *bazooka*, se descubrió que su amenaza podía ser reducida o hasta eliminada si los tanques llevaban una fuerte escolta de infantería en ambos flancos, ya que entonces había muchos ojos para escudriñar los alrededores y muchas armas livianas capaces de reaccionar velozmente y de suprimir blancos individuales. Pero el costo de esa eficaz precaución era alto, porque las unidades de tanques que necesitaban llevar una escolta de infantería ya no podían avanzar a su propio ritmo para realizar movimientos tácticos. Así, los tanques perdieron gran parte del impulso y el avance rápido que constituyen la verdadera potencia de los carros blindados.

La aparición del misil antitanque complica mucho el efecto. El fuego de artillería, reservado alguna vez para blancos definidos y concentrados, debe ahora diversificarse para suprimir a los lanzadores de misiles, disparando sobre todo terreno cubierto que pueda alojarles, lugares donde en realidad puede haber un solo efectivo o ninguno. Y si las unidades de infantería mecanizada han de avanzar junto a los tanques para protegerlos, tienen que combatir contra vehículos muchos más complejos y costosos que los sencillos transportes de tropas, que bastaban cuando la tarea de la infantería consistía principalmente en limpiar el terreno detrás de los tanques

que avanzaban. Finalmente, en las unidades de tanques también debe operarse un desplazamiento desde la acción ofensiva hacia la autoprotección, por medio tanto de cambios materiales —blindaje «reactivo», ametralladoras y munición extra, y hasta morteros— como de tácticas más cautelosas. Las fuerzas armadas sobreviven por su potencia ofensiva y todo lo que se haga para protegerlas de la amenaza de los cohetes portátiles disminuye su valor positivo, aunque el punto culminante —en el que se pierde más de lo que se gana— no haya sido alcanzado aún. Por ejemplo, la Armada de los Estados Unidos perdió valor positivo en las fases finales de la Guerra Fría, cuando sus grupos de portaaviones llegaron a estar cada vez más concentrados en la autoprotección contra los submarinos y bombarderos navales soviéticos, a expensas de su potencia ofensiva.

LA PROTECCIÓN DE LA FLOTA COMO SUPERACIÓN DEL ÉXITO

Cuando varios barcos de guerra británicos fueron hundidos por los caza-bombarderos de Argentina durante la guerra de las Malvinas en 1982, el mundo se dio cuenta de que pilotos diestros y valientes podían superar toda clase de falencia material, desde la falta de aprovisionamiento de combustible en vuelo que los obligaba a operar en una situación límite, sin reservas, hasta la carencia de armas adecuadas (ellos sólo disponían en total de cinco eficaces misiles antibarcos), o la incompetencia de los técnicos de la artillería, que enviaban bombas a atacar blancos navales con la espoleta mal colocada. Otra lección que dejó aquel episodio fue que no se debe confiar en misiles antiaéreos complejos a menos que se los pueda probar con frecuencia, un requisito difícil de cumplir, debido a su elevado precio. Pero en los Estados Unidos las pérdidas sufridas por la Royal Navy provocaron un debate mucho más amplio, que reiteró la controversia de un siglo atrás sobre las lanchas

torpederas. Una vez más se promovió un arma barata de efecto especializado —esta vez el misil antibarco lanzado por aire— por considerarla decididamente letal para barcos de guerra mil veces más caros; una vez más se reclamó un cambio drástico de la política naval para no seguir despilfarrando el dinero público en sofisticados barcos de guerra (sobre todo portaaviones) que supuestamente ya eran obsoletos, debido a su vulnerabilidad ante los misiles.

En esta ocasión no fue necesario esperar el desarrollo de las respuestas técnicas. Como un eco más del pasado, la eficacia de los misiles lanzados contra barcos en 1982 se debió a la peculiar falta de preparación de la Royal Navy, cuyo retraso para adoptar respuestas técnicas ya generalmente usadas fue tan grave como la de la Armada del zar en 1905 pata oponerse al torpedo. En realidad, en 1982 el misil contra barcos blindados ya había superado su punto culminante del éxito, a causa de la fuerte reacción provocada por sus primeras apariciones, primero a mediados de la Segunda Guerra Mundial y después en los años cincuenta, cuando la armada soviética dio a los misiles antibarcos un papel preponderante al dotar de armamento a naves de superficie, submarinos, aviones de patrullaje y hasta vehículos terrestres para defensa costera[40].

Por lo tanto, los mandos de la Armada de los Estados Unidos ganaron fácilmente el debate. Explicaron que los portaaviones operarían con una impresionante escolta de destructores y cruceros que estarían dedicados casi íntegramente a protegerlos contra misiles y submarinos. Los dispositivos destinados a burlar el radar, las luces de bengala lanzadas por cohetes desde sus cubiertas, y también la interferencia electrónica, desviarían a los misiles antibarcos dirigidos hacia los portaaviones, mientras que los misiles antiaéreos y los cañones de los barcos escolta eliminarían a los restantes misiles, como también a cualquier avión que se aventurase a acercarse demasiado para lanzarlos. Y eso, puntualizaban los almirantes, era sólo la capa media de la defensa. Veinticuatro cazas de gran autonomía de vuelo en cada portaaviones, con cuatro aviones con radar de alarma anticipada y cuatro aviones de interferencia electrónica para ayudarles, protegerían a la capa

exterior de la defensa mientras cuatro aviones cisterna podrían reabastecerlos de combustible en sus distantes destinos. Por último, estaba la capa interna de la defensa, los radares, la nueva respuesta tecnológica, los misiles antiaéreos y los cañones de cada barco, incluyendo los cañones automáticos especiales reservados para ese único propósito.

Tan abrumadora fue esta respuesta a los entusiastas de los misiles de 1982 que la otra cara de la moneda no fue noticia. Si se calcula todo lo que se requería para reaccionar (con éxito) ante el misil antibarcos, se advertirá claramente que además de necesitar barcos escolta excepcíonalmente caros, los portaaviones veían absorbida gran parte de su capacidad por la necesidad de protegerse contra el ataque de los misiles; aproximadamente 36 aviones de 90 debían destinarse a ese objetivo[41].

De hecho, ningún submarino argentino logró hundir un barco británico durante la guerra de las Malvinas. Pero si así hubiese sido, con el consiguiente debate sobre la vulnerabilidad de los barcos de guerra estadounidenses también ante los modernos submarinos, sin duda los almirantes de la Armada de los Estados Unidos habrían abundado en descripciones de las importantes fuerzas antisubmarinos que formaban parte de la protección de los portaaviones. Estas constaban de un submarino de ataque como escolta bajo la superficie, dieciséis aviones equipados con dispositivo de detección y cargas de profundidad, y las armas y sensores de los destructores y cruceros de la escolta. Una vez agregada esta protección adicional, resultaba que todo el complejo del portaaviones, con sus destructores y su crucero, su escolta submarina y los diversos barcos de aprovisionamiento, atendido todo por unos 10.000 tripulantes, apenas si alcanzaba a proveer 34 aviones para la acción ofensiva, una docena de cañones de calibre mediano y diversos misiles de crucero.

En claro contraste con tal despliegue, aislados entre el mar y el cielo, sin posibilidad de ocultarse en el terreno (algo que las fuerzas de tierra pueden hacer), incapaces de desplazarse tan rápidamente como la aviación, los barcos de guerra estaban cada vez más

amenazados por los avances científicos que permiten observar a gran distancia y atacar de numerosas maneras. Para luchar contra las tendencias adversas impulsadas por el progreso general de la ciencia, sucedía que la capacidad del barco, el talento de los investigadores y los costes cada vez mayores eran invertidos en autoprotección. La vulnerabilidad de *red* de la Armada estadounidense se incrementó sólo levemente mientras la potencia ofensiva de la Armada soviética crecía desde los años sesenta hasta su extinción alrededor de 1990, pero cada vez menos el poderío naval de los Estados Unidos podía servir a los intereses de la nación, al tiempo que una proporción cada vez mayor se gastaba en autoprotección.

Retrospectivamente, la secuencia de la paradoja dinámica comienza con la supremacía de las fuerzas de tareas del portaaviones estadounidense, construido con el propósito original de luchar contra la Armada japonesa, pero destinado después de 1945 a enfrentar a una Unión Soviética que sólo era fuerte en tierra. Ya en la postguerra, y para preservar la institución, los altos mandos de la Armada de los Estados Unidos destacaron las posibilidades ofensivas de los portaaviones contra blancos terrestres, también con armas nucleares. Se hizo un gran esfuerzo para adquirir rápidamente bombarderos de retropropulsión lo suficientemente pequeños como para despegar desde las cubiertas de los portaaviones, pero capaces de llevar a cabo misiones a grandes distancias. Una vez que empezó la reacción, las fuerzas soviéticas de defensa costera, aéreas, de superficie y submarinas aumentaron sus dimensiones y su capacidad año tras año, y fue la Unión Soviética la que desarrolló los primeros misiles realmente eficaces para atacar barcos. Los resultados fueron impresionantes y, de no haber encontrado la resistencia que encontró, la Armada soviética hubiera alcanzado un punto culminante de supremacía defensiva. Pero, como era de esperar, la Armada de los Estados Unidos reaccionó equipando sus barcos de guerra con armas antiaéreas y antisubmarinos; realizando grandes progresos en las técnicas de detección, tanto por radar como por sonar y colocando cadenas de equipos de sonar en el fondo del océano; asignando al uso defensivo una proporción cada vez mayor

de su capacidad aérea a bordo; y manteniéndose apartada de los mares peligrosos próximos a las bases soviéticas. Con una reacción tan vigorosa, la respuesta soviética a los portaaviones de la Armada estadounidense comenzó a deslizarse por la curva descendente que conducía al fracaso, de modo que cuando la guerra de las Malvinas le recordó al mundo que el combate naval aún existía, las fuerzas de tareas de los portaaviones de Estados Unidos estaban excesivamente bien protegidas, aunque a un coste enorme y con gran pérdida de potencia ofensiva.

Sin duda sería necesario hacer cálculos mucho más precisos de lo que este trabajo permite para determinar el punto culminante del éxito defensivo en la protección de las flotas de superficie de la Armada estadounidense, más allá del cual la fuerza oceánica hubiera sido mejor asegurada contra la Armada soviética (que estaba en su mejor momento) utilizando fuerzas aéreas y submarinas[42]. Por cierto, no se puede abrir juicio sobre estas cuestiones en la teoría, como tampoco hubiera sido razonable esperar que la Armada de los Estados Unidos, casi absolutamente dedicada a la navegación de superficie, negara esa tradición en un gesto de obediencia a la lógica estratégica. Pero el punto culminante existió, y superarlo desconociéndolo significó fracasar aun dentro del éxito aparente, con portaaviones demasiado defendidos para que valiera la pena mantenerlos.

Ahora que la Federación Rusa ha heredado unas fuerzas navales muy disminuidas y mucho menos activas, la Armada de los Estados Unidos se encuentra una vez más sin un enemigo importante en el mar. Sus portaaviones están a salvo de ataques enemigos, pero no de las críticas internas, que señalan el elevado coste de la aviación transportada por mar, si se lo compara con el de las bases terrestres: por el precio de una fuerza de tareas de portaaviones se pueden comprar veinte bombarderos intercontinentales, cuya capacidad de bombardeo es por lo menos diez veces mayor. Una vez más la Armada estadounidense ha reaccionado descargando de los portaaviones los aviones defensivos y reemplazándolos por caza-bombarderos; una vez más pone de relieve su capacidad para atacar

blancos terrestres desde mar abierto. Pero en 1945 los bombarderos con base terrestre tenían una autonomía de vuelo muy limitada, mientras que hoy la aviación transportada por mar debe competir con una aviación capaz de atacar en cualquier lugar del mundo.

EL FRACASO DEL ÉXITO

En las guerras territoriales es frecuente llevar demasiado lejos una defensa eficaz, iniciando así su declinación. El puesto de avanzada, la zona fortificada, o la ciudad guarnecida qué se dejan deliberadamente al frente de las principales líneas defensivas, o que permanecen aisladas en el curso de una retirada, pueden servir muy bien a la defensa proporcionando advertencia, bloqueando rutas de acceso, y absorbiendo una desproporcionada atención del enemigo. El atacante suele encontrarse sorpresivamente debilitado en el escenario del combate cuando lucha, con un esfuerzo enorme, para conquistar sitios que podrían haber sido obviados si su resistencia hubiera sido correctamente prevista desde el comienzo.

Sin embargo, por lo general es la defensa la que sufre las consecuencias de una resistencia excesivamente eficaz. Aunque las fuerzas aisladas hayan sido derrotadas rápidamente, sin duda habrán obtenido alguna ventaja para la defensa. Pero si su resistencia persiste y soportan heroicamente el aislamiento, concitarán la atención pública, la localidad —quizás poco conocida, apenas un nombre más en el mapa— se transformará en un poderoso símbolo, y los líderes militares y políticos quedarán inflexiblemente comprometidos. Si no se puede enviar ayuda a los sitiados, la defensa continuará obteniendo ciertas ventajas, tanto materiales como morales, mientras persista la resistencia. Pero si existen maneras de enviar refuerzos por rutas peligrosas atacadas por fuego enemigo, por medio de una infiltración aún más precaria o por transporte aéreo, entonces el prolongado éxito de la defensa puede

llegar a ser perjudicial desde un punto de vista más amplio.

Por eso se puede sostener que fue en Verdún durante la Primera Guerra Mundial donde el fracaso de un ataque alemán sorpresivo, en febrero de 1916, les dio a los franceses el éxito defensivo que tanto necesitaban al tiempo que inmovilizaba a su ejército en esa victoria, desangrándolo en una de las batallas más largas de la historia (diez meses) para defender las fortalezas de Verdún. Para vencer la resistencia se envió, día tras día y bajo un bombardeo continuo, una gran corriente de hombres. Muchos murieron en el intento antes de llegar a la fortaleza. Según cifras oficiales, notoriamente subestimadas, el ejército francés tuvo 162.308 hombres abatidos o desaparecidos y 214.932 heridos. Los alemanes se beneficiaron decididamente con el éxito francés en la defensa de las fortalezas, porque su artillería podía atacar las rutas de acceso francesas mejor que lo que la artillería francesa podía responder contra la retaguardia alemana. Sus listas de bajas, también subestimadas, incluyeron sólo unos 100.000 muertos y desaparecidos. Los cálculos posteriores, más fiables, estimaron 420.000 muertos —dos tercios franceses—, demasiados para que se les hubiera podido dar sepultura decente en la pequeña zona en que se concentró la batalla[43]. Sería posible comparar esa cifra con la de los 344.959 estadounidenses que murieron en combate durante *las dos guerras mundiales*, en todos los frentes de todo el mundo y en todos los servicios. La masacre recién comenzaba cuando se vio claramente que sería más ventajoso abandonar las fortalezas de Verdún que defenderlas: como una cuña enclavada en territorio dominado por Alemania, la resistencia más bien debilitaba que fortalecía el frente francés en su conjunto. Pero ya era tarde para tales especulaciones: las fortalezas se habían convertido en un símbolo que trascendía todo cálculo estratégico, y mientras más franceses morían defendiéndolas —y demostrando así su inconveniencia militar— más imposible resultaba confesar que todas las bajas anteriores podrían haberse evitado con una retirada ventajosa. En casos como éste la defensa exitosa se mantiene a un precio que casi siempre sólo se percibe después, en el fracaso. Y por

cierto, después de Verdún el ejército francés estaba tan debilitado que la siguiente ofensiva importante, en 1917, provocó motines en muchos sitios. El persistente efecto de Verdún se sentía aún dos décadas después, en el fatal achicamiento del ejército francés que se enfrentó a Hitler.

Y lo mismo sucedió en Stalingrado, donde los alemanes consumieron la energía y los recursos de su fuerza aérea en el vano intento de abastecer al rodeado Sexto Ejército de von Paulus durante las ocho semanas de resistencia bajo sitio, que terminaron el 2 de febrero de 1943. Si no hubiera habido abastecimiento aéreo alguno, si la resistencia hubiese fracasado en una etapa temprana, la Luftwaffe podría haber sido salvada para deberes más útiles y muchas tropas alemanas podrían haber atravesado las líneas del sitio (bastante escasas al principio) para librar la batalla. Tales sitios y tales liberaciones fueron casi una rutina durante toda la campaña, pero el nombre de Stalingrado adherido a aquellas millas cuadradas de ruinas se había convertido en un símbolo al que Hitler no renunciaría, hasta que la decisión dejó de depender de su voluntad debido a la capitulación de los generales que se encontraban en ese escenario.

Hasta en los años de la posguerra hubo un impresionante caso de una defensa que excedió el punto culminante del éxito: la defensa de los franceses en Dien Bien Phu, Indochina. En noviembre de 1953, tropas de élite francesas se dejaron caer en paracaídas en territorio en disputa, en el noroeste de Vietnam, y resistieron tan bien los primeros ataques de las fuerzas vietnamitas, denominadas Vietminh, que el exótico nombre «Dien Bien Phu» adquirió inmediatamente una resonancia heroica y se transformó en una referencia clara dentro del panorama de una guerra confusa, perturbadora y sumamente impopular. Mientras los Vietminh reunían cada vez más fuerzas alrededor de la zona, los efectivos de la guarnición francesa resistieron durante 112 días, hasta el 7 de mayo de 1954, lo que requirió enviar constantemente refuerzos de las mejores tropas del

ejército francés, transportadas en aviones que debían atravesar la línea de fuego de la artillería antiaérea. Pensada originalmente como una operación limitada y estrictamente práctica, cuyo modesto objetivo era evitar la infiltración del Vietminh en Laos, la defensa de Dien Bien Phu terminó por exigir un esfuerzo desproporcionado, que no podía ser interrumpido porque el lugar había adquirido un gran valor simbólico a los ojos del público francés. Cuando la guarnición sitiada cayó al fin, la operación francesa de Vietnam en su conjunto fue repudiada, tanto por el público como por los políticos. Vietnam podría no haber sido abandonada tan pronto ni tan precipitadamente si los paracaidistas que descendieron en el lugar entre el 20 y el 21 de noviembre de 1953 no hubieran tenido tanto éxito en los combates de los primeros días[44].

En la paradoja dinámica de la estrategia, tanto una defensa como una ofensiva pueden llegar a tener demasiado éxito. En tal caso la situación suele evolucionar hasta llegar a convertirse en un gran fracaso, ya se trate de defender puestos de avanzada, de proteger flotas que los avances técnicos han hecho inseguras, o de preservar cualquier otro instrumento militar que las emociones y los intereses institucionales transforman de siervo en amo.

4
LA CONJUNCIÓN DE LOS OPUESTOS

Hasta ahora hemos examinado la acción de la paradoja dinámica y las consecuentes inversiones en los niveles técnico y táctico. Tenemos que considerar aún los niveles medios de la estrategia, pero será esclarecedor que en este punto ascendamos brevemente hasta el nivel de la gran estrategia, donde cada cuestión interactúa con la lógica toda del conflicto.

Las interacciones bélicas entre gobiernos y líderes nacionales están •sujetas exactamente a la misma lógica de la estrategia que las interacciones de sus fuerzas armadas. Pero a los líderes nacionales les resulta mucho más difícil comprender la lógica subyacente que rige todas las complicaciones de los múltiples niveles de una guerra. Además, rara vez los líderes nacionales son capaces de aplicar su visión estratégica, sea ella cual fuere. Para preservar su poder y su autoridad dentro de su sociedad, los líderes democráticos deben obedecer la lógica lineal de la política consensual. Eso significa, por ejemplo, que no pueden actuar paradójicamente para sorprender a sus enemigos externos, porque antes de actuar deben informar a su público y prepararlo. Y tampoco pueden apartarse de las convenciones de la época y del lugar sin cierta pérdida de autoridad. Por el contrario, la comprensión consciente de los fenómenos de la estrategia constituye una rareza entre los líderes políticos, cuyo talento consiste precisamente en comprender y guiar la opinión pública, que está subordinada a una lógica del sentido común que es muy diferente de la lógica paradójica de la estrategia. Desde luego

pueden ganar guerras, pero movilizando recursos superiores, y cuando carecen de superioridad material están condenados al fracaso. De todos modos, hay excepciones. Winston Churchill es el ejemplo moderno más notable. Churchill fue un político totalmente marginal en tiempos de paz, pero un estratega de primera línea en tiempos de guerra, independientemente de que haya desempeñado el papel de líder inspirador de su pueblo. Es posible hacer esta afirmación porque su talento específicamente estratégico puede ser documentado con precisión.

En nuestra exposición de la disputa entre el Mando de Bombarderos británico y la defensa antiaérea alemana, nos limitamos a examinar los aspectos técnicos y tácticos. Pero, por supuesto, ambos se enmarcaban en la lógica de cada una de las partes a nivel de la gran estrategia. El bombardeo británico de Alemania, al principio sólo contra blancos militares e industriales cuidadosamente seleccionados, se precipitó debido a los éxitos iniciales de las fuerzas alemanas en mayo de 1940: sus rápidas invasiones de Holanda y Bélgica. Así, en medio de los paradójicos primeros frutos de un avance que no había alcanzado aún el punto culminante del éxito, Alemania experimentó sus primeros ataques aéreos. Cuando las fuerzas armadas alemanas, inesperadamente y con gran rapidez, derrotaron también a Francia y expulsaron al ejército británico del continente en junio de 1940, el gobierno británico se vio privado de todo medio de hacer la guerra excepto el ataque aéreo. Y como la defensa antiaérea alemana infligía desastrosas pérdidas a la aviación que intentaba bombardear blancos específicamente militares e industriales a la luz del día, el Mando de Bombarderos tuvo que empezar a volar de noche, cuando la aviación no podía afectar a ningún blanco más reducido que una ciudad de dimensiones considerables. De este modo, la paradójica recompensa que obtuvieron los alemanes por la victoria de su ejército y la eficacia de sus aviones de combate y su artillería antiaérea en la interceptación diurna, fue que las ciudades alemanas empezaron a ser sistemáticamente destruidas.

La curva ascendente del éxito británico en la más larga de todas

las campañas de la Segunda Guerra Mundial se inició a partir del punto más bajo del fracaso nacional. En agosto de 1940 la Royal Navy estaba refugiada en la distante y segura base de Scapa Flow, en el extremo septentrional de Escocia, por temor a los ataques aéreos de Alemania; el ejército británico apenas si aspiraba a defender las playas de Inglaterra, y la Royal Air Forcé (RAF) había sido tan dañada por el bombardeo de la fuerza aérea alemana a sus campos de aterrizaje, que en realidad casi celebró el primer bombardeo alemán de Londres (que fue accidental) el 24 de agosto de 1940[45].

Durante la noche siguiente el Mando de Bombarderos llevó a cabo su primera incursión sobre Berlín, si bien hasta julio de 1941 el recurso de los bombardeos nocturnos —que necesariamente significaba bombardear ciudades— no se estableció como política deliberada. Mientras la movilización industrial y militar de Gran Bretaña se aceleraba, poniendo más bombarderos y más tripulaciones bien entrenadas en las líneas de despegue para cada nueva incursión, y mientras la curva del éxito se elevaba con escasa reacción alemana efectiva, con aceptable proporción de bajas y sin punto culminante a la vista, Charles Portal, mariscal de la Royal Air Forcé y jefe del Estado Mayor, propuso un plan para un avance total hacia la victoria apelando solamente al bombardeo sistemático: cuarenta y tres ciudades alemanas grandes y pequeñas, con una población de unos *15* millones de habitantes y la mayor parte de la industria bélica alemana, serían intensamente bombardeadas en seis ataques sucesivos cada una, para dejarlas «sin esperanza alguna de recuperación».

Al presentar su plan al primer ministro Winston Churchill el *25* de septiembre de 1941, Portal sostuvo que con cuatrocientos aviones de primera línea el Mando de Bombarderos podría «destrozar» Alemania en seis meses[46]. Como es de suponer, el plan estaba basado en minuciosos cálculos, en el estilo de un ingeniero que diseña un puente sobre un río que no ofrece resistencia. Pero los cálculos del ataque no incluían ninguna de las posibles reacciones del enemigo. Por ejemplo: la cantidad de destrucción requerida en las cuarenta y tres ciudades no fue establecida arbitrariamente sino

que se calculó con cuidado sobre la base de un «índice de actividad», que a su vez se basaba en estadísticas recogidas en los comienzos del bombardeo alemán a las ciudades industriales británicas. Después de cada bombardeo, la producción fabril se vería afectada debido a las interrupciones en el suministro de gas, agua y electricidad; los obreros se ausentarían del trabajo por causa del miedo, la fatiga, la falta de comida o de transporte público, y la perturbación general de la vida cotidiana. Determinada cantidad de toneladas de bombas por unidad de población reduciría entonces el índice de actividad de cierto porcentaje residual. En el caso de Coventry, por ejemplo, el índice cayó al 63% al día siguiente del masivo bombardeo alemán del 14 de noviembre de 1940, en el que se dejó caer una tonelada de bombas por cada 800 personas. Luego empezaría una gradual recuperación, pero si se lanzaban más ataques el índice comenzaría a incrementarse cada vez desde una base más baja. Y por último, después de la cuarta, quinta o sexta incursión de los bombarderos, el índice quedaría reducido a cero y la producción de armas cesaría totalmente.

Por otra parte, el plan era admirablemente conservador en todos sus supuestos. Se realizarían no menos de seis ataques a cada una de las 43 ciudades, arrojando una tonelada de bombas por cada 800 habitantes. Tan generosas fueron las previsiones que se tomaron para los errores de navegación, los abortos de operaciones por razones técnicas y las interceptaciones, que se calculó que apenas el 25 % de los aviones alcanzarían el blanco, y que cada uno de los 16 escuadrones de aviones volaría apenas cien misiones por mes en total (sustancialmente menos que los índices actuales), mientras que la carga de bombas por unidad se fijó en la módica cifra de tres toneladas por avión. Se necesitarían entonces 255 escuadrones en línea durante los seis meses de la campaña para llegar al grandioso total de 4.000 bombarderos.

En un ejemplo clásico de pensamiento lógico lineal, el plan daba implícitamente por supuesto que los alemanes no incrementarían fuertemente su modesta defensa antiaérea y tampoco dispersarían sus industrias bélicas, aun cuando estuvieran siendo

sistemáticamente destruidas. Ni Portal ni sus subordinados eran tontos, y sin duda, si se les hubiese convocado individualmente para que reflexionaran sobre el problema habrían repudiado toda concepción de la guerra que ignorara la energía creativa y la voluntad de autoprotección del enemigo. Pero consideremos las circunstancias y las urgencias emocionales del momento: en septiembre de 1941, cuando se le presentó el plan a Churchill, los alemanes arrasaban Rusia, aplastando líneas defensivas y ejércitos íntegros semana tras semana, y tomando cientos de miles de prisioneros. Sólo el recuerdo del destino de Napoleón desmentía los durísimos hechos, que indicaban un inminente colapso soviético. Además, en ningún lugar de Europa se advertía indicio alguno de resistencia armada significativa frente a los ocupantes alemanes. Estados Unidos estaba armándose modestamente, pero la opinión pública se oponía a la intervención en la guerra. Y de hecho la situación se mantuvo hasta que los japoneses la modificaron atacando Pearl Harbor.

En cuanto a Gran Bretaña, no era realista esperar que el ejército británico pudiera ni tan siquiera desembarcar en el continente europeo con fuerzas lo suficientemente poderosas como para no ser derrotado inmediatamente, al tiempo que la actuación de Rommel en el norte de África demostraba que hacía falta una enorme superioridad material para imponerse por sobre la elevada moral, la superior capacitación y el talento de los oficiales del ejército alemán. Si Hitler ganaba su guerra en Rusia, como había ganado sus guerras de Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, los Países Bajos, Francia, Yugoslavia y Grecia, la Royal Air Forcé sería lo único que se interpondría en su camino cuando decidiera regresar desde el este de Europa para liquidar a Gran Bretaña, después de reforzar primero su fuerza aérea con los vastos recursos que sus conquistas y la desmovilización del ejército podían proporcionarle. El año anterior la RAF había obtenido una victoria defensiva en los cielos de Gran Bretaña, pero por escaso margen y enfrentándose a aviones de combate y bombarderos que acababan de luchar contra Francia y no estaban preparados para las condiciones totalmente diferentes de la

Batalla de Inglaterra. Pero no se podía esperar igual suerte en una segunda batalla, para la que los alemanes tendrían ocasión de prepararse adecuadamente, después de haber derrotado a Rusia. Una vez organizada la Luftwaffe para la tarea, la Royal Air Forcé sería destruida gradualmente en una inútil lucha por evitar que las ciudades británicas fueran bombardeadas hasta quedar convertidas en escombros, antes de la inevitable invasión, que introduciría el nuevo orden: la Gestapo, las SS y, como consecuencia, el campo de concentración. Aunque la Unión Soviética lograse sobrevivir de algún modo, lo que por entonces parecía improbable, y comenzara una guerra prolongada que salvara a Gran Bretaña de la invasión, la RAF sería el único instrumento militar válido que permitiría poner fin a la guerra aceptablemente. De allí entonces que Sir Charles Portal y sus colegas de la Royal Air Forcé —hasta poco antes un servicio subalterno— se encontraran de pronto en una situación de inesperada importancia, agradable tal vez pero de una responsabilidad tan enorme como para ser considerada con respeto, si no con terror. En aquel torbellino de emociones, de orgullo, esperanza y profunda ansiedad, era natural buscar una manera de salir de los sombríos bosques siguiendo un plan sistemático, en cuya mecánica pudieran concentrarse, y cuya precisión matemática les aliviara de las temibles incertidumbres de la hora.

Winston Churchill vivía exactamente las mismas circunstancias y, como hombre de sentimientos fuertes y directos, debió haberse perdido también en el mismo torbellino emocional, agravado por su mayor responsabilidad personal. Fue su negativa a aceptar las propuestas de paz formuladas por Hitler en junio de 1940 lo que causó la muerte de 93.000 civiles británicos, hombres, mujeres y niños en los posteriores bombardeos. Fue su política la que dejó a Gran Bretaña en un siniestro aislamiento, enfrentada a la posibilidad prácticamente cierta de una invasión, tan pronto como Alemania completara la derrota de Rusia. El rechazo parlamentario de su liderazgo, su reemplazo por hombres más razonables, capaces de parlamentar mejor con Hitler, la admisión negociada de Gran Bretaña en el Nuevo Orden de Europa, su exilio para morir en la

soledad o quizás bajo arresto, son hoy siniestras fantasías, pero eran posibilidades concretas en septiembre de 1941, como la evidencia contemporánea lo demuestra[47].

Para Churchill una campaña triunfal del Mando de Bombarderos era el único instrumento posible de salvación: nacional, política y hasta personal. Y sin embargo, en un triunfo de la visión estratégica que superó la turbulencia emocional y se abrió paso a través de todas las complejidades técnicas, la respuesta de Winston Churchill a Portal bien podría describirse del siguiente modo: (1) Refutó terminantemente la tesis de que se podía ganar la guerra apelando únicamente a los bombardeos («todo lo que hemos aprendido desde que la guerra comenzó demuestra que sus efectos, tanto físicos como morales, se exageran enormemente»); (2) previo la inminente reacción defensiva alemana ante los bombardeos moderados que ya se habían iniciado, y vaticinó *específicamente* la introducción de aviones para combate nocturno, que contrarrestarían los bombardeos también nocturnos; (3) por lo tanto, pensó que la campaña en curso fracasaría cuando Alemania reaccionara («parece muy probable que las defensas terrestres y los cazas nocturnos *dominen* el ataque por aire»), como en efecto sucedió después de mediados de 1942; (4) predijo que *si* el bombardeo británico por zonas tenía éxito, los alemanes dispersarían y descentralizarían las industrias bélicas, en vez de aceptar pasivamente su destrucción acumulativa («todas las cosas están siempre desplazándose simultáneamente [la fuente misma de la paradoja dinámica], y es muy posible que en 1943 la potencia bélica nazi esté tan ampliamente diseminada por toda Europa como para ser en gran medida independiente de los edificios concretos en terreno nacional»); y (5) alertó contra lo traicionero que es precisar cifras en cálculos que no pueden incluir la gran variable desconocida de la reacción del enemigo («A desapruebo […] expresar tal confianza [en el plan] en términos aritméticos»).

Churchill concluyó con estas palabras: «Uno tiene que proceder lo mejor posible, pero sería insensato pensar que existe un método *seguro* para ganar esta guerra, o cualquier otra guerra, entre

adversarios de pareja fuerza. El único plan es perseverar»[48].

El Mando de Bombarderos era el único instrumento ofensivo de Gran Bretaña, y se le otorgó alta prioridad para poco personal de alto nivel y para la producción industrial, pero nunca llegó a tener una fuerza de 4.000 bombarderos en línea. En su mejor momento, en abril de 1943, tenía 1.609 bombarderos de primera línea[49], porque la sugerencia de Portal de reducir el ejército y la armada en beneficio de la fuerza aérea fue firmemente rechazada. Es interesante señalar que, después de la entrada de los Estados Unidos en la guerra y la consiguiente aparición en escena de su Octava Fuerza Aérea, en 1943, se puso en ejecución un plan de bombardeos sistemáticos. Ese plan violaba la lógica de la estrategia porque ignoraba la reacción defensiva del enemigo y, además, aspiraba también a una elevada eficiencia al concentrar los bombardeos en determinado sector industrial, ignorando así la posibilidad de respuesta en ese aspecto.

Como sus bombarderos B-17 estaban fuertemente armados, ya que portaban once ametralladoras cada uno, los mandos de la Octava Fuerza Aérea estaban convencidos de que podían protegerse contra los cazas alemanes volando en formaciones mutuamente protectoras, sin necesidad de volar con escolta y de noche. Decidieron entonces bombardear a la luz del día, con el propósito de afectar determinados blancos industriales, a diferencia del Mando de Bombarderos, que bombardeaba ciudades al azar. Según los cálculos de la Octava Fuerza, sus incursiones obtendrían grandes resultados —un *output* alto en relación con el *input* del bombardeo — al atacar algunos de los «cuellos de botella» que había en la industria bélica de Alemania. Hacía ya algún tiempo que el Ministerio de Economía para asuntos de guerra recomendaba tal método, y había identificado como blanco ideal las fábricas de la ciudad de Schweinfurt, en Baviera, que según se sabía producían las dos terceras partes de todos los cojinetes de bolas de Alemania. Como todos los tanques y camiones, todos los motores de avión, de barco o de submarino (de hecho prácticamente toda máquina de cualquier tipo que tuviera partes móviles) tenían cojinetes de bolas,

el Ministerio sostenía que la destrucción de las fábricas de Schweinfurt causaría una colosal declinación de la capacidad bélica general de Alemania[50]. El mariscal Arthur Harris, jefe del Mando de Bombarderos, ridiculizó tales razonamientos. Refiriéndose burlonamente a lo que él llamaba «blancos panacea», declaró que los expertos en blancos «se habían vuelto completamente locos» con los cojinetes de bolas[51]. Un bromista que estaba de acuerdo con Harris sugirió que tal vez fuesen las fábricas de cordones para zapatos las que había que destruir, porque al no poder mantener las botas puestas los alemanes tendrían que rendirse. Pese a todo, la Octava Fuerza Aérea estaba resuelta a seguir con los bombardeos de precisión a la luz del día, y dado que sus recursos no podían aumentarse con la rapidez suficiente como para causar estragos bombardeando las industrias en general, los cuellos de botella de alta concentración fabril seguían siendo atractivos para los altos mandos.

En este caso, la Octava Fuerza Aérea bombardeó por primera vez las fábricas de cojinetes de bolas de Schweinfurt el 17 de agosto de 1943, y por segunda vez el 14 de octubre. Su concepto de las formaciones de bombarderos sin escolta, con defensa propia y volando a la luz del día, fue sometido a prueba y fracasó decididamente. A pesar de las once ametralladoras en cada avión, los bombarderos se comportaron tan pobremente frente a los cazas alemanes que las pérdidas resultaron insostenibles: en la primera incursión fueron abatidos 60 de 376 bombarderos estadounidenses, y 77 de 291, en la segunda[52].

En cuanto al daño infligido no fue insignificante, pero el impacto sobre la capacidad bélica de Alemania sí lo fue. Los cojinetes de bola que ya estaban almacenados, más algunas importaciones de Suecia y Suiza, suplieron las necesidades más inmediatas; pronto se reanudó la producción en pleno, y para muchos usos los cojinetes de bolas fueron reemplazados por cojinetes de rodillos, evitando así los potenciales cuellos de botella[53]. Por ende, el especializado ataque a Schweinfurt estimuló una vasta reacción organizadora que frustró aquel propósito, tal como los grandes barcos de guerra del pasado habían neutralizado a

la altamente especializada lancha torpedera y las modernas fuerzas acorazadas evolucionaron para enfrentarse al misil antitanque.

Si bien la respuesta específica a los bombardeos de precisión fue la descentralización y la sustitución, la reacción alemana más amplia ante la intensificación del bombardeo en general consistió en reestructurar toda la economía con el propósito de maximizar la producción bélica: una «economía de guerra total», según la expresión de los nazis. Ahora bien, en 1942 ni los estadounidenses ni los británicos hubieran podido prever tal respuesta, debido a la creencia generalizada de que la economía alemana estaba totalmente movilizada para la guerra y de que ya lo había estado antes del estallido de la conflagración en 1939. En Gran Bretaña, por ejemplo, desde 1940 trabajar era una obligación para todas las personas, y los oficios y servicios no esenciales habían sido eliminados o severamente restringidos. Nadie imaginó, entonces, que hasta mediados de 1943 la mayoría de las mujeres alemanas permanecerían aún en el hogar, que habría más de un millón de empleadas domésticas, y que ciertos oficios no esenciales, como la encuadernación de libros, se mantuvieran florecientes. Hitler había iniciado una guerra deliberadamente, y por lo tanto no podía exigirle al pueblo alemán que hiciera sacrificios extremos. El estado de la economía de guerra alemana reflejó esa fundamental realidad política. Hasta febrero de 1943 no se inició una movilización total, en vísperas de la derrota en Stalingrado, con sus catastróficas pérdidas. Una vez que las energías alemanas estuvieron más encauzadas, la producción de equipamiento y pertrechos militares aumentó drásticamente y siguió creciendo, de modo que el incremento del tonelaje de bombas arrojadas sobre Alemania durante 1944 coincidió con un firme aumento del volumen de la producción bélica.

Pero no fue sólo coincidencia; en cierto modo, el bombardeo mismo contribuyó a la producción bélica, al destruir el marco social de los plácidos días de la paz. Con la mayoría de los restaurantes destruidos, la única alternativa fueron las cantinas más eficientes. Con los hogares en ruinas y sus residentes evacuados, los sirvientes

domésticos fueron obligados a incorporarse a la producción de armas, tal como los empleados de comercio, artesanos y empleados públicos. Este cambio le permitió también a la economía de guerra alemana superar o ignorar el fenómeno de los bombardeos.

La historia es conocida y ha sido relatada muchas veces[54]. Se trata de un caso clásico de acción «lineal», al parecer definitiva y sistemáticamente acumulativa, que en realidad terminó siendo inoperante y hasta autodestructiva debido a la naturaleza misma de la lógica estratégica. Desde luego, Churchill fue excepcional en su comprensión intuitiva de la lógica paradójica de la estrategia, con su perversión de toda acción lógica y su recurrente inversión de los opuestos. (El título del último volumen de sus memorias de la guerra es *Triunfo y tragedia*, pero bien podría haber sido «Victoria y derrota»). Pero no es necesario que haya numerosos Winston Churchill para que la gran estrategia exista. Así como las leyes de la física rigieron el universo mucho tiempo antes de que hubiera físicos que las estudiaran, así también quienes dirigen a las naciones en la guerra están sujetos a la lógica de la estrategia a pesar de que puedan no saber nada de estrategia. Ya tomen sus decisiones con sabiduría o con estupidez, con criminal ambición o sincera benevolencia, ya sean elogiados o condenados por el desenlace, las *consecuencias* de lo que ellos hacen o dejan de hacer están determinadas por la lógica paradójica, que desalienta toda expectativa de continuidad, toda esperanza de progresión lineal.

DE LA GUERRA A LA PAZ, DE LA PAZ A LA GUERRA

Tal vez la guerra sea el mayor de los males, pero también tiene una gran virtud. Al consumir y destruir los recursos materiales y morales necesarios para seguir luchando, la guerra evita su propia continuidad. En vez de prolongarse, la guerra, como cualquier otra

acción dentro del ámbito paradójico de la estrategia, debe finalmente convertirse en su opuesto, después de atravesar un punto de culminación. Y ese opuesto no puede ser otra cosa que una tranquila pasividad, un estado no reconocido de ausencia de guerra, en vez de una paz negociada, un armisticio, o hasta un alto el fuego temporal. Y sea lo que fuere este estado de ausencia de guerra, no puede mantenerse por mucho tiempo porque la velocidad con que la guerra se destruye a sí misma depende claramente de su intensidad y escala. En las guerras civiles, la intensidad de la lucha suele ser baja, y la escala pequeña, con violencia localizada dentro de un entorno más amplio, que la lucha afecta marginalmente, o hasta puede no afectar. En Sri Lanka la guerra civil continúa desde hace décadas en el norte mientras los turistas extranjeros siguen frecuentando las tranquilas playas del sur. En Sudan la contienda quedó limitada al sur y también allí ha sido principalmente estacional. En consecuencia, las guerras civiles pueden extenderse durante décadas. Por el contrario, ninguna guerra intensa y de gran escala puede durar muchos años, por no hablar de décadas, y las hay que se han agotado en semanas o días.

La guerra puede ser el origen de la paz de diversas maneras: por la victoria total de una de las partes; por el mero agotamiento de ambas; o —con mayor frecuencia— porque el conflicto de objetivos que originalmente provocó la guerra se resuelve por la transformación que la guerra misma produce. Mientras la guerra está en curso, el valor de lo obtenido o defendido se compara con los costes en bajas, bienes y sufrimiento, y a la luz de esa comparación muchas veces disminuyen o desaparecen las ambiciones que motivaron la contienda.

No obstante, ese proceso no es lineal, porque el compromiso político de ir a la guerra es fortalecedor. Habiendo iniciado las hostilidades con la esperanza de obtener algo de valor a un precio aceptable, el atacante que se tropieza con una resistencia inesperadamente fuerte puede persistir, hasta en el caso de que la ganancia total que esperaba no compense lo que ha perdido en sangre, dinero, tranquilidad y prestigio. En cuanto al defensor, que

empezó a combatir por decisión del otro, también vuelve a evaluar el propósito inicial de su resistencia, un proceso considerado digno de sacrificio antes de que se pudiera conocer el alcance cabal del sacrificio. Aunque, como sucede con frecuencia, las primeras expectativas del ataque o la defensa se vean frustradas, puede acontecer que el éxito parezca estar tentadoramente cerca, tal vez al alcance de la mano, si se libra una batalla más y se toleran unas pocas bajas y algunas pérdidas materiales, después de todas las bajas sufridas y toda la riqueza consumida. Y esto es así porque la situación asimétrica de los que se enfrentan a la posibilidad de perder todo si son derrotados refuerza su resistencia. Quizás lo que al principio hizo atractiva a la guerra fue la posibilidad de ganar mucho a costa de poco. Pero si los costes de la guerra son inesperadamente grandes, su misma magnitud será un incentivo para persistir durante una etapa intermedia; mientras mayores sean los sacrificios ya realizados, mayor será la necesidad de justificarlos alcanzando finalmente el objetivo. Durante esa etapa, el comportamiento de los beligerantes está condicionado por la actitud política del partido o el líder originalmente partidarios de la guerra, cuya suerte dependerá de cuál sea la visión que se tenga de la responsabilidad por haber iniciado la guerra, lo que a su vez depende de la visión del momento sobre el futuro desenlace. En ese caso el incentivo para mantener la esperanza de la victoria es muy fuerte.

Pero si la guerra continúa, las perspectivas terminan por cambiar. Cada vez más los resultados que se esperaban no se comparan con los sacrificios ya hechos, sino con los que probablemente habrá que hacer si la guerra no termina. Cuando el partido o el líder que propiciaron la guerra permanecen en el poder, bien puede suceder que sus ambiciones disminuyan o se extingan, hasta el punto de que líder o partido abandonen toda esperanza de triunfar y se conformen con moderar las pérdidas. Con la continuación del proceso las hostilidades suelen llegar a su fin, porque los objetivos de cada parte terminan por hacerse compatibles en vez de mutuamente excluyentes. La guerra del Pacífico, por ejemplo —una lucha sumamente peculiar entre los agresores

japoneses con objetivos amplios pero no ilimitados y sus antiguas víctimas estadounidenses de Pearl Harbor y las Filipinas, que exigían una rendición incondicional— sólo llegó a su fin cuando los estadounidenses aceptaron tácitamente la exigencia japonesa mínima de la continuidad de la institución imperial, y la exigencia menos mínima de impunidad para el emperador Hirohíto.

Una guerra librada hasta las últimas consecuencias, con las fuerzas contendientes agotadas y todo recurso promisorio ya intentado, con mucha destrucción sufrida e infligida, con las esperanzas de mayor éxito desvanecidas, suele conducir a una paz que *puede* ser estable. Pero si la guerra se interrumpe antes de su autodestrucción, no necesariamente le sigue la paz. Así aconteció en el pasado en Europa, cuando las guerras se libraban intermitentemente, en campañas estacionales de primavera y verano, finalizaban en invierno, y se reanudaban en la primavera siguiente. Y así ha sucedido también desde el establecimiento de la institución de las Naciones Unidas y la formalización de la política mundial a través de su Consejo de Seguridad.

Desde 1945, rara vez se permitió que las guerras entre potencias menores siguieran su curso natural. Por el contrario, siempre fueron interrumpidas mucho antes de que pudieran agotar las energías de la guerra para establecer las condiciones necesarias para la paz. En realidad, suspender abruptamente el combate entre potencias menores ordenando el alto el fuego es una práctica que para los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se ha convertido en rutina. A menos que se produzcan nuevas intervenciones diplomáticas para imponer también negociaciones de paz, las órdenes de cesar el fuego sólo alivian el agotamiento provocado por la guerra y favorecen la reorganización y el rearme de las partes en conflicto, intensificando y prolongando la lucha una vez que el alto el fuego llega a su fin. Así aconteció en la guerra árabe-israelí de 1948-49, que podría haber terminado en cuestión de semanas por mero agotamiento, si los dos alto el fuego ordenados por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas no hubieran permitido a los contendientes recuperarse hasta que

estuvieron nuevamente preparados para retomar la lucha. Y una vez más pasó lo mismo después de la desintegración de Yugoslavia en 1991. Decenas de alto el fuego impuestos por la ONU interrumpieron la lucha entre serbios y croatas en las fronteras de Krajina, entre las fuerzas de la federación serbo-montenegrina y el ejército croata, y entre los serbios, los croatas y los musulmanes de Bosnia. En cada ocasión los contendientes aprovecharon la pausa para reclutar, entrenar y equipar fuerzas adicionales que les permitirían seguir combatiendo. Precisamente, bajo la protección de las sucesivas órdenes de alto el fuego tanto los croatas como los musulmanes bosnios pudieron construir sus propias fuerzas armadas para enfrentarse a los bien armados serbios. Sin duda muchos encontrarán deseable tal desenlace, pero el efecto general fue prolongar demasiado la guerra y aumentar las matanzas, las atrocidades y la destrucción.

También se hizo habitual interrumpir las guerras por más tiempo imponiendo armisticios. Pero al igual que el alto el fuego, el armisticio, a menos que sea seguido directamente por una paz duradera o por negociaciones en ese sentido, perpetúa indefinidamente el estado de guerra porque protege a la parte más débil de las consecuencias de negarse a hacer las concesiones necesarias para alcanzar la paz. Protegida indirectamente por las grandes potencias que garantizan el armisticio, y ya sin temor de sufrir más derrotas o pérdidas territoriales, la parte perdedora puede negarse a un acuerdo de paz con la parte ganadora, y hasta suele llegar a atacar subrepticiamente su territorio infiltrando tropas especiales o guerrilleros. Los armisticios no son escalas en el camino a la paz, sino guerras congeladas. Son, por lo tanto, el incentivo más poderoso posible para carreras armamentistas que se prolongan interminablemente, como sucedió en los casos de India y Paquistán y de las dos Coreas.

Sin embargo, mientras persistía la Guerra Fría, los alto el fuego y los armisticios impuestos por los Estados Unidos y la Unión

Soviética actuando en conjunto tenían una urgente justificación. En un momento en que ambos países se sentían fuertemente inclinados a intervenir en las guerras entre potencias menores para evitar la derrota de sus respectivos clientes, los líderes de los Estados Unidos y la Unión Soviética prefirieron, prudentemente, actuar juntos y, en muchos casos, detener la lucha. De ese modo la intervención competitiva resultó innecesaria y se pudo así evitar el eventual peligro de un enfrentamiento directo entre las fuerzas soviéticas y las estadounidenses, lo que podría haber iniciado una escalada hasta el nivel nuclear. Si bien los alto el fuego impuestos que se sucedieron durante los años de la Guerra Fría incrementaron, en última instancia, el total de enfrentamientos entre las potencias menores, y los armisticios perpetuaron el estado de guerra entre ellos, ambas situaciones eran claramente el mal menor, desde un punto de vista global, en comparación con la posibilidad de una guerra soviético-americana, que podría haber sido catastrófica.

Por el contrario, después de la Guerra Fría ni los estadounidenses ni los rusos mostraron inclinación alguna a intervenir *competitivamente* en las guerras de las potencias menores. Estados Unidos actuó con muchos aliados para revertir la situación después de que Irak hubiese conquistado Kuwait en agosto de 1990. La Federación Rusa, por su parte, ha enviado fuerzas de combate y armas para apoyar a una u otra parte en las guerras y los levantamientos de Asia Central y la región caucásica. No obstante, ningún país actuó específicamente para controlar al otro, y ninguno parece estar dispuesto a contemplar la posibilidad de una intervención armada. Y lo mismo puede decirse de las grandes potencias que aún existen. Se deduce de ello que las nefastas consecuencias de la interrupción de la guerra persisten todavía, sin que se hayan prevenido peligros mayores.

En ausencia de algo que se asemeje a un clásico enfrentamiento entre grandes potencias, se imponen alto el fuego y armisticios a los gobiernos menores, por motivos desinteresados; de hecho, sin mejor

razón que el rechazo del público televisivo a verse expuesto a presenciar horripilantes escenas de guerra. Desde luego, el resultado es que tales hechos siguen produciéndose.

Es bien sabido que la conducta desinteresada, no guiada por el cálculo basado en el egoísmo, produce resultados aleatorios. Pero lo que actualmente sucede en este campo es mucho peor, porque los alto el fuego y los armisticios impuestos a las potencias menores en conflicto evitan *sistemáticamente* la transformación de la guerra en paz. Los acuerdos de Dayton de noviembre de 1995 son típicos: esos acuerdos condenaron a Bosnia a permanecer dividida en tres campos rivales armados. El resultado fue que se suspendió el combate entre croatas, musulmanes y serbios, pero al precio de prolongar indefinidamente el estado de guerra. Como ninguna de las partes se siente amenazada por la derrota y las pérdidas, ninguna tiene un incentivo suficientemente fuerte como para negociar la paz; como no se percibe un camino que lleve a la paz, la primera prioridad es prepararse para otra guerra, en vez de reconstruir las economías devastadas y las sociedades asoladas. Por el contrario, el desenlace de una guerra no interrumpida hubiera sido tal vez injusto, según el punto de vista, pero finalmente habría impuesto una especie de paz, permitiéndoles a los pueblos reconstruir sus vidas y sus comunidades.

En el momento en que escribimos estas líneas, además de las Naciones Unidas, una serie de organizaciones multilaterales se ocupan de intervenir en las guerras de otros pueblos. Todas estas organizaciones tienen una característica común: intervienen en las situaciones bélicas pero se niegan a participar en el combate. Y tal actitud agrava los daños.

La primera prioridad de los contingentes de «mantenimiento de la paz» de las Naciones Unidas es no tener bajas en sus filas. Por ende, los comandantes de las operaciones suelen apaciguar al contendiente *localmente* más agresivo, aceptando sus órdenes y tolerando sus abusos. Si en determinado contexto la totalidad de las fuerzas de paz de las Naciones Unidas apaciguasen a la parte más fuerte, por ejemplo los serbo-bosnios en las primeras etapas de la

lucha en Bosnia, el resultado podría conducir a la paz, porque en tal caso la presencia de la ONU favorecería realmente la capacidad de la guerra para lograr la paz, al ayudar al fuerte a derrotar al débil rápida y decisivamente. Lamentablemente, el apaciguamiento que es inevitable cuando las fuerzas que no quieren luchar se ven arrojadas a una situación de guerra, no es ni homogéneo ni estratégicamente conveniente. Por el contrario, refleja meramente la decisión de cada contingente de la ONU de evitarse confrontaciones y bajas. Cuando cada unidad concilia con la parte localmente más fuerte, el resultado general es evitar que se produzca algún equilibrio de fuerzas capaz de poner fin a la contienda.

Tampoco pueden los contingentes de las Naciones Unidas decididos a evitar el combate proteger a los civiles que quedan atrapados en la refriega o son deliberadamente atacados. En el mejor de los casos, las fuerzas de paz de la ONU son espectadoras pasivas de la violencia y hasta de masacres, como en Bosnia y Ruanda. Y, en el peor, colaboran en la masacre como lo hicieron las tropas holandesas en el enclave de Srebenica en julio de 1995, cuando ayudaron a los serbobosnios a separar a las mujeres y los niños de los hombres en edad militar (así definidos). Todos fueron asesinados.

Al mismo tiempo, la presencia de las fuerzas de las Naciones Unidas impide el recurso normal de los civiles en riesgo, que es huir de la zona de combate. Engañados por la idea de que serán protegidos, los civiles en peligro permanecen en el lugar hasta que es demasiado tarde para escapar. Además, los posibles países huéspedes que podrían acogerlos no conceden la condición de refugiados de guerra a los civiles procedentes de zonas donde las tropas de la ONU están supuestamente manteniendo la paz, a pesar de que no puedan en absoluto proteger a los civiles. En el caso específico del sitio de Sarajevo en 1992-1994, la conciliación interfirió de un modo especialmente perverso con la pretensión de protección: el personal de las Naciones Unidas inspeccionó estrictamente los vuelos de salida, para evitar la huida de civiles de Sarajevo, cumpliendo así un acuerdo de cese del fuego negociado con los serbo-bosnios, quienes, por su parte, violaban habitualmente tales

acuerdos.

Los organismos como la ex Unión Europea Occidental (UEO) y la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa carecen hasta de la rudimentaria estructura de mandos de las Naciones Unidas, y no tienen fuerzas militares propias asignadas ni mucho menos orgánicas. Sin embargo, también pretenden intervenir en situaciones bélicas, con las previsibles consecuencias. Desprovistos de fuerzas, ni siquiera teóricamente capaces de combatir, satisfacen demandas intervencionistas planteadas por los estados miembros, o hasta motivadas por sus propias ambiciones institucionales. Así, envían policías, gendarmes o simplemente «observadores» con armamento liviano. Todas estas fuerzas deben necesariamente actuar como habitualmente lo hacen las tropas de paz de las Naciones Unidas, acomodándose a los deseos de la parte localmente más fuerte. Desde luego, estos organismos no pueden ni tan siquiera intentar proteger a los civiles en peligro, con el agravante de que también dificultan el recurso extremo de la gente amenazada, que es la huida.

Las organizaciones militares, en cambio, como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Grupo de Observadores Militares de la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental (ECOMOG) que actuaron en el caos de Liberia y Sierra Leona, son potencialmente capaces de detener la guerra. Sus intervenciones también tienen consecuencias destructivas al prolongar el estado de guerra, pero al menos protegen a los civiles de las consecuencias de las guerras que prolongan. No obstante, ese aspecto también falla a veces. Los mandos militares multinacionales dedicados a intervenciones desinteresadas que no justifican bajas en sus propias fuerzas evitan los riesgos a toda costa. Esto puede afirmarse de las fuerzas del Tercer Mundo, cuya adscripción a la ONU es en gran medida una manera de obtener generosas compensaciones monetarias por sus soldados mal armados, mal entrenados y mal pagados (quienes a menudo se resarcen saqueando o traficando en el mercado negro). Pero también es posible afirmarlo de las fuerzas óptimamente entrenadas y óptimamente

pagadas de los ejércitos más ambiciosos. Las tropas de los Estados Unidos que llegaron a Bosnia en vísperas de los acuerdos de Dayton de 1995 tenían órdenes estrictas de evitar los enfrentamientos armados, y obedeciendo esas órdenes, en los años que siguieron no arrestaron a conocidos criminales de guerra que pasaban por sus controles. En términos más generales, sucede que como no pueden admitirse diferencias en la actuación de las tropas, los mandos multinacionales son institucionalmente incapaces de ejercer un control de calidad sobre las tropas ofrecidas por los estados miembros, y no pueden tampoco imponer pautas uniformes de comportamiento táctico o ético. Además de las políticas que deliberadamente minimizan el riesgo, el despliegue conjunto de tropas potencialmente eficaces en combate y tropas irremediablemente inútiles tiende a perjudicar el desempeño de todas las tropas involucradas, llevando su actuación a un común denominador mínimo. Esto se aplica hasta a las tropas británicas en Bosnia antes de 1995, excelentes en otros aspectos, y a los vigorosos *marines* nigerianos de Sierra Leona. Muy pronto tropas casi de élite adoptan tácticas pasivas y de autoprotección, que les impiden mantener realmente la paz y proteger a los civiles.

El fenómeno de la «degradación de las tropas inducida multinacionalmente» rara vez aparece como tal, pero sus consecuencias han sido muy visibles en el aluvión de personas muertas, mutiladas, violadas y torturadas que acompaña las intervenciones de la ONU. A pesar de ello, a veces el verdadero estado de cosas es puesto de manifiesto por alguna rara excepción, como aconteció cuando la aguerrida unidad de tanques holandesa que actuó en Bosnia replicó prontamente cada vez que fue atacada con artillería en 1993-1994, deteniendo así con rapidez los ataques. Si el modelo de degradación hacia una ineficaz pasividad no estuviera tan generalizado, el caso de tropas de combate actuando como tropas de combate no hubiera llamado la atención. Por el contrario, la actuación de las tropas de la ECOMOG en Sierra Leona incluyó, en un período de tiempo considerable, frecuentes derrotas a manos de pequeñas bandas de soldados rebeldes casi niños,

numerosos episodios de saqueos organizados y dirigidos por los comandantes de las unidades, incontables violaciones y algunas ejecuciones sumarias, pero nunca la protección de los civiles atacados.

De entre todas las intervenciones en guerras ajenas, las actividades de ayuda humanitaria son las más desinteresadas. Y también las más destructivas.

La intervención humanitaria mayor y más prolongada de toda la historia de la humanidad es la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados Palestinos (UNRWA). Constituida sobre el modelo de su predecesora, la Administración de Socorros y Rehabilitación de las Naciones Unidas (UÑERA), que operaba aún en los campos de refugiados en Europa, la UNRWA fue establecida durante la guerra árabe-israelí de 1948-1949. Su misión consistía en proporcionar alimentación, refugio, educación y servicios de salud a los refugiados árabes que habían huido de las zonas israelíes en el ex territorio de Palestina, hacia otras partes de Palestina bajo control egipcio o jordano (la Franja de Gaza y la Ribera Occidental), o al Líbano, Siria y Transjordania (posteriormente, Jordania).

Al asegurar la supervivencia de los refugiados, en condiciones espartanas que fomentaban su rápida emigración o el resentimiento local, los campos de refugiados de la UNKRA en Europa sirvieron para absorber los resentimientos de posguerra. La política fue que en los campos se mezclaran las nacionalidades, con el propósito de evitar el surgimiento de grupos dispuestos a la venganza bajo la dirección de líderes de los tiempos de guerra, muchos de ellos inevitablemente ex colaboradores de los alemanes. Y si los campos de refugiados se convirtieron instantáneamente en apetecibles hogares y no en campos de tránsito ansiosamente abandonados, no fue en verdad debido a políticas de estado árabes, ni mucho menos a algún patriotismo ideológico, sino simplemente a que los campos de refugiados de la UNRWA brindaban un nivel de vida más elevado que el que los aldeanos árabes habían tenido anteriormente, con

alimentación segura y variada, escolaridad bien organizada, atención médica infinitamente superior, y sin agotadoras jornadas de trabajo en los áridos campos. Así, en aquellos campos los civiles en fuga se convirtieron en refugiados permanentes, que tenían hijos también refugiados, que a su vez crecían y tenían hijos.

De este modo, durante más de medio siglo de actividad la UNRWA perpetuó una nación palestina refugiada, manteniendo sus resentimientos tan vivos como en 1948, y conservando intacto el primer brote de deseo de venganza. A los jóvenes no se les permitía buscar su propio camino hacia una nueva vida; por el contrario, se los mantenía bajo el control de sus mayores derrotados, y desde la primera infancia se les enseñaban sus deberes de venganza y reconquista en escuelas financiadas por la UNRWA. Por el mero hecho de su existencia, la UNRWA disuade la integración en las sociedades locales e inhibe la emigración, pero además, la concentración de palestinos en los campos ha facilitado siempre el reclutamiento voluntario o forzado de jóvenes refugiados por parte de organizaciones armadas que han combatido contra Israel y también entre sí. Por todas estas razones, la UNRWA ha contribuido en gran medida a medio siglo de violencia árabe-israelí, y aún hoy retrasa notoriamente el advenimiento de la paz.

Si cada guerra europea hubiera contado con su propia UNRWA de posguerra, equipada para proveer un nivel de vida más elevado que el de la zona, hoy Europa estaría llena de gigantescos campos para decenas de millones de descendientes de galo-romanos desarraigados, vándalos abandonados, borgoñones derrotados y visigodos extraviados, por no hablar de naciones de refugiados más recientes, como los alemanes de los Sudetes post-1945. Europa no sería más que una expresión puramente geográfica, un mosaico de tribus en guerra permanente, divididas y enemistadas en sus diferentes territorios. Y sin duda el número de conflictos no resueltos sería aproximadamente el mismo que el número total de guerras que se han librado.

La UNRWA no es única, sino que tiene diversas réplicas en todo el mundo, como por ejemplo los campos de refugiados

camboyanos instalados en la frontera tailandesa, que proporcionaron bases seguras para las matanzas perpetradas por los nacionalistas camboyanos, los jemeres rojos. Pero como las actividades de la ONU están limitadas por las mezquinas contribuciones nacionales a sus arcas, su sabotaje de la paz está, al menos, localizado. No es éste el caso con la proliferación de Organizaciones No Gubernamentales (ONGs), que compiten febrilmente entre sí y que actualmente buscan refugiados de guerra para ayudarlos. La prioridad absoluta y existencial de las ONGs es seguir atrayendo contribuciones caritativas. Su medio principal para lograrlo es promocionar sus actividades en situaciones altamente visibles. Los únicos eventos que concitan tanta atención de los medios son los desastres naturales más dramáticos y, aun así, brevemente. Después de un terremoto o de una inundación, las cámaras parten raudamente para registrar el siguiente desastre. Los refugiados de guerra, por el contrario, pueden atraer una sostenida atención de los medios, si se concentran convenientemente en campos razonablemente accesibles. Debido a que las formas regulares de guerra entre contendientes bien organizados de zonas más desarrolladas ofrecen pocas oportunidades para las ONGs, estas organizaciones concentran sus esfuerzos en otros lugares y ayudan a los refugiados de guerra de las regiones más pobres del mundo, especialmente África. Allí los servicios de alimentación, abrigo y asistencia médica que ofrecen (tal vez precarios según parámetros globales) bastan para que los refugiados traten de permanecer indefinidamente en el lugar. Las consecuencias son totalmente previsibles. Entre muchos ejemplos menores, se pueden mencionar los enormes campos de refugiados establecidos a lo largo de la frontera entre Zaire y Ruanda, inmediatamente después del genocidio perpetrado en 1994 por los *hutu* contra los *tutsi*, después de lo cual los tutsi tomaron el poder en Ruanda. Este caso es particularmente notorio. Ciertas ONGs que no respondían a autoridad alguna sustentaron en el exilio a la nación hutu, que de otro modo se habría dispersado hasta encontrar miles de otros destinos en la vastedad del Zaire. La presencia de algo más de un millón de hutus que respondían aún a sus líderes genocidas

hizo imposible la consolidación de Ruanda. Activistas hutus armados, a quienes las ONGs alimentaban junto con todos los demás, mantenían a los otros refugiados bajo un control oprimente: reclutaban, entrenaban y armaban a los jóvenes para hacer incursiones más allá de la frontera de Ruanda y matar a más tutsis.

Mantener indefinidamente naciones de refugiados y alimentar un interminable conflicto por causa de resentimientos artificialmente preservados, es algo censurable. Pero más censurable es proveer ayuda material en situaciones de combate. Muchas ONGs que operan de una manera supuestamente inobjetable, proporcionan la logística de la guerra. Pese a que ellas mismas no tienen defensa, no pueden excluir a los soldados activos de sus comedores, hospitales y refugios. Los refugiados son presuntamente los perdedores, y los soldados que se mezclan con ellos están en retirada. Al intervenir para ayudarlos, las ONGs impiden sistemáticamente el progreso de sus enemigos hacia una victoria decisiva, que pondría punto final a la guerra. Excesivamente imparciales, estas organizaciones ayudan a ambos bandos, saboteando también la transformación de la guerra en paz por agotamiento mutuo.

Además, cuando se sienten especialmente amenazadas, como en Somalia durante la década de los noventa, pero también en otros casos menos espectaculares, las ONGs buscan seguridad en las bandas locales, con frecuencia las mismas que las amenazan. No es necesario entregarse a profundas especulaciones estratégicas para descubrir el resultado: a menos que la totalidad de los pagos que reciben sea insignificante —algo que no sucedió en Somalia— son las organizaciones no gubernamentales las que prolongan la misma guerra cuyas consecuencias tratan de mitigar.

Hoy en día casi todas las guerras se convierten en interminables conflictos endémicos, debido a que los efectos transformadores tanto de las victorias decisivas como del agotamiento son bloqueados por intervenciones externas de un tipo u otra. Así, los males de la guerra persisten, pero sin la compensación de una paz que por último se produce necesariamente.

Aun librada con lanzas o mazas, la guerra siempre pudo ser totalmente destructiva para los participantes, hasta el punto de que en ocasiones causó la extinción de comunidades íntegras. Pero hasta la aparición de las armas nucleares era posible ser optimista acerca de las destrucciones que una guerra podría causar. Las ganancias que la guerra prometía podían ser vistas con un relieve idealizado contra el oscuro telón de fondo de las potenciales pérdidas, de las que fácilmente podía esperarse que fuesen tolerables, casi insignificantes. Debido al funcionamiento normal de la lógica paradójica de la estrategia, las armas nucleares han permanecido sin ser usadas desde que evolucionaron desde el poder destructivo extremo de los primeros dispositivos basados en la fisión (cuya energía era equivalente a diez o veinte mil toneladas de explosivo convencional), hasta el poder absolutamente destructivo de las armas termonucleares, cuya salida de energía es equivalente a millones de toneladas de explosivos convencionales, sin considerar además el poder destructivo de la radiación. Tal como sucede con todo en la estrategia, la utilidad de los explosivos no podía aumentar en una continuidad lineal. Las cargas de diez toneladas de los bombarderos norteamericanos y británicos en 1944-1945 fueron sin duda más útiles que las cargas de dos toneladas de los bombarderos alemanes de 1940, y las cargas de bombas de cíen o hasta de mil toneladas podrían haber sido más útiles si hubieran sido factibles. Pero el poder destructivo de las armas termonucleares supera con creces el punto culminante de la utilidad militar. Por lo tanto, en las circunstancias correctas esas armas pueden inducir a la paz tanto como puede hacerlo la guerra, pero sin necesidad de apelar al combate real.

Es cierto que cuando se decide iniciar una guerra, y se comparan los beneficios imaginados y los posibles sacrificios, el alcance del daño que se podría sufrir suele ser incierto. Hasta las potencias que disponen de vastos arsenales nucleares pueden planear luchar sin ellos. Pero no es posible minimizar las consecuencias destructivas de una guerra nuclear, tal como en el pasado podían minimizarse las consecuencias de incursiones de caballería, sitios, y hasta

bombardeos convencionales. Ahora se necesita una incertidumbre esperanzada, tanto para sustentar el optimismo instintivo, animal, como para soportar la asimetría entre la percepción de los beneficios de la guerra imaginados vívidamente y la percepción de las consiguientes pérdidas, vagamente temidas. Lo que impide la guerra nuclear es el carácter definitivo y mensurable de destrucción cierta, y no su posible magnitud. Esta cualidad de predecibilidad científica alteró los milenarios términos de comparación entre el valor de la victoria y su costo. En presencia de las armas nucleares, el equilibrio perceptual que alguna vez fuera alcanzado *durante la guerra*, y una vez que los costos se experimentaban en carne propia, está ahora presente antes de que se desate la conflagración, con lo que se evita la guerra nuclear, al menos por ahora.

La paz puede ser el origen de la guerra de diferentes maneras, aunque la paz no sea más que una abstracción negativa que no puede contener fenómeno alguno autodestructivo, a diferencia de la guerra, donde está latente la destrucción que finalmente destruye a la guerra misma. No obstante, la condición llamada «paz», que es la ausencia de guerra, puede crear las condiciones previas de la guerra; por ejemplo, disuadiendo a los pacíficos de mantener defensas persuasivas, y tal vez alentando así a los agresores potenciales a planificar la guerra. Históricamente ha sido frecuente que la paz condujera a la guerra debido a que las condiciones que en ella imperaban permitían cambios demográficos, culturales, económicos y sociales que perturbaban el equilibrio de fuerzas que anteriormente había preservado la paz. Como no tiene sustancia propia, el estado de paz no puede perturbar nada, pero favorece indistintamente la diversa evolución de las capacidades y mentalidades humanas, sin tener en cuenta los factores que inhibieron la guerra. De esta forma, en 1870, los alemanes, famosos por pacíficos, llegaron a considerarse a sí mismos una nación guerrera, en una lamentable similitud con los franceses, que todavía tenían que desarrollar su autoimagen marcial. En la crisis de aquel año, el gobierno alemán de Bismarck quería la guerra y confiaba en la victoria, mientras que el gobierno francés de Napoleón III no podía evitar la guerra, porque no podía

admitir que Alemania se hubiese convertido en la potencia más fuerte.

La transformación de mentalidad que genera tensiones propicias a la guerra en el estado de un país y en su autoimagen debe tener causas profundas. Pero el efecto es obvio: lo que alguna vez fue considerado aceptable se convierte en una vejación intolerable; el prestigio que fue suficiente se torna una humillación; lo que fue un sueño imposible empieza a ser visualizado como un objetivo perfectamente realizable. Fue durante la prolongada paz posnapoleónica que los equilibrios militares que impedían la guerra entre las Grandes Potencias fueron subvertidos por el hierro, el carbón y los motores de vapor de la revolución industrial. Hacia 1866 esas fuerzas habían producido nuevos equilibrios conducentes a la guerra entre Prusia y el Imperio de los Habsburgo; en 1870 entre Prusia y Francia; hacia 1876 entre la Rusia imperial y el Imperio Otomano; alrededor de 1894 entre el Japón imperial y China; entre los Estados Unidos y España en 1898; y entre el Japón imperial y el Imperio ruso en 1905. En todos los casos, el mayor beneficiario del crecimiento industrial se fue fortaleciendo hasta el punto en que ya no aceptaría la división del poder y el control heredados de los días preindustriales. En todos los casos, los agresores calcularon que ganarían; en todos los casos esos cálculos fueron correctos. Mientras escribimos esta obra, China es el nuevo país recientemente industrializado, y también reclama más de lo que había reclamado anteriormente.

En una guerra, la capacidad de continuar combatiendo está limitada, en última instancia, por la destrucción causada por la guerra misma, ya por el sistemático bombardeo de las plantas industriales, ya por el exceso de bajas, cuyo número superaba el del natural aumento de las poblaciones en edad de combatir, como en las luchas entre anónimos clanes y tribus desde los comienzos de la historia. En tiempos de paz, por el contrario, todas las formas de progreso humano excepto una (*vid infra*) tienden a incrementar las

posibilidades de hacer la guerra, y no de manera simétrica, lo que rompe los equilibrios militares que alguna vez sirvieron para mantener la paz. Si la paz no indujese la guerra, no habría guerra, ya que ésta no puede perpetuarse a sí misma.

EL ADVENIMIENTO DE LA ERA POSTHEROICA

Los cambios sociales que desalientan el combate por temor a las bajas (esta es la excepción) son efectos secundarios del avance de la prosperidad, que es a su vez un efecto secundario de la paz. En el pasado, la prosperidad alentó la guerra; los agresores fueron los países económicamente más avanzados: en 1866, Prusia, y no el Imperio Habsburgo; nuevamente Prusia, y no Francia, en 1870; la Rusia imperial, y no el Imperio Otomano, en 1876; el Japón imperial, y no China, hacía 1894; y los Estados Unidos, y no España, en 1898. Pero hoy el avance de la prosperidad es de un orden diferente. Enriquece no sólo a las naciones sino también a una mayoría neta de sus poblaciones; y no sólo enriquece a las sociedades, sino que también las modifica demográfica y culturalmente de maneras diversas y profundas.

Según la definición clásica, las grandes potencias eran estados lo suficientemente fuertes como para librar una guerra con éxito por sus propios medios, es decir, sin aliados. Pero esa distinción ya es obsoleta, porque hoy en día el problema no es si se puede librar una guerra con o sin aliados, sino si se puede librar una guerra, excepto de maneras remotas y técnicas que planteen bajo riesgo de que se produzcan bajas. Acontece que siempre existió tácitamente un requisito básico para poder alcanzar el *status* de gran potencia: la disposición a usar la fuerza toda vez que fuera ventajoso hacerlo, aceptando con ecuanimidad las consiguientes bajas en combate; siempre que su número sea proporcionado a los beneficios

obtenidos.

En el pasado, este requisito era tan absolutamente obvio y se lo satisfacía tan fácilmente que ni siquiera merecía un comentario, ni de los prácticos ni de los teóricos. Las grandes potencias se apoyaban por lo general en la intimidación y no en el combate real, pero ello se debía solamente a que se daba por sentado que *usarían la fuerza* cuando así lo desearan, y que no se detendrían ante la posibilidad de sufrir bajas en sus fuerzas. Tampoco una gran potencia podía limitar su uso de la fuerza a situaciones en las que estuvieran en juego intereses genuinamente «vitales», es decir, la supervivencia. Ese era el desdichado argumento de las pequeñas potencias amenazadas, que se veían obligadas a luchar para defenderse, y que no podían alimentar la esperanza de lograr mucho más con sus modestas fuerzas militares. Las grandes potencias eran diferentes. Podían seguir siendo «grandes» si se las veía dispuestas a usar la fuerza, y si se las consideraba capaces de hacerlo para proteger intereses que estaban lejos de ser vitales; y sin duda también para conseguir más intereses «no vitales», ya en forma de posesiones situadas en lugares remotos, ya como más anexiones a sus esferas de influencia. Perder unos pocos cientos de soldados en alguna contienda menor, o hasta algunos miles en una guerra limitada o en una campaña expedicionaria, eran eventos de rutina para las grandes potencias de la historia.

Para mostrar hasta qué punto el concepto de gran potencia es irreal en nuestros días, basta con mencionar la brusca salida de los americanos de Somalia después de la pérdida de 18 soldados en octubre de 1993. Para su orgullo o su vergüenza, los americanos podrían discutir cualquier conclusión más general que se pudiera sacar de tal evento (y los similares de Haití y Bosnia), reservándose para sí la especial sensibilidad que obliga a la política a cambiar completamente porque 18 soldados profesionales voluntarios son muertos; soldados, agregaríamos, provenientes de un país en el que se produce una muerte por arma de fuego cada catorce minutos. Pero de hecho, la virtud o la locura, según se entienda, de tal accionar, está lejos de ser exclusivamente estadounidense.

Cuando los Estados Unidos se negaron a luchar en Mogadiscio, Gran Bretaña y Francia, para no mencionar a la otra supuesta gran potencia, Alemania, rehusaron arriesgar a sus hombres para enfrentarse a la agresión en la ex Yugoslavia. Además, por miedo a represalias contra sus propias tropas, con gran reticencia y después de casi dos años de horribles atrocidades, los dos países aceptaron la cuidadosamente circunscrita amenaza de ataques aéreos autorizados por la ONU y llevados a cabo por la OTAN, que fueron lanzados finalmente en febrero de 1994. Ni Gran Bretaña ni Francia (ni ninguna otra potencia europea) tenían intereses «vitales» en juego en la ex Yugoslavia, como no los tenía Estados Unidos en Somalia. Pero precisamente allí reside la esencia de la cuestión: las grandes potencias de la historia no habrían visto en la desintegración de Yugoslavia un problema nocivo que debía ser evitado, sino más bien una oportunidad digna de ser aprovechada. Utilizando como excusa y propaganda la necesidad de proteger a las poblaciones atacadas, y como motivo ostensible la restauración de la ley y el orden, las grandes potencias habrían intervenido para establecer zonas de influencia propias, así como las genuinas grandes potencias del pasado hicieron realmente en su época (hasta la lejana Rusia, muy debilitada por la derrota y la revolución, se resistió a la anexión austro-húngara de Bosnia-Herzegovina en 1908). De ese modo, el llamado vacío de poder de la Yugoslavia en desintegración hubiera sido llenado inmediatamente, frustrando las ambiciones de las pequeñas potencias locales y con gran beneficio para las poblaciones locales y para la paz.

En cuanto a las razones por las que nada de eso sucedió en la ex Yugoslavia, en presencia de atrocidades nunca antes vistas desde la Segunda Guerra Mundial, no hay disputa posible: ningún gobierno europeo estaba más dispuesto que el gobierno de los Estados Unidos a arriesgar a sus soldados en combate.

Pero la negativa a tolerar las bajas en combate no se limita a las democracias activas. La Unión Soviética era todavía una dictadura totalitaria en acción cuando se involucró en su clásica aventura de gran potencia en Afganistán, con el único resultado de descubrir que

su sociedad, aunque fuertemente regimentada, no toleraría las consiguientes bajas. En aquel momento los observadores extranjeros se sintieron perplejos ante el minimalismo de la estrategia soviética en Afganistán. Después de un esfuerzo inicial para establecer un control territorial nacional —que fue pronto abandonado— el ejército soviético se dispuso a defender solamente las ciudades grandes y las rutas que las conectaban, entregando casi todo el país a las guerrillas. Asimismo, los observadores expertos quedaron atónitos ante las tácticas excesivamente prudentes de las fuerzas soviéticas en el terreno. Con la excepción de unas pocas unidades de comando, las tropas se mantuvieron confinadas dentro de sus cuarteles fortificados, y en ocasiones no salieron ni siquiera cuando la guerrilla operaba muy cerca. En aquel momento la explicación que se daba era que los comandantes soviéticos eran reacios a confiar en sus tropas de reclutas mal entrenados. En realidad, lo que sucedía era que los mandos estaban bajo una fuerte y constante presión de Moscú para que evitaran bajas a cualquier precio.

El mismo ejemplo nos permite eliminar otra explicación literalmente superficial para la negativa a aceptar ni tan siquiera un pequeño número de bajas en combate: el impacto de la cobertura televisiva. Existe un amplio consenso de que la experiencia norteamericana de la difusión inmediata, en la televisión en color, de reportajes informativos que mostraban soldados heridos que sufrían, bolsas de plástico que contenían cadáveres, y familiares de duelo en todos los episodios de combate, desde Vietnam a Somalia, tuvo una importancia decisiva. Constantemente se argumenta que las imágenes en vivo y transmitidas directamente son mucho más impactantes que la palabra impresa y hasta que los reportajes radiofónicos. Pero la Unión Soviética jamás permitió que su población viera imágenes de la guerra difundidas por la televisión al estilo americano, y sin embargo la reacción de la sociedad soviética frente a las bajas de la guerra afgana fue idéntica a la de la sociedad norteamericana frente a las bajas de la guerra de Vietnam. En ambos

casos, la percepción de la población fue traumática, a pesar de que los totales acumulados durante más de diez años no alcanzaron a igualar las cifras de bajas de un día de batalla en guerras pasadas.

Por lo tanto, debemos buscar una explicación más profunda, que sea válida con o sin gobiernos democráticos, con o sin reportajes televisivos no controlados. Y esa explicación existe: la base demográfica de las sociedades modernas, postindustriales. En las familias que componían las poblaciones de las grandes potencias de la historia, era común que nacieran vivos cuatro, cinco o seis hijos; y también, pero con menor frecuencia, siete, ocho o nueve. Actualmente las cifras son uno o dos, y con menor frecuencia, tres. Desde luego, los índices de mortalidad infantil eran altos. En el pasado, cuando era absolutamente normal perder uno o más hijos por enfermedad, la pérdida de uno o más jóvenes en la guerra tenía un significado diferente del que tiene hoy para las familias estadounidenses y europeas, con su término medio de un hijo o dos, que se espera sobrevivan. Cada uno de los hijos encarna una proporción mucho mayor del capital emocional de la familia.

Como numerosos estudios históricos han demostrado, la muerte era una parte mucho más *normal* de la experiencia humana, y no se limitaba a la desaparición de los más viejos. Perder a un miembro joven de la familia por cualquier razón siempre fue trágico, pero su muerte en combate no era el hecho extraordinario y fundamentalmente inaceptable en que se ha convertido. En Estados Unidos, por ejemplo, padres y familiares que aprueban que sus hijos decidan incorporarse a las fuerzas armadas, es decir, elijan una carrera dedicada a combatir y a prepararse para el combate, reaccionan con asombro e ira cuando esos jóvenes son colocados en situaciones en las que la lucha armada es una posibilidad. Y esos padres y familiares tienden a considerar las heridas o la muerte como un escándalo atroz, y no como un accidente laboral.

Los italianos, quizá más postindustriales que la mayoría en este aspecto, y poseedores del índice de crecimiento demográfico más bajo de Europa, tienen una palabra para designar tales reacciones: *mammismo*. Pero con o sin palabra para definirlas, esas actitudes

tienen gran repercusión política y restringen drásticamente el uso de la fuerza. Y la experiencia soviética en Afganistán demuestra que la restricción puede tomarse operativa aun sin medios masivos ávidos de divulgar el sufrimiento privado o de mostrar a los parlamentarios listos para actuar a instancias de los familiares dolientes. Además, la experiencia soviética de Afganistán demuestra que las cosas no son diferentes si las bajas son mantenidas en secreto por una estricta censura, ya que en este caso ese método generó, de todos modos, desenfrenados rumores sobre enormes pérdidas de vidas. En 1994, cuando la democracia de la Federación Rusa adoptó una prensa libre y un parlamento fuerte, la negativa a aceptar más bajas en combate interrumpió la supresión de la auto pro el amada independencia de Chechenia. Todo había cambiado en Rusia, excepto una sociedad que ya no estaba dispuesta a aceptar miles de bajas, fueran cuales fuesen las razones, y tampoco se mostraba dispuesta a castigar a los detestados chechenos. La versión de 1999 de la reconquista de Chechenia se llevó a cabo con un nivel máximo de artillería y de bombardeos aéreos, con mucho apoyo de los vehículos de grueso blindaje, con poco combate de infantería, y con un mínimo absoluto de bajas.

Las actuales posturas frente a la vida, la muerte y las bajas en combate no se limitan a los parientes y amigos de los actores del conflicto. Esas actitudes son compartidas por la sociedad en su conjunto (al parecer, hasta dentro de la élite soviética fueron adoptadas), de modo que hay una reticencia extrema a imponer un posible sacrificio, que se ha tornado mucho mayor que lo que era cuando las poblaciones eran más pequeñas y las familias más grandes. ¿Qué se podría decir entonces de la Guerra del Golfo, o de la guerra de Gran Bretaña para reconquistar las Malvinas? Esos ejemplos conducen a una explicación mucho más simple: que todo depende de la *importancia* que se asigne a la empresa, del valor objetivo de lo que está en juego, o bien —de un modo más realista — de la capacidad de los líderes políticos para justificar la necesidad del combate. Después de todo, aun durante la Segunda Guerra Mundial los efectivos en servicio se resistían a aceptar destinos

considerados como «frentes secundarios» y rápidamente apodaban de «olvidado» a todo teatro de batalla que no estuviera muy publicitado. Precisamente el término se convirtió casi en un nombre propio para designar al frente de Birmania en 1944. Desde luego, es más probable que el combate y sus bajas sean resistidos cuando la justificación pública no es tan urgente e imperiosa. Parecería que, después de todo, la nueva demografía familiar y el consiguiente *mammismo* son insignificantes, y que lo único que cuenta es lo que siempre contó: la importancia de los intereses en juego, la orquestación política del evento, y el liderazgo.

Indudablemente, estos argumentos no carecen de mérito, pero eso no basta. En primer lugar, si sólo se pueden poner en riesgo vidas humanas en situaciones de notorio dramatismo en el escenario nacional (es decir, cuando una crisis ha alcanzado su manifestación extrema y la guerra es inminente o ya ha comenzado) esa circunstancia descarta por sí sola los usos más eficientes de la fuerza, que en general deben aplicarse de las siguientes maneras: tempranamente y no tarde; en pequeña escala y no en gran escala; para evitar una escalada del conflicto y no para librar guerras. Y lo que es más importante, usar la fuerza solamente si existe una justificación inmediata e imperiosa es algo que conviene a las pequeñas potencias cuando están amenazadas. Para una gran potencia, esa condición es demasiado restrictiva. Una gran potencia no puede serlo a menos que defienda reclamos que excedan con mucho las exigencias de su propia seguridad inmediata, como proteger a aliados y clientes y poner a resguardo intereses no vitales. Esa potencia debe estar dispuesta a combatir por objetivos que suelen no ser evidentes, a veces en tierras distantes y poco conocidas, en situaciones en las que no se ve obligada a hacer la guerra sino que elige hacerla.

Aun en la actualidad, y merced a un esfuerzo excepcional, ciertos dirigentes muy avezados en las artes del liderazgo político pueden ampliar su libertad de acción, superando al menos en parte la renuencia a aceptar bajas. Eso fue, evidentemente, lo que aconteció en la intervención en el Golfo de 1990-1991, y anteriormente en la

reconquista de las islas Malvinas. Ambas hubieran sido empresas imposibles, de no haber mediado el excepcional liderazgo del presidente Bush y de la primera ministra Thatcher. Ese fue el factor decisivo, y no la indudable importancia de evitar que Irak controlara el petróleo de Arabia Saudita y de Kuwait, ni la también indudable insignificancia de las Malvinas para fines prácticos. Y ello constituye un ejemplo más de la irrelevancia del valor «objetivo» de los intereses en juego.

El liderazgo es, desde luego, importante, pero el funcionamiento de rutina de una gran potencia no puede depender de la presencia fortuita de un liderazgo excepcional en tiempo de guerra. Además, es preciso recordar que la pobre opinión que se tenía de las fuerzas militares de Argentina (y por lo menos la subestimación de su potencia aérea), con la consiguiente convicción de que las bajas serían pocas, fue un elemento decisivo para que Gran Bretaña fuera a la guerra en las islas Malvinas. Asimismo, la decisión de reducir las bajas al mínimo fue el *leitmotiv* de toda la intervención del Golfo: desde el inicial despliegue llamado «Escudo del Desierto» —que originalmente fue presentado como puramente defensivo— hasta la súbita decisión de poner fin a la guerra en tierra tan pronto como los iraquíes fueron expulsados de Kuwait, y con Saddam Hussein aún en el poder. Sin embargo, hubo otras razones para detener el ataque al ejército iraquí, la principal de las cuales habría sido el temor de que, si se lo destruía totalmente, Irán pasaría a ser la siguiente amenaza. De todos modos, es evidente que la libertad de acción obtenida gracias al buen liderazgo es todavía escasa; no es difícil imaginar lo que le habría sucedido al presidente Bush si las bajas de toda la guerra del Golfo hubieran igualado en número a las bajas de un día de combate en cualquier otra guerra.

Si se acepta la importancia de la nueva demografía familiar, se deduce que ninguno de los países desarrollados que tienen bajo crecimiento demográfico puede actualmente desempeñar el papel de una gran potencia clásica: ni los Estados Unidos, ni Rusia, Gran Bretaña o Francia; y menos aún Alemania o Japón. Tal vez posean aún los atributos de la fuerza militar, o la base económica para

construir una fuerza militar importante, pero sus sociedades son tan alérgicas a las muertes en combate que se puede decir que han sido prácticamente despojadas de toda belicosidad.

Fuera de la autodefensa y de casos excepcionales como la Guerra del Golfo, hoy en día sólo se tolera el combate que se libra por medio de bombardeos, sin soldados en riesgo sobre el terreno. Mucho es lo que puede hacer la fuerza aérea, con pocas vidas en peligro; la potencia naval también es útil a veces; ya hay armas robóticas y habrá aún más. Pero Bosnia, Somalia y Haití nos recuerdan que la típica acción de las grandes potencias, que consiste en «restaurar el orden», requiere fuerzas terrestres. En última instancia, la infantería, aunque mecanizada, es todavía indispensable, pero se ha tornado casi inaccesible debido al miedo a las bajas. Los países con alto índice de crecimiento demográfico todavía son capaces de librar guerras por elección; de hecho, varios actuaron así en los últimos años. Pero aun los pocos entre ellos que poseen fuerzas armadas competentes carecen de otras capacidades clave de las grandes potencias, como gran alcance estratégico o amplia cobertura de inteligencia.

Hasta ahora, las autoridades militares de los Estados Unidos y de Europa no se han enfrentado aún a las limitaciones postheroicas, sino que más bien tienden a negar su existencia. Los comandantes del ejército —y en el caso de EEUU, también los de la Armada— no pueden admitir que sus fuerzas de acción intensiva son prácticamente inútiles en combate, excepto en el improbable caso de una guerra defensiva. Las autoimágenes de las potencias, las culturas institucionales, y los más burdos intereses burocráticos en presupuestos intactos, tienden a prohibir todo reconocimiento de las realidades postheroicas. Por el contrario, se sigue simulando que las fuerzas clasificadas como «preparadas para combatir» están realmente preparadas para combatir. Naturalmente, eso causa problemas cuando se propone verdaderamente entrar en combate, aunque sea en pequeña escala. En 1998 los funcionarios civiles de

Estados Unidos exigieron la captura, para someterlos a juicio, de Radovan Karadzic y Ratko Mladic, respectivamente el jefe político y el jefe militar de los serbo-bosnios durante la guerra civil yugoslava. Ambos habían sido declarados criminales de guerra y acusados de ser personalmente responsables de las mayores atrocidades.

Dentro del marco de una unidad de planificación *ad hoc* de la OTAN, cuyo nombre codificado era *Amber Star*, la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos (especializada en vigilancia electrónica a distancia), la Balkan Task Forcé de la CIA (a cargo de los operativos de campo), los agentes del FBI y una unidad de *marshals* norteamericanos (especialistas en traslado de prisioneros), pusieron manos a la obra para vigilar permanentemente a los dos blancos de la operación. A veces la tarea no era demasiado exigente, porque Karadzic, que era fácilmente reconocible, pasó en reiteradas oportunidades por los puestos de control del ejército norteamericano en Bosnia sin ser molestado, porque los comandantes militares de Estados Unidos estaban ansiosos por evitar cualquier confrontación con los serbo-bosnios. Al mismo tiempo, el mando conjunto de EEUU autorizó al Mando de Operaciones Especiales —a cargo de unidades de comando y de fuerzas de élite escogidas— para planificar los ataques en colaboración con el director británico de las Fuerzas Especiales. Se preparó minuciosamente un plan adecuado, con gran despliegue de medios. Aunque Karadzic viajaba habitualmente con una pequeña escolta provista de armamento liviano, y se sabía que Mladic llevaba una vida normal en la ciudad de Belgrado, el mando conjunto insistió en llevar a cabo una operación en gran escala para evitar el peligro de que los comandos fuesen superados. El mando conjunto, que responde a los comandantes y que instítucionalmente representa las cuatro armas, ejército, armada, infantería y fuerza aérea, exigió que los *raids* se realizaran con una «fuerza avasalladora», para evitar los riesgos inherentes a toda operación de comando de pequeña escala. Estos preparativos insumieron más de un año y decenas de millones de dólares. Pero cuando finalmente todo estuvo listo para la acción, el mando conjunto se negó a autorizar la misión, aduciendo que los

serbo-bosnios podrían tomar represalias atacando a las tropas estadounidenses que se encontraban cumpliendo una misión de mantenimiento de la paz en Bosnia[55]. Desde el comienzo hasta el final, la consideración decisiva para los mandos militares de Estados Unidos fue la posibilidad de sufrir bajas, aun cuando fueran muy pocas.

Históricamente, las sociedades que no están dispuestas a tolerar bajas en combate han acudido a fuerzas mercenarias, es decir, a voluntarios locales, tanto extranjeros como «desnacionalizados». Alguien sugirió, adecuadamente, que Estados Unidos y otras sociedades postheroicas deberían inspirarse en los *gurkas* del ejército inglés, reclutados en Nepal. Es indudable que se podrán encontrar tropas dispuestas a luchar en los lugares donde aún persisten culturas guerreras. Serían mercenarios, desde luego, pero podrían ser de alta calidad y el origen étnico común aseguraría su cohesión básica. En la práctica, los *gurkas* o sus equivalentes proveerían la infantería bajo las órdenes de oficiales europeos o americanos «nativos», y los nativos proporcionarían también las formas más técnicas de apoyo bélico, normalmente mucho menos expuestas a los riesgos de la lucha. Otra sugerencia es copiar el modelo de la Legión Extranjera francesa, con oficiales nativos que comandaran las unidades formadas por voluntarios extranjeros o desnacionalizados. En ambos esquemas la responsabilidad política de las bajas sería mucho más reducida, aun cuando no se la eliminara íntegramente. A propósito: los Estados Unidos reclutaron unidades étnicas mercenarias para su guerra de Indochina con resultados satisfactorios; y el ejército estadounidense reclutó también voluntarios extranjeros para sus Fuerzas Especiales emplazadas en Europa mientras que Gran Bretaña y Francia han conservado sus *gurkas* y su Legión Extranjera. Así, ningún esquema es tan extraño como podría parecer.

Desde luego, no sería de esperar que los jefes militares que niegan la existencia misma del problema generado por la voluntad de evitar las bajas a toda costa, pudiesen considerar —para no hablar de aceptar— tales medidas drásticas e institucionalmente

humillantes. En cambio, se ha encontrado una solución parcial en la adopción de una gran precisión en los bombardeos aéreos, para lo que se apeló tanto a los misiles de crucero lanzados desde lejos como a la aviación tripulada pero armada con armas teledirigidas.

El 24 de marzo de 1999, cuando los Estados Unidos y ocho de sus aliados de la OTAN comenzaron a bombardear la Federación Yugoslava de Serbia-Montenegro para forzar la evacuación de Kosovo, el mundo asistió al comienzo de la primera guerra regida por reglas postheroicas: sin bajas para las fuerzas en pugna, de las que apenas si se esperaba que lanzaran misiles de crucero desde grandes distancias, o que accionaran armas teledirigidas desde altitudes seguras y sin ataques deliberados a las poblaciones enemigas.

El resultado, después de once semanas de bombardeo aéreo, fue la primera victoria bélica obtenida exclusivamente por aire, sin enfrentamiento de tropas terrestres. Retrospectivamente, este evento esclarecía la Guerra del Golfo de 1991, en la que la aplastante victoria de la fuerza aérea se vio oscurecida por la tardía intervención de las fuerzas terrestres. Además, la victoria de la fuerza aérea en la guerra de Kosovo fue lograda por pilotos que volaban con más seguridad que los pasajeros de algunas líneas aéreas del Tercer Mundo, como también por tripulaciones que lanzaban misiles de crucero a bordo de barcos y submarinos de guerra que se encontraban muy lejos del riesgo de los combates. La sistemática obstrucción y las estrategias para burlar los radares, la gran concentración de ataques a las defensas antiaéreas y, sobre todo, las operaciones a altitudes de 15.000 pies (5.000 m) o más, es decir, muy por encima del alcance máximo de las armas guiadas visualmente y de los misiles portátiles, todo estaba destinado a disminuir hasta el mínimo posible las pérdidas de pilotos, aun sacrificando la posibilidad de alcanzar blancos positivos. En realidad, sólo un avión fue derribado, un caza furtivo F-117 de Estados Unidos. El piloto se eyectó y fue prontamente rescatado, de modo que toda la guerra se libró sin bajas en acción, lo que constituyó un verdadero triunfo de la guerra postheroica. Pero la

guerra de Kosovo también puso en evidencia las limitaciones *estratégicas* de librar batalla por medio del bombardeo a distancia, por no mencionar la inevitable cuota de errores en la selección de blancos y el accionar de las armas, ni tampoco el mal funcionamiento puramente técnico.

En primer lugar, como luego se analizará detalladamente, una guerra librada únicamente por medio de bombardeos de precisión es necesariamente un lento y tortuoso proceso de identificación, selección y destrucción de estructuras aisladas, una por una. El bombardeo se prolonga pero no se puede saber cuántas estructuras más deben ser identificadas, seleccionadas y destruidas antes de que el enemigo decida rendirse, ni tampoco si existe alguna correlación entre la destrucción lograda y el progreso realizado hacia el resultado deseado. A menos que el propósito del bombardeo sea privar al enemigo de ciertos equipamientos específicos o de ciertas armas, a fin de que se pueda luego llegar a él *físicamente* y unilateralmente, el éxito de una campaña de bombardeo debe depender de la decisión del enemigo de aceptar la derrota. Esa decisión sólo puede ser consecuencia de un complejo proceso político, en el que el impacto del bombardeo interactúe con muchos otros factores, incluyendo factores culturales y recuerdos históricos, la política interna de la toma de decisiones, las amenazas o apoyos de otras potencias si las hubiere, y otras circunstancias.

Los factores culturales son difíciles de interpretar, la toma de decisiones del enemigo puede ser mantenida en secreto, y ciertas presiones políticas pueden ser ignoradas. Por lo tanto, no existe certeza alguna de que la *teoría* política que guía el bombardeo —que la destrucción de X blancos asegurará la decisión Y— sea correcta. Por supuesto, si después de mucho bombardear una teoría falla, se puede probar otra. Por ejemplo, cuando el 24 de marzo de 1999 se inició la guerra de Kosovo, los bombardeos eran casi simbólicos y estaban dirigidos en general a las defensas antiaéreas, con base en la teoría de que lo único que faltaba para que el gobierno de Slobodan Milosevic capitulara era persuadirlo de que la decisión de la OTAN era firme. Cuando en abril el hecho esperado no se había producido

aún, el bombardeo se tomó claramente más intenso y se concentró sobre fábricas de armas, depósitos, bases y barracas, según la teoría de que los líderes serbios presionarían al gobierno para aceptar el abandono de Kosovo y salvar así los restos de sus valores institucionales. No obstante, en mayo de 1999 la infraestructura civil, como por ejemplo centrales eléctricas y puentes, estaba siendo destruida para hacer que la vida cotidiana fuera lo más difícil posible. El cambio obedeció a una teoría diferente; después de todo, el gobierno de Milosevic no era antidemocrático y respondería a las presiones de la gente, cada vez más disconforme, en pro de la rendición.

Se puede probar una teoría tras otra, pero los bombardeos inevitablemente suscitan críticas y generan oposición. Siempre hay trágicos accidentes que lamentar, aun cuando no exista la intención de atacar directamente a la población civil, y aun cuando se tomen las mayores precauciones para evitar «daños colaterales». Por ello puede suceder que los costes políticos de persistir con los bombardeos lleguen a tornarse insostenibles o a exceder las ganancias de la empresa. En realidad, la guerra de Kosovo fue ganada después de once semanas de bombardeo, pero a veces la alianza de la OTAN estuvo a punto de fracturarse, lo que habría sido un resultado paradójico para una guerra que se libró principalmente para demostrar que la alianza estaba intacta y funcionaba bien, a pesar del final de la Guerra Fría.

Una segunda limitación del bombardeo a distancia, que quedó dramáticamente al descubierto en la guerra de Kosovo, fue que la prioridad absoluta de evitar todo riesgo a los pilotos de la OTAN impidió proteger a los albaneses de Kosovo, en cuyo nombre se estaba librando la contienda. Pequeños grupos de gendarmes serbios y de combatientes voluntarios, compuestos por doscientos hombres o menos, aterrorizaban a aldeas íntegras con miles de habitantes albaneses a los que empujaban a huir del país simplemente porque estaban apoyados por unos pocos tanques y otros vehículos blindados. Como eran blancos móviles, esos vehículos no podían ser identificados y atacados eficazmente por misiles de crucero o por los

bombarderos de la OTAN, que operaban a altitudes de más de 3.000 m. Pero eran vulnerables a los aviones, que debían volar bajo y lentamente, dar vueltas en círculos reiteradamente hasta localizar a los blindados, y luego bajar en picado para atacar. Todos los cazabombarderos presentes en el escenario podrían haber realizado la tarea, pero las fuerzas de la OTAN contaban además con aviones de ala fija, especializados en ese tipo de acción, como el americano A-10, el británico Harrier y el italiano AMX, y con helicópteros armados, como los Apache del ejército estadounidense y sus similares alemanes, franceses e italianos, todos llamados «helicópteros antitanque». Pero usar cualquiera de estos aviones especializados habría expuesto a la tripulación a las baterías antiaéreas, de modo que no se hizo nada.

La negativa de todas las otras fuerzas de la OTAN a aceptar riesgos en combate para proteger a los albaneses no está documentada: los episodios ignominiosos casi nunca lo están. Pero en los Estados Unidos, donde no es tan fácil invocar el secreto militar para ocultar hechos inconvenientes, la historia de los helicópteros Apache que nunca volaron fue publicada en la prensa inmediatamente[56].

Tan pronto como la policía y las milicias serbias empezaron a expulsar a los aldeanos albaneses, el segundo día de la guerra, el 25 de marzo de 1999, el comandante en jefe de la OTAN, general Wesley K. Clark, solicitó autorización para emplear 24 helicópteros Apache del ejército estadounidense para atacar a los vehículos blindados en Kosovo. Aunque era un general del ejército de Estados Unidos, Clark no conocía las realidades postheroicas. El mando conjunto de Estados Unidos, incluyendo al comandante en jefe, general Dennís J. Reimer, se opuso a la solicitud de Clark, argumentando que los Apaches serían excesivamente vulnerables ante las defensas antiaéreas que no pudieran ser neutralizadas sistemáticamente: ametralladoras altamente móviles y difícilmente identificables, cañones de pequeño calibre y misiles portátiles autodirigidos con mira infrarroja que no pueden ser neutralizados por las habituales estrategias de obstrucción de la acción de los

radares. También se debe señalar, como una digresión, que en el año fiscal 1999 los Estados Unidos habían gastado un total acumulado de 15.000 millones de dólares en la fuerza Apache (de los cuales 743 estaban por entonces en reserva), en parte para proveer excelente blindaje y una batería completa de dispositivos electrónicos e infrarrojos que presumiblemente serían muy eficaces para proteger a las unidades. Pero, por supuesto, no hay ningún recurso de autoprotección que pueda asegurar inmunidad en medio de una guerra. Posteriormente, el comandante del Cuerpo de Marines, general Charles C. Krulak, quien participó en el rechazo de la solicitud del general Clark, explicó retroactivamente su oposición evocando madres, padres y «cruces blancas», en el mejor estilo postheroico. Hasta el 3 de abril de 1999, en el décimo día de la guerra, la renuencia del mando conjunto no fue parcialmente superada: Clark fue autorizado para mandar los Apaches desde su base alemana a Albania, pero no para emplearlos en combate sin autorización previa.

Las burocracias reticentes a las que se les ordena que actúen en contra de sus preferencias institucionales no se apresuran a entrar en acción. En este caso se llegó a la conclusión de que los 24 Apache —que hasta entonces, y con un costo muy elevado, estaban siendo mantenidos en el más alto nivel según los criterios del Ejército de los Estados Unidos— no estaban «en condiciones» de volar desde Alemania hasta Albania. Hasta el 14 de abril los primeros Apache de lo que sugestivamente se llamó *Task Forcé Hawk* no salieron de Alemania; y el 26 de abril los 24 llegaron al aeropuerto de Tirana, treinta y tres días después del inicio de la guerra y veintitrés días después de la decisión de enviarlos. Entre los numerosos obstáculos encontrados figuraba el espeso fango, como si los helicópteros de ataque no estuvieran destinados precisamente a operar en terrenos difíciles. Esta es precisamente la ventaja clave de los helicópteros en general, y habitualmente se les provee de bases que se arman en el terreno. En realidad, lo que estuvo en juego fue más que la colocación de los 24 convenientes soportes, ya que el Ejército de los Estados Unidos estaba decidido a cuidar y proteger a los 24 Apache

y sus tripulaciones más que adecuadamente, como se verá. Se enviaron a Tirana 6.200 toneladas de equipamiento en 550 vuelos de transportes pesados C-17, incluyendo una compañía de 14 tanques de guerra Mi Al,42 vehículos para infantería Bradley, y 27 helicópteros Black Hawk y Chinook para tropas aerotransportadas y para búsqueda y rescate. El cuartel general de la fuerza expedicionaria era lo suficientemente grande como para requerir de 20 oficinas portátiles de 12 m de largo; y además se enviaron 190 containers con municiones, motores y repuestos: es decir, lo suficiente para una campaña bélica prolongada. Para abrir camino a los Apache en su vuelo, se proveyeron también misiles tácticos ATACMS. El posterior comentario del general Reimer fue un ejemplo de las prioridades postheroicas: «Probablemente hicimos una entrada bastante dura […]. No me disculpo por eso […] la gente de tierra sabía que estaba protegida, y eso les daba confianza». La gente en cuestión eran las tripulaciones de los Apache, y no los civiles albaneses, que por entonces eran perseguidos y aterrorizados con total impunidad.

Y aun entonces, cuando la *Task Forcé Hawk* estuvo finalmente lista para la acción, no hubo acción. El mando conjunto siguió temiendo que se produjeran demasiadas bajas, cuando desde luego el número teóricamente máximo era 48, ya que cada Apache tiene una tripulación de dos hombres. Sin embargo, las estimaciones fueron diversas: desde un prudente 5% por misión hasta un fantástico 50%. Mientras tanto, el Ejército de los Estados Unidos encontró un obstáculo más, un obstáculo embarazoso que sirvió para postergar el combate: se descubrió que aunque el Apache está originariamente destinado a operar de noche, para lo que dispone de miras telescópicas infrarrojas incorporadas, ninguno de los pilotos que se encontraban en el campo de operaciones estaba verdaderamente capacitado para volar con las gafas especiales requeridas. Entonces se inició el entrenamiento, tal vez con algún retraso. El día 4 de mayo un Apache se estrelló y los dos tripulantes murieron. Además, debido a que se carecía de una fuerza terrestre dotada de sus propios recursos de inteligencia, se presentó también el problema de

localizar los blancos sin exponer a los Apache a un peligro mayor por volar en círculos tratando de detectarlos. Se emplearon aviones de reconocimiento U-2, aviones radar AWACS protegidos por aviones de combate mantenidos en el aire por aviones cisterna, y helicópteros Black Hawk de reconocimiento para realizar una larga serie de ejercicios de detección de blancos. Estos ejercicios se prolongaron hasta que la guerra de Kosovo terminó. Y los Apache no llevaron a cabo ni una sola misión, porque el general Clark nunca recibió la autorización para ponerlos en acción.

Cuando en 1993 Estados Unidos abandonó el combate en Somalia después de que 18 soldados fueron muertos en una fallida incursión de comando en Mogadiscio, la explicación que se dio fue que no había intereses nacionales importantes que justificaran la pérdida de más vidas de soldados estadounidenses. Pero cuando los compromisos, los costes políticos y los riesgos diplomáticos de la guerra misma dotaron a Kosovo de la mayor importancia estratégica posible, independientemente de su insignificancia antes de la guerra, se descubrió que la regla de «cero bajas» aún se aplicaba, a pesar de los intereses en juego, incluyendo el de la supervivencia de la alianza de la OTAN. Quedó así en evidencia que el concepto de que la tolerancia a las bajas cambia en función de la importancia de la lucha —o sea que es un simple cálculo racional de la relación costo-beneficio— es una mera racionalización. Cuando las instituciones, los dirigentes políticos y las sociedades toleran las bajas en combate, entran en guerra hasta por razones triviales. Pero cuando dejan de tolerarlas, se inventan argumentos diversos para explicar por qué el combate posible en determinado momento no es digno de sacrificios.

Esta es una manera más de que la paz evolucione hacia la guerra. Las condiciones de la paz suelen inducir cambios sociales y culturales que disminuyen las capacidades militares efectivas aunque a veces, al mismo tiempo, la prosperidad de los tiempos de paz incrementa los recursos que pueden aplicarse a las fuerzas armadas:

en 1999, mientras la saga de los Apache se desplegaba en Albania, el Ejército de los Estados Unidos gastaba 1.900 millones de dólares en reparaciones menores para sus Apache.

LA DERROTA DE LA VICTORIA

Si la victoria no tendiera a evolucionar hacia la derrota, si el aumento de poder no contuviera en sí la causa de su propio fracaso, la vertiginosa expansión del Tercer Reich de Hitler desde Norman día hasta Stalingrado y desde Laponia hasta Egipto hacia noviembre de 1942 no hubiera culminado nunca en un derrumbe igualmente vertiginoso, porque toda Europa habría estado regida por un solo poder mucho antes del nacimiento de Hitler. Y lo mismo puede decirse de las conquistas y la caída de Napoleón, y de las de sus predecesores, si nos remontamos a través de los siglos hasta el ciclo de expansión y declinación del Imperio Romano.

Tan grandes son las economías de escala que favorecen al gran poderío militar por encima del menor, tan significativa es la ventaja geométrica de reducir la proporción de la longitud de la frontera al espacio, población y riqueza que incluye, que los grandes se habrían impuesto por sobre los menores en las numerosas guerras que se libraron en Europa, hasta que hubiera perdurado un solo estado, que habría abarcado todo el espacio que ventajosamente podría controlarse desde un único centro de poder. Su extensión dependería de los medios de transporte y las comunicaciones disponibles. Pero hasta en las circunstancias tecnológicas de los romanos, cuando el mensajero a caballo era el medio más rápido de comunicación y no existía ninguna forma de transporte que pudiese aventajar a las tropas en marcha, el espacio que un centro único de poder podía controlar eficientemente abarcaba toda Europa y se internaba en Mesopotamia.

Pero el Imperio Romano fue una excepción única. Lo que

aconteció, en vez de una ininterrumpida secuencia de vastos imperios fue el «equilibrio» del poder. La fuerza misma de la potencia que en cierto momento estaba convirtiéndose en la más poderosa provocaba el miedo y la hostilidad de otras grandes potencias, lo que hacía que los enemigos de ayer se transformaran en neutrales sospechosos, y los neutrales de ayer en opositores. O bien las potencias menores se unían con el propósito de formar una barrera de resistencia ante la expansión del más fuerte.

Las potencias que llegaban a ser más fuertes, bien por el aumento de su población y su prosperidad, bien por su gobierno más eficiente, podían utilizar su fuerza para expandirse, pero hasta cierto punto. El límite se alcanzaba cuando las crecientes economías de escala de la potencia más fuerte eran igualadas por la creciente resistencia de los opositores hostiles. En ese punto culminante podía suceder que la potencia en ascenso aceptara un equilibrio paralizante o que intentara formar una alianza para romper el equilibrio, si encontraba aliados.

Pero si la potencia en ascenso trataba de romper la barrera de la resistencia apelando a la guerra, se imponía la misma lógica de la estrategia, aunque el desenlace fuera la victoria o la derrota. Si ganaba su guerra contra un rival o una coalición, su victoria suscitaría el miedo y la hostilidad de otras potencias, que hasta entonces hubiesen estado protegidas por los derrotados. Así, una vez más, la expansión encontraría una barrera de resistencia. Si la potencia en ascenso perdía la guerra, su derrota se vería moderada por nuevos aliados, que estarían preocupados por el poder de sus enemigos victoriosos. Y si la que triunfaba era una coalición, la victoria misma la debilitaría al revivir los intereses divergentes que habían sido suprimidos al imponerse sobre toda otra consideración la necesidad de unirse para resistir el avance de la nueva potencia. Una victoria total puede destruir totalmente una coalición, debido a la inevitable paradoja.

Hasta ahora hemos considerado un solo escenario de la confrontación por el poder. Pero además de los participantes directos que se enfrentan, siempre hay en acción otras potencias,

grandes y pequeñas, próximas o remotas. Habitualmente esas potencias se involucran en la competencia por el poder dentro de su propia arena, pero si la potencia en ascenso o sus enemigos llegan a hacerse demasiado fuertes, la situación cambia. Una coalición formada por potencias pequeñas, que se unieron para reaccionar defensivamente contra una potencia en ascenso en una región del mundo, suele resultar amenazador para otras potencias en otros lugares. Entonces puede suceder que la coalición busque una alianza con la potencia dominante a la que se quiere contener, con lo que inevitablemente se romperá el equilibrio alcanzado por la coalición.

Las reglas son simples, pero el juego puede volverse complicado. Después de la caída del Imperio Romano, la desunión de Europa se prolongó debido a numerosos episodios alternativos de victoria y derrota, de expansión y retirada. Esos procesos fueron más tranquilos cuando había muchas potencias y todas compartían una cultura común, y más torpes y desordenados cuando hubo pocas potencias menos íntimamente vinculadas entre sí. En épocas más remotas se dio la misma dinámica entre las ciudades-estado griegas antes de la supremacía macedonia, y más tarde entre los reinos helenísticos de Grecia, Anatolia, Siria y Egipto, que surgieron de la división del imperio de Alejandro Magno. Y todo lo que sabemos de las interacciones mutuas de las tribus galas, de las tribus germánicas más allá del Rin, y de los estados itálicos anteriores al Imperio Romano, revela la misma lógica paradójica.

Durante la Guerra Fría los estados de Europa occidental se unieron en una coalición comandada por los Estados Unidos, con el propósito de erigir y mantener una barrera de resistencia contra el poder soviético (sin la más mínima sugerencia de resistir también al poder norteamericano), resistencia que se fue tornando más intensa a través de los años, a medida que Europa se fortalecía, la Unión Soviética se debilitaba, y la protección americana era cada vez menos indispensable.

La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), que reunía a Estados Unidos, Canadá y trece países de Europa occidental, resistió a todas las amenazas y a todos los intentos de

negociación realizados por la Unión Soviética durante medio siglo. Y será interesante ver cuánto sobrevive a la desaparición de la Unión Soviética. En este momento se atisba ya el comienzo de una fisura: bajo la influencia de la Iniciativa para la Defensa Europea, lanzada en 1999 en vísperas de la guerra de Kosovo, los miembros de la Unión Europea (UE) se dispusieron a forma un Consejo de Ministros de Defensa, con un director designado y acompañado de personal propio, que excluye a los Estados Unidos. La mayoría de los países involucrados son al mismo tiempo miembros de la OTAN, a la que ostensiblemente responden, pero al parecer la ley de hierro de las coaliciones funciona: formadas para resistir a enemigos, ellas mismas nunca duran mucho.

Europa no tiene el monopolio de los fenómenos de la estrategia. Quienes saben cómo era Japón antes de la centralización llevada a cabo por el Tokugawa Shogunate; quienes han estudiado la antigua China de los Estados Guerreros o la China moderna de los jefes militares; quienes están familiarizados con la historia de las potencias de la India antes de los británicos y antes de los mongoles; los que observan las abruptas alianzas, las hostilidades súbitas, y las sucesivas coaliciones del mundo árabe contemporáneo; y, desde luego, todos aquellos que estudian las interaccciones de potencias rivales o tribus enemigas en cualquier momento y en cualquier lugar, pueden interpretar los hechos por medio del concepto de equilibrio del poder que fue elaborado en el Renacimiento italiano[57].

Dada la universalidad de la lógica estratégica, es la excepción la que requiere una explicación. Europa permaneció dividida a lo largo de los siglos y aún hoy no está unificada; pero en el pasado China tuvo largos períodos de unidad y hoy está prácticamente unificada. En Japón el ascenso y la caída de los jefes militares llegó finalmente a su fin durante el gobierno de los Togukawa Shoguns. En muchos otros lugares, donde antiguamente existieron estados independientes enfrentados entre sí hay ahora unidad, como por ejemplo en Italia y en Alemania. Y, por supuesto, la experiencia europea misma está aún hoy en día muy marcada por los siglos del Imperio Romano, que nunca podría haber alcanzado las dimensiones que alcanzó a

menos que la expansión generara más expansión, en lugar de terminar en un punto culminante muy anterior.

Al tener en cuenta que la lógica paradójica de la estrategia resurgía tan pronto como un poder central se debilitaba, aunque sólo fuera por las fallas personales de un gobernante, reducimos el alcance de lo que requiere explicación, pero no la necesidad de explicar cómo se superaban con éxito los puntos culminantes.

La respuesta surge directamente de la definición de estrategia. Cuando el gobierno es de consenso, cuando conflicto y roce están limitados por la ley y por las costumbres, la lógica lineal se aplica a fondo y la lógica paradójica de la estrategia pierde importancia. Por lo tanto, la estabilidad y el avance son posibles, sin necesidad de un esfuerzo agotador para evitar que lo que es desaparezca y sea reemplazado por lo contrario. Por eso los gobernantes y los regímenes que no tienen naturalmente derecho a la *legitimidad* están siempre luchando por obtenerla, apelando a alguna justificación ideológica o religiosa, por el respaldo popular con o sin elecciones, o hasta por el derecho dinástico de herencia. En la medida en que la legitimidad esté asegurada, también el caso se constituirá en una excepción de las dificultades y contradicciones de la lógica estratégica.

Las provincias del Imperio Romano fueron ganadas una por una por medio de una conquista a veces brutal. Pero el Imperio se vio preservado por la legitimidad que obtuvo al reclutar a las élites locales de todas las culturas y razas. Para los individuos pertenecientes a esas élites era posible aspirar a hacer grandes carreras, siempre a cambio de su lealtad. Ninguna posición de poder les estaba vedada, ni siquiera el rango imperial mismo. De este modo el Imperio Romano eludió la lógica estratégica. En lugar de tropezar constantemente con un punto culminante temprano, el Imperio se expandió en progresión lineal, mientras cada provincia pacificada proveía hombres y recursos para más conquistas.

El ejército romano conquistaba, sí, pero fue la cultura política de Roma, una cultura de inclusión y participación por medio de la cooptación, lo que aseguró la legitimidad que preservó al Imperio y

prolongó su duración; y lo que hizo que hubiera otras excepciones a la paradoja estratégica.

La represión, por el contrario, es frágil. Como transcurre en el ámbito de la estrategia, todos sus componentes —propaganda, control policial, inteligencia política interna— se ven continuamente erosionados por las reacciones que suscitan y que los neutralizan. La represión requiere, por lo tanto, de constantes inyecciones de esfuerzo para no caer en la impotencia. La propaganda se debilita a sí misma cuando las grandilocuentes declaraciones de ayer son desmentidas por la realidad de hoy; el control policial tiende a relajarse con el transcurso del tiempo, precisamente porque el régimen parece estar seguro, lo que en realidad lo torna inseguro; la inteligencia política interna funciona hasta que aumenta la clandestinidad de las actividades de la oposición, lo que disminuye el valor de los informantes.

A pesar de estas circunstancias, durante el gobierno de Stalin la estabilidad de la Unión Soviética se fortaleció por medio de formas *altamente dinámicas* de represión, que superaron la lógica paradójica. Tan pronto como una propaganda dada, por ejemplo imponer a Stalin como el sucesor designado de Lenin, alcanzaba su punto culminante de éxito, no se le permitía declinar hacia una inútil repetición. Se la reemplazaba, en cambio, por una nueva campaña de propaganda para exaltar aún más a Stalin. Poco antes de su muerte Stalin había ascendido, etapa por etapa, a la condición de supremo pensador y maestro de todos los tiempos (libros y artículos académicos sobre todos los temas, desde la dinámica de los fluidos hasta la arqueología, empezaban con alguna cita suya), de guerrero supremo (había ganado la Segunda Guerra Mundial con escasa ayuda) y de supremo constructor de la historia de la humanidad (estaba convirtiendo a la Unión Soviética en un paraíso en la Tierra).

No se permitía que el control policial se degradara hacia una mera rutina, lo que inevitablemente llevaría a pasar por alto ciertos intersticios sociales en los que podía formarse un movimiento de oposición. Desde luego, toda forma de oposición, manifiesta en la

palabras o en hechos, que era advertida por los servicios o por los informantes terminaba en arresto, deportación o ejecución. Pero todo eso era meramente reactivo, y por ende insuficiente. Su único efecto era enseñarle a la oposición a adoptar estrictas medidas de seguridad. Entonces, para tomar la iniciativa, se empleó a la policía política para llevar a cabo una larga secuencia de «purgas» contra categorías sociales íntegras: los campesinos ricos; y cuando escaseó la comida, los campesinos medianos; los ingenieros (cuando el plan quinquenal empezó a fallar); los oficiales del ejército (cuando el ejército construido en la década de 1930 empezó a darles demasiado poder); y muchas otras categorías, grandes y pequeñas, hasta llegar a investigadores en genética que ocupaban cargos de plantilla en instituciones, o profesores de lingüística, para terminar como era de esperar con los judíos, cuya deportación en masa era inminente cuando Stalin murió, en 1953.

Una vez iniciada una purga, la policía política tenía que arrestar a determinado número de sospechosos. Tenían una cuota fija, fijada por anticipado, que debían cumplir. En algunos casos, por ejemplo, el de los oficiales del ejército de alto rango entre 1937 y 1938, la cuota ascendía a una proporción bastante elevada de toda la categoría. Prácticamente todos los sospechosos arrestados tenían que ser declarados culpables por los investigadores, para quienes la tortura era un método de rutina para arrancar confesiones de inexistentes complots y planes de traición de la oposición, siempre en beneficio de potencias extranjeras. A veces se realizaban juicios muy publicitados, aunque en general se trataba de casos en que el acusado era importante y estaba dispuesto a confesar. La sentencia usual era la deportación a un campo de trabajo, pero ante el menor indicio de deslealtad, aunque no fuese más que verbal, se convertía en sentencia de muerte. A veces no había investigaciones sino arrestos, seguidos directamente de ejecuciones en masa. Todas las personas vinculadas con los arrestados debían denunciarlos, aunque se tratase de colegas de profesión, compañeros de trabajo, maestros, compañeros de estudios, padres, parientes, cónyuges, y hasta los propios hijos. Muchos niños que denunciaron a sus padres fueron

elevados a la categoría de héroes cívicos y modelos para la sociedad.

El objetivo de estas políticas no era sólo aterrorizar a la sociedad sino también reducirla a una masa amorfa, compuesta por individuos aislados y desprovistos de todo vínculo de solidaridad (las asociaciones de voluntarios y los clubes habían sido puestos fuera de la ley). La oposición personal al régimen, los pensamientos críticos, fueran los que fuesen, eran un secreto personal que no podía compartirse con nadie por miedo a la traición y el arresto. Así, se inhibía en su fuente cualquier atisbo de resistencia. Los opositores no llegaban a hablar entre sí para organizarse en grupos. Este sistema de represión fue tan eficaz que el régimen de Stalin nunca se vio amenazado por una oposición visible. Pero, evidentemente, también sobrepasó el punto culminante de la eficacia: después de la muerte de Stalin fue deliberadamente desmantelado por sus sucesores, quienes temieron por su propio destino si sus rivales llegaban a tomar el control de la policía secreta.

Unos pocos dirigentes pertenecientes a dinastías en el mundo árabe y en el sur de Asia pueden reivindicar todavía una cierta dosis de legitimidad heredada, junto con numerosas democracias en todo el mundo. Pero aun después del derrumbe del comunismo europeo, muchos estados siguen gobernados por regímenes represivos que ostentan escasa o ninguna legitimidad. Aunque difieran mucho en todos los aspectos, en todos ellos las políticas son belicosas, aunque no sangrientas, y la lógica paradójica de la estrategia se aplica plenamente, lo que requiere una constante vigilancia por parte de los gobernantes y una activa represión para proteger un poder ilegítimo.

Hasta ahora hemos observado la lógica de la estrategia en el ambiente bélico, como también en la represión política. Pero esa lógica no abarca meramente la guerra sino también todo comportamiento humano, dentro del contexto de la guerra posible (y del posible conflicto político). En la medida en que los estados actúan para prepararse para la guerra o para evitarla, o se valen de su capacidad para hacer la guerra exigiendo concesiones extorsivas por

parte de otros estados —por medio de la intimidación sin uso concreto de la fuerza— la lógica de la estrategia determina los desenlaces no bélicos tanto como los desenlaces de la guerra misma, independientemente de las políticas que se empleen. Por ende, la diplomacia, la propaganda, las operaciones secretas y los controles económicos conflictivamente motivados (la «geoeconomía») son acciones que están sujetas a la misma lógica de la estrategia.

SEGUNDA PARTE

LOS NIVELES DE LA ESTRATEGIA

Hemos visto ya que la lógica paradójica —con su secuencia de acción, culminación, declinación e inversión— satura todo el ámbito de la estrategia. Condiciona tanto el enfrentamiento y la lucha de naciones como las interacciones de armas y represalias, porque es la misma lógica la que se aplica en gran escala y en pequeña escala, en todas las formas de la guerra y también en la diplomacia de los tiempos de paz.

El enfrentamiento dinámico de las voluntades opuestas es la fuente común de esta lógica. Pero, desde luego, el asunto condicionado por la lógica varía según el nivel del encuentro, y va desde la guerra y la paz entre naciones hasta los encuentros predominantemente técnicos entre subsistemas específicos, como por ejemplo los radares detectores de misiles contra los radiorreceptores instalados en el avión, que detectan la presencia del radar.

Cada nivel tiene su propia realidad, pero no es totalmente independiente de otros niveles inferiores o superiores. Así, la interacción de nivel técnico entre las armas o los movimientos ofensivos está subordinada al combate de nivel táctico de las fuerzas que emplean esas armas. Evidentemente, las ventajas y las debilidades de estas fuerzas como un todo derivan de otros factores, algunos materiales —como el aprovisionamiento—, algunos bien definidos —como el entrenamiento— y otros misteriosamente intangibles: la moral, la cohesión y el liderazgo. Con frecuencia estos últimos son más importantes en la determinación del desenlace del combate que los factores técnicos que determinan las capacidades y limitaciones de las armas usadas. Además, el nivel táctico está subordinado a niveles superiores, dominados por otros

factores.

Por supuesto, siempre es posible llevar a cabo acciones de combate reservadas y aisladas; de hecho, ésa es precisamente la definición de las operaciones «de comando», que en la terminología militar de EE UU son llamadas «operaciones especiales». Pero normalmente las acciones de nivel táctico de determinadas unidades de las fuerzas armadas de cada una de las partes en conflicto son meramente partes secundarias de acciones mayores, que involucran a muchas otras unidades. Después están las interacciones de nivel operacional entre las numerosas unidades de ambas partes, que determinan las consecuencias de lo que se hace o no se hace en el nivel táctico. Si una unidad resiste valientemente un ataque, su éxito táctico sólo servirá para asegurar su posterior fracaso o hasta destrucción, sí otras unidades próximas retroceden. Si una unidad no logra lanzar su propio ataque puede aun plegarse a un avance más amplio, siempre que las otras unidades atacantes tengan éxito. Por lo tanto, el nivel operacional habitualmente domina al táctico; y los factores condicionados por la lógica dentro del nivel operacional son muy diferentes: por ejemplo, los detalles de topografía y disposición pasan a segundo plano mientras que la interacción general de los esquemas bélicos de las partes determinan los resultados. Por eso unas fuerzas tácticamente débiles pueden derrotar a otras más fuertes si están orientadas por un esquema general superior. Y las fuerzas tácticamente fuertes pueden ser derrotadas cuando responden a un esquema operacional inferior, que fue más o menos lo que sucedió en mayo de 1940, cuando los ejércitos anglo-franceses fueron derrotados por columnas alemanas esencialmente frágiles.

En el nivel operacional los eventos pueden ser de gran escala, pero nunca son autónomos sino que están a su vez condicionados por las interacciones más amplias de las fuerzas armadas como un todo dentro del contexto de un teatro de operaciones, así como las batallas son simplemente partes secundarias de campañas íntegras. Es en este nivel más elevado de la estrategia bélica donde las consecuencias de las operaciones aisladas afectan al curso general del

ataque y la defensa. Los objetivos militares amplios prácticamente no cuentan en el nivel operacional, ya que en él el atacante podría mantenerse a la defensiva en un sector para concentrar su acción ofensiva en otro lugar. En la mayoría de los casos, el curso de acción en el nivel del teatro de operaciones incluye acciones de nivel operacional, tanto ofensivas como defensivas, según que el objetivo general sea atacar o defender. Y los elementos clave también son diferentes. En la guerra por tierra, por ejemplo, los detalles de la topografía, que con frecuencia son decisivos tácticamente e insignificantes operacionalmente, pierden toda relevancia. Lo que cuenta es más bien la geografía general, la longitud de los frentes, la profundidad del territorio de cada parte, los caminos y otras infraestructuras de transporte. Y es también en el nivel del teatro de operaciones, en el que hay no sólo más espacio sino también más tiempo, donde los suministros son decisivos: una batalla táctica puede ser ganada por una unidad con sus propios pertrechos, combustible y comida, aun cuando su futuro reabastecimiento ya haya sido cortado; una batalla de nivel operacional puede ganarse en las mismas condiciones, quizás apoderándose del combustible, la comida y hasta las armas y municiones del enemigo para ganar una batalla más, como hicieron los alemanes más de una vez en el norte de África entre 1941 y 1942 contra los británicos. Pero en el campo de batalla se necesitan los suministros para cada combate y cada batalla durante toda la campaña, de modo que la potencia bélica de las fuerzas combatientes en su conjunto no puede, en última instancia, exceder su reabastecimiento. Así, las brillantes victorias operacionales de los alemanes en el norte de África terminaron en un fracaso rotundo. Después de superar a los británicos muchas veces, finalmente se quedaron sin suministros y no pudieron transportar bastante combustible y pertrechos a través del Mediterráneo y luego a través del vasto desierto, desafiando la interdicción naval y aérea británica.

El proceso general de la guerra en uno o más escenarios, como también los preparativos para la guerra en tiempos de paz, son a su vez expresiones secundarias de las luchas nacionales en el nivel más

elevado de la gran estrategia, donde todo lo que es militar sucede dentro del contexto mucho más amplio de la política nacional, la diplomacia internacional, la actividad económica y todos los factores que debilitan y fortalecen.

Como los fines y los medios últimos sólo están presentes en el nivel de la gran estrategia, el desenlace de las acciones militares está siempre determinado en ese nivel, el más alto. Hasta una conquista exitosa es apenas un resultado provisional que puede ser desvirtuado por la intervención diplomática de estados más poderosos; hasta una importante derrota militar puede ser contrarrestada por la intervención de nuevos aliados, algo que la debilidad puede atraer según el funcionamiento habitual del equilibrio del poder.

Los cinco niveles de la estrategia forman una jerarquía definida, pero los resultados no se imponen simplemente en una transmisión de una sola vía desde arriba hacia abajo, dado que los niveles interactúan entre sí. El desempeño técnico cuenta a través de sus consecuencias tácticas (los buenos pilotos pueden derribar mejores aviones; los tanques mejor equipados pueden ser derrotados por mejores tripulaciones de tanques). Pero las acciones de nivel táctico dependen en cierta medida del desempeño técnico (aun los mejores pilotos pueden ser sobrepasados por una aviación muy superior), así como los numerosos eventos tácticos que constituyen el nivel operacional influyen en sus resultados, al mismo tiempo que son influidos por ellos. Asimismo, las acciones de nivel operacional tienen sus efectos en el nivel de la estrategia en la escena de la guerra, que define su propósito, mientras que la actividad militar como un todo afecta lo que acontece en el nivel de la gran estrategia, aunque ese sea el nivel que determina los resultados finales. Por ende, la estrategia tiene dos dimensiones diferentes: la dimensión vertical de los niveles que interactúan mutuamente, y la dimensión horizontal en la que la lógica dinámica de la acción y la reacción se despliega dentro de cada nivel. Nuestra investigación empezó con la dimensión horizontal, mencionando este o aquel nivel, pero sin intentar definirlos. Nuestro propósito era evitar complicaciones al presentar por primera vez la lógica paradójica en acción, con sus

resultados siempre sorprendentes. Pero ahora consideramos conveniente presentar un conjunto de definiciones de cada uno de los cinco niveles, cuidadosamente formuladas y prolijamente expresadas en forma de tablas. Nuestro tema es tan variado como la vida humana, a menudo cargado de fuertes emociones, modelado por los hábitos y presiones institucionales, y ensombrecido por las inciertas particularidades de tiempo y lugar de cada conflicto. Así, las redes verbales de las frases abstractas pueden captar apenas las formas vacías de la estrategia, pero nunca sus turbulentos contenidos. Ya hay en circulación muchas definiciones de la táctica y de los otros niveles de la estrategia. Pero basta con analizar cualquiera de esas definiciones para percibir inmediatamente numerosas excepciones posibles. Y si a esas excepciones se las explica formulando más definiciones para diversas subcategorías (táctica aérea, operaciones navales, etcétera), terminaríamos por necesitar un diccionario que nos recuerde lo que queremos decir con nuestras propias definiciones, sin haber profundizado nuestra comprensión del verdadero contenido de la estrategia.

Procedamos pues ahora a sumergirnos en la sustancia misma de los enfrentamientos estratégicos, esta vez para analizar los niveles que los componen. Mientras nos concentramos en un nivel por vez, antes de detenernos finalmente para examinar su totalidad dinámica en el nivel de la gran estrategia, descubriremos las fronteras de las naturales estratificaciones del conflicto. Y cuando nos internemos en las definiciones, expresaremos realidades observadas en lugar de erigir un edificio verbal vacío.

Adoptado este objetivo, podemos considerar un gran caso: la defensa de Europa occidental durante los últimos años de la Guerra Fría. Después de la guerra árabe-israelí, en la que los misiles —tanto antitanques como antiaéreos— desempeñaron un papel importante, algunos expertos en cuestiones militares sostuvieron la idea de que las fuerzas de la OTAN, llamada en adelante «la Alianza», pudieron resistir una ofensiva soviética contra Europa occidental apoyándose en las defensas de «alta tecnología» no nuclear, de modo que la Alianza ya no necesitaría las costosas fuerzas terrestres que entonces

mantenía, principalmente divisiones blindadas y mecanizadas apoyadas por artillería autotransportada. Y lo que es más importante aún, dejaría también de necesitar apoyarse en las armas nucleares, excepto para disuadir a la Unión Soviética de usar las suyas. El examen de este caso es el *leit motiv* de lo que sigue. Hemos agregado también ejemplos históricos reales para ejemplificar ciertas argumentaciones, aunque nunca para ratificarlas o desmentirlas, porque ya conocemos suficientemente la complejidad de la estrategia como para saber que la historia no puede ser utilizada de tal manera.

5
EL NIVEL TÉCNICO

Las diversas propuestas de defensa no nuclear que se debatieron hasta la Guerra Fría llegaron a su súbito y pacífico fin concentradas en las cuatrocientas millas del llamado «frente central», la frontera entre Alemania Occidental y sus vecinos hostiles: la Alemania Oriental que ya no existe, y Checoslovaquia, que actualmente está dividida. Todas aquellas propuestas se basaban en cierta combinación de dos ideas. La primera —que tenía diversas variantes — era que para detener una invasión de divisiones mecanizadas y de tanques soviéticos bastaría con disponer de unidades de infantería bien equipadas con misiles antitanque. Según algunas variantes, esa infantería estaría compuesta por tropas regulares, que desplazarían totalmente a las divisiones blindadas y mecanizadas que por entonces estaban estacionadas, eran costosas y también «provocativas», porque indudablemente podían ser usadas no sólo para defenderse sino también para atacar. Y según otras, la nueva «infantería de misiles antitanque» consistiría en unidades de milicianos o reservistas, que se agregarían a las fuerzas blindadas y mecanizadas existentes, para proporcionar una capa defensiva más.

La segunda idea, bastante compleja, era combinar sensores por satélite y aerotransportados, comunicaciones, fusión de datos y centros de control computerizados, junto con misiles de largo alcance y blancos múltiples, integrando todo en sistemas de «*Deep Attack*» («Ataque profundo»). Según determinada secuencia, los sensores identificarían y localizarían los vehículos blindados

soviéticos y otros blancos móviles, aun a cientos de millas detrás del frente; la tecnología transmitiría la información a los centros computerizados de control y fusión de datos, donde surgiría una vivida imagen del blanco en todos sus detalles, a fin de que se pudieran tomar inmediatamente las decisiones adecuadas; y por último, los misiles atacarían en masa los blancos identificados. Por consiguiente, un sistema de *Deep Attack* retardaría, desorganizaría y neutralizaría las columnas de tanques soviéticos mucho antes de que pudiesen agregar su potencia de fuego a la ofensiva inicial lanzada por las fuerzas soviéticas ya en el frente de batalla. Esa era ya la principal tarea de las fuerzas aéreas occidentales después de que hubieron impuesto su superioridad en el espacio aéreo; pero el propósito general del «Ataque profundo» era actuar en gran escala tan pronto como empezase la guerra, sin esperar a ganar la superioridad aérea, sin arriesgarse a sufrir demoras si las bases aéreas eran atacadas o si el tiempo atmosférico no era propicio. La Guerra Fría terminó hace mucho tiempo, pero el proyecto *Deep Attack* sobrevivió bajo el rótulo de «sistemas del tipo *Reconnaissance-Strike*» (sistemas de tipo «Reconocimiento y Ataque»), que constituyen la expresión más concreta de la llamada *Revolution in Military Affairs* (Revolución en Asuntos Militares), la famosa RMA que tanto preocupó a los burócratas militares de ambos lados del Atlántico en el comienzo del nuevo milenio. Es interesante señalar que, a pesar de su sugestivo nombre, de estilo soviético, muchos creen que la RMA es también una idea estadounidense y un nuevo subproducto de la tecnología informática. En realidad, el esquema nació en el Estado Mayor soviético de los años setenta, cuando el atraso de la industria informática soviética era famoso.

Si examinamos las dos ideas expuestas, podemos empezar a imaginar cómo la parte soviética podría haber reaccionado para anularlas o superarlas, empujándolas desde el punto culminante del éxito hacia la curva descendente de la eficacia. Pero nuestro propósito es revelar el funcionamiento general de la estrategia y no estudiar los méritos de determinadas propuestas. Por ende, debemos examinar sucesivamente cada una de las imágenes fijas de cada nivel,

en lugar de observar la película de las interacciones dinámicas dentro de un solo nivel. Empecemos entonces por la primera idea: la infantería antitanque.

LA GUERRA DE LAS ARMAS

En el comienzo de este capítulo examinamos la confrontación entre las armas, dando por sentado que todas son manejadas por efectivos competentes. Y eso es lo único que necesitamos saber en este contexto técnico. Por un lado vemos los tanques y los carros de combate de la infantería, que forman la vanguardia de las divisiones soviéticas que tratan de atravesar el frente de la Alianza. Por el otro vemos la infantería, que se defiende con sus misiles antitanque, desplegada quizás en descubierto, o tal vez —más sensatamente— detrás de algún accidente del terreno o hasta disparando desde casamatas de cemento. Sin embargo, en este nivel de la estrategia ignoramos la diferencia, del mismo modo que también ignoramos cómo se desplazan los tanques soviéticos: si expuestos en terreno abierto y a la vista, o avanzando prudentemente cubiertos por el terreno bajo o por los bordes de los bosques (los bosques alemanes, tan perfectos desde que fueron replantados en el siglo XIX, están interrumpidos por numerosos pasos corta-fuegos). En este nivel, será suficiente con ver un solo misil antitanque y un tanque o carro de combate soviético para que puedan estar enfrentados, siempre dentro del alcance del fuego.

Queremos hacer notar que el misil antitanque es un arma barata, en comparación con el tanque o hasta con el carro de combate. Un misil cuesta (a unos 20.000 dólares) aproximadamente el 1% del precio de un tanque; o el 10% del precio de un carro de combate. Sólo requiere dos hombres para manipularlo mientras que el tanque y el carro de combate necesitan una tripulación de tres o cuatro hombres, sin contar la infantería que transportan. Ese detalle por sí

solo aumenta la conveniencia económica del misil antitanque, sin mencionar el cálculo de acción humana y riesgo de vidas.

También advertimos que el misil puede ser dirigido con gran certeza hacia su blanco; si se prueban varios, se verá que dan en el blanco el 90% de las veces. La ojiva hueca química, con su chorro de plasma de altísima velocidad, atravesará el delgado blindaje del carro de combate, destruyendo todo lo que haya en su interior. El tanque podría tener gruesas y modernas placas de blindaje, estar provisto de «cajas de blindaje reactivo» en la parte superior, y también estar dotado de toda suerte de dispositivos de protección interior. Sin embargo, en nuestra sucesión de imágenes fijas examinamos misiles igualmente avanzados, con ojivas de precisión de largo alcance y diámetro suficiente para penetrar el más grueso de los blindajes. Las cajas de blindaje reactivo pueden derrotar a muchas armas de ojiva hueca química, según el ángulo de ataque, pero los mejores misiles actualmente disponibles están programados para ascender y descender verticalmente, eludiendo así el blindaje frontal.

Desde luego, la tripulación del tanque dispara con sus ametralladoras y hasta con el cañón, cargado quizás con munición antipersonal o de *fléchettes* (dardos). O, si se trata de un carro de combate, tanto la infantería como la tripulación están haciendo fuego, tal vez con un mortero pequeño o con un lanzagranadas, además de varias ametralladoras. Pero acontece que el misil tiene un alcance mayor que el de todas esas armas, con la única excepción del cañón principal del tanque. Por lo tanto, la tripulación (muy probablemente, dos hombres) tendrá una excelente oportunidad de destruir el vehículo que tiene en la mira, antes de entrar en su radio de acción o antes de que el artillero detecte al elusivo lanzador de misiles. Sí es de noche, las cosas no cambian en absoluto porque ambas partes usan dispositivos de rayos infrarrojos que permiten la visión nocturna. Es cierto que los vehículos, como son capaces de proporcionar energía y refrigeración, pueden tener una visión infrarroja mejor que la de los equipos de la infantería, pero esa diferencia queda compensada por lo que se llama el «contraste del blanco»: los tanques y los carros de combate son mucho más grandes

y muy ruidosos, y por ende fácilmente detectables de noche.

Para describir lo que observamos en el nivel técnico de la estrategia basta con citar algunas cifras muy simples. Usando términos medios, podemos estimar que el 90% de todos los misiles funcionarán correctamente; el 60% dará en el blanco; el 80% penetrará el blindaje del tanque, y el 90% de estas últimas acciones inmovilizarán al vehículo. Esto arroja una probabilidad acumulada de éxito del 39%. En enfrentamientos directos, librados dentro de nuestro inamovible alcance de fuego por efectivos competentes y serenos, 2,56 misiles bastarán para destruir un tanque que cuesta cien veces más, y 1,8 misiles destruirán un carro de combate que cuesta quince veces más. En este caso, se puede asegurar que habrá daños, debido al escaso blindaje del vehículo, de modo que un solo disparo certero significa casi siempre una muerte.

Es evidente, entonces, que en este nivel técnico la relación coste-eficacia del misil es categóricamente superior a la del vehículo blindado; por ejemplo: 51.200 dólares en misiles pueden destruir un tanque de 2.000.000 de dólares. Esa diferencia significa poco por sí misma, si no se tienen en cuenta los recursos militares totales de cada parte; hoy Estados Unidos, un país rico, utiliza rutinariamente misiles de crucero que cuestan más de un millón de dólares cada uno contra chozas en Afganistán o en Irak. Pero en nuestro ejemplo, la Unión Soviética no tenía superioridad alguna en recursos militares en general y, por cierto, no podía permitirse un gran despliegue de tanques o carros de combate para superar la acción de los misiles.

Como hacen algunos autores, podríamos detenernos aquí y presentar este resultado técnico como un resultado final; de hecho, podría serlo si estuviéramos analizando un enfrentamiento entre misiles balísticos y antibalísticos en un espacio determinado por el radio de alcance de las armas. Entonces cualquier ventaja en la relación coste-eficacia será una verdad suficiente para determinar, por ejemplo, la factibilidad del intento. No obstante, para nosotros el examen del duelo de nivel técnico entre vehículos blindados que avanzan y misiles antitanque que disparan, brinda sólo una verdad parcial y altamente provisional…

El nivel técnico tiene una importancia propia, más ahora que en el pasado, cuando las diferencias de capacidad técnica eran pequeñas. Actualmente, los últimos modelos de aviones de combate, tanques de guerra, o submarinos pueden superar ampliamente a sus antecesores, pero en el pasado apenas si había pequeñas diferencias de calidad entre, digamos, dos buenas espadas o dos magníficos escudos. Hubo excepciones, pero fueron pocas, como la de los hunos que aparecieron a fines del siglo IV con una innovación técnica decisiva: el arco corto, adecuado para ser usado por jinetes, y de gran alcance, precisión y potencia.

Los límites del nivel técnico de la estrategia no son arbitrarios. En este nivel las armas de guerra y sus interacciones pueden ser observadas con gran claridad, pero sólo como un fragmento de una realidad mucho más amplia, debido a que todos los otros factores, materiales e intangibles, que afectan los resultados del combate permanecen indefinidos. El nivel técnico en sí es una realidad suficiente únicamente para los científicos y los ingenieros que se dedican a desarrollar armas. Lo único que necesitan saber para ponerse a trabajar es qué tipo de desempeño adicional se desea obtener. Estos especialistas no tienen la obligación —ni el derecho — de decidir *cuánta* eficacia se ha de lograr a expensas de otras prioridades militares.

SOLDADOS Y TÉCNICOS

Científicos y técnicos no suelen estar familiarizados con los contenidos tácticos de los requisitos militares que se les imponen. De todos modos, su obediencia a esos requisitos es casi siempre formal, porque saben que las exigencias militares cambian con cada nueva doctrina táctica, con cada nueva «estrategia», y saben también que las armas que ellos desarrollan duran muchos años: treinta, por lo menos, los aviones de combate y aún más los tanques y cañones.

Además, los ingenieros que diseñan armas tienen poco respeto por las exigencias formuladas por las autoridades militares, porque consideran que ignoran el verdadero alcance de las posibilidades tecnológicas de que podrían disponer. Estos especialistas creen que los militares siempre quieren tener las tecnologías «más nuevas» pero de ayer, que para ellos ya no son tan nuevas. La formación tecnológica de los militares (que comenzó en el siglo XIX) es cada vez mayor, pero tiene sus límites porque ellos obedecen a las instituciones militares y a sus mandos jerárquicos, mientras que científicos e ingenieros sólo responden a la ciencia misma.

A ello se debe que los propósitos de ambas partes sean divergentes. Por lo general, las burocracias militares prefieren sacrificar la calidad máxima posible en beneficio de la cantidad: reducir la magnitud de las fuerzas equivale a reducir la base de la jerarquía militar. Pero para los ingenieros los números no tienen valor en sí, ya que el único objetivo que anhelan alcanzar es la calidad máxima, y siempre tratan de desarrollar las armas más completas, versátiles, perfectas y de mejor desempeño, independientemente de lo que cuesten.

Antes de la Primera Guerra Mundial, su mayor ambición era tener los barcos de guerra más grandes y mejor protegidos, y los cañones sobre rieles de mayor alcance. Aquello era conveniente para las fuerzas navales, porque la doctrina naval de la época se concentraba principalmente en los preparativos para una sola batalla decisiva por la superioridad mundial en los mares con los barcos de guerra más poderosos, aunque fuesen pocos, dado que un gran barco de guerra podía hundir muchos cruceros. Pero los enormes cañones sobre rieles no eran compatibles con las doctrinas sobre artillería, que requerían movilidad para el armamento. A pesar de todo, se desarrollaron a un coste enorme.

Antes de la Segunda Guerra Mundial y también durante su desarrollo, los caminos de la ambición tecnológica se diversificaron y multiplicaron, y en consecuencia, se produjeron muchas innovaciones. Algunas tuvieron un valor militar inmediato (por ejemplo, el radar, y posteriormente la bomba de fisión nuclear), al

tiempo que otras tuvieron un valor militar negativo en su momento, como por ejemplo los cohetes alemanes V-l y V-2, que consumieron grandes recursos sin servir a propósito valedero alguno. También hubo novedades técnicas, como el fusil estatorreactor V-3 y el supertanque Maus de 100 toneladas, que absorbieron los escasos recursos alemanes sin llegar siquiera a la etapa de la producción.

Actualmente las ambiciones tecnológicas se concentran en las armas de energía dirigida, como los rayos láser aerotransportados lo suficientemente poderosos como para destruir sistemas lanzacohetes situados a gran distancia en tierra; aviones de combate que pueden volar a velocidades supersónicas (hoy los llamados cazas supersónicos gastan rápidamente su combustible cuando exceden Mach 1 en el quemador auxiliar); los aviones «furtivos» que son difíciles de detectar con radares normales y cuyas emisiones infrarrojas y sonoras son mínimas; y —en una escala mucho mayor — los sistemas del tipo Reconocimiento y Ataque de la RMA, cuyo mayor desafío sigue siendo la fusión de toda la información recolectada por numerosos sensores en una sola imagen instantánea de los innumerables blancos de interés y su priorización, de modo que el ataque de estos sistemas sólo requiere la transmisión de las coordenadas del blanco a los lanzadores de misiles de crucero, bombarderos y hasta baterías de artillería.

En el ínterin, las ambiciones técnicas del pasado produjeron los actuales submarinos de propulsión nuclear, más grandes que los cruceros de la Segunda Guerra Mundial y mucho más caros; los portaaviones nucleares que son aún más grandes y enormemente costosos; y los aviones de combate (o cazas) de retropropulsión (o de chorro), tan perfeccionados que su producción anual es menor que el número que podría perderse en una mala mañana de combate aéreo.

Hace ya tiempo que es bien visto lamentar la tendencia a dar prioridad a la calidad de las armas a expensas de la cantidad, al menos en Estados Unidos. No obstante, la lógica paradójica de la estrategia, en cualquiera de sus niveles, es irrelevante para la cuestión y no ofrece orientación alguna en el tema. No hay diferencia si la acción de nivel técnico que suscita una reacción implica armas más

simples o un número menor de armas más ambiciosas. Es, por el contrario, la lógica lineal, de sentido común, económica, la que impone límites a la decisión de elegir la calidad a expensas del número, porque la utilidad marginal del aumento de calidad debe terminar por disminuir hasta cero, dadas las limitaciones científico-tecnológicas de la época; el mejor rifle que se pueda producir, construido con los materiales más avanzados y con las últimas técnicas, apenas si puede ser ligeramente más eficiente que cualquier rifle común moderno basado en los mismos principios científicos y que, por supuesto, cuesta mucho menos. Y otro tanto puede decirse de los bombarderos, misiles, submarinos y otras armas.

Sabemos que al hacer tales cálculos no nos encontramos en el reino de la estrategia, porque a medida que agregamos calidad, la efectividad suplementaria obtenida puede caer hasta cero, pero no más abajo (a menos que se sacrifique la fiabilidad en aras de la complicación, lo que no debería ocurrir si calidad incluye fiabilidad). Si la paradoja dinámica de la estrategia rigiera el resultado, a partir de cierto punto los incrementos de calidad empezarían a reducir la eficacia de cada arma.

Las tensiones entre prioridades militares y ambiciones técnicas son constantemente negociadas por militares con mentalidad técnica y técnicos con mentalidad militar. En ambos casos se trata de individuos marginales dentro de sus respectivos grupos. Pero cuando finalmente se entregan a las fuerzas armadas los productos del desarrollo técnico, son los puntos de vista corrientes y los intereses institucionales los que determinan cómo se emplearán. Cuando lo nuevo es sólo una mejora de lo anterior —como sucede habitualmente cuando aviones, tanques o misiles mejorados reemplazan a sus predecesores, esencialmente muy similares— la modernización militar no se ve obstaculizada por la resistencia institucional; lo nuevo encaja perfectamente en las ranuras de lo viejo, sin que se requiera cambio alguno en la organización o en sus doctrinas y hábitos establecidos.

Pero si lo nuevo es una verdadera innovación y no apenas un nuevo modelo, lo que significa que el nuevo equipamiento no tiene predecesores directos, como sucedió con los vehículos aéreos pilotados por control remoto (o naves sin tripulación a bordo), entonces las fuerzas armadas deben cambiar su estructura para absorberlo, por lo general creando nuevas unidades, inevitablemente a expensas de las unidades ya establecidas. Esta es la gran dificultad. Las unidades existentes, como la aviación de combate, están representadas en los consejos de decisión: aun si quienes las constituyen son personal de bajo rango, por ejemplo, pilotos jóvenes, siempre hay también oficiales de alto rango que se formaron en esa rama y esa tradición, y que en este caso son generales de la fuerza. Obviamente, las unidades a ser establecidas no pueden estar ya representadas por personas con poder institucional, porque no tienen defensores burocráticos.

La consecuencia será que la innovación se verá significativamente demorada aun cuando potencialmente sea muy útil, pero todo depende de ciertos factores: si las fuerzas armadas en su conjunto están expandiéndose con abundantes recursos, aceptarán lo nuevo más fácilmente porque las unidades establecidas pierden sólo crecimiento pero no fuerzas existentes; Y, por supuesto, las urgencias de tiempos de guerra suelen superar la resistencia burocrática. La razón de que los israelíes fueran los primeros en fabricar y usar seriamente aviones dirigidos por control remoto (tratando realmente de hacerlos funcionar y no probándolos con la intención previa de encontrarles defectos) fue que cuando los propusieron estaban librando su «Guerra de Fricción» del período 1968-1970. Sus pilotos de guerra estaban expuestos a los misiles tierra-aire cada vez que sobrevolaban Egipto, y esa circunstancia hizo que la idea de usar aviones sin tripulación les resultara sumamente atractiva.

Pero si cuando se propone lo nuevo hay escasez, si las fuerzas establecidas están ya desprovistas de recursos y no hay inminencia de guerra, la resistencia burocrática a lo nuevo será intensa y, en la mayoría de los casos, eficaz. Entre 1990 y 2000, la aparición de

ordenadores pequeños, poderosos, fiables y baratos causó un gran cambio *estructural* en el mundo: muchas empresas se reorganizaron drásticamente y muchos niños modificaron sus hábitos de estudio y entretenimiento. Sin embargo, aconteció que aquellos años coincidieron con el fin de la Guerra Fría y la disminución de los presupuestos de defensa, lo que dejó a las fuerzas armadas fuera del cambio. Las fuerzas militaron no adaptaron sus estructuras y métodos a fin de aprovechar las muchas posibles ventajas del auge de la computación, sino que se limitaron a agregar ordenadores a sus sistemas burocráticos ya establecidos.

La innovación puede verse favorecida por las circunstancias históricas, como sucedió con la introducción sorprendentemente rápida de armas en Japón[58], o puede fallar por completo cuando la resistencia social bloquea la innovación[59], o cuando la falta de cambio organizacional impide que se aplique correctamente la innovación en cuestión. Un caso famoso de innovación abortada fue la *mitrailleuse*, una ametralladora primitiva que fue apresuradamente adoptada por el ejército francés en 1869, previendo la guerra con Prusia. En un mundo de rifles de un solo tiro, accionados por cerrojo, la *mitrailleuse* disparaba trescientos cartuchos por minuto, con gran exactitud, por lo menos a una distancia de 500 metros. Era muy fiable y contra una infantería no preparada para semejante fuego rápido hubiera tenido efectos decisivos. La *mitrailleuse*, un invento belga, fue fabricada secretamente por los arsenales franceses, por orden de Napoleón III. Ya había un gran número cuando empezó la guerra con Prusia, en 1870.

Pero el extremo sigilo había impedido la realización de ejercicios de campo y de un debate táctico abierto. Como el arma era demasiado pesada para ser manipulada por un solo hombre, y por lo tanto se la desplazaba montada en un carruaje liviano de dos ruedas, el conjunto se asemejaba mucho a una pieza de artillería; como la infantería no estaba equipada para proveer su abastecimiento de munición, ya que por entonces cien cartuchos por hombre bastaban para semanas de campaña, y cada batallón contaba sólo con unos pocos vagones tirados por caballos, que ya iban cargados con las

tiendas de campaña, las provisiones y otros artículos; y también porque Napoleón III era un experto artillero, fue la artillería la que recibió la *mitrailleuse*. Cuando empezó la guerra, fue natural que los artilleros franceses emplearan la nueva arma como si fuera una pieza de campo y la mantuvieran detrás de la infantería. Eso significó que no pudiera disparar sobre su blanco: la infantería alemana[60]. En realidad, no se podía esperar que los artilleros abandonaran todos sus arraigados conceptos para colocar a la *mitrailleuse* en medio de la infantería: hacerlo hubiera sido un retroceso hacia los métodos del siglo XVII. Ni tampoco la nueva arma podría haber sido trasladada a la infantería sin transferir también los escasos vagones de artillería disponibles. Finalmente aconteció que en la batalla de Gravelotte, el 18 de agosto de 1870, la infantería prusiana avanzó hasta quedar al alcance de algunas *mitrailleuses*. Como disparaban unas 12 cajas de cartuchos de 25 disparos cada una por minuto (300 disparos por minuto), las incipientes ametralladoras ejecutaron una masacre, responsable de la mayor parte de las 20.163 bajas prusianas de aquel día[61]. Sin embargo, con excepción de la batalla de Gravelotte, la *mitrailleuse* no tuvo influencia alguna en el desenlace de la guerra. Si aquella innovación no hubiera sido inutilizada por la incapacidad para adaptarse organizativamente, tal vez habría evitado la desastrosa derrota francesa.

TÉCNICOS Y DIRIGENTES POLÍTICOS

Si bien entre técnicos y militares hay tensiones que sólo el cambio institucional puede resolver, entre técnicos y políticos la discrepancia crónica es el estado normal de las cosas. Los objetivos políticos del estado son por lo general tan distantes y vagos para los ingenieros que apenas si figuran en sus cálculos técnicos. En algunos casos, la autoridad interviene abruptamente desde arriba e imparte órdenes, positivas o negativas. Por ejemplo: un presidente

estadounidense puede decidir interrumpir un proceso de desarrollo técnicamente prometedor por la sencilla razón de que ofende su sentido ético o puede perjudicar su imagen pública. Otro puede ordenar a los técnicos que desarrollen cierta arma nueva, que está fuera de las posibilidades científicas del momento, sin reconocer que el progreso científico no puede ser dirigido o acelerado por decisiones políticas y fondos adicionales. Un Hitler o un Stalin podrían irrumpir dictatorialmente en los laboratorios y ordenar que se fabriquen cohetes balísticos o bombas de fisión nuclear, y rápidamente.

Existen registros de casos famosos de intromisión igualmente espectacular desde el campo científico. Uno de ellos se produjo el 11 de octubre de 1939, cuando el influyente economista Alexander Sachs le hizo llegar al presidente Roosevelt una carta firmada por el ya famoso científico Albert Einstein. La carta elevaba un memorándum firmado por otro científico refugiado, el por entonces desconocido Leo Szilard. Ambos documentos invitaban al gobierno de los Estados Unidos a investigar la posibilidad de iniciar una reacción en cadena de uranio «dentro de un diseño bélico». El proyecto de Szilard había sido posible gracias a la ayuda de otros dos científicos refugiados, Eugene Wigner y Edward Teller. Ambos estaban destinados a ser famosos, pero en aquel momento lo más importante que hicieron fue llevar a Szilard en automóvil, en varias ocasiones, a la cabaña de Einstein en la playa de Long Island. La razón era que Szilard no tenía carné de conducir. Según el relato de Sachs que se conoce, Roosevelt no pareció prestar demasiada atención mientras leía la carta y el memorándum, y fue al día siguiente, en el desayuno, cuando Sachs finalmente logró persuadirlo de que tomara en serio aquel asunto, contándole la anécdota de la negativa de Napoleón a financiar el proyecto del barco de vapor que le había presentado Fulton[62].

En la Alemania nazi, por el contrario, fueron circunstancias igualmente fortuitas las que impidieron el desarrollo de la bomba de fisión nuclear. Hitler se entusiasmó inmediatamente con la posibilidad de construir cohetes, ahusados y rugientes, y su apoyo a

la cohetería fue al mismo tiempo generoso y tenaz. Pero la física nuclear era un campo ocupado principalmente por científicos no arios (Szilard, Teller, Wigner y Einstein eran judíos), y además fue condenado por los pensadores nazis porque había cuestionado muchas antiguas certezas. No obstante, la idea de la reacción nuclear en cadena nunca tuvo un defensor alemán tan obstinado como Leo Szilard. Así, cuestiones de fundamental importancia se decidieron frívolamente, debido a la ignorancia científica de Adolf Hitler, quien entendía bastante de armas mecánicas, poco de dispositivos electrónicos y absolutamente nada de física nuclear. Desde luego, el proyecto norteamericano de la bomba de fisión se habría iniciado tarde o temprano, aunque no hubiera existido un Szilard, pero la demora podría haber sido decisiva si los gustos de Hitler hubieran sido diferentes.

En las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, con sus dramáticos episodios de guerra científica, y en vísperas de Alamogordo, Hiroshima y Nagasaki, la idea de que los líderes políticos no deberían descartar las posibilidades ofrecidas por la ciencia llegó a formar parte de una convicción muy generalizada. En los gobiernos y en las fuerzas armadas proliferaron los departamentos científicos y se agregaron asesores científicos al personal de presidentes, primeros ministros y secretarios generales. Pero tampoco ese cambio hizo mucho para reducir la discrepancia entre ciencia y política. Se descubrió que hay sólo dos clases de problemas científicos: las cuestiones de rutina, sobre las cuales no es necesario que se tomen decisiones políticas, y los asuntos polémicos, sobre los cuales hasta los científicos discrepan[63]. Los políticos son aún los capitanes del barco del estado y los militares son su tripulación, pero ahora hay científicos e ingenieros a cargo de la sala de máquinas y ellos impulsan la nave hacia destinos incógnitos.

6
EL NIVEL TÁCTICO

Volviendo a nuestro ejemplo de la Guerra Fría, una vez que reexaminamos el combate entre el misil antitanque y las fuerzas blindadas que avanzan en el siguiente nivel de estrategia, el cuadro que tenemos ante los ojos se torna más amplio y más completo. Es más amplio porque ya no simplificamos el encuentro considerándolo como un duelo, sino que debemos, en cambio, considerar el enfrentamiento de unidades íntegras, que contienen muchos equipos de misiles y muchos vehículos blindados. Y es más completo porque ya no comparamos misiles y vehículos blindados enfrentándose en un monótono radio de alcance de prueba, con hombres que muy bien podrían ser robots. En el nivel táctico nos enfrentamos con todas las realidades humanas del combate.

En primer lugar, debemos estudiar el escenario físico de la lucha, el terreno y la vegetación. En Alemania central —donde hubieran estado las líneas del frente— no hay montañas elevadas, sino que el terreno es ondulado, con valles y colinas. Sólo algunos repliegues del terreno pueden servirle a la infantería, ofreciéndole ocultamiento y protección. Hay muchas vías de acceso encubiertas que las columnas de blindados soviéticas, más reducidas, podrían haber aprovechado para aparecer súbitamente frente a los misiles antitanque a corta distancia, restándoles así a las fuerzas enemigas la ventaja de su largo alcance de tiro y poniéndolas en pie de igualdad con sus ametralladoras. En casos extremos, la aparición de los blancos visibles podría haber ocurrido a una distancia tan corta que el misil

antitanque no habría podido ser usado; la mayoría de los diseños tienen un alcance máximo y también uno mínimo, porque después de su lanzamiento explosivo el misil debe ser «capturado» por el mecanismo de guía y mantenido dentro del alcance de tiro. También los cohetes antitanque tienen un alcance mínimo, que es fijado por el *timing* de la espoleta para proteger de la explosión a los operadores.

Pero Alemania tampoco es un desierto. Por todas partes crece una abundante vegetación, que podría haber ocultado inicialmente a la infantería antitanque, enmascarando su presencia. Esta característica del terreno, junto con sus pequeñas anfractuosidades, constituirían una importante protección contra las armas de fuego directo. Además, de existir una advertencia con cierta antelación, sería posible no sólo explotar el terreno y su vegetación en su forma natural, sino también mejorarlo con fortificaciones y campos minados. Los *bulldozers* y las retroexcavadoras; los vehículos de ingeniería de combate, dotados de dispositivos especiales para cavar trincheras y hacer pozos; y hasta las palas y sierras pueden transformar un terreno expuesto en una zona fortificada. Ningún progreso de la tecnología bélica ha eliminado la antigua conveniencia de luchar con una cobertura por encima, a fin de resistir el fuego indirecto de obuses y morteros, ni tampoco tornó obsoletas las posiciones de tiro atrincheradas ni las zanjas contra vehículos. Y sí se dispone de más tiempo, las barreras permanentes y continuas contra vehículos, fortificadas por casamatas de cemento armado, son una excelente contribución a la defensa, contrariando todos los prejuicios contra la Línea Maginot. Por otra parte, colocar minas antitanque es una tarea relativamente rápida; gran parte puede realizarse a mano, pero también es posible emplazarlas usando vehículos especiales o hasta lanzándolas por medio de cohetes hacia el terreno por donde pasarán los blindados. Por el contrario, hay situaciones que pueden ser desastrosas para la defensa, por ejemplo: las posiciones de fuego que se destacan en el entorno natural y son blancos obvios; las fortificaciones frágiles que la artillería puede destruir fácilmente; y los campos minados que no

se cubren con fuego de artillería para impedir que sean limpiados.

En este nivel de la estrategia, tales cosas son decisivas en sí mismas. Por lo tanto, en este punto debemos reconocer la existencia de un factor enteramente nuevo que afecta al éxito y al fracaso: la idoneidad, es decir, no sólo la indispensable capacidad técnica para operar mecánicamente las armas, sino también la capacidad táctica, una cualidad mucho más sutil, que se necesita para aprovechar las ventajas del terreno al desplazar las fuerzas y al ubicar las armas que se usarán contra determinado enemigo, en determinado tiempo y lugar. Ahora la aptitud y el entrenamiento de los hombres que ocupan aquellos vehículos blindados, y la aptitud y el entrenamiento de los efectivos de la infantería de misiles que se enfrentan a ellos, adquieren la mayor importancia. ¿Saben cómo deben actuar en el campo de batalla para protegerse y golpear al enemigo? ¿Sus oficiales subalternos son capaces de «leer» rápidamente el terreno y la situación de combate? ¿Elegirán intuitivamente los mejores campos de fuego o —en el caso de la otra parte—: los mejores métodos de ataque?

LIDERAZGO, MORAL, SUERTE

La idoneidad debe ser un atributo personal, pero son las tripulaciones de los vehículos y los equipos misilísticos los que llevan adelante el combate; en otras palabras, son los grupos, aunque sean pequeños, los que luchan. Por consiguiente, lo que cuenta no es la idoneidad personal sino esa capacidad aplicada eficazmente por los grupos como un todo. Y eso depende de la competencia de los líderes. ¿Los comandantes de los equipos de infantería de misiles fueron seleccionados por su idoneidad táctica, o se les promovió más bien por su obediencia que por su creatividad? ¿Los oficiales

subalternos a cargo de unidades blindadas son verdaderos líderes deseosos de actuar por su propia iniciativa, o son meramente los que siguen a los oficiales de alto rango en la escala jerárquica de mando?

Además, el liderazgo competente tampoco es eficaz sin soldados dispuestos a enfrentarse al peligro. Tan pronto como se inicia el encuentro táctico, con las impresionantes detonaciones de la artillería, el siniestro tableteo de las ametralladoras, las mortíferas explosiones de los morteros; cuando la tierra parece estallar desde adentro para hacerse pedazos; cuando de pronto un carro de combate aquí, un tanque allá, son alcanzados por la metralla y se incendian o explotan; cuando los infantes de artillería ven caer muerto o herido a su compañero de lucha de hace instantes; es decir, cuando realmente empieza el combate, nos damos cuenta de que lo que determinará el desenlace es algo mucho más complejo que el liderazgo competente.

El instinto más elemental impulsa a las fuerzas blindadas atacantes a detenerse en la seguridad del primer refugio del terreno, en lugar de seguir internándose en la campiña desconocida para enfrentarse a un enemigo invisible y a sus mortíferos misiles. Y el mismo poderoso instinto empuja a los artilleros a huir, a no mantenerse firmes en su puesto haciendo frente a los monstruos de acero que avanzan implacablemente. Los lanzadores de misiles parecen ahora desmoralizados e inseguros, ante la certeza matemática de que en pocos minutos los defensores serán aplastados por las orugas de los tanques y los carros de combate, a menos que puedan acertar en cada uno de ellos y detenerlos.

Para superar el instinto y hacer posible el combate existen tres grandes factores intangibles, que todos los ejércitos se esfuerzan por cultivar mediante el entrenamiento militar: la obediencia automática; el orgullo (se fomenta por medio de arengas, canciones y estandartes); y el sistema de castigos y recompensas (que forma la moral individual, la disciplina de grupo y la cohesión de las unidades). De entre estos atributos inconmensurables pero decisivos, la cohesión dentro de la unidad operativa es el más importante, porque la disposición de los hombres a luchar por el

grupo se impone por sobre el terrible impacto de la batalla. La cohesión de la unidad es la mayor fuente de moral en combate.

Por lo tanto, en el nivel táctico los factores de idoneidad, liderazgo, moral, disciplina y cohesión de grupo figuran en nuestro cuadro y por lo general determinan el resultado de las acciones. Por eso las estimaciones del equilibrio o desequilibrio militar que se detienen en el nivel técnico son sistemáticamente engañosas; cuando se comparan solamente listas de armas, se excluye del análisis la mayor parte del todo.

En todo encuentro táctico hay también un factor más, que influye fuertemente sobre el desenlace: la suerte, es decir posibilidad y probabilidad. Posibilidad de que las tropas de ambas partes estén exhaustas por falta de sueño, enfermas por la mala comida o hambrientas por la interrupción del abastecimiento, o muy amedrentadas por un combate anterior, y también las probabilidades meteorológicas. En Europa central son comunes durante muchos meses del año la niebla densa y los gruesos bancos de niebla a ras del suelo. Esta circunstancia favorece a los tanques y carros de combate, que aparecen súbitamente frente a los defensores y no les dan tiempo ni para disparar un solo misil, siempre que todavía se encuentren en el lugar, después de la profundamente desmoralizadora experiencia de oír el rugido de los motores de los vehículos blindados que se aproximan.

ASIMETRÍAS ENTRE OFENSIVA Y DEFENSA

Cada cosa que cuenta en el nivel táctico tiene su contraparte en otra forma de guerra, tanto por aire como por mar o tierra. Pero preguntémonos si los factores de terreno, idoneidad, liderazgo, moral, cohesión y buena fortuna afectan a las partes de diferente

manera. ¿Acaso al agregarlos a nuestra imagen fija modificamos la conclusión categórica a que arribamos en el nivel técnico? ¿Estos factores cambian la conclusión a que llegamos de que la infantería armada con misiles antitanque podría haber sido altamente eficaz contra las fuerzas blindadas soviéticas en la defensa de Europa central? La respuesta es un rotundo sí.

En primer lugar, las necesidades de las dos partes son desiguales. Para ejecutar su tarea, las fuerzas armadas soviéticas sólo tenían que avanzar. La mayor parte de los efectivos debían ocuparse solamente de operar sus vehículos y disparar sus armas a través de aberturas que permitían una visión estrecha, protegidos de las aterradoras visiones y sonidos de la batalla por el blindaje y los rugientes motores de sus carros. Desde luego, para seguir avanzando en la dirección correcta, para hacer buen uso del terreno, es necesario que haya liderazgo, que debe ser provisto por oficiales subalternos al mando de las columnas; pero esa disposición no es un requisito para las tripulaciones de los vehículos blindados.

Por el contrario, la infantería de misiles no puede participar eficazmente en el combate por meras operaciones mecánicas y en un estado de relativo desconocimiento de la situación real. Los efectivos de infantería deben mantenerse activos y alerta para detectar sus blancos a gran distancia, a pesar del humo, casual o deliberado, y a pesar de la bruma y los bancos de niebla. Entonces, esperan con calma que los blancos estén en su mira y luego deciden el momento del lanzamiento, cuestión delicada, porque, aunque el largo alcance de las armas es conveniente, mientras mayor sea la distancia, más probable será que contenga trechos de terreno bueno, donde el tanque que avanza podría ocultarse para evadir el misil en vuelo. Después del lanzamiento, el operador debe mantener el blanco móvil en su mira durante los largos segundos que el misil demora en volar e impactar (los misiles del tipo «disparar y olvidarse» son muy nuevos acaban de empezar a producirse). Y a lo largo de todo el procedimiento, desde la detección hasta el impacto, las tropas que lanzan misiles deben cumplir sus exigentes tareas mientras todos sus sentidos son afectados por los sonidos y las visiones de la batalla, en

una situación en que la más breve distracción causa la pérdida del control sobre los misiles ya disparados.

Luego está la gran asimetría en la protección física, a menos que se hayan previsto poderosas fortificaciones. Las fuerzas blindadas sólo son realmente vulnerables a los misiles, a otros tanques o a minas, pero los defensores son vulnerables a todas las armas que hay en el campo de batalla: ametralladoras, morteros, lanzagranadas, cañones de tanque y, sobre todo, la artillería de apoyo, que dispara constantemente para cubrir al blindado que se acerca. Además de matar y herir, la acción de tantas armas podría incapacitar a la infantería de misiles tácticamente, al forzar a los hombres a buscar refugio en lugar de concentrarse en sus blancos.

En realidad, no sólo sus sentidos sino también sus pensamientos conspirarán contra los defensores. La unidad de blindados es empujada hacia adelante por las unidades que la siguen. Excepto por la obligación de seguir determinado vector de avance, su tarea es abierta, y las decisiones de los comandantes y la tropa no se ven demasiado afectadas por la fortaleza de la defensa que los enfrenta, ya que saben muy poco dé ella y ni siquiera están en condiciones de calcular su envergadura. Pero los defensores tienen amplias posibilidades de calcular; con visibilidad perfecta, la distancia máxima del enemigo a que pueden actuar es de unos 4.000 metros. Si la unidad blindada avanza a 15 km por hora, dispondrán en total de unos 16 minutos de combate antes de tener encima los tanques y los carros. Si hay neblina —lo que reduce algo la visibilidad— o niebla —que la reduce mucho más— la distancia para el enfrentamiento disminuye, y también disminuye el tiempo disponible para disparar. En Europa central, hasta 1.500 metros y seis minutos sería demasiado optimista. Teóricamente, los equipos de lanzadores de misiles podrían entrar en contacto con los sucesivos blancos con intervalos de un minuto; esta velocidad de tiro es posible en entrenamientos en tiempos de paz. En la actual secuencia de combate, desde la detección hasta el impacto, un disparo cada dos minutos es un máximo alto, y cada tiro tiene un 38% de probabilidades de eliminar a su blanco, siempre que el fuego

enemigo no perjudique el desempeño de los efectivos.

Para saber si pueden resistir, o si la retirada es la única alternativa a la captura o la muerte, los defensores deben calcular cuántos tanques y carros de combate avanzan realmente hacia ellos. Si el número es mayor que uno por cada lanzador de misil que sobreviva al fuego de artillería y al fuego directo, los infantes de artillería sabrán que en los minutos siguientes perderán la libertad o la vida. Como en nuestro estudio de caso el enemigo era el ejército soviético, y como el azar colocó a las fuerzas que se le oponen frente a una de sus columnas, los defensores tenían que esperar necesariamente lo peor: los tanques y carros de combate que veían parecían ser unos pocos, pero tal vez detrás de ellos se aproximaban muchos más. Esta abundancia de blindaje —que fue la razón por la que se propuso el concepto de «infantería de misiles antitanque»— tenía que desembocar necesariamente en una situación táctica desmoralizadora que no era posible enfrentar, de la que sólo se podía escapar lanzando uno o dos misiles y emprendiendo inmediatamente después una hábil retirada.

Por todas estas razones, la conclusión inicial, a la que arribamos en el nivel técnico, ha cambiado mucho. Al examinar el encuentro en el nivel táctico advertimos que los defensores ya no pueden alentar la esperanza de destruir un tanque, que cuesta cien veces más que un misil, con 2,56 misiles, y tampoco pueden neutralizar un carro de combate, que cuesta por lo menos 15 veces más que un misil, con 1,8 misiles. Vemos, en cambio, a algunos artilleros y lanzadores de misiles perdidos ante el fuego de artillería, los morteros y el fuego directo, antes de poder ni tan siquiera enfrentarse con el enemigo; a otros, incapaces de acertar un solo blanco durante los pocos minutos de enfrentamiento, debido al humo; y a otros, perdiendo el control de los misiles ya en vuelo hacia sus blancos, debido al estruendo y a la conmoción causada por las explosiones.

¿Cuántos lanzadores de misiles hacen falta entonces, en la realidad táctica, para destruir un tanque o un carro de combate? ¿Diez o veinte, según indican algunas experiencias de la guerra en

Oriente Medio? ¿O tal vez más, porque Europa central no posee la espléndida visibilidad de la otra zona? Como las diferencias de coste son tan grandes, las proporciones seguirán siendo favorables, pero ya no por un gran margen. En consecuencia, nuestra conclusión en el nivel táctico (aún provisional, por supuesto) es que la idea de la conveniencia de la infantería de misiles es mucho menos prometedora que lo que parecía en el nivel técnico. Ahora sabemos que su éxito depende en gran medida de las cualidades de los combatientes. En combate, ciertos factores imponderables, como la moral, la disciplina y la cohesión, suelen ser más importantes que los factores materiales, especialmente en nuestro caso, debido a que la defensa tiene que operar bajo los efectos de un estrés mucho mayor que el sufrido por los efectivos atacantes. Y esta significativa asimetría debe ser considerada una desventaja clave del concepto analizado.

Así, llegamos a la conclusión de que, en realidad, los méritos de la propuesta de utilizar una infantería de misiles dependían decisivamente de la antelación con que se atendieran los detalles administrativos. Por ejemplo: ¿la infantería de misiles debía estar constituida por unidades territoriales cohesivas, formadas por amigos y vecinos con fuertes vínculos mutuos, elegidos por sus aptitudes y entrenados con toda la seriedad con que es posible realizar un entrenamiento *part-time*? ¿O se asignaría a la fuerza de artillería de misiles a reservistas de todo el país, que alguna vez sirvieron como reclutas y que se conocerían casi en el momento mismo de iniciarse el combate? ¿O tal vez la infantería de misiles debería ser un cuerpo de élite formado por hombres jóvenes rigurosamente seleccionados, y entrenados y dirigidos con miras a asegurar la más elevada moral? Y, de ser así, ¿cuál sería el razonamiento que justificaría que las naciones ricas de la Alianza del Atlántico Norte decidieran utilizar a sus mejores hombres para luchar con armas baratas contra enemigos del Pacto de Varsovia mucho más pobres pero también con armamento mucho más pesado?

Así, en el nivel táctico de la estrategia nos encontramos con

todas las complejidades de la dimensión humana del combate, cuando observamos cómo se despliega la lucha dentro de un único contexto de tiempo y lugar. Como tanto en el tiempo atmosférico como en las circunstancias humanas hay factores imprevisibles, ni siquiera fuerzas idénticamente compuestas y armadas, que actúen de la misma manera y el mismo terreno, pueden librar dos veces exactamente la misma batalla y obtener exactamente el mismo resultado. Es cierto que las posibilidades se neutralizan mutuamente, de modo que al apoyarnos en los cálculos de probabilidad basados en la observación de muchos eventos (precisión de las armas, características del clima) podemos llegar a conclusiones de nivel táctico de validez más amplia. Pero aun esas conclusiones amplias y generales se aplican a determinadas fuerzas, con determinado equipamiento y también con ciertas características humanas.

El cuerpo de conocimiento impartido por la enseñanza de las tácticas en el arte de la guerra no puede desplazarse mucho en el espacio ni durar mucho en el tiempo. No hay error ni acierto que no dependa del carácter específico de los contrincantes y del desempeño específico de las armas. Cierta manera de atacar un puesto de avanzada, interceptar un avión de combate o enfrentarse con un barco enemigo podría ser una acción demasiado cautelosa o de una audacia suicida, según sean las características de las fuerzas contrarias. Por eso es preciso corregir los manuales de táctica cada vez que aparecen nuevas armas importantes, ya que puede suceder que esas armas conviertan en mera rutina lo que hasta entonces era imposible, o hagan que lo que alguna vez fue seguro se torne demasiado peligroso. Todavía conviene leer los antiguos textos de táctica militar como material de perdurable valor, pero sería ocioso pretender que contuvieran mucho más que lo obvio. Y si leyéramos los manuales tácticos de las dos guerras mundiales —que no son en absoluto interesantes— también los encontraríamos obsoletos. De allí entonces que la táctica sólo sea tema de interés para los profesionales que están al día, así como toda «estrategia» normativa que recomiende esta o aquella política para un país o el otro sólo

puede tener validez contemporánea, a diferencia de la estrategia misma, que no prescribe nada, sino que se limita a describir fenómenos inmutables que existen, lo sepamos o no.

LOS LÍMITES DE LO TÁCTICO

En nuestra visión estática del enfrentamiento entre la infantería de misiles y las fuerzas blindadas que avanzan, no nos hemos permitido cambio alguno de táctica en ninguna de las dos partes involucradas. No hubo una reacción ante el éxito o el fracaso que provocara otras reacciones en la parte enemiga, por ejemplo. Simplemente se dio por sentado que ambas fuerzas ejecutarían tácticas simples de ataque frontal y defensa frontal, aunque con la adecuada atención al terreno.

Esa simplificación podría ser válida en el caso de la colisión inicial entre la primera ola del avance de blindados soviéticos y la línea defensiva de la infantería antitanque. Pero si la defensa lograra repeler ese primer ataque, inevitablemente se produciría una reacción, ya para derrotar a la defensa con más poder de fuego de artillería, ya para eludirla de otro modo. La defensa también puede reaccionar utilizando el tiempo ganado con su primer éxito para desplazarse hacia posiciones alternativas; para enviar comandos armados con cohetes antitanques si el terreno o la vegetación ofrecen suficiente cobertura; o para planificar una emboscada en la que se dejará pasar a la siguiente ola de tanques enemigos para luego atacarlos por la retaguardia. Después de esa acción las cosas cambiarían.

Sin embargo, las fuerzas que hemos estado examinando no son agentes independientes que persiguen sus propios objetivos. Lo que para ellas es la lucha total, ya que lo que arriesgan es la vida, para los

altos mandos y las autoridades nacionales de ambas partes constituye apenas un fragmento de la batalla. Fueron los comandantes y los gobernantes quienes diseñaron los planes y tomaron las decisiones que causaron el conflicto bélico. Una vez iniciada la batalla, ellos tratan de mantener el control sobre el curso de los acontecimientos reaccionando ante cada desenlace parcial. Podrían, así, asignar artillería adicional o apoyo aéreo a las unidades que ya entraron en combate. Podrían sacrificar esas unidades, dejándolas luchar sin ayuda, ya para explotar el restante poder de defensa, ya para mantener un vector de ataque en la ofensiva, aunque sus menguantes fuerzas convirtieran esa acción en una maniobra ficticia. Una vez que las unidades estacionadas en el campo de batalla entran en combate y se entregan a su propia lucha por la supervivencia, los altos mandos no pueden tener un control seguro más que sobre las nuevas fuerzas que incorporen a la lucha, porque todavía pueden ubicarlas libremente en nuevas posiciones defensivas o en nuevos vectores de ataque. A pesar de que actualmente las comunicaciones son instantáneas y llegan a todas partes, no es posible tener un control rápido y total de las unidades en combate, porque en esa situación lo que se puede o no se puede hacer depende de lo que el enemigo pueda o no pueda hacer.

Entonces, la recíproca influencia entre acción y reacción no se limita ya al nivel táctico; por eso, para realizar nuestra investigación necesitaremos adoptar un punto de vista diferente y más amplio. Desde esa perspectiva, al examinar en mayor escala el despliegue total de las fuerzas rivales, pierden importancia las particularidades del terreno y la amplitud del contexto. En consecuencia, debemos ascender al siguiente nivel de la estrategia, después de señalar que, aun cuando hayamos asistido a un episodio de combate terrestre, cualquier otra forma de guerra en el pasado y en el presente —en el mar, en el aire, o hasta en el espacio, incluyendo la guerra que con cierta ligereza se ha denominado «estratégica»[64]— debe tener su propio nivel táctico.

7
EL NIVEL OPERACIONAL

En la lengua inglesa, la terminología militar tuvo durante largo tiempo una peculiaridad: carecía de una palabra para describir el nivel medio de pensamiento y acción entre lo táctico y lo estratégico; el nivel que abarcan las batallas en su dinámica totalidad, el nivel en que se desarrollan, debaten y aplican los métodos genéricos de la guerra. Como veremos, había una buena razón para esta ausencia, una razón que dejó de existir cuando yo introduje el concepto de «nivel operacional», adoptado ahora en todos los manuales de campo y empleado corrientemente en los escritos militares[65]. Por supuesto, no se puede decir que esa idea haya sido una invención original mía. En la tradición del pensamiento militar continental, los equivalentes alemán y ruso del término tienen una larga historia y una importancia fundamental[66]. Ambas tradiciones destacan el «arte operacional de la guerra» como una combinación que es más que la suma de sus partes tácticas.

Las armas mismas interactúan en el nivel técnico de la estrategia; las fuerzas enfrentadas combaten en el nivel táctico, pero en el nivel operacional nos encontramos por primera vez con la lucha entre las mentes rectoras de ambas partes. Es en ese nivel donde se aplican los métodos generales de la guerra, como en la ofensiva blindada de profunda penetración o en la defensa en profundidad; en el bombardeo estratégico de nodos clave, en oposición a la interdicción del campo de batalla de las fuerzas

terrestres; en la defensa antiaérea de los barcos de guerra, y en otros casos similares. Es en el nivel operacional donde el mando a cargo de todas las fuerzas involucradas debe manifestarse; principalmente, el nivel operacional es el nivel de la batalla como un todo, con sus aventuras y desventuras.

El límite entre lo que es operacional y lo que es táctico en métodos, mando general, y acción en sí, es difícil de definir, tanto en lo abstracto y obvio como en la práctica. Cuando una sola fuerza y sus tácticas específicas —por ejemplo, submarinos y táctica de submarinos, o artillería y táctica de artillería— ya no determinan por sí los resultados, porque están involucradas otras fuerzas y otras tácticas, hemos ascendido al nivel operacional. Entonces, una vez más no son necesarias las definiciones arbitrarias. Tan pronto como examinamos un episodio de combate, podemos reconocer su estratificación natural entre la capa operacional y lo que hay por encima o por debajo. Pero la diferenciación entre lo táctico, lo operacional y lo estratégico está vinculada también con una escala ascendente del volumen de la acción y la diversidad de los medios.

En un extremo, para una tribu primitiva cuya fuerza está compuesta por guerreros armados de una única manera, con escudo y lanza, y ubicados en formación simple, lo táctico, lo operacional y lo estratégico coinciden para todos los fines prácticos. Esta tribu no puede sufrir una derrota táctica que no sea también estratégica, ni puede desarrollar un método bélico que sea otra cosa que una táctica. Para poner un ejemplo digamos que, por el contrario, para los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial pudieron coexistir situaciones operacionales muy diferentes dentro del mismo teatro de operaciones, de modo que todos los días podían aportar su cuota de victorias tácticas y derrotas tácticas. Y desde luego, también se aplicaron diferentes métodos operacionales en las campañas anfibias del Pacífico, en el bombardeo estratégico de la industria alemana, en los once meses de guerra continental que empezaron con el desembarco en Norman día en junio de 1944, y en la lucha por la supremacía naval en el Pacífico.

Escala y diversidad son condiciones necesarias, pero no

suficientes; para que el nivel operacional tenga peso propio, la acción debe estar compuesta por algo más que la suma de las partes tácticas. Eso depende del *estilo de guerra* que predomine, y más específicamente, del lugar que ocupe dentro del espectro que se extiende entre el desgaste en un extremo, y la maniobra en el otro.

DESGASTE Y MANIOBRA EN LA GUERRA

Se llama «guerra de desgaste» a la guerra librada por métodos industriales. El enemigo es tratado como un mero conjunto de blancos y el objetivo es ganar por medio de su destrucción acumulativa, lograda merced a la superioridad en potencia de fuego y recursos materiales en general. En teoría, finalmente se podría destruir el total de los blancos enemigos, a menos que la retirada o la rendición pusieran punto final al proceso, como casi siempre sucede en la práctica.

Mientras mayor sea el contenido de desgaste de un estilo general de guerra, más probable será que las técnicas rutinarias de detección del blanco, ataque y reabastecimiento resulten suficientes, junto con tácticas repetitivas, y menos oportunidades —o necesidad— habrá de aplicar algún método operacional. El proceso reemplaza al arte de la guerra con toda su inventiva. Cuando fuerzas materialmente superiores, con gran potencia de fuego y abundantes suministros se acercan lo suficiente a blancos estáticos (líneas de trincheras, ciudades) o a fuerzas enemigas que deben permanecer inmóviles y concentradas para alcanzar *sus* propósitos (o sea, que no se trate de guerrillas), la victoria está matemáticamente asegurada. Se sobreentiende, por supuesto, que, si el enemigo también tiene potencia de fuego, el desgaste recíproco resultante deberá ser absorbido. En este estilo de guerra no puede haber victoria sin una superioridad material absoluta, y tampoco pueden lograrse victorias fáciles apelando a movimientos inteligentes que permitan sufrir

pocas bajas y gastar pocos recursos.

No existe una guerra de desgaste pura, desprovista en absoluto de astucia o de artificio, una guerra que sea verdaderamente un proceso industrial. Pero no son raros los ejemplos de guerra con alto contenido de desgaste. Entre ellos se cuentan, por ejemplo, la lucha de trincheras de la Primera Guerra Mundial, en la que la mayoría de las batallas fueron enfrentamientos simétricos entre las fuerzas de artillería rivales, junto con un combate de infantería que presentaba ataques frontales a pie contra defensas lineales inmovilizadas por las ametralladoras y los morteros; el intento de la Luftwaffe de derrotar a la Royal Air Forcé en junio-agosto de 1940 buscando deliberadamente el combate aéreo, en base a la errónea suposición de que tenía superioridad material suficiente para ganar; la batalla de Montgomery en El Alamein, y la mayoría de sus batallas posteriores, en las que el enemigo era primero atacado por una artillería muy superior, y luego frontalmente asaltado por la infantería, antes de ser aplastado por unidades blindadas en cantidad abrumadoramente superior; la campaña submarina alemana de 1941-1943, cuyo objetivo era ganar la guerra reduciendo el tonelaje total de embarcaciones oceánicas de que disponían los Aliados, hasta llevarlo al mínimo necesario para poder enfrentarse a ellos; la campaña de los Aliados en Italia entre 1943 y 1943, que degeneró en una serie de demoledoras ofensivas frontales después del fracaso de la tentativa de vencer por superioridad estratégica en Anzio; el bombardeo aéreo de Alemania y Japón, dirigido en parte a la destrucción de la industria, y en parte al desgaste de áreas urbanas en general; la ofensiva de frente amplio diseñada por Eisenhower después de la salida de Normandía, que Patton revirtió sólo ocasionalmente con sus maniobras de penetración profunda; las ofensivas coreanas de Ridgeway en 1931-1932, en las que fuerzas terrestres avanzaron lentamente en un frente sólido de costa a costa, contra fuerzas chinas y norcoreanas sistemáticamente reducidas por los ataques aéreos y de artillería; gran parte de la lucha norteamericana en Vietnam, aun cuando el enemigo se negaba obstinadamente a organizarse en formaciones masivas más

fácilmente detectables (a pesar de las acciones concéntricas de «búsqueda y destrucción» destinadas a inducir concentraciones involuntarias); y el increíble caso de que durante la Guerra Fría se habrían planeado ataques nucleares contra poblaciones urbanas y contra centros industriales, con el propósito de disuadir a los gobiernos amenazando con una destrucción en escala colosal.

En el otro extremo del espectro está la *maniobra relacional*, en la que el objetivo no es destruir los bienes físicos del enemigo como un fin en sí mismo, sino más bien inhabilitarlo por cierta forma de perturbación sistémica, ya sea que se entienda por «sistema» la estructura de mando de las fuerzas enemigas, su apoyo logístico, su método de guerra, o hasta un sistema técnico concreto, como cuando los radares son engañados electrónicamente, y no sometidos a una perturbación por atascamiento o directamente al ataque físico.

En lugar de localizar las concentraciones de fuerzas del enemigo para atacar grandes blancos, el punto de partida de la maniobra relacional es la evitación de las fuerzas enemigas, seguida por la aplicación de determinada superioridad contra sus presuntas debilidades, ya sean estas físicas, psicológicas, organizacionales o técnicas.

Si bien el desgaste se asemeja a un proceso físico que garantiza resultados proporcionales a la calidad y cantidad del esfuerzo invertido (a menos que el enemigo pueda revertir el combate), los resultados de la maniobra relacional dependen en primer lugar de la exactitud con que se identifiquen las fuerzas y debilidades del enemigo. Además de ese requisito, el éxito exige cierta combinación de sorpresa y rapidez de ejecución para atacar eficazmente el punto débil del enemigo antes de que pueda reaccionar poniendo en acción sus fuerzas.

De lo que antecede pueden sacarse dos conclusiones. Primero, que la maniobra relacional ofrece la posibilidad de obtener resultados desproporcionadamente mayores que los recursos aplicados, lo que brinda una probabilidad de victoria a la parte materialmente más débil. Segundo, la maniobra relacional puede fallar completamente si la fuerza selectiva aplicada estrictamente

contra una supuesta debilidad no puede cumplir su cometido, o si —debido a una deficiencia de la información— se encuentra con una resistencia inesperada. En lenguaje de ingeniería militar el desgaste falla «elegantemente» y también puede triunfar sólo acumulativamente, ya que si un blanco se identifica incorrectamente o se pierde tendrá que ser atacado otra vez, pero la acción mayor no peligra. La maniobra relacional, por el contrario, así como puede tener éxito con poca fuerza, puede también fallar «catastróficamente», porque un error de evaluación o de ejecución arruinará la operación completa. El desgaste es guerra pagada a gran coste pero de bajo riesgo, mientras que la maniobra relacional suele tener un bajo coste pero implicar al mismo tiempo un alto riesgo de fracaso.

Hay una conclusión más: como requiere exactitud en la identificación de las debilidades del enemigo, y celeridad y precisión en la acción, la maniobra relacional es cualitativamente exigente. En el caso extremo de las operaciones de comando, en las que fuerzas pequeñas procuran aprovechar ciertas debilidades del enemigo, la precisión requerida significa que sólo son útiles las unidades de alta calidad. En un sentido más amplio, la maniobra relacional impone pautas irreductibles, de modo que la cantidad no puede reemplazar a la calidad tan libremente como en la guerra de desgaste.

Pero tampoco hay guerra que consista puramente en maniobra relacional. Tal como en el desgaste, lo que varía de caso a caso es la proporción de maniobra relacional en la acción general. Esa proporción —y ése es el punto importante— define el alcance de los métodos de nivel operacional. Mientras más maniobra relacional haya, más importante será el nivel operacional. Hay ejemplos modernos de guerra con un alto contenido de maniobra relacional; por ejemplo, los desembarcos en Gallípolí en 1915, durante la Primera Guerra Mundial, una maniobra fallida, destinada a obligar a la Turquía otomana a salir de la guerra amenazando directamente a su capital, Estambul (en este evento, los ejércitos turcos en

combate tuvieron que ser derrotados totalmente); las ofensivas llamadas *blitzkrieg* del ejército alemán contra Polonia, Dinamarca, Noruega, los Países Bajos, Bélgica, Francia, Yugoslavia, Grecia y la Unión Soviética (hasta 1942), en las cuales las defensas lineales, organizadas para defender las fronteras nacionales contra ofensivas de frente amplio, eran perforadas en ataques de frente angosto por la infantería y la artillería, cuyas incursiones eran entonces aprovechadas por las fuerzas motorizadas que penetraban rápidamente hasta el interior del territorio, lo que perturbaba las líneas de abastecimiento, los centros de mando y la planificación; la respuesta anglo-estadounidense a los submarinos alemanes, que aprovechaban su falta de reconocimiento aéreo para ocultar blancos agrupando barcos en convoyes que ocupaban pequeñas fracciones del espacio oceánico; la campaña británica de 1940 en el norte de África, que derrotó a un ejército italiano muy superior numéricamente, por medio de penetraciones motorizadas en su flanco del desierto para cortar la única línea de comunicaciones de los italianos a lo largo de la costa libia; la campaña japonesa en Malasia en 1941-1942, que derrotó a fuerzas británicas numérica y materialmente superiores aislando reiteradamente sus comunicaciones desde la costa hacia el interior, con acciones marítimas o incursiones en la selva, y obligándolas a retroceder cada vez más hacia el sur de la península; la profunda penetración ofensiva del Tercer Ejército de Patton en julio y agosto de 1944, que arrasó a las fuerzas alemanas en el noroeste de Francia después del desembarco en Normandía; el fracaso de la operación Market-Garden de setiembre de 1944, que pretendía invadir Alemania septentrional a través de los Países Bajos, por medio de aterrizajes simultáneos de paracaidistas y planeadores para capturar los sucesivos puentes que permitirían a las fuerzas británicas blindadas y motorizadas llegar rápidamente al Rin en Arnhem (un plan que fracasó debido a la lentitud de las fuerzas blindadas británicas, entre otras cosas); la contraofensiva de Patton de diciembre de 1944, que rodeó a las fuerzas alemanas que habían avanzado hacia el oeste a través de Las Ardenas; los fallidos intentos de perjudicar la

economía de guerra alemana por medio de bombardeos concentrados sobre blancos considerados «cuellos de botella» industriales, a diferencia del bombardeo general de las áreas urbanas; la contraofensiva de MacArthur de 1950 en Corea central, por medio de los desembarcos en Inchon, para aislar a las fuerzas invasoras norcoreanas de su retaguardia en lugar de empujarlas trabajosamente hacia atrás con ofensivas frontales desde el sur; las exitosas defensas de aldeas implementadas por los marines de Estados Unidos en Vietnam, operativos que motivaron a numerosos guerrilleros locales, con sólo un puñado de marines; las ofensivas israelíes de 1948, 1956 y 1967 en el Sinaí, y de 1973 a través del Canal de Suez, que desbarataron las defensas egipcias con columnas de penetración rápida que, o bien explotaron el factor sorpresa, o libraron encarnizadas batallas en la línea del frente hasta llegar a la retaguardia, donde cortaron las líneas de abastecimiento, arrasaron puestos de mando, y en 1973 destruyeron los emplazamientos de misiles antiaéreos para dar libertad de acción a la fuerza aérea; y el uso en general que hicieron los estadounidenses de la potencia aérea contra Irak en 1991 y la Federación Serbia-Montenegro en 1999, que evitó tanto las fuerzas terrestres, relativamente fuertes, como la incapacidad de Estados Unidos de tolerar bajas.

ESTILOS NACIONALES DE POLÍTICA Y DE GUERRA

Las naciones y las fuerzas armadas que se consideran materialmente más fuertes que su enemigo —percepción que puede o no ser correcta— preferirán por lo general apoyarse en los fiables métodos del desgaste: la ofensiva frontal, la campaña de bombardeo sistemático, el ataque naval directo. Los que se consideran, acertada o erróneamente, materialmente más débiles, o temen sufrir bajas por causa del desgaste, aun cuando tenga éxito, tratarán en cambio de

descubrir las vulnerabilidades del enemigo que pueden atacar con los métodos del tipo «alto riesgo-alta compensación», propios de la maniobra relacional. Estas propensiones —que en realidad no son elecciones del momento— tienen implicaciones aún más amplias. Quienes instintivamente practican la guerra de desgaste desarrollan sus fuerzas según sus propias preferencias y sus propias normas. Quienes tratan de practicar la maniobra relacional deben subordinar sus preferencias al propósito de desarrollar las capacidades que consideran más adecuadas para aprovechar las debilidades del enemigo. Se sigue de ello que existe también una profunda diferencia en el enfoque de la Inteligencia. Los dos sujetos de nuestro ejemplo pueden muy bien utilizar exactamente las mismas técnicas para recoger y analizar datos, pero su actitud hacia el enemigo es muy diferente: los partidarios del desgaste buscarán en primer lugar blancos que atacar, sin prestar demasiada atención, a la índole del enemigo, mientras que los que prefieren la maniobra intentarán también comprender el funcionamiento interno del enemigo y descubrir sus puntos vulnerables, que pueden no ser en absoluto materiales sino más bien políticos, culturales o psicológicos. Además, debido a que los adeptos al desgaste deben concentrarse en las fortalezas del enemigo para localizar sus blancos, tenderán a sobrestimar la fuerza de enemigos que, no obstante, consideran en general inferiores[67]. Los partidarios de la maniobra, en cambio, como deben concentrarse en las debilidades del enemigo, tenderán siempre a subestimar la fuerza de los enemigos que tal vez consideran en general superiores. La parcialidad de cada parte responde a sus intenciones: evitar el riesgo y pagar el precio del desgaste, o aceptar el riesgo y lograr un triunfo menos costoso.

Así, al diseñar políticas militares en tiempos de paz, y también en la conducción de la guerra, hay estilos nacionales definidos que se diferencian por su propensión hacia el desgaste o la maniobra. Estas propensiones no surgen de las condiciones permanentes de las naciones y tampoco de alguna característica étnica. De hecho, debido a que reflejan autoimágenes de *relativa* fuerza o debilidad material, cambian según el enemigo con el que se establezca la

comparación.

Gran Bretaña, por ejemplo, siguió una línea de maniobra relacional al enfrentarse a las grandes potencias continentales durante más de dos siglos, hasta 1914, y para ponerse a la altura de la mayor fuerza de esas potencias en regimientos de infantería no apeló a su propia escasa infantería, sino que se valió de la diplomacia y el oro para reclutar aliados continentales que tuvieran ejércitos, mientras la Royal Navy impedía la invasión, realizaba bloqueos navales y aseguraba que tanto el abastecimiento como los ocasionales refuerzos de tropas británicas pudieran llegar a los aliados que los necesitasen. La diplomacia, muchas veces con caciques menores, desempeñó también un gran papel en las guerras coloniales británicas, pero cuando se trató de la lucha concreta fue el ataque directo, liso y llano, lo que dominó; monarcas molestos y tribus hostiles no fueron vencidos merced a complicadas maniobras sino enfrentados con ataques frontales fusilería rápida, hasta que apareció la Maxim Gun (ametralladora de un solo cañón, de tiro muy rápido y enfriada por agua), que dio mayor eficiencia a las acciones.

Israel, entre las guerras de 1967 y 1973, es un buen ejemplo de un estilo nacional que cambió abruptamente, sólo para luego volver a su posición anterior. La autoimagen de superioridad posterior a 1967 fue llevando a un progresivo abandono de la maniobra relacional, de modo que cuando empezó la guerra de octubre de 1973 el ataque frontal y la defensa lineal eran las características dominantes, hasta que el *shock* de graves derrotas tácticas durante los primeros días de lucha produjo una reversión aún más rápida a la maniobra relacional[68]. Y luego están las excepciones producidas por los hombres y las circunstancias, En 1944, el estilo nacional de guerra de los Estados Unidos favorecía la guerra de desgaste (una elección sensata, teniendo en cuenta la superioridad material y el mal entrenamiento de las fuerzas de reclutas), pero eso no impidió las maniobras de penetración profunda de Patton, calculadas para explotar la movilidad inferior de los alemanes, causada por la escasez crónica de camiones y de combustible; y en 1951, Douglas Mac

Arthur fue el arquitecto de una clásica maniobra envolvente de alto riesgo y alta compensación, lo suficientemente grande para abarcar toda la península de Corea al sur de su desembarco anfibio en Inchon.

Los estilos nacionales son lo bastante estables como para que merezcan ser definidos, aunque no sean ni omnipresentes ni permanentes. A esta altura ya debería ser obvio que el desgaste y la maniobra relacional no se limitan al nivel operacional sino que son evidentes en todos los niveles de la estrategia, tanto inferiores como superiores.

No obstante, su introducción en este nivel de la estrategia es adecuado, porque *la significación del nivel operacional depende estridamente de la medida en que esté presente la maniobra relacional*. Si la acción se caracteriza esencialmente por el desgaste, como sucedió en la mayor parte de la guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial, una visión operacional de mayor escala de la lucha sólo puede mostrar los mismos episodios tácticos repetidos una y otra vez, en un segmento del frente o en otro. En otras palabras, el nivel operacional no es más que la suma de sus partes tácticas. O sea que no podemos aprender nada nuevo, nada que no hayamos aprendido ya al estudiar cualquiera de los distintos episodios en el nivel táctico.

Esto se aplica a todas las formas de guerra. La primera etapa de la Batalla de Gran Bretaña, dominada por la campaña de desgaste de la Luftwaffe contra la RAF consistió en bombardeos diarios contra los campos de aterrizaje y las fábricas de aviones, y llevó a los reiterados combates aéreos de los cazas escolta alemanes contra los Hurricanes y los Spitfires del Fighter Command (Mando de aviones de combate), que trataban de interceptar a los bombarderos alemanes. El desenlace estuvo determinado simplemente por la suma aritmética de los resultados de esos enfrentamientos, sin objetivos operacionales (como opuestos a estratégicos) de ambas partes, y sin que se aplicaran métodos bélicos de nivel operacional[69].

Cuando, por contraste, el contenido de maniobra relacional es elevado, el nivel operacional se torna consiguientemente importante.

El mejor ejemplo de este concepto es quizás la *blitzkrieg*, la forma clásica de guerra ofensiva de la Segunda Guerra Mundial, practicada no sólo por los alemanes, que la inventaron, sino también por sus enemigos soviéticos y americanos, y copiada varías veces después de 1945 por los israelíes, los norcoreanos y los norvietnamitas, en su ofensiva final de 1975. Ningún otro método de guerra depende tanto de la maniobra relacional.

BLITZKRIEG: LAS RECOMPENSAS Y LOS RIESGOS DE LA MANIOBRA RELACIONAL

Si examinamos una ofensiva de penetración profunda en un cuadro de nivel táctico, o preferiblemente una secuencia completa de acciones de este tipo a medida que se despliegan, veremos fragmentos de la totalidad incomprensibles y engañosos. Al examinar cualquiera de sus vectores de avance veríamos una larga columna de tanques, carros de combate y camiones en fila hacia el interior del territorio enemigo, avanzando casi sin encontrar resistencia. Podríamos pensar que no estamos viendo una guerra sino la triunfante marcha de un ejército victorioso, porque no vemos combate alguno al que referirnos, excepto alguna que otra escaramuza cuando los tanques que encabezan la columna se abren paso en los puntos de control de la policía militar del enemigo, o chocan con sus convoyes de abastecimiento cuyos camiones se dirigen confiadamente hacia el frente de batalla. Por lo tanto, podemos tener la certeza de que los invasores lograrán muy pronto su objetivo y hasta tomarán la ciudad capital del enemigo, lo que quizá signifique ganar la guerra.

Cuando volvemos la vista atrás, hacia la línea del frente de nuestro ejemplo, descubrimos que la columna ha logrado penetrar a través de la sólida barrera de tropas y armas que protegía la frontera; en el frente hay una brecha, causada poco antes por asaltos de

infantería apoyada por artillería y ataques aéreos. Mientras el enemigo desplegaba sus fuerzas a lo largo del frente, el ataque se concentró en un único segmento. Pero la brecha no es más que un estrecho pasaje. A ambos lados las fuerzas enemigas siguen siendo sólidas. Son perturbadas por maniobras fingidas y ataques menores llevados a cabo por las tropas distribuidas ralamente a lo largo de todo el frente; también son hostigadas por algunos ataques aéreos, pero en lo fundamental están intactas.

La angosta brecha abierta en el frente parece en verdad un pasaje muy vulnerable; las fuerzas defensivas apostadas a ambos lados sólo necesitan desplazarse un poco para cerrarla y formar otra vez una línea compacta. Podríamos, en consecuencia, llegar a la conclusión de que la larga y delgada columna que ha perforado el frente no marcha hacia la victoria, sino que avanza hacia su propia destrucción. La columna está ya lejos de su territorio, donde han quedado todos los depósitos de donde deberían salir los suministros. Vemos camiones que recorren la única ruta abierta por la delgada línea de penetración, camiones que transportan combustible y pertrechos para la columna, pero las sólidas fuerzas defensivas situadas a ambos lados de la brecha seguramente interrumpirán ese tráfico tan pronto como se desplacen para cerrar la brecha abierta en la línea del frente. Entonces los tanques, los vehículos que transportan tropas, artillería y demás elementos, ya no podrán reabastecerse. A pesar de que prácticamente no se combate y, por lo tanto, no se necesita más munición, muy pronto la columna se quedará sin combustible.

Si la columna se ve obligada a detenerse, quedará al descubierto su extrema vulnerabilidad de nivel táctico; la larga línea de vehículos es un solo flanco blando, no tiene frente, y está expuesta a ser atacada desde ambos lados en toda su extensión. Cualquier fuerza enemiga de las proximidades, aun pequeña, puede atacar el segmento más próximo de la columna atascada. Parecería que los espectacularmente imprudentes atacantes estuvieran logrando una completa victoria para la defensa. Ahora bien, rodear una fuerza tan grande es de suyo difícil, pero al internarse tanto en territorio

enemigo, los atacantes se han rodeado a sí mismos; su empeño por avanzar sólo ha servido para llevarlos directamente a los campos de prisioneros de guerra del enemigo.

Alejémonos ahora de esta estrecha visión de nivel táctico y examinemos la situación más amplía de nivel operacional. La imagen que se ofrece a nuestros ojos se ha transformado íntegramente. Primero, descubrimos que la columna que perforó la línea del frente y que estaba aislada es sólo uno de los ataques de penetración del avance. Hay por lo menos uno más, y tal vez varios. Es cierto que todos se originan en una brecha del frente que sigue siendo estrecha y potencialmente vulnerable. Pero las diferentes columnas convergen y ya no está claro quién está rodeando a quién, porque las penetraciones están dividiendo el territorio de la defensa como si cortaran una torta en tajadas.

Además, si observamos la reacción de la defensa, descubriremos que aquellas fuerzas frontales intactas a cada lado de cada brecha ya no tienden a cerrarse para obturar las penetraciones. Han recibido la orden de retirarse lo más rápidamente posible, con el propósito de reconstruir un frente nuevo y bien defendido detrás de la primera línea de frente. Claramente, la intención es enfrentarse a las columnas que avanzan con una fuerza sólida, para proteger la retaguardia de apoyo, con sus bases militares y barracas, depósitos de almacenamiento, convoyes de abastecimiento, unidades de servicio y cuarteles generales.

Y si escudriñamos el interior de esos cuarteles generales, donde hay unidades, ejércitos y grupos de ejércitos, veremos que reina una gran confusión y hasta cierto comprensible pánico; los tanques enemigos se aproximan con rapidez, y el nuevo frente, que se supone debe ser reconstruido para detenerlos, todavía existe sólo en el papel de los mapas de planificación. En realidad, las fuerzas de la defensa que emprenden la retirada están perdiendo. En lugar de adelantarse a los atacantes para establecer la nueva línea de frente, están siendo sobrepasados por ellos porque no pueden retroceder con la rapidez necesaria. Las fuerzas de la defensa —que fueron originalmente desplegadas para asegurar determinada resistencia contra un ataque

frontal— simplemente no fueron estructuradas para el desplazamiento rápido. Su infantería había sido distribuida a lo largo del frente por compañías y batallones, y gran parte de la artillería de campo estaba también repartida en muchas baterías diseminadas en el terreno, con el propósito de brindar un fuego de apoyo a cada una de las unidades frontales. En cuanto a los tanques y los carros blindados de la defensa, no estaban agrupados por centenares en columnas organizadas por divisiones y listas para desplazarse, sino que se encontraban también distribuidos a lo largo del frente, preparados para contraatacar localmente en apoyo de la infantería, protegiendo cada segmento del frente. Esas fuerzas así esparcidas deben reunirse para formar columnas de marcha antes de iniciar la retirada, y esa operación requiere tiempo, aun cuando no exista vacilación alguna. Pero cuando llega la inesperada orden de retirarse, los comandantes y las tropas de las fuerzas frontales que no han sido atacadas —y que, de hecho, son la mayoría, dado que las penetraciones del enemigo son angostas y escasas— reciben con sorpresa e inquietud la idea de que deben retirarse a pesar de que el enemigo que tienen enfrente no está avanzando. Existe también una resistencia a abandonar el bien protegido frente, con sus campos minados, su armamento bien afirmado en el terreno, y hasta quizás sus poderosas fortificaciones.

Pero órdenes son órdenes y, reticentemente, la retirada se inicia; aún entonces hay demoras. Los camiones ahora imprescindibles en el frente están todavía dispersos en equipos de transporte en todo el país. Desde luego, no hay suficientes camiones en la zona como para trasladar a todas las tropas de una sola vez. La escasez de transportes con remolque para llevar los tanques, los carros blindados y la artillería autotransportada, se hace cada vez más aguda, y si los vehículos se desplazan sobre sus propias orugas, muchos se romperán antes de llegar a la nueva línea de frente. Además, con excepción de las unidades blindadas y de las fuerzas mantenidas fuera de la primera línea de defensa, es difícil abandonar a las unidades que están disparando y recibiendo el fuego del enemigo. Es cierto que las fuerzas están muy debilitadas, porque

evidentemente el esfuerzo principal está siendo realizado en otra parte por aquellas columnas de penetración profunda. Pero aun así, abandonar a las tropas que están combatiendo es muy duro.

Sin embargo, ahora advertimos que las fuerzas frontales de la defensa están empezando a retirarse. Se dirigen a las nuevas posiciones que ocuparán lejos, en la retaguardia, cuyos fragmentos se conectarán mutuamente para formar la nueva línea del frente. Pero a medida que se desplazan se producen nuevas dilaciones. Naturalmente, las unidades de apoyo y servicio habían empezado a moverse antes que las fuerzas de combate del frente, y ahora su pesado tráfico de camiones y jeeps bloquea las carreteras. Detrás del frente la congestión empeora; se evacúa a los civiles en automóviles, carretones, buses y a pie. Además, las fuerzas en retirada no sólo tienen que luchar para abrirse paso a través del tránsito de vehículos; inesperadamente, tienen que afrontar luchas de otro tipo. Advertimos que algunos equipos de combate de las fuerzas enemigas se habían separado de la columna de penetración desplazándose hacia los costados, y ahora esperan emboscados a la vera de los caminos más importantes. Los equipos de combate son en realidad bastante reducidos, pero las fuerzas en retirada no pueden saberlo. Lo único que saben es que supuestamente están en territorio seguro —de hecho, en su propio país— y que deben avanzar lo más rápidamente posible, sin detenerse para permitir que las tropas de avanzada exploren el terreno. Caen entonces en la emboscada y sufren grandes pérdidas, porque al principio el enemigo puede abrir fuego sin resistencia contra tropas que viajan sentadas dentro de camiones y carros de combate, una artillería remolcada por tractores, y hasta tanques tomados por sorpresa con sus ametralladoras todavía acodadas hacia atrás, en formación de convoy. Así, fuerzas en retirada, física y mentalmente organizadas para desplazarse rápidamente y no para luchar, deben atacar para poder continuar su retirada. Si los soldados son resueltos y tienen un buen mando, sortearán la emboscada, pero no sin perder tiempo, material y hombres. Si bien operacionalmente estaban en la ofensiva, los equipos de combate que esperaban ocultos tenían todas las ventajas

de la defensa táctica: fueron ellos quienes pudieron elegir las mejores posiciones para hacer fuego, después de haber estudiado el terreno. En cuanto a la defensa, aunque operacionalmente está en retirada, sus fuerzas han sido emboscadas y deben superar el *shock* y la sorpresa para recuperar la voluntad de ataque. Es inevitable que sufran grandes pérdidas; y al agotamiento posterior a la batalla se suma la desmoralización de la retirada.

Cuando estas fuerzas llegan a las posiciones asignadas, les espera aún una dolorosa sorpresa más. Nada está preparado para recibirlas: no hay trincheras ni nidos de ametralladoras; comida lista ni cocina de campamento; no hay comunicación con el cuartel general y, sobre todo, no existe un depósito provisional de municiones y pertrechos para reemplazar todo lo que fue dejado atrás, en el frente, por falta de transporte. Tamaña falta de preparación se debe a algo más que a la mera escasez de tiempo; el enemigo, en su avance de penetración, al atravesar las zonas de retaguardia ha destruido muchas unidades de transporte, ha capturado e inutilizado muchos camiones, y ha dispersado el resto. Los depósitos de suministros y los centros logísticos también han sido destruidos, y varias unidades de servicio y de apoyo no pueden llegar a sus posiciones asignadas en la nueva línea de frente porque fuerzas de combate enemigas les cierran el paso.

A pesar de todo, las fuerzas recién llegadas empiezan a instalarse. Los soldados trabajan duro para cavar trincheras y hacer los pozos necesarios para instalar las ametralladoras, mientras verifican de cuánta munición disponen. La aviación enemiga hace incursiones ocasionales, que interrumpen el trabajo, matan o hieren soldados y desmoralizan a la tropa en su conjunto. La comida es un problema que impulsa a los comandantes de unidades a recurrir a un viejo expediente: mandar excursiones de saqueo a las aldeas cercanas para conseguir lo que puedan. Poco a poco la situación mejora. El nuevo frente defensivo en la retaguardia lejana, que no era más que una línea trazada en los mapas, empieza a convertirse en realidad

mientras llegan más y más fuerzas para asumir las posiciones asignadas. Sólo unos pocos segmentos quedan al descubierto, si bien es cierto que la mayoría están compuestos por pequeñas unidades dispersas. Necesariamente, la nueva defensa del frente es más débil que la original, debido a que es mucho lo que se perdió o se dejó atrás en el camino, pero el mando en jefe está firmemente dedicado a reunir refuerzos y suministros, que envía rápidamente a las nuevas posiciones.

Por supuesto, el abandono del frente original y la pérdida de todo el territorio entre ambas posiciones es un hecho desafortunado, pero la defensa en retirada empieza a recoger los beneficiosos frutos de la lógica paradójica que puede convertir la derrota en victoria; el alto mando estima que se necesitan menos tiempo y menos combustible para reforzar y abastecer el nuevo frente, que está mucho más cerca que la línea de frente original. Ese hecho es una buena razón para alentar cierto cauto optimismo. Lo único que la defensa necesita, entonces, es un poco de tiempo para reorganizar sus fuerzas.

Pero no hay tiempo, ya es demasiado tarde. Las primeras unidades de las columnas de penetración se han internado profundamente en el territorio, más allá de la nueva línea del frente y ahora están destruyendo las bases y depósitos centrales, como también los cuarteles generales de los altos mandos cuyos oficiales, personal de comunicaciones, empleados, cocineros y centinelas deben trabarse en desesperado combate con los equipos de tanques y la infantería mecanizada del enemigo, que los ataca.

En la confusión, el alto mando de la defensa trata de retomar el control de la situación desplegando sus fuerzas de combate frontal; no ve otra alternativa que retroceder una vez más y formar una nueva línea de frente, más atrás aún en la retaguardia. Cuando se imparten las órdenes a través de los únicos recursos de comunicación que restan, parte de las fuerzas de combate frontal están todavía demoradas en la línea de frente original. Otros grupos están en camino, quizás atrapados en los embotellamientos de tráfico. Sólo las tropas que han estado atrincheradas en la nueva línea de frente

pueden actuar con rapidez. Ahora se les ordena volver a retroceder y establecer un nuevo frente. Tal vez estos efectivos conserven la energía y la decisión necesarias para obedecer, pero aun aquellos cuyos vehículos están preparados no pueden adelantarse a las columnas enemigas, que los han dejado atrás hace ya tiempo y siguen avanzando.

Por ende, es posible que haya que repetir todo el proceso, hasta que ya no reste prácticamente capacidad de combate entre la masa de las fuerzas defensivas, cada vez más desorganizadas, esparcidas en el terreno, desconectadas de sus unidades de apoyo, sin abastecimiento y desmoralizadas. Empiezan entonces las rendiciones en masa. Las únicas opciones que le quedan al alto mando son la capitulación o una retirada a fondo, de escala continental, si es que los defensores pueden permitirse perder tanto terreno. Todas estas cosas les sucedieron a los polacos en 1939; a los franceses en 1940; a los rusos en 1941; y, después, al Ejército de los Estados Unidos en Corea en 1950; a los egipcios en 1967, y a los sudvietnamítas en 1975.

Sólo ahora los aspectos tácticos vuelven a ser coherentes con el nivel operacional en su conjunto, y producen un desenlace inesperado. Hasta que las fuerzas de la defensa caen realmente en una confusión caótica, toda visión de nivel táctico de la contienda sigue siendo engañosa, porque no ha sido corregida la extrema vulnerabilidad de nivel táctico de las largas columnas atacantes. El decisivo impacto material y psicológico de su avance concertado sólo se advierte en el nivel operacional. En esa visión más amplia y completa de la lucha vemos que la vulnerabilidad de las columnas de penetración profunda es apenas teórica, mientras que la creciente parálisis de la defensa es fatal.

Retrospectivamente, sabemos que el gran error del alto mando fue ordenar la primera retirada, en lugar de ordenar los contraataques más fuertes posibles contra las angostas brechas abiertas en el frente. Si con ese propósito se hubiera conservado una gran proporción de las fuerzas detrás de la línea del frente, se habrían sellado rápidamente las brechas en él abiertas, con lo que las

columnas, privadas de reabastecimiento, podrían haber sido totalmente destruidas.

Pero el alto mando de la defensa nunca tuvo esta clara visión del nivel operacional de la lucha. En el comienzo, y durante algún tiempo

después, ni siquiera podía saber que el enemigo pretendía abrir zonas de penetración, ya que sus ataques iniciales no se podían diferenciar de una tentativa convencional de avanzar linealmente a lo largo de todo el frente. De hecho, desde diversos sectores del frente llegaban informes de ataques grandes y pequeños, pero el cuadro general de situación que se elaboró en el cuartel general era realmente muy alentador. Aparentemente el enemigo había lanzado una ofensiva general. En la mayoría de los lugares sus ataques eran sorprendentemente débiles y habían fracasado. Los comandantes de las unidades reportaban ansiosamente victorias defensivas en muchos sectores, con la habitual exageración al describir la magnitud de las fuerzas enemigas que habían rechazado. El enemigo sólo había logrado avanzar en unos pocos sitios, abriendo algunas pequeñas brechas en el frente. Desde luego, podían esperarse más ataques, porque indudablemente el enemigo trataría de avanzar en un frente más amplio; de lo contrario, debería hacer retroceder a las escasas fuerzas de ataque que habían logrado algún éxito, porque sus flancos estaban peligrosamente expuestos.

Es así como una mentalidad de frente lineal altera las percepciones de los hechos. Los «ataques sorprendentemente débiles» no son reconocidos como maniobras fingidas, cuyo único propósito es desviar la atención de las fuerzas principales que tratan de perforar la línea de frente de la defensa. Como su método de guerra consiste en defender una línea de frente con fuerzas distribuidas en toda su longitud, el alto mando de la defensa da por sentado que el enemigo piensa luchar también de modo lineal, es decir, empujar hacia atrás a todo el frente, por medio de una ofensiva amplia.

La maniobra de penetración profunda explota esta mentalidad lineal proporcionando hechos para reforzar sus errores. Las mejores fuerzas atacantes están, por supuesto, en formación frente a unos pocos y limitados sectores del frente para librar sus batallas de penetración, mientras las columnas de blindados esperan detrás de ellas para iniciar su propio avance. Pero además, hay por lo menos fuerzas débiles frente a todos los sectores de la línea de frente, fuerzas que tienen orden de realizar cuantos ataques menores puedan o al menos abrir fuego como si estuvieran a punto de atacar.

El método operacional lineal ha sido introducido en las mentes de los defensores durante años de planificación y ejercicios de campo. Luego, su influencia es poderosa. Entonces, cuando por primera vez se enteran de que fuerzas enemigas han perforado el frente, suponen que el enemigo ha decidido lanzar una ofensiva limitada o hacer sólo algunas incursiones rápidas. A menos que se las intercepte, las fuerzas que realizan tales incursiones tendrán que retroceder hacia la seguridad de su lado de la línea de frente, antes de quedarse sin abastecimiento. O si se trató de una ofensiva limitada, los flancos expuestos presentarán muy pronto una buena oportunidad para contraatacar. Fue así como los altos mandos británicos y franceses interpretaron la primera penetración alemana en Bélgica el 10 de mayo de 1940, antes de llegar a una clara comprensión de los métodos y propósitos de la *blitzkrieg*, la versión de Hitler de la guerra de penetración profunda. También se analizaron así los primeros ataques de tanques norcoreanos en junio de 1950, antes de que se comprendiera que era inminente una invasión a escala total; también el alto mando egipcio interpretó de esa manera el cruce del Canal de Suez por las fuerzas de Ariel Sharon el 15 y el 16 de octubre de 1973. Habiendo cruzado con éxito y decisión, y dado que mantenían un frente sólido en el lado oriental del canal, el del Sinaí, después de rechazar una serie de contraataques israelíes, los egipcios supusieron que una reducida unidad israelí se había infiltrado cruzando el canal a través de una brecha en su frente, que pronto sería sellada. Pensaron que se trataba sólo de una incursión de comando para levantar la moral del

ejército, operación que pronto se replegaría o sería interceptada y destruida. Pero cuando los egipcios se dieron cuenta de que los israelíes estaban introduciendo grandes contingentes de fuerzas blindadas al oeste del canal, dispuestas a desplegarse detrás del frente egipcio, sobre el lado del Sinaí, para aislarlo de la retaguardia que lo abastecía, era demasiado tarde; los israelíes ya había mandado dos divisiones blindadas, que avanzaban hacia el sur y hacia el oeste, amenazando inclusive a El Cairo, después de aislar la porción sur del frente egipcio.

La mentalidad lineal mantiene su influencia aun cuando empiezan a llegar informes de que se acercan importantes fuerzas enemigas que se encuentran detrás de la línea del frente. Después de todo, esos informes no provienen de los altos mandos de las fuerzas del frente, que están aún concentrados en el enemigo que tienen frente a sus sectores, la mayoría de los cuales se mantienen firmes. Las noticias provienen principalmente de pilotos de la fuerza aérea, muy capaces de confundir una columna amiga de vehículos de transporte con una división blindada enemiga; o de puestos de control de la policía militar, de restos muy debilitados de convoyes y unidades de servicio que han sido destruidos, de la policía civil, de alcaldes de aldeas, etcétera. Después de todo, hay guerra y los nervios están tensos, de modo que de todas partes llegan reportes histéricos: sobre paracaidistas que tocan tierra y, por supuesto, sobre tanques enemigos que se encuentran ya detrás del frente, en la profundidad del territorio.

En este punto, la información válida y oportuna llega a ser el arma más poderosa de la guerra, pero es lamentablemente escasa para los defensores. Todavía son pocos los países que poseen satélites de observación, y de todos modos esa tecnología no es de gran ayuda para la inteligencia actual, que tiende a ser instantánea; a menos que un satélite se encuentre sobre el lugar adecuado en el momento preciso, y además los datos sean analizados no sólo correcta sino también velozmente. Estados Unidos tiene sin duda el mejor satélite de observación del mundo, pero no le sirvió de nada el 2 de agosto de 1990, cuando el ejército iraquí invadió Kuwait

rápidamente (si hubiese invadido Yemen en un tránsito de dos semanas, el satélite habría sido muy útil). La fotografía aérea de reconocimiento, por ejemplo, tiene mayores posibilidades de brindar información a tiempo y es muy difícil que sea mal interpretada, pero requiere sobrevolar la región, lo que a su vez presupone la existencia de bases dentro del alcance de los aviones usados, y un estado de guerra ya establecido. La inteligencia de señales, habitualmente la más completa y fiable fuente de información, es mucho más adecuada para descubrir las capacidades generales y las intenciones del enemigo que para rastrear los movimientos tácticos, especialmente debido a que en la guerra de penetración profunda la comunicación suele ser escasa.

Las columnas avanzan lo más rápidamente que pueden hacia los codiciados objetivos bélicos marcados en sus mapas; en lenguaje cifrado informan lacónicamente sobre los progresos realizados y su nueva posición, pero el cuartel general de retaguardia no necesita emitir órdenes si todo va bien. Los comandantes que encabezan cada columna deciden sobre la marcha si atacarán a las fuerzas que resisten, desviándose de su camino, o si las ignorarán para continuar avanzando. Los informes sobre el avance son analizados a medida que ingresan para registrar en el mapa las nuevas posiciones, lo que es decisivo para evitar que la fuerza aérea bombardee a fuerzas aliadas y para concentrar los esfuerzos en protegerse de las unidades defensivas, que podrían interceptar a las columnas o hasta atacar sus flancos expuestos. En realidad, en el cuartel general de las fuerzas atacantes se necesita poca información. Las comunicaciones transcurren en un solo sentido, del frente a la retaguardia, y las órdenes viajan en sentido opuesto, de los mandos de la retaguardia a las columnas, sólo cuando hay que cambiarles el rumbo para evitar su convergencia (y los embotellamientos de tránsito) o para asegurar la convergencia (para tener un volumen mayor).

Las necesidades de la defensa son totalmente diferentes, Cuando sus comandantes finalmente comprenden que los ataques no son meras incursiones, ni tampoco una ofensiva de frente limitado, ni la etapa inicial de una ofensiva lineal de frente amplio, la información

oportuna y exacta sobre los movimientos de las columnas de penetración profunda adquieren una importancia decisiva. Si el cuartel general de la defensa pudiera obtener una clara imagen del nivel ope- racional de la batalla que se prepara, la solución sería obvia: primero, cerrar las brechas del frente con ataques a fondo desde ambos lados, llevados a cabo por el grueso de las fuerzas frontales todavía intactas; segundo, ordenar que todas las unidades de servicio secundarias de poder de ataque menor o insignificante, que se encuentran detrás del frente y bastante lejos de él, levanten barricadas en el lugar en que estén (esas barricadas serán útiles para dificultar y hacer más lento el avance de las columnas enemigas o para impedir la llegada de refuerzos y reabastecimiento); y tercero, enviar a todas las formaciones de combate que todavía se encuentren en la retaguardia a atacar el flanco expuesto de la penetración enemiga más próxima.

Pero por ahora, los canales de comunicación en el interior del cuartel general de la defensa están saturados por la masa de informes que ingresan. La mayoría eran razonablemente correctos cuando fueron enviados, pero muy pronto quedan desactualizados por los rápidos desplazamientos del enemigo. Otros exageran o subestiman la realidad de los hechos, o simplemente son erróneos. Y no faltan las alarmantes fantasías: en la guerra civil española y en la invasión de Francia en mayo de 1940, los partes hablaban constantemente de que había «quintas columnas» (enemigos disfrazados). Mientras se clasifica la información para determinar dónde se encuentra el enemigo y con qué velocidad y en qué dirección se desplaza, los comandantes y sus tropas se sienten abrumados por el volumen de mensajes entrantes. Además, mientras intentan descubrir cómo están realmente las cosas, no se puede decir que las cosas estén de alguna manera porque el enemigo avanza constantemente. Como ya se señaló, las modernas técnicas de inteligencia no ayudan demasiado, y tampoco las modernas telecomunicaciones, a juzgar por las experiencias de guerras recientes. Tan pronto empieza el desplazamiento, empieza también la niebla de la guerra. En la Guerra del Golfo de 1991, Irak fue cubierto por todo tipo de

vigilancia, pero sus lanzadores móviles de misiles Scud sólo podían ser descubiertos por azar. En la guerra de Kosovo de 1999, los blancos fijos podían ser ubicados y atacados con precisión extrema, pero los blancos móviles, como las unidades blindadas serbias, siguieron siendo elusivos. En la guerra árabe-israelí de 1973, el alto mando egipcio fue incapaz de descubrir una fuerza israelí bastante grande que estaba mucho más cerca de El Cairo que de Tel Aviv[70].

Lo que está sucediendo en realidad es una *carrera* informativa, que condiciona la carrera del cambio de frente, por lo general decisiva. Por un lado, las columnas de penetración profunda que están avanzando generan toda clase de informes, debido simplemente a su desplazamiento. Por el otro, los comandantes de la defensa se esfuerzan por procesar la información con la rapidez suficiente para obtener una descripción válida, si no totalmente actual (en «tiempo real»). Si la defensa gana la carrera, si su capacidad de asimilar y analizar la información no es sobrepasada, existen grandes posibilidad de una victoria franca; si se pueden identificar correctamente los vectores de las columnas enemigas, entonces aun las fuerzas más modestas podrán lograr mucho, porque las columnas enemigas son inherentemente muy vulnerables en el nivel táctico. Pero si se pierde la batalla de la información, si la visión del nivel operacional de la situación sigue siendo demasiado confusa para dirigir los contraataques correctamente y a tiempo, entonces aun fuerzas poderosas pueden no lograr nada. En vez de embestir contra los flancos enemigos para forzar a las columnas desorganizadas a reunirse trabajosamente para su propio contraataque, las fuerzas de la defensa —cuyo poder de ataque tal vez sea considerable— sólo conseguirán agotarse en infructuosos desplazamientos para encontrar al elusivo enemigo, antes de caer víctimas de alguna emboscada. Si la defensa pierde la carrera de la información, toda su estructura de servicios detrás del frente se verá perjudicada por la ofensiva de penetración, dejando desprovistas del todo a las tropas frontales. También podrían tratar de luchar con todos sus suministros, pero su desventaja sería enorme.

Hasta esa etapa final existe aún la posibilidad de una solución

lineal: la defensa se retira hacia su interior para reconstruir un frente duro. Por supuesto, eso dejaría al enemigo el control de mucho territorio, pero la resistencia podría prolongarse eficazmente *si* las fuerzas de combate frontales pudieran desconcentrarse, reagruparse en columnas y avanzar con mayor rapidez que el enemigo, incorporar fuerzas frescas y cambiar de frente. Este escenario da por sentado que hay suficiente territorio para ceder, sin perder los recursos necesarios para seguir luchando. Para tener éxito, la retirada debe superar el radio de acción de la penetración enemiga, más allá de la cual sus columnas de blindados deben detenerse para permitir que los suministros les den alcance, reparar vehículos y permitir el descanso de las tropas[71]. De este modo, el desenlace no depende ya de la interacción dinámica de las fuerzas rivales en el nivel operacional, sino de la profundidad geográfica del teatro de operaciones. Para considerar ese aspecto de la guerra debemos pasar al siguiente —y más alto— nivel de la estrategia..

RESUMEN DEL ESTUDIO DE CASO

Después de haber presentado este ejemplo de maniobra relacional, estamos preparados para reconsiderar las propuestas de infantería antitanque de los años de la Guerra Fría, esta vez en el nivel operacional. Sabemos ahora que la defensa misilística contra los tanques, técnicamente excelente y tácticamente adecuada (nada más que eso), debe ser también eficaz en el nivel operacional, si es que ha de ser efectiva. Y además sabemos que ya no es posible examinar aisladamente el choque de blindados y antiblindados, sino que la situación debe verse en el contexto de todas las fuerzas de ambas partes que interactuarían en el teatro de operaciones: artillería de diferentes categorías (morteros, obuses, ametralladoras, cohetes de protección, misiles de bombardeo), la infantería de línea del frente, la infantería mecanizada de los atacantes, el combate de

ingenieros y sus aplicaciones, la potencia aérea que afecte el campo de batalla, las tropas de helicópteros, y también las barreras y fortificaciones.

Además, si lo que estamos considerando es la propuesta menos radical, que agregaría una capa frontal adicional de infantería de misiles antitanque a las fuerzas blindadas y mecanizadas de la defensa en lugar de reemplazarlas totalmente, la segunda opción también debería ser considerada, ya que esas fuerzas seguirían siendo la parte más importante de toda la defensa.

Cuando tratamos de estimar el efecto de la infantería de misiles antitanque entre las diversas interacciones del nivel operacional, sabemos ahora que la lucha entre la unidad blindada y la unidad misilística que analizamos en el nivel táctico no puede ser decisiva por sí misma. Y lo mismo puede decirse de cualquier otro enfrentamiento aéreo en un combate mucho más vasto por la superioridad aérea, de cualquier secuencia del juego del escondite entre un submarino y la aviación, los destructores y los submarinos de una fuerza de tareas antisubmarinos.

Y ello es así porque desde el punto de vista del nivel operacional más amplio, podemos ver ahora lo que permaneció invisible en el nivel táctico: detrás de esa primera avanzada de tanques y de infantería mecanizada hay muchas más unidades, una extensa columna que aguarda para abrirse paso a través del frente.

Lo que aprendimos en el nivel táctico sigue siendo cierto, pero el significado de esa verdad ha cambiado: los vehículos blindados que los misiles destruyen están allí, en cierto sentido, precisamente para ser destruidos, mientras que ellos a su vez destruyen o debilitan a los equipos de lanzadores, o simplemente agotan su stock de misiles. En otras palabras, los tanques y los carros de combate no sólo disparan munición, sino que *son* munición en sí mismos, munición que el ejército en marcha ha gastado para abrirse paso y seguir avanzando. Aunque los atacantes preferirían perder menos que perder más al perforar la línea del frente, siempre que se logre atravesar el frente, el «tipo de cambio» táctico entre las unidades misilísticas y la primera ola de vehículos blindados no es tan

importante en el nivel operacional. El éxito o el fracaso de la posterior ofensiva de penetración profunda no dependerá de que unas pocas unidades de avanzada hayan sufrido el 5%, el 10% o hasta el 50% de pérdidas para perforar el frente. Esas pérdidas son el precio del ingreso en la retaguardia blanda.

Luego el método operacional de ambas partes se convierte en el factor decisivo. Así como las tácticas están dirigidas a maximizar los resultados en el nivel táctico, los métodos operacionales tratan de maximizar los resultados en el nivel operacional, pero en ambos casos las prescripciones no pueden ser absolutas; todo depende de quién esté luchando con quién, y en qué circunstancias. Hasta ahora sólo hemos analizado un método operacional: la maniobra de penetración profunda. Pero es innecesario aclarar que hay varios más, y mientras el contenido de desgaste no llegue a ser total, hay también espacio para métodos operacionales aéreos y navales, así como hay tácticas para ambos.

En la guerra aérea, por ejemplo, la interceptación de aviones y el ataque a los campos de aterrizaje son dos métodos operacionales diferentes que pueden ser utilizados para lograr la superioridad aérea, y cada uno de ellos puede ser aplicado con gran diversidad de tácticas. Asimismo, el uso de la potencia aérea contra fuerzas de tierra puede emplear diferentes métodos operacionales. Uno es la «interdicción del campo de batalla» y consiste en ataques contra las formaciones más concentradas que aún no han llegado al campo de batalla (donde deben dispersarse para el despliegue, lo que las torna menos vulnerables al ataque aéreo). Otro es el «apoyo aéreo cercano», en el que las fuerzas de aire atacan unidades en el campo de batalla mismo, calculando que la pérdida de eficiencia será compensada por el aumento de la sinergia aire-tierra; si a los ataques aéreos les siguen inmediatamente ataques terrestres, las fuerzas pueden encontrar al enemigo todavía paralizado por la sorpresa y el impacto causado por la acción. Existen también diferentes métodos operacionales de bombardeo aéreo: el «bombardeo de área» de la Segunda Guerra Mundial en su forma nuclear después de 1945; el bombardeo de precisión que se analiza más adelante; y la

«interdicción profunda», dirigida a las comunicaciones por vía terrestre, cuyo propósito principal es interrumpir el flujo de refuerzos y abastecimiento a la zona de combate. Asimismo, para citar un ejemplo naval, la protección de los barcos contra submarinos puede llevarse a cabo por diferentes métodos operacionales, que incluyen el uso de campos minados, barcos piquete y submarinos emboscados para evitar el acceso del enemigo a las rutas de navegación de interés; defensa de área, por la caza activa de submarinos en tránsito con aviación de largo alcance y fuerzas de tareas mixtas de destructores, portaaviones y submarinos; y protección de convoyes por escolta inmediata. En todos los casos la línea divisoria entre táctica y métodos operacionales es obvia.

Volviendo a nuestro estudio de caso y al papel decisivo de los métodos operacionales de ambas partes contendientes, sabemos ya que los supuestos atacantes están tratando de producir el efecto *blitzkrieg*[72] la desorganización de la estructura de apoyo de la defensa, la evacuación forzosa de bases aéreas de avanzadas y sitios de almacenamiento nuclear, y sobre todo perturbar la toma de decisiones a nivel de los altos mandos, para dar una dirección errónea a los contraataques y provocar una retirada desorganizada. En cuanto a la defensa y su elección de métodos operacionales, ya sabemos que el ataque frontal solamente de tropas misilísticas no puede tener éxito contra un ataque de columna profunda. No se trata de que el desgaste sea una forma inferior de guerra, sino más bien que sus exigencias materiales son directamente proporcionales a la tarea. Y en este caso, la tarea de cada unidad defensiva es enormemente exigente, porque las fuerzas ofensivas altamente concentradas contra angostos segmentos del frente superarán con creces a las fuerzas defensivas distribuidas a lo largo de toda la extensión del frente.

La guerra de desgaste es cuestión de aritmética y podría triunfar, pero sólo con un sistema defensivo mucho más complejo que una línea de infantería de misiles. En primer lugar, para hacer más lento el avance del enemigo, se necesitarían barreras antitanque, como campos minados, fosos profundos y barricadas —todo debidamente

vigilado para evitar cualquier penetración—, y también mantener el número de vehículos entrantes por debajo de la capacidad de enfrentamiento de las tropas misilísticas. Una cosa puede reemplazar a la otra, dentro de ciertos límites: mientras más resistentes sean las barreras, menor será el número de equipos de misiles antitanque sobrevivientes que se necesitarán para evitar que el enemigo avance. Eso estará en función de los ataques eficaces que se realicen contra los vehículos de las unidades de ingenieros que intenten demoler las barreras, y el número de tanques y carros de combate que puedan atravesarlas. En segundo lugar, en otro trueque, se necesitarían posiciones de fuego fortificadas para asegurar altos índices de interacción entre los equipos misilísticos perdidos y los vehículos destruidos. Desde luego, la economía de tal defensa frontal fortificada dependería de la longitud de extensión frontal que deba ser cubierta, lo que no es una cuestión de nivel operacional sino un problema que pertenece al nivel de la estrategia del teatro de operaciones. De todos modos, sin barreras y fortificaciones bien vigiladas, más costosas que los lanzadores de misiles, la infantería antitanque no tiene posibilidad alguna de éxito. Así, se descubre que en el nivel operacional la infantería misilística, técnicamente superior y tácticamente adecuada, es ineficaz por sí sola.

Cuando a continuación consideramos la versión menos radical de la propuesta, que requiere agregar una capa frontal de tropas antitanque a las fuerzas blindadas y mecanizadas de la defensa, vemos que las acciones de desgaste tendrían un valor definido. En parte, eso resulta de la suma de dos efectos tácticos: primero, la demora impuesta a las fuerzas atacantes, que podría ser valiosa en sí para ganar tiempo de movilización, si el enemigo hubiera logrado originalmente imponer la sorpresa; y segundo, el desgaste real que puede exigirse, porque si aún tienen que sobrevenir acciones bélicas móviles, una reducción numérica del enemigo ya no es irrelevante para el desenlace. Pero el valor de una capa frontal suplementaria de infantería misilística fortificada podría ser mucho mayor que la suma de esas partes tácticas.

Al revelar claramente los principales vectores de avance del enemigo donde logra penetrar, y al continuar resguardando todos los otros segmentos del frente, una fuerte primera línea apoyada por tropas misilísticas suele permitir que las fuerzas móviles de la defensa sean más efectivas en el nivel operacional: pueden contraatacar los flancos de las columnas invasoras y, al mismo tiempo, estar protegidas de ataques por los flancos, lanzados por los segmentos intactos del frente.

Este escenario supone o bien una movilización a tiempo, o una defensa frontal lo suficientemente robusta como para ganar suficiente tiempo para que las fuerzas móviles salgan de sus bases, lleguen al frente y se desplieguen correctamente para montar sus contraataques. Con cualquiera de esas dos condiciones, la defensa está mejor colocada de lo que lo estaría sin una capa frontal de tropas antitanque fortificadas. A menos que sea vastamente superior, una defensa totalmente móvil se dedicaría inicialmente a defender el frente en lugar de sentirse libre para lanzar sus propios contraataques. Y si el enemigo lograra sorprender, una vez que arribaran las fuerzas blindadas y mecanizadas de la defensa, tendrían que interactuar con el enemigo de frente, en «enfrentamientos de encuentro», en lugar de atacar los flancos de las columnas enemigas.

En el caso de la propuesta menos radical, por lo tanto, la defensa frontal realizada por la infantería de misiles, técnicamente superior y tácticamente adecuada, es operacionalmente válida. El siguiente problema es determinar cuán válida es la propuesta, en comparación con la alternativa de agregar más fuerzas blindadas y mecanizadas. Se trata entonces de una cuestión de costes de la oportunidad, es decir, de la cantidad de fuerza móvil a la que se renuncia para adquirir la capa frontal de las tropas de misiles, con las necesarias barreras y sus fuerzas de vigilancia. La respuesta dependerá en parte de cómo esté compuesta la fuerza: si por escasas tropas regulares tomadas de las fuerzas móviles, o por tropas de reserva más numerosas. Los detalles institucionales, que eran irrelevantes en el nivel técnico, pero de los cuales se descubrió después que eran importantes en el nivel táctico, resultan decisivos en el nivel

operacional.

Gomo las tropas misilísticas son estáticas, hay sólo dos métodos operacionales para el empleo de las tropas de misiles: la defensa frontal sin apoyo o la combinación con fuerzas móviles contraatacantes. Obviamente, hay otras maneras de emplear las tropas misilísticas, en contextos más favorables que los de la defensa frontal, donde tienen que absorber el impulso máximo de la ofensiva. Una posibilidad, que ya fue mencionada, sería una «defensa elástica», que sólo se opondría seriamente al avance del enemigo después de que hubiera penetrado lo suficiente como para agotar sus posibilidades iniciales. Eso requiere una retirada consiguientemente profunda en buen orden y suficiente territorio que se pueda perder sin perder la guerra. Otra posibilidad sería una defensa en profundidad, ya en forma de líneas múltiples, para imponer sucesivas demoras como también desgaste, ya en forma de fuertes islas de resistencia, para canalizar los movimientos enemigos hacia zonas de fuego preparadas, facilitando así posteriores contraataques.

Pero esas decisiones no tienen nivel operacional, porque los factores en acción no están determinados por la interacción de las fuerzas en combate sino por el alcance, la profundidad y el carácter del teatro de operaciones, en el siguiente nivel de la estrategia. Además, como veremos, tan pronto como la cesión de territorio por razones militares se convierte en un problema, se desencadenan también todas las consiguientes consideraciones políticas.

DESGASTE Y MANIOBRA EN LA POLÍTICA MILITAR DE TIEMPOS DE PAZ

En este punto ya debe ser evidente que el desgaste y la maniobra relacional no están presentes sólo en la guerra sino también en las preparaciones para la guerra que se realizan en tiempos de paz,

como por ejemplo la investigación y el desarrollo de armas. Desde un enfoque de guerra de desgaste, el objetivo es simplemente mejorar las armas, aprovechar todas y cada una de las ventajas técnicas que la ciencia ofrece y que los recursos y el talento disponibles pueden desarrollar. No hay una prioridad operacional o táctica; el objetivo es simplemente desarrollar las «mejores» armas de desempeño versátil que puedan ser producidas y desplegadas a costes tolerables. Por consiguiente, en lugar de tratar de actualizar las armas existentes o aumentar su número, se desarrolla equipamiento novedoso para evitar viejas restricciones de diseño. Cuando las nuevas armas reemplazan a las anteriores, se necesitan cambios grandes y con frecuencia costosos para instalaciones y mantenimiento. Por ejemplo: las antiguas piezas de repuesto ya no servirán y será preciso acumular nuevas. Un equipamiento completamente nuevo exigirá también nuevo entrenamiento del personal de operación y de mantenimiento, y eso también es caro.

Por lo tanto, sólo las grandes ventajas de desempeño pueden justificar el esfuerzo, y esas ventajas serán improbables a menos que se logren importantes progresos técnicos. Por otra parte, ese requisito no sólo encarece la investigación y el desarrollo sino que también requiere muchos años de trabajo para estudios iniciales, cálculos, prototipos, pruebas, nuevos cálculos, más prototipos y más pruebas. Por último, como el período de gestación de las nuevas armas es tan largo, únicamente por casualidad sus características coincidirán con la configuración específica de las vulnerabilidades del enemigo o los requerimientos tácticos de las fuerzas que las usarán. Cuando el equipamiento llega a su destino para entrar en servicio, muy bien puede suceder que las anteriores debilidades del enemigo se hayan transformado en fortalezas, o viceversa, al tiempo que los métodos operacionales de los usuarios mismos también pueden haber cambiado[73].

Por el contrario, desde una perspectiva de maniobra relacíonal, el objetivo de la investigación y el desarrollo es obtener capacidades específicas que explotarían vulnerabilidades enemigas igualmente específicas y se adaptarían a las tácticas y métodos operacionales

destinados a tal propósito. Para tenerlo a tiempo, mientras persistan las presuntas debilidades del enemigo, el nuevo equipo no puede ser totalmente nuevo sino que deberá haber sido desarrollado por actualización, modificación o combinación de subsistemas, componentes y partes ya existentes. Desde luego, ese punto de vista impone restricciones de diseño que evitan la explotación cabal de todas las posibilidades teóricamente ofrecidas por el estado actual del progreso científico y técnico. El equipamiento no puede ser totalmente nuevo, y por lo tanto no será «tecnología punta», como dicen los investigadores. Además, debido a que los diseños actualizados o mejorados se introducen con intervalos de tiempo relativamente cortos, la compatibilidad con el equipamiento anterior para el mantenimiento general y el entrenamiento es fundamental para evitar ruinosos costes de integración, y eso impone aun más restricciones al diseño. En otras palabras, es mucho más improbable que se alcancen avances técnicos verdaderamente importantes, los llamados «descubrimientos». Pero lo que se pierde en el nivel técnico puede llegar a ser menos que lo que se gana en los niveles táctico y operacional. Por ejemplo, el novedoso tanque M1, inicialmente desarrollado por el ejército de los Estados Unidos en la década de 1970, principalmente para la guerra en el frente central de la OTAN, fue empleado en combate por primera vez en 1991, no en las onduladas praderas de Alemania sino en el desierto árabe, ni tampoco defensivamente contra masas de tanques soviéticos sino ofensivamente contra fuerzas iraquíes que se retiraban de Kuwait. Como los iraquíes estaban por entonces muy golpeados y desmoralizados por semanas de bombardeo aéreo, cualquier tanque de guerra hubiera sido igualmente eficaz contra ellos (la Legión Extranjera francesa avanzó con éxito sólo con carros blindados livianos). Ni las ventajas del M1 ni sus desventajas, principalmente el enorme consumo de combustible de su motor de turbina de combustión y la vulnerabilidad de su depósito de municiones en lo alto de la torreta, significaban diferencia alguna. Los israelíes, actuando de manera opuesta, han estado produciendo sucesivas variantes de su tanque Merkava a lo largo de los años: introdujeron

progresivamente nuevos motores para aumentar su agilidad, pero dejaron intacto el blindaje y la ametralladora; luego reemplazaron la ametralladora original, de 107 mm, por otra mucho más poderosa, de 210 mm, pero no modificaron ni el motor ni el blindaje; después agregaron un dispositivo de rastreo de TV de poca luz (para uso contra helicópteros); posteriormente aumentaron el blindaje de protección contra los misiles antitanque, y así sucesivamente. Estos cambios se complicaban por la necesidad de adaptar el diseño preexistente, pero por otro lado presentaban la oportunidad de responder con bastante rapidez a nuevas amenazas y desarrollos, incorporando las lecciones no sólo de los ejercicios de campo y los tests técnicos sino también de la experiencia del combate.

Todo lo que concierne a la investigación y el desarrollo se aplica igualmente a otros aspectos de la política militar. La política del desgaste implica la búsqueda independiente de lo mejor en general, ya en el entrenamiento de las fuerzas armadas, en la construcción de bases e instalaciones o en la adquisición de equipamiento. En la maniobra relacional, en cambio, las «mejores» soluciones se sacrifican en aras de las capacidades que aprovechan las vulnerabilidades y las limitaciones de enemigos específicos. Ni el desgaste ni la maniobra relacional se presentan nunca en forma pura, pero su peso relativo refleja por lo general las autoimágenes nacionales y también el particular enfoque del negocio de la guerra.

UNA PRIMERA VISIÓN DE LA ESTRATEGIA COMO UN TODO

Al concentrarme en el ascenso paso a paso desde un nivel de la estrategia al siguiente, he ignorado la dimensión horizontal: el flujo y reflujo de la acción y la reacción dentro de cada uno de los niveles. Esto no es un resumen de la realidad sino una verdadera distorsión, porque las interacciones verticales entre niveles, al tiempo que

reciben la influencia de la lógica paradójica, influyen también sobre ella dentro de cada dimensión horizontal para provocar la secuencia de éxito, culminación y declinación. Si, por ejemplo, aparece en combate un arma nueva, la reacción del enemigo en el nivel técnico (que se da en forma de respuestas o armas competitivas) puede ser respondida por reacciones tácticas, lo que podría a su vez inducir una respuesta de nivel operacional por parte del enemigo. Así, si el enemigo introduce mejores misiles antiaéreos cuando la guerra está ya desarrollándose, no hay tiempo para reaccionar en el mismo nivel técnico, desarrollando respuestas electrónicas a lo largo de meses o años. Por el contrario, la única reacción posible es táctica: volar a altitudes muy bajas, por debajo de la altitud operativa mínima de esos misiles, en primer lugar para atacar a los misiles mismos. El enemigo, a su vez, tampoco tiene tiempo de responder técnicamente, adquiriendo nuevos misiles que puedan alcanzar sus blancos más rápidamente a altitudes menores, mientras que la respuesta táctica de agregar cañones antiaéreos de fuego rápido a cada emplazamiento misilístico casi nunca es adecuada. Por lo tanto, la principal respuesta del enemigo suele ser operacional: desplazarse desde una defensa de área provista por emplazamientos misilísticos fijos hacia una defensa de punto fluido, provista por misiles antiaéreos llevados frecuentemente de un lugar a otro (algunos son realmente móviles y se trasladan sobre automotores, pero prácticamente todos los misiles antiaéreos pueden ser trasladados durante la noche). Luego, a menos que pueda asegurarse la cobertura de inteligencia en tiempo real de toda el área de interés —tarea difícil si el enemigo es diestro en camuflaje y disciplinado en el uso de radares y radios— ya no será posible enviar bombarderos volando velozmente y a baja altura por rutas de vuelo cuidadosamente evasivas, que evitan sobrevolar todos los emplazamientos misilísticos, excepto el que será atacado a altitud mínima.

En otros casos la secuencia puede darse en sentido contrario: puede suceder que la primera acción sea operacional, la respuesta del enemigo, táctica, y la consiguiente reacción, técnica.

Evidentemente, existen innumerables combinaciones en la interacción de los niveles verticales y sus dimensiones horizontales.

Pese a que nuestro progreso vertical de nivel en nivel está lejos de ser completo, ya no podemos seguir visualizando la estrategia sólo en su dimensión horizontal, como un mar agitado en el cual el avance y el retroceso de las olas de la lógica paradójica se niegan mutuamente, en una perpetua lucha por alcanzar un equilibrio imposible. Tampoco podemos ver la estrategia como un edificio de muchos pisos, en cada uno de los cuales se alberga una verdad diferente. Debemos, en cambio, aceptar la complejidad de combinar ambas imágenes en nuestras mentes: los pisos no son sólidos, como en un verdadero edificio, sino que están agitados por un constante movimiento, hasta el punto de que a veces se introducen en otro nivel, tal como en la dinámica realidad de la guerra las interacciones de los niveles verticales se combinan y entran en colisión con las dimensiones horizontales de la estrategia.

8
TEATRO DE OPERACIONES I: OPCIONES MILITARES Y DECISIONES POLÍTICAS

Dado que la lógica de la estrategia en el nivel del teatro de operaciones vincula la fuerza militar con el espacio territorial, podemos comprender gran parte de esa lógica en términos visuales, estudiando las fuerzas y sus movimientos a vuelo de pájaro, o mejor aún, con visión por satélite. Desde luego, la estrategia tiene un aspecto espacial en todos los niveles, pero en el nivel táctico lo que cuenta es la naturaleza del terreno mientras que los combates del nivel operacional podrían ser casi idénticos en diferentes ámbitos geográficos. Sin embargo, en el nivel del teatro de operaciones el objetivo de la contienda es la conquista de *determinado* territorio. Ese territorio puede ser extenso como un continente o reducido como una isla; puede ser una provincia, una región, un país o un grupo de países; pero en todos los casos un «teatro de operaciones bélicas» debe conformar un espacio razonablemente diferenciado y no una parte de un todo mayor[74].

SÍ bien condiciona la interacción de las fuerzas adversarias en términos espaciales, la lógica de la estrategia en el teatro de operaciones abarca sólo factores de importancia militar: la longitud de los frentes y la calidad de las barreras de su terreno, la profundidad de los territorios, todos los aspectos de acceso y tránsito, etcétera. Ignora totalmente, por el contrario, el carácter

político, económico y moral del territorio en cuestión, y trata exactamente de la misma manera a países ricos en recursos o producción que a zonas desérticas. Por lo tanto, no es sorprendente que, al elaborar las políticas militares, la lógica de la estrategia en el terreno sea con frecuencia ignorada, aun cuando se la entienda a fondo.

En el caso de Corea, por ejemplo, la concentración de poderosas fuerzas norcoreanas con muchos tanques y abundante artillería cerca de la frontera, la conocida capacidad de la infantería norcoreana para infiltrarse en profundidad, y la belicosidad del régimen norcoreano, todo indicaba que la guerra se iniciaría con un ataque sorpresivo y de intensidad extrema. Pero tal ataque no podría sostenerse por un tiempo prolongado ni tampoco internarse demasiado en territorio surcoreano, porque gran parte de la artillería norcoreana estaba inmovilizada, y la infantería de a pie se quedaría muy pronto sin energía y sin abastecimiento. En tales circunstancias, la lógica de la estrategia en el teatro de operaciones tiene el efecto de debilitar enormemente a una defensa surcoreana que trataría de proteger todo el territorio del país hasta la línea del armisticio, reforzando al mismo tiempo una defensa que esperaría al enemigo más atrás. Una «defensa elástica» de los primeros cincuenta kilómetros de territorio surcoreano, con acciones de dilación y emboscadas con fuego de artillería detrás de obstáculos naturales del terreno, pero sin intento alguno de mantener un frente rígido, les permitiría a los norcoreanos internarse demasiado, derrotándose a sí mismos. Una vez totalmente movilizado y desplegado, el ejército surcoreano podría contraatacar con mayor fuerza a todo lo largo de la frontera y luego a través de ella, mientras que las fuerzas aéreas de Estados Unidos y de Corea del Sur infligirían fuertes bajas a los norcoreanos, al avanzar y retroceder.

Es indudable que la lógica de la estrategia en el nivel del teatro de operaciones favorece una defensa *elástica*, que no defiende determinado trecho del territorio sino que trata de defenderlo todo, liberando para ello fuerzas dedicadas a tareas de protección. Pero esa lógica ignora la naturaleza del territorio que sería atacado y ocupado

dos veces por los hostiles norcoreanos. No es un desierto sino una zona densamente poblada, que incluye la parte norte de Seúl, la vasta metrópolis donde viven nueve millones de coreanos y donde se encuentran las sedes de todas las instituciones nacionales, y una parte importante de la industria del país. Debido a que ambos gobiernos coreanos reivindican su derecho a la soberanía exclusiva sobre toda la península, la pérdida de aquellos primeros cincuenta kilómetros podría provocar un colapso de la confianza pública en el gobierno surcoreano y desmoralizar a las fuerzas armadas. No es sorprendente, por lo tanto, que la política militar surcoreana rechace la lógica estratégica e intente en cambio proporcionar a la zona de Seúl, la capital nacional, una defensa *excluyente*, destinada a evitar toda intrusión enemiga.

Desde luego, la lógica puede ser ignorada a voluntad, pero eso no disminuye sus *consecuencias*. Para Corea del Sur, esas consecuencias se miden en función de costes y riesgos. Es preciso mantener grandes fuerzas en un alto estado de disponibilidad permanente, construir y mantener extensos muros de cemento reforzado, barreras de campos minados y obstáculos para vehículos; y todo eso es caro. Aun así, dado el mismo equilibrio de fuerzas, la defensa excluyente sigue siendo mucho más frágil que una defensa elástica. Pero la lógica de la estrategia bélica como tal no puede imponer otro orden de prioridades; más aún, ni siquiera puede imponer una prioridad, del mismo modo que una relación conocida entre desempleo e inflación no puede imponer determinadas decisiones políticas sobre ambas; en algunos países se tolera la inflación elevada, pero no el desempleo alto; en otros, sucede lo contrario. La lógica económica que define la relación entre las dos situaciones no decide la elección de determinada política económica. Así, en el caso de Corea, la lógica de la estrategia del campo de operaciones determina la relación entre la elasticidad de la defensa y sus costes y riesgos, pero las prioridades políticas exigen una defensa rígida, que se imponga sobre cualquier otra consideración.

EL FRENTE CENTRAL DE EUROPA DURANTE LOS AÑOS DE LA GUERRA FRÍA

Durante la Guerra Fría, la Organización del Tratado del Atlántico Norte tuvo que enfrentarse a su mayor amenaza en lo que hoy es la pacífica Alemania central. Y tal como el gobierno surcoreano, la OTAN se comprometió políticamente con una defensa excluyente, en circunstancias geográficas que hubieran facilitado una defensa mucho más elástica. En una visión retrospectiva de la situación en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones, veríamos el borde oriental de la República Federal Alemana («Alemania Occidental») extendiéndose desde la costa del Báltico hacia el sur, hasta Austria. A lo largo de unas 625 millas, la frontera dividiría a Alemania Occidental de Alemania Oriental y Checoslovaquia, que por entonces eran zonas de bases del ejército soviético. Al producirse la movilización, a medida que las unidades de los ejércitos belga, británico, canadiense, holandés, alemán y norteamericano salieran de sus cuarteles y bases para desplegarse en las posiciones asignadas, el «frente central» de la OTAN adquiriría forma física. No veríamos una línea sólida con unidades estacionadas hombro con hombro, sino una serie de despliegues de hombres, vehículos y armas dentro de una franja de territorio que correría de norte a sur. Apenas una tercera parte de las formaciones mecanizadas y de tanques de la OTAN (las «fuerzas de cobertura») habrían avanzado hasta unas pocas millas de la frontera, mientras que el resto mantendría cierta distancia detrás. Aunque el frente mantenido por las fuerzas de cobertura no seguiría cada recodo y cada curva de la frontera, se extendería en más de 600 millas. Además, por lo menos los trechos de tierras bajas de la frontera con Austria, territorio neutral, tendrían que ser también protegidos, porque las fuerzas de invasión soviéticas procedentes de Hungría podrían atravesar el valle del Danubio con bastante rapidez.

Y ahora podemos por fin deshacernos de la propuesta de la infantería de misiles. Dada la gran extensión de frente que la

Alianza debía proteger, comprendemos inmediatamente por qué una defensa frontal de tropas mislísticas habría sido muy débil, aun cuando hubiera estado muy bien protegida por barreras bien vigiladas. Descubrimos ahora que en esos estrechos sectores del frente donde los dos contendientes entrarían realmente en combate, los misiles antitanque habrían sido totalmente superados en número por los blindados soviéticos, aunque los misiles fueran mucho más baratos. Tal como estuvieron las cosas durante las últimas dos décadas de la Guerra Fría, más de 10.000 tanques, un número aún mayor de vehículos de combate de infantería, mucha artillería autotransportada, y todo tipo de unidades de apoyo podían atacar saliendo de Alemania Oriental y Checoslovaquia, al tiempo que fuerzas mucho más importantes avanzaban por detrás de ellas, desde Polonia y la Unión Soviética[75]. Desde luego, esa gran masa de vehículos no se distribuiría regularmente de norte a sur enfrentando a cada segmento del frente, sino que se concentraría en cuatro o cinco vectores de avance: cada uno de ellos avanzaría hacia el oeste en una falange tan amplia como el terreno lo permitiera. Algunos podrían aproximarse restringiéndose a una formación del ancho de una ruta de dos vías, mientras que otros podrían desplegarse en una extensión de hasta diez millas. Pero sumando todos los vectores y el ancho de cada falange, la unidad blindada soviética estaría atacando sólo una fracción de la línea de 600 millas. Así, aun cuando se lograra reunir una enorme fuerza de tropas de misiles, con decenas de miles de lanzadores, los blindados soviéticos los superarían numéricamente en todos los combates.

La aritmética de la guerra de desgaste, por lo tanto, garantiza la derrota. No puede ser de otro modo cuando es imperioso distribuir el número de lanzadores de misiles para cubrir todo el frente mientras que las fuerzas blindadas invasoras atacarían en forma concentrada[76]. Desde luego, las tropas misilísticas también podrían estar concentradas; de hecho, si fueran lo suficientemente móviles, podrían dispersar a las columnas invasoras. Pero eso no puede hacerse recurriendo al simple expediente de proveer camiones para transportar a la artillería de misiles y recorrer el frente a lo largo de

las rutas de las patrullas de frontera, porque a tan escasa distancia del frente todo movimiento pondría a las tropas en una situación demasiado vulnerable ante el fuego de artillería. Sólo puede llevarse a cabo manteniendo al grueso de las tropas de misiles a la espera en las encrucijadas de las retaguardia, listas para avanzar rápidamente en sus camiones para reforzar los sectores del frente que estuvieran siendo atacados. Incapaces de marchar campo a través y, por lo tanto, limitadas a las rutas, las tropas misilísticas motorizadas en tránsito serían altamente vulnerables a los ataques aéreos y no podrían avanzar enfrentándose al fuego de artillería para encabezar las falanges invasoras. Los helicópteros podrían asegurar una respuesta más rápida. Disponiendo de un número suficiente, las fuerzas misilísticas podrían dispersar constantemente a las columnas invasoras, pero ésa ya no es la alternativa barata propuesta originalmente. Y además no se justificaría llevar tropas compuestas por lanzadores de misiles cuando los helicópteros pueden tener sus propios misiles, sin necesidad de contar con soldados que los lancen. De todos modos, los helicópteros, que son los vehículos aéreos más frágiles, serían altamente vulnerables a las armas antiaéreas que acompañan habitualmente a las unidades blindadas, y a la cortina descendente del fuego de artillería de una ofensiva en gran escala.

En consecuencia, dado que los camiones son demasiado vulnerables y están atados a las rutas, y que los helicópteros también son demasiado vulnerables y por añadidura caros, solamente los vehículos terrestres blindados, adecuados para marchar campo a través, pueden brindar movilidad bajo fuego a las tropas de misiles, y permitirles enfrentarse al ataque concentrado. Blindados y con mecanismo de oruga, esos vehículos sí estarían en condiciones de trasladar a las tropas de misiles donde quiera que se las necesitase. Por supuesto, eso significaría duplicar los transportes de la infantería mecanizada que, desde luego, incluye entre su armamento misiles antitanque. Pero si es que se han de adquirir vehículos blindados, ¿por qué no armarlos con lanzadores de misiles incorporados, que podrían usarse sin desmontarlos? Y ya que habrá armas incorporadas, ¿por qué tener sólo voluminosos lanzamisiles, con su

baja velocidad de fuego, cuando los cañones siguen siendo superiores para hacer frente a los carros blindados a corta distancia? Llevando las cosas hasta las últimas consecuencias, la propuesta original se diluye en una variante de las fuerzas mecanizadas existentes, o hasta en una recreación del tanque mismo. Volvemos así al punto de partida, a la solución convencional, que consiste en combatir blindados con blindados. Podemos reconocer ahora que la permanente vigencia de las fuerzas blindadas no es meramente el resultado de una supuesta rigidez institucional, de la fuerza de la tradición, del poder de las burocracias militares. Sin movilidad protegida no hay concentración y sin concentración no hay fuerza.

RELACIONES DE FUERZA ENTRE ATAQUE Y DEFENSA

Hasta ahora no hemos mencionado la idea de que toda defensa tiene alguna ventaja. Nos referimos a la frecuentemente citada relación de tres a uno que supuestamente la fuerza atacante necesita para ganar. En el nivel táctico, tal idea es cierta, porque las tropas defensivas que mantienen una línea de frente pueden cavar trincheras, poner trampas, levantar parapetos u otras estructuras de protección; pueden herir o matar con bastante facilidad a los expuestos atacantes. Por lo tanto, para los ataques frontales contra defensas atrincheradas, la relación de tres a uno es un término medio razonable.

Desde el punto de vista más amplio del nivel operacional, vemos que la ofensiva no necesita en absoluto atacar precisamente esa línea de frente. Puede, en cambio, realizar la más simple de las maniobras: eludir la línea del frente por un lado o por ambos lados. Si las tropas atrincheradas permanecen donde están, la defensa fracasa absolutamente y puede ser destruida en la acción por fuego de enfilada. Sin embargo, la defensa puede también reaccionar contra

el movimiento envolvente por los flancos raleando el frente para ampliarlo, o abandonando totalmente la línea de trincheras para interceptar a los atacantes. En el primer caso se mantiene la ventaja, pero el equilibrio de fuerzas cambia en favor de los atacantes porque habrá menos defensores en cada segmento de la línea. En el segundo, el equilibrio de fuerzas en los enfrentamientos no se altera, pero se pierde la ventaja. En ambos casos, ya no se necesitarán tres unidades para derrotar a una.

En la Primera Guerra Mundial, la ventaja táctica en la relación de fuerzas se obtuvo también en el nivel del teatro de operaciones, porque la continuidad de la línea de trincheras desde la costa belga hasta la frontera suiza evitó el rodeo por los flancos. Y la ventaja en la relación de fuerzas se preservó también en el nivel operacional, porque los ataques de las columnas dirigidos contra estrechos segmentos del frente no pudieron desbaratar la defensa. Como la defensa contaba con teléfonos de campo, ferrocarriles y camiones para reunir sus fuerzas, su contraconcentración fue más rápida que el avance de la infantería contra el fuego de la artillería, las alambradas y las ametralladoras. De hecho, los intelectuales que dominaron el estado mayor francés posterior a 1918[77] pudieron probar matemáticamente la superioridad de la contraconcentración de la defensa sobre la de la ofensiva, inexorablemente derivada de la ventaja de velocidad de los movimientos laterales de ferrocarril y camiones a lo largo del frente, en comparación con el lento ritmo del avance de la infantería contra el fuego. Sólo era necesario compensar la partida inicial que el enemigo pudiera tener, si la inteligencia no conseguía descubrir los preparativos hasta que fuera inminente una ofensiva. Pero, sin duda, esa operación podía ser realizada porque una línea defensiva ininterrumpida tendría la ventaja táctica de las tropas atrincheradas que no podían ser eludidas, permitiendo así que una unidad detuviera a tres o más, al menos temporalmente, hasta la llegada de los refuerzos.

Según este cálculo, mientras las mujeres alemanas no dieran a luz más de tres veces la misma cantidad de hijos, los franceses podrían resistir cualquier ofensiva, a menos que se debilitaran

primero por sus propias vanas ofensivas. Por lo tanto, si se seguía rígidamente una estrategia de teatro de operaciones puramente defensiva, la victoria estaba asegurada. Pero se agregó a la defensa un elemento más, para reducir su precio en sangre: las fortificaciones preparadas. Una vez más, se impuso el sentido común. Las trincheras de cemento y los emplazamientos de armas fortificados construidos en tiempo de paz eran evidentemente mucho mejores que las insalubres y débiles trincheras de tierra y las excavaciones improvisadas ya bajo el fuego de la artillería enemiga. Asimismo, los bien construidos fuertes para resguardar la artillería aumentarían su potencial, tanto para evitar que la artillería enemiga se abriera paso a través de la infantería del frente como para atacar a la infantería enemiga en caso de que avanzara.

Tales fueron las imperiosas razones por las que se construyó la formidable Línea Maginot a lo largo de la frontera franco-alemana. Esas fortificaciones alcanzaron su mayor éxito posible en mayo y junio de 1940, cuando la ofensiva alemana debió desviarse por Bélgica para eludir sus poderosas barreras, su infantería sólidamente atrinchera y su artillería fortificada. Según la usual paradoja de la estrategia, la Línea Maginot no pudo proteger Francia porque tuvo demasiado éxito, ya que lo más que puede lograr un sistema defensivo es disuadir al enemigo de intentar siquiera atacarlo. Retrospectivamente se podría imaginar que a Francia le hubiera convenido más tener un sistema defensivo menos formidable, una solución incompleta con atractivas brechas, que ofreciera al menos la posibilidad de que los alemanes decidieran atacar, involucrándose así en una guerra posicional como en la Primera Guerra Mundial. En realidad, la Línea Maginot, considerada infranqueable en el nivel táctico y también en el operacional, fue superada en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones: en mayo de 1940 la ofensiva alemana penetró en Bélgica por la zona no fortificada de las Ardenas y avanzó hasta la costa del Canal. Superada la Línea Maginot, la aritmética de la concentración y la contraconcentración fue derrotada por la *blitzkrieg*. Conducidas por los tanques y los carros de media oruga de las divisiones Panzer (blindadas), las columnas de

penetración alemanas avanzaron a gran velocidad para adelantarse a la concentración lateral de la fuerza defensiva. Eso anuló cualquier ventaja táctica en la relación de fuerzas que la infantería atrincherada pudiera haber tenido, aun equipada con muchas armas antitanques. Sólo podemos asombrarnos ante las arraigadas preferencias emocionales que han revertido completamente las dos lecciones de 1940, para condenar a la Línea Maginot, que tuvo un éxito total, defendiendo al mismo tiempo las relaciones de fuerza de tres a uno que sólo son válidas en el nivel táctico.

ARMAS NUCLEARES DE ALCANCE LIMITADO AL CAMPO DE BATALLA

Durante las décadas de la Guerra Fría, los planes militares de la Alianza Occidental para la defensa del frente central en Alemania cambiaron varias veces. Pero casi hasta el final siguieron confiando en las armas nucleares «de campo de batalla». El importante papel desempeñado por las armas nucleares derivó siempre de su función de instrumentos de «suasión»[78] en el nivel superior de la gran estrategia. Pero por ahora lo que nos interesa es su rol en la estrategia del teatro de operaciones. Las armas nucleares de alcance limitado, con cargas explosivas y efectos de radiación que eran bastante modestos según las normas nucleares intercontinentales, en forma de misiles de menor alcance, granadas de artillería, cargas de demolición y bombas de avión tácticas[79], estaban destinadas a dar una respuesta de nivel técnico al poderío del ejército soviético. Estas armas ofrecían una manera económica de derrotar una ofensiva de gran escala que amenazara con provocar el colapso del frente. Según la política de la Alianza de las décadas de 1970 y 1980, una ofensiva soviética no nuclear sería resistida con una defensa no nuclear mientras fuera posible; pero si las formaciones soviéticas seguían acercándose al frente y la defensa ya no podía contenerlas, entonces

se usarían las armas nucleares de alcance limitado al campo de batalla.

Cuando se las emplazó por primera vez en 1952-53[80], las armas nucleares de efecto restringido ascendieron rápidamente en la curva de la eficacia. Se las integró fácilmente en las planeadas defensas frontales de aquellos días: una cadena de fuerzas pequeñas en despliegues superficiales que prácticamente formaban un verdadero frente a lo largo de la frontera. Había fuerzas suficientes como para distinguir entre un incidente de frontera y una ofensiva, que sólo podría ser respondida con un contraataque nuclear. La debilidad no nuclear producía fuerza, porque hacía más creíble el uso de las armas nucleares. Pero muy pronto esta reacción de nivel técnico ante la potencia soviética no nuclear alcanzó su punto culminante de éxito, porque hacia fines de los años cincuenta el ejército soviético había adquirido sus propias armas nucleares de efecto reducido. Así, si los defensores trataban de resguardar a los sectores afectados de su frente atacando las columnas invasoras soviéticas con armas nucleares, el mando soviético podía responder perforando otros sectores del frente con sus propias armas nucleares.

Pero en este caso acción y reacción no se anulaban mutuamente. Si se empleaban armas nucleares, el ejército soviético ya no podría conquistar ricos territorios invadiéndolos, sino que debería gobernar zonas devastadas. Luego, si la Alianza podía amenazar persuasivamente con usar sus armas nucleares de campo si era atacada, podría disuadir a la Unión Soviética de realizar intento alguno de conquista, ya que en tal caso los únicos desenlaces posibles eran la derrota no nuclear o la destrucción nuclear. Como sucede siempre con la persuasión y la disuasión, son los líderes del adversario quienes controlan el proceso; la disuasión sólo puede tener éxito sí ellos creen en la amenaza y estiman que el castigo será mayor que la recompensa. De ello se deduce que la seguridad obtenida por disuasión o persuasión es inherentemente menos fiable que la adecuada fuerza defensiva (la «disuasión por negación»). En comparación con tal escenario, las armas nucleares presentan una amenaza más difícil de minimizar que la de cualquier número de

divisiones blindadas, porque sus efectos son predecibles con toda exactitud.

Sin embargo, en este caso la eficacia de la persuasión y la disuasión dependería del motivo: si los líderes soviéticos hubieran atacado a la Alianza por desesperación y no con afán de conquista, no habrían sido disuadidos por la perspectiva de causar un cinturón de destrucción nuclear en el centro mismo de Alemania. El poder ilegítimo es siempre inseguro. Un temido escenario de la Guerra Fría comenzó con una revuelta general en Europa oriental, causada por el ejemplo subversivo de la libertad y la prosperidad de Europa occidental. En ese punto, un ataque a Europa occidental hubiera sido una respuesta plausible para restar impulso a la inquietud, amenazando con consecuencias aun peores que la continuidad de la opresión. Otra posibilidad era que la Unión Soviética atacara por razones defensivas para derrotar una ofensiva de la Alianza que sus líderes consideraban inminente. La idea de que la agresión podía ser planeada secretamente por el parlamento holandés, el canciller de Alemania Occidental, el gran duque de Luxemburgo y el gabinete belga, como también la Casa Blanca, podía parecer fantástica. Pero los líderes del Kremlin dirigían un gobierno que daba la impresión de tener una capacidad infinita de sospecha, y ninguna fecha en la historia se recuerda más claramente en la Unión Soviética que el 22 de jimio de 1941, cuando se produjo la invasión que causó una horrenda sorpresa. Si el motivo de la agresión hubiera sido lo que se percibía como autodefensa, las armas nucleares de campo de la Alianza habrían conservado su capacidad física de anular una inminente victoria no nuclear soviética, pero en modo alguno habrían impedido el ataque.

La mayor parte de las armas nucleares de corto alcance de ambas partes se habrían lanzado desde territorio alemán, y hubieran sido las zonas frontales de Alemania las que habrían sufrido la devastación nuclear. Por lo tanto, como los daños hubieran sido demasiado graves, la respuesta de amenaza nuclear de la Alianza podría haber sido autoinhibitoria. Pero hasta el gobierno de Alemania Occidental seguía reafirmando la amenaza del ataque

nuclear limitado, en caso de una inminente victoria no nuclear soviética[81]. Prefería ese riesgo y no asumir el costo de mantener fuerzas no nucleares capaces de derrotar una invasión no nuclear sin apelar al supremo tribunal de la guerra nuclear.

Los riesgos de confiar en las armas nucleares se tornaron cada vez más obvios a medida que la Guerra Fría se prolongaba; paradójicamente, para la Alianza las consecuencias de incrementar el poderío no nuclear podrían haber sido negativas. La decisión de los aliados europeos de los Estados Unidos de no incrementar sus fuerzas no nucleares estuvo indudablemente motivada por su oposición a aumentar los gastos militares. Pero también podría haberse basado en razones estratégicas. Es cierto que si las fuerzas no nucleares de la Alianza hubieran sido lo suficientemente fuertes como para defender el frente central contra una invasión soviética no nuclear, no habría sido necesario emplear armas nucleares de efecto restringido. Por lo tanto, en caso de guerra se le hubiera ahorrado al mundo el peligro extremo de una progresión paulatina desde la guerra nuclear restringida a la guerra nuclear intercontinental. No obstante, sin las armas nucleares, el combate no nuclear debería producirse en una guerra que sería aún enormemente perjudicial para las poblaciones europeas afectadas, pero no lo sería para los rusos o los norteamericanos. En consecuencia, en aquel momento pareció sensato equilibrar los riesgos.

9
TEATRO DE OPERACIONES II: OFENSIVA Y DEFENSA

En la ofensiva, la elección más importante en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones se plantea entre el avance de frente ancho, que sólo los muy fuertes pueden intentar —porque si el ejército avanza en toda la extensión del frente, debe ser superior en número en toda esa extensión— y el avance restringido, que brinda la oportunidad de la victoria hasta a los más débiles, porque la concentración de fuerzas favorece esa posibilidad. Por una parte, el avance de frente ancho sin maniobra relacional ni sagacidad operacional suele causar más bajas. Y por la otra, su simplicidad reduce los riesgos: los movimientos de avance paralelos son mucho más fáciles de coordinar que las penetraciones convergentes y, desde luego, no hay flancos expuestos. Por el contrario, los riesgos y las recompensas aumentan mientras más concentrado es el avance, cuya expresión máxima se dio en las penetraciones angostas de la clásica *blitzkrieg* alemana de 1939-1942, que fueron en parte una maniobra audaz y en parte un engaño basado en la confianza del enemigo. Según la usual inversión de la lógica, sólo aquellos que tienen ya un amplio margen de superioridad pueden afrontar el cauteloso avance ancho, mientras que los que ya se encuentran en riesgo deben aceptar aun más riesgo para tener al menos alguna posibilidad de éxito.

Por el contrario, en la defensa las elecciones de la estrategia del

teatro de operaciones determinan no sólo el despliegue de fuerzas militares sino también el destino de los territorios expuestos al peligro. Eso produce con frecuencia un choque entre la lógica lineal de la política, que equipara defensa a protección, y la lógica paradójica de la estrategia, que habitualmente se preocupa por la protección contra la defensa. El choque es particularmente evidente en el caso de una defensa elástica. La resultante libertad de acción para eludir los principales embates del enemigo, avanzar a voluntad y concentrarse totalmente, otorga a los defensores todas las ventajas de la ofensiva al tiempo que conservan la ventaja de luchar en un medio conocido y supuestamente amigable. Considerada a menudo ideal desde un punto de vista puramente militar, ésta es la menos conveniente de las estrategias defensivas para los gobernantes, independientemente de la riqueza, el bienestar o el control que traten de maximizar. Asimismo, en el caso opuesto de una defensa excluyente, una vez más coinciden lo mejor desde el punto de vista político y lo peor desde el punto de vista militar.

Por supuesto, ambos extremos son raros. En la práctica solamente nos encontramos con aproximaciones: aun cuando el Alto Mando de Stalin decidió eludir la renovada ofensiva alemana de 1942 con una defensa tan elástica que cientos de poblaciones fueron abandonadas, no se abandonó Stalingrado; y ni siquiera el compromiso que durante la Guerra Fría asumió la Alianza del Atlántico Norte de defender exclusivamente a Alemania Occidental requirió la protección de hasta la última pulgada de su territorio[82]. Los compromisos son inevitables. Por ejemplo: se otorga mayor amplitud a las prioridades políticas cuando la sensación de seguridad (justificada o no) es mayor, mientras que es muy probable que las prioridades militares dominen las decisiones de la estrategia del teatro de operaciones sólo cuando se teme un desastre inminente.

Obviamente, existe todo un espectro de decisiones posibles entre los dos extremos: una defensa elástica que no resiste, sino que únicamente reserva sus propias fuerzas para contraatacar, y una defensa frontal totalmente excluyente. Sólo las decisiones políticas —incluyendo las respuestas de emergencia a situaciones cambiantes

— pueden definir el límite entre lo que debe ser protegido a toda costa y lo que puede ser abandonado, al menos temporalmente. Pero hay un formato que se aparta de este espectro: la «defensa en profundidad», en la que una zona frontal más o menos profunda no es excluyentemente defendida pero tampoco es abandonada. Por el contrario, esa zona es defendida selectivamente por fuerzas autosuficientes, que operan como islas de resistencia formando una red y no una línea. Históricamente, las estrategias de defensa en profundidad han servido para proteger aldeas situadas alrededor de un castillo y ciudades fortificadas enclavadas permanentemente cerca de fronteras hostiles. Esas acciones formaron parte de la estrategia del Imperio Romano desde la época de Diocleciano a fines del siglo III d. C. En las guerras modernas han sido aplicadas en zonas de maniobra. Protegidas por un terreno favorable-o por barreras artificiales, organizadas y bien abastecidas como para luchar por su cuenta, las islas de resistencia sirven para mantener importantes pasajes a lo largo de grandes vías de aproximación o para proteger valiosas infraestructuras, como campos de aterrizaje y despegue o grandes depósitos de pertrechos. Pero si existe alguna posibilidad de victoria, la principal función de estas islas debe consistir en ofrecer bases protegidas desde las que pueden lanzarse incursiones sorpresivas y contraataques, preferentemente en coordinación con las fuerzas principales mantenidas detrás de la zona frontal defendida sólo en profundidad.

Si bien las islas de resistencia deben ser suficientemente fuertes, y si bien deben desplegarse con suficiente profundidad, no pueden formar un frente continuo. Por lo tanto el enemigo puede, si así lo prefiere, avanzar sin detenerse para atacarlas, ignorando cada isla de resistencia que encuentra, con el propósito único de alcanzar sus objetivos en la retaguardia. Pero esa oportunidad es también una trampa potencial: así como en el pasado una columna que avanzaba simplemente no podía eludir una fortaleza aún no dominada que albergaba fuerzas preparadas para entrar en combate sin mayor riesgo, así también ahora una penetración mecanizada y blindada no puede permitirse pignorar a fuerzas enemigas que quedan así en

libertad de atacar sus flancos vulnerables. Pero, a la vez, detenerse para reducir cada isla de resistencia interrumpiría el ritmo crítico del avance, y dejar fuerzas de contención alrededor de cada una produciría una creciente dispersión de fuerzas.

Así, el dilema creado para los atacantes por una defensa en profundidad puede acentuarse si los defensores poseen los medios y la capacidad moral necesaria para lanzar rápidas incursiones contra las columnas de abastecimiento, las unidades de servicio, y los desprendimientos menores que el avance enemigo mismo pone a su alcance. En la medida en que el terreno limite la ofensiva a vías de avance angostas que pueden ser realmente bloqueadas, los atacantes ya no enfrentan un dilema sino que deben superar la oposición de cada una de las sucesivas islas de resistencia que encuentran en su camino. Tampoco en esta cuestión la estrategia permite una progresión lineal ilimitada: mientras mayor sea la limitación que el terreno del teatro de operaciones imponga a los movimientos, más válida será la defensa en profundidad, pero sólo hasta que se alcance un punto culminante. Más allá, por ejemplo, en terrenos montañosos verdaderamente restrictivos, como la zona del Himalaya, una defensa lineal de posiciones de apoyo mutuo que bloqueen cada pasaje se toma preferible a la defensa en profundidad. Desde luego, ninguna defensa en profundidad o defensa lineal puede triunfar por sí misma, sin fuerzas ofensivas que en última instancia sean capaces de contraatacar al enemigo. Sin fuerzas ofensivas, la defensa quedará aprisionada en sus posiciones, sobre todo si el terreno es de montañas altas.

Durante la Guerra Fría, para la Alianza del Atlántico Norte no existía peligro alguno de exceder los límites del terreno de una defensa en profundidad sobre el frente central. Algunos sectores de Alemania central tenían montañas, pero ninguna que se asemejara al Himalaya o a los Alpes. No había posibilidad de bloquear las mayores vías de penetración con unas pocas posiciones fuertes. Pero aun en la planicie del norte de Alemania y en la llamada Fulda Gap había importantes accidentes geográficos, tanto colinas boscosas como zonas urbanas en las que habría sido posible instalar una red

de islas de resistencia. Es indudable que una estrategia del teatro de operaciones centrada en la defensa en profundidad hubiera sido una respuesta de maniobra relacional a la amenaza soviética de aquellos días, ya que habría servido para absorber y debilitar la arremetida del «puño blindado» del ejército soviético. Privadas del sólido obstáculo del frente central, las columnas invasoras habrían tenido que abrirse paso a través de todo el cinturón defendido, expuestas constantemente a ser rodeadas. Como estaba formado por tropas de reclutas y reservistas, que eran perfectamente capaces de avanzar, pero carecían de conocimientos tácticos, el ejército soviético se hubiera visto muy perjudicado, aun por contraataques locales llevados a cabo por fuerzas relativamente pequeñas, siempre que esos ataques fueran numerosos.

Durante la Guerra Fría se propusieron numerosos esquemas para la defensa en profundidad del frente central de la Alianza. Algunos recomendaban conservar las fuerzas mecanizadas y blindadas existentes, pero manteniéndolas en la retaguardia para que maniobraran libremente, en vez de dejarlas inmovilizadas en posiciones frontales[83]. Otros reclamaban una combinación de las mismas fuerzas con infantería liviana de misiles en pequeñas unidades que serían transportadas en helicópteros[84], o con milicias locales que librarían una guerra de guerrillas, junto con unidades de infantería liviana regular[85], o con pequeñas unidades de infantería estándar distribuidas en guarniciones locales para defender las aldeas de casas de muros de piedras que pueblan la campiña alemana[86]. En otras variantes se sugería agregar líneas continuas de barreras antitanque fijas para demorar a las columnas soviéticas de vehículos blindados, y también se propuso instalar posiciones fortificadas, con o sin barreras fijas, para retardar el tránsito por carreteras y desvíos en una zona profunda detrás del frente. En todos estos esquemas el propósito era postergar indefinidamente las profundas penetraciones que las columnas blindadas soviéticas tratarían de lograr después de librar una dura batalla frontal. La idea era que las columnas soviéticas se implicarían en enfrentamientos con la defensa profunda, hasta que finalmente pudieran ser aisladas y destruidas o

se pudiera lanzar un fuerte contraataque[87].

Las alternativas de defensa en profundidad sugeridas para el frente central diferían en los detalles, pero tenían algo en común: todas eran ejemplos de pensamiento militar original, que discrepaban no sólo con los petrificados planes burocráticos sino también con las realidades políticas. Además, todos los esquemas adolecían de la clásica ilusión del «movimiento final». Al reaccionar ante la estrategia de la penetración profunda imputada al ejército soviético, no tuvieron en cuenta la consiguiente y previsible reacción: una nueva y diferente estrategia de teatro de operaciones soviética, destinada a superar la defensa en profundidad; en otras palabras, todos los proyectos ignoraban el fenómeno fundamental de la estrategia.

Pero antes de formular estas críticas debemos reconocer los considerables méritos de estos esquemas en términos puramente militares. Aún hoy son proyectos avanzados. En el nivel táctico, como hemos visto, las tropas que luchan desde dentro de fortificaciones contra atacantes que deben desplazarse al descubierto, se benefician de las «proporciones de intercambio» favorables, ya que su poder de fuego produce un efecto pleno, lo que no ocurre con el fuego de los atacantes. Asimismo, las unidades pequeñas y ágiles entrenadas para atacar de improviso a las columnas soviéticas y para retirarse tan pronto como se inicia un contraataque, experimentarían también proporciones de intercambio favorables. Además, siempre que las unidades que las cubren con sus armas puedan resistir el fuego enemigo, las barreras —tales como fosos antitanque, obstáculos sólidos y campos minados— suelen mejorar la eficacia táctica de las posiciones de bloqueo, reduciendo la velocidad de avance del enemigo, hasta alcanzar la capacidad operativa de las armas defensivas emplazadas en el lugar.

En el nivel operacional, el efecto combinado de las barreras y las fortificaciones de bloqueo de carreteras reduce la *movilidad relativa* de los atacantes, permitiendo ubicar ventajosamente fuerzas de contraataque lo suficientemente fuertes como para llevar a cabo maniobras envolventes por los flancos. En el nivel del teatro de

operaciones, todos estos esquemas habrían limitado operativamente la mayor ventaja del ejército soviético —su capacidad de atravesar frentes sólidos— aprovechando al mismo tiempo su presunta mayor debilidad: la falta de flexibilidad de las unidades pequeñas[88].

No obstante, los esquemas de defensa en profundidad fueron rechazados por los sucesivos gobiernos de Alemania Occidental y, por lo tanto, por la Alianza como un todo. El argumento de que se apartaban de la política establecida no era concluyente, ya que la política puede cambiar en cualquier momento. Pero su falta de realismo político fue fundamental. En el nivel técnico, táctico u operacional de la estrategia, los objetivos perseguidos son evidentes, materiales, y están fuera de toda discusión: las mayores posibilidades de matar, las mejores proporciones de intercambio, y la victoria en batalla, son indudablemente objetivos más deseables que los opuestos. Pero en el nivel del teatro de operaciones, el significado mismo de los términos «éxito» y «fracaso» depende de la decisión política. Los esquemas de defensa en profundidad podían derrotar la invasión soviética sin defender Alemania Occidental mientras tanto; la dilucidación de si la consiguiente ruina, tanto del ejército soviético como de gran parte del territorio alemán, hubiera sido un éxito o un fracaso, es una cuestión opinable. Cada uno de los esquemas hacía una estimación diferente de la cantidad de territorio que se habría cedido en aras de la guerra prolongada, pero ninguno de ellos podía ofrecer una defensa excluyente de todo el territorio nacional, algo que la defensa de frente ancho se suponía que podía hacer.

Los partidarios de los diferentes esquemas de defensa en profundidad argumentaban que el peligro de exponer alguna parte del territorio de Alemania Occidental a la destrucción no nuclear era preferible al peligro extremo de exponer la totalidad —incluyendo a las ciudades— a la devastación nuclear. La decisión era ardua, debido a los diversos niveles de riesgo asociados con los dos peligros: se podía argumentar que la disuasión nuclear en el campo de batalla era más fiable que su alternativa no nuclear. En realidad, los términos mismos de la decisión eran cuestionables, porque siempre había una tercera opción: el gobierno de Alemania Occidental podía

prohibir en cualquier momento el uso de armas nucleares emplazadas en su territorio. Por ende, si la disuasión fallaba, se iniciaba una invasión soviética, y el frente no podía resistir, el gobierno de Alemania Occidental podía negarse a autorizar contraataques nucleares y reclamar en cambio un armisticio. Era razonable que hasta los más duros términos de negociación con la Unión Soviética fueran considerados preferibles al uso de armas nucleares en suelo alemán o a la destrucción masiva que una guerra nuclear prolongada podía infligir al poblado territorio alemán. Los esquemas de defensa en profundidad eran mucho más atractivos como alternativa a la política declarada en tiempos de paz que a la política real de tiempos de guerra.

La Guerra Fría ha terminado y con ella terminaron también todos los debates sobre la mejor manera de defender el frente central. Pero las enseñanzas de la experiencia son duraderas. Una vez alcanzado el nivel de la estrategia del teatro de operaciones, ya no es posible establecer una separación absoluta entre las decisiones militares y los imperativos políticos. Ese hecho introduce dos complicaciones inevitables. La primera es que la lógica paradójica de la guerra (quien defiende todo no puede defender nada; o bien, la victoria puede ser excesiva) choca inevitablemente con la lógica lineal de la política, que reclama protección máxima o conquista máxima, según sea el caso. Por lo tanto, todos los militares consideran que casi todos los políticos son demasiado audaces o demasiado tímidos. La segunda consiste en que la lucha militar por obtener el mejor desenlace posible —aun cuando no signifique alcanzar la victoria— suele entrar en conflicto con la permanente opción política de intentar una solución negociada. Sólo en el nivel de la gran estrategia estas colisiones queda sin resolver de un modo u otro.

LA GUERRA NO TERRITORIAL

El término *guerrilla* se refiere al combate de unidades pequeñas que no pretenden conquistar territorio, y describe una *táctica* que puede ser empleada hasta por ejércitos poderosos. Denota también la dimensión bélica de la *guerra revolucionaria*[89]. La «guerra de guerrillas», como complemento de las operaciones regulares, es tan antigua como la guerra misma, y la expresión se aplica correctamente a toda forma de ataque no estructurado. En el pasado, para esos fines los ejércitos tenían caballería ligera y algunos soldados especializados en escaramuzas. Actualmente tienen unidades de comando o de «operaciones especiales». El principio es el mismo: con o sin enfrentamientos de la fuerza principal, unidades pequeñas e independientes, que pueden operar sin líneas de abastecimiento, son enviadas a atacar blancos en la retaguardia blanda. En la guerra revolucionaria, por el contrario, el contexto dominante es la lucha interna por el control del gobierno. La guerra de guerrillas es una de sus herramientas, y está destinada a humillar y debilitar al gobierno en el poder atacando a sus soldados, policías y funcionarios civiles. Pero el principal instrumento de la guerra revolucionaria es la subversión, que consiste en socavar y finalmente desplazar a la maquinaria administrativa oficial, por medio de la propaganda y el terrorismo. Las proporciones relativas de propaganda y terrorismo son un buen indicador de las intenciones: cuando se emplea mucho terrorismo y poca propaganda, el objetivo de los insurgentes no puede ser la instauración de una forma de gobierno democrática.

Por lo general los guerrilleros no pueden tener una ventaja de nivel técnico sobre los ejércitos regulares y rara vez tienen superioridad táctica. Sin embargo, es indudable que tienen una ventaja operacional: como combaten en forma elusiva, sin tratar de defender un territorio contra determinado ataque, los guerrilleros tienen la libertad de luchar mucho o poco, y deciden cuándo y dónde hacerlo. Pueden hostigar a las fuerzas regulares, emboscar a columnas en las rutas, atacar a contingentes pequeños y sabotear infraestructuras e instalaciones de abastecimiento, dispersándose al encontrarse con una fuerza superior. Por lo tanto, la guerra de

guerrillas es una respuesta de maniobra relacional ante una fuerza superior, y una de las debilidades que trata de explotar es la moderación de las fuerzas regulares, que se rigen por las normas del gobierno oficial. Los guerrilleros judíos, kikuyu, comunistas chinos, griegos y árabes que combatieron a las tropas británicas en Palestina, Kenya, Malasia, Chipre y Adén; los vietnamitas y los argelinos que lucharon contra las tropas francesas en Indochina y Argelia, y sin duda también el Vietcong que se enfrentó a los norteamericanos, contaron con la moderación de su enemigo al tratar con la población civil en general. Desde luego, hubo excepciones, algunas tropas tuvieron aquí y allá un comportamiento duro, y hasta hubo ocasionales actos de violencia extrema, pero nunca las autoridades militares patrocinaron represalias sistemáticas, y mucho menos lo hicieron los gobiernos, que actúan siempre bajo la mirada del parlamento y de la prensa.

Si, por el contrario, tales inhibiciones no existen o son débiles, la libertad de acción de los guerrilleros puede ser restringida en gran medida por medio de amenazas de represalias violentas contra la población civil en general, a la que pertenecen sus familiares y amigos. Cuando cada asesinato cometido por guerrilleros tiene como consecuencia la ejecución de varios civiles inocentes mantenidos como rehenes con ese único propósito; cuando a cada emboscada realizada con éxito le sigue la destrucción de la aldea más próxima; y cuando cada ataque a un cuartel general o a un depósito de pertrechos produce como represalia una masacre, pocos serán los guerrilleros que no duden en asesinar, emboscar y atacar. Su vínculo emocional con la población civil a la que pertenecen constituye una debilidad potencial, que las implacables fuerzas de ocupación pueden explotar como respuesta de maniobra relacional.

La política de represaba de las fuerzas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial fue muy eficaz para minimizar los resultados que los guerrilleros podían lograr, y lo hicieron en la mayor parte de los lugares y en casi todas las ocasiones. En cualquier estimación que se haga, la mera dispersión de las fuerzas alemanas para enfrentarse a la guerrilla constituye una proporción importante,

pero aun incluyendo esas cifras, actualmente existe consenso general acerca de que el impacto militar de la resistencia noruega, danesa, holandesa, belga, francesa, italiana y griega fue insignificante[90]. La resistencia polaca fue más un esfuerzo por organizar un ejército secreto para el control definitivo de Polonia después de la retirada alemana que una campaña permanente de guerra de guerrillas; y cuando ese ejército salió a la luz para luchar, lo hizo en una forma absolutamente convencional, intentando recuperar Varsovia en agosto de 1944, cuando la llegada del ejército soviético parecía inminente[91]. Durante la guerra, sólo los comunistas de Tito y los partisanos soviéticos fueron realmente eficaces como guerrilleros, precisamente porque estaban dispuestos a ser tan implacables como los alemanes, con grandes daños para la población civil[92].

Como ya hemos visto, las guerrillas posteriores a 1945 que combatieron contra los gobiernos coloniales, no debieron afrontar ese dilema, pero posteriormente los separatistas armados de Cachemira, Sri Lanka y Sudán siguieron el modelo partisano soviético, atacando a las fuerzas gubernamentales en todo tiempo y lugar en que pudieron hacerlo, sin que el sufrimiento de la población civil los disuadiera en absoluto.

LA DEFENSA PUNTUAL

Puede parecer extraño que golpear duramente a la población civil y armarla puedan ser respuestas equivalentes, pero esto se aplica en el paradójico ámbito de la estrategia. En el nivel del teatro de operaciones, la respuesta simétrica a los guerrilleros es emular su dispersión. En lugar de organizar una defensa de la zona con grandes formaciones listas para salir rápidamente al encuentro del enemigo —procedimiento ineficaz contra adversarios elusivos— se destacan muchas unidades pequeñas, con el propósito de organizar una «defensa puntual» de la mayor cantidad posible de blancos

vulnerables.

Guardias en puentes, diques y centrales eléctricas, como también guarniciones en ciudades y aldeas, puestos de control en carreteras, y patrullas, compiten con las fuerzas dispersas de la guerrilla, y en muchos casos con ventaja, ya que las fuerzas regulares suelen ser más disciplinadas y por lo general están mejor entrenadas y mejor armadas. Naturalmente, si también está en curso una guerra convencional, el precio de la instalación de muchas defensas puntuales en la retaguardia es la disminución de la potencia bélica en el frente y, por cierto, ésa es una de las causas de la paradójica convergencia entre avances ininterrumpidos y derrota[93].

Sin embargo, en el contexto de la guerra revolucionaria, la defensa puntual es la función más importante de las fuerzas armadas para salvaguardar el funcionamiento de la sociedad y el estado hasta que los motivos de insurgencia sean eliminados por medio de reformas, contrapropaganda o rendición.

En el nivel operacional, la respuesta más obvia de la guerrilla es adoptar una forma de guerra concentrada. Habiendo recurrido inicialmente a la dispersión debido a su incapacidad de estar a la altura de la potencia bélica de las grandes formaciones gubernamentales, cuando se organizan defensas puntuales para oponerse a sus pequeñas bandas, los guerrilleros descubren que las guardias, las guarniciones de las aldeas, los puntos de control y las patrullas sólo son vulnerables a sus bandas más grandes, organizadas para atacar objetivos específicos. Cuando el proceso sigue su curso, surge una distinción entre las pequeñas bandas locales y las «fuerzas principales», que operan en zonas más amplias, muchas veces en el nivel nacional. En esta etapa los guerrilleros podrían derrotar a la defensa puntual, empleando sus fuerzas principales para ataques sucesivos contra unidades regulares menores. Pero al tratar de hacerlo, sus agrupaciones mayores se tornan menos elusivas, porque cientos de personas no pueden ocultarse en los accidentes naturales y porque el reclutamiento para formar las fuerzas principales saca a los guerrilleros individuales de su hábitat de origen, con la consecuencia de que, como forasteros, probablemente no recibirán

ayuda de la población de la zona. Este cambio permite al gobierno trabarse con los guerrilleros en una contienda basada en la concentración y la desconcentración, en términos que varían según los respectivos medios de abastecimiento, comunicación y movilidad. Si no hay gran diferencia entre las dos partes en estos aspectos, la espiral puede seguir ascendiendo hasta que ambos pongan en el terreno grandes formaciones, y la *guerra* desplace a la guerrilla.

Pero tal situación es improbable, porque rara vez los guerrilleros pueden reunir todas sus bandas locales para formar fuerzas principales, y por lo general no quieren hacerlo porque las tropas regulares tienen ventaja sobre ellos en cuestiones de abastecimiento, comunicaciones y movilidad[94]. Por eso es más frecuente que las fuerzas principales y sus batallas coexistan con las elusivas bandas pequeñas y sus ataques oportunistas a todos los blancos de valor que se hayan dejado sin defensa. El resultado es que el gobierno se enfrenta así a la concomitante necesidad de tener tanto formaciones grandes —para combatir a las fuerzas principales— como defensas puntuales. Y esto lo coloca exactamente en la misma posición que un ejército involucrado en una guerra convencional en el frente, que ha conquistado activamente poblaciones hostiles y trata de minimizar la dispersión de sus fuerzas para instalar defensas puntuales en la retaguardia. Para un ejército de ocupación, la solución más económica es disuadir a la guerrilla de atacar por medio de represalias, con bajas o no (la destrucción de la propiedad puede resultar igualmente eficaz), y no atacaría distribuyendo pequeñas unidades en todas las zonas de resistencia[95]. Al luchar contra los insurgentes nacionales, la solución equivalente consiste en inducir a los habitantes de áreas inseguras a formar milicias de autodefensa para la defensa puntual, liberando así a los efectivos que habían sido destinados a guarniciones y a servicios de guardia, y reintegrándolos a sus formaciones y a las acciones de mayor escala contra las fuerzas principales de los insurgentes. Es a fue la solución que se adoptó con excelentes resultados en El Salvador durante los años ochenta, cuando la Defensa Civil armó y entrenó a aldeanos

para que se defendieran de las bandas guerrilleras. Una vez que un equipo de entrenamiento móvil hubo enseñado a los aldeanos a usar las carabinas M. 1 y a ejecutar algunas tácticas simples, se dejó en el lugar un solo sargento del ejército regular, equipado con una radio de campo con la que podría desempeñar su tarea de conducción y pedir ayuda en caso necesario. El sistema funcionó notablemente bien y fue en realidad mucho más eficaz que los intentos del ejército regular de encontrar y combatir a los guerrilleros poniendo en acción a sus lentos y ruidosos batallones de 1.200 hombres[96].

En aquellos mismos años el ejército soviético estaba librando su última guerra, en Afganistán. Como debían enfrentarse a insurgentes elusivos y muy fragmentados, porque la resistencia estaba dividida políticamente, el ejército soviético y su gobierno afgano se apoyaron fuertemente en las represalias para contener a los insurgentes: su respuesta normal a los ataques guerrilleros consistió en bombardear las aldeas próximas, y además circularon informes que aseguraban que se había ejecutado a hombres en edad de luchar. Naturalmente, el efecto de disuasión fue escaso porque los insurgentes, que eran el producto de una cultura guerrera acicateada por la religión, no retrocedían ante los sufrimientos de la población civil. Pero a lo largo del tiempo, el bombardeo resultó eficaz porque cambió la demografía de Afganistán. Las zonas en las que la actividad insurgente era intensa fueron quedando despobladas, pero en los lugares en que la población rural no disminuyó, el volumen de la acción insurgente permaneció bajo. Cada vez más, los guerrilleros que luchaban en el terreno ya no tenían cerca a sus familias y clanes. Y en cuanto a los civiles, al trasladarse a los campos de refugiados en el interior de Pakistán y de Irán quedaron a salvo de las represalias soviéticas, pero dejaron a los insurgentes sin el apoyo de partidarios que les proporcionaran comida e información. Fuera de algunas operaciones ocasionales de tipo comando, el ejército soviético —compuesto principalmente por jóvenes reclutas— evitaba la acción ofensiva para disminuir las bajas al mínimo posible. De hecho, el número de soldados caídos siguió siendo reducido: menos de 1,000 muertos en acción por año. Pero en última instancia, también esas

cifras resultaron ser excesivas. Se vio entonces que la sociedad soviética, cerrada y sometida a censura, estaba aun menos dispuesta a aceptar bajas que la sociedad americana durante la guerra de Vietnam.

10
TEATRO DE OPERACIONES III: LA INTERDICCIÓN Y EL ATAQUE POR SORPRESA

Hemos visto ya que los diferentes formatos de la defensa en el teatro de operaciones no son opciones de libre acceso, sino modalidades predeterminadas por actitudes políticas y culturales fundamentales. Normalmente lo que se requiere es una defensa excluyente, aun cuando en la práctica se acepte cierta forma de defensa en profundidad. Por lo que se refiere a las versiones más profundas, incluido cualquier tipo de defensa elástica, rara vez se planifican deliberadamente: sólo se aceptan, con reticencias, para evitar una derrota inminente.

En realidad, en la teoría existe un formato aun más deseable que una defensa excluyente: una defensa *activa*, en la que un teatro de operaciones es defendido lanzando una contraofensiva inmediata, sin lucha defensiva alguna. Así, las ventajas tácticas inherentes a la defensa son sacrificadas deliberadamente, bien para librar de daños al territorio nacional, o porque no hay profundidad geográfica suficiente para llevar a cabo operaciones defensivas eficaces. Ese fue el obstáculo con que tropezó Israel en 1967, cuando las ofensivas árabes concertadas eran inminentes. Además, organizacionalmente es más fácil lanzar ofensivas planificadas que resistir defensivamente con diversos ataques por sorpresa. Sin embargo, en todos los casos, si tanto el atacante como el defensor eligen la ofensiva, uno de los

dos debe haber evaluado muy mal el equilibrio de fuerzas. Una de las razones por las que la defensa activa es rara en el nivel estratégico es que requiere una pujanza ofensiva que es más probable encontrar entre los agresores que entre las víctimas. De hecho, no se puede citar un ejemplo moderno en forma pura, excepto la guerra de Israel de 1967; el caso inmediatamente anterior —el avance de los ejércitos francés y británico hacia el interior de Bélgica en una reacción inmediata contra la ofensiva alemana del 10 de mayo de 1940— no fue un antecedente muy alentador.

El advenimiento de los medios de ataque de largo alcance posibilitó a ambas partes contendientes librar la guerra en lo profundo del territorio enemigo, pero indudablemente la profundidad del teatro de operaciones sigue favoreciendo a la defensa, siempre que haya espacio disponible. Francia, si bien es un país grande para los parámetros europeos, carecía de profundidad en su guerra (de la era del ferrocarril) con Alemania, entre 1870 y 1940, porque París, la ciudad más valorada, no se encuentra situada en el centro del país sino en un rincón al noroeste, a escasas cien millas de carreteras bien pavimentadas desde la frontera belga, y sin importantes barreras de accidentes naturales en el medio. Así las cosas, el tamaño del país fue en realidad una desventaja, ya que la mayor parte de las reservas militares y fuerzas de guarnición tenían que desplazarse desde muy lejos para interponerse entre París y la frontera. Desde luego, esas circunstancias hicieron a París y a Francia muy vulnerables a los ataques por sorpresa. Lo que compensó esa debilidad fue que ya había muchas fortificaciones francesas en las fronteras, mucho antes de la construcción de la Línea Maginot.

La misma geografía fue favorable a la acción ofensiva francesa en dirección norte, hacia los Países Bajos y las provincias alemanas. Con su centro político tan bien ubicado para servir de puesto de mando de avanzada, y con las fortalezas de fronteras disponibles para ser utilizadas como depósitos y bases de asalto, Francia podía realmente organizar ofensivas por sorpresa, y con frecuencia lo hizo, hasta que la unificación de Alemania invalidó esa ventaja.

La Unión Soviética, como la Rusia de los zares antes y la Federación Rusa después, estaba en la situación exactamente opuesta. Con casi ochocientas millas de escasos caminos que protegían como un escudo a Moscú en dirección al oeste, contando desde Varsovia, había una gran profundidad de teatro de operaciones para absorber la fuerza de los invasores suizos, franceses y alemanes desde Carlos XII hasta Hitler. El hecho de que Pedro I el Grande fundara su capital (San Petersburgo) no modificó las cosas fundamentalmente. Si bien la profundidad defensiva de la ciudad hacia el norte era mucho menor que la de Moscú, por la época en que San Petersburgo fue construida el poderío sueco estaba en franco declive, y no había surgido en su lugar ninguna nueva gran potencia del norte. En cuanto a la profundidad occidental, la menor distancia desde la Prusia Oriental, que era de casi 500 millas de camino recto, se veía obstaculizada por el terreno pantanoso que había en medio, lo que obligaba a hacer largos rodeos para evitar pantanos y lagos.

La profundidad geográfica de Moscú es aún mayor hacia el este, a través de un estratégico vacío de varios miles de millas hasta los centros del poder chino y hasta Japón, ninguno de los cuales constituía más que una amenaza periférica, y ni siquiera tanto, tal como acontece hoy en día. Sólo hacia el sur estaba expuesta Moscú, ya que lo que hoy es Ucrania era entonces una tierra de nadie, que formaba parte del corredor de la estepa abierto a las invasiones de turcos y mongoles, peligro que finalmente fue eliminado por la expansión rusa y el declive otomano en la época de Pedro el Grande.

Por la misma razón, sin embargo, la potencia ofensiva de los ejércitos rusos congregados en las afueras de Moscú se vio fuertemente disminuida por la distancia. Hasta la era del ferrocarril, el potencial bélico y el aprovisionamiento sería consumido por los ejércitos en marcha mucho antes de que hubiera podido llegar a sus propias fronteras. La fundación de San Petersburgo no cambió demasiado las cosas, porque las fuerzas rusas permanecieron congregadas principalmente fuera de Moscú y en las regiones aledañas. Por eso los preparativos para una ofensiva rusa importante, antes de la era del ferrocarril, eran una empresa prolongada: un año

íntegro de estación de campaña dedicada principalmente a prepararse para la siguiente, desplazando los ejércitos y sus pertrechos hacia el frente cada vez más profundo. Aún durante la Segunda Guerra Mundial, el ejército soviético necesitaba varios meses para recomponer sus fuerzas entre una ofensiva y la siguiente, una vez que la guerra empezó a definirse a su favor, en el verano de 1943. Y aún ahora, a pesar del transporte aéreo y de los ferrocarriles y de unas pocas rutas bien pavimentadas, se necesitan considerable tiempo y recursos para superar las enormes distancias, y las largas líneas de comunicación están sujetas a una nueva vulnerabilidad: el ataque aéreo.

La otra cara de la moneda de la formidable profundidad defensiva de la Unión Soviética era, por lo tanto, la incapacidad de sus ejércitos para lanzar ofensivas a fondo desde el comienzo. Hacia el oeste, con excepción de las fuerzas ya estacionadas en la avanzada de Alemania Oriental, aun las formaciones soviéticas que se encontraban totalmente preparadas debían enfrentar prolongadas travesías antes de entrar en acción. En ese contexto se propuso un concepto defensivo más para la Alianza Central: una estrategia de teatro de operaciones de *ataque profundo*, que se superpondría con la defensa frontal para retardar, perturbar y perjudicar con bajas a las tropas soviéticas que avanzaban hacia las zonas de combate. Tal acción se llevaría a cabo por medio de ataques aéreos sorpresivos. El despliegue de tiempo de paz de las fuerzas de la Alianza estacionadas en Alemania Occidental pudo o no haber encontrado la manera de contener la primera oleada de ejércitos soviéticos. Pero, indudablemente, no pudo ofrecer una defensa no nuclear fiable contra las formaciones soviéticas movilizadas que llegarían inmediatamente a la escena, desplazándose a una velocidad mucho mayor que los refuerzos de la Alianza.

LA INTERDICCIÓN COMO REEMPLAZO DE LA PROFUNDIDAD

En cierto momento se propusieron una serie de diferentes esquemas de ataque profundo[97], todos ellos anticipos, de un modo u otro, de la llamada «Revolución en Cuestiones Militares», muy discutida desde la década de 1990. Lo que todas estas propuestas tenían en común era la confianza en los misiles balísticos o de crucero armados con muchas submuniciones menores, y también en los aviones tripulados, para atacar blancos situados detrás del frente, hasta a centenares de millas de él.

Ya en aquellos días habían dejado de ser una novedad los ataques aéreos de blancos fijos en la retaguardia, ya se tratase de puentes o de campos de aterrizaje, y sólo realizando cálculos muy minuciosos se podrían evaluar los méritos relativos de realizar tales incursiones con misiles teledirigidos y no con aviones tripulados. Durante la Guerra Fría, la reacción general soviética ante la superioridad técnica de la fuerza aérea occidental fue un intento excepcionalmente amplio e intenso de desarrollar defensas aéreas. El resultado fue un gran despliegue de misiles antiaéreos móviles que aún están esparcidos por todo el mundo. Esto provocó la consiguiente reacción de la Alianza, tanto en forma de tácticas evasivas hoy obsoletas (penetración ultrabaja que prácticamente impide el uso de armas de precisión dirigidas) y represalias electrónicas que han continuado desarrollándose hasta ahora. Pero después de décadas de preparación recíproca, la capacidad de los pilotos occidentales para atacar blancos en la retaguardia seguía siendo dudosa. Por lo tanto, los misiles ofrecían una alternativa adecuada, si bien planteaban una serie de dificultades técnicas, militares y políticas[98]. No obstante, la idea novedosa fue el ataque profundo de los refuerzos soviéticos que avanzaran hacia las zonas de combate. Este procedimiento presentaba dificultades técnicas y planteaba interrogantes que hasta hoy siguen siendo importantes. En vísperas de la guerra aérea de Kosovo de 1999, la capacidad de la fuerza aérea para atacar eficazmente blancos móviles seguía siendo una promesa no cumplida, en agudo contraste con la rutinaria precisión con que los blancos fijos «de alto contraste», como puentes y plantas de generación de energía, pueden ser identificados,

marcados y destruidos.

LA INTERDICCIÓN AÉREA Y LA ARTILLERÍA

Tampoco se introdujeron grandes novedades en la interdicción de los refuerzos. Ya en la Primera Guerra Mundial se había utilizado mucho el ataque sistemático a las rutas de acceso al frente con proyectiles de mortero, cuando esta táctica de artillería de largo alcance era un elemento importante tanto en la estrategia de defensa como en la de ataque del frente. Junto con el obstáculo artificial de la franja de «tierra de nadie» que se extendía entre las líneas de trincheras de los adversarios, con sus cráteres (provocados por las granadas) casi siempre llenos de agua y rodeados por alambre de espino, y la decisiva ventaja de tener ametralladoras emplazadas en las trincheras para atacar a tropas que avanzaban a pie, la interdicción de la artillería permitía a los defensores dispersar a las tropas atacantes[99]. Sin embargo, la artillería de largo alcance fue usada con mucho menos éxito en intentos de romper frentes, impidiendo la concentración de refuerzos en sectores que estaban siendo atacados.

El fuego de mortero contra ciertos puntos, por lo general encrucijadas en las rutas de acceso al frente, no mataba ni hería a muchos hombres ni destruía demasiado equipamiento. Pero tampoco se necesitaba hacerlo para lograr la demora que se buscaba provocar. Sin embargo, en algunos casos la interdicción de la artillería provocó fuertes bajas, como cuando miles de soldados llegaban todos los días, sin interrupción y durante meses, a la pequeña ciudad de Verdún.

En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, después en Corea y Vietnam, y luego en Irak en 1991, la interdicción de largo alcance de pertrechos y refuerzos por medio de ataques aéreos reemplazó o complementó el ataque con morteros a las rutas de

acceso. Las formas más profundas de ataque aéreo requieren aviones más grandes y costosos, o por lo menos más combustible y por lo tanto menores cargas de bombas que ataques al frente; como consecuencia, esas acciones deben ser justificadas por una ventaja compensatoria. Y esa ventaja existe, debido a las diferentes disposiciones del enemigo detrás del frente y sobre el frente. Los refuerzos que se desplazan hacia la zona de combate en convoyes por ruta o ferrocarril son blancos más visibles, más concentrados, y por ende más rentables para los ataques aéreos que las fuerzas desplegadas para combatir, sobre todo si están en la defensa. Pero una cosa es la visibilidad de los blancos y otra la capacidad para aprovecharla. Por ejemplo, los bombarderos no pueden aventurarse libremente en lo más profundo de la retaguardia, volando sobre caminos y vías férreas para ametrallar y bombardear a voluntad a los convoyes militares, a menos que la lógica de la estrategia quede suspendida debido a la falta de reacción del enemigo. Eso fue lo que sucedió en Irak en 1991, porque sólo las defensas antiaéreas fijas permanecieron activas; por el contrario, las fuerzas aéreas de la OTAN siguieron siendo notablemente cautelosas en la guerra de Kosovo de 1999, por temor a las defensas antiaéreas de las fuerzas yugoslavas, de baja tecnología, pero muy abundantes.

Como siempre, en todos estos casos funciona una paradoja. Si el poderío aéreo y las defensas antiaéreas del enemigo son formidables, entonces sus tropas y pertrechos en tránsito pueden amontonarse en convoyes densos que transiten a la luz del día, porque es improbable que se intente la interdicción aérea en gran profundidad realizada por gran número de aviones que ataquen (en parte porque se necesitarían muchos cazas para escoltar a los pocos aviones armados para ametrallar y bombardear). Pero si las defensas antiaéreas del enemigo son débiles y permiten una libre interdicción aérea, es probable que la otra parte no se encuentre con un tráfico militar intenso que pueda atacar con gran provecho. En tal caso, el enemigo trataría por todos los medios de desplazar sus tropas y pertrechos de noche, o en un orden imprevisible, o de ambas maneras. O sea que el poderío aéreo demasiado fuerte socava su propia utilidad

potencial. En realidad, los atacantes se enfrentan a dos problemas: por una parte, los movimientos nocturnos y la dispersión imponen demoras; por la otra, hay que considerar si el tiempo ganado justifica el coste de la interdicción aérea. ¿Acaso retardará la llegada de cierto cuerpo de soldados que podrían modificar el desenlace de determinada batalla? ¿O acaso la interdicción simplemente postergará por algunos días el desplazamiento semanal de rutina? [100]. En el contexto de la defensa del frente central durante la Guerra Fría, era improbable que el transporte de refuerzos y pertrechos hacia el frente pudiera haberse visto seriamente entorpecido por el bombardeo de puentes, viaductos, estaciones ferroviarias y carreteras. La creciente multiplicidad de las carreteras, la mayor densidad de vías férreas que corrían, de este a oeste, desde la Unión Soviética hasta Alemania Oriental, y la superioridad del ejército soviético para apoyar a las tropas combatientes, habría asegurado el fracaso de una campaña de interdicción dirigida a la red de transporte en sí[101].

ESQUEMAS DE INTERDICCIÓN PROFUNDA

Tanto en los actuales esquemas de RMA (*Revolution in Military Affairs*: Revolución en Asuntos Militares) como en sus predecesores, el bombardeo de infraestructuras de transporte es apenas un asunto secundario, aunque muy eficiente ahora, en la era de la precisión de rutina. No obstante, el principal esfuerzo debe estar dirigido contra el tráfico móvil mismo, es decir contra blancos mucho mas difíciles de encontrar, identificar, determinar y destruir. Hasta 1999, e incluyendo la guerra de Kosovo, solamente los blancos fijos habían sido bombardeados eficazmente, es decir, gastando un pequeño número de armas para cada blanco destruido. Los optimistas partidarios de la RMA sostienen que los últimos avances en sensores y computación ofrecen una manera de trascender la paradoja

estratégica, anulando la protección de la noche y —lo que es más dudoso— de la movilidad dispersa. La observación por satélite no puede ser continua, pero la observación aérea de gran altitud realizada por vehículos con control remoto sí puede serlo. Transmitidos instantáneamente, los datos pueden ser evaluados de manera semiautomática para seleccionar blancos específicos y los medios adecuados para atacarlos, enviando hacia ellos misiles o aviones tripulados, portadores de modernos pertrechos. Esto brinda también la posibilidad técnica de atacar fuerzas en tránsito, aun de noche, y aun si están dispersas; pero para ello es preciso que cada elemento funcione adecuadamente[102].

A pesar de todo, aún existe una polémica acerca de la factibilidad, la conveniencia económica y la resistencia del «sistema de sistemas», que identificaría y rastrearía blancos móviles, enviaría hacia ellos misiles y aviones tripulados de un tipo u otro, y realizaría las necesarias correcciones de la dirección mientras los blancos siguen desplazándose. Dejando los cálculos detallados para otro, podemos examinar la cuestión en términos estratégicos, con lo que descubriremos una vez más que Clausewitz se nos ha anticipado. En aquellos tiempos no había aviones de combate ni misiles teledirigidos, pero la fundamental asimetría entre aprovisionamiento en camino detrás del frente y fuerzas desplegadas para el combate ya estaba presente. También lo estaba la tentación de atacar detrás de las líneas con la caballería de asalto profundo. Como de costumbre, Clausewitz describe la posibilidad favorable antes de revelar las dificultades:

> Un convoy corriente de trescientos o cuatrocientos furgones […] ocupa un par de millas; un convoy más grande puede tener varias millas de longitud. ¿Cómo es posible esperar entonces que las pocas tropas que se asignan usualmente a un convoy basten para su defensa? Si a esta dificultad añadimos la naturaleza pesada de esta masa, que sólo puede avanzar al paso más lento y que, además, está siempre expuesta a ser desorganizada y, por último, que

> todas las partes del convoy deben protegerse por igual, porque en el momento en que una parte es atacada por el enemigo el conjunto experimenta un alto y se ve arrojado a un estado de confusión, podemos muy bien preguntar: ¿cómo es posible la protección y defensa de ese convoy? […] ¿Por qué no son capturados todos los trenes de transporte cuando sufren un ataque? o, ¿por qué no son atacados todos los que requieran una escolta? […]
>
> La explicación es la siguiente: casi todos los trenes de transporte obtienen mucha más seguridad de la situación estratégica en general [en la retaguardia] que cualquiera de las otras partes expuestas a los ataques del enemigo, y esto proporciona a sus limitados medios de defensa una eficacia mucho mayor. […] Todo esto nos hace percibir con más claridad que la seguridad de los trenes depende más de estas circunstancias generales que del poder defensivo de su escolta. Si añadimos a todo esto que la defensa mediante la escolta, aunque sin duda no puede proteger su convoy directamente por medio del ataque resuelto contra el enemigo, es capaz, sin embargo, de trastornar su plan de ataque, parece finalmente que el ataque a un convoy, en lugar de ser una acción fácil y de éxito seguro, es bastante difícil y sus resultados serán inciertos[103].

En otras palabras, una vez que la desventaja operacional de cualquier acción realizada fuera de la propia área de control, en pleno espacio enemigo, se resta de la ventaja táctica de atacar blancos que están concentrados y son visibles y vulnerables mientras se desplazan por carreteras y ferrocarril, el beneficio restante puede no bastar para compensar el coste y el riesgo de atacar a mayor distancia. Clausewitz nos recuerda una tercera, y más sutil, consideración: la «situación estratégica general» de los convoyes en la retaguardia es operacionalmente ventajosa para las fuerzas de la defensa en su conjunto, no solo porque pueden observar más fácilmente el despliegue del combate sino también porque disponen

de toda su fuerza. En los días de Clausewitz, el desenlace de una incursión de la caballería no se conocía hasta que los atacantes volvían y contaban su historia; el resto del ejército no podía prestarles ayuda alguna, simplemente por falta de conocimiento de sus vicisitudes. Además, solo una pequeña parte del ejército podía ser enviada en incursiones de ataque: algunos centenares de jinetes eran una gran fuerza de ataque sorpresivo, aun para un ejército de decenas de miles de soldados.

Hoy existen medios técnicos de observación que permiten controlar la acción a medida que se desarrolla, pero sigue siendo la defensa la que mejor puede evaluar los resultados del ataque aéreo dentro de su propia área de control. Hasta tanto se los destruya, los satélites enviarán imágenes, pero el humo y los escombros de las explosiones revelarán los efectos de los ataques aéreos pero también los ocultarán. Los aviones equipados con radar que vuelan a gran altura pueden observar a los lados hasta una distancia considerable y la fotografía aérea puede acompañar a todo el desarrollo de una guerra, pero la totalidad de la información así recogida no puede sin embargo compararse con el detallado relato proporcionado por una serie de informes de situación, si la defensa todavía tiene telecomunicaciones y puede recibirlos. Esa ventaja informativa, y la posesión de todos los medios *in situ*, les permiten a los defensores reaccionar con medios amplios contra el estrecho alcance del ataque profundo, ya enfrentando a la caballería enemiga con la propia caballería (como en los tiempos de Clausewitz), ya utilizando la potencia aérea o apelando a la guerra electrónica, como es posible hoy en día.

No podemos predecir el resultado de las medidas de interacción y de las represalias que sobrevendrían si realmente se desplegaran los sistemas de ataque profundo. Pero los sensores, los transmisores de datos, los centros de control, los principales vehículos aéreos y las municiones disparadas son potencialmente vulnerables ante las represalias. Aunque los sensores que inicialmente detectan los blancos para informar a los centros de control puedan tener amplias capacidades sobre sus diversas plataformas (satélite y también

aviones tripulados y no tripulados, con radar o con miras ópticas, de rayos infrarrojos y otros sensores), la orientación de las municiones individuales que finalmente atacan cada uno de los blancos debe ser muy simple, si es que se quiere que el sistema como un todo sea económico.

No hay nada que pueda impedir el uso de diferentes tipos de guía terminal para los diferentes tipos de municiones, de modo que los convoyes de vehículos terrestres y otros blancos de la retaguardia podrían ser atacados con tandas mixtas de municiones teledirigidas, resistentes en conjunto a cualquier contraataque. Pero tampoco existe obstáculo alguno para que la defensa use diversas combinaciones de diferentes respuestas. Desde luego, no todas las municiones terminales deben ser dirigidas; las armas de dispersión dirigen sus proyectiles de racimo a zonas, no a puntos determinados. Pero es precisamente su condición de armas mortíferas lo que determina que su capacidad sea limitada y esté sujeta a respuestas igualmente letales[104].

LA FRAGILIDAD DE LOS SISTEMAS CONSECUTIVOS

El torneo técnico entre las municiones terminales y las respuestas terminales es más o menos simétrico, pero existe una asimetría fundamental en la competencia entre los sistemas de ataque profundo en general y las medidas de respuesta contra ellos. Para tener éxito, la caballería atacante de los tiempos de Clausewitz tenía que eludir los piquetes que vigilaban el frente, maniobrar alrededor de fuerzas mayores que se interponían en su camino, detectar por sus propios medios un convoy aislado y dispersar su escolta para atacar eficazmente. Y todas estas acciones debían ser realizadas sucesivamente. Así mismo, en los sistemas de ataque profundo los sensores iniciales, las transmisiones de datos, los

centros de control, los misiles o los aviones terminales, y las municiones terminales, deben funcionar correctamente, una tras otra y en la secuencia adecuada. Los defensores pueden anular la capacidad del sistema para atacar cualquier serie dada de blancos neutralizando con éxito sólo uno de los componentes. Es cierto que la superabundancia de material puede disminuir la desventaja, pero eso tiene un precio; y aun entonces, los riesgos de fricción, que no requieren esfuerzo alguno por parte de la defensa, se verán multiplicados por la índole consecutiva de los sistemas de ataque profundo.

Cuando dejamos de lado todas las especulaciones técnicas, nos enfrentamos con la cruda incertidumbre acerca de los resultados que los sistemas de ataque profundo pueden ofrecer, ya que las respuestas evolucionan subrepticiamente a lo largo del tiempo. La incertidumbre acompaña constantemente a la guerra, pero hay una gran diferencia entre la incertidumbre vinculada con el uso de una espada (que podría romperse), de un rifle sencillo (que podría encasquillarse) o de un tanque (que podría sufrir un desperfecto), y el uso de un complicado sistema consecutivo, compuesto por muchos dispositivos independientes, cada uno de los cuales es falible por sí mismo.

La respuesta más directa a los sistemas de ataque profundo es simplemente atacarlos, pero sólo Estados Unidos fue capaz de construirlos y sólo la Federación Rusa fue capaz de atacarlos. Los misiles antisatélite y los cazas de largo alcance pueden buscar y destruir las plataformas no tripuladas de los sensores iniciales, utilizando al mismo tiempo la interferencia electrónica contra sus transmisiones de datos. Desde luego, también se podrían lanzar ataques con aviones de combate tripulados, misiles de bombardeo e incursiones de tipo comando contra los centros de control computerizados (junto con los conocidos recursos de confusión por camuflaje y de simulación); las plataformas de lanzamiento de misiles y las bases aéreas de los principales vehículos podrían ser atacadas, utilizando al mismo tiempo los recursos disponibles para interferir o cortar las comunicaciones emitidas desde los centros de

control; las defensas aéreas de todo tipo, en forma de aviones de combate, misiles y cañones antiaéreos, interferirían con el lanzamiento de las municiones terminales (junto con respuestas de protección y de simulación), y al combinar todas estas formas de ataque, la vulnerabilidad asimétrica de los sistemas consecutivos podría influir decisivamente en el desenlace. Si la buena fortuna o un análisis inteligente contribuyeran en las acciones de neutralización, la destrucción de algunas plataformas de sensores, algunos centros de control y ciertos vehículos importantes en su fuente o en tránsito podrían bastar para neutralizar varias secuencias complejas de ataque profundo.

11
LAS FALSAS ESTRATEGIAS: NAVAL, AÉREA, NUCLEAR

Antes de proceder a examinar el nivel de la gran estrategia, debemos hacer una pausa para responder a la confusa y perturbadora pregunta de si las estrategias de una sola fuerza existen. Aquí están en juego una excesiva libertad de lenguaje y la inocente exuberancia de los entusiastas de cada fuerza. Pero si hubiera realmente una estrategia naval, aérea o nuclear, en algún sentido que no sea el de la combinación de los niveles técnico, táctico y operacional dentro de la misma estrategia universal, entonces cada una de ellas debería tener su lógica particular, o existir como algo equivalente a la estrategia del teatro de operaciones, que quedaría entonces limitada a la guerra terrestre. Lo primero es imposible; lo segundo, innecesario.

Para intentar un análisis ordenado, empezaré por señalar que en los niveles técnico, táctico y operacional es evidente que se aplica la misma lógica paradójica. En consecuencia, al explorar esos tres niveles cité libremente ejemplos de guerra naval y aérea junto con otros tomados de la guerra terrestre. En el nivel de la estrategia del teatro de operaciones, es cierto, el foco de la indagación estuvo en la guerra terrestre, mientras que el poderío aéreo se analizó solo incidentalmente[105] y sin que se citara ejemplo naval alguno. Hay una razón para ello.

ESPACIO Y MOVILIDAD

La omisión de ejemplos navales y el menosprecio de la guerra aérea en el análisis de la estrategia del teatro de operaciones no fue accidental. En realidad, también está presente la misma expresión *espacial* de la lógica paradójica en la contienda naval y aérea. Las fuerzas de mar y de aire también tienen disposiciones de frente y de retaguardia; defensas delanteras, defensas en profundidad, etcétera, todas las cuales podrían aplicarse igualmente a la guerra fuera de la atmósfera o guerra espacial. Las fuerzas aéreas y navales interactúan espacialmente dentro del nivel de la estrategia del teatro de operaciones tal como lo hacen las fuerzas terrestres. Pero debido a su mejor movilidad, los fenómenos espaciales son mucho menos importantes. Se pueden cambiar las órdenes tan rápidamente que la modificación no condiciona los resultados; de hecho, con frecuencia son tan transitorias que resultan triviales.

Así, la idea de la superioridad naval popularizada por el eminente historiador naval Alfred Thayer Mahan[106], concepción que orientó el comportamiento de la armada británica y de la armada alemana en la Primera Guerra Mundial, y de la armada japonesa en la Segunda Guerra Mundial, significó la anulación absoluta de toda consideración espacial. La flota superior controlaría los océanos de todo el mundo, permaneciendo al mismo tiempo concentrada —y casi inactiva— en una ubicación por ella elegida. Con el torpedero prácticamente neutralizado hacia 1914, y el submarino (erróneamente) descartado, la capacidad para derrotar a la escuadra de barcos de guerra del enemigo (siempre que hubiese una batalla en determinado lugar y en determinado momento) sería lo que aseguraría todos los beneficios de la supremacía naval continuamente y en todas partes. La armada más fuerte ganaría el libre uso de las rutas marítimas para el comercio y el transporte militar, mientras que ese uso le sería negado al enemigo, sin necesidad de bloquear sus puertos.

La jerarquía de la fuerza naval determinaría tal desenlace: al ser

inferior, la escuadra enemiga no podría arriesgarse a dar batalla, y tampoco sus cruceros se aventurarían a salir. Por ende, los cruceros enemigos no podrían atacar en alta mar, ni prestar apoyo a las flotillas de destructores para hacerlo, porque si fueran interceptados serían derrotados fácilmente por los cruceros, que serían igualmente rápidos pero más resistentes, y estarían armados con cañones más grandes y blindaje más grueso. Los cruceros de la flota más fuerte podrían, por lo tanto, operar sin encontrar resistencia, y el enemigo no podría ni asegurar ni proteger las rutas oceánicas con sus destructores, porque no podrían entrar en combate con los cruceros de la flota superior.

Así, la remota e inactiva escuadra de barcos de guerra concentrada en cierta posición podría ejercer indirectamente su dominio sobre los océanos, prescindiendo de la distancia, aunque los cruceros pudieran desplazarse libremente por todas partes. Desde luego, nada había que impidiera que un destructor enemigo saliera velozmente de puertos seguros para interceptar a un barco mercante aislado que surcara el mar en las cercanías, pero eso era todo. Con excepción de los pasajes costeros protegidos y de los mares cerrados como el Báltico, el contendiente que tuviera una armada inferior se encontraría excluido de la navegación en alta mar, como le aconteció a Alemania durante la Primera Guerra Mundial.

Pero una vez introducido el submarino, la escuadra superior no pudo ya seguir garantizando la seguridad de *su propia* navegación comercial. En presencia de poderosas fuerzas submarinas enemigas, concentrarse exclusivamente en el hipotético choque de los barcos de guerra condenaría a la flota a la pasividad, porque los barcos más importantes necesitarían su escolta de cruceros (contra los destructores) y destructores (contra los torpederos), con lo que no dejaban nada para proteger a la navegación en general de los ataques submarinos[107].

En el peor de los casos el resultado podría ser una negación simétrica de la navegación, pobre desenlace para la parte más dependiente del comercio transoceánico. Por cierto, esto estuvo a punto de suceder en el punto más álgido de las campañas de los

torpederos alemanes en ambas guerras mundiales, en 1917 y 1942 respectivamente, cuando la flota de barcos de guerra de los aliados impidió el comercio marítimo alemán, mientras que los submarinos alemanes impedían en gran medida la navegación de los aliados. Las fuerzas de los dos contendientes prácticamente no registraron limitaciones debidas a consideraciones espaciales.

No es el medio lo que hace la diferencia, sino más bien el grado de movilidad de las respectivas fuerzas: mientras mayor es la movilidad, menores son las consecuencias de las ubicaciones de las fuerzas en cualquier momento. Si las fuerzas terrestres pudieran también desplazarse rápida y libremente a través de toda la extensión de los escenarios y entre ellos, el nivel de la estrategia del teatro de operaciones también perdería su importancia para ellas. Los ferrocarriles tuvieron ese efecto hasta cierto punto, pero las consecuencias del transporte motorizado fueron aún mayores. Desplazándose en camiones, las tropas y las armas pasaban de un sector a otro en tiempo «táctico», es decir, en el transcurso de una sola batalla, lo que aminoraba la importancia de los despliegues previos al combate. Durante la Segunda Guerra Mundial, el transporte aéreo intensificó el efecto para los movimientos dentro del teatro de operaciones. Desde entonces, su alcance se extendió también a los movimientos dentro del teatro de operaciones, aunque sólo para las fuerzas relativamente pequeñas y ligeras que pueden ser transportadas en avión a través de largas distancias.

Ahora bien, en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones persisten ciertos fenómenos importantes, a causa simplemente de los límites de movilidad de las fuerzas terrestres: la vulnerabilidad y la limitada capacidad del transporte aéreo, y su dependencia de las pistas de aterrizaje; y las restricciones geográficas, la baja velocidad y la dependencia de los puertos, en el caso del transporte marítimo. Se puede establecer una comparación con la insignificancia del nivel operacional de la estrategia si el modo dominante de combate es el desgaste. No es necesario definir por separado la correspondiente importancia de las fuerzas navales y aéreas para la estrategia del teatro de operaciones, porque en ese nivel los fenómenos de la

guerra terrestre son los más importantes. Tampoco puede haber otro nivel de estrategia que se aplique sólo a una forma de fuerza militar y que esté por encima del nivel operacional pero por debajo del nivel de la gran estrategia.

LOS CONTENIDOS DE LA FALSA ESTRATEGIA

Si no hay fenómenos distintos, ¿cuál es entonces el contenido de los numerosos escritos en cuyos títulos figuran las expresiones «estrategia naval», «estrategia aérea», «estrategia nuclear» o (más recientemente) «estrategia espacial»? Con la interesante excepción del alegato de Mahan en favor del poderío marítimo, nosotros consideramos que en esa bibliografía se exponen cuestiones principalmente técnicas, tácticas u operacionales, o se defiende determinada política, por lo general en el nivel de la gran estrategia[108].

En lo que se describe como estrategia naval adquieren demasiada importancia las cuestiones referentes a la composición de la fuerza. El antiguo debate entre los partidarios de los barcos de guerra y los partidarios de los portaaviones, o la discusión más reciente entre los defensores de los submarinos, los barcos «arsenal» y los barcos de guerra clásicos, pertenecen claramente al nivel de análisis operacional, ya que en la guerra real esas fuerzas interactuarían competitivamente en el nivel operacional. En cuanto a los debates menores sobre temas tales como los méritos de los portaaviones más grandes o más pequeños, pertenecen al nivel técnico de análisis, ya que en la realidad todo depende de las diferencias de desempeño técnico y de coste. Las preferencias técnicas suelen incluir también consideraciones más amplias, pero en ese caso se tratará siempre de consideraciones de gran estrategia, como por ejemplo hasta qué punto los portaaviones grandes son

mejores para la guerra ofensiva y los pequeños para actuar como escolta defensiva.

Ahora bien, cuando se trata del poderío aéreo, las decisiones que se toman sobre composición de la fuerza se ven también condicionadas en los niveles técnico, táctico u operacional, y no en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones. Así fue en el debate de 19451955 (tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña) entre los partidarios de las fuerzas de bombarderos «equilibradas» (pesadas, medias y livianas), y quienes sostenían que todos los recursos debían ser dedicados sólo a los bombarderos pesados. También lo fue en el debate de 1955-1965 entre los defensores de los misiles teledirigidos y quienes seguían creyendo en el valor de los bombarderos tripulados. Y sigue siendo así en el actual debate entre los partidarios de la aeronavegación no tripulada (vehículos manejados por control remoto, misiles de crucero) y quienes insisten en que los aviones tripulados merecen seguir recibiendo todos los recursos disponibles. Las consideraciones espaciales no han desempañado papel alguno en estos debates, tan dominantes son los cálculos coste-eficacia y la silenciosa presión que ejercen las preferencias institucionales; las fuerzas aéreas comandadas por pilotos no sienten entusiasmo alguno por los aviones no tripulados.

Con respecto a la elección de blancos de ataque, que tradicionalmente ha tenido gran importancia dentro de lo que se describe como «estrategia aérea»[109], tampoco pertenece a la estrategia del teatro de operaciones sino más bien al nivel de la gran estrategia. Por supuesto, cualquier blanco civil o militar podría ser bombardeado por cualquier razón, pero las *consecuencias* del bombardeo se manifestarán en el nivel de la gran estrategia. Por eso la elección entre categorías de blancos es un tema adecuado para la política nacional, ya que la respuesta de las víctimas será una respuesta nacional, también en el nivel de la gran estrategia.

Las mismas consideraciones se aplican a los propósitos para los que se emplea el poderío naval. Sólo los resultados de desembarcos anfibios se verán condicionados en el nivel de la estrategia del teatro

de operaciones. Pero si se trata de bloqueos o de una prolongada interceptación de la navegación, o de la proyección del poderío aéreo de la marina sobre tierra, la gran estrategia será el nivel más relevante de acción y de respuesta. Lo cierto es que la eficacia de la interceptación o de la proyección naval puede depender de factores geográficos y, por ende, del nivel de la estrategia del teatro de operaciones, pero las interacciones operacional y táctica de las fuerzas de cada parte son en general más importantes. Indudablemente, si se obstaculiza o impide la navegación, las consecuencias estarán determinadas por la autosuficiencia del estado afectado; también en este caso la acción y la respuesta se manifestarán en el nivel de la gran estrategia.

RECLAMOS DE AUTONOMÍA: EL PODERÍO NAVAL

Sólo puede haber una justificación válida para definir una estrategia que se limita a una sola forma de poderío militar: que sea decisiva por sí misma. Ésa era precisamente la argumentación de Mahan: en su interpretación de la historia, el poderío naval era el factor determinante en el ascenso y la caída de las naciones[110]. En realidad, Mahan empleó la expresión «poderío naval» en dos sentidos diferentes: fuerza armada dominante en el mar («la que arrebata la bandera al enemigo o le obliga a alejarse como un fugitivo»); o, en términos más generales, la vasta gama de beneficios que los combates marítimos pueden asegurar: comercio, navegación, colonias, acceso a diversos mercados[111]. El «poderío marítimo I» de Mahan era el elemento determinante de corto plazo que decidía el desenlace de las guerras, por bloqueo y por incursiones marítimas. Su «poderío marítimo II» era el elemento de largo plazo determinante de la prosperidad de las naciones. Es evidente que Mahan exageró al generalizar tanto basándose en su interpretación

de la historia británica: equiparó el poderío marítimo en ambos sentidos con el poder como tal, ignorando a los estados continentales que no confiaban hasta ese punto en la navegación de larga distancia. Entre esos estados figuraba Alemania en las dos guerras mundiales, y la Unión Soviética en su momento.

Algo quizá menos obvio, pero más interesante desde la perspectiva de nuestra indagación estratégica, fue la falacia de la argumentación de Mahan al explicar el éxito británico contra sus enemigos continentales como el resultado del poderío británico en el mar.

No está en discusión que para los británicos el «poderío marítimo I» fue un instrumento esencial, y el «poderío marítimo II» una fuente de enormes riquezas. Pero la verdadera causa de la supremacía naval de Gran Bretaña fue el éxito de su política exterior para mantener un equilibrio de poder en Europa[112]. Al intervenir para hacer frente a cualquier gran potencia o coalición que pareciera estar a punto de dominar la Europa continental, los británicos lograron que constantemente hubiera conflicto. Eso obligaba a las potencias continentales a tener grandes ejércitos, lo que a su vez les impedía mantener grandes armadas. El «poderío marítimo I» y el «poderío marítimo II» eran necesarios para mantener a las potencias continentales en un equilibrio amenazante. Pero ése no era el argumento de Mahan, ni su interpretación[113]. Por lo tanto, podemos reconocer que la superioridad del poderío naval era el *resultado* de una buena estrategia, y no su causa. Esa estrategia consistió en una diplomacia muy activa y en la capacidad de subsidiar a aliados bien dispuestos pero pobres (que obtuvieron prioridad en la política británica), y no en el mantenimiento de la Royal Navy. Una vez que las condiciones que hicieron relativamente fácil tener superioridad naval fueron establecidas, apelando al mantenimiento del equilibrio de poder, la Armada recibió los modestos recursos que necesitaba para tener «poderío naval I», que a su vez proporcionó «poderío naval II»…

Si los británicos hubiesen dejado de lado la diplomacia y los

subsidios en un directo intento de lograr la superioridad en el mar superando a todos los rivales continentales, el resultado inmediato habría sido consumir el capital necesario para el «poderío naval II», y el resultado a largo plazo, socavar el equilibrio de poder. Eso, por su parte, habría reducido la desviación de recursos continentales hacia la guerra terrestre, y los recursos británicos hubieran sido insuficientes para competir con todo el talento naval de una Europa occidental unida.

El hecho de que la supremacía naval británica coexistiera con la financiación notoriamente mezquina que recibía la Royal Navy reflejaba la lógica de la estrategia. Pero habría sido contradictorio con esa lógica paradójica que Gran Bretaña hubiera podido alcanzar la supremacía agregando más y más fragatas a su Armada. Los adversarios europeos, libres para reaccionar ante la exclusiva concentración británica en su fuerza naval, habrían construido sus propias fragatas en lugar de verse forzados a dedicar sus recursos a sus ejércitos. Los contemporáneos que criticaban el abandono de la Royal Navy y los almirantes que se quejaban amargamente de que el oro británico estaba siendo entregado a extranjeros mientras sus propios barcos sufrían carencias, tenían a su favor el sentido común, pero no la estrategia.

Paradójicamente, en la época en que Mahan publicó su libro, el gobierno británico había abandonado su histórica política. En lugar de armar a los adversarios continentales de Alemania, especialmente a los mal equipados rusos, para mantener su poderío en tierra, finalmente se destinaron importantes fondos a la Royal Navy para preservar el «poderío naval I» por medio de una franca competencia con la Alemania imperial en la construcción de barcos. Tanto el sentido común como la opinión popular estaban satisfechos. Mahan fue aclamado en Gran Bretaña, no como un orientador de la política sino como el propagandista de una política ya formada. La *National Defence Act* (Ley Nacional de Defensa) que ordenaba «paridad» con las dos armadas continentales más fuertes juntas, fue aprobada en 1889, antes de que se publicara el primer libro «influyente» de Mahan.

Finalmente, en la Primera Guerra Mundial se sacrificaron el «poderío naval II», el capital que había acumulado y mucha sangre. Aquel fue el primer enfrentamiento continental verdaderamente costoso de Gran Bretaña, que una concentración menos intensa en el «poderío naval I» podría haber aliviado, si no evitado. Tanto si fue la rigidez de la opinión pública la que determinó que los líderes británicos no emularan a sus predecesores (que hubieran financiado ferrocarriles y arsenales para la Rusia zarista en lugar de construir más barcos de guerra) como si fue su propia falta de visión estratégica, hay pocas dudas de que la agonía del declive de Gran Bretaña se aceleró con una política que reflejaba el espejismo mahanista.

EL BOMBARDEO ESTRATÉGICO

Inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial surgió una demanda absolutamente nueva de autonomía estratégica. Por entonces, las limitaciones del poderío naval en la guerra moderna habían quedado expuestas, con la lenta agonía del bloqueo, la dificultad de las incursiones por mar (las fuerzas terrestres podían llegar demasiado rápidamente al escenario de la contienda) y el costoso fiasco de la única gran ofensiva anfibia en Gallípoli. Debido a que la ventaja táctica de la mera altitud fue comprendida universalmente, los aviones, más pesados que el aire, fueron adoptados para uso militar pocos años después de su aparición. Alrededor de 1914 todos los ejércitos importantes tenían aviones para observación general y para corregir el fuego de artillería; hacia 1918 habían surgido ya las fuerzas aéreas en gran escala: el 11 de noviembre de 1918 (el Día del Armisticio) la Royal Air Forcé disponía de 22.000 aviones y de 293.532 hombres uniformados. Las armadas también habían adquirido su propia aviación, compuesta sobre todo por planeadores precariamente lanzados desde la cubierta

de barcos de guerra y recuperados después; el primer verdadero portaaviones ya estaba listo antes del fin de la guerra.

Por lo tanto, los aviones estaban bien establecidos, aunque sólo como elementos auxiliares de los ejércitos y las armadas. Algunos de los primeros oficiales de aviación exigieron independencia para la nueva especialidad, sobre la base de la eficiencia y destacando que se podían economizar fondos si la adquisición de aviones y el entrenamiento de los pilotos se centralizaban, en lugar de seguir divididas entre los ejércitos y las armadas. Y otros fueron aún más lejos, al proclamar la autonomía estratégica de la aviación.

Hubo tres hombres que promocionaron a la fuerza aérea como la gran fuerza del futuro y cuyas opiniones alcanzaron amplia divulgación: Giulio Douhet, líder de la fuerza aérea italiana aun antes de 1914, publicó *Il dominio dell'aria* en 1921; el estadounidense William (Billy) Mitchell, también oficial de la fuerza aérea, publicó *Winged Defense* en 1925, mucho antes de que el libro de Douhet fuera traducido al inglés, en 1942, poco después de que Mitchell bombardeara Tokio; y Hugh Montague Trenchard, fundador de la Roya! Air Forcé, divulgó sus ideas en documentos internos de la fuerza.

La argumentación común de Douhet, Mitchell y Trenchard era que la aviación ofrecía la posibilidad de penetrar directamente en el corazón mismo del territorio enemigo, sobrevolando frentes defendidos y toda clase de barreras geográficas; que las grandes escuadras de bombarderos podían evitar los lentos procesos propios de la guerra terrestre y naval, destruyendo la industria de la que dependían todas las formas modernas del poderío militar; y que, por lo tanto, era posible alcanzar rápidamente la victoria sólo gracias a la superioridad del poderío aéreo[114], sin las enormes bajas de la guerra terrestre y sin los largos años del bloqueo naval. Douhet, Trenchard y sus seguidores se diferenciaban de Mitchell porque sostenían que los bombarderos podían prácticamente hacer caso omiso de las defensas antiaéreas, con lo que equiparaban a la fuerza aérea con la potencia *ofensiva* total[115]. Pero los tres concordaban en que el poderío aéreo había tomado obsoletas todas las otras formas

de poderío militar.

Posteriormente, el poderío aéreo estratégico se vio afectado en la Segunda Guerra Mundial tanto por sus propios defectos como por la reacción que produjo, que fue más fuerte porque los grandes reclamos para que se bombardeara habían tenido gran aceptación antes de la guerra, mientras que las imperfecciones de precisión y volumen fueron pasadas por alto. Una respuesta ante la amenaza de los ataques aéreos masivos contra ciudades importantes (con bombas de gas, según se creía), fue la afanosa búsqueda de un medio de detección de largo alcance que diera alguna esperanza de interceptar a los bombarderos enemigos. En 1939 Gran Bretaña, Alemania y los Estados Unidos habían desarrollado el radar de largo alcance, desmintiendo así el supuesto de Douhet-Trenchard de que los bombarderos siempre lograrían su objetivo[116].

LA DEFENSA ANTIAÉREA

Las defensas contra aviones de combate eran casi inútiles antes del radar, pero no habían sido abandonadas, con la frágil esperanza de que los numerosos informes telefónicos enviados por observadores y los datos producidos por los dispositivos de detección por el sonido permitirían la interceptación. Es decir, que cuando el radar apareció en escena, tanto los «cazas», o aviones de combate, como los sistemas para dirigirlos desde tierra estaban ya en funcionamiento. En el ínterin, como se suponía que debían ser «estratégicos» y que, por ende, requerían grandes cargas de armamento para destruir industrias y ciudades, los aviones de bombardeo habían llegado a ser mucho más grandes y lentos que los «cazas» (aviones de combate), contra los cuales ya prácticamente no podían maniobrar[117].

Los defensores del bombardero reconocían esta debilidad táctica y proponían como solución las formaciones masivas, bien armadas

con ametralladoras. Además, antes del radar no descartaban la posibilidad de destruir a los aviones de combate aislados que pudieran encontrar en su camino. De acuerdo con los principios militares clásicos, la ventaja de la iniciativa proporcionaría superioridad numérica sobre los cazas enemigos dentro del tiempo y el espacio del combate. El fuego concertado de los artilleros anularía la ventaja de la versatilidad del caza, cubriendo todos los vectores de ataque, sin importar cuán rápidamente el caza pudiera pasar de uno a otro. O sea que en el nivel operacional, la ventaja de la formación masiva de bombarderos consistía en superar la esperada inferioridad de nivel táctico del bombardero aislado.

Fue en este punto donde intervino el control desde tierra asistido por radar. Ese recurso permitió que grupos completos de cazas interceptaran deliberadamente a formaciones de bombarderos, en lugar de tener que confiar en las patrullas y sus combates casuales[118]. Por lo tanto, el espacio aéreo podía ser defendido sistemáticamente, tal como el espacio terrestre había sido defendido durante largo tiempo, con la red de radar formando una línea de frente y con las escuadras de aviones de combate actuando como fuerzas móviles que podían converger, según fuera el grado de concentración ofensiva. La ventaja de los bombarderos en la iniciativa se reducía a lo que las demoras debidas a las limitaciones del radar, las represalias deliberadas, y las fricciones organizacionales pudieran imponer a la interceptación. La defensa, por su parte, tendría la clásica ventaja de luchar dentro de su propio espacio aéreo, la capacidad de «preparar el terreno» con los cañones antiaéreos, los reflectores y las barreras de globos. Además, la defensa podía realizar varias interceptaciones con los mismos aviones, abasteciéndolos de combustible y renovando sus armas para la acción, mientras que la formación de bombarderos debía ir y volver en determinado número de horas. Así, las defensas antiaéreas eran también superiores en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones, lo que se sumaba a la ventaja táctica de los cazas, que ya no eran superados por la ventaja de nivel operacional de las formaciones de bombarderos, sino que podían hacerles frente.

Esa secuencia determinó la derrota por desgaste de la campaña de bombardeo llevada a cabo por la Luftwaffe contra Gran Bretaña en 1940. La campaña no logró quebrar la voluntad de lucha de los británicos, como ningún bombardeo sistemático quebraría de allí en adelante la voluntad de una nación. Además, la fuerza de bombarderos de la Luftwaffe carecía de las cargas explosivas e incendiarias que se hubieran necesitado para destruir rápidamente gran parte de la capacidad industrial británica, y ninguna campaña de bombardeo habría de lograr posteriormente ese objetivo contra alguna nación industrializada importante.

La Luftwaffe fue la primera fuerza aérea que intentó el bombardeo «estratégico» en la Segunda Guerra Mundial, y la primera que fracasó, porque sus líderes no creyeron en su valor y no tomaron como primera prioridad el bombardeo de ciudades y de la industria[119]. En lugar de bombarderos pesados, los alemanes estaban construyeron bombarderos medianos y livianos que ponían el énfasis en la precisión para el uso en el campo de batalla —lograda por el bombardeo submarino—, lo que a su vez no permitía cargar bombas grandes. Teniendo en cuenta los aviones de que disponía, el bombardeo de la Luftwaffe de ciudades británicas, como también de Varsovia y Rotterdam anteriormente, había sido una improvisación. Como consecuencia incidental, las pérdidas sufridas por Alemania subestimaron enormemente la vulnerabilidad de los bombarderos como tales, debido a que sus propio bombarderos eran especialmente dúctiles y también más rápidos.

Como la Luftwaffe no tenía bombarderos pesados cuatrimotores, del tipo que habrían de ser producidos en gran número por Gran Bretaña y Estados Unidos, su fracaso contra Gran Bretaña era considerado un hecho por los defensores del bombardero, quienes continuaban proclamando la autonomía estratégica de su arma preferida. Sólo después de que los bombarderos pesados británicos y norteamericanos hubieron atacado Alemania en gran escala, la teoría Douhet-Mitchell-Trenchard fue finalmente abandonada, primero por los británicos y después por los estadounidenses. En realidad, el bombardeo no fue

repudiado como medio eficaz de combate, pero evidentemente no podía ser un instrumento autosuficiente y rápido para alcanzar la victoria.

El largo y sangriento proceso de desgaste por lucha terrestre y bloqueo naval, que supuestamente los bombarderos evitarían, se trasladó a la guerra aérea, en la que las posibilidades de supervivencia de la tripulación eran menores que las de la infantería en la guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial.

En última instancia, fue sólo la superioridad técnica de la guerra electrónica británica y el superior desempeño de los cazas de escolta estadounidenses (especialmente el P-51 Mustang, que logró una combinación aparentemente imposible de largo alcance y ductilidad) lo que permitió que los bombarderos enviados contra Alemania destruyeran tanto como destruyeron. Pero contra la mera escala y flexibilidad de la industria y las infraestructuras de Alemania, aun la vasta escala del bombardeo británico y estadounidense (que superó con creces todas las incursiones de la Luftwaffe contra Gran Bretaña) sólo tuvo un lento efecto acumulativo, que no fue más rápido que el de un bloqueo. El bombardeo no pudo siquiera obtener resultados rápidos contra la producción industrial de Japón, más reducida y menos flexible, que se vio más afectada por la falta de materia prima (causada por las pérdidas de barcos) que por los bombardeos[120]. Simplemente, los defensores del bombardeo «estratégico» habían sobrestimado enormemente sus efectos físicos, y subestimado mucho la resistencia política e industrial de sus víctimas.

EL ADVENIMIENTO DE LAS ARMAS NUCLEARES

Cuando en 1945 la bomba de fisión («bomba atómica») literalmente explotó en escena, se tuvo la impresión de que el

reclamo de autonomía estratégica para el bombardeo aéreo, recientemente condenado por la experiencia de la guerra, había sido inesperadamente rehabilitado. Todas las desventajas del bombardero (técnicas, tácticas y de teatro de operaciones) y toda la resistencia de sus víctimas se verían anuladas por la nueva arma.

Ya se sabía que el bombardero no siempre despegaría como estaba planeado, debido a fallas técnicas; no siempre sobreviviría a las defensas antiaéreas; no siempre se dirigiría correctamente hacia su blanco; no todas las bombas darían en el blanco y algunas no explotarían. Fue la multiplicación de estos «factores de degradación» lo que hizo que la destrucción por bombardeo aéreo fuese mucho más difícil de lograr que lo esperado, aun cuando la cantidad de destrucción necesaria fuese también mucho mayor que lo previsto.

Pero con bombas de fisión la destrucción de ciudades e industrias se tornaba un trabajo fácil. Así, Douhet y sus colegas fueron absueltos de sus mayores errores[121] y, al parecer, nada podría ya evitar que su predicción se cumpliera. Se creyó que una vez que se produjera un número razonable de bombas de fisión, el arma aérea —o el vehículo que la transportaba— sería totalmente dominante y todas las otras fuerzas militares, innecesarias. Hasta la estrategia sería innecesaria; con excepción, por supuesto, de la estrategia nuclear.

Pero en el contexto de una diplomacia de disuasión, no usar la nueva arma era lo más relevante para los planificadores de una potencia instalada en un cómodo *statu quo*, como Estados Unidos. A los Estados Unidos, para ganar, les bastaba con evitar la agresión de la bomba de fisión. Sobre esta conjunción del gran poder destructivo potencial de la bomba de fisión y la particular visión del mundo norteamericana, moldeada por circunstancias políticas y preferencias culturales, se edificó rápidamente el concepto de disuasión. Al principio se supuso, confiadamente, que «el arma absoluta» desactivaría todas las formas de agresión, todas las guerras[122]. Si la Unión Soviética hubiera sido el primer país en conseguir la bomba, sin duda hubiera tratado también de encontrar las maneras de no usarla y de beneficiarse con ello; pero en ese caso la idea habría

reforzado la «obligación» de modificar el *statu quo* en su favor, y no en protegerlo por medio de la disuasión[123].

Naturalmente, la paralizante disuasión que podía satisfacer a una potencia satisfecha, como los Estados Unidos, no era satisfactoria para los líderes soviéticos, que aún querían cambiar el estado del mundo. Su reacción garantizaba que aun las armas nucleares tendrían el mismo paradójico destino que todas las innovaciones técnicas en el ámbito de la estrategia: mientras mayor sea el incremento de fuerza que ofrecen cuando se las usa por primera vez, mayor será la perturbación del anterior equilibrio y, por lo tanto, mayores las reacciones que produzca, lo que reduce el efecto neto de la nueva arma a lo largo del tiempo. Cuando se las introdujo (en forma de bombas de fisión que solamente un país era capaz de producir, y en escaso número), las armas nucleares prometían cambiar la estrategia. Usarlas era totalmente factible, ya que los centros urbanos de Hiroshima y Nagasaki habían sido devastados sin efectos perjudiciales perceptibles sobre el resto del planeta. Se deducía, pues, que era posible devastar entre cinco y diez ciudades soviéticas. Y por supuesto, Estados Unidos no estaría expuesto a una respuesta comparable porque era el país que poseía las únicas armas nucleares que existían en el mundo. Por lo tanto, era razonable esperar que la amenaza de ataque nuclear, aun no formulada, aun ausente de la imaginación de los líderes estadounidenses, bastaría para desalentar toda agresión directa.

DISMINUCIÓN DE LA AUTONOMÍA NUCLEAR I: LA SUBVERSIÓN

Pero la inacción sólo es un éxito para las potencias satisfechas. Mientras en la Unión Soviética se hacían los mayores esfuerzos para reaccionar competitivamente, desarrollando armas no sólo de fisión sino también de fusión, se produjo una respuesta desestabilizadora.

En aquel momento la primera prelación soviética era establecer un control político sobre la mitad oriental de Europa, estableciendo gobiernos comunistas locales subordinados a Moscú. Pero en las primeras elecciones después de la guerra los partidos comunistas locales fueron derrotados y usar abiertamente la fuerza hubiera sido una provocación demasiado grande para los Estados Unidos. En cambio, el muro de la disuasión fue derribado por la subversión[124].

Frente a la intimidante presencia de las fuerzas de ocupación soviéticas, entre 1945 y 1948, los líderes de los partidos políticos mayoritarios de Hungría, Rumania y, finalmente, Checoslovaquia, fueron intimidados para que formaran coaliciones con los partidos comunistas locales. Invariablemente, en estas amplias coaliciones las fuerzas policiales fueron puestas bajo el mando de los ministerios comunistas. Muy pronto los ministerios de gobierno no comunistas, aun mayoritarios pero sometidos a coacción personal, votaban para proscribir a los restantes partidos políticos de derecha que no estaban en la coalición, acusándolos de «fascismo». Después se formaba una nueva coalición que excluía al partido más conservador, que era puesto fuera de la ley o disuelto por sus propios líderes en resguardo de sus vidas. El proceso se repetía, con lo que la coalición se estrechaba poco a poco hasta que sólo los comunistas y los partidos menores bajo su control ocupaban cargos. Hacia fines de 1948 se había completado el proceso: el muro de la disuasión nuclear estaba intacto pero el poder soviético lo había atravesado por un túnel que lo trasponía por debajo, y se había asegurado el control total de Europa oriental sin uso explícito de la fuerza.

Por lo tanto, al principio la autonomía estratégica de las armas nucleares disminuyó sólo en aspectos no militares, que eran prácticamente invisibles. A medida que Estados Unidos y Gran Bretaña reaccionaban, primero en Europa y luego en otros lugares, poniendo en práctica su propia contrasubversión (financiando a partidos anticomunistas, medios masivos de comunicación y sindicatos), se excavaron más y más túneles por debajo del muro de la disuasión nuclear. Esta pauta se mantuvo durante décadas, hasta el fin de la Guerra Fría, y asumió formas diversas a medida que se

agregaban al repertorio los servicios secretos, el abastecimiento de movimientos insurgentes y el apoyo a terroristas transnacionales.

Así, el primer efecto de la disuasión nuclear fue desviar las energías bélicas hacia formas de conflicto indirectas o menos visibles, excluyendo siempre el combate entre Estados Unidos y la Unión Soviética, pero no la violencia armada. Mientras que las formas de conflicto indirectas y clandestinas llegaron a formar parte de la realidad cotidiana de la política internacional, las armas nucleares suscitaban una reacción defensiva mucho más concreta. La respuesta soviética a la amenaza de las bombas de fisión transportadas por los bombarderos de largo alcance estadounidenses habría de otorgar la prioridad más alta a las defensas antiaéreas. Gran número de ametralladoras antiaéreas abandonadas después de la guerra pero aún en perfecto estado, radares copiados de modelos originalmente provistos por Estados Unidos con el régimen de Lend-Lease (concesión), y los primeros misiles y cazas de retropropulsión, todas esas armas fueron agregadas a nuevas defensas antiaéreas para enfrentar a los bombarderos estadounidenses.

Por lo general es la reacción defensiva la que más influye para disminuir el efecto neto de las nuevas armas, pero ante las armas nucleares la reacción fue diferente. Ni siquiera unas defensas antiaéreas mucho más eficaces que las de la Unión Soviética en los primeros años de la posguerra podían ser suficientemente poderosas, debido a que un solo bombardero sobreviviente podía causar una enorme destrucción. Con la inevitable respuesta de protección a los bombarderos también en la acción, el efecto neto de la nueva arma apenas si se vio disminuido por las defensas antiaéreas.

DISMINUCIÓN DE LA AUTONOMÍA NUCLEAR II: INHIBICIÓN Y RESPUESTA

Aun antes de que Estados Unidos enfrentara peligro alguno de respuesta en la misma moneda (1945-1949), ciertas inhibiciones autoimpuestas pusieron límites al uso de la bomba de fisión. Esta arma no podía destruir el mundo, como la bomba de fusión, pero varias bombas de fisión juntas tenían la capacidad de devastar una gran ciudad; y las meras dimensiones del poder destructivo de la bomba excedían en muchos casos el punto culminante de la utilidad militar, independientemente de las represabas que pudiera provocar. Una destrucción tan grande, aun infligida a enemigos declarados, sólo sería políticamente aceptable en el nivel interno y en el externo si estaban en juego intereses ampliamente reconocidos como de altísima importancia. Así, mientras duró el monopolio nuclear norteamericano, el excesivo poder destructivo de la bomba de fisión dejó espacio para que se desarrollara toda una categoría de guerras posibles que podrían haber sido libradas por fuerzas armadas «convencionales». Por supuesto, serían guerras limitadas, en lugares remotos, contra enemigos secundarios, en nombre de aliados marginales, guerras que sin embargo valdría la pena librar, pero no con bombas atómicas. De este modo la autonomía estratégica que algunos ansiosamente habían atribuido a la bomba de fisión, que ya no era útil contra las formas de ataque indirectas y clandestinas, disminuyó aun más debido a las agresiones insuficientemente provocativas.

Pero era inminente una reducción mucho mayor de la autonomía estratégica de la bomba de fisión. La reacción simétrica provocada por el monopolio nuclear estadounidense aun antes de 1945 (cuando espías soviéticos descubrieron el Proyecto Manhattan) dio sus primeros frutos hacia 1949, cuando la Unión Soviética probó su primer dispositivo de fisión. Aunque no-había una relación equilibrada entre las dos fuerzas de bombarderos —una todavía era pequeña y la otra apenas embrionaria—, el alcance de la disuasión nuclear se vio afectado inmediatamente: el valor actual del dinero futuro se actualiza, pero el poderío militar futuro se anticipa[125].

Cuando empezó a parecer posible una respuesta del mismo tipo, los planificadores de la guerra tuvieron que ser más circunspectos en

sus ilusiones de usar bombas de fisión nuclear; y los líderes políticos, mucho más cautelosos al lanzar amenazas, aun cuando fueran amenazas disuasorias.-

Lo que se podía lograr con la persuasión por medio de las bombas de fisión para imponer acción (apremio) o inacción (disuasión) había estado siempre limitado por la evaluación que la otra parte hacía de la probabilidad de que las armas se usaran realmente, probabilidad que disminuía inevitablemente cuando la respuesta nuclear era posible. Hasta cierto punto, las opiniones acerca del carácter del liderazgo de la potencia involucrada en la persuasión por incertidumbre debían figurar en la evaluación: los supuestamente prudentes serían menos intimidantes que los considerados inflexibles. Independientemente de las presunciones acerca de los usos políticos de la locura, lo que la persuasión podría alcanzar no se vería demasiado influenciado por las variaciones en la prudencia que se atribuye tanto a los líderes estadounidenses como a los soviéticos, ambos en general prudentes. En cambio, el alcance y los límites de la persuasión con bombas de fisión estarían en gran medida determinados por las percepciones de la importancia de los intereses en juego para la otra parte. La misma amenaza podría ser totalmente plausible al tratar de impedir un ataque soviético directo a territorio estadounidense, pero mucho menos convincente si se la formulara para proteger a un aliado marginal de una incursión soviética periférica.

Así, el «equilibrio de los intereses percibidos» se combinó con el equilibrio de la capacidad técnica para definir lo que las amenazas nucleares podrían lograr, rompiendo toda relación simple entre el poderío nuclear disponible y su valor para la disuasión. Las evaluaciones soviéticas de los intereses norteamericanos, a los ojos norteamericanos, podrían ser manipuladas por ambas partes apelando a posturas hábiles[126], pero dentro de ciertos límites: no todas las ciudades en peligro podían ser consideradas en un pie de igualdad con Berlín para defenderlas a cualquier precio; no todas las conexiones internacionales de la Unión Soviética podían ser elevadas a la categoría de sacrosanta alianza.

La consecuencia fue que surgió otra categoría de guerras posibles libradas por fuerzas convencionales, reduciendo aún más la autonomía estratégica alguna vez atribuida al arma nuclear. Lo cierto es que la posibilidad de que el perdedor recurriera al uso de bombas de fisión virtualmente prohibía la guerra directa, aun en la menor escala, entre fuerzas estadounidenses y soviéticas por causa de intereses considerados secundarios por ambas partes. Por eso las aventuras expedicionarias, los *raids* y sus consiguientes respuestas entre fuerzas norteamericanas y soviéticas atacándose mutuamente no desempeñaron papel alguno en la Guerra Fría. La posesión previa, afirmada por medio de una presencia militar, llegó a ser más importante que nunca, ya que a donde una potencia estaba, la otra no iría.

No obstante, cuando se conjeturaba sobre qué guerra podría estallar a pesar del riesgo de que el perdedor recurriera eventualmente al uso de bombas de fisión, lo que era verdadero para los intereses marginales, no lo era para los intereses importantes de ambas partes. Estos últimos debían ser protegidos por armas convencionales apostadas en los lugares adecuados. El acuartelamiento de tropas y aviones estadounidenses en Europa después de 1949 y el desarrollo de la guerra en Corea desde el 25 de junio de 1950 marcaron el retroceso de la disuasión sólo con bombas de fisión.

EL ARMA EXCESIVA

A comienzos de los años cincuenta la capacidad nuclear se transformó de dos maneras diferentes. Junto con el desarrollo de dispositivos de fusión, que liberaban entre 50 y 500 veces más energía que las primeras bombas de fisión, se inició la producción masiva de bombas «tácticas» más pequeñas, proyectiles nucleares para la artillería, cargas para bombardeo de profundidad, minas

terrestres y submarinas, y ojivas para cohetes y misiles. Los efectos del arma nuclear sobre la autonomía estratégica fueron contradictorios. Por un lado, la capacidad de destrucción de las grandes bombas de fusión, incluyendo la respuesta con los mismos medios, excedía con mucho cualquier punto culminante de la utilidad a los fines de la disuasión. La curva declinaba tan abruptamente que podía esperarse menos de aquellas armas que de las primeras bombas de fisión, que tenían apenas una fracción de su energía destructiva. Naturalmente, los intereses que pueden justificar el riesgo de iniciar una guerra que pudiera destruir la civilización son menos que los que anteriormente podían justificar el riesgo de una guerra con armas de fisión. Por otra parte, la incorporación de armas nucleares en las diversas divisiones de las fuerzas armadas disminuía considerablemente la significación de los desequilibrios no nucleares. Con las armas nucleares presentes en el aprovisionamiento de la fuerza aérea y las fuerzas terrestres, de los barcos y los submarinos, se Ínstalo un mecanismo directo para convertir una derrota no nuclear inminente en un combate nuclear, anulando hasta entonces la victoria del triunfador.

Ambos efectos se apreciaron en la experiencia de las potencias nucleares desde el comienzo de la abundancia nuclear a mediados de los años cincuenta hasta el fin de la Guerra Fría. La Unión Soviética nunca logró excluir las armas nucleares del equilibrio de las fuerzas no nucleares en tierra y, por lo tanto, en ese aspecto sus ventajas numéricas quedaron sin efecto. También fracasó la política de Estados Unidos de la «represalia masiva» (1954-1961) que pretendió anular el equilibrio del poderío bélico no nuclear apoyándose «principalmente en una gran capacidad para tomar represalias instantáneamente, por medios y en lugares elegidos por nosotros»[127]. Desde luego, de haber tenido éxito, las represalias masivas hubieran afirmado la autonomía estratégica de las armas nucleares. Pero nunca se sabrá si los líderes soviéticos podrían haber sido disuadidos sólo por medio de las amenazas nucleares, debido a que la política fue proclamada pero nunca puesta en práctica; Estados Unidos no redujo sus fuerzas no nucleares hasta los

bajísimos niveles necesarios como disparadores regionales de su «gran capacidad para tomar represalias». Por el contrario, a lo largo de décadas y a través de ciclos de rearme, guerra, desarme, inflación y más rearme, las acciones militares no nucleares estadounidenses fueron la mejor prueba de la erosión de la disuasión nuclear.

Como muestra claramente el declive de la utilidad militar causada por su excesiva potencia destructiva, las armas nucleares están plenamente sujetas a la lógica paradójica de la estrategia. Indudablemente, un combate librado con muchas grandes ojivas nucleares hubiera sido lo suficientemente distinto de todas las guerras anteriores como para que se pueda describirlo en sus propios términos. La economía bélica o la poesía bélica, la propaganda bélica o la legislación bélica, y todos los otros conocidos recursos auxiliares de la guerra no hubieran podido tener un lugar en la aniquilación resultante. Pero no existe una lógica distinta que se aplicara a esa situación. La misma lógica estratégica que hemos examinado en sus niveles técnico, táctico, operacional y del teatro de operaciones, explica también la auto-negación de la guerra nuclear, como veremos cuando lleguemos al nivel de la gran estrategia.

12
EL RENACIMIENTO DEL PODERÍO AÉREO ESTRATÉGICO

En enero de 1945, después de cinco años de bombardeo aéreo anglonorteamericano cada vez más intenso, Berlín se encontraba devastada, con la mayor parte de sus edificios públicos y de viviendas de los distritos centrales reducidos a cenizas, y con muchas fábricas y depósitos en ruinas. Sin embargo, el ministro de propaganda de la Alemania nazi, Josef Goebbels, aún podía transmitir y ser escuchado en todo el país y también en otros países por onda corta. Hitler en su búnker y el Alto Mando del Ejército en la cercana Zossen todavía daban órdenes y recibían partes de guerra desde todos los frentes por teleimpresión y teléfono, y también por radio; el ejército alemán todavía estaba en condiciones de desplazarse y abastecer a sus fuerzas por ferrocarril y aun a través de los patios de maniobras frecuentemente bombardeados y prontamente reparados de Berlín. En cuanto a la población civil, muchas personas vivían en casas apenas arregladas, pero la energía eléctrica, el servicio telefónico, el transporte público, el correo, el agua corriente, las cloacas y la provisión de las necesidades básicas funcionaban con sólo breves interrupciones. También funcionaban la mayoría de los cines: el 30 de enero de 1945 tuvo lugar el concurrido estreno de gala de *Kolberg* [la película sobre la resistencia de la población de esa ciudad ante el avance del ejército francés, durante la victoriosa campaña de Napoleón en Alemania].

Menos de 48 horas después de la ofensiva aérea contra Irak, iniciada el 17 de enero de 1991, Bagdad estaba aún casi intacta, como habría de permanecer durante toda la guerra del Golfo, aunque Saddam Hussein y sus voceros ya no podían transmitir por televisión ni por radio, la mayoría de los cuarteles generales estaban destruidos y en Bagdad la población en general había quedado sin electricidad, teléfono, transporte público, agua corriente y desagües cloacales. La guerra apenas había comenzado y el líder de Irak y sus comandantes ya estaban ciegos, sordos y mudos en su paralizada ciudad capital, no sabían lo que sucedía fuera de Bagdad con la rapidez necesaria para reaccionar bien, y tampoco podían emitir órdenes, excepto por un mensajero que viajaba por tierra, o por medio de una red de fibra óptica que se había salvado, aunque sólo servía para comunicarse con unos pocos lugares.

El efecto inmediato de esta decapitación aérea fue la inhabilitación de las bien equipadas defensas antiaéreas de Irak. Todas las bases aéreas con sus soldados, todos los misiles o baterías antiaéreas, quedaron librados a sus propios recursos, privados de una dirección central y de la comunicación que les alertara con tiempo. Para detectar los aviones enemigos y atacarlos; para obligar a los atacantes a volar más bajo —es decir, dentro del radio de acción de los misiles y la artillería móviles— aprovechando la amenaza de sus misiles de gran altitud; para enfrentar ataques concentrados con una defensa concentrada, las defensas antiaéreas deben estar «integradas», y las de Irak ya no lo estaban porque todos sus controles nacionales y regionales habían sido destruidos. Las principales estaciones de radar habían sido destruidas desde el comienzo de la campaña aérea, mientras que las pistas de despegue y aterrizaje de muchas bases habían sido dañadas. No obstante, Irak tenía aún algunos radares de búsqueda, innumerables puestos de observación permanecían intactos, y en muchos casos las pistas para los aviones eran reparadas rápidamente. De todos modos, esos recursos eran inútiles, porque no existía un mando centralizado que combinara la información, indicara a los aviones de combate en acción cuándo debían retirarse, y coordinara el gran número de

ametralladores y misiles que estaban en buenas condiciones de funcionamiento.

En cuanto al enorme ejército iraquí, el efecto de la ofensiva aérea fue más bien acumulativo que inmediato. Pero en el término de dos semanas también estaba paralizado, puesto que no podía proveer de agua, comida, combustible y pertrechos a las numerosas tropas que se encontraban en Kuwait y sus inmediaciones, debido a la destrucción de vías férreas y carreteras, depósitos de municiones, refinerías de petróleo, tanques de reserva de productos derivados del petróleo, y la mayoría de los grandes almacenes de pertrechos de todo tipo, incluyendo bombas, granadas y ojivas para cohetes y misiles. Tampoco podía el ejército hacer retroceder a sus fuerzas hacia Irak o avanzar y entrar en Arabia Saudí, porque hubieran sido detectadas y atacadas.

Y aun si permanecían en sus trincheras camufladas, los tanques, los carros de transporte de tropas y las piezas de artillería, todo podía ser destruido por los ataques directos de armas teledirigidas[128], junto con aviones que estuvieran dentro o fuera de refugios de cemento; baterías de misiles; puestos de mando; embarcaciones, y muchos elementos más. La vasta red de industrias militares —que era el orgullo del régimen— fue también muy dañada en el transcurso de la campaña aérea. Después de la guerra los inspectores de la ONU encontraron muchas fábricas intactas; empero, los bombardeos habían afectado a líneas de montaje, fábricas y talleres de reparación; centros de desarrollo nuclear y misilístico; laboratorios de productos biológicos y armas químicas; y plantas de producción y depósitos fortificados.

La ofensiva aérea anglo-estadounidense contra Alemania arrasó todas las ciudades grandes y muchas pequeñas, sin por eso inhabilitar *directamente* el poderío militar alemán. Por el contrario, la ofensiva aérea contra Irak dejó casi intactas sus ciudades y pueblos, pero derrotó completamente a las fuerzas armadas iraquíes, de modo que la ofensiva terrestre final ni siquiera debió ser demasiado intensa porque casi no encontró resistencia. Las tropas iraquíes ya inmovilizadas, muchas veces hambrientas y sedientas,

disminuidas por las deserciones[129], con gran parte de su armamento pesado destruido[130], apenas si opusieron alguna resistencia al avance de cien horas de las fuerzas terrestres estadounidenses y aliadas, alrededor y a través de Kuwait. Los tanques de guerra M.1 del ejército de Estados Unidos, con poderoso blindaje, avanzaron incólumes, bien que también lo hicieron transportes de tropas con vehículos de blindaje liviano, los *jeeps* de la Legión Extranjera francesa, y hasta los automóviles alquilados por periodistas aventureros. Las características mismas de la ofensiva terrestre fueron un tributo al poderío aéreo: las fuerzas de Estados Unidos y la coalición avanzaron en columnas demasiado separadas como para poder ayudarse mutuamente, y lo hicieron porque daban confiadamente por sentado que los ataques aéreos desbaratarían inmediatamente cualquier intento iraquí de atacar a alguna columna.

Finalmente, el poderío aéreo había ganado una guerra —o la parte de esa guerra que Estados Unidos quiso ganar—, porque fue el presidente George Bush quien proclamó unilateralmente un alto el fuego el 27 de febrero de 1991, mientras Saddam Hussein permanecía en el poder con grandes fuerzas armadas aún a su disposición. Solamente la conquista de todo Irak por las fuerzas terrestres hubiera garantizado la eliminación del régimen de Saddam Hussein. Si los planificadores de la campaña aérea (a los que se les había encomendado la tarea) hubieran tenido más tiempo, habrían triunfado por mera perseverancia. Si todos los movimientos en las rutas de entrada y salida de Bagdad, y la reparación de instalaciones y telecomunicaciones se hubieran tornado imposibles por causa de continuos ataques aéreos, la dictadura de Irak, altamente centralizada, habría quedado aislada del resto del país. Como un fugitivo en su propia ciudad capital sitiada, obligado a esconderse por miedo a un ataque aéreo, Saddam Hussein hubiera terminado por perder el control de la seguridad nacional y la maquinaria de propaganda que lo mantenía en el poder. Mucho antes de que tal cosa sucediera, todas las regiones del país aisladas de la capital se hubieran visto libres de su opresión, y hubieran surgido fuerzas

independientes totalmente desarrolladas, tanto en el sur chiíta como en el norte kurdo. Por supuesto, fue esa posibilidad lo que indujo al presidente Bush a detener la guerra cuando lo hizo. Si Irak se hubiera desintegrado, habría sido necesario mantener una presencia militar permanente de Estados Unidos en Mesopotamia, para contener a Irán.

CÓMO EVALUAR LO QUE ACONTECIÓ

Comprender lo que realmente sucedió en una guerra —aunque sea corta, casi unilateral y limitada a un solo teatro de operaciones— es muy difícil, porque hay que percibir el verdadero curso de los acontecimientos a través de los enceguecedores reflejos de los distintos niveles de la guerra: político, estratégico, operacional, táctico y técnico; todos diversos, y algunos contradictorios. Para citar un ejemplo obvio: la participación de las fuerzas árabes en la coalición fue políticamente valiosa, operacionalmente insignificante, y potencialmente útil en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones, porque los egipcios, los sirios y los saudíes estuvieron al menos presentes en los sectores medios entre los *marines* estadounidenses en la costa y las fuerzas del ejército de EEUU y de Gran Bretaña en el interior. Si hubiese habido un verdadero combate, y no un desfile militar, eso habría marcado una diferencia.

Esta multiplicidad de niveles deja un amplio margen para la confusión y la controversia, como la interminable revisión de la historia militar demuestra. También brinda la oportunidad de hacer malas interpretaciones, ya al servicio de prejuicios personales, ya en favor de alguna de las burocracias militares rivales. Al seleccionar el nivel que mejor se adapta al caso —táctico o político, operacional o estratégico— se puede argumentar persuasivamente valiéndose de diversas proposiciones y se puede extraer casi cualquier «enseñanza», muchas veces para justificar decisiones militares tomadas mucho

tiempo antes, o para destacar los méritos de un servicio, un arma o una rama de las fuerzas armadas. Al aventurarse en esta ciénaga metodológica, el único remedio es abstenerse firmemente de toda tentación de aprender supuestas lecciones deducidas de cualquier guerra, hasta que se la haya comprendido tolerablemente bien en todos sus diversos niveles y dimensiones, tarea normalmente llevada a cabo después de dos generaciones o más, con los protagonistas muertos (para tranquilidad de todos), los últimos secretos revelados y todas las pasiones aquietadas.

Con respecto a la guerra del Golfo, sólo se puede sacar una conclusión sin temor a equivocarse: la guerra se desarrolló sin el flujo y reflujo de los vaivenes del proceso que caracterizan a cualquier guerra seria, debido al éxito inmediato de la ofensiva aérea de «decapitación», que no tenía antecedentes. Para el resto, lo que sigue no es más que un intento inicial de comprender lo que aconteció, sin tratar de extraer conclusiones de validez general. El poderío aéreo ofensivo es especialmente *situacional*, o sea que depende en gran medida de la intensidad del conflicto. En el caso extremo de una guerra de guerrillas pura —sin blancos estructurales y valiosos identificables, con combatientes demasiado elusivos para que bombardearlos pueda ser eficiente, y con propagandistas, proveedores y jefes indistinguibles de la población en general— el bombardeo aéreo está destinado a ser inútil, independientemente de lo mortífero o preciso que pueda ser. Por el contrario, a medida que aumenta la intensidad del conflicto, aumenta también el valor potencial del poderío aéreo ofensivo, hasta alcanzar finalmente el extremo opuesto de una guerra que puede ser ganada empleando solamente armas aéreas. Tanto la guerra del Golfo de 1991 como la guerra de Kosovo de 1999 pueden ser incluidas en esa categoría, en la medida en que se acepte que su único objetivo era desplazar a la facción delictiva de Kuwait y de Kosovo, respectivamente.

Con la debida prudencia, también es posible sacar dos conclusiones más acerca de estas guerras: la primera es que sus resultados dependieron del poderío aéreo en una medida absolutamente sin precedentes en los anales de la guerra; y la

segunda, que sus ofensivas aéreas fueron diferentes, en calidad y no en grado, de todas las campañas aéreas previas. Porque indudablemente no fue el mero peso de los pertrechos en general lo que determinó los resultados obtenidos.

En lo que concierne a la guerra del Golfo —y contrariamente a la impresión dejada por los relatos triunfalistas de la prensa, que todos los días anunciaban el número total de salidas como si cada una fuese un ataque con bombas—, menos de la mitad de los aproximadamente 110.000 vuelos registrados desde el comienzo el 17 de enero de 1991, hasta el alto el fuego del 27 de febrero de 1991, fueron salidas *strike*[131]. Y esos aviones no estaban muy cargados. Hasta los antiguos y enormes B-52 sólo llevaban la mitad de las cargas de bombas que sus predecesores de la guerra de Vietnam, y dejaron caer un total de 25.700 toneladas en 1.624 salidas[132], 15,8 toneladas menos por misión. En cuanto a la masa de caza bombarderos y aviones de ataque (es decir, bombarderos livianos), las cargas promedio de bombas fueron mucho menores que su capacidad teórica.

El bombardero F-16, por ejemplo —el más numeroso de todos los aviones de EEUU— estaba armado con dos bombas Mk.84, con un total de 4.000 libras, casi exactamente la tercera parte de la capacidad de carga máxima del avión[133]. En cuanto a los bombarderos livianos F-117 «furtivos» (poco observables) —el único avión tripulado que atacó blancos en el centro de Bagdad—, totalizaron un promedio de 1,3 toneladas en las 1.300 misiones de combate de la guerra[134]. En realidad, la carga promedio de bombas para todos los aviones de EEUU que hicieron salidas *strzke*, omitiendo a los B-52, estuvo algo por debajo de una tonelada[135]. En general, el peso total de armas aéreas usadas contra Irak fue menor que 90,000 toneladas, contando todas las fuerzas de la coalición que tomaron parte y todas las clases de armas, dirigidas y no dirigidas[136]. Eso puede parecer una cantidad enorme, pero sólo hasta que se la compara con las 134.000 toneladas arrojadas solamente por los bombarderos pesados sobre Alemania durante el mes de marzo de 1943, sin incluir las bombas no computadas y los

cohetes de más de 3.000 bombarderos estadounidenses, británicos y soviéticos.

En consecuencia, deducimos algo engañosamente simple, que en realidad está lleno de complicaciones: fue la precisión sin precedentes de la campaña aérea, y no su volumen, lo que produjo un resultado tan espectacular. Pero también se puede plantear tentativamente una hipótesis más polémica: sólo los ataques de precisión con armas dirigidas fueron decisivos mientras que el resto del bombardeo no fue más eficaz que en las guerras aéreas anteriores; es decir, fue prácticamente ineficaz.

ARMAS AÉREAS DIRIGIDAS Y NO DIRIGIDAS

A pesar de todo lo que los medios dijeron y de todas las imágenes que transmitieron acerca de las armas «inteligentes» de alta tecnología en la guerra del Golfo y en la guerra de Kosovo, en realidad esas armas sólo constituyeron una parte de las armas aéreas utilizadas. De todas las diferentes armas dejadas caer o arrojadas por las fuerzas estadounidenses en la guerra del Golfo, sólo 17.109 fueron dirigidas a sus blancos, en comparación con las 177.999 bombas simples no dirigidas —algunas, de la variedad *cluster* (racimo), pero la mayoría, simples bombas *iron* (de hierro) similares a sus antecesoras de la Segunda Guerra Mundial—. Una gran proporción de estas últimas (72.000)[137] fueron dejadas caer a granel por aviones B-32, aunque la mayor parte fue arrojada por bombarderos, muchos de los cuales podrían haber estado armados con armas de precisión[138]. Asimismo, las ojivas de las armas dirigidas de todo tipo sólo ascienden a 6.631 toneladas, del total de 71.627 toneladas de artefactos dejados caer o lanzados por las fuerzas de EE UU[139]. Por lo tanto, guiándonos por el número de armas podríamos decir que el 91,2% de la campaña aérea contra Irak consistió en bombardeos del viejo estilo; guiándonos por la cantidad

de toneladas ese porcentaje baja al 90,74%; de cualquier manera, el bombardeo al viejo estilo dominó la campaña aérea aun sin tomar en cuenta las fuerzas aéreas aliadas, de las cuales sólo las francesas usaron una considerable proporción de armas dirigidas. En la guerra de Kosovo, la proporción de armas dirigidas fue mayor, pero fue de todos modos muy inferior al tonelaje total.

Sabemos con exactitud qué fue lo que lograron los ataques de precisión exitosos en la guerra del Golfo. En algunos casos los resultados aparecieron en la televisión, pero esperar que se divulgaran los ataques fallidos hubiera sido demasiado. Cada misil o bomba dirigida que daba en el blanco —una proporción *muy* elevada, más del 30%— destruía o dañaba algún edificio, instalación, o arma importante específicamente seleccionada para el ataque, privando inmediatamente a Irak de la función que tal objeto debía cumplir. También sabemos cuáles fueron las consecuencias puntuales: la supresión del servicio telefónico, después de que la central de Bagdad fuera bombardeada; la fuga masiva de aviones a Irán, después de que los refugios supuestamente a prueba de bombas de la fuerza aérea iraquí empezaran a ser penetrados uno por uno; la interrupción del aprovisionamiento por tierra a las fuerzas iraquíes en Kuwait después de que se cortaran las vías férreas y las autopistas.

Tales resultados fueron, por supuesto, totalmente diferentes de los producidos por los bombardeos al antiguo estilo, en los que cada arma, aun si era dejada caer con éxito en las proximidades del blanco, sólo podía contribuir en un grado desconocido al daño que más tarde se veía en las fotografías tomadas después del ataque, o a los cráteres dejados por las bombas que habían caído en los alrededores sin causar perjuicio alguno.

Tampoco había que proclamar, después de los ataques con armas dirigidas, que de algún modo se había logrado un efecto «moral», aunque nada importante hubiera sido alcanzado. Y ese aspecto es la parte menor de la diferencia, porque según sabemos basándonos en el registro de todas las anteriores campañas de bombardeo, la devastación aérea infligida por la caída aleatoria de bombas no necesariamente debilita la capacidad bélica del enemigo.

Desde luego, hay excepciones, como en un dramático episodio de la guerra del Golfo, cuando se esparcieron deliberadamente bombas no dirigidas sobre un depósito de municiones igualmente disperso, cuya espectacular cadena de explosiones privó de una gran parte de sus reservas de munición a las fuerzas iraquíes que se encontraban en Kuwait y sus proximidades. Pero con el antiguo bombardeo no dirigido tal relación directa entre acción y resultado es muy inusual.

Es cierto que aun la más precisa de las armas dirigidas sólo puede ser útil contra un blanco «puntual», es decir, contra cierta estructura o cierto objeto que puedan ser destruidos o inhabilitados por una explosión. Por ejemplo, un blanco «puntual» sería, por ejemplo, una pieza de artillería, un refugio para un solo avión, o un edificio bastante compacto. En la guerra del Golfo estos blancos incluyeron las torres de oficinas que albergaban los cuarteles generales de la inteligencia militar, el Ministerio de Defensa, y otros ministerios situados en Bagdad. Todos resultaron exteriormente casi intactos, pero los pisos interiores colapsaron uno sobre el otro, hasta el nivel de la calle. De la misma manera, hasta puentes de cuatro vías, de acero y hormigón, fueron inutilizados con sólo dos bombas adecuadamente lanzadas para cortar la vía de tránsito en todo su ancho. En la guerra de Kosovo de 1999, en Belgrado, NTovi Sad, y otros lugares de la Federación Yugoslava, había una lista de blancos puntuales que fueron inhabilitados por un solo ataque.

Pero estas acciones no abarcan los blancos «amplios»[140], que no son lo suficientemente compactos como para ser inhabilitados por una, dos o hasta tres bombas. Son estos blancos los que justifican el bombardeo con armas no dirigidas de caída libre. Pero es preciso preguntarse cuán comunes son, y si en realidad pueden ser atacados eficazmente. En el caso de la guerra del Golfo la pregunta parece ociosa, porque todo el vasto despliegue de fuerzas terrestres iraquíes dentro y cerca de Kuwait era en realidad una multitud de blancos amplios. Por cierto, los iraquíes estaban esparcidos por el terreno, como cualquier fuerza terrestre mínimamente competente debe estar. Las posiciones de pelotón estaban bastante separadas entre sí y apartadas del puesto de mando de su compañía, y el conjunto de

compañías estaba bien separado de la artillería y del cuartel general de los regimientos.

Además, también es cierto que, considerando el tema desde un punto de vista realista, las distintas unidades de tal despliegue de fuerzas no pueden ser atacadas individualmente. Un batallón es más bien un concepto abstracto que un objeto físico susceptible de ser atacado por un arma dirigida. Cuando un piloto —o mejor aun, un vehículo controlado a distancia— sobrevuela un batallón, la escena que se podría ver desde arriba mostraría tres o cuatro tanques separados, si se tratara de una unidad blindada; o bien otros tantos vehículos blindados de transporte de tropas, si fuera una unidad mecanizada; o unas diez trincheras individuales y un par de refugios subterráneos para un batallón de infantería. En el primer caso, los ataques con armas dirigidas pueden ser útiles. Ni siquiera el enorme número de tanques de Saddam Hussein bastaba para que en el terreno fueran tan abundantes como para no ser atacados uno por uno con bombas GBU-12 láser-autodireccionales, de 9.000 dólares cada una. El segundo, en cambio, ya es dudoso: los transportes de tropas blindados son mucho más económicos que los tanques y eran muy abundantes en el ejército de Irak, pródigamente equipado. A menos que el objetivo sea táctico y no estratégico, por ejemplo detener un avance ya en curso que los incluyera, los carros blindados no garantizan el ataque individual. Y en el tercero, no hay ambigüedad alguna: las trincheras individuales esparcidas en el terreno y los refugios subterráneos no merecen un ataque ni siquiera con las armas dirigidas más baratas.

Como las fuerzas terrestres desplegadas para mantener un territorio son blancos «amplios», la preponderancia del bombardeo tradicional en la guerra del Golfo puede parecer plenamente justificada, y también lo parece el bombardeo con bombas no dirigidas de la guerra de Kosovo. Pero el hecho de que los ataques con costosas armas dirigidas no sean convenientes contra tropas dispersas, no significa que los ataques aéreos con bombas no dirigidas baratas sean eficaces. Por el contrario, la evidencia tanto antigua como reciente indica abrumadoramente lo contrario. Los

ejemplos más notorios, la abadía de Montecassino en 1943 y Normandía en 1944, que fueron los bombardeos más grandes sobre fuerzas terrestres durante la Segunda Guerra Mundial, arrojaron resultados lamentables, como también todos los otros bombardeos del mismo tipo, antes y después[141]. A los pilotos que sobrevolaban Montecassino y contemplaron la destrucción que habían causado, tal resultado les pareció increíble, como les sucedió a las tropas aliadas que se dirigieron allí en 1943, convencidas de que ningún soldado alemán podría haber sobrevivido a la catarata de bombas que dejó a la vieja abadía en ruinas, y que fueron abatidas por el fuego de las ametralladoras. Idéntica suerte corrieron los tanques británicos que avanzaron sobre Caen después de su destrucción, hasta que fueron interceptados por la gran mayoría de los artilleros antitanque alemanes, que habían sobrevivido. En la guerra de Kosovo de 1999, el despliegue relativamente reducido del ejército yugoslavo en Kosovo (menos de 25.000 hombres en total) fue fuertemente bombardeado durante varias semanas, pero cuando llegaron las tropas de la OTAN y las unidades yugoslavas se retiraron hacia Serbia, se descubrió que sus pérdidas de hombres y equipamiento habían sido del orden del 2%, y no del 25% como se había calculado.

Siempre es igual. Las bombas caen a tierra con terribles explosiones, la tierra tiembla, se abren cráteres y los escombros se elevan por el aire. Los soldados, conmocionados por las ondas expansivas, sangran por la nariz o por los oídos porque se les han perforado los tímpanos y, aterrorizados, caen en la apatía o directamente entran en pánico. Pero a menos que el enemigo esté muy cerca y preparado para avanzar inmediatamente[142], el momento pasa. Las explosiones cesan, la tierra deja de temblar, los soldados se calman, y finalmente se comprueba que el número de muertos y heridos es muy pequeño, tanto que si alguien hace un recuento se asombra; aunque lo que es realmente asombroso es que alguien se sorprenda ante el ampliamente probado hecho de que las bombas rara vez matan a tropas desplegadas. Lo que protege a las fuerzas terrestres es su natural dispersión, aunque no estén

refugiadas en profundos pozos, como no lo estaban la mayoría de los iraquíes en Kuwait y sus cercanías (o los yugoslavos en Kosovo), a pesar de los fantásticos relatos acerca de la existencia de refugios a prueba de bombas que la prensa divulgó detalladamente y hasta con imaginativos diagramas[143].

Desde luego, podríamos sentirnos inclinados a desconocer la evidencia histórica, porque actualmente existe un recurso técnico para atacar tropas dispersas: la bomba de tipo *cluster* (racimo), un tubo (o bote) que esparce gran cantidad de pequeñas bombas, cuyo letal efecto conjunto abarca un área mucho mayor que una bomba equivalente por su potencia pero de la forma clásica. De las 177.999 bombas no dirigidas arrojadas por los aviones estadounidenses durante la campaña aérea contra Irak, un tercio eran del tipo *cluster*; 27.735 eran Mk.20 *Rockeyes* con 247 *bomblets* (bombas pequeñas) de una libra cada una; y otras se adaptaban aun mejor a ser usadas contra la infantería[144]. Tales armas «antipersonales» son supuestamente tan mortíferas que a fines de los años setenta el gobierno de Estados Unidos dejó de proveerlas a algunos países que, a pesar de todo, siguieron recibiendo armas de otro tipo. Sus efectos, según muestran algunas filmaciones de prueba del campo de acción, son tan impresionantes que deberíamos llegar a la conclusión de que difícilmente habrían quedado supervivientes si en la escena de los ensayos hubiera habido soldados.

Sin embargo, la geometría domina a la imaginación. Con una retórica intervencionista, invariablemente se describió a Kuwait como un país «pequeño» mientras que el ejército de Saddam Hussein era enorme; los mapas de situación mostraban el «Teatro de Operaciones de Kuwait» cubierto por los gráficos de forma de salchicha de las divisiones y unidades menores iraquíes. Pero dentro de la zona de cada unidad, el espacio ocupado era mucho menor que la desierta arena, de modo que ni siquiera millones de *bomblets* hubieran bastado para superar la geometría de la dispersión[145]. Sólo el número de bajas iraquíes durante la campaña aérea proporcionaría pruebas concluyentes de que ni siquiera las bombas de racimo (*cluster*) pueden lograr que el bombardeo de fuerzas

terrestres sea eficaz, excepto cuando la conmoción que sigue al ataque puede ser aprovechada inmediatamente por la acción terrestre, es decir, cuando el bombardeo no es estratégico sino táctico, o sea, una forma de apoyo aéreo próximo o de corta distancia[146]. No existen estadísticas amplias, pero en el caso de cuatro divisiones iraquíes estacionadas en Kuwait, que fueron bombardeadas intensa y reiteradamente, las estimaciones son las siguientes: Primera División, 100 muertos, 300 heridos, de 11.400 efectivos en total, lo que hace un 3,3% de bajas; Segunda División, 300 muertos, 300 heridos, de 3.000 efectivos, 16% de bajas; Tercera División, 100 muertos, 130 heridos, de 8.000 efectivos, 3,1% de bajas; Cuarta División, 100 muertos, 230 heridos, de 7.890 efectivos, 4,1% de bajas[147]. Como en estos casos el bombardeo fue tan intensivo, los resultados no fueron insignificantes pero tampoco brillantes. Porque la estimación general, la regla empírica, es que se requiere por lo menos el 25% de bajas para inhabilitar a una unidad *tácticamente defensiva* en ejércitos mediocres; y que en ejércitos de buen nivel se requiere el doble de esa cifra. En la batalla de Stalingrado las mejores unidades de ambas partes siguieron luchando defensivamente aun después de haber tenido un 75% de bajas. En la acción ofensiva, hasta las mejores tropas dejarán de atacar a fondo si sufren apenas un 5% de bajas en un período de tiempo breve (horas, no días).

LA «MORAL» DEL BOMBARDEO

Comparado con los implacables números, está siempre el infinitamente maleable «efecto moral», al que se apela cada vez que el bombardeo no afecta a algo importante que pueda ser fotografiado y evaluado para destacar sus costos políticos y militares.

Cuando se empezó a teorizar sobre el poderío aéreo, entre las dos guerras mundiales, se invocaba constantemente el supuesto

efecto moral del bombardeo estratégico, denominación que, al parecer, abarcaba a todos los bombardeos. Y aun más tarde, durante los primeros dos años de la Segunda Guerra Mundial, los comandantes de la RAF sostenían firmemente que su bombardeo —ineficaz y escaso— estaba a punto de quebrantar la moral del pueblo alemán («que acobardado se agazapaba en sus refugios, que tramaba revueltas»). En el caso de la guerra del Golfo también se adujeron los efectos morales, aparentemente con mayor justificación, porque es sabido que muchos soldados iraquíes desertaron de sus unidades. En las mismas golpeadas cuatro divisiones citadas anteriormente, la proporción de desertores fue enorme: 5.000 (de 11.400) soldados de la Primera División; 1.000 (de 5.000) de la Segunda División; 4.000 (de 8.000) de la Tercera División; y 2.500 (de 7.980) de la Cuarta División.

El problema estaría resuelto; después de todo, parecería que el bombardeo a granel con armas no dirigidas (y hasta el «bombardeo de alfombra», o de devastación, que consiste en dejar caer gran cantidad de bombas sobre cierta zona) es eficaz, aunque las bajas sigan siendo pocas a pesar del uso de bombas de racimo. Tal vez debamos ignorar la evidencia histórica de que el bombardeo inflige solamente una conmoción transitoria y no desmoraliza permanentemente ni a los ejércitos mediocres. El bombardeo sobre las fuerzas iraquíes en Kuwait fue intenso y prolongado. Es fácil imaginar cómo deben haberse sentido los soldados, inmovilizados durante semanas bajo el bombardeo, sin ninguna misión activa propia que absorbiera su atención, siempre expuestos a los ataques aéreos y pocas veces en condiciones de responder con fuego antiaéreo, y totalmente impotentes contra los B-52 que volaban a tanta altura que eran prácticamente invisibles. Es desconcertante descubrir que la evidencia histórica de todas las guerras aéreas anteriores quedó así obsoleta, pero al parecer los hechos no nos dejan otra opción. ¿O acaso sí la dejan? Porque aquellos hechos están abiertos a una interpretación totalmente diferente: las tropas iraquíes pueden o no haberse sentido «desmoralizadas» por un bombardeo ineficaz, pero sin duda pasaron hambre debido a los

ataques con *armas dirigidas* que cortaban el flujo de los camiones que los proveían de comida y agua en el desierto. El mismo documento que cita las deserciones y las atribuye al efecto moral del bombardeo de devastación, incluye lo siguiente: «Muchos prisioneros se quejaron de que sólo recibían un puñado de arroz y harina para una sola comida por día. El agua debía ser llevada en camiones hasta el campamento y comenzó a escasear cuando la campaña aérea se prolongó y un gran número de camiones cisterna fueron destruidos. Entonces, el consumo de agua no purificada produjo constantes problemas [de salud]»[148].

Esta declaración indica que quizás no haya necesidad de invocar vagos efectos morales. En los ejércitos de primer nivel, los soldados han aprendido a seguir luchando hasta que, literalmente, se desmayen de hambre, pero ni siquiera las mejores fuerzas armadas pueden luchar sin agua. Cuando los camiones cisterna que transportaban el agua dejaron de llegar, los soldados iraquíes que estaban en pleno desierto quedaron condenados. Algunos todavía pudieron conseguir agua no purificada, pero para el resto las únicas alternativas eran la muerte en ese sitio, una peligrosa deserción y posterior huida hacia Arabia Saudí para los que estaban en posiciones de vanguardia, o la deserción lisa y llana. Esta última posibilidad era la mejor. Y en realidad, se trataba realmente de una elección: «El ejército iraquí daba a sus tropas siete días de licencia cada 28 días de servicio en el frente […], En febrero [durante el bombardeo], los soldados que habían perdido su licencia de enero [cuando la licencia fue suspendida después del comienzo de la guerra el día 17] tuvieron un permiso de cuatro días. La mayoría no volvió»[149]. En otras palabras, para muchos soldados iraquíes fue difícil no desertar. La sistemática destrucción de carreteras y vías férreas desde Bagdad hasta Basora, los inmediatos ataques a los puentes de pontones que los iraquíes intentaban armar, y el incesante hostigamiento aéreo del tráfico terrestre, especialmente entre Kuwait y Basora, todas estas acciones no sólo redujeron el flujo de suministros sino que además hicieron que viajar fuese una aventura lenta, peligrosa o simplemente imposible.

Descubrimos, por lo tanto, que el supuesto efecto moral del bombardeo no dirigido fue irrelevante, ya que los soldados iraquíes que volvían a sus casas de permiso no podrían haber regresado a sus unidades en ningún caso, independientemente del estado de su moral. Por consiguiente podemos descartar hasta los reportajes de testigos oculares de la situación en tierra, que tienen un tono que nos es familiar porque en esta cuestión hay convenciones literarias bien establecidas: «El avión más temido era el B-52. Los ataques de estos aviones fueron descritos por un oficial como "algo extraordinario". Este oficial contó que las tropas se aterrorizaban cuando oían a los pesados bombarderos que iniciaban sus rondas de bombardeo […] el sonido y las vibraciones del bombardeo podían oírse y sentirse […] en muchas millas a la redonda. Los efectos sonoros sembraban ansiedad y miedo entre los soldados, que constantemente temían ser el siguiente blanco de los ataques»[150].

No descartamos esta evidencia porque desconfiemos de su veracidad, sino porque es engañosa aunque sea cierta. Por supuesto que las bombas que se dejaron caer sobre las tropas iraquíes sembraron horror, ansiedad y miedo; es decir, causaron los mismos efectos temporales registrados tanto en Vietnam como en anteriores guerras aéreas, efectos que se disipan una vez que el bombardeo cesa. Pero los efectos de los ataques con armas dirigidas que interrumpieron el tránsito por carreteras y vías férreas no fueron ni psicológicos ni temporales: fueron físicos y acumulativos. Cuando caminos y ríeles fueron cortados por el bombardeo, los primeros podían al menos ser rodeados, o parcialmente reparados, o reemplazados por pontones, pero el ferrocarril Bagdad-Basora que transportaba el aprovisionamiento para el ejército dejó de operar totalmente. Debido a ello se incrementó el transporte por carreteras. Luego, un camino reparado o un puente de pontones eran cortados, lo que producía un enorme embotellamiento de tráfico. Después, algún avión realizaría un ataque táctico a la larga línea de vehículos. Después de todo eso, pocos conductores se arriesgarían a seguir viajando y, por otra parte, había menos vehículos disponibles.

Por lo tanto, la moral de las tropas iraquíes era doblemente

irrelevante. Ya fuese que los soldados iraquíes estuvieran totalmente desmoralizados por el bombardeo, o tan fanáticamente decididos como los integrantes de las Waffen SS en sus mejores tiempos, sus *unidades* no podían avanzar, retroceder ni sobrevivir en el lugar una vez que su aprovisionamiento se detenía por causa de la interdicción del transporte. Así, bombardear para socavar la «moral» se convertía en una crueldad innecesaria y en un esfuerzo inútil.

POR QUÉ EL BOMBARDEO DE PRECISIÓN ES DIFERENTE

Considerándolo retrospectivamente, es indiscutible que la interrupción del tráfico de aprovisionamiento forzaría la retirada de las fuerzas iraquíes de Kuwait, o bien provocaría su colapso interno debido al hambre y la sed. Pero durante la guerra del Golfo y también antes, los partidarios de una ofensiva terrestre temprana sostenían con vehemencia que la interdicción aérea «nunca funciona», y citaban la experiencia de la guerra de Vietnam como prueba de sus afirmaciones. Así, las circunstancias de Vietnam, con su multiplicidad de rutas de norte a sur a través de Laos y Camboya, con su densa jungla que protegía muchos trechos de los caminos poniéndolos a cubierto de la observación y el ataque, con su multitud de cargadores de a pie y en bicicleta, y también con sus convoyes de camiones, se comparaban con la situación de Irak y Kuwait. Las fuerzas iraquíes eran demasiado grandes para ser abastecidas furtivamente por tropas de camellos en la noche. Tenían, por lo tanto, que valerse de la línea férrea que conducía a Basora y de dos autopistas posibles, que se perfilaban claramente sobre el terreno desértico, sin cobertura natural alguna, y por ende totalmente expuestas a ser vigiladas y atacadas por aire. Vietnam, además, no era una tierra árida y yerma sino un país lleno de agua y arroz, de modo que aun cuando sus líneas de abastecimiento

hubiesen sido cortadas por completo, a las tropas de Vietnam del Norte no les habría faltado ni comida ni agua, sino que sólo hubieran perdido su reabastecimiento de pertrechos bélicos; y esa necesidad también puede ser controlada, excepto al defenderse contra *fuerzas terrestres*[151]. Por el contrario, en el caso de los iraquíes en Kuwait, el reabastecimiento era indispensable aunque no hubiera combate terrestre, pero se interrumpía mucho más fácilmente. La vulnerabilidad logística del ejército yugoslavo en Kosovo era aún más baja que la de los norvietnamitas en Indochina, a pesar de la falta de jungla densa, porque no había combate terrestre que exigiera reabastecimiento de pertrechos.

Antes de la guerra del Golfo se argumentaba también que la interdicción sería ineficaz porque el aprovisionamiento almacenado que tenían las fuerzas iraquíes en Kuwait era enorme; según algunas versiones, alcanzaría para seis meses de comida y agua. Aquello hubiera sido una hazaña logística única, pero la afirmación era simplemente falsa. Algunas divisiones iraquíes disponían a lo sumo de un mes de abastecimiento de productos esenciales. Pero las interdicciones aéreas que son capaces de detener el tráfico en las carreteras y las vías férreas pueden asimismo atacar los depósitos de provisiones; y de hecho, siempre lo hicieron. «Otro oficial declaró que su división disponía de comida, agua y pertrechos para un mes, y que los elementos habían sido almacenados con anterioridad. Los ataques aéreos destruyeron el 80% de aquellas reservas»[152].

Así, la interdicción aérea de las líneas de abastecimiento iraquíes dentro de Kuwait fue muy eficaz, y con tiempo suficiente podría haber hecho innecesaria una ofensiva terrestre, teniendo siempre en cuenta, algo que tal vez no hacemos, que el objetivo estratégico era solamente lograr que Irak saliera de Kuwait. Pero la analogía con Vietnam, si bien totalmente inadecuada, nos recuerda que la interdicción aérea puede ser inútil, útil, muy útil y hasta un método suficiente por sí solo para librar una guerra, según las circunstancias específicas que imperen en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones: la densidad y exposición de las redes de transporte; el alcance de la viabilidad del tránsito a campo traviesa; las distancias

de que se trate; y, sobre todo, la composición y magnitud de las necesidades de abastecimiento. Por esta razón, entre otras, el valor del poderío aéreo en la guerra es tan altamente *situacional*, lo que constituye una consideración decisiva para definir el papel general que desempeña la potencia de la aviación en la estrategia nacional.

En la guerra del Golfo, no todo el bombardeo con las antiguas armas no dirigidas se hizo contra las fuerzas iraquíes en Kuwait para la «preparación del campo de batalla». Ni siquiera los *B-52* —que no podían apuntar sus bombas no dirigidas individualmente, algo que los caza bombarderos pueden hacer con cierta exactitud[153]— fueron usados para atacar campos de aviación, complejos industriales y depósitos de aprovisionamiento al aire libre. A diferencia de las tropas dispersas, tales blancos pueden muy bien ser atacados sin que haya que aducir efectos morales. Pero estos blancos constituyen también una categoría muy restringida, ahora que existe la alternativa de la precisión. Por ejemplo, hasta los depósitos de aprovisionamiento al aire libre pueden ser mejor atacados por armas dirigidas apuntadas a los diferentes conjuntos; en la guerra del Golfo la mayoría de las bombas dirigidas a depósitos de aprovisionamiento cayeron inofensivamente entre los grupos de depósitos. De todos los posibles tipos de complejo industrial, sólo unos pocos son mejor atacados por un bombardeo amplio de dispersión. Por ejemplo, las fábricas de ingeniería pesada no resultan gravemente dañadas porque se derrumben sus techos: una vez retirados los escombros, las máquinas están casi intactas, a menos que se inicien también incendios para encender sus lubricantes y hacer que algunas piezas se fundan. Aun las refinerías y los laboratorios químicos pueden ser atacados más económicamente con unas pocas armas dirigidas, siempre que se conozcan sus procesos lo suficiente como para descubrir los módulos críticos.

En cuanto a los campos de aviación militares, sólo con armas dirigidas se pueden destruir las instalaciones clave, que casi siempre están protegidas por gruesas paredes de cemento: hangares para los

aviones, búnkers para la artillería, puestos de mando, salas de estudio y reunión de los pilotos, y talleres de reparación de dispositivos electrónicos. Las bombas no dirigidas sólo tienen capacidad para dañar edificios y pistas de aterrizaje y despegue auxiliares. Desde luego, esta última acción suele ser útil para mantener brevemente a la aviación enemiga en tierra, pero durante la guerra del Golfo aun las excepcionalmente pasivas fuerzas aéreas iraquíes reparaban con bastante rapidez las pistas con los métodos que ahora son de uso generalizado: cemento de secado rápido para rellenar cráteres de bombas; plataformas especiales para cubrirlos y para reemplazar playas de estacionamiento averiadas, o chapas de metal perforadas, etcétera.

La deducción correcta no es que las armas no dirigidas ya no sirven, sino que se ha producido una inversión de roles. Si bien la designación oficial para las bombas no dirigidas es aún «armas para propósitos generales» («Mk.83, 1.000 libras GP» [*General Purposes*: propósitos generales]), hoy en día se han convertido en *armas especializadas*, al tiempo que los diversos tipos de armas dirigidas fueron las armas estándar en todo bombardeo aéreo posterior a la guerra del Golfo, como también en la guerra de Kosovo. Fue la *generalización* de los ataques aéreos con los 90 cm promedio de inexactitud de las bombas teledirigidas por láser (en comparación con los 9 m de las últimas tecnologías, los 120 m término medio en la guerra de Vietnam, y los 900 m de gran parte de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial), lo que transformó a la fuerza aérea en general en una fuerza capaz de ganar guerras por sí sola, lo que se comprobó por primera vez en la guerra del Golfo de 1991, y con mayor evidencia posteriormente, en la guerra de Kosovo de 1999, donde no hubo un solo combate terrestre.

CÓMO ESTRUCTURAR UNA CAMPAÑA AÉREA ÓPTIMA, EN TEORÍA

En consecuencia, podemos inferir que si las circunstancias generales de un conflicto permiten su éxito, actualmente una campaña aérea puede ser planificada como una combinación de tres acciones diferentes: *bombardeo estratégico*, para inhabilitar los componentes físicos fundamentales de la capacidad del enemigo para perseguir objetivos políticos o militares[154], incluyendo organizaciones de cuarteles generales y centros de mando; estructuras para la recolección y divulgación de información, junto con sus aditamentos de telecomunicaciones; infraestructuras públicas afines, e instalaciones militares y de industria bélica; *interdicción del abastecimiento*, para perjudicar a las estructuras del transporte, su tráfico y sus depósitos; y *ataques independientes de fuerza directa*, para perturbar los métodos bélicos operacionales del enemigo destruyendo el equipamiento militar que necesitan (a diferencia del equipamiento más valioso, en abstracto). Tales ataques son «independientes» porque no están destinados a apoyar determinadas operaciones en tierra. Además, lógicamente en último término, pero operacionalmente en primer término, está la *supresión de la lucha y la defensa aéreas* para facilitar todo lo anteriormente mencionado, por medio del establecimiento de la superioridad del combate aéreo y el ataque sistemático a los radares y otros sensores de defensa, a los centros de comunicaciones y de mando, a las bases de aviones de combate, a las fuerzas de misiles antiaéreos y a otras armas antiaéreas.

La particular misión de *apoyo aéreo próximo o de corta distancia*, que consiste en asistir a las fuerzas terrestres en combate, puede también convertirse en una necesidad al llevar adelante una campaña aérea, aun si no se pretende realizar acción alguna de ofensiva en tierra. Al defender un territorio suele no ser posible esperar que se produzcan los resultados acumulativos pero de ningún modo instantáneos del bombardeo estratégico, la interdicción del abastecimiento y los ataques directos e independientes a las fuerzas enemigas. Si hay suficiente profundidad estratégica, aun puede ser posible confiar sólo en los ataques aéreos frontales para contener el impulso de una ofensiva enemiga. De otro modo, la resistencia en el

terreno será también necesaria y por ende también lo será el apoyo aéreo próximo. Así, una campaña aérea puede incluir bombardeo no dirigido (hasta bombardeo de «área») y también acciones de apoyo aéreo próximo como aditamentos menores altamente especializados, pero de lo contrario consiste en determinada secuencia de ataques de armas dirigidas, tal como un puente se construye según determinada secuencia de pasos previamente calculados.

Sin embargo, existe una complicación enorme: el hecho de que se puedan dirigir las armas exactamente a su blanco no tiene el menor valor a menos que se hayan escogido los blancos correctos. El bombardeo de área que se practicó en la Segunda Guerra Mundial puede haber sido con frecuencia ineficaz y hasta contraproducente, pero no requería ningún conocimiento o talento especial para seleccionar los blancos; bastaba con tener una lista de las ciudades enemigas con sus coordenadas geográficas. Pero para derrotar a un enemigo de cierta importancia por medio de un número finito de ataques de alta precisión, es preciso comprender a fondo el funcionamiento interno de sus instituciones civiles y militares, y eso exige no sólo información concreta de inteligencia sino también visión cultural. Y también hay una trampa evidente, porque ninguna campaña aérea y ningún acto de guerra en general es como construir un puente. No existe ningún río en la naturaleza que haya cambiado deliberadamente su curso para no pasar por debajo de un puente, pero tanto la evitación como la oposición directa forman parte del proceso de la guerra. Una campaña aérea puede empezar con una secuencia cuidadosamente planificada de ataques con armas dirigidas, pero cuando el enemigo reacciona, la secuencia elegida, o los modos preferidos de ataque, o la selección del blanco y todo lo demás, debe cambiar también para subordinarse al plan. La mera persistencia es la clave del éxito en todas la cosas excepto en la guerra, donde sólo pueden tener la esperanza de triunfar quienes persisten con flexibilidad.

LA CAMPANA AÉREA EN LA PRÁCTICA

La campaña aérea que decidió el desenlace de la guerra del Golfo fue un gran éxito, en gran medida porque se guio por un plan serio y perspicaz[155]. Pero a pesar de ello se puede considerar una mezcla de transición, que incluyó mucho bombardeo tradicional de dudosa eficacia y careció de un mecanismo flexible para modificar el plan original, que fue seguido demasiado rígidamente. La innovación organizacional no había logrado estar a la altura del avance de las armas aéreas y de los sistemas de vigilancia, de modo que en el uso de las armas hubo precisión de rutina, pero también gran confusión en la elección de los blancos. En ello no sólo estuvieron involucrados los aspectos meramente técnicos. La capacidad de enviar bombas a un punto situado a menos de 90 cm de su blanco no sirve de nada si no se conoce a fondo el funcionamiento de ese blanco dentro del contexto general de las cosas. El «análisis de la vulnerabilidad», que alcanzó un elevado desarrollo hacia fines de la Segunda Guerra Mundial, se convirtió después en un arte olvidado porque el advenimiento de las armas nucleares, que lo destruyen todo, pareció haberlo hecho innecesario. Esto no es así en nuestro presente «posnuclear», sobre todo porque las armas pueden ser apuntadas a ciertas partes de estructuras pequeñas (los pozos de aire y luz de los búnkers, los generadores auxiliares externos, etc.). El análisis de la vulnerabilidad es hasta cierto punto una cuestión de ingeniería, pero debe seguir siendo principalmente un arte. Con frecuencia son los procesos contenidos dentro de las estructuras, y no las estructuras mismas, los que presentan una vulnerabilidad aprovechable; y esos procesos suelen ser administrativos y burocráticos, y no técnicos.

Antes de todos los aspectos técnicos está la estrategia de una campaña. Aun en un enfrentamiento desigual, los planificadores de una campana de bombardeo deben enfrentarse con una limitación: no pueden atacar todos los blancos posibles inmediatamente y al mismo tiempo. Algunos, entre los que se cuentan las instalaciones

clave de la defensa antiaérea, garantizan automáticamente la más alta prioridad. Otros, sobre todo las áreas urbanas como tales, pueden ser descartados como inútiles o hasta contraproducentes. Entre esos extremos los planificadores tienen que decidir qué bombardear y en qué secuencia. En la guerra aérea se aplican constantemente ciertos conocimientos científicos, pero ninguna teoría puede determinar la elección de los blancos ni establecer prioridades, algo de lo que depende íntegramente el éxito del bombardeo. No existe otro recurso que estudiar lo más ampliamente posible el país y su cultura política, su liderazgo, todo lo que se sepa sobre los objetivos del momento en el conflicto en curso, las fortalezas y las debilidades de las fuerzas armadas y sus presuntos métodos en todos los niveles. Todo eso y más se necesita para construir un «diagrama anatómico» que identifique los elementos clave del enemigo como sistema operativo, o más bien como una combinación de sistemas operativos. Mas la iniciación del bombardeo hará que los «sistemas operativos» del enemigo empiecen a cambiar, a medida que se intentan eludir los efectos del bombardeo ya absorbido y de los subsiguientes bombardeos que el enemigo, errónea o correctamente, presume que se producirán. De allí en adelante nos espera la conocida paradoja: precisamente en la misma medida en que el «diagrama anatómico» *era* correcto y el bombardeo *era* eficaz, la planificación previa a la guerra quedará sin efecto hasta donde el enemigo pueda reaccionar, y reaccione. En el tranquilizador espectáculo de la pasividad del enemigo se esconde un peculiar peligro: el bombardeo puede ser maravillosamente preciso, pero ineficaz desde la perspectiva de los líderes enemigos. Ni Saddam Hussein en la guerra del Golfo ni Slobodan Milosevíc en la guerra de Kosovo parecieron estar especialmente preocupados por reaccionar a las campañas aéreas contra sus regímenes; tal vez ambos consideraran que la destrucción es realmente útil, o al menos neutral para que ellos pudieran mantenerse en el poder. Y posteriormente, ambos se mantuvieron en el poder.

Debido a que para tener una eficacia prolongada una campaña aérea requiere que se revise constantemente la lista de blancos, toda

demora entre la ejecución de los ataques aéreos y el flujo inverso de las evaluaciones de daños exige una penalidad. De hecho la debilidad organización al más grave revelada por la guerra del Golfo estuvo precisamente en la recolección, análisis, evaluación y divulgación de las evaluaciones de los daños causados por bombas[156]. Esta desventaja no había sido completamente superada después, en el momento de la guerra de Kosovo, en primer lugar debido a una escasez de aviones de reconocimiento fotográfico; parece ser que los aviadores siempre prefieren comprar un avión de combate más que su variante de reconocimiento, un avión tripulado más que una docena de vehículos de observación aérea de control remoto (un puñado de esos vehículos, comprados con reticencia a Israel, fueron considerados fundamentales durante la guerra del Golfo, pero casi no se compraron más en los años siguientes en la época de la guerra de Kosovo, cuando solamente se disponía de *dos* de las máquinas estadounidenses más grandes). Los resultados habrían de demorar cambios necesarios en los planes de campaña, de todos modos, resistidos por la rigidez de los mandos; la innecesaria duplicación o triplicación de ataques contra blancos ya destruidos; y la no reiteración del ataque a blancos no destruidos. Por eso aun las mejores armas aéreas, con un *85*% de probabilidad de dar en sus blancos, nunca pueden ser operacionalmente tan eficaces para inhabilitar realmente blancos relevantes.

La fuerza aérea israelí fue la primera que hizo una demostración del nuevo arte de la supresión *sistemática* de la defensa antiaérea. Esto aconteció el 10 de junio de 1982. Dieciséis baterías de los entonces modernos misiles antiaéreos soviéticos (suficientes para equipar un ejército de buen tamaño) fueron destruidas en menos de una hora sin que se perdiera un solo avión, gracias al uso combinado de un amplio conjunto de dispositivos de guerra electrónica estadounidenses e israelíes (misiles autodireccionales por radiación, artefactos para crear falsos blancos, dispositivos para saturar radares y armas no tripuladas —vehículos de ataque pilotados por control remoto, misiles superficie-superfice— como también ataques aéreos a baja altitud con bombas «de racimo»). La clave era que todos estos

medios se empleaban simultáneamente en un solo ataque de nivel operacional, y que se llevó a cabo gracias a la preparación de inteligencia, que reveló la orden de batalla electrónica completa de los sirios. Era una nueva manera de luchar contra las defensas antiaéreas: no el desgaste secuencial de radares, misiles y posiciones de artillería de la guerra de Vietnam, sino una versión electrónica de una incursión de comando ideal, en la que cada acción independiente se planifica con antelación para ser después ejecutada en conjunto, para terminar la tarea antes de que el enemigo reconozca cabalmente que se está produciendo un ataque. Cuando los sirios reaccionaron enviando sus mejores escuadrones de aviones de combate de retropropulsión, los israelíes usaron el mismo método integrado para interceptarlos. En el pasado, los combates aéreos con los cazas de retropropulsión sirios habían resultado en una relación de 10:1, o a lo sumo de 16:1 a favor de los israelíes. El 10 de junio de 1982, por el contrario, la habilidad táctica de los pilotos israelíes fue complementada con una vigilancia de radar aérea, que rastreaba y localizaba a los cazas sirios tan pronto como despegaban, y con la dirección de la fuerza de tareas a cargo de los interceptores, con el propósito de lograr sinergismos operacionales. El resultado fue una relación de bajas infligidas absolutamente sin precedentes: 85:0.

En la guerra del Golfo, la supresión concertada de las defensas antiaéreas iraquíes desde el comienzo mismo de la campaña aérea hizo algo más que minimizar las pérdidas de la aviación de EE UU y la coalición. Permitió también recuperar las altitudes medias más adecuadas para el bombardeo de precisión. Al volar a cierta altura —por lo general a más de 3.000 metros— la tripulación de los aviones tenía la visión suficiente para detectar y reconocer sus blancos asignados, lanzar sus armas con deliberación, y observar si habían dado en el blanco. (No obstante, el daño sólo podía ser evaluado por otros, después de la detonación y de las explosiones secundarias, si las había). Por el contrario, al volar a una altitud demasiado escasa, las tácticas de penetración a alta velocidad de la Roy al Air Forcé, desarrolladas durante años para eludir las defensas antiaéreas contra misiles en Europa, fueron mal aplicadas contra Irak. De todos

modos, sus misiles antiaéreos prácticamente no podían operar mientras que el fuego de artillería contra los aviones era sumamente abundante. El resultado fue una pérdida innecesaria para Gran Bretaña: seis aviones en seis días. Y lo que es peor aun, la práctica de conducir aviones tripulados como si fueran misiles evitó el uso de las armas de precisión más eficaces, sobre todo las bombas dirigidas por láser. Los «Tornado» británicos, al volar a baja altura y alta velocidad, sólo podían dejar caer bombas no dirigidas o esparcir municiones de área por medio de órdenes preestablecidas emitidas desde sus ordenadores de navegación, y sus tripulaciones no veían nada por debajo de su avión, excepto un terreno borroso pasando como un rayo.

Otro descubrimiento de la campaña aérea de la guerra del Golfo, que fue confirmado en la guerra de Kosovo, es que los aviones furtivos, destinados a eludir la detección de radar y de infrarrojo, podían ser maravillosamente económicos, aunque cada uno es mucho más caro que un avión equivalente pero no furtivo. La razón es simplemente que pueden operar por su cuenta. En cambio, los aviones de combate no furtivos vuelan por lo general escoltados por cazas que los protegen por encima, otros cazas armados con misiles antirradiación, aviones para saturación activa de los instrumentos de detección, y muchas veces aviones cisterna para todos, de modo que únicamente una parte de los aviones que entran en acción transporta realmente armas ofensivas. Durante la guerra del Golfo era común el uso de hasta ocho o diez caza bombarderos para arrojar seis bombas[157]. En la guerra de Kosovo, la proporción de aviones de combate para apoyar a la aviación no fue tan elevada. Inevitablemente, la economía general del poderío aéreo como forma de guerra se degrada a medida que aumenta la proporción de aviones escolta. El esfuerzo por evitar totalmente las pérdidas aéreas puede fácilmente superar el punto culminante de la utilidad. El desgaste virtual —la desviación de recursos desde la acción positiva hacia la autoprotección— puede ser más costoso que el desgaste real en eficacia ofensiva perdida. Como ya se ha señalado, en la guerra de Kosovo los aviones de combate de la OTAN estaban tan bien

escoltados y protegidos que sus pilotos volaban con mayor seguridad que los pasajeros de algunas aerolíneas del Tercer Mundo, pero la campaña aérea se debilitó proporcionalmente.

Tener información *inmediata* sobre el resultado de los ataques aéreos ya realizados es de tal importancia que las armas dirigidas, que permiten al menos una revisión parcial de sus resultados registrados en video, son igualmente valiosas. Y a la inversa, el valor de las armas que reducen la devolución de información solamente a la adquisición del blanco (principalmente los misiles aire-superficie) se reduce proporcionalmente. En cuanto a los misiles de crucero, que son enviados con seguridad hacia sus presuntos destinos sin poner en riesgo a una tripulación, pero también sin conocimiento inmediato de los resultados, si los hubo, su valor se degrada aun más.

Los misiles de crucero empleados durante la guerra del Golfo[158] tenían inexactitudes medias mucho mayores (entre 15 y 45 pies [4,5 m y 13,5 m]) que las mejores de las armas lanzadas por aire, que son las bombas dirigidas por láser (3 pies [0,90 cm]); y esa diferencia fue altamente significativa en el caso de diversos tipos de blancos. Esa desventaja se vio compensada en gran parte en la época de la guerra de Kosovo, cuando las inexactitudes medias de los misiles de crucero estaban por debajo de los 10 pies (3 m). En comparación con esos datos, los misiles de crucero no pueden perder su importante ventaja de nivel operacional: es posible lanzar gran número simultáneamente, desde el comienzo mismo de una campaña aérea. Durante la guerra del Golfo se lanzaron 52 misiles de crucero el primer día y otros 52 el segundo día; 196 habían sido lanzados hacia el final del tercer día, de un total de 284 lanzados en toda la campaña aérea. En la guerra de Kosovo, el total lanzado fue mayor, pero hubo menos simultáneamente al comienzo, debido a que sólo unos pocos blancos fueron autorizados inicialmente por los consejos de la OTAN.

EVALUACIÓN DEL PODERÍO AÉREO OFENSIVO

¿Por qué las grandes promesas de los pioneros del aire de los años veinte no se cumplieron hasta la guerra del Golfo de 1991? ¿Acaso habían esperado demasiado progreso técnico rápido? En realidad, sucedió lo contrario: aquellos precursores no fueron capaces de prever que el poderío aéreo podría retroceder en vez de avanzar. Cuando el italiano Giulio Douhet, el norteamericano Billy Mitchell, y quien después sería Lord Trenchard declararon en diversas ocasiones que en el futuro las guerras podrían ganarse sólo por medio del bombardeo aéreo, habían dado implícitamente por sentado un alto grado de exactitud para identificar el blanco y acertar en él. Los tres habían pilotado biplanos en la Primera Guerra Mundial, cuando los únicos medios de navegación eran puramente visuales, muchas veces orientándose por caminos conocidos, ríos o vías férreas. Desde luego, ese método depende íntegramente de la buena visibilidad, pero cuando era practicable garantizaba que una zona que debía ser bombardeada no sería confundida con otra. Sin duda nunca pensaron que en las décadas siguientes se utilizarían medios de navegación muy perfeccionados que, sin embargo, no podrían brindar tal exactitud.

Asimismo, habían dejado caer bombas a velocidades menores de 90 millas (145 km) por hora y a baja altura, con frecuencia por debajo de los 1.000 pies (300 m). Tales prácticas eran peligrosas aun entonces, pero la exactitud lograda era alta, por lo menos al atacar blancos amplios, como por ejemplo patios de maniobras. Tampoco en esos casos los pioneros del aire de los años veinte previeron que en las décadas siguientes los aviones de combate (o cazas) y los bombarderos se perseguirían mutuamente a velocidades y altitudes mucho mayores y hasta de noche, imposibilitando absolutamente la exactitud, aun con visores de bombardeo. Y por último, las tripulaciones de la Primera Guerra Mundial casi siempre podían ver si habían dado en el blanco, si sus bombas habían explotado y si

había indicios ciertos de que se habían infligido daños, algo muy diferente de las presunciones generalmente frustradas de los pilotos de bombarderos que participaron en acciones aéreas décadas después.

Así, los F-117 que fueron pilotados con gran precisión sobre determinados edificios de Bagdad desde el 17 de enero de 1991, para lanzar bombas láser-autodireccionales a una distancia de menos de 90 cm de sus blancos, filmando al mismo tiempo la secuencia del ataque, recuperaron finalmente las cualidades perdidas del poderío aéreo ofensivo que Douhet, Mitchell y Trenchard habían dado por sentadas. Por eso su promesa se cumplió en la guerra del Golfo, después de dar un rodeo de setenta años a través de velocidades cada vez mayores, localización tentativa de blancos y grandes imprecisiones.

TERCERA PARTE

RESULTADOS LA GRAN ESTRATEGIA

Ahora estamos finalmente preparados para estudiar la gran estrategia, el nivel de los resultados finales. Es ésta también la forma cotidiana de la estrategia, dado que la acción dinámica de la lógica paradójica está constantemente presente en la política internacional, aun cuando la guerra en cualquiera de sus formas sea solamente una posibilidad altamente teórica.

Al examinar los anteriores niveles de la estrategia, desde el técnico hasta el del teatro de operaciones, aplicamos diferentes etiquetas para establecer diferencias entre las doctrinas normativas de la institución militar, los análisis de observadores interesados y la realidad objetiva de cada nivel. Están, por ejemplo, las tácticas recomendadas por los manuales de determinado servicio militar, o destinadas a un tipo específico de fuerza («tácticas para blindados») o quizás a determinado paisaje («tácticas de la jungla»); está el análisis táctico que se hace para evaluar un arma o explicar un episodio bélico; y luego el nivel táctico de la estrategia misma tal como existe en la realidad, ya sea que determinadas tácticas hayan sido o no recomendadas, o determinado análisis realizado. Fue igual para las tres técnicas recomendadas y aplicadas, el análisis técnico de los combates, y el nivel técnico de la estrategia misma. Y no hubo mayores dificultades para diferenciar entre métodos operacionales prescritos, como la defensa en profundidad; el análisis de nivel operacional de, digamos, la ofensiva de penetración profunda de Patton en Francia en 1944; y el nivel operacional mismo, cuya importancia, descubrimos, dependió de la cantidad de maniobra relacional que contuviera. En el siguiente nivel, la necesidad de claridad impuso distinciones más burdas, por ejemplo, entre «la estrategia del teatro de operaciones de la OTAN» (análisis del nivel

del teatro de operaciones) y el nivel de la estrategia del teatro de operaciones misma, en la que los fenómenos militares están condicionados espacialmente.

En el más alto nivel de la estrategia, sin embargo, no disponemos de términos adecuados para diferenciar entre la gran estrategia como la doctrina que cierto estado proclama públicamente o la doctrina que se le imputa («la gran estrategia china»); la gran estrategia como un nivel de análisis, en el cual examinamos la totalidad de lo que sucede entre estados en la paz y en la guerra; y la realidad de la gran estrategia, el nivel decisivo de la estrategia como un todo. Por supuesto, sólo este último existe universalmente, puesto que muy pocos de los estados que participan de la política internacional tienen una gran estrategia propia cuidadosamente elaborada. Como siempre, mi propósito no es recomendar determinada gran estrategia para determinado país, sino revelar la realidad interna de la lógica paradójica en el nivel de la gran estrategia.

13
EL ÁMBITO DE LA GRAN ESTRATEGIA

Si recordáramos nuestra anterior imagen de la estrategia como una suerte de edificio de niveles múltiples, con pisos en movimiento debido a la marea de la acción y la reacción, descubriríamos que su nivel más alto es mucho más espacioso que los inferiores, de un modo que ninguna arquitectura viable permitiría. Porque en el nivel de la gran estrategia las interacciones de los niveles inferiores, puramente militares, arrojan resultados finales dentro del amplio marco de la política internacional, en otras interacciones con las relaciones no militares entre estados: las relaciones formales de la diplomacia, las comunicaciones públicas de la propaganda, las operaciones secretas, las percepciones de los otros formadas por la inteligencia, y todas las transacciones económicas de importancia no puramente privada. En este desproporcionado piso superior, por lo tanto, el resultado neto de lo técnico, lo táctico, lo operacional, y lo estratégico del teatro de operaciones, se presenta en continua interacción con todas las transacciones entre estados que ejercen y reciben la influencia de lo que se hace o se deja de hacer en la esfera militar dentro de cualquier estado.

Desde una perspectiva diferente, que capta la realidad dinámica de nuestro tema, la gran estrategia puede ser vista como una confluencia de las interacciones militares que fluyen hacia arriba y hacia abajo, nivel por nivel, formando la dimensión «vertical» de la

estrategia, mientras que las diversas relaciones externas entre estados forman la dimensión «horizontal» de la estrategia.

LA ESTRATEGIA EN LA POLÍTICA INTERNACIONAL

Los límites de la gran estrategia son amplios, pero no abarcan todas las relaciones de todos los participantes en la totalidad de la política internacional. Es improbable que las transacciones que existan entre Suecia y Guatemala, sean cuales fueren, estén bajo la influencia de recíprocos temores de ataque o de recíprocas expectativas de asistencia bélica. De ello se sigue que las relaciones sueco-guatemaltecas no están condicionadas por la lógica de la estrategia, aunque desde luego tanto Suecia como Guatemala tienen relaciones estratégicas con potenciales enemigos y potenciales aliados que pueden coincidir en cierto punto. Así, la gran estrategia existe dentro de la política internacional, pero no coincide con sus límites. Y a este respecto podemos señalar que una manera posible de evaluar el estado de la política global sobre un índice normativo de progreso sería examinar cuántas de sus relaciones son significativamente estratégicas.

En realidad, la gran estrategia existe también fuera de la política internacional, porque incluye el más alto nivel de interacción entre partes capaces de usar la fuerza, incluyendo a los grupos delictivos y terroristas.

En el nivel de la gran estrategia, la misma lógica paradójica se manifiesta también en los escenarios nacionales, ya que el monopolio estatal de la fuerza es incompleto, tanto en las guerras civiles como en la actividad delictiva. De hecho, podríamos identificar el nivel de la gran estrategia hasta en una lucha con puñales entre dos delincuentes en un callejón: sus gruñidos y sus gritos pueden ser vistos como formas de diplomacia y propaganda;

uno u otro puede intentar valerse de incentivos económicos, como ofrecer dinero para detener la pelea; también habrá acciones de inteligencia y de engaño cuando ambos tratan de confundir al otro con sus fintas. Y podemos reconocer un nivel táctico, formado por sus arremetidas y sus maniobras de defensa, y un nivel técnico, en las cualidades de sus puñales. Aun los participantes mismos reconocen diferencias entre los niveles, porque pueden suplicar, amenazar o negociar mutuamente, mientras siguen luchando. Así, la gran estrategia puede estar presente hasta en la menor escala, al menos hasta que llega la policía.

Pero si bien la lógica en acción en una pelea con puñal es la misma que la de la política internacional, los fenómenos que condiciona son muy diferentes, no sólo porque son triviales sino también porque están constituidos por actos y pensamientos individuales. Por lo tanto, está ausente el aspecto institucional y político que caracteriza la conducta de los estados, y junto con él, la permanente contradicción entre la lógica lineal que rige los acuerdos políticos y la lógica paradójica que rige el conflicto. Mi indagación se limitará a las interacciones de los estados entre sí, no porque la estrategia tenga un lugar más natural dentro de ellos, sino precisamente, por lo contrario: solamente los estados gobernados por grandes estrategas podrían emular la conducta espontáneamente estratégica de dos delincuentes que se atacan en un callejón, dos personas para quienes la acción paradójica de engañar y desconcertar es algo totalmente natural.

Ya sea que la imaginemos, en términos estáticos, como un edificio o, en términos dinámicos, como una suerte de compleja fuente, la gran estrategia es el nivel último, el nivel donde todo lo que acontece en las dimensiones vertical y horizontal termina por confluir para determinar los desenlaces. En la confluencia de la gran estrategia, las victorias brillantes en el nivel técnico, táctico, operacional o del teatro de operaciones, como asimismo los errores diplomáticos, suelen tener el efecto opuesto, o hasta se producen sin consecuencias.

OBJETIVOS LINEALES EN UN MEDIO PARADÓJICO

El que los resultados de la gran estrategia sean considerados buenos o malos es cuestión de interpretación subjetiva: la forma de ver los resultados depende de los objetivos que se persigan. Aunque los objetivos se hayan establecido por tradición, capricho dictatorial, preferencia burocrática o elección democrática, la lógica de la estrategia no desempeña papel alguno en su elaboración. En el nivel de la gran estrategia, algunos gobiernos buscan poder sobre otros estados, o hasta expansión territorial; otros sólo desean mantener el poder y la influencia exterior que ya poseen al tiempo que se concentran en objetivos nacionales, incluyendo el incremento de la prosperidad; algunos gobiernos actúan en la escena mundial principalmente para reclamar ayuda económica en diversas formas, y pueden medir sus logros con rara precisión; otros consideran que el mayor de los éxitos consiste simplemente en que los dejen tranquilos; y otros aun buscan apoyo exterior precisamente para que sus enemigos no los molesten. Cada gobierno tiene sus propios objetivos, aunque sólo sean implícitos, y por lo tanto cada uno mide los resultados de un modo diferente, con lo cual el mismo resultado —por ejemplo, la preservación del *statu quo*— puede ser considerado altamente satisfactorio por un gobierno y un fracaso aplastante por otro.

Por lo general se malgastan esfuerzos por definir los «intereses nacionales», como si tuvieran una existencia objetiva que pudiera ser identificada y mensurada. Debería ser evidente que los llamados «intereses nacionales» surgen en un proceso político que nada debe a la lógica de la estrategia. Cuando en la política interna de un estado existen partes contendientes que buscan la aprobación de sus objetivos particulares presentándolos como intereses «nacionales», deben hacerlo por medio de argumentos de sentido común, en los

que lo bueno es bueno, lo malo es malo, y es mejor obtener ganancias grandes que ganancias pequeñas, sin paradoja alguna.

No es necesario citar una infinidad de ejemplos para mostrar las consecuencias de la omnipresente contradicción entre objetivos de sentido común y lógica estratégica. Esa contradicción ha convertido a la historia en un registro de las locuras de la humanidad. Y también explica por qué muchos líderes políticos, que tienen éxito en la gestión de las cuestiones internas de su país, fracasan en la política exterior, y por qué muchos héroes de la guerra o de la diplomacia fallan cuando intentan gobernar los asuntos de su nación. En unas pocas cuestiones específicas, el hecho de que algún error trágico se repita una y otra vez a lo largo de los siglos ha dejado huellas, de modo que la persecución de objetivos regidos por una lógica lineal es por lo menos cuestionada. SÍ x divisiones de ejército, o y cantidad de misiles son considerados necesarios para la seguridad nacional, actualmente es posible que el doble de esas cifras no sea automáticamente aceptado como aun mejor. Se supondrá, en el mejor de los casos, que más divisiones o más misiles podrían suscitar en el adversario reacciones competitivas o, peor aun, preventivas. Y es adecuadamente paradójico que tal esclarecimiento derive de la idea simplista, mecanicista, de que las «carreras armamentistas» se impulsan espontáneamente y son interactivas. De ese modo se ignora el choque de las ambiciones políticas, que es la verdadera causa de la competencia, no sólo en las armas sino también en otras cuestiones.

Existe una categoría más evidente de excepciones a la insensata persecución de objetivos de lógica lineal, que puede ser advertida por cualquier persona que viaje por tierras de antiguos conflictos bélicos. A lo largo de las costas del Mediterráneo, incontables aldeas (hoy pintorescas) están enclavadas en las montañas, y se accede a ellas fácilmente con automóviles, tractores u otros vehículos; pero durante siglos esos pequeños poblados estuvieron incómodamente apartados de sus propios sembradíos en los valles que se extendían al pie de las colinas. Las ruinas de asentamientos en las tierras bajas, que datan de diferentes períodos históricos, demuestran que

solamente a través de la amarga experiencia los supervivientes aprendieron que en tiempos de guerra el lugar bueno es malo, y el lugar malo es bueno. Mientras los romanos gobernaron, el sentido común favoreció la instalación de las personas en los valles. En recientes tiempos de paz, el valle puede ser escogido una vez más debido a que es conveniente. Pero durante los siglos intermedios entre aquella época y la nuestra, los aldeanos estuvieron constantemente expuestos a la fatal tentación de abandonar sus montañas para establecerse en las tierras bajas, donde la fatigosa necesidad de subir las colinas no se agregaría a los afanes de cada día de trabajo. Las ruinas aún visibles demuestran que con frecuencia aquellos hombres cedieron a la tentación.

Las cosas no son diferentes para estados rivales atrapados en conflictos. Divididos por intereses comunes que no son mutuos, lo corriente es que concuerden totalmente acerca de que la paz es buena y la guerra es mala, pero no pueden actuar en función de esas convicciones de sentido común, porque la búsqueda unilateral de la paz y el desarme sería un poderoso incentivo para que el adversario intensificara su búsqueda de la guerra.

Pero ésa es la regla de los supervivientes, no la regla universal. Los intentos de proyectar la lógica lineal dentro del ámbito del conflicto, en busca de soluciones cooperativas de sentido común, son bastante frecuentes. Si queremos paz, ¿por qué no habremos de tenerla? SÍ estamos de acuerdo en que las armas son caras y peligrosas, ¿por qué simplemente no nos desarmamos? Y si hay una disputa por intereses importantes, ¿por qué no resolverla apelando a los numerosos procedimientos legales, de arbitraje y de negociación que todos los días sirven para solucionar tales disputas dentro del ámbito nacional? La persistencia con que se proponen tales soluciones cooperativas no es sorprendente, porque la idea de que la búsqueda misma de la paz o del desarme conduce lógicamente a sus opuestos es simplemente excéntrica desde el punto de vista de la lógica lineal.

Desde luego, no es el error intelectual el que provoca estos intentos de internarse en el cómodo valle, sino más bien la fuerte

tentación de escapar de la cruel lógica paradójica. Los modernos anales de la diplomacia están llenos de tentativas de negociar soluciones de sentido común y de tentativas de neutralizar la hostilidad con demostraciones de buena voluntad, como si las expresiones de hostilidad no fueran un mero síntoma de propósitos de entrar en conflicto.

La diplomacia de la cooperación y los gestos de buena voluntad sólo pueden ser eficaces cuando ya se han eliminado las causas de conflicto. Así, después de 1945 la diplomacia franco-alemana impulsó con éxito iniciativas conjuntas en muchos campos, iniciando de ese modo la unificación de Europa occidental. Poco después de la guerra, muchas reuniones en la cumbre, visitas de estado con participación masiva de la gente, programas de intercambio para jóvenes entre países, todo contribuyó a disipar una obsoleta hostilidad. Pero hasta que el viejo conflicto no fue reemplazado por el nuevo y más amplio conflicto entre el Este y el Oeste, no tuvieron éxito la diplomacia franco-alemana y todos los gestos de buena voluntad. Cuando se intentaron exactamente los mismos procedimientos antes de la Segunda Guerra Mundial, con permanente diplomacia formal, reuniones cumbre (sobre todo en Múnich), negociaciones para el control de armas, y numerosos gestos de buena voluntad, incluyendo reuniones amistosas de veteranos de las trincheras, el único efecto de mirar tanto el tentador valle que se extendía más abajo fue debilitar las defensas francesas al tiempo que la Alemania nazi se rearmaba.

A partir de este famoso fracaso de la habilidad de los estadistas, y el similar caso de Gran Bretaña y Alemania, que consistió en desacreditar la antigua y honorable práctica de la pacificación[159], surgió una importante excepción a la tentación de proyectar soluciones de lógica lineal dentro del ámbito del conflicto. Las negociaciones para el control armamentista que se dieron durante los años de entreguerras, las reuniones en la cumbre, los gestos de buena voluntad, y hasta el proceso de la comunicación diplomática misma fueron condenados como perjudiciales porque debilitaban los esfuerzos para prepararse para la guerra que no sería posible evitar.

Por consiguiente, durante muchos años después de la Segunda Guerra Mundial, la diplomacia occidental con la Unión Soviética fue conducida con mucha (tal vez demasiada) cautela, a la sombra de la «lección de Munich». Es posible argumentar que quizás en el proceso puedan haberse perdido valiosas oportunidades para mutuos ajustes, al menos durante los años de Nikita Kruschev (19541964). Con razón se ha dicho que la historia no enseña nada, excepto que no enseña nada, porque ahora sabemos que después de Stalin, los líderes soviéticos no estaban tan decididos a entrar en guerra como lo había estado Hitler, y sabemos también que sus plazos para la satisfacción de sus ambiciones no eran tan urgentes como los de Hitler[160]…

Es indudable que la diplomacia puede servir para muchos propósitos, aun si no se puede disminuir el conflicto; y por cierto, suele ser especialmente útil en medio de la guerra, no necesariamente para ponerle fin. La combinación de guerra y negociaciones directas en las guerras de Corea y de Vietnam fue una vuelta a los procedimientos clásicos. Fue más bien la ausencia de diplomacia directa durante las dos guerras mundiales lo que fue atípico. En el caso de la Primera Guerra Mundial, el abandono de la diplomacia fue una concesión de la élite a los sentimientos de las masas (enardecidas desde el comienzo por la propaganda dirigida por la élite) y actualmente aquella actitud es considerada una prueba de la especial ferocidad de la guerra «democrática». En la Segunda Guerra Mundial, la diplomacia desempeñó un papel, pero sólo con Japón y sólo al final del conflicto, debido a que la perpetuación del cargo de Emperador fue aceptada por los Aliados, que ni siquiera contemplaron la posibilidad de perpetuar el gobierno de Hitler.

EL CASO DEL CONTROL DE LAS ARMAS

Si se la limita a cuestiones puntuales y bien definidas, una

diplomacia cooperativa orientada por una lógica lineal puede muy bien coexistir con la persistencia de un conflicto por intereses más importantes. Tal diplomacia puede estar al servicio de una de las partes o de todas, si logra que la permanente rivalidad de esas partes se aleje de los senderos considerados indeseables por todos. En los conflictos territoriales ha existido siempre una forma de cooperación que consiste en la recíproca aceptación de estados «tapón», que no son molestados por ninguna de las partes aun cuando éstas continúen con su búsqueda de expansión. En el contexto del conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que fue en gran medida no territorial —un enfrentamiento bélico sin guerra—, el tratado de 1953 por el que se reconoció a Austria su condición de estado soberano y neutral fue un ejemplo raro y atípico de diplomacia cooperativa en gran escala. Mucho más típico fue el tratado que en 1962 prohibió la realización de pruebas atómicas en la atmósfera, lo que inició una larga serie de acuerdos de control armamentista que aún continúa, con la Federación Rusa. Las energías puestas en la competencia nuclear, que reemplazó a la guerra activa, no disminuyeron en absoluto. Pero el acuerdo de limitar la competencia a ensayos sin detonaciones nucleares en la atmósfera fue beneficioso para ambas partes y también para el resto de la humanidad. El error oculto en ese éxito diplomático fue entender la *desviación* de las energías conflictivas como una solución parcial del conflicto mismo, dando así señales erróneas de que una progresión de más acuerdos parciales podría poner fin al conflicto. A lo largo de toda la Guerra Fría, las negociaciones por el control de las armas fueron a menudo mal interpretadas como una forma de resolución de conflictos, cuando en realidad sólo afectaban a un síntoma de conflicto.

Muchas veces se consideró que el proceso mismo de las negociaciones tenía un conveniente efecto apaciguador. Y en verdad apaciguaba, pero eso es apenas la mitad de la historia. Como las limitaciones al armamentismo como tal no refrenan el impulso competitivo sino que lo desvían, las consecuencias de los límites acordados dependen de las características específicas de las armas

limitadas o prohibidas, y de las nuevas armas que se construyen con los recursos así liberados. A las primeras armas se las conoce; a las segundas, no. Por lo tanto, la búsqueda del control de las armas es una apuesta para cada parte, aunque sistemáticamente favorece a la parte que se encuentra en mejores condiciones de innovar (que en la competencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética fue por lo general Estados Unidos). De todos modos, el desarrollo de nuevas armas causado por las limitaciones convenidas sobre las que ya existen debe generar más tensiones en la relación conflictiva. Casi siempre las nuevas armas tienen configuraciones novedosas, que perturban las pautas ya establecidas de interacción entre las fuerzas de cada parte. Los resultantes «*shocks* de innovación» superaron fácilmente el efecto tranquilizador de las negociaciones por el control del armamentismo durante la Guerra Fría, lo que explica por qué pactos muy bien recibidos fueron seguidos por períodos de aguda tensión.

En cierto modo, el intento de controlar las armas se ve condicionado por la lógica paradójica cuando los acuerdos efectivos que limitan la competencia se negocian con éxito. En resumen: tal como sucede con cualquier otra actividad en el campo de la estrategia, la búsqueda permanente del control de las armas debe finalmente tornarse contraproducente después de determinado punto culminante, que en este caso se alcanza después de cierta acumulación de limitaciones impuestas de común acuerdo. Entonces, el mecanismo de la «verificación» —los procedimientos y dispositivos empleados para asegurar el cumplimiento de las restricciones negociadas— se convierte en el vehículo (no en la causa) del fracaso del control de armas.

La verificación, que depende de la observación por satélite, el rastreo por radar y la inteligencia aplicada a la transmisión de señales, es la condición *sine qua non* del control de armas, ya que lo que no puede ser verificado no puede ser limitado. No todas las armas son lo suficientemente visibles como para ser detectadas y contadas, y no todas las formas de cumplimiento son transparentes y fáciles de evaluar. Si todas las armas existentes cuyo número y cuyas

características pudiesen verificarse se limitaran con éxito por mutuo acuerdo, las energías para el desarrollo y los recursos para la producción se desviarían hacia la adquisición de nuevas armas, aun no controladas, algunas lo bastante visibles como para ser evaluadas y contadas desde lejos, pero otras no. Si, a su vez, las nuevas armas verificables fuesen limitadas, el resultado sería una mayor desviación de energía hacia la construcción de nuevas armas, algunas verificables y otras no. Y por último, si el proceso continúa y todas las armas verificables son debidamente sujetas a limitaciones efectivas, todos los recursos de desarrollo y producción se habrán trasladado a la adquisición de armas que por una u otra razón no puedan ser verificadas, y que por lo tanto no puedan estar sujetas a limitaciones. En ese punto, la carrera armamentista se prolongaría. Pero el control de las armas habría llegado a su fin, aniquilado por su propio éxito, tal como aquella arma antitanque perfecta que supuestamente causaría la desaparición de los tanques de todos los campos de batalla, o como el ejército que avanza tanto que marcha hacia su autodestrucción.

El hecho de que la diplomacia del control de armas sólo pueda en el mejor de los casos lograr restricciones específicas sobre determinadas armas no basta para condenar el intento, porque su propósito es precisamente ése. Por cierto, no se puede culpar al proceso por la propensión crónica a interpretarlo erróneamente como un recurso para la resolución de la hostilidad subyacente y como un preludio del desarme. Pero ningún error es más comprensible en la política interna de los países de gobierno consensual que buscan la prosperidad, porque en ellos la reconciliación de los intereses opuestos constituye una preocupación cotidiana de la política.

La tensión entre los objetivos constituidos internamente a través del pensamiento lineal y la dimensión conflictiva de la política internacional no es una condición universal. Los gobiernos que internamente ejercen el poder con métodos bélicos son mucho menos propensos a la persecución inadecuada de objetivos cooperativos en el escenario internacional. Sus líderes no necesitan

tener una buena comprensión intelectual de la lógica paradójica, hasta pueden ser seres primitivos que no piensen en absoluto en tales términos. Pero el hábito de confiar en la ocultación, el engaño, la intimidación y la fuerza en el ámbito nacional contiene su propia educación para la estrategia, ya que los patrones del éxito y el fracaso mismos sugieren las líneas generales de la lógica. Así como la política interna consensual inspira una perspectiva de la política externa basada en la lógica lineal, la política interna de las dictaduras las prepara para la lógica del conflicto en el exterior. De ello no se desprende necesariamente una especial predisposición para la conducta agresiva. Como demuestra el registro histórico, las dictaduras pueden ser impecablemente pacíficas y las democracias pueden ser ferozmente agresivas. Fue una Gran Bretaña crecientemente democrática la que fue cada vez más agresiva durante el siglo XIX, al someter a gran parte de África y del sur de Asia. Y su principal competidor en la expansión imperialista fue Francia, especialmente después del advenimiento del gobierno democrático de 1871. Tampoco se puede invocar el espíritu de la época para explicarlo todo: los electorados de ambos países aún favorecen el uso de la fuerza en el exterior cuando se presenta la oportunidad. El entusiasmo popular británico por la guerra de las Malvinas en 1982 asombró a otros europeos, y Francia trató de desempeñar un papel destacado en la guerra de Kosovo, en 1999, con amplio apoyo popular.

Por lo tanto, no hay asimetría en las intenciones, pero puede haberla en la eficacia. Sus consecuencias son evidentes en las luchas entre países que maximizan la prosperidad y regímenes que maximizan el poder, cuando tratan de aplicar en el exterior lo que practican todos los días en su propio territorio. Los primeros se imponen fácilmente en producción y progreso técnico, pero en el uso del encubrimiento, el engaño y la intimidación es natural que los gobiernos más experimentados en esas prácticas sean también los más expertos para aplicarlas. Sin embargo, la guerra prolongada suele anular la diferencia. En la Segunda Guerra Mundial las democracias angloamericanas demostraron su superioridad

precisamente en la ocultación y el engaño, hasta el punto de hacer que, retrospectivamente, los alemanes y los japoneses parezcan ingenuos. Al abordar los aspectos conflictivos de la política internacional en tiempos de paz, las actitudes inspiradas por la lógica lineal son una innegable fuente de debilidad que puede pesar mucho en el equilibrio de poder. El hecho de que Irak en 1991 y Serbia en 1999 fueran derrotadas por coaliciones principalmente democráticas, puso de manifiesto tanto la enorme superioridad material de éstas como el gran esfuerzo requerido para superar a opositores insignificantes cuando están endurecidos por la dictadura. En ambos casos, además, la victoria democrática fue insuficiente a la hora de desplazar a los gobernantes.

14
LA PERSUASIÓN POR LAS ARMAS

La guerra es un evento raro y dramático en las relaciones entre estados, a diferencia de la interminable guerra de bajo nivel de los conflictos internos. Así, los resultados normales que surgen en el nivel de la gran estrategia no son los de la guerra sino los de la «persuasión por las armas», como llamo a esa situación. Y no son menos importantes porque no haya ningún enfrentamiento armado visible, ya que la persuasión por las armas es nada menos que el poder, o más exactamente aun, esa porción del poder de los estados que deriva de su fuerza militar.

La persuasión por las armas es inherente a la posesión de fuerza: no puede haber capacidad para el uso de la fuerza que no suscite alguna respuesta en quienes alientan la esperanza de que sea usada en su beneficio, o en quienes temen que sea usada contra ellos. Propuse esta nueva expresión para superar el marcado sesgo político y cultural que la palabra «disuasión» conlleva. La disuasión es apenas una forma de la persuasión por las armas, pero oculta el fenómeno más general. Bien podríamos decir que la persuasión por las armas es a la «disuasión» lo que la fuerza en general es a la fuerza defensiva. Una vez explicado el concepto, puedo volver al lenguaje corriente para describir sus diversas manifestaciones, dentro de las cuales la «disuasión» es la forma negativa y la «persuasión» la positiva. Ambas formas se manifiestan cuando los adversarios se sienten obligados a actuar como se les ha dicho que actúen, y cuando los amigos son alentados a persistir en la amistad por medio

de su expectativa de recibir ayuda armada, si fuere necesario.

Ya sea que los adversarios y amigos sean persuadidos, o que los adversarios sean disuadidos, siempre es por sus actos que la acción se despliega. No es el hecho de tener y mantener armamento lo que genera la persuasión armada, sino la respuesta de los otros a sus propias percepciones de esa fuerza. Es el resultado de las decisiones que *ellos* toman, moldeadas por *sus* cálculos y emociones, decisiones que inevitablemente reflejan los puntos de vista de todo el mundo, incluyendo las opiniones de la fuerza armada que tienen frente a sí, y las visiones de la probabilidad y las circunstancias del combate, como también sus estimaciones de la disposición a hacer uso de la fuerza a favor o en contra de ellos mismos. La descripción de esta o aquella fuerza militar como una fuerza «disuasiva», que implica que el acto de la disuasión se realiza manteniendo determinada fuerza, causa una confusión entre sujeto y objeto que puede ser peligrosamente engañosa. El supuesto disuasor es el objeto pasivo, y la parte a ser influenciada es el sujeto activo y sensible, que puede o no elegir ser disuadido.

Las percepciones de la potencial fuerza militar también suscitan persuasión. Sujeta a la imaginada duración de cualquiera que sea la guerra considerada posible, la capacidad de movilización de las naciones suele provocar una persuasión preventiva a la par, o por menos, o no producirla en absoluto. Por ejemplo, en los años cincuenta la difundida creencia de que una guerra entre EE UU y la URSS sería nuclear desde el comienzo, y muy breve, puede haber reducido la persuasión que Estados Unidos obtuvo debido a su enormemente superior capacidad para la movilización industrial. En los sesenta, por el contrario, mientras la política militar soviética hacía hincapié en los preparativos para una prolongada guerra no nuclear, la capacidad de movilización estadounidense se deterioraba rápidamente (porque las armas eran cada vez más complejas, y producirlas, cada vez menos viable).

En combate, la fuerza es una realidad objetiva en acción, cuya única medida cierta y totalmente segura se da en los resultados logrados. Pero en el caso de la persuasión armada sólo existe la

estimación subjetiva de determinado potencial para el combate a los ojos de otros, tanto de los amigos como de los enemigos. La exactitud de estas estimaciones no es meramente incierta sino realmente indeterminada, porque ese potencial de combate es mensurable sólo en la realidad de las formas específicas de la guerra, muchas de las cuales quizá no se hayan dado nunca. Y aun entonces, el resultado del combate dependerá en parte de todos los impredecibles factores de tiempo, espacio y circunstancia.

En realidad, es fácil pensar en los casos extremos, en los que las incertidumbres e indeterminaciones se ven anuladas por abrumadores desequilibrios materiales, como en el caso de una guerra nuclear entre China y Vietnam, que no tiene armas nucleares, o entre Estados Unidos y alguna diminuta isla-estado. Pero la historia militar demuestra que cuando contemplamos casos menos extremos, que no sean absolutamente absurdos, nos encontramos con la incertidumbre y la indeterminación, mucho antes de lo que sería de esperar si nos atuviéramos a una lectura sensata de los datos previos al combate. Pero entonces, si el desenlace de las guerras fuese menos incierto, habría menos guerras porque se las prevería y luego se evitarían llegando a algún arreglo.

Nada se puede hacer para superar la indeterminación esencial del combate, pero sí es posible esforzarse por reducir la incertidumbre en la estimación del equilibrio militar. Hombres, armas y pertrechos se cuentan debidamente, y se evalúa lo mejor posible la calidad de las armas y sus elementos auxiliares. Sin embargo, siempre resta la parte —mucho mayor— de lo desconocido, de los aspectos intangibles de la organización, la capacidad operativa, la moral, la cohesión y el liderazgo, que cuentan mucho más que los factores materiales. Cuando se trata de táctica, métodos operacionales y estrategias del teatro de operaciones, se interponen otras incertidumbres: ¿todas estas cosas están sólo indicadas en los papeles o realmente se ejecutarán? Y si son ejecutadas ¿se harán bien? Una vez más la respuesta depende de factores humanos que no pueden ser medidos y que sólo pueden evaluarse basándose en prejuicios que pueden ser perfectamente

correctos o totalmente erróneos. Por ejemplo: hasta 1870 Francia, y no Alemania, era considerada la nación guerrera de Europa; hasta que se estableció el estado de Israel, los judíos eran considerados incapaces de combatir.

DIPLOMACIA, PROPAGANDA Y ENGAÑO

En ausencia de medidas objetivas para la fuerza armada, la estrategia fuera de la guerra es un comercio que se realiza en tantas monedas como partes interesadas haya. Inevitablemente, a las mismas fuerzas militares se les asignan diferentes valores, a veces muy dispares. Precisamente, unas de las funciones importantes de la diplomacia y de la propaganda consiste en manipular esas evaluaciones subjetivas. Algunas veces el objetivo es desvalorizar a las propias fuerzas, que están a punto de atacar, como modo de poder lanzarlas con una potencia inesperada, pero mucho más frecuente es el propósito de intimidar, de disuadir por medio de las armas. Por eso aun un gobierno sigiloso como el de la Unión Soviética decidió desplegar sus armas y exhibirlas en la Plaza Roja, en desfiles a los que fueron invitados los agregados militares de las embajadas occidentales, que pudieron observar y fotografiar los últimos aviones, tanques, cañones y misiles. Paradójicamente, en aquel momento estaba prohibido fotografiar cualquier cosa, hasta una inocente estación de ferrocarril.

Si bien el sigilo suele disminuir la capacidad de persuadir por las armas, y una advertencia adecuada puede mantenerla en un nivel aceptable, no se puede negar que por medio de la manipulación directa se puede obtener mucho más. Durante los años treinta, la diplomacia de la Italia de Mussolini mejoró mucho debido a una postura de incansable belicosidad y una artificial fachada de gran poderío militar. Mussolini hablaba de un ejército de «ocho millones de bayonetas» y sus desfiles eran deslumbrantes eventos con

bersaglieri corriendo y rugientes columnas motorizadas. La fuerza aérea italiana era muy respetada por sus espectaculares vuelos de largo alcance al Polo Norte y a América del Sur, y la Armada italiana podía permitirse tener muchos barcos impresionantes porque gastaba muy poco dinero en pruebas de artillería y ejercicios con la flota. Siguiendo una política militar en la cual el manejo de lo escénico era más importante que las sórdidas necesidades de los preparativos de guerra, Mussolini sacrificó la verdadera potencia bélica en beneficio de un despliegue de imágenes que exageraban enormemente el poderío militar[161].

Pero los resultados de la persuasión que aquellas imágenes provocaron fueron muy reales: Gran Bretaña y Francia fueron disuadidas de inmiscuirse en la conquista de Etiopía por parte de Italia, en su intervención en España y en la conquista de Albania. Y nadie se atrevió a oponerse cuando Italia declaró que era una gran potencia, cuyos intereses debían ser respetados, a veces en forma muy tangible (como en el caso de las licencias obtenidas por bancos comerciales italianos en Bulgaria, Hungría, Rumania y Yugoslavia). Sólo la tardía decisión de Mussolini de entrar en la guerra, en junio de 1940 —cuando su considerable prudencia fue superada por la irresistible tentación de compartir el botín del colapso francés—, puso fin a años de impostura y de autoengaño.

«LA VOLUNTAD NACIONAL»

Como el poderío militar puede disuadir o persuadir sólo si su uso concreto es considerado posible, ese gran tema de la reflexión meta-política, cuando se trata de la persuasión por las armas la «voluntad» de los líderes y las naciones se reduce a una simple operación matemática. El efecto que la persuasión por las armas produce en los otros depende, entre otros factores importantes, de la fuerza percibida, multiplicada por la voluntad percibida de usarla. Y

si se cree que esa voluntad está ausente, ni siquiera la más poderosa y reconocida de las fuerzas suele bastar para disuadir o persuadir. Las naciones que se presentan como inflexiblemente pacíficas no pueden esperar que las fuerzas que poseen sean capaces de persuadir por las armas. Suecia, por ejemplo, aunque según los patrones europeos es una potencia considerable en el terreno militar, parece haber sido incapaz de impedir las violaciones de sus aguas territoriales por parte de los submarinos soviéticos durante la Guerra Fría. Al menos desde la estrecha perspectiva de la persuasión por las armas, una política de paz demostrativa suele alcanzar un éxito excesivo.

No obstante, pocos países están dispuestos a desplegar una belicosidad fácilmente provocada sólo para aumentar su capacidad de ejercer la persuasión por las armas. La mayoría se enfrenta a uno de los dilemas típicos de la estrategia: para evitar el uso concreto de la fuerza y, aun así, proteger sus intereses, deben mantener una reputación de violencia, si es que han de persuadir o disuadir por las armas. Y esa no es la clase de reputación que quieren tener los países interesados en evitar la guerra. Las imposiciones políticas internas y los impulsos derivados de sentimientos no estratégicos contribuyen a la formación de una imagen del país en cuestión que disminuye su capacidad para ejercer la persuasión por las armas, a veces con resultados costosos. La manera usual de superar el dilema es presentarse como una suerte de Jano y proclamar una adhesión a la paz que descarte toda agresión, pero también una gran disposición para luchar en caso de ser atacado. Esta sencilla fórmula, válida para los países que sólo tienen que protegerse a sí mismos, no sirve para las grandes potencias, que deben hacer algo más que eso. Las grandes potencias se ven obligadas a enfrentarse con el dilema, y en consecuencia deben mantener una postura pública cuidadosamente equilibrada entre una actitud pacífica digna de confianza y una actitud que genere tranquilidad en sus aliados menores, precisamente por no ser totalmente pacífica.

Las alianzas multilaterales dificultan los esfuerzos por evitar el uso de la fuerza apelando a la persuasión, ya que algunos aliados consideran la posibilidad de separarse porque les atemoriza una

belicosidad excesiva, mientras que otros se colocan exactamente en la misma posición debido a la razón opuesta. En última instancia y según la conocida paradoja, es muy probable que los que son considerados más dispuestos a usar la fuerza sean quienes nunca la usen. Ese fue el secreto de los grandes imperios militares de la historia, cuyas vastas incursiones en otras naciones deberían haber producido necesariamente un estado constante de guerra en todos los frentes, de no haber sido por la vehemencia con que se aceptaban sus designios, sin guerra.

Los intentos manifiestos de explotar la persuasión o la disuasión por las armas mediante exigencias públicamente expresadas son muy escasos, pero la persuasión o la disuasión *latentes* son un fenómeno común. De hecho, la persuasión y la disuasión que la fuerza de las armas suscita silenciosamente en los otros países preserva, en gran medida, el orden mundial que existe, así como la razón última de la existencia de las cortes judiciales y los oficiales de policía es la preservación de la propiedad privada. Ese silencioso y permanente efecto no es solamente vago sino también casi inconsciente. Las fuerzas armadas son mantenidas en los países para preservar la continuidad institucional, para una posible guerra futura, para la represión interna, o hasta por tradición. Rara vez se las mantiene deliberadamente con el propósito de persuadir con las armas.

LA LÓGICA PARADÓJICA EN LA PERSUASIÓN POR LAS ARMAS

La persuasión por las armas funciona cuando, exista o no un interés consciente, hay gobiernos que prefieren ver la fuerza militar de otros como tranquilizadora, o hay adversarios que la consideran una amenaza y, por lo tanto, son disuadidos de todo acto hostil. Debido a que es un fenómeno conflictivo, cuya existencia deriva íntegramente de la posibilidad de una guerra, aunque sea muy

improbable, la persuasión por las armas está condicionada por la lógica paradójica. Así como las acciones bélicas conducen a reacciones que ponen en movimiento la particular lógica de la estrategia, así también la persuasión por las armas suscita no sólo las respuestas deseadas sino también reacciones opuestas, y no importa en absoluto si la persuasión es inducida espontáneamente por una fuerza militar mantenida o desplegada con otros fines.

Ausente la lógica lineal, e instalada la lógica paradójica, se producen los resultados usuales. En la visión estática, más puede ser menos y viceversa, tal como en el conocido caso de la amenaza menos extrema que suscita persuasión sobre todo porque es mucho más plausible. En términos dinámicos, nos encontramos nuevamente con la conjunción de los opuestos, que puede llegar al punto de convertirse en una inversión total. Mientras más eficaz es un intento de disuasión para lograr su objetivo, más probable será que sea eludido o hasta directamente atacado por el agresor frustrado: si en el período inmediatamente posterior a 1945 la Unión Soviética no hubiese sido tan bien disuadida del uso directo de la fuerza en Europa oriental, no se habría dedicado tanto a la subversión. Y durante la Guerra Fría, si la Unión Soviética no hubiese sido tan bien disuadida de atacar Europa occidental, no se habría involucrado en tantas aventuras en Oriente Medio.

En términos más generales, ya hemos visto que la disuasión nuclear fue eludida en una escala global por formas de agresión indirectas y negables, tanto de política encubierta como paramilitares, y tanto incruentas como muy sangrientas. Mientras los Estados Unidos y la Unión Soviética cedían a la disuasión de la guerra directa entre ellos a lo largo de toda la Guerra Fría debido a la presencia de armas nucleares, su hostilidad encontraba salidas en las guerras libradas por sus aliados, clientes y agentes. Por ende, la otra cara de la moneda de la paz sin precedentes de las grandes potencias fue la proliferación e intensidad de las guerras de las pequeñas potencias, unas 144 durante los años de la Guerra Fría, es decir, entre 1948 y 1991. Además, con frecuencia fueron más bien refriegas ocasionales que se libraron con armas obsoletas. Algunas

fueron intensas, como las guerras árabe-israelíes en las que se usaron armas de alta calidad; o bien llegaron a convertirse en interminables y postergados conflictos de desgaste, como en Camboya, y entre Irak e Irán durante gran parte de los años ochenta. Así, el triunfo de la disuasión nuclear se puso paradójicamente en evidencia en la violencia no nuclear.

EL SEGUNDO ATAQUE COMO SOLUCIÓN PARADÓJICA

El ataque del 7 de diciembre de 1941 del Japón imperial a la flota de EE UU en Pearl Harbor encarnó la confluencia del éxito y el fracaso en la persuasión por las armas. Si el despliegue de la flota hacia esa base de avanzada hubiese sido ineficaz para disuadir a los japoneses de invadir la Malasia británica y las por entonces Indias Orientales holandesas (antiguas colonias de los Países Bajos; desde 1949, Indonesia), la flota no habría sido atacada para hacer posibles esas invasiones[162].

Es comprensible, entonces, que el ataque a Pearl Harbor dejara una profunda y duradera impresión en la cultura estratégica de los Estados Unidos de América. Sin embargo, no se consideró que del episodio de Pearl Harbor podía sacarse una lección: que a los antagonistas no se les debía privar de toda opción, excepto la guerra, algo que ciertamente sucedió con Japón cuando el embargo comercial de abril de 1941 prácticamente cortó su suministro de petróleo. Y tampoco se aprendió esa lección en la negativa de EE UU a hacer la guerra para oponerse a las conquistas de Alemania o a las de Japón antes de 1941, aun cuando ambas naciones sometieron a la mayor parte de la Europa continental y a gran parte de China, respectivamente. Finalmente fue el gabinete de guerra de Japón el que tomó la decisión de intervenir.

Lo que sí se aprendió de la experiencia de Pearl Harbor fue que

una fuerza armada suficientemente amenazadora como para disuadir de todo ataque contra otros blancos invita a que se la ataque, a menos que los agresores en potencia calculen que hasta su fuerza residual posterior al ataque sería suficientemente grande como para disuadirlos. De esta lección salió el concepto de la «capacidad para el segundo golpe», que desempeñó un importante papel en la orientación de la política militar estadounidense, y después de la soviética, durante la Guerra Fría[163]. El reconocimiento de que la fuerza sólo sirve para disuadir después del ataque, y no antes, y de que una fuerza vulnerable puede provocar la guerra, influyó poderosamente sobre el diseño y el despliegue de las armas nucleares. Su consecuencia práctica fue la esmerada protección y la abundante multiplicación de las armas nucleares y sus medios de mando.

MODELOS DE PERSUASIÓN

Además de sus efectos cotidianos —silenciosos, vagos y casi invisibles—, la persuasión por las armas tiene también netas victorias y derrotas. Los romanos tuvieron que luchar dos siglos para someter a Cartago y a toda la península Ibérica, pero la dominación de las tierras helenísticas, más extensas y más ricas, se obtuvo con una sola batalla y una gran cuota de intimidación[164].

Asimismo, Hitler conquistó Checoslovaquia sin librar una sola batalla, íntegramente gracias a la persuasión por las armas, mientras que en Polonia tuvo que luchar. Fuera del daño infligido en el proceso, no hubo diferencia alguna en el desenlace, porque ambos países fueron conquistados. Podemos destacar la paridad de resultados entre la exitosa defensa de Corea por medio de una guerra en el período 1950-1953 y su protección igualmente exitosa y mucho menos costosa por medio de la persuasión armada en todos los años posteriores.

El ejemplo de Corea es particularmente instructivo, no porque tipifique la disuasión en acción sino precisamente porque no lo hace; en el contexto coreano, la visión distorsionada, casi mecánica, de la «disuasión» como una acción propia y no como una respuesta política deliberada, es mucho menos engañosa que de costumbre. En primer lugar, el peligro percibido que emana de Corea del Norte no es una amenaza clara, derivada de los cálculos del potencial militar del enemigo en circunstancias imaginarias y quizás hipotéticas. La amenaza tiene, en cambio, una forma física inmediata: casi todo el enorme ejército de Corea del Norte se encuentra apostado cerca de la línea del frente, visiblemente listo para atacar. En cuanto al interés de los líderes norcoreanos por la invasión, antes del colapso económico de la década de los noventa, fue frecuentemente proclamado y confirmado por los preparativos concretos, que incluyeron túneles cavados bajo la línea desmilitarizada, esporádicos ataques de tipo comando y reiterados intentos de asesinato contra funcionarios surcoreanos[165], esta última una forma poco frecuente de guerra, que hasta Israel y los estados árabes habían evitado siempre. Además, la visión surcoreana de la amenaza no fue una construcción mental centrada en sí misma, adjudicada a una amenaza militar que podría estar orientada en otras direcciones (como la acumulación de fuerzas militares iraquíes en 1989-1990, que los israelíes vieron erróneamente como dirigida contra ellos, sin imaginar ni por un momento que podrían ser usadas contra Kuwait). Debido únicamente a la geografía, las fuerzas norcoreanas sólo pueden luchar contra el sur: no pueden tener otro objetivo exterior. Por lo tanto, la amenaza norcoreana es realmente eso, una amenaza, porque es permanente y sólo puede apuntar en una dirección, tal como la visión mecánica de la disuasión implica siempre, aunque no sea el caso. Generalmente el peligro no es continuo, sino que constituye una posibilidad que podría materializarse en las hipotéticas circunstancias de una crisis severa; y no es específica en forma, intensidad, o dirección, así que no resulta evidente que sea apropiado hacer esfuerzo alguno por contrarrestarla[166].

En el caso coreano, la disuasión es también inusual en otro aspecto. Aunque subsiste la posibilidad de bombardeo después del hecho, es decir, castigar a Corea del Norte por haber lanzado una invasión, lo que se pretende es evitarla por medio de la disuasión provocada principalmente por la probabilidad de una defensa exitosa del sur. Hay un elemento de disuasión por negación, a diferencia de la disuasión por castigo (o «represaba»), que es inherente a toda defensa, así como un elemento de persuasión es inherente a toda fuerza ofensiva. Pero las dos formas de presunta disuasión son en principio separables, y la diferencia se advierte en la minuciosa composición de las fuerzas involucradas.

Una política de disuasión por negación parece a primera vista preferible a la alternativa de la disuasión por castigo, y no sólo en el caso particular de Corea, Del mismo modo, una política de disuasión no nuclear por negación será más claramente preferible, en principio, que la disuasión por castigo nuclear.

En el primer caso, bajo una política de disuasión por negación, todos los recursos militares disponibles pueden usarse para organizar la defensa más eficaz posible contra la invasión. Si esos preparativos evitan el intento (por disuasión), tanto mejor. Pero si no lo logran, la invasión puede ser resistida físicamente. En otras palabras: no hay que desviar recursos militares desde la defensa para mantener fuerzas de represalia, tal vez de gran capacidad destructiva pero de escaso valor para resistir físicamente el avance de las fuerzas enemigas.

Sobre todo, la disuasión por negación no debe necesariamente apoyarse en el impreciso cálculo psicológico que es el mecanismo fundamental de la disuasión por castigo. Según la formulación clásica, para disuadir el castigo tiene que ser seguro y capaz de infligir un «daño inaceptable». Fuera de sus requerimientos físicos —la capacidad de golpear después de un ataque— esta certeza del castigo implica también una inversión peculiar y paradójica en las características habituales de víctimas y agresores. La víctima tiene que proclamar su voluntad de atacar de la manera más destructiva, y como es de esperar una respuesta al castigo, para disuadir la víctima

debe mostrarse temeraria y dispuesta a consumar alguna acción suicida. Por el contrario, para ser disuadido el agresor debe reflexionar prudentemente y, por cierto, no debe ser un suicida. Durante la Guerra Fría, cuando la Alianza de la OTAN era un conglomerado de países democráticos en actitud defensiva, fue especialmente difícil simular una personalidad colectiva temeraria.

Luego está la cuestión de la magnitud del castigo. Como ya hemos visto, el castigo debe ser lo suficientemente grande como para ser «inaceptable»; pero ¿qué significa eso, y para quién? Cuando se acercaba el fin, Hitler declaró que la destrucción de la nación alemana era aceptable y hasta deseable, porque los alemanes habían demostrado ser una raza degenerada al no ser capaces de ganar la guerra para él. En ese punto Hitler no podría haber sido disuadido por medio de un castigo, porque tal vez realmente hubiera deseado la destrucción nuclear de Alemania. Stalin nunca fue llevado hasta el extremo de la autodestrucción, pero evidentemente consideró aceptable la muerte de millones de súbditos suyos. Y Mao gobernó sobre la muerte de decenas de millones de chinos, muchos de ellos asesinados por ser propietarios de dos acres de tierra.

Entonces, ¿con cuánto daño hay que amenazar para superar los límites de lo aceptable? A las personas razonables se las disuade fácilmente: para ellas, una sola arma nuclear contra una sola población pequeña sería un daño inaceptable. Pero son los Hitler, los Stalin, los Mao, los Pol Pot y los Saddam Hussein quienes deben ser disuadidos, y no personas bondadosas que hasta encontrarían impensable cualquier agresión. Sin embargo, tales hombres son los mismos que podrían considerar aceptable cualquier cantidad de daño como precio de la agresión, siempre que su poder se mantuviera intacto. Como los moderados son excluidos del análisis, Hitler, Stalin, Mao, Pol Pot y Saddam Hussein no son excepciones no representativas que puedan ser ignoradas. Ellos representan a quienes deben ser disuadidos, y probablemente lo único que les parece inaceptable es el ataque a «blancos de liderazgo», es decir, a sus residencias, a sus cuarteles generales, y a sus propias personas. Pero atacar a los líderes, como vimos, excluye

toda esperanza realista de disuasión para detener una guerra antes de que su destrucción exceda todos los límites.

En cuanto a los líderes y grupos gobernantes que no son tan asesinos, para quienes la destrucción de, digamos, unas pocas ciudades sería algo inaceptable en circunstancias normales, tampoco podrían ser disuadidos por tal castigo en medio de una crisis intensa. La prudencia puede ser superada por la mera dinámica de la asunción de compromisos, ya que cada parte se ve obligada a tomar posiciones de las cuales retroceder es emocionalmente difícil y políticamente peligroso. Las crisis no son frecuentes, y las cargadas con algún gran elemento de intensidad emocional han sido pocas[167], pero no es en tiempos normales cuando la disuasión es necesaria, sino precisamente en tiempos anormales, en los que hasta los líderes sensatos pueden actuar insensatamente.

En comparación con todas las desventajas de la disuasión nuclear por castigo, la disuasión no nuclear por negación tiene un único gran defecto: con frecuencia ha fracasado, y puede volver a fracasar cada vez que un agresor cree, acertada o erróneamente, que puede ganar. Por supuesto que podría perder, pero aun así la guerra se debe librar y sufrir: una guerra que la disuasión por castigo podría haber evitado, aunque al precio de correr el riesgo de un fracaso catastrófico.

LA DISUASIÓN NUCLEAR EN EUROPA

En Corea, la demografía y la geografía permiten que cada una de las partes en conflicto dominen con gran fuerza el angosto frente que se extiende de un mar a otro. Pero en el caso de Europa durante la Guerra Fría, la proporción entre las fuerzas terrestres y las líneas de frontera no era favorable para la defensa, y ninguna ventaja de la fuerza aérea en el campo de batalla era lo suficientemente grande para anular ese déficit, una vez incluidas en el cálculo las defensas

antiaéreas soviéticas. Aunque la Alianza hubiera incrementado mucho sus fuerzas, habría seguido siendo inferior en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones, porque tenía que proveer una «defensa de avanzada» de todo el territorio mientras que la ofensiva soviética podía concentrarse contra sectores pequeños. Aun cuando se hubiera podido abandonar la defensa de avanzada e incrementar la proporción entre fuerzas y frentes, la disuasión no nuclear por negación podría haber fracasado si los líderes militares y políticos soviéticos hubiesen sido suficientemente optimistas. Como otros antes que ellos, podrían haber llegado a creer que un ataque sorpresivo bien organizado tenía probabilidad de derrotar a la Alianza.

Al ser la disuasión por negación tan poco fiable, y al estar la disuasión por castigo llena de incertidumbres, no es sorprendente que la Alianza intentara combinar ambas formas de disuasión desde 1967 hasta el fin de la Guerra Fría. En realidad, la Alianza se apoyó en una combinación de medios: inadecuadas fuerzas defensivas frontales no nucleares; un complemento de armas nucleares de campo de batalla bastante vulnerable (pensado también para la disuasión por negación); fuerzas nucleares de alcance en el teatro de operaciones, que eran también algo vulnerables; y fuerzas nucleares de EE UU de largo alcance, estas últimas más grandes y mucho menos vulnerables que las fuerzas nucleares de campo de batalla o de alcance en el teatro de operaciones, pero cuyo uso por parte de Europa no era seguro.

Pero la suma de insuficiencias era un impresionante factor disuasivo: como las defensas frontales no nucleares eran inadecuadas, el uso de las armas nucleares de alcance en el campo de batalla podía ser verosímil. En el transcurso de una desesperada batalla a punto de perderse, con las columnas invasoras soviéticas irrumpiendo en las defensas de los frentes, no parecía inverosímil que se disparara artillería nuclear y misiles nucleares de corto alcance, armamento que estaba a punto de ser destruido. Por el contrario, con fuerzas de defensa frontal más fuertes la oleada inicial de invasores podría haber sido contenida; una vez que se les hubiera

dado oportunidad de deliberar, muy probablemente los gobiernos habrían prohibido el uso de armas nucleares, aun cuando no hubiera otra respuesta posible ante el inminente arribo de las formaciones especiales soviéticas. Si, no obstante, las fuerzas de defensa frontal no nucleares se hubieran fortalecido, haciendo innecesario el uso de armas nucleares de alcance en el campo de operaciones, la Unión Soviética ya no hubiera podido esperar alcanzar una rápida victoria no nuclear, y habría vuelto a su estrategia del teatro de operaciones de los años sesenta, basada en el uso temprano de sus propias armas nucleares de alcance limitado al campo de operaciones, para abrir brechas en el frente.

Por lo tanto, a la usual manera paradójica, si el poderío de las fuerzas no nucleares de la Alianza se hubiese incrementado más allá del punto culminante de una defensa capaz de detener intrusiones, pero no una ofensiva total, el resultado habría sido el *debilitamiento* de la disuasión, como consecuencia de la menor credibilidad del uso de armas nucleares en el campo de operaciones. Luego, si el poderío de las fuerzas no nucleares se hubiera incrementado hasta niveles mucho más elevados, hasta tomar innecesario el uso de armas nucleares en el campo de operaciones, no se habría evitado la guerra nuclear, sino que más bien se la hubiera asegurado en caso de que se desencadenara la guerra, porque si la Unión Soviética se desesperaba hasta el punto de atacar, hubiera tenido que atacar con armas nucleares. Desde luego, la Unión Soviética perdería toda posibilidad de una victoria no nuclear rápida y total, pero eso sólo hubiera tenido importancia si la Unión Soviética atacaba a la Alianza por una calculada decisión de hacerlo y no por desesperación. Es posible, pues, que la negativa de los gobiernos de la Alianza a mantener fuerzas no nucleares más importantes durante toda la Guerra Fría expresara una conciencia, aunque no sistemática, de la lógica paradójica de la estrategia: la comprensión de que más puede ser menos.

Asimismo, la vulnerabilidad de los misiles de alcance limitado al teatro de operaciones y de los aviones para ataque nuclear de la Alianza no era necesariamente una desventaja; tampoco lo era su

limitado alcance, insuficiente para penetrar profundamente en el territorio de la Unión Soviética. Tal como estuvieron las cosas durante la Guerra Fría, las armas nucleares de alcance limitado que poseía la Alianza estaban pensadas para disuadir por amenaza de castigo y no por negación, específicamente para disuadir de los ataques nucleares soviéticos contra bases aéreas, puertos de entrada, centros de mando y otros blancos militares, incluyendo a las armas nucleares de campo de batalla. Pero esas armas no podían llegar a las ciudades soviéticas más importantes, mientras que las armas soviéticas de alcance en el teatro de operaciones podían llegar a todas las ciudades europeas. De ello se deducía, entonces, que la Unión Soviética podía amenazar a las ciudades europeas para disuadir a la Alianza de usar sus propias armas nucleares de alcance de teatro de operaciones para resistirse ante la invasión, mientras que la Alianza no podía amenazar a la Unión Soviética sin un alto riesgo de atraer el primer golpe de ésta contra aquellas armas nucleares de alcance limitado.

Sólo las armas nucleares intercontinentales que poseía Estados Unidos tenían el alcance, la protección y el número suficientes para destruir todas las ciudades soviéticas, aun después de haber absorbido el impacto pleno de un primer ataque. Y esa respuesta amenazante fue la esencia misma de la garantía nuclear de EE UU ante los miembros europeos de la Alianza: las ciudades estadounidenses eran puestas en riesgo por la amenaza contra las ciudades soviéticas, con el propósito de negar las amenazas soviéticas contra las ciudades europeas, dirigida a su vez a disuadir del uso de las armas nucleares de la Afianza contra un ejército invasor soviético.

El pacto fundamental que sostenía a la Alianza era, por consiguiente, el intercambio de la promesa europea de resistir la intimidación militar soviética en tiempo de paz y oponerse a la invasión en tiempo de guerra, por la promesa americana de compartir los riesgos de guerra nuclear si esa guerra iba más allá de los ataques nucleares restringidos al campo de batalla. Si las armas nucleares de alcance del teatro de operaciones de la Alianza

hubieran llegado a ser lo suficientemente fuertes como para contrarrestar *todas* las amenazas nucleares soviéticas, no habría habido necesidad de apoyarse en las armas intercontinentales estadounidenses, rompiendo así el vínculo entre la supervivencia europea y la americana. También en este caso más hubiera sido menos, tal como la paradoja impone.

LA PERSUASIÓN NUCLEAR ASIMÉTRICA

En Corea, la disuasión es una aplicación casi mecánica de la potencial fuerza militar contra una continua amenaza de ataque, pero esa situación no es usual. En la mayoría de los casos no hay una amenaza permanente que deba ser neutralizada, sino sólo una posibilidad, quizá remota, de una eventual amenaza. Esto fue sin duda así con respecto al eje central del equilibrio mundial del poderío militar durante la Guerra Fría: el esfuerzo recíproco por imponer una persuasión nuclear que hicieron la Unión Soviética y Estados Unidos. Ciertas metáforas que se usaron, como la de «dos escorpiones en una botella», y la idea misma del «equilibrio del terror» indicaban la existencia de amenazas simétricas dirigidas a las poblaciones de ambos países. En realidad, lo que caracterizó a la Guerra Fría fue la asimetría. Para la Unión Soviética, la amenaza de un ataque nuclear por parte de EE UU únicamente podía convertirse en un peligro en caso de un ataque soviético previo, tal vez no nuclear (una invasión de Europa) pero al que no se pudiera hacer frente sólo con fuerzas no nucleares, Para los Estados Unidos, la amenaza de un ataque nuclear soviético sólo podía llegar a ser un peligro en caso de un ataque nuclear estadounidense previo contra blancos militares soviéticos, en el contexto de una inminente derrota en Europa.

Así, sólo en una segunda etapa de la guerra nuclear los ataques contra ciudades habrían llegado a ser un peligro inminente, con las

ciudades estadounidenses y europeas amenazadas por la Unión Soviética, en un intento por disuadir a los Estados Unidos y a la Alianza de lanzar más ataques nucleares contra el avance de fuerzas militares soviéticas. Esta subyacente asimetría rigió el intercambio de amenazas nucleares implícitas, paso a paso. Debido a su presunta debilidad no nuclear, Estados Unidos y sus aliados fueron los primeros en amenazar con un ataque nuclear, aunque no contra ciudades. Y debido a ello, la Unión Soviética, aunque dedicada a la acumulación de potencia militar operacionalmente utilizable, tuvo que ser la primera en amenazar con ataques nucleares contra ciudades estadounidenses y europeas.

Sin embargo, lo que realmente constituyó el motor de la competencia nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética fue la etapa intermedia de amenazas recíprocas con armas diferentes. La mayoría de las armas nucleares de ambas potencias estaban apuntando a las armas nucleares de la otra parte, y por esa razón se intensificaron los esfuerzos por incrementar la exactitud del misil. Tampoco en este caso hubo simetría, ni una «insensata» búsqueda de supremacía, sino que se persiguieron objetivos concretos. El propósito de la amenaza soviética con armas convencionales, como respuesta a las armas nucleares estadounidenses de alcance intercontinental, era disuadir de su uso *selectivo*, dando a entender su intención de destruirlas en masa si se empleaba una sola de ellas. El objetivo soviético era negar toda flexibilidad en el uso de las fuerzas nucleares estadounidenses de alcance intercontinental, para inutilizarlas como instrumentos deliberados de guerra. (Ningún ataque soviético con fuerzas no nucleares podría dejar a los Estados Unidos sin suficientes armas en funcionamiento como para destruir las ciudades soviéticas). El propósito de la amenaza estadounidense a las armas nucleares soviéticas de alcance intercontinental era precisamente permitir su uso selectivo, amenazando con compensar los ataques soviéticos realizados con armas convencionales destruyendo a su vez las armas soviéticas.

En otras palabras: se construyeron muchas armas nucleares para poder usar unas pocas. De no haber sido por loá requerimientos de

la elección de blancos para las armas convencionales de ambas partes, las fuerzas nucleares de alcance intercontinental de la Unión Soviética y de Estados Unidos jamás hubiesen llegado a ser tan grandes, ya que contaron con más de 20.000 ojivas en ambos países en el momento culminante de la Guerra Fría[168]. Si las armas nucleares hubieran sido eliminadas de las listas de blancos de ambos contendientes, no habría quedado ningún blanco importante para la mayoría de las armas nucleares intercontinentales adquiridas por ambas partes.

La solución fácil y unilateral de Estados Unidos para la carrera armamentista consistió en renunciar al uso de armas nucleares intercontinentales, excepto para responder como represalia contra un ataque nuclear soviético previo a Estados Unidos, atacando (solamente) ciudades soviéticas. Con semejante política, Estados Unidos podría haber reducido drásticamente el número de sus armas intercontinentales. Contando a lo sumo como blancos de ataque a cincuenta ciudades (algo suficiente para disuadir a cualquiera), descontando las armas perdidas en un anterior ataque preventivo soviético, y descontando también los desperfectos técnicos, hubieran bastado unas 500 ojivas nucleares distribuidas (por seguridad) entre bombarderos y misiles, tanto balísticos como de crucero y ubicados en tierra o en el mar. (Aun hoy, cuando escribimos estas líneas, cuando la Guerra Fría es apenas un recuerdo, quedan todavía unas 3.000 armas nucleares intercontinentales en el inventario de EEUU). La política estadounidense de «no usar primero» las armas hubiera arruinado décadas de acumulación: de las más de 10.000 armas nucleares intercontinentales de EE UU desplegadas en la cúspide de la Guerra Fría, se podrían haber desmantelado todas menos 500. Y no hubiera sido necesario negociar acuerdo alguno para obtener reciprocidad, ya que la mayoría de las armas soviéticas estarían inutilizadas de todos modos, dado que ya no tendrían blancos importantes[169].

Lo que impidió esta solución fácil fue la estructura misma del equilibrio militar de la Guerra Fría, en el que fue sólo la asimétrica amenaza estadounidense de usar armas nucleares *selectivamente* y en

respuesta a un ataque soviético no nuclear, lo que vinculó el poderío nuclear con el no nuclear, permitiendo al primero compensar la debilidad del segundo. Por otra parte, era la amenaza del uso selectivo la que encarnaba la vital conexión entre los Estados Unidos y sus aliados europeos para compensar la proximidad natural, territorial, de la Unión Soviética, que de otro modo hubiera sido decisiva. De este modo, las relativamente pocas ojivas involucradas tuvieron una importancia que trascendió a su número, porque impulsaron la competencia de las armas convencionales, que finalmente desembocó en los enormes inventarios nucleares que existieron. Sin embargo, aquellas pocas armas no pudieron ser eliminadas sin cortar la conexión con la Alianza, que por un lado exponía a los Estados Unidos al peligro nuclear, pero por el otro daba una gran relevancia ante el mundo a su poderío nuclear.

Durante la Guerra Fría, la guerra nuclear se presentaba a la imaginación en sólo una de sus formas posibles: como una implacable escalada de ataques y contraataques que inevitablemente desembocaría en la etapa final de los ataques totales contra las poblaciones del enemigo. En esa situación extrema, el efecto condicionante de la lógica paradójica hubiera sido igualmente extremo, porque el uso total del poderío, nuclear hubiera superado tan completamente el punto culminante de la utilidad que el resultado habría sido, en última instancia, una inversión total en la que los ataques más devastadores habrían sido equivalentes a ningún ataque, desde la perspectiva dé cada interacción entre atacante y víctima. Si se hubiera concretado la destrucción de todos los grandes centros poblados, ninguna de las partes hubiera podido identificar un resultado beneficioso que surgiera de la catástrofe paralela infligida al otro, aun cuando hubieran quedado supervivientes para hacer los cálculos.

15
ARMONÍA Y DISONANCIA EN LA GUERRA

Ya hemos reconocido que no hay armonía automática entre los niveles verticales de la estrategia, pero todavía tenemos que analizar las implicaciones profundas de la disonancia. Cuando un arma es técnicamente inútil, tácticamente inadecuada, de escaso valor operacional, e ineficaz en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones, podemos predecir casi con certeza lo que sucederá en el decisivo nivel de la gran estrategia, donde cada una de las armas produce su efecto final. Sujeta a errores de evaluación, y sujeta también al engaño deliberado y exitoso, el arma agrega muy poco a la persuasión que las fuerzas armadas como un todo sí pueden suscitar. Y expuesta a todas las contingencias del combate, esa arma no podría aportar demasiado para aumentar las posibilidades de triunfar en la guerra. Por lo tanto, es evidente que una secuencia armoniosa de éxito, nivel por nivel, podría producir buenos resultados en el nivel de la gran estrategia, tanto para la persuasión como en la guerra.

Cuando se la introdujo por primera vez en las fuerzas armadas, hacia fines del siglo XVIII, hasta la humilde bayoneta significó una importante diferencia, porque permitió que todos los soldados de infantería estuvieran equipados con armas de fuego. Hasta entonces, cada fuerza de infantería debía tener una determinada proporción de piqueros para detener las cargas de la caballería enemiga mientras

los mosqueteros se dedicaban al lento proceso de recargar sus armas. Para el ejército francés, que fue el primero en usar el nuevo dispositivo en gran número, la bayoneta realmente ganó batallas porque su infantería podía entonces disponer de un poder de fuego mayor que el mismo número de soldados enemigos, ya que muchos de ellos estaban todavía armados con picas. Aunque se la honró con el nombre de *puissant pike* (pica poderosa), aquella antigua arma careció de un grupo social que la defendiera, como los mamelucos de Egipto salvaron sus espadas al resistirse a la introducción de las armas de fuego.

La bayoneta fue adoptada rápidamente porque requería muy poca innovación: era totalmente compatible con las tácticas y los métodos operacionales de la época, como también con la organización que imperaba en los regimientos. Los ex piqueros pudieron ser rápidamente entrenados para convertirse en mosqueteros, y las posibles dificultades de abastecimiento eran insignificantes en una época en que cien tiros por hombre era una asignación amplia para toda una campaña militar. Por lo tanto, el avance técnico no fue rechazado ni demasiado cuestionado en los altos niveles de la interacción vertical, y su efecto pudo así manifestarse plenamente en el nivel de la gran estrategia, pero sólo hasta que la bayoneta fue adoptada universalmente y la inicial ventaja francesa desapareció.

En el siglo XX, la red británica Chain Home de estaciones de radar de advertencia rápida fue introducida a tiempo para que, en 1940, la Batalla de Inglaterra tuviera resultados similares. La tarea de la defensa antiaérea no cambió en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones, y tampoco hubo diferencia alguna en los niveles táctico y operacional. Con o sin la detección de aviones enemigos por medio del radar, la misión de combate en sí, la índole de las maniobras, y el trabajo de equipos de escuadrones y grupos siguieron siendo exactamente iguales. En este caso la innovación técnica tampoco fue obstaculizada en los tres niveles más altos de la estrategia; y una vez más su efecto se manifestó plenamente en el nivel de la gran estrategia, en forma de una ganancia *numérica*.

Como se los podía enviar a donde se los necesitara en el momento en que se los necesitara, gracias a la información transmitida por los radares, los aviones de combate de la RAF ya no tuvieron que patrullar los cielos en busca de intrusos enemigos. Los aviones podían permanecer en tierra hasta que la oficina de localización del Alto Mando, que actuaba según la información de los radares, los enviaba hacia sus blancos designados. La Luftwaffe pudo así ser combatida con gran potencia, con todas las máquinas listas y con combustible, y con los pilotos tan descansados como el combate anterior lo permitiera. Así como el número de mosqueteros franceses fue efectivamente incrementado por la bayoneta, así también el número de aviones de combate británicos listos para salir en misiones de interceptación fue incrementado por el radar, cuyo efecto técnico llegó hasta el nivel de la gran estrategia con todo su valor.

Pero ¿qué se puede decir de la disonancia? Ya hemos conocido su forma más simple y concluyente: la del éxito en un solo nivel, que le es totalmente negado en el siguiente, como en el caso de la *mitrailleuse* francesa de 1870, una importante innovación técnica por su alta velocidad de fuego, cuyo efecto se anuló, sin embargo, en el nivel táctico. Como consecuencia de esta disonancia extrema, el efecto de la primera ametralladora no fue perceptible en el nivel de la gran estrategia.

Cuando las armas son realmente nuevas es frecuente encontrarse con esa negación total. La innovación técnica y el cambio organizacional marchan a diferente ritmo, movidos por impulsos distintos, y es fácil que entre ambos haya una disonancia fatal. Por ejemplo, los vehículos de control remoto (o vehículos aéreos no tripulados) destinados a la observación a distancia fueron usados por los israelíes por primera vez en los años setenta; y después, ampliamente, en la guerra del Líbano de 1982. Pero como estos vehículos no pertenecían al repertorio establecido de fuerzas terrestres —no son ni tanques ni cañones— y además las fuerzas armadas los consideraron competitivos (ya que podían desplazar al reconocimiento aéreo pilotado), su adopción no suscitó gran

entusiasmo. Las fuerzas armadas de EE UU tuvieron muy pocos en la guerra del Golfo, y hasta en la guerra de Kosovo sólo hubo en servicio algunos, principalmente importados de Israel. La capacidad de observar continuamente la actividad de las fuerzas enemigas tiene consecuencias revolucionarias tanto táctica como operacionalmente; los costes son moderados y no hay peligro de bajas, pero ninguna de estas ventajas pudo superar la aversión burocrática al nuevo equipamiento, que no se adapta al orden establecido.

Normalmente los efectos de la disonancia son más sutiles y mesurados, y no se observa una negación absoluta sino más bien una compleja compenetración de éxito y fracaso. Según nuestra imagen de la estrategia, en los extremos del fracaso y del éxito el oleaje de la acción y la reacción en un nivel suele causar perturbaciones en los niveles superiores e inferiores.

LAS INFLUENCIAS MUTUAS

Examinemos un caso clásico de disonancia en la historia militar reciente, el de la fuerza expedicionaria alemana que luchó en el norte de África durante la Segunda Guerra Mundial. En aquel momento el teniente general Erwin Rommel fue enviado a Trípoli, capital de la Libia italiana, en febrero de 1941, al principio con sólo una división parcialmente blindada. Hitler había decidido que no valía la pena conquistar Egipto, y los preparativos para la Operación Barbarroja —la invasión de la Unión Soviética— estaban muy adelantados[170].

En consecuencia, la tarea de Rommel estaba estrictamente limitada por las órdenes que recibía: ayudaría a los italianos a resistir la ofensiva británica que estaba a punto de expulsarlos del norte de África, pero no entraría en Egipto. Inclusive la reconquista de Cirenaica, la enorme mitad oriental de Libia, no debía ser intentada antes del otoño, si se intentaba.

En realidad, tales restricciones casi no hubieran sido necesarias. La fuerza de Rommel era demasiado pequeña para la acción ofensiva, él mismo no había estado antes en África y no tenía experiencia de guerra en el desierto; de todos modos el ejército alemán no estaba preparado para aquel medio tan riguroso, y además carecía no sólo del equipamiento necesario sino también de entrenamiento en el desierto[171]. Sus vehículos no tenían filtros para la arena, y los alemanes ni siquiera sabían que una dieta baja en grasas era fundamental para mantener saludables a los soldados en el tórrido clima del desierto[172]. El Alto Mando del Ejército alemán (OKH) ya había calculado que una ofensiva para conquistar Egipto requeriría cuanto menos cuatro divisiones blindadas y una fuerza aérea en proporción. No se podía sacar de Barbarroja una fuerza de esas dimensiones, y en todo caso no podría ser abastecida por el escaso transporte motorizado, a través de la vasta extensión de Libia. La única carretera existente, la Via Balbia, recorría más de mil millas de la costa del Mediterráneo, desde Trípoli hasta la frontera con Egipto[173]. Además, la ruta marítima desde los puertos italianos era precaria, con permanentes pérdidas de barcos debido a los ataques de los submarinos británicos, como también de la aviación con base en Malta. Por otra parte, la capacidad de manipulación de cargas del puerto de Trípoli era insuficiente para el tonelaje que se habría necesitado[174]. El OKH había hecho sus cálculos y había llegado a la conclusión de que la conquista de Egipto era una imposibilidad logística.

En el nivel de la estrategia del teatro de operaciones, los británicos estaban en una posición muy superior. De oeste a este, las tierras bajo su control se extendían a través de Egipto hasta Palestina, Transjordania, Irak y el Golfo Pérsico. De norte a sur, su control se extendía desde Egipto y Sudán, atravesando África, hasta Ciudad del Cabo. Las fuerzas británicas en el norte de África, con sus contingentes de India, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica, eran ya mucho mayores que cualquier fuerza que Alemania pudiera mandar, y su calidad era muy superior a la de las fuerzas italianas que Rommel mandaba.

En cuanto al aprovisionamiento, la ventaja británica era aun mayor, puesto que disponía de una ruta marítima larga pero segura alrededor del Cabo, tenía acceso seguro a puertos en ambos extremos del Canal de Suez, una buena carretera y una vía férrea desde el canal hasta El Cairo y Alejandría, bases y talleres bien equipados, y un amplio transporte automotor no afectado por escasez de combustible. En el nivel de la estrategia del teatro de operaciones, por lo tanto, y teniendo en cuenta los medios de que disponía, de Rommel no se podía esperar más que un modesto esfuerzo defensivo.

Rommel llegó a Trípoli el 12 de febrero de 1941, con un pequeño equipo y el título de Comandante en Jefe de las tropas alemanas en Libia[175]. Dos días después llegaron en barcos el batallón de reconocimiento y el batallón antitanque de la Quinta División «Ligera», unos dos mil soldados en total, con cañones y carros de combate blindados, pero sin tanques. A pesar del peligro de ataque aéreo, Rommel ordenó que los barcos fueran descargados por la noche, bajo la luz de reflectores. Al día siguiente, 15 de febrero, la pequeña fuerza alemana desfiló por las calles de Trípoli antes de dirigirse directamente hacia el este. Los británicos habían tomado Bengasi, capital de la mitad cirenaíca de Libia, a 600 millas de Trípoli, y habían avanzado 100 millas más, pero no mostraban tener intenciones de seguir avanzando. (La campaña griega estaba a punto de empezar y algunas unidades británicas estaban siendo retiradas para embarcarlas hacia Grecia). Por lo tanto, Rommel podría haber llevado a cabo su misión de defender Trípoli sin atacar en absoluto. Se suponía que esperaría a una segunda división, la 15 Panzer (blindada), que llegaría a mediados de mayo, antes de intentar una ofensiva, y aun entonces se suponía que no avanzaría más allá de Agedabia, a las puertas de Cirenaica, sin nuevas órdenes.

Rommel no obedeció las instrucciones del Alto Mando (OKH). Sin acopiar provisiones ni organizar su transporte, sin detenerse para que los soldados se aclimataran, Rommel lanzó a su pequeña fuerza hacia adelante y avanzó lo más rápidamente que pudo. El 26 de febrero de 1941, cuando los alemanes se encontraron con los

británicos por primera vez, en una escaramuza menor, ya estaban a 470 millas al este de Trípoli. Una semana después llegó el único regimiento Panzer de la Quinta División, con unos cincuenta tanques en total. También se lo hizo desfilar por las calles de Trípoli y luego se lo envió directamente al este. Un mes después, el 2 de abril de 1941, Rommel libró su primera batalla para tomar Agedabia, 500 millas al este de Trípoli, en la base de la gran meseta de Cirenaíca, dominada por fuerzas británicas emplazadas a lo largo de la carretera costera. Desde Agedabia, donde se suponía que debía detenerse, sólo senderos en el desierto atravesaban la base de la meseta para llegar a la costa próxima a la frontera egipcia.

Actuando directamente en contra de una orden de Hitler, Rommel dividió su pequeño ejército de una sola división[176]. Una parte presionó a las fuerzas británicas que se retiraban por la interminable carretera costera. Mientras tanto, una fuerza mayor que la primera avanzó a lo largo de la base de la meseta de Cirenaica, por sendas de camellos que serpenteaban entre las rocas, para cortar la retirada de las tropas británicas. Kommel condujo a sus tropas en persona, muchas veces conduciendo un vehículo descubierto que marchaba a la cabeza de la columna. Dos días después, el 4 de abril de 1941, los alemanes que avanzaban a lo largo de la costa entraron en Bengasi. El 9 de abril la fuerza que había hecho la maniobra de rodear al enemigo había surgido del desierto para estacionarse frente a Tobruq, el puerto situado en la parte oriental de Cirenaica, por entonces la principal base británica, a unas 1.000 millas de Trípoli. A esa altura se suponía que Rommel todavía estaba en Trípoli, esperando la llegada de su segunda división. Para llegar a la carretera costera y a Tobruq tan rápidamente, Rommel había guiado a sus fuerzas mucho más allá del punto límite de las embrionarias líneas de abastecimiento que salían de Trípoli. Sus unidades tenían que conseguir combustible haciendo retroceder a algunos camiones, o bien apropiándoselo. La mitad de sus tanques habían sufrido desperfectos en el camino, los hombres estaban tan exhaustos que apenas si podían mantenerse despiertos, y la fuerza en su conjunto, que era muy pequeña, estaba esparcida por el desierto.

Los alemanes se desplazaron con tanta rapidez y tan lejos, que todas las fuerzas británicas de Cirenaica al oeste de Tobruq fueron rodeadas, aisladas o forzadas a emprender una retirada en pánico, durante la cual dejaron abandonado mucho más equipamiento que el que tenían los alemanes, junto con grandes cantidades de comida, combustible y munición[177]. Una y otra vez, pequeños equipos alemanes de infantería y artillería transportados en camiones, con apenas un puñado de tanques, surgían inesperadamente del desierto para capturar, destruir o dispersar las columnas de camiones, los trenes de artillería y las unidades de infantería del ejército británico, que retrocedían por la ruta costera. Las unidades blindadas británicas, aunque numéricamente superiores, nunca estaban en el lugar adecuado y en el momento adecuado para ayudar a la infantería y la artillería, y cuando trataban de dar batalla por sus propios medios, sin apoyo de la infantería ni de la artillería[178], eran fácil presa de los cañones antitanque alemanes. Es evidente que el método de Rommel, basado en un estilo de mando del tipo «¡Síganme!», unido a su fuerte dinamismo, confería a las tropas alemanas una enorme ventaja en el nivel operacional. Como Rommel conducía sus tropas personalmente, los alemanes podían actuar y reaccionar con mayor rapidez que los británicos, así como un mejor piloto de avión de combate es capaz de entrar en el círculo de un oponente más lento —como en un clásico combate aéreo— para disparar impunemente hacia su cola mientras el adversario trata inútilmente de reaccionar.

Pero el temerario avance de Rommel en la primavera de 1941 no terminó con una victoria en El Cairo. Por el contrario, dio comienzo a casi dos años de dramáticas ofensivas y apresuradas retiradas de ambos contendientes, a medida que cada uno superaba su punto culminante de éxito. A pesar de lo grande que fue, la ventaja de nivel operacional de los alemanes en el norte de África sólo pudo disminuir en parte su extrema desventaja en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones; no pudo penetrar en el nivel de la gran estrategia para darles una victoria decisiva. La razón obvia es que para los alemanes toda la campaña del norte de África fue un

mero espectáculo secundario dentro del contexto de una guerra mundial. Su desenlace estaba destinado a ser dominado por lo que sucediera en los teatros de guerra más importantes: en el frente oriental, donde los alemanes tenían casi cien veces más hombres que en el norte de África; en el teatro de operaciones de Europa occidental después del desembarco de Normandía, en junio de 1944; en los escenarios del Pacífico y de Asia donde también había fuerzas estadounidenses; en el Atlántico Norte, donde la lucha entre los barcos de los aliados y los submarinos alemanes determinaría la cantidad de aprovisionamiento que los aliados podrían tener en Europa; y en el teatro de operaciones aéreo sobre Alemania, donde se desplegaba la guerra de los bombarderos contra la industria.

ÉXITO VERTICAL Y FRACASO HORIZONTAL

En realidad, todas aquellas luchas militares en la dimensión «vertical», que determinaron el desenlace del enfrentamiento en África del norte, estuvieron a su vez condicionadas por el absoluto fracaso de su política de gobierno en la dimensión horizontal. Como su comportamiento general unificó a las potencias industriales más fuertes del mundo en contra de Alemania, Italia y su aliado distante, Japón, la derrota de Alemania era prácticamente segura, a pesar de cierto número de victorias militares, Al elegir al Imperio Británico, los Estados Unidos y la Unión Soviética como enemigos, y a Italia, Eslovaquia, Croacia, Hungría y Rumania como aliados, Hitler determinó con anticipación su derrota. Sólo un éxito colosal en la dimensión vertical podría haber superado las consecuencias del enorme error cometido en la dimensión horizontal. Pero ese rotundo éxito militar era imposible, debido a la inferioridad de recursos materiales de Alemania, un factor que fue la consecuencia lógica de su inferioridad en la dimensión horizontal.

En la confluencia de ambas dimensiones en el nivel de la gran

estrategia, los primeros éxitos militares de Alemania y Japón en la dimensión vertical atenuaron al principio el impacto de la esencial debilidad en la dimensión horizontal. Específicamente, la ocupación alemana de gran parte de Europa occidental y de las regiones occidentales de la Unión Soviética, con su gran capacidad industrial, como también la incautación de la producción de caucho y estaño en Malasia, y de petróleo en las Indias Orientales holandesas, redujo el desequilibrio de recursos materiales causado por el fracaso de la diplomacia alemana y japonesa. Por ende, en el nivel de la gran estrategia, durante los primeros años de la guerra la ventaja del Eje en la dimensión vertical —derivada de los preparativos bélicos previos y la superior competencia— fue reduciendo la enorme ventaja de los Aliados en la dimensión horizontal. En ese aspecto, la exitosa cooperación de un gobierno inglés conservador con la Unión Soviética de Stalin puede compararse con la gratuita declaración de guerra de Hitler a los Estados Unidos después de Pearl Harbor, y con el burdo error de cálculo de Japón que lo llevó a atacar a la flota estadounidense cuando su verdadero objetivo era el Sudeste Asiático.

Una vez que los Aliados movilizaron seriamente sus recursos humanos y materiales, su superioridad (derivada del éxito en la dimensión horizontal) empezó a condicionar las luchas militares de la dimensión vertical en los teatros de operaciones, uno tras otro. Debido a ello, los alemanes y los japoneses ya no pudieron obtener grandes logros en el nivel de la gran estrategia: su cualitativa superioridad militar se había tornado insuficiente para superar la inferioridad numérica. Y en una etapa posterior, la creciente capacitación de los soldados, marinos y aviadores Aliados, el surgimiento de líderes militares competentes, los progresos tecnológicos y el desarrollo de tácticas y métodos correctos, despojaron a alemanes y japoneses hasta de su anterior superioridad en los niveles táctico y operacional, en una forma de guerra tras otra, y en un teatro de operaciones tras otro.

Teniendo entonces a su favor la calidad además de la cantidad, los Aliados ya no perdieron en la batalla las ventajas que estaban derivando de su superioridad en la dimensión horizontal. En la confluencia de la gran estrategia, el resultado fue la ocupación de algún territorio perdido anteriormente, los crecientes daños infligidos a las industrias de Alemania y Japón por bombardeo, y finalmente la interdicción submarina de las rutas marítimas japonesas. Así, los países que habían empezado por escoger los aliados equivocados y conquistarse los enemigos equivocados, empezaron a perder lo que habían ganado antes, por medio de las audaces agresiones de 19391942, lo que puso en evidencia su peculiar conjunción de talento militar e incompetencia diplomática. Por último, las victorias finales de 1943 fueron absolutas debido a los efectos conjuntos de la superioridad en ambas dimensiones: las fuerzas del Eje, cada vez más desactualizadas técnica, táctica y operacionalmente, estaban también en un agudo declive dentro de cada escenario bélico a causa de todas sus pérdidas anteriores en los diversos escenarios; y ese hecho se manifestaba en su completo y permanente fracaso en la dimensión horizontal.

¿Dónde estaba la lógica de la estrategia en el desenlace de 1945? Después de todo, según la lógica paradójica, la creciente debilidad de los alemanes y los japoneses en la dimensión vertical debe en realidad haber sido ventajosa para ellos en la dimensión horizontal, para retardar o hasta detener su declive. Mientras los Aliados progresaban hacia la victoria total en los principales escenarios bélicos, mientras comenzaba a surgir el perfil de la distribución del poder después de la guerra, la alianza estaba madura para la fragmentación. Si la guerra hubiera simplemente continuado en línea recta, finalmente habría dejado a Gran Bretaña y Estados Unidos enfrentándose a la Unión Soviética en una nueva confrontación, en la cual cada una de las partes hubiera necesitado de los alemanes y de los japoneses como aliados.

Técnica e industrialmente inferior, la Unión Soviética necesitaba de los talentos industriales alemanes y japoneses. Para los británicos y los americanos serían los soldados alemanes y japoneses los que

marcarían la diferencia en el enfrentamiento con una potencia continental tan rica en fuerzas terrestres como la Unión Soviética. Y ninguna de las partes podía esperar tener lo que necesitaría en la inminente posguerra si Alemania y Japón eran completamente derrotados y destruidos como grandes potencias.

Ésa era la apertura que la diplomacia alemana y japonesa podría haber explotado, si los dos regímenes no hubieran seguido antes rumbos tan extremos que todo acuerdo con ellos estaba prácticamente descartado. De no haber sido por el efecto que sobre la opinión estadounidense tuvo el traumático ataque a Pearl Harbor, con todas sus siniestras connotaciones que el racismo amplificó; de no haber sido por el efecto de todo lo que los nazis habían hecho, los alemanes y los japoneses podrían haber hecho valer la fuerza que les restaba y sus posibilidades futuras para inducir a una de las dos partes a adoptarlos como aliados. Pero el fracaso de los estadistas de Berlín y Tokio había sido de tal envergadura que ni siquiera se hizo el intento, aunque Japón consiguió permanecer en paz con la Unión Soviética hasta la víspera misma de su rendición.

En cuanto a Stalin, al parecer estaba convencido de que los británicos se esforzarían por persuadir a los norteamericanos, más inocentes, de que sellaran una alianza con la Alemania nazi antes de que su derrota fuera completa, lo que significaría que el apoyo alemán contra la Unión Soviética sería inviable. Desde el punto de vista de Stalin, era simplemente ilógico que los británicos y los estadounidenses llegaran a la inevitable confrontación que se daría después de la guerra sin haber conseguido la valiosa alianza que tan fácilmente podían conseguir. El mismo se había estado preparando desde 1943 para la nueva lucha de posguerra, y ya había pasado por alto los crímenes del nazismo con una facilidad que bastó para que pudiera hacer una provechosa alianza con Alemania en 1939. Stalin daba por sentado, entonces, que los británicos y los estadounidenses harían lo que él hubiera hecho en su lugar, probablemente escudándose detrás de un nuevo gobierno militar alemán que destituyera a Hitler y continuara la guerra, pero sólo contra la Unión Soviética. Por eso la noticia del abortado golpe de estado militar

contra Hitler del 20 de julio de 1944 despertó las sospechas soviéticas, como también los contactos británicos o estadounidenses con oficiales alemanes (que finalmente tuvieron lugar durante las últimas semanas de la guerra, junto con las negociaciones puntuales de la rendición)[179].

Stalin estaba equivocado en sus sospechas sobre los británicos y los estadounidenses, pero totalmente acertado en su comprensión consciente de la lógica de la estrategia. La alianza de Estados Unidos con los alemanes y los japoneses se materializó tal como él (y también Hitler, en sus últimos días) había previsto, pero sólo después de que la guerra hubiera terminado, y el carácter político de los nuevos socios cambiara totalmente. Sin embargo, durante la guerra misma la tendencia a la ruptura de las alianzas que se manifestaba en la dimensión horizontal fue firmemente resistida, de modo que ninguna fuerza opuesta intervino para impedir la derrota del Eje, que finalmente se concretó en la dimensión vertical de cada forma de guerra, en todos los escenarios bélicos importantes.

LOS LÍMITES DE LAS INFLUENCIAS MUTUAS

De todo lo anterior se deduce que, si Rommel hubiera ganado su propia batalla en África del norte, también hubiera compartido la suerte de aquellas guarniciones alemanas de las Islas del Canal, Dinamarca y Noruega, que nunca fueron amenazadas pero tuvieron que rendirse de todos modos el 7 de mayo de 1945. Pero, por supuesto, Rommel no ganó su propia batalla. A pesar de su grandeza, la superioridad en el nivel operacional de las fuerzas alemanas sobre las británicas no superó totalmente el efecto condicionante de los factores espaciales en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones. Es preciso mirar más allá de África del norte para reconocer la magnitud de la inferioridad contra la cual luchaban los alemanes. Podríamos suponer que, si Rommel hubiese

recibido fuerzas mayores, y si estas fuerzas hubieran estado adecuadamente abastecidas, podría haber alcanzado sus objetivos últimos, El Cairo y el Canal de Suez, situados a unas 1.500 millas de Trípoli. Por cierto, habría sido una gran victoria para un general cuyos talentos no superaban el nivel operacional, y que obviamente no comprendía en absoluto la estrategia del teatro de operaciones[180]. Con todo, aquello hubiera sido sólo una victoria en una batalla, o más bien el resultado de varias victorias en diferentes batallas, pero no la victoria en una campaña porque la campaña no habría terminado.

Si Rommel hubiese llegado a El Cairo y al Canal de Suez, los británicos habrían seguido luchando, y sin duda hubieran formado un nuevo frente al sur de El Cairo, desde las bases del Alto Egipto y el Sudán, y otro nuevo frente en el límite de la península del Sinaí del Canal de Suez, a partir de bases en Palestina y Transjordania, con reabastecimiento para ambos frentes, vía el Mar Rojo. Si los hubieran dejado, los británicos habrían desarrollado bases, talleres, hospitales de campaña, caminos, vías férreas y puertos con ayuda estadounidense, con el propósito de acumular refuerzos para una eventual reconquista. Incapaces de forzar una rendición británica, que sólo podía obtenerse en Londres y no en El Cairo, los alemanes hubieran tenido que elegir entre esperar pasivamente (mientras la recuperación británica amenazaba cada vez más su conquista de Egipto) y lanzar más ofensivas para tomar las zonas de base en las que se preparaba la contraofensiva británica. Otras épicas conquistas, por ejemplo, el Alto Egipto y la península de Sinaí, le hubieran dado a Rommel aun más fama de la que ya tiene, pero mientras Londres no se rindiera jamás habría logrado una victoria de campaña. Tal como hicieron cuando la pérdida de Malasia, Singapur y Birmania a manos de los japoneses los expulsó del Sudeste Asiático y los impulsó hacia la India, los británicos habrían continuado luchando, resistiendo en los vastos desiertos de Transjordanía como también en Siria, y hasta en la vasta extensión de Sudán, abasteciendo su frente oriental a través del Golfo Pérsico y de Irán, y abasteciendo su frente meridional a través del Cabo y de

África Oriental. Como antes, los británicos hubieran empezado a acumular refuerzos, pasando finalmente a la ofensiva, tal como acumularon refuerzos en la India después de 1942, hasta que se lanzaron a la reconquista de Birmania en 1944, camino de Malasia y Singapur (cuya inminente reconquista resultó innecesaria debido a la rendición de Japón).

Con sus fuerzas entonces esparcidas en una enorme extensión, desde Libia hasta Transjordanía y al sur hasta el interior de Sudán, los alemanes se hubieran visto enfrentados una vez más con la necesidad de decidir entre una lucha indefinida en dos frentes contra un enemigo de creciente poderío, y otra ronda de ofensivas para avanzar en el espacio desde el cual los británicos seguían amenazando todas sus conquistas. Mientras la campaña no terminara, todo, desde Trípoli en adelante, estaría todavía en juego y no podría ser mantenido a menos que continuara la lucha, una lucha que para los alemanes tenía que ser ofensiva, ya que remaban contra la corriente de la supremacía material a la que se enfrentaban, como resultado de su fundamental fracaso en la dimensión horizontal de la diplomacia. En última instancia, para ganar verdaderamente su campaña Rommel habría tenido que avanzar a través del África Oriental hasta Ciudad del Cabo, y también hacia el este, más allá de Irak y a través de Irán, para conquistar la inmensidad de la India. Sólo entonces los británicos no hubieran tenido más frentes abiertos desde los cuales luchar. A menos que se los hubiera expulsado totalmente de África y se los hubiera echado de la India, por medio de un avance alemán para encontrarse con los japoneses en la frontera de Birmania, los británicos habrían continuado poniendo en riesgo todas las conquistas anteriores, todavía con la lejana Trípoli como objetivo final.

Cuando Rommel estaba en la cima de su éxito, en el interior de Egipto en el verano de 1942, y la ofensiva de verano de Alemania en Rusia había llegado hasta el Cáucaso, mientras que los japoneses parecían estar a punto de invadir la India, había en realidad motivos para temer una ofensiva concertada del Eje en una escala más que Napoleónica, para lograr una conexión entre las fuerzas alemanas y

japonesas en algún lugar entre Irán y la India. Como ahora sabemos, los alemanes y los japoneses no tenían tal plan, o bien tenían otro plan de acción concertada, ya que estaban luchando como cobeligerantes y no como aliados en un sentido pleno, Y como también sabemos, las tres ofensivas habían superado ya su punto culminante del éxito, y lo que había en realidad en las líneas de choque de aquellos espectaculares avances de 1942 era: los escasos tanques de Rommel quedándose sin combustible; una rala columna de avanzada de infantería alemana atascada en las montañas del Cáucaso; y hambrientas tropas japonesas en el punto terminal de líneas de abastecimiento demasiado largas.

Pero aun si aquellas ofensivas hubieran sido realmente potentes; aun si de alguna manera se las hubiera abastecido como para avanzar mucho más; aun si la India hubiera sido conquistada por alguna de las partes, el accionar bélico de los Aliados habría permanecido idéntico. Cualquiera que hubiera sido su escala, toda la guerra desde Trípoli hasta la India habría seguido siendo un mero escenario de operaciones secundario. Indudablemente, los Aliados habrían perdido mucho: los efectivos militares del ejército indio, cuyos bien entrenados regimientos incrementaban significativamente el poderío británico también fuera de la India; la más dudosa contribución del ejército chino contra los japoneses; el petróleo de Irak e Irán, en la medida en que la escasez de vehículos cisterna permitía usarlo fuera de Oriente Medio (los alemanes difícilmente podrían haber usado mucho); y la creciente —aunque aún pequeña— producción de guerra de la India misma. Sin embargo, la mayor parte de lo que el Oriente Medio y la India sumaban a los recursos de los Aliados se consumía localmente, mientras que ambas regiones necesitaban tropas del exterior que las defendieran. Por lo tanto, el balance general de fuerzas y recursos para las principales acciones aliadas contra Alemania y Japón no hubiera empeorado demasiado, y hasta podría haber mejorado.

Según la lógica paradójica, el fracaso en el nivel del teatro de operaciones puede convertirse en ganancia neta en el nivel de la gran estrategia —siempre que la derrota no sea demasiado costosa en

tropas perdidas en el proceso— toda vez que se realicen acciones en teatros de operaciones secundarios, que de todos modos no pueden conseguir la victoria. Así fue para ambas partes en la Segunda Guerra Mundial, como en toda guerra, pero lo fue más para Alemania y Japón que para los Aliados, debido a la fundamental asimetría de sus situaciones en el nivel de la gran estrategia.

VICTORIA Y DERROTA EN DOS DIMENSIONES

Debido a su gran superioridad en recursos bélicos, a los Aliados podía beneficiarles todo enfrentamiento militar —aun con grandes pérdidas— que redujera la fuerza militar alemana y japonesa, siempre que la proporción de pérdidas no excediera la proporción general de su superioridad (o, más precisamente, siempre que las pérdidas aliadas no redujeran la brecha en los respectivos índices de crecimiento de sus fuerzas armadas). Por ejemplo, en un momento en que Alemania estaba produciendo por mes unos 500 aviones de combate, mientras que la producción de aviones británicos y estadounidenses destinados al teatro de operaciones europeo era tres veces mayor, hasta la pérdida de tres cazas aliados por cada dos cazas alemanes abatidos se acumularía finalmente, hasta producir la victoria. Además, para los Aliados ese desgaste podía ser provechoso en cualquier lugar, ya que para el desgaste no hay teatros de operaciones secundarios.

No obstante, a los Aliados les convenía desviar acciones de los principales teatros de operaciones. Hacerlo no pondría en riesgo la victoria, porque de todos modos el desgaste acumulativo seguiría su curso, pero sí la retardaría, por la simple razón de que no era en los escenarios secundarios donde era posible encontrar gran número de fuerzas enemigas. Por otra parte, sólo en los teatros de operaciones más importantes, los territorios nacionales de Alemania y Japón,

podía aplicarse el poderío militar en la dimensión vertical para intensificar la debilidad alemana y japonesa en la dimensión horizontal, por medio del bloqueo y el bombardeo de la industria y las infraestructuras.

Alemania y Japón se encontraban en situaciones muy diferentes. Las victorias militares, es decir, los éxitos en la dimensión vertical, podían ayudarles a ganar la guerra sólo en el caso de que esas victorias pudieran modificar también la dimensión horizontal. La derrota de las fuerzas de los Aliados en combate, lo que sucedió reiteradamente durante los primeros años de la guerra, no era suficiente porque no reducía la fundamental ventaja aliada en la dimensión horizontal: su superior capacidad para producir equipamiento y entrenar hombres para sus fuerzas de combate[181].

Por último, las potencias del Eje podían sacar provecho del éxito militar solamente cuando éste servía como un sustituto de la diplomacia, rompiendo las alianzas organizadas contra ellas. De hecho, esto sucedió cuando Alemania derrotó totalmente a Polonia, Bélgica y Francia, expulsándolos totalmente de la guerra y mejorando así la situación alemana en la dimensión horizontal. Estas ganancias producidas verticalmente en la posición alemana no pudieron lograrse en el norte de África, que ni contenía aliados que pudieran ser totalmente derrotados ni poseía recursos bélicos de valor.

Por ende, el Alto Mando del ejército alemán estaba en lo cierto al oponerse a la aventura de Rommel en Egipto. Por otra parte, Hitler, aunque desconoció la opinión de sus generales, como lo hacía con frecuencia, le mandó pocas fuerzas y valoró sus hazañas principalmente por su valor propagandístico; el temerario general en aquel romántico desierto era un material excelente para los periódicos, sobre todo en contraste con las noticias originadas en el frente ruso, que eran siniestras aun en la victoria[182].

La entrada de Rommel en Egipto no podría haber servido a un objetivo mayor. Tampoco ayudó que las acciones para derrotarlo absorbieran fuerzas británicas desproporcionadamente grandes: en 1941 y 1942 los británicos no tenían ningún teatro de operaciones

principal, mientras que los alemanes lo tenían desde el 22 de junio de 1941, pocas semanas después del arribo de Rommel a Trípoli. Solamente en el frente ruso podría Alemania haber logrado resultados definitivos en el nivel de la gran estrategia. Enfrentándose a la Unión Soviética los alemanes tenían por lo menos una posibilidad de victoria, ya que el éxito vertical podría tener consecuencias horizontales en aquel teatro de operaciones. Toda conquista alemana de habitantes y recursos perjudicaría a la Unión Soviética, como si un aliado estuviera siendo apartado por la diplomacia, y al mismo tiempo podía favorecer a Alemania como si se hubiera ganado un aliado, en la medida en que la gente y los recursos podían ser aprovechados para las acciones bélicas alemanas. Una conquista total de la Unión Soviética habría eliminado las consecuencias del mayor fracaso diplomático de Hitler, permitiéndole a Alemania enfrentarse al fracaso diplomático adicional representado por la entrada de Estados Unidos en la guerra, junto con Gran Bretaña.

Mientras la inversión alemana en el norte de África se mantuvo reducida, el Japón imperial compensó el importante fracaso en la dimensión horizontal —un fracaso de inteligencia en todos los sentidos— dispersando su fuerza militar en teatros de operaciones secundarios. Después del ataque de Pearl Harbor los japoneses ocuparon Malasia, Singapur y las por entonces Indias Orientales holandesas, obteniendo sólidas ganancias en la dimensión horizontal. Si bien en aquellos países no había Aliados que derrotar, había recursos importantes: el caucho, el estaño y el aceite de palma de Malasia. Y, sobre todo, el petróleo de las Indias Orientales holandesas. En cuanto a la conquista de las Filipinas, que se llevó a cabo con escasas fuerzas, también estuvo muy justificada para expulsar a los estadounidenses del Pacífico occidental; desde el primer momento esas islas podrían haber provisto campos de aterrizaje y despegue para bombarderos pesados que atacarían Japón, como también una base de estacionamiento de tropas para una contraofensiva más amplia a su debido tiempo. Pero la posterior invasión de Birmania, las conquistas de islas en el Pacífico sur, el

intento de conquistar Nueva Guinea, y la permanente guerra en China, fueron sólo desviaciones de la acción del primer y único teatro de operaciones donde, en teoría, los japoneses podrían haber ganado la guerra: los Estados Unidos mismos.

Habiendo hecho por los estadounidenses lo que éstos no pudieron hacer por sí mismos, resolviendo sus profundas diferencias y obligándolos a luchar, los japoneses sólo podrían haber superado este enorme fracaso de la diplomacia invadiendo Estados Unidos. Para convertir su temporal superioridad aeronaval, demostrada en Pearl _ Harbor, en una concluyente victoria en el nivel de la gran estrategia, los japoneses tenían que inhabilitar el poderío militar americano en su fuente, porque estaba destinado a superar con creces el suyo. No era en China, ni en Birmania, el Pacífico sur o Nueva Guinea donde los japoneses podían sofocar la movilización estadounidense. La única campaña que podría haberles asegurado la victoria hubiera sido una invasión de California, seguida por la conquista de los principales centros de la vida americana, culminando en una paz impuesta decretada en Washington. Sin duda las fuerzas del Japón imperial, aun retirándose de China y de todos los otros lugares, jamás podrían haber logrado conquistar los Estados Unidos, aunque sólo fuese por razones logísticas; y desde luego, tal invasión nunca fue considerada una posibilidad. Sin embargo, no había otra manera de ganar la guerra.

De ello se sigue que para Japón la *única* opción buena después de Pearl Harbor era pedir la paz, malvendiendo su capacidad de resistirse a la derrota durante varios años, a cambio de la benevolencia que Estados Unidos ofrecería para evitar tener que luchar por su victoria. En las negociaciones finales antes de Pearl Harbor, la administración Roosevelt había pedido mucho al Japón imperial, incluyendo la retirada de sus fuerzas de China y también de la Indochina francesa. Indudablemente, después de Pearl Harbor Estados Unidos habría exigido más, quizás la retirada de Japón de su nueva colonia de Manchuria, y muy probablemente de la antigua colonia de Corea, si no de Taiwan. Además, habiendo descubierto lo eficaces que las fuerzas armadas japonesas podían ser, los

estadounidenses habrían insistido en exigir por lo menos un desarme parcial. Aceptar todo aquello inmediatamente después de un espléndido éxito en combate hubiera sido imposible, psicológica y políticamente, pero era la única manera de salvar a Japón de una derrota segura y total.

Esa lógica mide el verdadero valor estratégico del enorme éxito táctico y operacional del ataque a Pearl Harbor: fue pura pérdida. A Japón le hubiera ido mucho mejor si todos sus pilotos hubieran perdido el rumbo sobre el Pacífico o errado el blanco. Sí los aviadores japoneses hubiesen desempeñado un papel casi cómico al no poder infligir daño alguno, los estadounidenses habrían sido más generosos en la rendición. En el nivel de la gran estrategia, la confluencia de la dimensión vertical con la dimensión horizontal era tan adversa para Japón que el éxito táctico y operacional de Pearl Harbor fue en realidad mucho peor que un fracaso.

Pero este caso no es el único. En el nivel de la gran estrategia, los logros tácticos pueden fácilmente tornarse contraproducentes. Lo único que se necesita para convertir más en menos es una disonancia de cierta intensidad entre las dos dimensiones. Si, por ejemplo, los efectos diplomáticos y propagandísticos de una campaña de bombardeo son adversos, más bombardeo es peor que menos, y el bombardeo destructivo es peor que el bombardeo ineficaz.

Ahora bien, si entre los diferentes niveles de la dimensión vertical hay una disonancia grave, entonces las acciones militares fallan. Pero cuando hay disonancia ente las dos dimensiones, el éxito vertical puede ser peor que el fracaso.

En primer lugar, como el Japón imperial fue derrotado, una vez que no marchó sobre Washington inmediatamente después de Pearl Harbor, no hubo batallas verdaderamente decisivas en la guerra del Pacífico. La única diferencia que pudieron suponer las batallas navales y terrestres del Mar del Coral, las Islas Midway, Nueva Guinea y Guadalcanal fue modificar el ritmo del declive de Japón hacia la derrota total. Ninguna de esas batallas, pese a lo dramáticas que fueron, podía ser decisiva en el nivel de la gran estrategia porque

ninguna de ellas podría haber modificado el desenlace de la guerra, algo que algunas de las batallas entre Alemania y la Unión Soviética en el frente oriental sí podrían haber hecho. Aun una victoria completa de la Armada japonesa en la batalla de Midway de 1942 sólo podría haber tenido un resultado temporal: si en lugar de los aviones japoneses hubieran sido destruidos los aviones estadounidenses, esas pérdidas no habrían privado a los Estados Unidos de la supremacía naval que, de todos modos, habría quedado asegurada alrededor de 1944 por la producción de barcos y aviones y por el entrenamiento de los efectivos. Y si la derrota japonesa en Midway hubiese sido aun mayor de lo que fue, ese hecho únicamente habría servido para precipitar un desenlace que era inevitable, una vez que las fuerzas militares de Estados Unidos, totalmente movilizadas, llegaran al teatro de batalla.

LAS RECOMPENSAS DE LA ARMONÍA

Los norvietnamitas, que no tenían que esperar que se olvidara una primera hazaña militar contraproducente, como la de Pearl Harbor, ganaron su guerra gracias a modestos logros militares en la dimensión vertical, acompañados por una propaganda y una diplomacia altamente eficaz en la dimensión horizontal. Ellos jamás podrían haber triunfado teniendo éxito sólo en la dimensión vertical, aunque eran eficientes en los niveles táctico y operacional, y sólo levemente inferiores en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones[183]. En cuanto al nivel técnico, el estilo de guerra elusiva de los vietnamitas disminuyó su importancia para ambas partes, a pesar del peculiar entusiasmo estadounidense por todo lo técnico, especialmente lo nuevo y de alguna manera avanzado. Una vez que Estados Unidos intervino, los norvietnamitas ya no pudieron ganar por acumulación de victorias tácticas, porque Vietnam dejó de ser el principal escenario de la guerra para

convertirse en el escenario de la lucha. La potencia bélica dirigida contra los norvietnamitas surgía de un teatro de operaciones totalmente diferente, Estados Unidos mismo, fuente del equipamiento y el abastecimiento para los vietnamitas del sur de principio a fin, como también de todas las fuerzas militares estadounidenses que operaron en Vietnam entre 1966 y 1972. Aun cuando los norvietnamitas pudieran haber derrotado a todas las fuerzas aisladas enviadas contra ellos, las victorias en la dimensión vertical sólo les hubieran permitido resistir hasta la llegada de refuerzos, para por último perder.

Tampoco podían los norvietnamitas interrumpir el flujo de fuerzas estadounidenses a través del Pacífico. No poseían ni submarinos ni aviones que pudieran operar mar adentro, mientras que sus tropas terrestres no bastaron para conquistar y cerrar los puertos y campos de aterrizaje y despegue de Vietnam del Sur hasta el final de la guerra. Menos aún hubieran podido los norvietnamitas aplicar la fuerza en la dimensión vertical contra Estados Unidos: mientras que los estadounidenses bombardeaban Vietnam del Norte cada vez que decidían hacerlo, los norvietnamitas no podían ni bombardear ni atacar de ninguna otra manera a Estados Unidos, simplemente porque estaba demasiado lejos para ellos. Pero su propaganda y su diplomacia tenían un alcance estratégico ilimitado: entonces empezaron por dañar las relaciones de Estados Unidos con sus principales aliados europeos, antes de entrar en EEUU mismo, con importantes consecuencias.

Sin derrotar nunca en combate a un gran cuerpo de tropas estadounidenses, sin llegar a agotar la potencia material norteamericana, los norvietnamitas ganaron aprovechando al máximo la diplomacia y la propaganda para fragmentar el consenso político en EE UU que sostenía el esfuerzo de la guerra, primero para inducir la retirada de las fuerzas estadounidenses, y luego para provocar una disminución drástica en el flujo de equipamiento y aprovisionamiento para Vietnam del Sur. Para los norvietnamitas era indispensable tener un buen desempeño militar, no para ganar batallas que estaban condenadas a no ser decisivas, sino simplemente

para prolongar la guerra, creando las condiciones en las que diplomacia y propaganda pudieran tener éxito.

Como el ejemplo de la victoria de Vietnam del Norte demuestra, en la confluencia de la gran estrategia hasta el logro más modesto en la dimensión vertical puede ser suficiente para triunfar, si ese logro se combina armoniosamente con el éxito en la dimensión horizontal. Esa es la otra cara de la moneda de la imposibilidad de ganar solamente en la dimensión vertical o en la horizontal (como Mussolini trató de hacer con diplomacia y propaganda pero sin verdadera potencia militar). El éxito de la guerra de Anwar al-Sadat de octubre de 1973 contra Israel es una demostración aun más contundente de ese principio.

Los egipcios reconocieron que no podían ganar sólo por la acción militar directa. Razonablemente podían esperar cruzar el Canal de Suez, venciendo a su pequeña guarnición de unos 430 hombres, pero también sabían que no podían derrotar al ejército israelí en el Sinaí para luego establecer una colonia o simplemente proceder a invadir Israel. Las fuerzas desplegadas del ejército egipcio eran muy superiores a las fuerzas estables en servicio activo de los israelíes. Pero cuando los israelíes movilizaron a sus reservistas, pudieron poner en acción a unas siete divisiones y pudieron enviar un número suficiente de efectivos al Sinaí para derrotar a las ocho divisiones egipcias, teniendo en cuenta la superioridad israelí en fuerza aérea y en combate con carros blindados en el nivel operacional[184]. En otras palabras, Egipto no podía hacer demasiado en la dimensión vertical de la estrategia. Por el contrario, en 1973 en la dimensión horizontal la situación internacional era potencialmente favorable a Egipto. Estados Unidos acababa de abandonar Vietnam y no estaba en disposición de hacer la guerra en ningún otro lugar. La Unión Soviética se mostraba mucho más inclinada a una posición activa, a reclamar en la realidad de la política mundial la «paridad estratégica» que Estados Unidos acababa de conceder en los acuerdos de Limitación Estratégica de Armas (*Strategic Arms Dimitation*). Además de ese desequilibrio, estaba «el petróleo como arma». Con una producción en descenso

dentro de Estados Unidos, y con escasez en otras fuentes, los exportadores árabes de petróleo del Golfo Pérsico y del norte de África se habían convertido en proveedores marginales fijadores de precio. El aumento de la demanda mundial de petróleo estaba empezando a elevar los precios, pero éstos estaban aún contenidos por contratos de aprovisionamiento de largo plazo y por acuerdos ya establecidos de ganancias compartidas entre gobernantes y compañías petroleras. Sólo una reducción importante de las exportaciones podía liberar la nueva fuerza de mercado de los petroleros árabes, fijar un nuevo precio bien por encima del tradicional de 1,80 dólares por barril. Cuando Sadat les pidió imponer un embargo sobre todos los países amigos de Israel, los productores árabes aceptaron complacidos puesto que en vez de tener que sacrificarse en nombre de la solidaridad árabe servirían a la causa obteniendo un gran rédito.

Israel, en cambio, estaba en una posición diplomáticamente débil. No tenía ni petróleo ni ninguna otra fuente de riqueza. En las Naciones Unidas estaba aislado frente a los enormes bloques árabe, musulmán y comunista, a los que los estados africanos sumaron sus votos con la esperanza de obtener recompensas de los productores de petróleo árabes. En Europa, Israel era criticado por su falta de cooperación para resolver el conflicto con Egipto con miras a la apertura del Canal de Suez, y el atractivo de los mercados exportadores árabes también desempeñó su parte en el aislamiento de Israel.

Como hemos visto, el poderío militar en la dimensión vertical suele rendir escasos beneficios en circunstancias adversas, pero la fuerza *potencial* en la dimensión horizontal suele no rendir beneficio alguno. La verdad es que, aun cuando Egipto no hubiese hecho nada, las crecientes presiones diplomáticas podrían finalmente haber inducido a los israelíes a renunciar al territorio conquistado sin el tratado de paz que exigía a cambio. El simple paso del tiempo habría incrementado la dependencia de europeos y japoneses del petróleo árabe, incrementando también a largo plazo la presión diplomática sobre Israel. No obstante, aquellos procesos fueron

prolongados e inciertos: si Estados Unidos revertía su activismo después de la superación de su trauma de Vietnam mientras que la Unión Soviética se ocupaba de sus propias dificultades, los productores árabes no cuestionarían las consecuencias de imponer un embargo en nombre de Egipto. Y, además, su control sobre el mercado del petróleo no sería eterno.

Sólo la acción militar podía activar el potencial poderío de Egipto en la dimensión horizontal. No se trataba de potencia industrial como en el caso de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial sino de potencia diplomática, es decir, de la capacidad de usar las fuerzas de otros, el peso de la Unión Soviética en los asuntos mundiales y «el petróleo como arma» de los árabes. Pero como ya analizamos, los egipcios no podían en realidad ganar una guerra, y lo sabían. Ellos no necesitaban una victoria total para activar las presiones diplomáticas sobre Israel; de hecho, si los egipcios pudieran haber marchado hasta Tel Aviv no habrían necesitado apoyo diplomático. Sin embargo, no podían esperar ganarse el interés de la Unión Soviética y de Estados Unidos sin alguna importante acción militar; las incursiones de los grupos «comando» y el fuego de artillería no bastaban. Sólo el cruce del canal de Suez podía lograrlo, y tampoco un ataque ligero, ya que sería seguido inmediatamente por un contraataque israelí que bien podría obligar a los egipcios a retroceder humillados. Sadat necesitaba una verdadera victoria en combate, aun cuando esa batalla no se convirtiera en una campaña victoriosa en el nivel del teatro de operaciones.

El Canal de Suez, unos 160 km de aguas tranquilas, no era en sí un obstáculo serio. En todo caso, los israelíes ya no tenían efectivos militares en las fortificaciones de su lado del canal, sino que habían optado por una defensa móvil blindada, basada en el rápido despliegue de una división reforzada de tanques, que evitaría todo intento de cruzar. Como siempre, también se apoyaron fuertemente en su poderío aéreo[185]. Por lo tanto, los egipcios podían cruzar el canal con relativa facilidad, pero eso no resolvería su problema inmediato, que consistía en enfrentarse a los tanques israelíes que

contraatacarían. Y mucho menos podían esperar resistir a la fuerza total del ejército israelí una vez que movilizara sus fuerzas de reserva, a los dos o tres días del cruce del canal. En el ínterin, la fuerza aérea israelí, que los aviones de combate egipcios no podían combatir con éxito en el aire, atacaría sistemáticamente a las fuerzas egipcias a ambos lados del canal.

El plan egipcio que resolvió este problema aparentemente insoluble es un modelo en su tipo, debido a la armonía que alcanzó tanto en la dimensión vertical como en la horizontal, y también entre ellas.

En la dimensión horizontal, un elemento importante fue la diplomacia: la dictadura militar siria, con la que las relaciones de Egipto distaban mucho de ser estrechas, fue a pesar de ello persuadida para lanzar una ofensiva simultánea. Por ende, Israel tendría que diversificar algunas de sus fuerzas hacia los Altos del Golán en vez de enviarlas hacia el frente en el Sinaí. En este caso, dos de las cinco divisiones de tanques de reserva fueron enviadas a combatir con los sirios durante la primera semana de la guerra.

Un elemento igualmente importante del plan en la dimensión horizontal combinaba propaganda y engaño para lograr la sorpresa total en la ofensiva planeada. Era imposible ignorar el volumen de las fuerzas egipcias y de su equipamiento de refuerzo cerca del canal, pero los israelíes fueron persuadidos de que todo aquello se hacía como ejercicios regulares del ejército, una actividad de rutina. Los israelíes no tuvieron indicios claros de que era inminente una ofensiva hasta las primeras horas de la mañana del 6 de octubre de 1973. Dudaron, y dieron la orden de movilizarse a las 9:20 de la mañana de ese mismo día. Algunos ejércitos necesitan semanas para reclutar civiles, entrenarlos y formar sus unidades de combate. Los israelíes podían hacerlo en veinticuatro horas o menos, y en un día más podían poner en el Sinaí brigadas blindadas completas. Pero aquel 6 de octubre a las 9:20 de la mañana les quedaban menos de cinco horas antes de que estallara la guerra.

Según la teoría más aceptada, se logra actuar por sorpresa

cuando las «señales» que transmiten información verídica están enmascaradas por «ruido», una masa mayor de información desactualizada, errónea y deliberadamente engañosa. Otra variante destaca la importancia del engaño deliberado[186]. Pero tal vez haya en esto algo más profundo: que la impostura engaña cuando existe una fuerte predisposición al autoengaño. El 6 de octubre de 1973 hacía varios meses que la inteligencia israelí controlaba la actividad egipcia frente al canal. De la misma manera; Stalin había seguido de cerca los preparativos de Alemania para el ataque por sorpresa del 22 de junio de 1941; y los oficiales de EEUU sabían que Japón atacaría *en algún lugar* mucho antes del ataque de Pearl Harbor del 7 de diciembre de 1941.

Pero los israelíes no atacaron para interrumpir los preparativos egipcios. Estaba vigente un alto el fuego, la población disfrutaba de esa tranquilidad, y la posición diplomática de Israel era débil. En consecuencia, un ataque habría provocado vehementes críticas y quizás hasta importantes sanciones. Dadas las circunstancias, sólo con la certeza de que era inminente una ofensiva egipcia se podría haber persuadido al gobierno de Israel para que ordenara un ataque preventivo[187].

Cuando a un enemigo se le permite, por las razones que fueren, prepararse para atacar, invariablemente surgen las excusas adecuadas para justificar la inacción. Para los israelíes en 1973 la idea fue que Sadat estaba simplemente fanfarroneando, como ya había hecho anteriormente En el caso de Stalin en 1941, se pensó que Hitler mandaría un ultimátum y plantearía exigencias territoriales antes de lanzar un ataque, que Stalin evitaría aceptando las exigencias de Hitler, y hasta entregando Ucrania si era necesario (de ese modo, serían los británicos y en última instancia los estadounidenses quienes tendrían que pagar el precio de derrotar a Hitler). Para Roosevelt, en diciembre de 1941, la inacción se justificó en nombre de la suposición consciente de que la guerra tenía que ser iniciada por los japoneses para unificar el país, aunque por supuesto el presidente estadounidense no previo un ataque a la flota de su país en Pearl Harbor.

El tema es aún más complejo. Cuando las verdaderas advertencias no son ignoradas debido a inhibiciones políticas o eliminadas por teorías engañosas, después del hecho se convierten en falsas advertencias. Se trata de una de las inversiones de la estrategia. Si los israelíes hubieran podido colocar un micrófono en el escritorio de Sadat para escuchar realmente la orden de lanzar la ofensiva el 6 de octubre de 1973, y si en consecuencia hubieran movilizado sus reservas para mandar tres o cuatro divisiones al frente, Sadat habría tenido que cancelar su ataque. O sea que el 6 de octubre de 1973 no hubiera pasado nada, lo cual habría convertido a la verdadera advertencia en información falsa. Después de un cierto tiempo la fuente podría ser de todos modos reivindicada, pero probablemente sería desmentida (es un recurso corriente «dar vuelta» los dispositivos de escucha clandestina que se detectan). Y la vez siguiente tal vez la sorpresa tenga éxito, precisamente *porque* falló una vez.

Los prudentes planificadores de Sadat no creían que sus fuerzas serían capaces de soportar una contraofensiva en gran escala una vez que se completara la demorada movilización israelí, aun si parte del ejército de Israel era desviado hacia el frente sirio. Pero también se encontró otra solución para ese problema aparentemente insalvable: después de varios días de lucha, una vez que se hubieran activado el apoyo diplomático soviético y «el petróleo como arma», y Estados Unidos se alarmara debidamente, Egipto obtendría un alto el fuego impuesto en el consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, para congelar el conflicto y asegurarse el rédito.

Aun con la movilización de las fuerzas de reserva israelíes demoradas por la sorpresa, los egipcios tuvieron que enfrentarse desde el comienzo tanto a la fuerza aérea israelí como a los aproximadamente doscientos tanques de la guarnición del canal. Eran pocos, pero los egipcios tenían amargos recuerdos de lo que las ágiles e inteligentes fuerzas blindadas israelíes podían hacerle a su ejército más rígidamente organizado. La armonía de las dimensiones no serviría de nada; los egipcios tenían que encontrar una solución militar sólo en la dimensión vertical.

Los planificadores de Sadat superaron con éxito ese desafío con una respuesta de nivel múltiple cuidadosamente planificada. El remedio más obvio era el despliegue de muchas armas antitanque y antiaéreas, una solución de nivel técnico. Se agregaron a todas las unidades equipos de infantería especializada antitanque, armados con cohetes de mano y misiles portátiles teledirigidos, mientras que los egipcios siguieron el modelo soviético: elevaron a sus fuerzas de defensa antiaérea a la categoría de servicio independiente, y además dotaron a la infantería de muchos misiles antiaéreos portátiles. Aconteció que los misiles antiaéreos fueron mucho más exitosos que lo esperado y las armas antitanque también superaron todas las expectativas, por lo menos al comienzo de la guerra.

Pero las armas por sí solas no fueron suficientes. Los egipcios elaboraron también una respuesta de nivel táctico para contraatacar a los tanques israelíes, la amenaza más inmediata con que se enfrentaban, Equipos cazadores de tanques, constituidos por soldados de infantería con cohetes manuales fueron asignados para atacar a los tanques israelíes en sus posiciones de fuego, aprovechando su falta de escoltas de infantería que aseguraran una defensa próxima. Entre tanto, los tanques israelíes tardaron en desplazarse hacia sus posiciones, así que los equipos egipcios los encontraron y tendieron emboscadas a los tanques que llegaban, en condiciones aun más favorables que las esperadas.

Quizás más importante fue la solución de nivel operacional, dirigida a la fuerza aérea israelí como también a las fuerzas blindadas. Contrariando la prescripción de los manuales, que indica utilizar principalmente fuerzas blindadas en las ofensivas con cruce de río (una gran especialidad soviética), los egipcios enviaron a través del canal infantería de a pie y motorizada, en lugar de unidades de tanques. Al tomar esa decisión los estrategas de Sadat esperaban privar a los tanques israelíes de los mejores blancos para sus cañones y diluir el efecto de los ataques aéreos. Así, los tanques israelíes se vieron limitados a hacer fuego contra la infantería con sus escasas provisiones de munición para blindaje, después de quedarse rápidamente sin granadas de alto poder y sin munición para sus

ametralladoras. En cuanto a los caza bombarderos, en lugar de atacar a vehículos blindados bien delineados, se encontraron bajo la constante amenaza de los misiles, al tiempo que gastaban sus bombas arrojándolas sobre la infantería dispersa.

La dilución de la fuerza israelí se conformó en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones, porque los egipcios no concentraron su acción a la manera clásica de los textos sino que cruzaron en muchos puntos a lo largo de las 70 millas (160 km) del Canal de Suez. La fuerza aérea israelí, que ya se enfrentaba con amorfas fuerzas de infantería que apenas si podía bombardear, tampoco podía ser eficiente al atacar el medio de cruce; en lugar de tener por blancos unos pocos puentes importantes muy visibles, y por ello fáciles de destruir y difíciles de reparar, sus pilotos tenían que atacar a un gran número de puentes de pontones, cuyas secciones dañadas podían ser reparadas en minutos, como también al gran tráfico de botes y vehículos anfibios que casi ni valía la pena bombardear.

El comienzo de la ofensiva de Sadat se produjo exactamente como estaba planificado, un hecho raro en la historia militar. El cruce del Canal de Suez se realizó adecuadamente y en pocas horas, el 6 de octubre de 1973, y las fuerzas egipcias resistieron con bastante facilidad el contraataque de los tanques y la fuerza aérea de Israel, cuyos aviones de combate eran atacados por gran número de misiles antiaéreos. En plena curva ascendente del éxito, los egipcios derrotaron a los primeros contingentes de fuerzas de reserva israelíes que llegaron al lugar el 8 de octubre[188].

Para entonces ya se estaba activando «el petróleo como arma», porque un productor árabe tras otro dejaron de cargar las cisternas; Estados Unidos era presa de una justificada alarma, y la Unión Soviética comenzó a desempeñar el papel que le habían asignado, denunciando la agresión israelí y pidiendo que Israel se retirara de toda la península del Sinaí.

Pero después de lograr mucho éxito, los egipcios, que habían resistido frente a los tanques y a los aviones, no pudieron resistir la tentación. En vez de procurar un alto el fuego en el lugar para

afirmar lo ganado, como reclamaban los sirios (ya fuertemente presionados después de un breve éxito), Sadat arriesgó lo obtenido en la guerra excediendo los prudentes límites del plan inicial. El 14 de octubre el ejército egipcio lanzó una ofensiva blindada en el Sinaí, intentando librar una guerra de maniobras que excedía su competencia, con lo que superó su punto culminante del éxito. Muchos tanques egipcios fueron destruidos mientras que las pérdidas israelíes fueron insignificantes. La derrota de la ofensiva marcó el punto de inflexión de la campaña. En la noche siguiente los israelíes llegaron al Canal de Suez y empezaron a cruzarlo a través de una brecha entre las fuerzas egipcias, mandando audazmente un torrente de vehículos blindados que marcharon tras las fuerzas egipcias del lado del Sinaí. Numerosos emplazamientos egipcios de misiles antiaéreos fueron destruidos, lo que permitió a la fuerza aérea israelí operar con mayor eficacia que anteriormente. En el término de una semana los egipcios se vieron obligados a pedir un alto el fuego en el lugar, lo que dejó rodeada a una parte importante de su ejército mientras los israelíes se encontraban ya a setenta millas de El Cairo. Fue una espléndida hazaña de armas, pero una victoria en el nivel operacional, no una victoria de gran estrategia, porque los israelíes no pudieron avanzar para ocupar El Cairo e imponer una paz en sus propios términos. La Unión Soviética amenazaba con intervenir, EE UU exigía un alto el fuego, y de todos modos los israelíes no tenían ni las fuerzas ni la voluntad para conquistar Egipto.

Por el contrario, fue Sadat quien alcanzó una victoria definida, aunque estrictamente limitada, en el nivel de la gran estrategia, formalmente reconocida por todos en el acuerdo de «liberación» de 1974, que dejó a Egipto con el control de ambas márgenes del Canal de Suez. La superioridad diplomática de Egipto —derivada de su alianza con los productores de petróleo, el apoyo soviético y el interés estadounidense por convertirse en su nuevo patrón— había prevalecido sobre la superioridad militar de Israel. Los israelíes habían sobrevivido a un fracaso inicial para obtener después impresionantes victorias, pero una vez más los logros obtenidos

solamente en la dimensión vertical no pudieron superar la debilidad en la dimensión horizontal. Tales contradicciones son mucho más comunes que la conjunción de la superioridad en ambas dimensiones de la guerra del Golfo de 1991 y de la guerra de Kosovo de 1999, ambas conducidas por los Estados Unidos, con muchos aliados, contra enemigos aislados.

Cuando una vasta superioridad militar se combina con una vasta superioridad diplomática, no hay espacio para dudar acerca del desenlace, y también hay poco espacio para la estrategia. El bombardeo de Irak en 1991 y de Serbia en 1999 fueron en gran medida combates unilaterales contra enemigos que difícilmente podrían haber reaccionado. Fueron más demostraciones de capacidad de manejo que actos de guerra, porque el enemigo funcionó en gran medida como un conjunto inerte de blancos, débilmente defendidos por cañones antiaéreos de pequeño calibre y por baterías mísilísticas sin coordinación alguna. De la guerra de Kosovo se podría decir que hubiera sido mejor si se hubieran ahorrado los costes de embalaje y de manipulación haciendo que los contratistas del espacio aéreo entregaran sus misiles de crucero directamente sobre el blanco.

Si el enemigo no puede reaccionar, la lógica paradójica pierde su impulso, pero no totalmente. Se hizo notar lo suficiente como para salvar tanto a Saddam Hussein como a Slobodan Milosevic; precisamente porque Estados Unidos era demasiado fuerte para ser amenazado por Irak o por Serbia, no tuvo la energía moral necesaria para arriesgarse a sufrir bajas sacándolos del poder por medio de la conquista. Ambos continuaron gobernando, sin ser molestados, los países que su temeraria imprudencia había arruinado; Milosevic, hasta ser depuesto por una revolución nacional, y Saddam Hussein hasta 2003.

16
¿PUEDE SER ÚTIL LA ESTRATEGIA?

El propósito que orientó este trabajo fue revelar la acción de la lógica paradójica en sus cinco niveles y dos dimensiones, exponiendo al mismo tiempo una teoría general de la estrategia. Tal vez los lectores encuentren que este libro explica los giros y las vueltas de la historia más persuasivamente y con discrepancias menores que el mero sentido común, aunque desde luego la única prueba válida para cualquier teoría es que, en presencia de información suficiente, tenga capacidad de predicción. Lo único que está fuera del alcance de la teoría es prescribir lo que se debe hacer, porque eso depende de los valores y los objetivos. Yo considero que la deducción de reglas de conducta, esquemas prácticos de acción, y grandes estrategias completas, debe quedar en manos de quienes tienen la capacidad de decisión en determinado tiempo y lugar. La teoría sólo puede sugerir qué decisiones deberían tomarse, no simplificando realidades complejas para identificar elecciones simples y las «mejores» respuestas para cada problema, sino aprehendiendo los cinco niveles en ambas dimensiones para encontrar soluciones entre las cuales exista una armonía tolerable. Luego, la mera idoneidad basta para imponerse sin necesidad de capacidades o recursos superlativos. Los grandes capitanes de la historia militar, desde Alejandro Magno hasta Napoleón y otros más recientes, todos fueron derrotados por enemigos menos famosos, como por ejemplo el brillante Rommel fue derrotado por el infinitamente mediocre Montgomery.

Sin embargo, hasta los militares más relevantes deben ser

cautelosos al aplicar sus conocimientos. En primer lugar está la complejidad de la armonización, que convierte hasta la elección de una sola arma en una tarea delicada. Ya no basta con las verificaciones técnicas y el cálculo de los costes, que son operaciones bastante complicadas en sí mismas. El arma tiene que ser evaluada también en el nivel táctico, y es preciso estudiar cómo se la emplearía inicialmente, hay que prever las reacciones del enemigo, y por último hay que determinar su valor neto en las consecuencias. Y esto es sólo el preludio del análisis en el nivel operacional primero, y luego en el nivel de la estrategia del teatro de operaciones, que quizás deba ser repetido para cada uno de los escenarios de las acciones bélicas. Si un arma nueva es de suficiente importancia, debido a sus características de novedad, aspecto impresionante, o magnitud de los efectos, se deben evaluar asimismo las probables reacciones de aliados y enemigos en la dimensión horizontal, antes de que se pueda tomar la decisión definitiva de adquirirla, en el nivel de la gran estrategia. Eso se aplica, por ejemplo, a la propuesta de despliegue de unas «ralas» defensas contra los misiles balísticos, para resguardarse de los estados canallas, que adquieren unos pocos misiles balísticos o construyen los suyos. ¿Acaso un despliegue de Estados Unidos desencadenará una nueva carrera de armamentos con la Federación Rusa o hasta con China, que no son en absoluto los blancos escogidos? ¿Acaso esa acción inducirá a los estados canallas a colocar sus armas nucleares o sus agentes biológicos en maletas a ser entregadas en mano, lo que constituye una amenaza mucho más difícil de ser controlada, aun por ellos mismos? ¿Separará a Estados Unidos, un país protegido, de sus aliados no protegidos, o por el contrario, les hará sentirse más seguros debido a la firmeza que podrá demostrar? Sólo cuando esas preguntas hayan sido respondidas valdrá la pena convocar a los ingenieros para decidir cuán eficaces podrían ser las defensas contra misiles balísticos, y a los contables para calcular el coste.

Se supone que todos esos cálculos ya están incluidos en el proceso de decisión. Pero existe una amplia brecha entre las prácticas corrientes y la reiteración total a través de los niveles y las

dimensiones que la teoría exigiría. Lo que actualmente sucede con mucha frecuencia es que los partidarios y los críticos de esta o aquella decisión se concentran solamente en uno o dos niveles: los que se corresponden con sus conocimientos y los que probablemente aportarán resultados convenientes.

Por eso en los anales de la historia militar hay tantos casos de armas técnicamente impresionantes que jamás habrían sido construidas si se hubieran tenido en cuenta las más elementales reacciones tácticas. Por ejemplo: en la batalla de Kursk de 1943, los alemanes perdieron toda su producción de costosos tanques pesados Ferdinand porque carecían de ametralladoras para hacer frente a la infantería rusa, un fracaso que podría haber sido previsto por cualquier soldado de aquel frente. También hay muchos casos de armas exitosas tanto técnica como tácticamente, cuyo decisivo fracaso operacional era de esperar. Estados Unidos gastó cientos de millones de dólares en aviones antitanque especializados, que sólo se necesitaban para atacar a *formaciones* de vehículos blindados y que nunca se usan, ya que en tal caso junto con los tanques están presentes también *formaciones* de cañones antiaéreos. Y ese resultado era totalmente previsible. En ocasiones hay también armas que tienen éxito en todos los niveles militares, pero que son contraproducentes en el nivel de la gran estrategia porque fracasan en la dimensión horizontal. Las batallas navales alemanas anteriores a 1914 fueron maravillosamente innovadoras y triunfaron en el combate, pero lo único que ganaron para Alemania fue la letal hostilidad de Gran Bretaña, resultado que —una vez más— era totalmente previsible.

Ahora bien, si la teoría se utiliza para construir todo un esquema Y de gran estrategia/las complicaciones que necesariamente surgirán serán mayores. En primer lugar, los objetivos ya hayan sido establecidos por tradición o sean un compromiso burocrático, el capricho de un dictador o una decisión democrática deben ser coherentes. No importa si esos objetivos son sensatos o disparatados según la opinión de alguien, pero no pueden ser mutuamente excluyentes ni deben ser clasificados incoherentemente, porque en

tal caso la definición de una gran estrategia no podrá ni siquiera comenzar. En segundo término, se deben elaborar normas de conducta precisas, tanto para la dimensión vertical como para la dimensión horizontal de la estrategia. Sea cual fuere el elegante ingenio del esquema, su puesta en práctica dependerá de mil minuciosas decisiones burocráticas. En el campo de la política militar, las prioridades específicas establecidas por el esquema tropezarán inevitablemente con la resistencia de las diferentes ramas y servicios de las fuerzas armadas, porque nunca hay suficiente para todos. Por ejemplo, después del fin de la Guerra Fría todos los intentos de reestructurar y no sólo reducir las fuerzas armadas estadounidenses fueron bloqueados por la insistencia militar en que los recortes presupuestarios debían ser compartidos equitativamente. Era obvio que las fuerzas terrestres del ejército y la marina que habían quedado como un remanente de las guarniciones de la Guerra Fría debían ser recortadas desproporcionadamente para comprar más fuerza aérea. Sin embargo, todos los intentos de hacerlo fueron infructuosos, debido a la resistencia con que tropezaron. Así, al Estado Mayor Conjunto se le ahorraron desagradables disputas, pero cuando Estados Unidos libró en 1999 la guerra de Kosovo, la escasez de fuerza aérea fue aguda mientras que hubo una abundancia de fuerzas terrestres no utilizadas y no utilizables.

Sobre todo, cualquier esquema de gran estrategia requerirá acción diplomática concertada en diplomacia, propaganda, operaciones secretas. Tanto en la esfera económica como en la política militar. Aun cuando no haya un parlamento elegido por votación que pueda enfrentarse al poder ejecutivo y cuestionar su esquema de gran estrategia, aun cuando no haya grupos de interés capaces de oponerse a las políticas requeridas, el diversificado aparato burocrático de los estados modernos es en sí mismo un importante obstáculo para la implementación de cualquier plan amplio de gran estrategia. Todos los departamentos civiles y militares están estructurados para alcanzar sus propios objetivos, y cada uno tiene su propia cultura institucional. Consciente o

inconscientemente, es probable que los distintos departamentos se resistan a aceptar un esquema concertado si entra en colisión con sus intereses burocráticos, sus hábitos y sus objetivos. Para la puesta en práctica de una gran estrategia normativa, la organización de los estados modernos es al mismo tiempo el instrumento fundamental y un poderoso impedimento.

De todos modos, no es fácil idear soluciones estratégicas armoniosas que sean realmente superiores a las meras soluciones pragmáticas. El análisis de la lógica paradójica en sus cinco niveles y dos dimensiones pone rápidamente al descubierto los errores de las decisiones que sólo convienen a un nivel o que ignoran las reacciones de los otros. Pero para pasar de lo negativo a lo positivo e§ necesario abordar *todos* los aspectos pertinentes de cada nivel, y en ambas dimensiones: primero para entender y decidir, y luego para actuar. La complejidad resultante permite un margen de error mucho mayor. Así, en la práctica, la superioridad teórica del comportamiento propiamente estratégico suele invertirse, tal como en la guerra una maniobra inteligente y complicada puede estar tan cargada de fricción que no funciona tan bien como un ataque frontal brutalmente simple.

En la vida pública hay frecuentes exhortaciones a la adopción de políticas nacionales «coherentes» y «consecuentes». Con frecuencia se da por sentado que las acciones de cada sector del gobierno deben estar estrechamente coordinadas, con miras a la constitución de una política nacional que sea lógica en función del sentido común. Esto es correcto para la política económica y social, pero cuando se trata del ámbito de los conflictos tanto en la política exterior como en la guerra misma, sólo con la adopción de políticas aparentemente contradictorias se puede evitar el efecto contraproducente de la lógica paradójica. Por ejemplo: si al considerar la gran estrategia se llega a un punto en el que se sostiene que es necesario mantener cierto crecimiento en el estado de preparación para la guerra en curso, pero al mismo tiempo no se puede aumentar el gasto militar total, sucede que el número de efectivos, la cantidad de aprovisionamiento y la calidad del entrenamiento de las tropas

tendrían que ser incrementados a expensas del desarrollo y la construcción de armas en el largo plazo. Y como el resultado de esa decisión sería mejorar el poderío bélico del momento a expensas del poderío futuro, tal política militar impondría una política exterior conciliatoria para disminuir los futuros conflictos, una restricción de las operaciones en curso, si las hubiera, o lisa y llanamente, la necesidad de hacer concesiones. O sea que —teniendo en cuenta muchas otras variables que aquí se ignoran— una política militar «dura» requeriría una política exterior «blanda». En consecuencia, el linchamiento general de la política nacional no parecería ser ni coherente ni consecuente, precisamente debido a que esa política sólo alcanza la armonía en las dos dimensiones de la estrategia.

Este ejemplo señala la existencia de otro grave obstáculo para el comportamiento estratégico en el nivel nacional: es difícil para los líderes políticos democráticos seguir políticas que pueden ser tan fácilmente descalificadas por ilógicas y contradictorias. Además, en este caso como en tantos otros, también se podría acusar al gobierno de ser excesivamente conciliador. En términos más generales, sería difícil mantener el apoyo público para políticas paradójicas cuando sólo se las puede explicar apelando a un discurso basado en el sentido común, que inevitablemente será crítico de tales políticas. Sólo las dictaduras pueden adoptar deliberadamente políticas contradictorias y tener escasa o ninguna necesidad de dar explicaciones.

Las dictaduras pueden combinar —y de hecho, combinan— la diplomacia conciliadora y hasta las concesiones dirigidas a lograr que los adversarios relajen su vigilancia, con una fuerte acción armamentista. Pueden emitir señales amenazadoras en una dirección mientras se preparan para actuar en otra, y pueden lanzar ataques por sorpresa, aun en gran escala. Los gobiernos democráticos, por su parte, también practican la acumulación progresiva de fuerzas militares, pero no pueden ocultarla, porque para justificar los sacrificios que se producirán el público debe estar informado. Los gobiernos democráticos también tienen capacidad para amenazar a otros países o hasta para atacarlos directamente (como la Federación

Yugoslava de Serbia y Montenegro fue atacada en 1999), pero se ven en la obligación de justificar sus acciones con anticipación, lo que no sólo impide la sorpresa política sino también, en muchos casos, la sorpresa táctica.

Las democracias no pueden funcionar como astutos guerreros que acechan a sus enemigos en las sombras de la noche. Ni las modernas democracias pluralistas tienen la menor posibilidad de lograr cierta coherencia en su política exterior, conformadas como están por las fuerzas contendientes de grupos de presión voluntaristas, «lobistas» organizados, burocracias hostiles y facciones políticas. Pero la incoherencia resultante es grande. Analícese el caso de Estados Unidos después del fin de la Guerra Fría. Su política exterior incurrió en contradicciones diversas, porque se expandía la OTAN al mismo tiempo que se intentaba cultivar la amistad con Rusia, y China era tratada un día como potencia aliada y otro como nación enemiga. Sólo si se hubiera eliminado toda incoherencia y suprimido toda contradicción, EEUU habría podido instalar prioridades consecuentes en su accionar frente a cada país, agrupación regional o problema, combinando constantemente promesas y amenazas, incentivos y castigos, siempre con el objetivo de maximizar el dominio americano.

Ése es el resultado que, presuntamente, los críticos de la incoherencia esperan. Sin duda, el poder efectivo de Estados Unidos en la escena global se incrementaría, explotando hasta un grado mucho mayor que el actual las posibilidades de su actual primacía económica, tecnológica, militar e informacional. En otras palabras, Estados Unidos se convertiría en la última gran potencia de la historia, con más control sobre los acontecimientos globales que el que sus predecesores podrían haber soñado tener.

Pero semejante estado de cosas no habría de durar mucho. Durante la Guerra Fría, cuando EE UU tenía una estrategia coherente para maximizar su poder, la Unión Soviética estaba también presente en la escena para absorber y contrarrestar —con sus iniciativas y respuestas— gran parte de ese poder. El resultado fue una suerte de equilibrio.

Además, a pesar de la relativa superioridad de dos grandes potencias en comparación con todas las otras, las condiciones de la Guerra Fría generaron pautas de dependencia mutua. Los aliados de Estados Unidos necesitaban de ese país para que los protegiera, pero Estados Unidos necesitaba constantemente la cooperación activa de sus aliados. En cuanto a la Unión Soviética, ponía siempre en evidencia una suerte de ansiedad por cortejar a todos los estados amigos que no podía controlar directamente. Si bien esa especie de pretendida neutralidad que se llamó «no alineación» significaba poco, hasta países firmemente alineados podían ejercitar una gran cuota de independencia.

Los otros países extraían su independencia y su poder del poder recíproco de los Estados Unidos y la Unión Soviética. Los escasos aliados de la Unión Soviética podían sacar provecho de su ayuda porque le eran útiles para su lucha contra el poderío estadounidense. Los aliados de Estados Unidos, mucho más numerosos, le temían a la Unión Soviética, pero era precisamente debido a ese poder soviético por lo que Estados Unidos tenía que apoyarse en su cooperación. Pero ahora que la Unión Soviética ha dejado de existir, no hay equilibrio alguno. Ahora hay una supremacía estadounidense multidimensional, que casi no tiene antecedentes en la historia de la humanidad y a la que sólo le falta la deliberada puesta en práctica de una estrategia global de maximización del poder para llegar a ser totalmente eficaz para Estados Unidos e intolerablemente opresiva para todo el resto del mundo.

Desde luego, se producirán inevitablemente respuestas defensivas de mayor alcance y una escalada de las reacciones hostiles ya existentes. Si la realidad pasiva de la supremacía americana, que actualmente es sobre todo una fuente de afirmación positiva, diera paso a una campaña activa en pos de la hegemonía global, no podría dejar de aparecer la respuesta que tales intentos han suscitado siempre; resistencia subterránea de los débiles, y oposición abierta de los menos débiles. Para salvaguardar su independencia, no sólo China y Rusia sino también muchos antiguos aliados de Estados Unidos se verían obligados a integrar una coalición global contra

Estados Unidos, devenido país «estratégico». Por ahora, la falta de una coalición global antinorteamericana prueba que EE UU es sólo potencialmente la única superpotencia global que podría ser. Porque el poder se manifiesta siempre a través de las reacciones de sumisión o de enfrentamiento que provoca.

Es imposible predecir hasta dónde y con qué rapidez los acontecimientos evolucionarían hacia formas abiertas de confrontación. Pero el comportamiento de algunos ex aliados, como por ejemplo Francia, empieza a caracterizarse por un claro afán de emplear por lo menos medios de bajo coste y de bajo riesgo para socavar el poder y el prestigio de Estados Unidos. A lo largo del tiempo, aun las meras escaramuzas diplomáticas podrían generar suficiente mala voluntad como para vaciar las alianzas occidentales y los acuerdos para la seguridad heredados de la Guerra Fría. Tal vez persistiesen institucionalmente, aunque sólo fuera por razones burocráticas, pero en realidad dejarían de funcionar. En cuanto a las instituciones respaldadas por occidente, que desde hace ya tiempo se han convertido en cuerpos internacionales de regulación o desarrollo, como la Organización Mundial del Comercio (OMC) y el Banco Mundial con sus socios, no quedarían incólumes. Como en el caso de la Asamblea General de las Naciones Unidas, su utilidad para Estados Unidos y para cualquier otro país declinaría drásticamente, una vez que surgiera una coalición estable para oponerse a todas y cada una de las propuestas estadounidenses, simplemente por ser estadounidenses.

En otras palabras, toda la superestructura de las instituciones occidentales y mundiales que Estados Unidos diseñó principalmente a su propia imagen, y que mantuvo con gran coste durante medio siglo, serviría a sus fines cada vez menos. Esa única sanción podría contrarrestar toda intensificación del poder que podría haberse logrado en primera instancia (pre-reacción) por medio de una estrategia coherente y de políticas consecuentes. La construcción de una coalición contra los Estados Unidos no debe necesariamente adquirir una dimensión militar para ser penosamente eficaz. Los acuerdos diplomáticos antinorteamericanos de socios variados para

propósitos diversos, las medidas de denegación comercial selectiva o no, las acciones tecnoindustriales intensificadas, en la línea de la competencia «de suma cero» de Airbus y Boeing, y las diferentes formas de exclusión cultural que sigan siendo técnicamente factibles pueden perjudicar grave y acumulativamente a los intereses estadounidenses, sin el menor indicio de amenaza militar, para no hablar del uso de la fuerza.

Por supuesto, en el pasado todos estos instrumentos de poder hubieran sido considerados débiles y hasta inconsecuentes, en comparación con la diplomacia de la disuasión por las armas, o con la guerra misma. Pero ahora vivimos en una era postheroica, en la que los países avanzados del mundo —entre los cuales se cuenta Estados Unidos— son sumamente reacios a aceptar las bajas de la guerra y, por ende, a utilizar el conflicto bélico como instrumento de la política. Al mismo tiempo, en el «lado de la demanda», por así decir, el territorio y por lo tanto el poder militar que sirve para conquistarlo y mantenerlo, importa mucho menos que antes.

Sólo esas grandes novedades, junto con la sensación de que Estados Unidos no tiene una estrategia global deliberada, pueden explicar que la mayoría de los gobiernos del mundo hayan aceptado de manera bastante laxa su superioridad militar sin precedentes. Pero aun cuando la disminuida importancia del poderío militar persistiera en los años venideros, la aparición en escena de Estados Unidos como una potencia con propósitos definidos y coherentes suscitaría de inmediato reacciones diversas. La construcción de una coalición contra Estados Unidos podría entonces adquirir una dimensión militar, bien que aún enmascarada en su ambigüedad y aún en actitud defensiva.

Con o sin una dimensión militar, la adopción —por parte de la coalición— de medidas efectivas para afrontar, resistir, absorber y desviar el poder de los Estados Unidos marcaría el cierre de la secuencia. Todo predominio adicional que pudiera haber sido obtenido por una deliberada coherencia en la primera etapa, que suscitaría la construcción de la coalición en la segunda se perdería en la tercera y última etapa, en la que se restauraría cierto tipo de

equilibrio global, una vez cuestionado el fortalecimiento original del poderío estadounidense. Aun cuando en el proceso hubiera sido posible evitar los desastres incidentales, los Estados Unidos perderían no sólo lo que anteriormente hubieran ganado sino mucho más, debido al daño infligido por las luchas en el interior de occidente por causa de instituciones multilaterales y prácticas cooperativas establecidas desde mucho tiempo atrás. La para nada fortuita congruencia de estas instituciones con los intereses norteamericanos, el papel que desempeñaron al contribuir a modelar un entorno internacional favorable, es una posesión muy valiosa que está en deuda tanto con la moderación estadounidense como con el poderío estadounidense.

Todo esto significa simplemente que en vísperas del colapso soviético existió algo así como un punto culminante del éxito en la ponderación del poderío de Estados Unidos en la escena mundial. La superación de ese punto, con el propósito de trasponer los límites de lo que otros pueden aceptar con suficiente ecuanimidad, debe necesariamente disminuir, y no incrementar, el poder y la influencia.

Todas las complicaciones, fricciones y objeciones políticas que impiden el uso práctico de la teoría general no disminuyen su valor explicativo y predictivo, y tampoco prohíben su aplicación. Estos obstáculos significan simplemente que la aplicación de la lógica de la estrategia está cargada de dificultades, como también lo están la guerra y la diplomacia. En muchos casos todas las dificultades podrían y deberían ser superadas para poner en ejecución esa lógica y obtener así mejores resultados en todos los niveles: desde la formulación de las estrategias del escenario de las batallas y los métodos operacionales hasta el desarrollo de ciertas armas, y desde las decisiones tácticas hasta el rumbo de la política exterior. Aun cuando el objetivo sea mucho más ambicioso —diseñar y poner en práctica una gran estrategia que armonizará la política en todos los niveles—, es posible superar los impedimentos por medio de un gran esfuerzo intelectual, una absoluta tenacidad y mucha sagacidad política.

Existe, sin embargo, un peligro permanente. Al diseñar un

esquema sólido de gran estrategia hay que aceptar una considerable indeterminación. Por lo tanto, el éxito tanto de la formulación como de la puesta en práctica implica la posibilidad de que se sistematice el error. Las decisiones pragmáticas y carentes de visión de futuro y las caóticas improvisaciones que suelen caracterizar el comportamiento habitual de los gobiernos producen numerosos errores, pero la mayoría serán pequeños y, con un poco de suerte, se neutralizarán mutuamente. Pero si bien la aplicación exitosa de una gran estrategia reducirá la frecuencia de pequeños errores de disonancia, sólo lo hará corriendo el riesgo de concentrar energías para perpetrar errores mucho mayores. Por eso las aventuras bélicas de los dictadores que pueden imponer una dura coordinación política, aprovechar a fondo la lógica paradójica y practicar la sorpresa en todos sus ataques, empiezan bien pero siempre terminan en un completo desastre.

APÉNDICE A
DEFINICIONES DE ESTRATEGIA

En este libro me he propuesto demostrar la existencia de la estrategia[189] como un cuerpo de fenómenos objetivos recurrentes que surgen del conflicto humano, y no prescribir cursos de acción. La mayoría de las definiciones actuales son, por el contrario, exclusivamente normativas, como si se supusiera que tales fenómenos objetivos no existen, o son demasiado obvios como para que valga la pena definirlos. Desde luego, este enfoque plantea el interrogante de cuál sería el fundamento para las prescripciones genéricas, a diferencia del consejo específico sobre cómo manejar determinada cuestión en un contexto dado.

A Karl von Clausewitz, el mayor estudioso de la estrategia que haya existido, simplemente no le interesaba definir nada en términos abstractos y genéricos; este autor consideraba que esos intentos eran fútiles y pedantes. Así, su definición informal y espontánea de «estrategia» se formula apelando a diferenciarla de la «táctica», y es presentada como algo de uso común:

> Todos saben muy bien dónde debe ser ubicado cada factor […]. Cuando estas categorías son usadas ciegamente, debe haber una razón profundamente arraigada para hacerlo […]. Por otra parte, nosotros rechazamos las distinciones artificiales de ciertos autores, porque no se reflejan en el uso general. Según nuestra clasificación, entonces, la táctica nos enseña el uso de las fuerzas armadas en el enfrentamiento; la estrategia, el uso de los enfrentamientos en función del objetivo de la

guerra (*De la guerra*, Libro 2, cap. 1, p. 128, edición de Princeton).

Para Clausewitz, por lo tanto, la «estrategia» era normativa, y lo sigue siendo en la siguiente definición contemporánea de un autor estadounidense:

> Una ciencia, un arte o un plan (sujeto a revisión) que determinen cómo se formarán, armarán y utilizarán las fuerzas militares de una nación (o coalición) con el objetivo de promover eficazmente sus intereses o asegurarle protección contra sus enemigos reales, potenciales o meramente presuntos [James E. King (ed.), *Lexicon of Military Terms*, 1960, p. 14].

Hay también otra definición americana de origen militar oficial que, como era de esperar, es mucho más amplia:

> El arte y la ciencia de desarrollar y utilizar las fuerzas políticas, económicas, psicológicas y militares como factores necesarios durante la paz y durante la guerra, y de brindar el máximo apoyo a las políticas, a fin de incrementar las probabilidades y las consecuencias favorables de la victoria y disminuir las posibilidades de derrota (U. S. Joint Chiefs of Staff, *Dictionary of United States Military Terms for Joint Usage*, 1964, p. 135).

Aun más amplia, pero igualmente prescriptiva, es la definición estándar de «estrategia» que figura en el *Webster's Third New International Dictionary*.

> La ciencia y el arte de emplear las fuerzas políticas, económicas, psicológicas y militares de una nación o grupo de naciones para brindar el máximo apoyo a las políticas adoptadas en la paz o en la guerra.

La definición que se encuentra en la obra colectiva y excesivamente oficial llamada *Soviet Military Strategy*, atribuida al mariscal V. D. Sokolovsky, que revela preocupaciones tanto marxistas como burocráticas, establece una diferencia entre el significado descriptivo y el prescriptivo:

> La estrategia militar es un sistema de conocimiento científico que se ocupa de las leyes de la guerra como conflicto armado, en nombre de determinados intereses de clase. La estrategia —sobre la base de la experiencia militar, las condiciones militares y políticas y el potencial moral del país, los nuevos medios de combate y las visiones y el potencial del enemigo probable— estudia las condiciones y la índole de la futura guerra, los métodos para su preparación y conducción, los servicios de las fuerzas armadas y las bases para su utilización estratégica, como también los fundamentos para el apoyo material y técnico y el liderazgo de la guerra y las fuerzas armadas. Al mismo tiempo, ésta es el área de la actividad práctica del más alto liderazgo militar y político, del comando supremo, y de los altos mandos, que pertenece al arte de preparar a un país y a sus fuerzas armadas para la guerra, como también al arte de conducirla [Harriet Fast Scott (ed.), *Soviet Military Strategy*, 1973, p. 11].

La sucinta definición del general André Beaufre, normativa pero basada en la descriptiva, es congruente con mi propósito en este libro: «*l'art de la dialectique des volontes employant la forcé pour resoudre leur conflict*» (el arte de la dialéctica de voluntades que usan la fuerza para resolver su conflicto; *Introduction a la stratégie*, 1963, p. 16).

APÉNDICE B
LA CAMPAÑA AÉREA DE LA GUERRA DEL GOLFO

Tabla 1. *Salidas aéreas llevas a cabo*

Tipo de misión	*Aliados*	*USAF*	*Otros US*	*Total coalición*
AI [a]	4.600	24.000	11.900	40.500
OCA [b]	1.400	4.500	600	6.500
CAS [c]	0	1.500	1.500	3.000
Total «salidas strike»	*6.000*	*30.000*	*14.000*	*50.000*
Reabastecimiento aéreo	1.500	10.000	1.500	13.000
DCA [d]	4.100	3.200	2.700	10.000
SEAD [e]	0	2.800	1.200	4.000
Puente aéreo táctico	4.300	14.000	0	18.000
Otros[f]	1.100	6.000	7.900	15.000
Total «nonstrike»	*12.000*	*36.000*	*12.000*	*60.000*
Total aproximado de salidas		*110.000*		

FUENTES: USAF, «Air Forcé Performance in Desert Storm» y elaboración

propia.

[a] AI, «Air Interdiction» [interceptación aérea], en este caso una combinación de bombardeos estratégicos (contra las instalaciones iraquíes) y operacionales (contra las fuerzas iraquíes de aire, tierra y navales), incluyendo «interceptación en campo de batalla» (contra fuerzas iraquíes detrás del frente).

[b] OCA, «Offensíve Counter Air», es decir, ataques contra bases de la fuerza aérea iraquí y otras instalaciones afines.

[c] CAS, «Close Air Support», es decir, ataques contra fuerzas terrestres iraquíes en el frente.

[d] DCA, «Defensive Counter Air», es decir, patrullas de defensa e interceptaciones antiaéreas.

[E] SEAD, «Suppression of Enemy Air Defenses», o sea, ataques contra misiles antiaéreos iraquíes, ametralladoras y otros dispositivos de radar y afines.

[f] Otros, advertencia anticipada aerotransportada, vigilancia electrónica aerotransportada, guerra electrónica y otros.

TABLA 2. *Pertrechos aéreos enviados*

PARTE I. Fuerzas de ES UU (Fuerza Aérea, Armada, Infantería de marina)	
Misiles aire-tierra	
AGM-65 Maverick, variantes:	
65B (teledirigido)	1.703
65D (visión infrarroja)	3.536
65G (visión infrarroja)	187
65E (láser)	41 aviones de la Infantería de Marina solamente
AGM-84E/SLAM (arpón)	7 (500 libras), sólo aviones de la Armada
AGM-62 (WALLEYE)	31 (2.000 libras), sólo aviones de la Armada
Total misiles aire-tierra	*5.605*
Total peso estimado de las ojivas	*495 toneladas*
Bombas teledirigidas	
GBU-10 (2.000 libras)	2.263
GBU-15 (2.000 libras) (electro-ópticas; todas las	71

demás dirigidas por láser)	
GBU-24 (2.000 libras)	284, para F-117 y F-15E
GBU-10/I-2000	877
GBU-12 (500 libras)	4.542, para F-111 F contra tanques
GBU-16 (1.000 libras)	208
GBU-27 (2.000 libras)	718, para F-117 contra blancos duros
GBU-28 (4.000 libras)	2, para F-111 contra blancos muy duros
Total bombas teledirigidas	*9.368*
Total peso estimado de las ojivas	*5.852 toneladas*
Misiles autodireccionales por radiación (para SEAD, véase Tabla 1, nota e)	
AGM-45 (Shrike)	31
AGM-88 (HARM)	1.804
Total ARMS	*1.835*
Número total de todas las armas teledirigidas lanzadas desde el aire	*16.808*
Total peso estimado de las ojivas/bombas	*6.480 toneladas*
Misiles de crucero Tomahawk lanzados desde el mar	
RGM-109C	264 (ojiva 1.000 libras)
RGM-109D	*27 bomblets*
RGM-109B	10
Número total lanzamientos	*301*
Total peso ojivas a 1.000 libras c/u	*151 toneladas*
Total peso estimado de las ojivas/bombas teledirigidas	*6.631 toneladas*
Bombas no dirigidas	
Mk.82 (500 fibras)	64.698

Mk.83 (1.000 libras)	10.125
Mk.84 (2.000 libras)	11.179
Mk.117 (750 libras)	34.808
Uk (1.000 libras)	288
Mk-20 (500 libras)	27.735 Rockeye, múltiples
CBU-78 (1.000 libras)	215 tipo «cluster»
CBU~89 (710 libras)	1.107 tipo «cluster»
CBU-52/58/71 (800 libras)	17.029 tipo «cluster»
CBU-87 (950 libras)	10.815 tipo «cluster»
Total Mk.20 y tipos «cluster»	*56.901*
Número total de bombas no dirigidas	*177.999*
Total peso de bombas no dirigidas	*64.996 toneladas*
De las cuales, transportadas a granel por B-52:	
Número	72.000 +
Peso	25.700 toneladas
Resumen de totales	
Tonelaje total de ojivas aéreas transportadas por fuerzas de EEUU	71.627 toneladas
De las cuales, armas dirigidas de todo tipo	6.631 toneladas, o el 9,26%
Número total de armas aéreas usadas por fuerzas de EEUU	195.108
De las cuales, número total de armas dirigidas	17.109, o el 8,8%

PARTE II, *Estimación del tonelaje aéreo transportado por fuerzas no estadounidenses*

Ante la falta de datos exhaustivos (pero véanse las notas de la Tabla 3), la estimación que sigue supone, generosamente, que el

promedio del tonelaje de las salidas «strike» [de ataque] no estadounidenses equivale al promedio de EEUU menos los bombarderos B-52.	
Total de pertrechos de guerra aire-tierra transportados por aviones de EEUU (excluyendo misiles de crucero Tomahawk, 151 toneladas)	71.476 toneladas
Menos 25.700 toneladas transportadas por los B-52	45.776 toneladas
46.376 pertrechos transportados por salida «strike» /SEAD (excluyendo B-52)	0,987 toneladas
Número total de salidas «strike» no EEUU	6.000
Estimación de pertrechos aéreos transportados por fuerzas no EEUU	5.922 toneladas
Total general estimado de pertrechos aéreos transportados	
Total EEUU (incluidos misiles de crucero)	71.627 toneladas
Total estimado no EEUU	5.922 toneladas
Total general	77.549 toneladas

FUENTES: USAF, «Air Forcé Performance in Desert Storm» y elaboración propia.

TABLA 3. Salidas «strike» por tipo de avión

USAF (Fuerza Aérea eeuu)	
A-10 ataque	7.454 (>> «casi 8.100»)
AC-130 turbopropulsión,	96

cañonera	
B-52 bombardero estratégico*	1.812 (>> 1.624)
F-111 ataque intenso*	2.995 (>> «más de 4.000»)
F-117 «furtivo», ataque*	1.466 (>> «casi 1.300»)
F-15 caza pesado†	156
F-15E cazabombardero pesado*	2.190 (>> «más de 2.200»)
F-16 cazabombardero liviano	12.884 (>> «casi 13.500»)
F-4G W/W, especializado para SEAD†	2.395 (>> «más de 2.500»)
RF-4 especializado para reconocimiento†	24
BQM-74 sonido de reconocimiento‡	18
Armada e Infantería de Marina EE UU	
A-6 ataque medio*	3.331
A-7 ataque medio*	722
E-2C radar aerotransportado‡	2
EA-6 guerra electrónica‡	61
F-14 caza pesado†	456
F/A-18 cazabombardero*	7.868
KA-6 cisterna‡	11
S-3B especializado para ASW/ ELINT‡	3
TLAM misil de crucero Tomahawk	175 (en informe, 284)
TLAM-C misil de crucero Tomahawk lanzado desde submarino	10
AV-8B, ataque ligero	4.292
KC-130 avión cisterna‡	1
MH-53 helicóptero‡	3
Ejército EE UU	
AH-64 helicóptero de	9

ataque*	
UH-60 helicóptero de servicio	21
Aviones utilizados por fuerzas no EE UU	
A-4, Kuwait, ataque ligero	775
Alpha Jet, Qatar, ataque ligero	10[a]
Buccaneer, Reino Unido, ataque	228 [b]
CF-18, caza canadiense†	56
CSS-2, misil balístico saudí	3
F-1 caza	268[c]
F-1 CR caza	44 [d]
F-5, Arabia Saudí	1.712
GR-1 Tornado, Reino Unido, versión de ataque	1.607
IDS Tornado, Reino Unido, caza-interceptor	802
Jaguar, Francia, ataque	1.249[e]
Mirage 2000, Francia, caza	80[f]
Tornado, Italia, ataque	199[g]

DEFINICIÓN: El término «strike» como aquí se define (véase Tabla 1) incluye a todos los aviones que penetraron en el espacio hostil en el transcurso de las misiones de ataque terrestre, con o sin pertrechos de ataque terrestre propios. Véase en la Tabla 5 las (verdaderas) proporciones de vuelos de escolta/«strike».

SÍMBOLOS:

* = Aviones totalmente equipados para transportar armas dirigidas.
† = Aviones no equipados principalmente para ataque terrestre.
‡ = Tipo de avión sin capacidad significativa de ataque terrestre.

NOTA: los EF-111 de la Fuerza Aérea de EEUU no incluidos en la Tabla 3 realizaron 900 salidas, muchas de ellas sobre Irak o Kuwait; USAF, «Air Forcé Performance in Desert Storm» informa de un total de 830 salidas realizadas por AC/EC/MC/HC-130 y otros aviones de

«operaciones especiales».

[a] Qatar informó sólo de 6 salidas.

[b] El gobierno británico informó sobre un total de «más de 4.000» salidas de combate y 3.000 toneladas de armas gastadas, incluyendo 200 JP233 municiones para destrucción de pistas de aterrizaje y más de 1.000 bombas dirigidas por láser.

[c] F-l identifica a diversas versiones del Mirage F-l; Kuwait informó de 107 salidas de F-lCK y Qatar informó de 44 salidas de F-11EDA, para un total de solamente 151 salidas.

[d] Sólo la Fuerza Aérea francesa utilizó la variante de reconocimiento del Mirage F-lCR. Informó sobre un total de 117 salidas (en los datos de la Tabla 3 para el F-lCR se confunden las salidas del F-lCR con las salidas del F-lEDA de Qatar).

[e] Sólo la Fuerza Aérea francesa utilizó los Jaguars. Informó sobre un total de sólo 656 salidas.

[f] La Fuerza Aérea francesa informó de un total de 555 salidas de Mirage 2000; además, la Fuerza Aérea de los Emiratos Árabes Unidos informó de un total de 53 bombardeos y 4 salidas de reconocimiento.

[e] La Fuerza Aérea italiana informó de 226 salidas en 32 misiones, incluyendo 2 salidas abortadas; informó sobre el transporte de 565 bombas de 1.000 libras Mk.83 (282 toneladas en total).

TABLA 4. *Pertrechos dirigidos y no dirigidos transportados por aviones especiales*

Porcentaje de armas dirigidas	
F-117 «casi 2.000 toneladas»	100,0%
B-52 «más de 27.500 toneladas»	0,0%
Misiles de crucero Tomahawk	100,0%
Todos los aviones de la Armada de EE UU, por número	4,8%[a]
Todos los aviones de la Fuerza Aérea de EEUU, por número	9,9%[b]
Como lo anterior, excepto transporte de B-52	19,2%[c]

[a] Pertrechos aire-tierra transportados por aviones NAVCENT:

Armas no dirigidas		*Armas dirigidas*	
Mk.84:	955	AGM-45:	57
Mk.83:	10.125	AGM-84E:	74
Mk.82:	10.941	AGM-86:	662
Mk.20:	6.543	AGM-62:	231
CBU-78:	148	GBU-10:	202
		GBU-12:	216
		GBU-16:	205
Total:	28.712	Total:	1.440
Total NAVCENT combinado: 30.158			

[b] Pertrechos aire-tierra transportados por aviones CENTAF:

Armas no dirigidas		*Armas dirigidas*	
Mk.84:	11.024	AGM-45:	5
Mk.82:	53.757	AGM-65:	5.503
Mk.117:	4.808	AGM-65:	5.536
Mk.20:	5.364	AGM-65:	187
CBU-89:	1.107	AGM-88:	909
CBU-52:	1.780	GBU-10:	2.007
CBU-87:	10.815	GBU-10:	403
		I-2000:	
UK-1000:	288	GBU-12:	4.124
		GBU-15:	71
		GBU-24:	284
		GBU-24:	877
		I-2000:	

		GBU-27 718
		GBU-28 2
Total:	134.192	Total: 14.828
Total CENTAF combinado: 149.020		

[c] Total CENTAF combinados @ 149.020 menos las bombas transportadas a granel por B-52 @ 72.000 (véase Tabla 2, Parte I) = 77.020

Total armas dirigidas @ 14.828/77.020 = 19,25%.

TABLA 5. *Necesidades de apoyo de protección de aviones no furtivos*

Fuerzas de tareas representativas: días 9-10 de la guerra del Golfo (los porcentajes de apoyo declinaron a medida que la campaña avanzaba).		
F-16:	24	F-16 con 2 bombas Mk.82 cada uno («strikers»)
	4	F-15, cazas escolta
	4	F-4G con misiles arm, para supresión de la defensa
	2	EF-111 guerra electrónica, para supresión de la defensa
	11	KC-1 35 cisterna

Totales: 24 «strikers», 21 de apoyo; 45 aviones para 48 bombas.		
F/A-18:	8	F/A-18 con 2 (?) bombas cada uno («strikers»)
	2	F/A-18, como cazas escolta
	4	F/A-18 con misiles ARM, para supresión de la defensa
	2	EA-6B guerra electrónica, para supresión de la defensa
	3	KC-135 cisterna
	2	KA-6 cisterna
	1	E-2C radar aerotransportado/ avión C31
Totales: 8 «strikers», 14 de apoyo; 22 aviones para 16 (?) bombas.		
F-111:	20	F-111 con 8 CBU-87 cada uno («strikers»)
	8	F-15, cazas escolta
	2	F-4G con misiles ARM, para supresión de la defensa
	2	EF-111 guerra electrónica, para supresión de la

		defensa
	11	KC-135 cisterna
Totales: 20 «strikers», 23 de apoyo; 43 aviones para 160 bombas.		
A-6E:	6	A-6E con 4 (?) bombas cada uno («strikers»)
	4	F-14, como cazas escolta
	4	F/A-18 con misiles ARM, para supresión de la defensa
	2	EA-6B guerra electrónica, para supresión de la defensa
	3	KC-135 cisterna
	1	E-2C radar aerotransportado/ avión C31
Totales: 6 «strikers», 14 de apoyo; 20 aviones para 24 (?) bombas		
F-117:	1	F-117 con 2 bombas (dirigidas)
	0,33	KC-135 cisterna (uno compartido por 3 F-117)
Totales: 1 «strikers», 0,33 de apoyo; 1,33 aviones para 2 bombas.		

APÉNDICE C
TRUENO DEL DESIERTO

En líneas generales, el plan inicial presentado por el coronel John R. Warden, de la US AF, al Comandante en Jefe del Mando Central de EEUU y al Jefe del Estado Mayor Conjunto en agosto de 1990 contemplaba una ofensiva aérea autosuficiente en tres fases diferentes.

La primera fase —y la más breve—, pensada para establecer la superioridad aérea sobre Irak y Kuwait, debía ser principalmente una operación de «supresión de la defensa», con el ataque sistemático a los radares de advertencia y rastreo, como también a los centros de mando de la defensa aérea; el corte de todas las vías de comunicación en aeropuertos civiles y bases militares donde se encontraban los aviones militares iraquíes; y el ataque a las principales baterías de misiles tierra-aire (SAM), especialmente las emplazadas en los alrededores de futuros blancos.

Además de estos objetivos típicos de las operaciones de supresión de la defensa, la primera fase contenía también un elemento «estratégico», que consistía en el bombardeo de; (a) instalaciones centrales de mando y control, y de los cuarteles generales del régimen, sobre todo en Bagdad; (b) emplazamientos iraquíes de misiles balísticos y de depósitos para el almacenamiento de armas químicas, con el propósito de reducir la por entonces temida amenaza de ataques con misiles químicos contra ciudades israelíes y sauditas, como también contra puertos de entrada a los

Estados Unidos.

La segunda fase debería concentrarse en la inhabilitación (sin destrucción total) de la infraestructura civil y militar de Irak. Escoltados, como era de rigor, para enfrentarse con los aviones de combate iraquíes que quedaban y con unidades de defensa antiaérea, los aviones de Estados Unidos y de otras fuerzas aliadas atacarían en primer lugar los blancos de «apoyo militar»; depósitos de municiones y pertrechos, refinerías y depósitos de productos derivados, y «bases» de almacenamiento de armas. La consecuencia de estos ataques sería que las unidades militares iraquíes deberían limitarse al combustible y los pertrechos ya desplegados tácticamente en áreas de avanzada (en general bastarían apenas para 72 horas de operaciones intensivas). Sin embargo, el principal esfuerzo de la segunda fase habría de ser el bombardeo de líneas de montaje, fábricas y talleres de reparación de armas, como también de los laboratorios y plantas vinculados con el desarrollo y la producción de armas químicas, biológicas y nucleares. El elemento final era el ataque a la infraestructura civil de Irak: plantas de generación de energía eléctrica, centrales telefónicas, plantas de tratamiento de agua, etcétera.

La tercera fase, que comenzaría en la segunda semana de la ofensiva aérea, se concentraría en la fuerza militar desplegada por Irak, con: (a) ataques de interdicción a los ferrocarriles y puentes de carretera entre Bagdad y Kuwait; (b) bombardeo limitado a la Guardia Republicana y otras fuerzas especiales terrestres de Irak; y (c) ataque a blancos navales y militares, incluyendo a la aviación iraquí (mantenida en tierra hasta entonces por los ataques a las vías de comunicación de los aeropuertos y bases). Se creía que, dada la falta prácticamente total de alimentos y fuentes de agua en el país, el corte de las líneas de abastecimiento de las tropas iraquíes en Kuwait las dejaría muy pronto ante la alternativa de escoger entre la rendición, la deserción, o el hambre y la sed. Se pensaba también que la «interdicción del campo de batalla» y las operaciones con apoyo antiaéreo sólo serían necesarias si los mandos iraquíes decidían responder a la campaña aérea lanzando un contraataque

contra las fuerzas terrestres de Estados Unidos y otros aliados. El plan inicial no contemplaba el ataque sistemático de las fuerzas terrestres iraquíes, debido a razones estratégicas (la amenaza de Irán después del conflicto) y tácticas (la dificultad para destruir a fuerzas terrestres dispersas, camufladas y parcialmente atrincheradas).

Aun así, la operación Trueno del Desierto permitió a los Estados Unidos alcanzar sus objetivos en la crisis, definidos tanto en declaraciones políticas como en resoluciones de las Naciones Unidas: la retirada de todas las fuerzas iraquíes de Kuwait y el restablecimiento del gobierno legítimo. Además, Estados Unidos logró también alcanzar el objetivo no declarado de destruir la capacidad de Irak para realizar un ataque estratégico, y para toda acción militar autosuficiente en general, porque eliminó sus recursos logísticos e industriales.

Aunque las operaciones aéreas que requerían miles de salidas implicarían necesariamente algunas pérdidas, se pensó que éstas serían contenidas por la superioridad técnica, táctica y numérica de las fuerzas estadounidenses y sus aliados, y también por la relativa inferioridad de las defensas antiaéreas iraquíes. Se estimó que las pérdidas totales de aviones se contarían, a lo sumo, por decenas. Por otra parte, las bajas iraquíes serían también contenidas por operaciones aéreas dirigidas contra blancos en general muy alejados de los centros urbanos importantes. Cuando se produjeron los hechos, con la puesta en práctica del plan, el 17 de enero de 1991, había una fuerza aérea mucho mayor que la prevista en agosto. En consecuencia, las tres fases de la operación Trueno del Desierto se comprimieron.

BIBLIOGRAFÍA

ADÁN, Avraham (1980), *On the Banks of the Suez*, Novato, California, Presidio Press.

ADDINGTON, Larry H. (1971), *The Blitzkrieg Era and the Germán General Staff, 1865-1941*, New Brunswick, Rutgers University Press.

BARTOV, Hanoch (1981), *Dado, 48 Years and 20 Days*, Tel Aviv, Ma'ariv Book Guild.

BEAUFRE, André [general] (1963), *Introduction a la stratégie*, París, Librairie Armand Colin.

BETTS, Richard K. (ed.) (1981), *Cruise Missiles: Technology, Strategy, Politics*, Washington, Brookins Institution.

BOND, Brian (1977), *Liddell Hart: A Study of His Military Thought*, Londres, Cassell.

BOTTI, Ferrucci e ILARI, Virgilio (1983), *Il pensiero militare italiano del primo al secondo dopoguerra, 1919-1949*, Roma, Stato Maggiore dell'Esercito, Ufficio Storico.

BRODIE, Bernard (ed.) (1946), *The Absolute Weapon*, Nueva York, Harcourt Brace.

—(1959), *Strategy in the Missile Age*, Princeton, Princeton University Press.

—(1965), *A Guide to Naval Strategy*, Nueva York, Praeger.

BROSSOLET, Guy (1973), *Essai sur la nonbataille*, París, Belin.

BURREL, Raymond E. (1978), *Strategic Nuclear Parity and NATO Defense Doctrine*, Washington, National Defense University.

CANBY, Steven L. (1980), «Territorial Defence in Central Europe», *Armed Torces and Society*, núm. 7, otoño.

—(1985), «New Conventional Forcé Technology and the NATO-Warsaw Pact Balance, I», en *New Technology and Western Security Policy*, IISS Annual Conference Papers (Actas de la Conferencia Anual del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos), Adelphi Papers 198, Londres, IISS.

CHURCHILL, Winston S. (1953), *The Second World War: Triumph and Tragedy*, Boston, Houghton Mifflin.

CLAUSEWITZ, Karl von (1833), *Vom Kriege*, 3 vols.; (1976), *On War*, edición y traducción a cargo de Michael Howard y Peter Paret, Princeton, Princeton University Press [hay traducción al español: Karl von Clausewitz (1983), *De la guerra*, trad. de R. W. de Separo, Buenos Aires, Ediciones del Solar].

COOPER, M. (1979), *The Phantom War*, Londres, Macdonald and Janes.

COTTER, Donald R. (1985), «New Conventional Forcé Technology and the NATO-Warsaw Pact Balance, II», en *New Technology and Western Security Policy*, NSS Annual Conference Papers (Actas de la Conferencia Anual del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos), Adelphi Papers 198, Londres, IISS.

COUTEAU-BÉGARIE, Hervé (1985), *La puissance maritime: Castex et la stratégie navale*, París, Fayard.

CRAVEN, Wesley F. y Cate, James L. (1948-1955), *The Army Air Forces in World War II, 6* vols, Chicago, University of Chicago Press.

CROWL, Philip A. (1986), «Alfred Thayer Mahan: The Naval Historian», en *Makers of Modern Strategy: From Machiavelli to the Nuclear Age*, Peter Paret *et al*. (eds.), Princeton, Princeton University Press.

DE SEVERSKY, Alexander P. [mayor] (1942), *Victory through Air Power*, Nueva York, Simón and Schuster.

DOUHET, Giulio (1921), *Il dominio dell'aria*, Roma; traducción al inglés de Dino Ferrari (1942), *The Command of the Air*, Nueva York, Coward Mc-Cann.

ENTHOVEN, Alain C. y SMTTH, K. Wayne (1971), *How Much Is Enough? Shaping the Defense Program, 1961-1969, Nueva York*, Harper and Row.

ERICKSON, John (1975), *The Road to Stalingrad*, Londres, Weidenfeld and Nicholson.

FITZSIMONS, Bernard (ed.) (1971-1977), *Encyclopedia of Twentieth Century Weapons and Warfare, Nueva York*, Columbía House.

GABRIEL, Richard A. (1984), *The Antagonists: A Comparative Combat Assessment of the Soviet and American Soldier*, Westport, Connecticut, Greenwood.

GARTHHOFF, Raymod L. (1953), *Soviet Military Doctrine*, Glencoe, Illinois University Press.

GILBERT, Martin (1983), *Finest Hour: Winston S. Churchill 1939-1941*, Londres, Heinemann.

GRAHAM, Gerald S. (1965), *The Politics of Naval Supremacy: Studies in Britzsh Maritime Ascendancy*, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press.

GUENTHER, H. K. (1968), «Der Kampf gegen die Partisanen», *Wehrwissenschaftliche Rundschau*.

HARRIS, Arthur (1947), *Bomber Offensive*, Londres, Collins.

HASTINGS, Max (1981), *Das Reich: The March of the Second SS Panzer División Through France*, Nueva York, Holt, Rinehart, and Winston.

—(1981), *Bomber Command*, Londres, Pan Books.

HILLGRUBER, A. (1965), *Hitlers Strategie*, Frankfurt del Main, Wehrwesen, Bernard, und Graefe.

HINSLEY, F. H. et al. (1979, vol. 1; 1984, vol. 3, parte 1), *British Intelligence in the Second World War: Its Influence on Strategy and Operations, Nueva York*, Cambridge University Press.

HORELICK, A. L. y RUSH, M. (1966), *Strategic Power and Soviet Foreign Policy*, Chicago, University of Chicago Press.

HORNE, Alistair (1961), *The Price of Glory, Verdun 1916*, Londres, Penguin.

HOWARD, Michael (1968), *The Franco-Prussian War*, Londres, Rupert Hart-Davis.

IKLE, Fred C. (1971), *Every War Must End*, Nueva York, Columbia University Press.

ILARI, Virgilio (1985), «Politica e strategia globale», en *Il pensiero strategico*, Cario Jean (ed.), Milán, Franco Angelí.

INTERNATIONAL INSTITUTE OF STRATEGIC STUDIES (IISS) [Instituto internacional de estudios estratégicos] (1985, vol. 1985-1986; 1986, vol. 1986-1987; y 1990, vol. 1990-1991), *The Military Balance*, Londres, IISS.

IRVING, David (1977), *The Trail of the Fox*, Nueva York,

Dutton.

ISBY, David C. (1985), «Air Assault and Airmobile Brigades of the Soviet Army», *Amphibious Warfare Review*, núm. 3, agosto.

JEAN, Carlo (ed.) (1985), *Il pensiero strategico*, Milán, Franco Angelí.

JOINT CHIEFS OF STAFF [Estado Mayor Conjunto], *véase* United States Joint Chiefs of Staff.

JUNGK, Robert (1964), *Brighter Than a Thousand Suns: A Personal History of the Atomic Scientists*, Londres, Penguin Books.

KING, James E. jr. (ed.), (1960), *Lexicón of Military Terms Relevant to National Security Affairs on Arms and Arms Control*, Washington, Institute for Defense Analyses.

KORBONSKI, Stefan (1968), *Fighting Warsaw*, s. 1., Minerva Press.

LAQUEUR, Walter (1976), *Guerrilla: A Historical and Critical Study, Boston, Little, Brown*.

LEWIN, Ronald (1967), *Life and Death of the Afrika Korps*, Londres, Corgi Books.

LÖSER, Joche (1982), «Weder rot noch tot: Überleben ohne Atonkrieg, eine sicherheitspolitische Alternative», *Geschichte und Staat*, vol. 257-258, Munich, Olzog.

LOW, A. M. (1942), *Musket to Machine-Gun*, Londres, Hutchinsons.

LUTTWAK, Edward N. (1976), *The Grand Strategy of the Román Empire: From the First Century A. D. to the Third*, Baltimore, Johns Hopldns University Press.

—(1977), «Perceptions of Military Forcé and US Defence Policy», *Survival*, núm. 19, enero-febrero, Londres,

IISS. Reimpreso en *Strategy and Politics: Collected Essays*, Edward N. Luttwak (1980), New Brunswick, Transaction Books.

—(1983), The Grand Strategy of the Soviet Union, Nueva York, St. Martinas Press.

—(1980-81), «The Operational Level of War», *International Security*, núm. 5, invierno. Reimpreso en *Strategy And History: Collected Essays*, Edward N. Luttwak (1985), New Brunswick, Transaction Books.

y HOROWITZ, Dan (1975 y 1983), *The Israeli Army*, Nueva York, Harper and Row (1975) Y CAMBRIDGE, Abt Books (1983).

MACISAAC, David (1976), *Strategic Bombing in World War Two: The Story of the United States Bombing Survey*, Nueva York, Garland,

MAHAN, Alfred Thayer (1905-1912), *The Influence ofSea Power upon the French Revolution and Empire*, 1793-1812, Boston, Little, Brown.

—(1911), *The Influence of Sea Power upon History, 1660-1783*, Boston, Little, Brown.

—(1911), *Naval Strategy: Compared and Contrasted with the Principies and Practice of Military Operations on Land Boston*, Little, Brown.

MANSTEIN, Erich von (1958), *Lost Victories*, Chicago, Regnery.

MARTIN, L. W. (1967), «The Sea in Modern Strategy», *Studies in International Security*, núm. 11, Nueva York, Praeger.

MASSON, Philippe (1982, 1983), *Histoire de la marine*, 2 vols., París, Lavauzelle.

MAURER, John H. (1983), «American Naval Concentration and the Germán Battle Fleet, 1900-1918», *Journal of Strategic Studies*, núm. 6, junio.

MCELWEE, William (1974), *The Art of War: Waterloo to Mons*, Londres, Weidenfeld and Nicholson.

MELLENTHIN, F. W. von (1971), *Panzer Battles: A Study in the Employment of Armor in the Second World War*, Nueva York, Ballantine Books.

MIDDLEBROOK, Martin (1981), *The Battle of Hamburg: Allied Bomber Forces against a Germán City in 1943*, Nueva York, Scribner's.

MITCHELL, William (1925), *Winged Defense: The Development and Possibilities of Modern Air Power - Economic and Military*, Nueva York, G. P. Putnam's.

MUELLER-HILLEBRAND, Burkhart (1956-1969), *Das Heer, 1933-1943*, 3 vols., Frankfurt del Main, Mittler.^

MUKRAY, Williamson (1983), *Strategy for Defeat: The Tuftwaffe, 1933-1943*, Maxwell, Alabama, Air University Press.

OSGOOD, Rober E. y TUCKER, Robert W. (1967), *Forcé, Order, and. Justice*, Baltimore, Johns Flopkins University Press.

PARET, Peter (ed.), con CRAIG, Gordon A. y GILBERT, Félix (1986), *Makers of Modern Strategy: From Macchiavelli to the Nuclear Age*, Princeton, Princeton University Press.

POLMAR, Norman (1985), «Soviet Naval Infantry», *Amphibious Warfare Review*, núm. 3, agosto.

PRICE, Alfred (1977), *Instruments of Darkness: The History of Electronic Warfare*, Nueva York, Scribner's.

RIETZLER, R. S. (1979), «Erfahrungen aus Kleinkrieg und Jagdkampf», *Truppendiest*, núm. 2.

ROSINSKI, Herbert (1977), *The Development of Naval Thought*, edición a cargo de B. Mitchel Simpson III, Newport, Rhode Island, Naval War College Press.

SANSOM, George (1961), *A History of Japan, 1334-1615*, Stanford, Stanford University Press.

SCHELLING, Thomas C. (1960, 1980), *The Strategy of Conflict*, Cambridge, Harvard University Press.

—(1966), *Arms and Influence*, New Haven, Yale University Press.

SCHIFF, Zeev y YAARI, Ehud (1984), *Israel's Lebanon War*, Nueva York, Simón and Schuster.

SCOTT, Harriet Fast (ed.) (1975), *Soviet Military Strategy*, escrito por V. D. Sokolovsky [Mariscal de la Unión Soviética], tercera edición, Nueva York, Crane Russak.

SCOTTER, William [general] (1980), «A Role for the Non-Mechanized Infantry», *RUSI Journal*, núm 125, diciembre, pp. 59-62.

SEAGER, Robert II (1977), *Alfred Thayer Maban: The Man and His Letters*, Annapolis, US Naval Institute.

SEATON, Albert (1983), *The Battle for Moscow*, Nueva York, Jove.

SERGENT, Pierre (1972), *Je ne regrette rien*, París, Fayard.

SOKOLOVSKY, *véase* SCOTT, H. F.

SPECTOR, Ronald H. (1985), *Eagle against the Sun*, Nueva York, *Vintage* Books.

SPEER, Albert (1970), *Inside the Third Reich*, Nueva York, Macmillan.

TERRAINE, John (1985), *The Right of the Line: The Royal Air Forcé in the European War, 1939-1945*, Londres, Hodder and Stoughton.

TRINQUIER, Roger [coronel] (1961), *La guerre moderne*, París, La Table Ronde.

TURNBULL, S. R. (1977), *The Samurai: A Military Hzstory*, Nueva York, Macmillan.

UHLE-WETTLER, Franz (1966), *Leichte Infanterie im Atomzeitalter*, Munich, J. F. Lehmann, Bernard und Graefe.

UNITED STATES AIR FORCÉ (USAF) [Fuerza aérea de los Estados Unidos] (1991), «Air Forcé Performance in Desert Storm», Informe oficial, Washington, abril.

UNITED STATES DEPARTMENT OF DEFENSE (1986), *Report of the Secretary of Defense to the Congress on the FY 1987 Budget*, Washington, 5 de febrero.

UNITED STATES JOINT CHIEFS OF STAFF [Estado mayor conjunto de los Estados Unidos] (1964), *Dictionary of United States Military Terms for Joint Usage*, Washington.

VAN CREVELD, Martin (1977), *Supplying War: Logistics from Wallenstein to Patton*, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press.

—(1985), *Command in War*, Cambridge, Flarvard University Press.

WATTS, Barry D. (1984), *The Foundations of US Air Doctrine: The Problem of Friction in War*, Maxwell, Alabama, Air University Press.

WEBSTER, Charles y FRANKLAND, Noble (1961), *The Strategic Air Offensive against Germany, 1939-1945*, 4 vols., Londres, HMSO.

WHALEY, Barton (1973), *Codeword Barbarossa*, Cambridge, MIT Press.

WHITE, William D. (1974), *US Tactical Air Power: Missions, Forces, and Costs*, Washington, Brookings Institution.

WIKNER, Fred N. (1983), «Interdicting Fixed Targets with Conventional Weapons», *Armed Forces Journal*, marzo.

WOHLSTETTER, A. J.; HOFFMAN, F. S.; LUTZ, R. J. y ROWEN, H. S. (1954), *Selection and Use of Strategic Air Bases*, RAND R-266, 1 de abril, Santa Mónica, RAND Corporation.

WOHLSTETTER, Albert (1959), «The Delicate Balance of Terror», *Foreign Affairs*, enero.

WOHLSTETTER, Robería (1962), *Pearl Jlarbor: Warning and Decisión*, Stanford, Stanford University Press.

YOUNG, Robert J. (1978), *In Command of France: French Foreign Policy and Military Planning, 1933-1940*, Cambridge, Harvard University Press.

ZIEMKE, Earl F. (1968), *Stalingrad to Berlín: The Germán Defeat in the East*, Army Historical Series, Washington, Office of the Chief of Military History of the US Army.

EDWARD N. LUTTWAK, Sénior Fellow del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de Washington, ha ejercido como consejero en la Oficina del Secretario de Defensa, en el Consejo Nacional de Seguridad, en el Departamento de Estado y en la Fuerza Aérea estadounidense. Colaborador habitual del *Times Titerary Supplement*, de la *London Review o/Books* y de otros periódicos, es autor de varios libros entre los que destaca *Coup d'Etat*.

Notas

[1] A falta de una buena definición, el término «estrategia» tiene muchos significados; entre otros, los siguientes: *doctrina* establecida; plan; *práctica* concreta; conjunto de teorías. En el Apéndice A figuran algunas definiciones corrientes y aceptadas. <<

[2] Por el contrario, las políticas de la represión son bélicas, aunque sin derramamiento de sangre. Todas las manifestaciones de la represión recuerdan operaciones militares, con sus propias versiones del ataque y la defensa, la emboscada y la incursión imprevista. Tal como en la guerra, son fundamentales el secreto y el engaño: la policía trata de infiltrarse en los círculos disidentes por medio de la impostura, y los disidentes defienden el secreto, que significa supervivencia, y la sorpresa, que es indispensable para cualquier acción. <<

[3] Se trata del «enfoque indirecto», de Basil Liddell Hart; sus ideas sobre el tema están dispersas en biografías y en diversos libros y artículos. Si se desea consultar una exposición coherente, véase Brian Bond, *Liddell Hart* (1977), pp. 37-61. <<

[4] Algunas unidades alemanas permanecieron en la retaguardia; y en cuanto a los japoneses, no realizaron vuelos de reconocimiento que hubieran revelado la ausencia de portaaviones en aquel día decisivo. <<

[5] Estos términos de tecnología de las comunicaciones fueron traducidos al discurso estratégico por Roberta Wohlstetter en su estudio fundacional de la sorpresa: *Pearl Harbor* (1962)… <<

[6] Karl von Clausewitz, *On War [De la guerra*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1983, Libro I, capítulo 7, p. 59, trad. de R, W. de Separo]. <<

[7] Pero un enemigo astuto tratará de incrementar ciertas fricciones inherentes a la situación, atacando, por ejemplo, las líneas de abastecimiento si éste ya es escaso; las comunicaciones, si se encuentran sobrecargadas; los centros de mando si los oficiales enemigos carecen de iniciativa; etc., etc. Todos éstos son ejemplos del tipo más ambicioso de operación militar: la *maniobra relacional*, la aplicación de la fuerza contra determinadas debilidades del enemigo, previamente identificadas. Se trata de una manera de hacer la guerra que es en sí misma altamente vulnerable a la fricción. <<

[8] Ibid., Libro II, capítulo 3 («La guerra es una forma de relación humana»), pp. 91-92. <<

[9] La ruta de Chouf va desde Jazzin hasta la autopista Beirut-Damasco, que a su vez conduce hacia el este a Shtawra, el objetivo israelí en ese momento, donde estaba ubicado el cuartel general del ejército sirio para el Líbano. El avance israelí fue interceptado en Ayn Shalta, a pocas millas de la carretera. Véase Zeev Schiff y Ehud Yaari, *Israel's Lebanon War* (1984), pp. 160-161. <<

[10] La ofensiva de las divisiones 446 de Ben-Gal, que se inició en las primeras horas de la mañana del 10 de junio de 1982. íbid., pp. 117, 171-173. <<

[11] La Guerra del Golfo de 1991 terminó con deserciones masivas de las tropas iraquíes, que esperaban recibir un buen trato por parte de sus enemigos; pero tal benevolencia es rara en guerras transculturales. <<

[12] La expresión «interdicción aérea» se refiere a los ataques aéreos contra concentraciones de tropas y líneas de abastecimiento, en oposición a «apoyo aéreo próximo», dirigido a que las fuerzas frontales asistan directamente a las fuerzas terrestres. <<

[13] La campaña terminó oficialmente el *25* de junio de 1940, cuando Italia también aceptó el ofrecimiento de un armisticio por parte de Francia; pero en la última semana de lucha a ambos contendientes les faltó ánimo y vigor, excepto en los sectores de la Línea Maginot, donde el Grupo 2 del Ejército Francés resistió tenazmente hasta el 22 de junio. <<

[14] Al estallar la guerra, en septiembre de 1939, de las 103 divisiones alemanas sólo 16 (Panzer, Motorizadas y Livianas) estaban totalmente motorizadas. Se suponía que cada una de las 87 divisiones de infantería tenía 942 carros de exploración, vehículos para oficiales, tractores de artillería, y camiones (lo suficiente para transportar a un hombre de cada seis), pero la mayor parte de los abastecimientos de las divisiones era transportada en 1.200 carros de caballos. Sin embargo, en mayo de 1940 el número de camiones había bajado a la mitad, debido a que se perdieron algunos en los malos caminos polacos y se los reemplazó con más carros de caballos. Desde cada cabeza de etapa ferroviaria hasta los depósitos de división, el aprovisionamiento debía ser enviado por regimientos de camiones especiales; pero había sólo 3 para todo el ejército alemán en todos los frentes, con un total de sólo 6.600 camiones. Véase Martin van Creveld, *Supplying War* (1977), pp. 144-147. <<

[15] Burkhart Mueller-Hillebrand, *Das Heer, 1933-1945* (1956), vol. 2, tabla 29, según se cita en van Crevel, *Supplying War*, n. 28, p. 151. <<

[16] En la mañana del 18 de octubre de 1941, la Décima División Panzer y la división SS Das Reich entraron en Mozhaisk, sobre la carretera principal a Moscú. En ese punto los alemanes estaban completando la destrucción de ocho ejércitos soviéticos en los sectores de Vyazma-Bryansk, en lo que habría de ser su última gran y fallida victoria en suelo ruso (declararon 665.000 prisioneros); véase John Erickson, *The Road to Stalingrad* (1975), pp. 216-220. Para entonces, dos grupos de ejércitos acorazados, el Segundo y el Tercero (bajo el mando de Guderian y Hoth) habían avanzado más de 500 millas marchando en línea recta desde el 22 de junio de 1941; las fuerzas de Guderian habían sido desviadas hacia Moscú, después de su maniobra meridional para levantar el enorme cerco Kiev-Romny. <<

[17] De los dos ejércitos que se encontraban en el sector, sólo dos unidades pudieron atacar. Véase Albert Seaton, *The Battle of Moscow* (1983), p. 165. <<

[18] La contraofensiva del grupo de ejércitos del Sur del 25 de febrero al 18 de marzo de 1943, hacia el río Donetz y Kharkov, agregó el nombre de Fritz Erich von Manstein a la lista de celebridades de la historia militar. Seis cuerpos de tanques soviéticos del «grupo Popov», que se habían aventurado demasiado hacia el Sur, fueron rodeados y derrotados; y dos ejércitos soviéticos más fueron batidos en la reconquista alemana de la región de Kharkov. Véase Earl F. Ziemke, *Stalingrad to Berlín* (1968), pp. 90-105. También Erich von Manstein, *Lost Victories* (1958), pp. 367-442, <<

[19] Ziemke, *Stalingrad to Berlín*, p. 501. <<

[20] Para consultar un análisis de la doctrina, véase Raymond L. Garthoff, *Soviet Military Doctrine* (1953) pp. 18-19. <<

[21] Sin ferrocarril que atravesara Libia y con carros de caballos inútiles en el desierto seco y árido, sólo la circulación de columnas de camiones desde el puerto de Trípoli hasta el frente podía sostener a las tropas de Rommel. Las 6.000 toneladas de capacidad de carga disponibles para ellos en abril de 1941, en el inicio de la intervención alemana, podían abastecer a las dos divisiones originales de los cuerpos africanos (Afrika Korps) hasta unas 300 millas a lo sumo, y por lo tanto a Rommel se le prohibió explícitamente atacar. No obstante, cuando lanzó su primera ofensiva, desconcertando a las fuerzas británicas (que también se habían adentrado demasiado después de su anterior victoria sobre los italianos), que pronto colapsaron, su espectacular e históricamente único avance de mil millas reconquistó toda Libia, penetró en Egipto, y dejó a sus fuerzas principales abandonadas en el desierto, subsistiendo a duras penas gracias a las provisiones que lograban capturar, y preparadas para la inminente retirada. Van Crevel, *Supplying War*, p. 186. <<

[22] Es decir, para el combate con otros aviones de caza, y también para el ataque en el terreno, ambas acciones a la luz del día. Véase Williamson Murray, *Strategy for Defeat* (1983), pp. 1-25. <<

[23] El primer bombardeo de blancos alemanes del interior del país, específicamente en la región de Ruhr, se produjo el 15 de mayo de 1940; la primera incursión aérea sobre Berlín fue en la noche del 25 de agosto de 1940. Desde el comienzo de la guerra, en septiembre de 1939, hasta marzo de 1940, la división Bombarderos de la RAF dejó caer sólo 64 toneladas de bombas y ninguna deliberadamente sobre ciudades alemanas, sobre las que sólo se arrojaron panfletos. Así, la jactanciosa predicción de Goering de que no caerían bombas sobre las ciudades alemanas pareció justificarse. Sin embargo, con la Guerra Ficticia terminada, Francia invadida y Churchill a cargo, en mayo de 1940 se arrojaron sobre Alemania 1.668 toneladas de bombas. Esa cifra se elevó a 2.300 toneladas en junio, disminuyó a 1.275 en julio (los campos de aterrizaje de las zonas de avanzada se habían perdido) y aumentó a 1.365 en agosto, antes de llegar a 2.339 toneladas en septiembre de ese mismo año. Véase Charles Webster y Noble Frankland, *The Strategic Air Offensive against Germany* (1961), i, 144, 152 y IV, 455: en adelante citado como SAO. <<

[24] Durante el mes de mayo de 1942 el Mando de Bombarderos de las fuerzas británicas lanzó 2.702 misiones, perdió 114 aviones y tuvo 256 naves con averías serias; en junio hubo 4.801 salidas, 199 pérdidas y 442 aviones dañados; en julio las misiones disminuyeron a 3.914 pero las pérdidas no declinaron proporcionalmente, ya que hubo 171 y 315 aviones resultaron dañados; en agosto sólo salieron 2.454 misiones (a diferencia de las 4.242 de agosto de 1941), con 142 aviones perdidos y 233 dañados. Véase SAO, IV, Apéndice 40, p. 432; y Alfred Price, *Instruments of Darkness* (1977), pp. 55 y ss. <<

[25] En diciembre de 1942 el total de bombas lanzadas mensualmente por el Mando de Bombarderos había disminuido a 2.714 toneladas, después de alcanzar un nivel máximo de 6.845 toneladas en el mes de junio del mismo año. En 1943, por el contrario, las 4.345 toneladas de enero fueron seguidas por 10.959 en febrero y continuaron aumentando, con el pico del año en agosto, con 20.149 toneladas; durante el mismo mes, el total de la Octava Fuerza Aérea de los Estados Unidos fue de 3.999 toneladas. Véase SAO, IV, apéndice 44, p. 456. <<

[26] «*Window*» era el nombre en código para las tiras de papel metalizado que reflejan los rayos del radar; en EEUU el término (ahora usado universalmente) es «*chaff*». <<

[27] El efecto «firestorm» fue descrito por primera vez en el famoso informe del Jefe de la Policía de Hamburgo del 1 de diciembre de 1943. Véase el fragmento en SAO, IV, apéndice 30, pp. 310-315; y Martin Middlebrook, *The Battle of Hamburg* (1981) pp. 214-240. <<

[28] El Mando de Bombarderos perdió 314 aviones (416 fueron dañados) en enero de 1944; 199 (264 dañados) en febrero; y 283 (402 dañados) en marzo, cifras simplemente insostenibles, ya que en marzo la disponibilidad de aeronaves era de 974. Véase SAO, IV, apéndice 40, p. 433 y apéndice 39, p. 428. <<

[29] Cuando se estaba probando la tecnología Window, aconteció que un radar británico para acción nocturna de un modelo anterior (Mark IV) pudo enfrentar el nuevo desafío, mientras que el último y mejor (Mark VII) no pudo hacerlo. Price, *Instruments*, p. 117. <<

[30] Cuando un JU-88 alemán aterrizó por error en una pista británica en julio de 1944, se descubrió que portaba un dispositivo cuyo nombre codificado era Flensburg, capaz de detectar, clasificar y localizar las señales emitidas por «Mónica», el radar de cola de los bombarderos británicos. *Ibid*, pp. 214-215. <<

[31] El torpedo autopropulsado *Whitehead* fue usado por primera vez en Fiume (Austría-Hungría) en enero de 1867; la Royal Navy encomendó la realización de pruebas en 1869, compró torpedos en 1870 y obtuvo los derechos de fabricación un año después. Bernard Fitzsimons (comp.), *Encyclopedia of Twentieth Century Weapons and Warfare*, XXIII, 2.508; en adelante citado como *WW*. <<

[32] Phílippe Masson, *Histoire de la marine* (1983), vol, 2, *passim*. <<

[33] *WW*, XXIII, *2.515*. <<

[34] Véase Avraham Adan, *On the Banks of the Suez* (1980), pp. 117-164. <<

[35] El mortero, la primera de todas las armas de fuego, en uso desde el siglo XIV, siguió desempeñándose muy bien contra la más nueva de las armas para la guerra terrestre. A diferencia de las ametralladoras, de poca eficacia a una distancia mayor que 900 metros, y en general limitadas al fuego directo, los morteros superaban a los misiles antitanque Sagger de los egipcios y, descendiendo desde su trayectoria alta, sus bombas podían impactar en las trincheras y en los pozos de los efectivos que operaban los misiles y cohetes. <<

[36] Éstos no eran eficientes tácticamente sino en el nivel operacional de la estrategia (véase la Segunda Parte). Los antiguos cohetes no dirigidos tenían un éxito relativo cuando se los usaba en las mismas condiciones que los habían hecho temibles en la Segunda Guerra Mundial: en la lucha callejera con amplia cobertura y en las zonas de bosques densos. <<

[37] El término «administración», por lo tanto, abarca todo lo que se hace en el campo militar que no refleje objetivos bélicos propios del enemigo ni propósitos de disuasión o intimidación. Esto no corresponde a la distinción de Clausewitz: «Las actividades correspondientes a la guerra están divididas en dos clases principales: aquellas que sólo constituyen *preparativos para la guerra* y aquellas que son *la guerra misma», (De la Guerra,* Libro II, cap. 1, p. 70), con la correspondiente salvedad de que lo que yo llamo «lógica lineal» («ciencia» en la terminología de Clausewitz) se aplica a la primera pero no a la segunda. Sin duda, los «preparativos para la guerra» (la política militar en tiempos de paz) son también afectados por los propósitos tácticos y operacionales propios del enemigo, como también por objetivos de persuasión que devienen de determinadas percepciones de las políticas y las estructuras militares ajenas; tales preparativos no son moldeados exclusivamente por prioridades que nada tienen que ver con el enemigo, incluyendo al deseo de optimizar decisiones sobre la base de criterios «científicos». Clausewitz fue el primero que reconoció la distinción fundamental, pero aparentemente trazó mal la línea divisoria circunscribiendo excesivamente los límites de la estrategia. Así, al establecer la diferencia entre «el arte de forjar espadas» y «el de esgrimirlas», está combinando el diseño de espadas, adecuado para reflejar determinadas expectativas acerca de las espadas y el arte de espadachín del adversario a enfrentar, con la técnica metalúrgica de su manufactura, que debe intentar autónomamente maximizar cierta eficacia genérica. (*De la guerra*, Libro n, cap. 2: «Al principio se entendía por arte de la guerra solamente la preparación de las fuerzas armadas», p. 72). <<

[38] En el Congreso de los Estados Unidos hay constantes quejas por la «duplicación», un término que se aplica, con perdonable imprecisión, a la adquisición conjunta de varios tipos diferentes de aviones de combate, armas antitanque, etc. Asimismo, durante la Guerra Fría la asimetría entre las fuerzas del Pacto de Varsovía, equipadas homogéneamente con armas soviéticas, y las fuerzas occidentales, equipadas con diversidad por sus propios suministros nacionales, fue constantemente deplorada como un mal irremediable. <<

[39] Los portaaviones de gran cubierta pueden dar cabida a la cantidad necesaria de diversos tipos de aviones, algo que sus similares de menor tamaño no pueden hacer. Pero aún así, no se justifica tener buques de abastecimiento de 500.000 toneladas que sólo pueden ser adquiridos en escaso número (los portaaviones se tornan inútiles muy pronto sin el combustible especial y sin las armas que los caracterizan). <<

[40] El 25 de agosto de 1943 un planeador-bomba Hs-293 alemán erró el blanco al atacar el HMS *Bideford*, pero dos días después la misma arma dañó al *Athabaskan* y hundió el *Egret*, todo en el Golfo de Vizcaya. El 8 de septiembre de 1943 el buque de guerra italiano *Roma* (en camino para unirse a los Aliados) fue hundido por un FX alemán (también conocido como SD-lOOx) con misiles guiados e impulsados por cohetes; véase F. H. Hinsley *et al., British Intelligence in the Second World War* (1984), m, 220, 339-340; y *WW*, XVI, 1.754. El primer misil de superficie soviético lanzado desde un barco hacía otro barco (Styx) apareció en la década de los años cincuenta y estuvo totalmente operativo en 1959; el primer misil soviético aire-tierra lanzado contra un barco (Kangaroo) estaba en servicio en 1960; *WW*, XX, 2.419, y XIV, 1558. Y si bien todas esas advertencias fueron ignoradas, el 21 de octubre de 1967 el destructor israelí *Elat* fue hundido por misiles soviéticos Styx frente a Port Said, acrecentando el interés mundial por los misiles contra barcos y por las defensas posibles contra ellos. Véase Edward N. Luttwak y Dan Horowitz, *The Israelí Army* (1975), p. 316. <<

[41] Así se procedió en los años setenta y ochenta. Véase por ejemplo *Report of the Secretary of Defense to the Congress on the FY 1987 Budget*, 5 de febrero de 1986, p. 197. <<

[42] Actualmente la aviación de largo alcance con bases en tierra puede recorrer los océanos para controlar las rutas de navegación desde lo alto. De hecho, ya se ha propuesto la realización de estos «cruceros» aéreos. En cuanto al desplazamiento de fuerzas terrestres, se ha considerado seriamente poner en actividad grandes transportes submarinos no nucleares, aun para el transporte de carga comercial. <<

[43] Alistair Hórne, *The Trice of Glory* (1962), pp. 327-328. El osario común de Verdún, en el que se concentraron los huesos de los muertos, es aún muy visitado, pero los europeos sólo sienten desconfianza ante él. <<

[44] Pierre Sergent, *Je ne regrette ríen* (1972), pp. 149-150. <<

[45] SAO, I, 152. <<

[46] Ibid., I, 182. <<

[47] Martin Gilbert, *Finest Hour* (1983), pp. 1.103, 1.105. <<

[48] SAO, I, 182, 184-185. <<

[49] Ibid., IV, Apéndice 39, p. 428. <<

[50] Ibid., I, 347. <<

[51] Harris, jefe del Mando de Bombarderos durante los años importantes, y posiblemente el menos valorado de los líderes de los Aliados, incluyó un fino análisis de la cuestión en sus memorias: *Bomber Offensive* (1947), pp, 220-234. <<

[52] Wesley F. Craven y James L. Cate, *The Army Air Forces in World War II* (1949), II, 682-684, 702-704. <<

[53] El arquitecto de la producción bélica alemana de aquel momento, Albert Speer, ha sostenido que, de haber persistido, el ataque hubiera sido decisivo. Pero se equivoca porque en ese caso se hubiera descentralizado rápidamente. Speer, *Inside the Third Reich* (1970), pp. 284-287. <<

[54] Para una breve reseña, con una visión historiográfica retrospectiva, véase David Maclsaac, *Strategic Bombing in World War Two* (1976). <<

[55] Tim Weiner, «US Cancéls Plans for Raid on Bosnia to Capture 2 Serbs», *New York Times*, 26 de julio de 1998, pp. 1, 6. <<

[56] Dana Priest, «Risk and Restraint: Why the Apaches Never Flew in Kosovo», *Washington Post*, 29 de diciembre de 1999, pp. A1, a22. <<

[57] Las primeras referencias al equilibrio (*bilancia*) y a los «pesos» del poder se encuentran en la *Storia d'Italia* del embajador y académico florentino Francesco Giucciardini (1483-1540). <<

[58] Las armas de fuego llegaron a Japón en 1542 a bordo de un barco portugués. Hacia 1575 los 3.000 arcabuceros selectos de Oda Nobunaga (él ya tenía unos 10.000 en total) destruyeron al ejército de caballería de Takeda Katsuyori, que fuera orgullo del clan Takeda, y al mismo tiempo terminaron con toda una manera de hacer la guerra en la batalla de Nagashino, en Mikawa. Véase George Sansom, *A History of Japan* (1961), pp. 263-264, 281. Existe un relato detallado de Ganashino en S. R. Turnbull, *The Samurai* (1977), pp, 158-160. A pesar de que rápidamente equiparon a los plebeyos con las nuevas armas, los samurais siguieron portando espadas, y no pistolas, hasta que esa señal de privilegio fue abolida, junto con la clase social misma, después de la restauración Meijí de 1868. <<

[59] Los mamelucos de Egipto, descendientes de guerreros turcos que fueron originariamente importados como esclavos militares, se resistieron tan rígidamente a la incorporación de las armas de fuego que ni siquiera aceptaban tener fusileros luchando junto con ellos. <<

[60] A. M. Low, *Musket to Machine-Gun* (1942), pp. 66-67; Michael Howard, *The Franco-Prussian War* (1968), p. 36. <<

[61] Véase una interesante exposición del tema en William McElwee, *The Art of War* (1974), pp. 141-146. <<

[62] Robert Jungk, *Brighter than a Thousand Suns* (1964), pp. 106-107. <<

[63] Esto fue realmente así con respecto a la *Strategic Defense Initiative* (Iniciativa de Defensa Estratégica) anunciada por el presidente Reagan en marzo de 1983, después de una decisión que no reflejó la existencia de un asesoramiento científico, autorizado y amplio. Al parecer, solamente la ciencia elude todos los intentos de tomar decisiones «científicas». <<

[64] A partir de la Segunda Guerra Mundial, el adjetivo «estratégico» fue muy usado para referirse a la aviación de «largo alcance» y a los misiles, en oposición a sus contrapartes de «corto alcance», rotuladas como «tácticas», aunque notablemente nunca se ha hablado de barcos de guerra estratégicos y tácticos. Esta lamentable terminología tuvo su origen en la retórica de los primeros partidarios de la potencia aérea, y se desarrolló en un proceso de transposición de dos etapas. Primero, los bombarderos que precisamente estos partidarios de la potencia aérea querían usar contra blancos industriales, fueron llamados «estratégicos» para transmitir la idea de que eran capaces de ganar guerras por sí solos, a diferencia del bombardeo meramente táctico, que era de apoyo a las fuerzas terrestres. Luego el adjetivo «estratégico» quedó asociado a la cualidad (completamente fortuita) del «largo alcance»: qué bombarderos podrían necesitarse para atacar blancos enemigos en *ciertos* lugares geográficos. Y esto, a su vez, fue la causa de que el término «táctico» adquiriera el significado de «corto alcance». Se trata de un caso clásico de falsas distinciones, que sólo sirve para confundir. En la Guerra del Golfo de 1991 se usaron aviones «tácticos» F-117, bastante pequeños, para atacar cuarteles en Bagdad y otros blancos estratégicos, mientras que se emplearon enormes bombarderos B-52 «estratégicos», para atacar concentraciones de tropas en Kuwait y otros blancos tácticos. En la Guerra de Kosovo de 1999, bombarderos «estratégicos» B-52, B-1A y B-2 atacaron a fuerzas terrestres serbias, mientras que todos los objetivos estratégicos de Serbia fueron atacados por aparatos «tácticos» F-15F, F-117 y otros similares. Esto no es tampoco consecuencia de las nuevas tecnologías que, al guiar el proyectil hasta su blanco, brindan una precisión casi de rutina y permiten, por lo tanto, reemplazar los bombardeos masivos por ataques selectivos sobre blancos específicos. En junio de 1941 la *Luftwaffe* alemana, que ya había usado aviones de corto alcance para bombardear Varsovia, Rotterdam y Londres en ataques absolutamente

estratégicos, hubiera necesitado aviones del mayor alcance posible para atacar a las concentraciones de tropas soviéticas detrás del frente. <<

[65] «The Operational Level of War», *International Security*, 5 (invierno 1980-1981), reimpresión en Edward N. Luttwak, *Strategy and History: Collected Essays*, vol. 2 (New Brunswick, Transaction Books, 1985). La siguiente edición del básico *U. S. Army Field Manual 100-5* [Manual de campo del Ejército de los Estados Unidos], con la que colaboré como consultor del U. S. Army Training and Doctrine Command [Comando de Entrenamiento y Doctrina del Ejército de los Estados Unidos], incorporó y destacó fuertemente el nivel operacional, y finalmente también lo hicieron los manuales de los otros servicios estadounidenses. Major General J. J. G. Mackenzíe y Brian Holden Reíd, *The British Army and the Operational Level of War* (Londres, Triservice Press, 1989), reconoce explícitamente el origen del término. <<

[66] La expresión alemana es *Operativ Kriegskunst*, y la rusa *operativnoye iskusstvo* deriva claramente de la primera. Las «operaciones» que aparecen en el uso militar-administrativo norteamericano, como en «Teatro europeo de operaciones», significan simplemente actividades de combate en general. Basil Liddell Hart intentó introducir la expresión «grand tactics» [gran táctica], de idéntico significado, que no logró obtener aceptación oficial ni amplia circulación. <<

[67] Durante la Guerra Fría, las estimaciones de la Inteligencia Militar de los Estados Unidos (producidas conjuntamente con la Agencia de Inteligencia para la Defensa a partir de mediados de los años sesenta) presentaban invariablemente formidables inventarios de las fuerzas soviéticas, cuyas cantidades y capacidades eran exageradas por la inclusión de armas obsoletas, antiguas y de dudoso funcionamiento, junto con todas las posibles fuerzas de reserva, independientemente de su estado de entrenamiento, para transmitir la impresión de que las fuerzas estadounidenses y aliadas estaban en inferioridad de condiciones numéricas y de armamento. Pero después de presentar tales estimaciones ante el Congreso de los Estados Unidos, donde se trataban los presupuestos militares, al responder a la pregunta que se había convertido casi en un rito («¿Querrían ustedes cambiar nuestras fuerzas por las de ellos?») los comandantes estadounidenses declaraban que las fuerzas armadas de su país eran superiores. Era una necesidad lógica, porque nadie se sentía inclinado a reestructurar las fuerzas armadas de los Estados Unidos para adaptarlas a las condiciones de la Guerra Fría, principalmente reforzando las ya excesivas fuerzas terrestres de Europa a expensas de la crónicamente excesiva, pero políticamente poderosa, U. S. Navy. <<

[68] Este abrupto cambio se observa claramente en el muy arriesgado pero altamente exitoso cruce del canal de Suez que empezó el 15 de octubre de 1973, para desplegarse por detrás de las fuerzas egipcias que habían cruzado hacia el lado de Sinaí del canal, aun cuando los egipcios inicialmente controlaban ambas márgenes, con excepción de un estrecho pasaje. Como siempre sucede en la maniobra relacional, el punto de partida fue la detección de una vulnerabilidad enemiga, en este caso la incapacidad del alto mando egipcio para volver a desplegar sus fuerzas a tiempo. <<

[69] No todos los oficiales del Fighter Command estuvieron satisfechos; algunos recomendaron una respuesta de nivel operacional. Específicamente, el Squadron Leader Douglas Bader y el Group Commander Trafford Leigh-Mallory defendieron la idea del enfrentamiento concertado de las formaciones de bombarderos alemanes, después de que hubieran dejado caer sus bombas por grupos completos (que no podían ser reunidos a tiempo para las interceptaciones previas al bombardeo), en lugar de la interceptación previa por escuadrones individuales. El método fue diseñado para explotar una limitación alemana, la escasa resistencia del mejor avión de combate de la Luftwaffe, el Bf-109, de un solo motor. Los autores calcularon que los resultados por avión serían mejores, porque por entonces la mayoría de los Bf-109 no podrían ya maniobrar libremente por falta de combustible, si se encontraban aún cerca de la escolta de los bombarderos. Véase John Terraine, *The Right of the Line* (1985), pp. 198-205. <<

[70] Los israelíes habían cruzado el canal de Suez para iniciar su maniobra envolvente. Sobre el cruce inicial, en la noche del 15 de octubre, se informó debidamente, pero se desestimó como una mera incursión que muy pronto sería seguida por una evacuación; por cierto, inicialmente actuaron menos de 3.000 hombres, con pocos tanques, y aún esas fuerzas cruzaron en balsas. Hasta el día 17 no se advirtió en El Cairo que los israelíes continuaban reforzando su cabeza de puente, pero para entonces ya se había construido un puente de pontones y una división entera lo había cruzado. Los israelíes enviaban equipos blindados en todas direcciones para atacar los emplazamientos de misiles antiaéreos (se informó sobre su presencia en un amplio arco), pero principalmente para avanzar hacia el norte rumbo a Ismailía, con el propósito de ampliar la cabeza de puente y aislar a las fuerzas del Segundo Ejército egipcio sobre el lado del Sinaí del canal, de sus servicios de retaguardia sobre el lado egipcio. Pese a la gran cantidad de informes engañosos que recibía (generados por equipos de combate israelíes que se desplazaban en la retaguardia blanda para atacar emplazamientos de misiles), el 18 de octubre el alto mando egipcio interpretó correctamente la intención israelí de dos días atrás, y en consecuencia se movilizó para asegurar el sector de Ismailía. Pero un día antes, con otra división blindada del otro lado del canal, los israelíes habían decidido dar por terminada la ofensiva hacia el norte y avanzar en la dirección opuesta para aislar al Tercer Ejército en el sector meridional, alrededor de la ciudad de Suez. Cuando el alto mando egipcio advirtió el cambio, el 19 de octubre, sus expectativas se habían visto frustradas dos veces y ya nada parecía seguro. Entonces, imaginando que hasta El Cairo estaba en peligro inminente, envió las reservas disponibles para proteger la ciudad en lugar de atacar a los israelíes convergiendo sobre la ciudad de Suez. Véase el relato documentado en Hanoch Bartov, *Dado* (1981), pp. 482 ss. <<

[71] Como señalamos anteriormente en otro contexto, la Unión Soviética tuvo la necesaria profundidad al enfrentarse a la *blitzkrieg* alemana mientras que Polonia y Francia no la tuvieron. La verdad es que el plan bélico de Stalin ni siquiera trató de aprovechar la ventaja de la Unión Soviética, basada lisa y llanamente en la extensión del territorio, durante la campaña de 1941, en la que hubo una obstinada resistencia a los alemanes en su avance hacia Leningrado y Moscú. Cuando se acercaba el verano de 1942 habían aprendido la lección, y cuando los alemanes volvieron a avanzar, esta vez en dirección sudoeste, hacia Stalingrado y los campos de petróleo del Cáucaso, las fuerzas soviéticas en retirada se les adelantaron y preservaron así su energía para reconstruir un sólido nuevo frente. <<

[72] El efecto fue mucho más psicológico que físico para la Wehrmacht en los años de la *blitzkrieg* (1939-1942), porque sus columnas de penetración estaban formadas principalmente por motocicletas, carros blindados, tanques muy livianos, transportes de media oruga, tractores de artillería, numerosos camiones y pocos tanques de guerra (un regimiento de 100 a 150 tanques por cada división Panzer). Las columnas del ejército soviético, por el contrario, habrían incluido una sólida falange de blindados, con 322 tanques en las divisiones de tanques de primera línea. <<

[73] Un ejemplo contemporáneo es el tanque estadounidense M1, que cuenta, entre otras cosas, con un innovador motor de turbina de combustión que ofrece una excelente aceleración a expensas del alcance. Cuando el nuevo tanque entró en servicio, la doctrina operacional del ejército de los Estados Unidos había cambiado considerablemente, y si bien la movilidad táctica —la capacidad de atravesar rápidamente el campo de batalla y subir escaleras empinadas— seguía siendo deseable, era la movilidad operacional (autonomía y largo alcance) lo que se había tornado esencial. Para esas necesidades, un sencillo motor diésel hubiera sido superior. Asimismo, el nuevo tanque tiene excelente protección con un nuevo tipo de blindaje, pero de acuerdo con las viejas prioridades tácticas, gran parte del blindaje está distribuido en la parte frontal del vehículo, a expensas de la protección general, que la nueva doctrina operacional considera más importante. <<

[74] Como explica Clausewitz (*De la guerra*, Libro 5, Cap. 2), la característica que define a un teatro de operaciones es que, aun en una guerra extensa, los acontecimientos que se producen fuera de sus límites no deberían tener un efecto directo dentro de la escena sino sólo el efecto indirecto de debilitar o fortalecer a los adversarios. <<

[75] Durante los años setenta y ochenta se distribuyeron un total de 30 divisiones de tanques y de artillería motorizada entre Alemania Oriental (19 divisiones), Checoslovaquia (5), Hungría (4) y Polonia (2), incluyendo 10.500 tanques; el número de carros de combate de infantería era aún mayor. IISS, *Military Balance, 1985-86*, p. 26. <<

[76] Se supone aquí que las fuerzas de Alemania Oriental y otras del Pacto de Varsovia, junto con unidades soviéticas menores que simularían formaciones completas, habrían sido empleadas para presentar una amenaza por medio de despliegues y simulacros, en los segmentos del frente donde no se hubiera intentado una ofensiva soviética importante. A su debido tiempo se descubriría el engaño, pero para entonces la contienda habría terminado. Viene al caso señalar que ése sería el uso más seguro de las tropas de dudosa lealtad. Por el contrario, el número de lanzadores de armas antitanque teledirigidas asignados al frente central de la OTAN era de unos 2.100, incluyendo las fuerzas de Noruega y Dinamarca (*ibid*., p. 186). <<

[77] Fue representativo el general Maurice G, Gamelin, jefe del estado mayor francés al iniciarse la Segunda Guerra Mundial. Sus memorias, *Servir*, demuestran ampliamente la capacidad intelectual de aquel hombre, y su carácter tortuoso. Véanse los comentarios en Robert J. Young, *In Command of France* (1978), pp. 48-51. <<

[78] Hemos usado aquí este término para describir tanto la persuasión como la disuasión, en todas sus formas. El tema se analiza en la Tercera Parte. <<

[79] Muchas ojivas y bombas intercontinentales se encuentran dentro del rango equivalente a un millón de toneladas de TNT (megatón), mientras que la mayoría de los dispositivos de alcance limitado se encuentran dentro del rango de mil toneladas de TNT (kilotón), o sea, catorce veces menos que la energía nuclear contenida en la bomba de Hiroshima y diecinueve veces menos que la de Nagasaki. La explosión, el calor y los efectos inmediatos de la radiación son proporcionados, y excepto en el caso de los artefactos de radiación acrecentada (bomba de neutrones), por lo general son los efectos de la explosión los que establecen los límites de la eficacia contra blancos de fuerzas terrestres. <<

[80] Lo que sucedió fue que la inercia causada por las inhibiciones contradictorias mantuvo al servicio de Grecia y Turquía, hasta fines de los años ochenta, una de las primeras armas nucleares, el cohete Honest John, de 40 km. de alcance, que fue desplegado por primera vez en 1953. Esa decisión habría sido temeraria sí se hubieran entregado las cabezas nucleares tal como los planes de guerra de la otan exigían. Pero en la práctica eso no era posible. Véase IISS, *Military balance, 1985-86*, pp. 85-86. <<

[81] La llamada política de Represalia Masiva, que exigía una rápida escalada hacia la guerra nuclear, fue repudiada por los Estados Unidos en los comienzos de la administración Kennedy; pero, ante la insistencia de Alemania Occidental y otros estados miembros, fue conservada como política de la OTAN hasta 1967. Después de esta fecha los estados miembros del Comité Militar de la OTAN acordaron finalmente la nueva política de «respuesta flexible» (promulgada oficialmente en 1968, como OTAN, *Documento MC 14/3*), y la promesa de proveer las fuerzas adicionales requeridas para una defensa no nuclear «*stalwart*». Dentro de la amplia bibliografía existente, véase por ejemplo Raymond E. Burrel, *StrategicNuclear Parity and NATO Defense Doctrine* (1978), p. 13. <<

[82] El alcance de la penetración de las fuerzas armadas soviéticas era tan profundo que una defensa lo suficientemente elástica como para absorber su impulso escasamente hubiera logrado defender Alemania Occidental. <<

[83] Jochen Löser, *Weder rot noch tot* (1982). <<

[84] Franz Uhle-Wettler, *Leicbte Infanterie im Atomzeitalter* (1966). La recomendación de una defensa «amorfa», de tipo esponja, puede leerse en Guy Brossollet, *Essai sur la nonbataille* (1975), una obra fundacional. <<

[85] Steven L. Canby, «Territorial Defense in Central Europe» (1980), y muchas otras obras del mismo autor. <<

[86] William Scotter, «A Role for the Non-Mechanized Infantry» (1980). <<

[87] Los autores de estas propuestas no siempre tenían en cuenta que también hubiera sido necesario tomar medidas para descentralizar el aprovisionamiento. Se habrían requerido mayores stocks para distribuirlos en pequeños depósitos y escondrijos en toda la extensión de la zona de combate. <<

[88] Las percepciones de una rigidez casi de autómatas pueden muy bien reflejar sólo el proceso de deshumanización del enemigo, presente en todo conflicto. Así, durante la Segunda Guerra Mundial se sabía que la mayor fortaleza del ejército alemán era su excepcional flexibilidad, pero ese conocimiento coexistía con las imágenes de los soldados y oficiales alemanes como títeres y robots. En realidad, el ejército alemán daba gran libertad a sus oficiales subalternos y a sus suboficiales (cabos y sargentos); en el aspecto del mando y él control, la autoridad jerárquica cedió paulatinamente el paso a la necesidad operacional, de un modo que ni siquiera el ejército estadounidense (para no hablar del inglés) pudo emular. El ejército soviético, en cambio, parecería haberse visto afectado de una gran rigidez, al menos en los niveles inferiores de mando. Esto no reflejaba ni una innatá limitación cultural ni una doctrina oficial (que supuestamente exhortaba a la iniciativa en todos los niveles) sino el equilibrio de hecho de los incentivos institucionales: aun cuando la iniciativa personal exitosa era debidamente recompensada, los castigos por errores derivados de acciones no autorizadas eran sistemáticamente mayores que las penalidades aplicadas por actos de obediencia contraproducente. El combate en Afganistán produjo, como era previsible, requerimientos oficiales de «más iniciativa». Para consultar un análisis comparativo del marco institucional, véase Richard A. Gabriel, *The Antagonists* (1984). <<

[89] La obra *Guerrilla*, de Walter Laqueur (1976), sigue siendo un compendio muy útil. En Roger Trinquier, *La guerre moderne* (1961), se expone la anatomía clásica de la guerra revolucionaria. <<

[90] Laqueur, *Guerrilla*, pp. 202-238. Para consultar una detallada evaluación de la eficacia de la resistencia francesa en la realización de una tarea específica de excepcional urgencia, en las favorables condiciones post-Overlord de junio de 1944, véase Max Hastings, *Das Reich* (1981). <<

[91] Consúltese el revelador relato de un participante en Stefan Korbonski, *Fighting Warsaw* (1968). <<

[92] En Yugoslavia, la habitual divergencia entre protección de la comunidad y resistencia ideológica fue particularmente aguda: los nacionalistas serbios *cetniks* estaban virtualmente incapacitados por la política de represalias alemana y finalmente fueron empujados a ciertas formas de colaboración. <<

[93] Históricamente, las necesidades de la defensa puntual han restringido la expansión de los imperios militares, al mismo tiempo que se seguía acumulando una inquietud generalizada. El gobierno romano debía, en cierto modo, pacificar una provincia y obtener sus impuestos (o reclutar soldados) antes de conquistar otra, pero aun así, los requerimientos de seguridad aumentaban debido a que en algunas provincias reinaba una secular tranquilidad, mientras que en otras se producían recurrentes levantamientos. Deben haber sido estas reflexiones las que motivaron la orden de no seguir conquistando que figuró en el testamento del emperador Augusto. Registrada por Tácito, en *Anales* I.1.1., y criticada en su obra *Agrícola* XIII. <<

[94] Así era también mucho antes del advenimiento de la moderna logística, las radios y los helicópteros. Los romanos, cuya movilidad física no era superior a la de los enemigos insurgentes, también sacaron ventaja —en el nivel del teatro de operaciones— de sus redes de torres de señales, porque por medio de señales de humo (de día) o de fuego (de noche) transmitían advertencias y órdenes; de sus excelentes caminos, que los insurgentes no podían utilizar plenamente debido a las acciones de los fuertes que los custodiaban; y de sus graneros, también fortificados, de los que las tropas obtenían comida y forraje, que sólo caían a veces en manos de los insurgentes después de prolongados sitios. <<

[95] Un ocupante puede recibir ayuda local. Los alemanes tuvieron esa ayuda durante la Segunda Guerra Mundial, aun dentro de la Unión Soviética. De hecho, en algunos lugares las milicias pro alemanas fueron lo suficientemente eficaces como para reemplazar a la política de la represalia, como por ejemplo en el Distrito Administrativo Autónomo de Lokot, en la región de Orel-Kursk, situada al sur de Bryansk, que tenía 1.700.000 habitantes y en el período 1942-1943 fue defendida por una milicia, totalmente rusa, de unos 10.000 efectivos. En este caso la base de la colaboración fue política (anticomunismo). La milicia de Lokot, creada conjuntamente por el general Rudolf Schmidt del Segundo Ejército Panzer y un ingeniero ruso (reemplazado después por el famoso Bronislav Kaminsky), fue conocida como la Ruskaya Osvoboditalnaya Narodnaya Armiya (Ejército Ruso de Liberación). Esta milicia fue un elemento decisivo del acuerdo por el cual se prohibió a las SS operar en el área, donde los alemanes aceptaron abstenerse de efectuar represalias por los ataques guerrilleros que se produjeran. Véase M. Cooper, *The Phantom War* (1979), pp. 112-113. Estos pactos, aunque por lo general menos formales, llegaron a ser comunes en ciertas zonas ocupadas por Alemania, y fueron vehementemente defendidos por muchos oficiales de la Whermacht; véase H. K. Guenther, *Der Kampf Gegen Dte Tartisanen* (1968). Las SS, en cambio, se opusieron a ellos con igual vehemencia, con el argumento de que no era necesario armar a «subhumanos». Pero ante el empeoramiento de la situación y la escasez de efectivos las SS terminaron por revisar su actitud. Sin embargo, continuaron oponiéndose a las milicias, pero sólo porque querían reclutar a todos los hombres disponibles para sus numerosas unidades étnicas. <<

[96] Observación personal, departamento de Morazan, El Salvador, 1982-1983. <<

[97] Estos ataques Incluyeron el Ataque a Fuerzas de Seguimiento (*Follow-on Forces Attack*), estrictamente no nuclear, que se proponía realizar ataques en un amplio espectro de alcances, con el propósito de atacar en profundidad a las unidades soviéticas de avanzada; *AirLand Battle 2000 y AirLand 2000*, conceptos del Ejército de los Estados Unidos que ponían el énfasis sobre los ataques en profundidad coordinados a nivel de cuerpos; *Deep Strike*, principalmente nuclear pero con una variante no nuclear que destacaba el empleo de misiles balísticos para descargar submuniciones sobre blancos fijos; y *Counter Air 90*, que aconsejaba realizar ataques a campos de aviación soviéticos. <<

[98] Los misiles más económicos para el ataque de grandes blancos fijos con submuniciones (bases aéreas, depósitos de pertrechos, tramos de vías férreas), como también de blancos fuertemente fortificados (centros de mando), serían los misiles balísticos de trayectoria elevada, idénticos a las armas empleadas para transportar proyectiles nucleares. En realidad, la solución más económica habría sido transferir a Europa los misiles balísticos intercontinentales de EEUU, que ya estaban fuera de servicio para misiones nucleares, debidamente transformados para actuar a distancias más cortas con cargas mayores pero no nucleares. Pero el estacionamiento, en tiempos de paz, de tales armas en Europa hubiera roto las negociaciones sobre control armamentístico entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Además, al ser lanzados desde cualquier ubicación, sus trayectorias podían ser fácilmente mal interpretadas como un presagio de ataque nuclear. Y por último, los misiles balísticos grandes, ya fuesen conversiones o productos recientes, sólo resultaban económicos si estaban estacionados en posiciones fijas, y entonces eran vulnerables a diversas formas de ataque, tanto nucleares como no nucleares, aun cuando los emplazamientos estuviesen fortificados. Los misiles aerodinámicos provistos de grandes ojivas no nucleares son eficientes contra blancos pequeños y duros, como por ejemplo puentes y viaductos. Los misiles de crucero con carga de submunición serían tan efectivos como los misiles balísticos contra blancos más grandes y más blandos, como depósitos de aprovisionamiento, estaciones ferroviarias y bases aéreas. Un tema que aún está en discusión es el coste de los misiles de crucero en comparación con los aviones tripulados, que eran capaces de realizar varias salidas hasta descargar el misil, pero que requerían un costoso entrenamiento de los pilotos y una compleja y aun más costosa protección al ser usados en combate. Otro tema en discusión es la vulnerabilidad de los misiles de crucero ante las defensas antiaéreas (incluyendo las barreras de globos aerostáticos alrededor de blancos de alto valor); si bien presentan blancos

visuales y de radar muy pequeños (aun más pequeños en los modelos «furtivos»), los aviones no tripulados no pueden realizar maniobras evasivas. Véase Fred N. Wikner, «Interdicting Fixed Targets with conventional Weapons» (1983); Richard K. Betts (comp.), *Cruise Misstles* (1981), pp, 184-211; Steven L. Canby, «New Conventional Forcé Technology and the NATO-Warsaw Pací Balance, I» (1985), pp. 7-24; y donald R. Cotter, «New Conventional Forcé Technology and the NATO-Warsaw Pact Balance, II» (1985), pp. 25-39. <<

[99] La ventaja de la defensa en las condiciones de la Primera Guerra Mundial se debía a la relativa facilidad con que las líneas de trincheras podían ser reforzadas por tropas que marchaban desde el final de la línea férrea, incluso bajo fuego de artillería, en comparación con los múltiples obstáculos que se interponían en el camino de los atacantes que, también a pie, intentaban abrirse paso hacia esas mismas líneas de trincheras recibiendo el fuego de las ametralladoras. El propósito inicial, de nivel táctico, del tanque —blindado contra las ametralladoras y provisto de orugas que permitían romper las defensas de alambradas y atravesar los cráteres abiertos por las granadas— era precisamente superar tal asimetría. Pero debió transcurrir cierto tiempo antes de que se reconociera que el tanque tenía una gran capacidad para llevar a cabo ofensivas de penetración profunda en el nivel operacíonal. <<

[100] Unas 220.200 salidas, de un total de 399.600 realizadas por la Fuerza Aérea estadounidense en el transcurso de toda la guerra de Corea, fueron clasificadas como ataques de interdicción. Fue un esfuerzo enorme, que a veces contuvo las ofensivas chinas, pero que sobre todo significó que los chinos tuviesen que utilizar más vehículos de transporte. Y durante la guerra de Vietnam, la interdicción exigió una proporción aún mayor de un número mucho más elevado de salidas, con resultados que fueron impresionantes pero no decisivos. Consúltese una estimación de las estadísticas bélicas de las guerras de Corea y de Vietnam, en William D. White, *U.S. Tactical Air Power* (1974), p. 68. <<

[101] Ya en los años sesenta, antes de que se construyeran muchas carreteras adicionales, se estimaba que aun cuando se destruyera el 90% de la «capacidad de flujo» de las redes viales y ferroviarias que conectaban la Unión Soviética occidental con Alemania Occidental, el 10% restante bastaría para mantener una ofensiva soviética plena. Alain C. Enthoven y K. Wayne Smíth, *How Much Is Enough?* (1971), p. 222. <<

[102] Cotter, «New Conventional Forcé Technology, I», pp. 25-38. Consúltese una visión pesimista en Canby, «New Conventional Forcé Technology, II», pp. 7-24. <<

[103] Karl von Clausewitz, *De la guerra*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1983, trad. R. W. de Setaro, Libro Vil, capítulo XVIII, p. 517. <<

[104] La idea de que las pequeñas y económicas ojivas huecas de carga química o los dispositivos con carga de fragmentación pueden ser letales contra tanques de guerra blindados porque golpearán el vehículo en la parte superior, donde el blindaje es más fino, se asemeja mucho a la creencia de que los torpedos serían eficaces porque el blindaje de los barcos era fino o sencillamente no existía por debajo de la línea de flotación. Así como esa debilidad fue remediada tan pronto como se intentó aprovecharla, así también se agregaron planchas blindadas a los tanques, en una típica respuesta amplia a una amenaza limitada. <<

[105] Eso hubiera sido poderío aéreo «táctico» según la terminología oficial en lengua inglesa actual, expresión que abarca todas las formas de poderío aéreo que afectan a determinado teatro de operaciones, en oposición al poderío aéreo «estratégico», dirigido a blancos nacionales como infraestructuras civiles e industriales, y también al aparato estatal, tanto civil como militar. Las modalidades del poderío aéreo táctico incluyen: la «superioridad aérea», realizada por aviones de combate para lograr el dominio del espacio aéreo sobre un teatro de operaciones; el «apoyo cercano», realizado por cazabombarderos, bombarderos livianos o aviones especializados en ataque terrestre, para ayudar directamente a las fuerzas de tierra; la «interdicción en el campo de batalla», realizada por cazabombarderos y bombarderos livianos, para atacar a las fuerzas terrestres en la retaguardia inmediata de las zonas de combate; y la «interdicción», realizada por cazabombarderos y bombarderos livianos para atacar infraestructuras y abastecimiento y tropas en tránsito en lo profundo del teatro de operaciones. <<

[106] Alfred Thayer Mahan, *NavalStrategy* (1911), p. 6, citado por Philip A. Crown, «Alfred Thayer Mahan», en Peter Paret (comp.), *Makers of Modern Strategy* (1986), p. 458. Crowl demuestra (pp, 456-457) que Mahan tomó el concepto de Henri Jomini (17791869). Un gran simplificador se inspiró en otro. <<

[107] La prioridad absoluta que se le concedió a esta idea en la era el submarino, posterior a Mahan, fue debidamente criticada después de la Primera Guerra Mundial. Véase John H. Maurer, «American Naval Concentration and the Geman Battle Fleet, 1900-1918» (1983), pp. 169-177. <<

[108] Muchos escritos institucionales pertenecen a esta categoría. Véase, por ejemplo, *The Maritime Strategy*, publicado por el Instituto Naval de los Estados Unidos (U. S. Naval Institute) (1986), que contiene artículos escritos por el secretario de la Marina, el jefe de operaciones navales, y el comandante del Cuerpo de Infantes de Marina (Marine Corps). La mayoría de las obras académicas evitan este uso incorrecto, como *The TDevelopment of Naval Thought*, de Herbert Rosinski (1977), y el clásico de L. W. Martin, *The Sea in Módem Strategy* (1967). El importante estudio de Hervé Couteau-Bégarie, titulado *ha puissance maritime: Castex et la strategie navale* (1985), incluye la cuestionada expresión, pero en realidad su contenido es equivalente al de *ha pensée strategique navale*, de Rosinski. Hay una excepción famosa: la obra de Bernard Brodie, *A hayman's Guide to Naval Strategy* (1942), posteriormente revisada y reeditada bajo el título de *A Guide to Naval Strategy* (1965), cuyos contenidos son, sin embargo, fundamentalmente técnicos, tácticos y operacionales. <<

[109] Para el profeta de la fuerza aérea autónoma, Giulio Douhet, la elección del blanco constituía en realidad la sustancia misma de la «estrategia aérea»; véase Barry D. Watts, *The Toundations of U.S. Air Doctrine* (1984), p. 6. Existe un interesante análisis del pensamiento de Douhet en Ferrucci Botti y Virgilio Ilari, *Il pensiero militare italiano* (1985), pp. 89-139. <<

[110] Mahan, *The Influence ofSea Power upon History, 1660-1783*, y *The Influence of Sea Poiuer upon the Prench Revolution and Empire, 1793-1812*, y otras obras. Para consultar fuentes intelectuales, véase Robert Seager, *Alfed Thayer Mahan* (1977); y más recientemente, la reseña de Crowl, «Alfred Thayer Mahan», pp. 449-462. <<

[111] La verdad es que Mahan no se expresó con coherencia al utilizar el término «poderío marítimo», que él reivindicaba como su propia contribución original al pensamiento estratégico; véase Couteau-Bégarie, *La puissance maritime*, p. 45; y Crowl, «Alfred Thayer Mahan», p. 451. <<

[112]*Gerald S. Graham, The Polztics of NavalSupremacy (1965).* <<

[113] Consúltese la secuencia de su razonamiento en Mahan, *The Influence, 1660-1783*, pp. 222-223, según se cita en Crowl, «Alfred Thayer Mahan», pp. 451-452. <<

[114] Un *bestseller* de la Segunda Guerra Mundial, *Victory through Air Power*, de Alexander P. De Seversky (1942), en realidad una recopilación de artículos, resumía la predicción de Douhet, Mitchell y Trenchard en los títulos de algunos capítulos: «The Twilight of Sea Power» [El ocaso del poderío naval]; «The Emancipation of Air Power» [La emancipación del poderío aéreo]; «Organization for Air Supremacy» [La organización para la supremacía aérea]. <<

[115] Sobre esta divergencia véase Barry D. Watts, *The Foundations of U.S. Air Doctrine* (1984), pp. 5-10. <<

[116] Mitchell no compartía esa idea: «una formación de bombarderos […] sufrirá sin duda fuertes bajas si debe soportar el ataque incesante de una fuerza de combate muy superior». Véase Watts, *Foundattons*, p. 7, cita de un texto anterior a 1923. <<

[117] La excepción fueron los bombarderos de la Luftwaffe, que debían ser muy dúctiles porque estaban diseñados también para el bombardeo submarino. Su mayor resistencia estructural y su aceleración disminuían el alcance y la carga, sin limitar significativamente su vulnerabilidad. <<

[118] Pero de noche, hasta que aparecieron los cazas equipados con radar, alrededor de 1943, cada avión de combate tenía que ser dirigido hasta que establecía contacto visual con su blanco, lo que impedía la interceptación masiva, aunque aun los cazas sin radar podían operar sí había luna o se les ayudaba con reflectores o con fogatas encendidas en tierra. <<

[119] Williamson Murray, en su obra *Slrategy for TDefeat* (1983), pp. 8-9, 19-21, refuta persuasivamente la errónea idea de que los líderes de la Luftwaffe, en su crónica desunión, realmente hubieran rechazado la tesis y se hubieran conformado con actuar como fuerza auxiliar del ejército. Sin embargo, dio demasiado énfasis a su propio punto de vista; que el bombardeo estratégico fue considerado importante, pero no constituyó la primera prioridad. Murray menciona al cuatrimotor He-177 como una prueba irrefutable de intento estratégico (p. 9), pero lo cierto es que su producción tuvo baja prioridad; además, las grandes complicaciones de su diseño se impusieron debido a la exigencia de que pudiera realizar bombardeo marítimo, algo que era innecesario para el bombardeo estratégico. <<

[120] El «U.S. Strategic Bombing Survey» [Relevamiento del bombardeo estratégico de Estados Unidos] posterior a la guerra llegó a la siguiente conclusión: los resultados logrados por el bombardeo seguían siendo objeto de gran controversia. Véase por ejemplo, David Maclsaac, *Strategic Bombing en World War Two* (1976). <<

[121] Este punto fue señalado, por ejemplo, por Bernard Brodie, *Strategy in the Missile Age* (1959), p. 73; Watts, *Foundations*, p. 39, n. 1, cita el memorando de Brodie de 1952 titulado «The Heritage of Douhet». <<

[122] Bernard Brodie, *The Absolute Weapon* (1946) p. 76, incluía una reserva que después otros autores ignoraron; al divulgar la idea de disuasión, que ya estaba en el aire, la caracterizó como el principal propósito del *establishment* militar, y agregó: «Se podría decir que no puede tener otro propósito». <<

[123] En general se estima que la disuasión positiva (imposición) es más difícil de aplicar que la disuasión negativa (disuasión), y ésta es una de las numerosas elucidaciones que se encuentran en Tilomas C. Schelling, *The Strategy of Conflict* (1960, 1980), pp. 195-199. <<

[124] La manipulación encubierta de los políticos se logró por medio de la intimidación física de líderes, el soborno, la infiltración, los subsidios secretos, la propaganda engañosa y las acciones paramilitares clandestinas, para inducir a grupos políticos, que ocupaban o no cargos de gobierno, a actuar de una manera opuesta a sus propósitos declarados. <<

[125] Véase Edward N. Luttwak, «Perceptions of Military Forcé and U.S. Defense Policy» (1977). <<

[126] Estas evaluaciones son analizadas en muchas configuraciones por Thomas C. Schelling, *Arms andInfluence* (1966). <<

[127] Éstas fueron las palabras decisivas del discurso sobre la «respuesta masiva» pronunciado por el Secretario de Estado John Foster Dulles (*Department of State Bulletin*, 25 de enero de 1954). <<

[128] Los bombarderos F-111F de la USAF (*U. S. Air Forcé*) destruyeron más de 1.500 vehículos blindados con bombas teledirigidas GBU-12 de 500 libras. U.S. Forcé White Paper, «Air Forcé performance en Desert Storm», abril de 1991, p. 4. <<

[129] «Airpower in Desert Storm: Iraq's POWs Speak», documento de trabajo del Pentágono, sin fecha, p. 3. <<

[130] Una brigada de blindados informó de la pérdida de 62 tanques, de un total de 80. De tres divisiones de infantería, una había perdido casi la mitad de su complemento blindado; otra, el 75%; y una tercera, el total. En dos compañías de transporte, formadas por 80 camiones, sólo quedaron 10. Ibid., p. 7. <<

[131] Véase Apéndice B, Tabla 1. Sobre las (elevadas) proporciones de escolta de los *strikers*, véase Tabla 5. <<

[132] «Air Forcé Performance in Desert Storm», p. 5. Los B-52D *Big Belly* modificados, que se emplearon en Vietnam (actualmente fuera de servicio) podían transportar 24 bombas exteriormente (500 o 700 libras) como los otros b52, pero además podían llevar 84 (en lugar de 27) bombas de 500 libras o 42 (en vez de 27) bombas de 750 libras interiormente. <<

[133] La capacidad máxima de carga era 5.400 kg, según el IISS, *Military Balance 1990-1991*, tabla *2*, p. 220; dos Mk.84 a 2.000 libras (el equivalente de 908 kg cada una), ascienden a 1.816 kg, o sea el 33% de 5.400 kg. <<

[134] Sus cargas totalizaron 2.000 toneladas; «Air Forcé Performance in Desert Storm», p. 3. <<

[135] Véase Tabla 2, Parte II. <<

[136] Véase Tabla 2, Parte II. <<

[137] «Air Forcé Performance in Desert Storm», p, *5*. <<

[138] Véase Tabla 4. <<

[139] Véase Tabla 2, Parte I. <<

[140] Las expresiones «blanco de área» y «bombardeo de área» designan el bombardeo de zonas industriales urbanas, que no fue practicado en la guerra del Golfo. <<

[141] Una excepción notable fue el bombardeo de las tropas alemanas, que estaban muy concentradas, en Falaise, en julio de 1944. <<

[142] Es decir, cuando el bombardeo es para un «apoyo aéreo próximo» (*Cióse Air support*, CAS), en conjunción directa con la acción en tierra, Pero CAS sólo explica 3.000 de las 50.000 salidas *strike* de la guerra del Golfo. Véase Tabla 1. <<

[143] Al parecer, estos relatos habrían salido de fuentes de la inteligencia británica (cf. Graham Greene, *Nuestro hombre en La Habana*). <<

[144] Éste fue el 33,65%: 27.735 Mk.20 y 29.116 CBU fueron arrojadas por las fuerzas de EEUU. Véase Tabla 2, Parte I. <<

[145] Los Mk.20 solos dispersaron 6.850.545 *bomblets*, y se trataba de un arma antiblindaje, no optimizada para atacar a seres humanos. <<

[146] En tal caso, la acción consiste en que las fuerzas terrestres atacan mientras el enemigo está aún en estado de *shock*; o bien, defensivamente, el bombardeo intenta detener el ímpetu de un ataque enemigo. <<

[147] «Airpower in Desert Storm: Iraq's POWs Speak» p. 3. [POWs: *Prisoners ofWar*, Prisioneros de guerra]. Las primeras cifras no reflejan los totales iniciales (desconocidos) de efectivos que estaban realmente presentes en la acción. <<

[148] «Airpower in Desert Storm: Iraq's POWs Speak», p. 4. <<

[149] Ibid., p. 4. <<

[150] Ibid., p. 6. <<

[151] La interdicción en Vietnam fue siempre insuficiente pero nunca inútil. Produjo pérdidas tanto reales como «virtuales» porque, para eludir el ataque aéreo, los norvietnamitas tenían que usar caminos indirectos, con lo cual perdían mucho potencial humano para sus fuerzas de combate. <<

[152] «Airpower in Desert Storm: Irák's POWs Speak», p. 4. <<

[153] Los últimos sistemas de ataque naval permiten errores medios de bombardeo rasante y de escasa profundidad tan reducidos como 4,50 m en circunstancias *óptimas*, lo que incluye altitudes de lanzamiento de entre 2.000 y 3.000 pies (600 y 900 m), un régimen extraordinariamente peligroso, dentro del cual casi todos los tipos de armas antiaéreas son eficaces. <<

[154] Cuando hay discrepancia entre ambos objetivos, el objetivo militar se subordina al político por definición. En la guerra del Golfo de 1991, por ejemplo, si lo consideramos retrospectivamente es evidente que el objetivo político (dominante) de Saddam Hussein fue conservar suficiente fuerza como para sobrevivir después del desenlace, mientras que el objetivo militar de mantener el control de Kuwait era secundario. Dentro del contexto de su estrategia, la pasividad de las fuerzas de Saddam Hussein fue, por lo tanto, perfectamente racional. <<

[155] La campaña, llamada «Trueno del Desierto», está esbozada en el Apéndice C. <<

[156] Mencionado en «Air Forcé Performance in Desert Storm», p. 14. <<

[157] Véase Tabla *5*. <<

[158] Véase Tabla 2. <<

[159] La «pacificación» implica que las causas del conflicto puedan ser identificadas y luego eliminadas por la cirugía diplomática cooperativa. Esto es posible con frecuencia, excepto cuando la causa del conflicto es el carácter mismo de uno de los adversarios. Algunos estados (la Alemania de Hitler, la Unión Soviética de Stalin, y actualmente Corea del Norte) requieren absolutamente del conflicto para mantener su propio equilibrio político interno. <<

[160] La virtud de los imperios está en su tenacidad, y el miedo de los imperios es su final anunciado. Consúltese una visión de las aprensiones soviéticas ante la idea de la decadencia, en Edward N. Luttwak, *The Grand Strategy of the Soviet Union* (1983). <<

[161] Entre otras cosas, el número de divisiones del ejército italiano se incrementó en un tercio cuando los habituales tres regimientos se redujeron a dos para formar divisiones «binarias» supuestamente más ágiles; el único resultado fue aumentar los gastos generales de las divisiones. <<

[162] Una razón más de que no se pudiera prever el ataque a la flota fue que las estimaciones que la Armada de los Estados Unidos hacía de su potencia eran bastante pesimistas: «Yo pensé que habría sido una gran estupidez por parte de los japoneses atacar a los Estados Unidos en Pearl Harbor. Nosotros no hubiésemos afectado materialmente al control de las aguas que ellos querían controlar, aunque los barcos de guerra no hubieran sido hundidos en Pearl Harbor». Testimonio del capitán Vincent R. Murphy ante el Congreso, *Pearl Harbor Hearmgs*, parte 26, p. 207, citado en Ronald H. Spector, *Eagle against the Sun* (1985), p. 3. <<

[163]] La expresión equivalente «primer golpe» es una contracción de «primer golpe supuestamente apaciguador» (dirigido a las fuerzas nucleares enemigas), como opuesta al «primer uso» de las armas nucleares, no contra fuerzas nucleares sino como reacción ante un ataque no nuclear al que no se puede resistir de otro modo. Estas distinciones fueron dilucidadas por primera vez en el celebrado estudio RAND, de Wohlstetter, Hoffman, Lutz y Rowen, *Selection and Use of Strategic Air Bases* (1954), y divulgado en «The Delicate Balance of Terror», de Albert Wohlstetter, *Foreign Affairs* (1959). Precisamente Robería Wohlstetter, la esposa de Albert, había dirigido un minucioso análisis del episodio de Pearl Harbor, que más tarde fue publicado con el título de *Pearl Harbor* (1962). <<

[164] La intimidación estuvo en gran medida encubierta por las adhesiones: hubo clientes-gobernantes sumisos y obedientes, como Heredes, que eran apodados «amigos del pueblo romano», y fue el cónsul romano Cayo Flaminio quien proclamó la «libertad de todos los griegos». Pero la intimidación podía ser brutalmente directa, como cuando el gobernador seléucida Amtíoco IV Epífanes fue expulsado rudamente de Egipto y Judea en 168 a. C. por Popilio Lenas, quien interceptó el avance de sus tropas. Popilio no tenía tropas, sólo contaba con el texto de una resolución del Senado que planteaba una dura elección entre la retirada inmediata y la guerra con Roma. Antíoco pidió tiempo para considerar la cuestión, pero Popilio trazó un círculo en la arena alrededor de sus pies y exigió una respuesta inmediata. La humillación fue intensa y la pérdida enorme, porque la gran riqueza de Egipto estaba a su alcance, pero Antíoco obedeció: los romanos acababan de derrotar y arruinar a un rey helenístico, Perseo de Macedonia, y fácilmente podrían haber decidido destruir a otro. Este episodio, vividamente descrito por Polibio (Libro 29), caería dentro de la actual definición de «exigencia». <<

[165] Hubo un intento de asesinar al presidente Chun Doo Hwan, de Corea del Sur, y a sus más importantes funcionarios civiles y militares en Rangoon, el 9 de octubre de 1983, en el que tres ministros coreanos y quince funcionarios murieron y otros fueron heridos. <<

[166] Por ejemplo, en la planificación norteamericana de la fuerza «estratégica», las exigencias para la capacidad de dar el segundo golpe se calcularon en función de la suposición de un primer golpe soviético a fondo, lanzado contra las fuerzas estadounidenses en un estado normal de alerta y por ello sólo parcialmente disponibles, ya que había muchos misiles submarinos en puerto y pocos bombarderos en alerta de despegue. Asimismo, se suponía que todos los misiles soviéticos eran operacionales, mientras se creía que las fuerzas de Estados Unidos estarían más disminuidas aun, después de las pérdidas debidas al ataque y por al mal funcionamiento que se vaticinaba. Para los misiles balísticos se estimaba que los «factores de degradación» acumulativa para el lanzamiento, elevación, vuelo, separación de la ojiva, trayectoria terminal y fases de detonación, podían superar el 40%. Así, el mismo inventario de armas que para otros era excesivo, resultaba escasamente adecuado en las sesgadas evaluaciones netas de los prudentes planificadores de la fuerza, quienes calculaban de manera muy conservadora tanto la supervivencia posterior al ataque como el consiguiente mal funcionamiento de algunos pertrechos. El tan citado cálculo excesivo simplemente ignoraba los efectos acumulativos del ataque anterior, los límites de la disponibilidad, y los malos funcionamientos, y además daba por sentado que sólo se atacarían ciudades, comparando así los inventarios completos de armamento con la cifra mucho menor de ciudades que serían blanco de ataques. <<

[167] El listado standard de las crisis de la Guerra Fría lo suficientemente serias como para provocar temor de ataques nucleares incluye los siguientes casos: Irán 1946; Berlín 1948; Corea 1951; Corea 1953; Quemoy/Matsu 1954; Indochina 1954; Suez 1956; Quemoy/Matsu 1958; Berlín 1959; Berlín 1961; Cuba 1962; Pueblo/Corea 1968; India/Paquistán 1971; Egipto/Israel 1973. De todos ellos, sólo las tres crisis de Berlín y la crisis de los misiles cubanos fueron emocionalmente intensas. <<

[168] En el momento más crítico de la Guerra Fría, a mediados de 1985, se estimó que Estados Unidos tenía 10.174 ojivas y la Unión Soviética 9.987. *Mtlitary Jialance, 1985-86*, p. 180. <<

[169] Los lectores que se interesen por los aspectos técnicos reconocerán el error, puramente técnico: aun cuando las plataformas de lanzamiento de alcance intercontinental de EEUU se hubieran reducido a una docena de submarinos misilísticos, cien bombarderos, y otros tantos misiles estacionados en tierra (pero presuntamente móviles), una ofensiva con armas convencionales contra ellos podría haber empleado tantas ojivas como los soviéticos hubieran deseado, para ataques «de barrido» amplio contra zonas de despliegue de misiles móviles, para el espacio aéreo alrededor de los campos de aterrizaje y despegue (para sorprender a los bombarderos después de despegar), y hasta mar adentro, alrededor de zonas donde supuestamente estarían estacionados submarinos misilísticos. <<

[170] A. Hillgruber, *Hitler Strategie* (1965), pp. 190-192. <<

[171] En la evaluación de la Inteligencia Británica del 17 de febrero de 1941 se llegaba a la conclusión de que debido a los preparativos que serían necesarios para hacer la guerra en él desierto, «debe transcurrir un tiempo considerable antes de que se pueda lanzar una contraofensiva seria desde Trípoli»; véase F. H. Hinsley *et al.*, *Britisb Intelligence in the Second World War* (1979), p. 389. Esta opinión fue compartida por el Alto Mando del Ejército alemán. <<

[172]J Martin van Creveld, *Supplying War* (1977), p. 139. <<

[173] Sobre la visión del OKH (Alto Mando alemán) registrada por el Jefe del Estado Mayor, Franz Halder, véase Larry H. Addington, *The Blztzkrieg Era and the Germán GeneralStaff* (1971), pp. 162-163. <<

[174] Van Creveld, *Supplying War*, pp. 184-185. <<

[175] Lo que sigue se basa en Ronald Lewin, *JJfe and Death of the África Korps* (1967) y David Irving, *The Trail of the Fox* (1977), pp. 67 ss. (un relato muy colorido pero exacto). <<

[176] Addington, *Blitzkrieg Era*, p. 165. <<

[177] Hinsley, *Britzsb Intelligence*, pp. 389-393. <<

[178] La deliberada desorganización que impuso Rommel a sus formaciones no se extendió hasta el nivel táctico, sobre el cual tenía poca influencia; mientras los británicos luchaban con unidades de infantería, de artillería y de tanques, los alemanes lo hacían con fuerzas de tareas que eran una combinación de las tres. En un refinado trabajo en equipo, cuando las fuerzas de tareas eran atacadas por tanques británicos, se enfrentaban a ellos con cañones antitanque que estaban bien ocultos en el terreno. Los tanques alemanes, en tanto, se reservaban para movimientos de flanqueo y principalmente para ataques contra blancos «blandos», como columnas de vehículos motorizados y de tropas de infantería, situaciones en las que su superioridad técnica era decisiva. La descripción clásica puede consultarse en F. W. von Mellenthin, *Panzer Battles* (1971), pp. 71 ss. <<

[179] Después de ser informado por los *británicos* de las negociaciones estadounidenses en Berna con comandantes de las fuerzas armadas alemanas sobre la intención de Italia de rendirse, el gobierno soviético denunció vehementemente las conversaciones como una conspiración antisoviética, en una nota del 22 de marzo de 1945, dirigida al embajador británico en Moscú. En un mensaje del 3 de abril de 1945, dirigido a Roosevelt, Stalin escribió: «Tampoco puedo comprender el silencio de los británicos […] aunque se sabe que la iniciativa en todo este asunto de las negociaciones en Berna es de los británicos». <<

[180] De otro modo habría reconocido que las fuerzas que pudieran ser abastecidas a través de aquellas 1.500 millas que separan a Trípoli del Canal de Suez eran demasiado reducidas para derrotar a los británicos, mientras que las presuntas fuerzas suficientemente grandes para realizar la tarea no podrían haber sido abastecidas. Véase van Crevel, *Supplying War*, pp. 181-201. <<

[181] Para ganar la guerra sólo por sus victorias en combate, los alemanes y los japoneses hubieran tenido que infligir más y más pérdidas a medida que pasaba el tiempo y compensar así la creciente capacidad de los Aliados para incorporar nuevas fuerzas. Gran Bretaña y la Unión Soviética no alcanzaron su máxima capacidad de generación de fuerzas hasta 1943, mientras que Estados Unidos nunca alcanzó su límite. Y, por supuesto, en esa fecha la capacidad de Alemania y Japón para infligir pérdidas ya declinaba. <<

[182] Muchos historiadores han criticado la negativa de Hitler a mandarle refuerzos a Rommel en el verano de 1942, y han señalado que se enviaron grandes fuerzas alemanas *después* de la derrota en El Alamein. Pero entonces el propósito alemán no era ya conquistar Egipto sino mantener a Italia como aliada en la guerra evitando la caída de Túnez, el último territorio de África del Norte en manos del Eje, situado frente a Sicilia. A diferencia de la conquista de Egipto, éste era un objetivo de importancia en el nivel de la gran estrategia. <<

[183] La capacidad de los norvietnamitas para volver a desplegar sus fuerzas de infantería desde un extremo al otro de Vietnam era mecánicamente muy inferior a la capacidad de los vietnamitas del sur y los estadounidenses para hacer lo mismo por transporte terrestre, aéreo y marítimo. Pero su habilidad para ser elusivos les otorgaba la iniciativa en cada desplazamiento, de modo que no eran inferiores en cuanto a capacidad de concentrar fuerzas para cualquier combate. Su capacidad para reforzar un combate ya en curso era muy inferior, pero en su estilo de guerra los enfrentamientos preparados eran siempre seguidos de dispersión. <<

[184] Los únicos documentos que se publicaron sobre el tema están contenidos en Hanoch Bartov, *Dado* (1981); las cifras fraccionarias pueden consultarse en los gráficos del 8 de octubre. <<

[185] La mayoría de las fortalezas de la llamada línea Bar-Lev no tenía fuerzas militares. El 6 de octubre de 1973 había unos 450 soldados esparcidos en las 14 fortalezas armadas que había de un extremo al otro del Canal de Suez, una densidad de unos 4 soldados por kilómetro. El plan de defensa israelí (llamado Dovecot) se apoyaba, en cambio, en los 290 tanques y las 14 baterías de artillería de la división estable del Sinaí. Bartov, *Dado*, gráficos del 6 de octubre. <<

[186] Véase Barton Whaley, *Codeword Barbarossa* (1973). <<

[187] Véase, por ejemplo, Bartov, *Dado*, pp. 188-217. <<

[188] Si se quiere consultar un relato detallado, véase Avraham Adan, *On the Banks of the Suez* (1980), pp. 91-164. Véase también un excelente análisis en Martin van Creveld, *Command. in War* (1985), pp. 218-231. <<

[189] Como muchos términos científicos, la palabra «estrategia» (en francés *strategie*; en italiano *strategia*) es una palabra griega que ningún griego antiguo usó jamás. Esta palabra deriva indirectamente del clásico y bizantino *strategos* (general), que no conlleva todas las connotaciones de la palabra moderna. La expresión griega equivalente a nuestra «estrategia» hubiera sido *strategike episteme* (conocimiento de los generales) o *strategon sophia* (sabiduría de los generales). Ciertos términos afines tienen una connnotación didáctica. Por ejemplo, *strategicos*, como en el título de la obra de Onosandro, o el posterior *strategikon*, de Mauricio. A diferencia de éstos, *strategemata*, el título griego de la conocida obra latina escrita por Frontino, describe una compilación de *strategema*, precisamente «estratagemas» o triquiñuelas de la guerra (*ruses de guerré*). Mucho más comúnmente usada por los griegos, desde Eneas en el siglo IV a.C. hasta León el Sabio después del siglo VII d. C., fue la expresión *taktike techne*, que describe todo un cuerpo de conocimiento sobre la conducción de la guerra, desde el abastecimiento hasta las arengas retóricas, incluyendo tanto técnicas y tácticas propiamente dichas, como diplomacia menor. El concepto de *taktike techne* o más bien su traducción latina, *ars bellica*, que era de uso común en tiempos del Imperio romano, resurgió hacia 1518 cuando Maquiavelo utilizó la expresión *arte delta guerra* en los *Discorsi* sobre Tito Livio (*Discursos sobre la primera década de Tito Livio*), que de hecho usa ese término; y posteriormente en el título de su obra *Dell'arte delta guerra*. Luego el término se difundió ampliamente en otras lenguas europeas: *Kriegskunst, art de la guerre, art of war*. Véase Virgilio Ilari, «Política e strategia globale», en C. Jean (ed.), *Il pensiero strategico* (1985), pp. 57-59.; <<